



K A T H E R I N E  
**PANCOL**

**TRES  
BESOS**

Katherine Pancol

**TRES BESOS**

Traducido del francés por Julia Alquézar

**AdN**

Alianza de Novelas

# Índice

Primera parte

Segunda parte

Tercera parte

Cuarta parte

Agradecimientos

Créditos

*Para ti...*

Partamos, con un beso,  
hacia un mundo desconocido.

ALFRED DE MUSSET

# Primera parte

Las siete y diez. Suena el despertador. Los brazos de Mickey tapan la esfera y se agitan, sus delgadas piernas pedalean. *Get up, get up*, ganguea. Stella golpea la cabeza de Mickey y abre los ojos.

Enseguida vuelve a cerrarlos.

Recorre a todas sus fuerzas para mantenerlos cerrados. Peligro, peligro. No te muevas. Casi ni respires. No desplaces el codo izquierdo de la almohada, mantén el derecho apoyado en la cadera. No te rasques el párpado, aunque te pique. Haz como que duermes, que no estás allí, que no eres tú la que tiembla bajo las sábanas.

Él ha vuelto.

Unas bolas de algodón explotan en su garganta. «No es posible, no puede haber vuelto. Todo va bien, cálmate.» En septiembre, Tom empezó a ir al colegio y de eso no hay la menor duda, solo ha cambiado de vocabulario y de gominas. Adrian trabaja en la Ferraille, Edmond Courtois le confía cada vez más tareas, aprende sobre gestión, los mercados, viaja al extranjero... Desde hace poco, tiene pasaporte francés, europeo, a nombre de Adrian Kosulino. «Soy ciudadano del mundo», dice mientras sostiene el precioso documento entre las manos. Se ha comprado una corbata gris plata, un traje azul marino y unas camisas blancas de cuello italiano. Y un maletín. Léonie lleva faldas de flores y blusitas de encaje, y se maravilla cuando ve un herrerillo de cabeza azul o una hoja roja que cae girando del árbol, y hace bordado y pasamanería en el taller de *patchwork*. Suzon se masajea los riñones mientras se queja de lo lejos que está el suelo, lee *France Dimanche*, ¡los líos de Johnny, la revancha de Vanessa, Michelle Obama triunfa en la tele! Georges comenta los chismes de Saint-Chaland cuando vuelve de la compra, se ocupa del jardín, la leña, los animales, el huerto, y lava su Kangoo roja los domingos antes de dejarse caer en el sofá delante del telediario.

Todos han recuperado sus rutinas.

«Todo va bien y yo estoy bien.»

Va a volver a abrir los ojos, a contar hasta tres y... «Me he equivocado. También es por mi culpa, sigo teniendo miedo a que vuelva.

»Ray Valenti está muerto. Murió en un incendio. Acuérdate<sup>1</sup>.

»¿Habrá sido por la llamada del notario?

»Ha dicho que había noticias, que teníamos que vernos.»

No le ha gustado nada.

La víspera había comido demasiado. Hacía buen tiempo, como una noche de verano en noviembre, un viento cálido rozaba el suelo, los perros descansaban echados sobre el costado, con la lengua colgando; «¡Vamos a celebrar mi gran contrato —dijo Adrian—. Venga, cenamos fuera, a la luz de las velas, y descorchamos unas botellas!» Aplaudió y pusieron la mesa en la terraza a toda velocidad, como en los dibujos animados. Sacaron los cubiertos, los vasos, los platos, el pan, el vino, el queso, la ensalada, el salchichón, el jamón, los pepinillos, los tomates y el guiso preparado por Suzon, y lo pusieron todo sobre el mantel a cuadros rojos y blancos. Tom añadió unas *cookies* y un helado Gervais de chocolate. Se sentaron, abrieron una botella de *mâcon*, ¡brindaron por el amor, por la vida, por todo! Tom dijo que la vida y el amor daban miedo. Así que brindaron por los asnos, por las tortugas, por el loro, por el cerdo, por las gallinas, por los pollitos, por las patatas, por los perros, que se habían levantado y babeaban delante de la olla; gritaron «¡Que aproveche!» como si estuvieran declarando la guerra, con los tenedores levantados hacia el cielo y los codos clavados en la mesa. Se abalanzaron sobre los platos, devoraron el buey en salsa de limón confitado, partieron el pan con las manos y mojaron en la salsa, embadurnándose la boca de grasa; abrieron otra botella y, ahí va, un culín de vino para Tom, así se enteró de que era incluso mejor que la Coca-Cola; tomaron una bola de helado; mientras se frotaban el vientre suspiraron que habían comido mucho, demasiado. Stella tuvo que aflojarse el cinturón dos agujeros y soltarse los corchetes del sujetador. Con cuidado de que no la vieran. Habían cambiado al horario de invierno, estaba oscuro, fue fácil. «Soy una vaca gorda», pensó. Sintió vergüenza. Ganas de abofetearse. «Mañana dejo de comer —prometió y juró

—. ¿Por qué como tanto?» Adrian le tendió la mano debajo de la mesa, ella no tuvo fuerzas para agarrarla, él la miró sonriendo, su sonrisa rápida, muy rápida, que decía: «Va, venga, vamos a la cama, te deseo, te deseo... Mañana recogeremos».

Lo dejaron todo tal cual y subieron a acostarse.

¿Habían comido y bebido, bebido y comido, para olvidar que el notario había llamado?

Por teléfono le había dicho:

—Necesito verla, es urgente.

—¿Cómo que urgente? —preguntó mientras se recogía un mechón rubio y se tiraba de los pelos de las cejas.

—Urgente. Las espero, a su madre y a usted. El sábado por la mañana.

—Pero, dígame...

Ya había colgado.

No. Come demasiado, eso es todo. Ha cogido cinco kilos. Y una talla más de sujetador. Su cuerpo se escapa a su control. Crece junto a ella. Pronto le hablará como a un extraño. Lo esconderá porque le dará vergüenza. Pronto tendrá que cerrar el peto naranja con imperdibles. ¿Por qué me atiborro así?

—Es la felicidad —dijo Adrian la otra noche mientras la atraía hacia sí—. Eso engorda.

—Entonces no quiero ser feliz —respondió.

—Repítelo —dijo endureciendo la voz, mientras la empujaba contra la pared—. ¡Repítelo! —Sus manos subían y bajaban a lo largo de su espalda.

Dijo que bromeaba y lo besó.

Y su boca seguía teniendo el mismo sabor a vértigo. Se agarró a él, no quería caer de inmediato.

Abre un ojo, no se mueve, espera, adormilada, temerosa.

Oye la respiración de Adrian. Un ligero ronquido que sube y baja.

Ya lo sabe. Lo sabe todo sobre ella. Querría que le explicara por qué esa mañana se quiere morir.

Pero ¿qué podría decirle a él, que tiene tantas ganas de vivir?

Encoge los hombros. Se prepara para encajar el golpe. Aspira aire para deshacer el nudo de la garganta, el nudo del pecho, el nudo del estómago. Sigue el camino de la respiración. Cruza los dedos para que no sea eso.

Esta densa tristeza.

Esta pena negra que no suelta la presa.

Y...

Él se aprieta contra ella. La inmoviliza en el colchón, le bloquea las piernas, le bloquea los brazos, «No quiero, no quiero», apaga la risa, roba los besos, los tira a la basura.

La desgracia ha vuelto.

Se sienta, deja caer la cabeza sobre el pecho, se enrosca sobre sí misma, se desliza suavemente fuera de la cama como si se dejara llevar.

Como si fuera ella quien decidiera.

La desgracia...

Baja a preparar el desayuno.

\*

—¡Y tú, el gallo! ¿Se puede saber para qué sirves? ¡Lo has visto todo y ni has rechistado! Has dejado que se las cargaran sin decir ni mu. ¿Sabes qué te digo? Que me das asco. ¡Solo vales para preñarlas! ¡Un enchufado y un fanfarrón! ¡Menudo tío estás hecho!

Detrás de la gran ventana abierta de la cocina, Adrian y Tom se sobresaltan al oír a Stella gritar las últimas palabras.

—Está enfadada —dice Tom, como si estuviera dando el parte meteorológico.

—No está enfadada —responde Adrian—. Está triste.

—No veo la diferencia.

—No te metas. Es entre ella y ella.

—Sí, pero recae sobre nosotros.

—¡Pásame el pan, hijo!

—¡Atento, que viene! Va a haber jaleo.

Una patada en la puerta y Stella aparece.

—Esta noche ha venido un zorro. Puede que fueran dos. ¡Una auténtica carnicería! ¡Hay sangre y plumas por todas partes! Han arramblado con las gallinas, han destripado a los polluelos. Hay rastros de sangre hasta el bosque.

¿Quién se olvidó de cerrar la puerta del gallinero ayer por la noche?

—¡Yo no! —gritan Adrian y Tom.

—¿Seguro? —grita Stella.

—Seguro —dicen a la vez.

Los ojos furiosos de Stella los atraviesan. Adrian y Tom no pestañean. Ella lanza un suspiro:

—Ha debido de ser Suzon... Habrá olvidado verificar que la puerta automática estuviera bien cerrada. ¡No hace más que joderla! ¡No piensa en nada! ¡Todo se le olvida!

Tom abre la boca para defender a Suzon: «Es vieja, no puede pensar en todo, ya hace bastante, siempre preparándonos sus ricos platos, ocupándose de los animales, del huerto, metiendo la leña en la estufa para que no tengamos frío cuando nos levantamos... Tiene derecho a olvidarse de cerrar la puerta automática del gallinero».

Y después se ha callado.

A veces su madre le da miedo.

Stella se deja caer en una silla. Se pasa la mano por el pelo. Desde la muerte de Ray, se lo está dejando crecer. Le cae en mechones hirsutos, rubios, casi blancos, a cada lado de la cara. Las plumas de un jefe indio despeinado. Para dominarlos usa la gomina de Tom.

Desde la muerte de Ray, lleva una gargantilla de perlas multicolores.

Desde la muerte de Ray, se pasa los dedos por las cejas y se arranca los pelos uno a uno.

—¡Para! Vas a acabar por quedarte sin cejas —dice Tom.

—A ti te da igual que ya no haya gallinas ni polluelos...

—Pero nos quedan las que pusimos aparte, cerca del estanque... También tienen pollitos —se atreve a replicar Adrian.

—¡Dos gallinas y tres polluelos! ¡Te contentas con poco! La granja os importa un pimiento a vosotros dos.

Tom mete la nariz en su tazón de leche con chocolate y el silencio se instala, amenazador. Se oyen unos hipidos provenientes de la caldera, que se ahoga y desacelera en un suspiro.

—¿Qué es eso? —dice Stella prestando atención.

—La caldera... se ha parado —responde Adrian mientras tuerce el gesto.

—¡Es lo que faltaba! Empieza el invierno. Si hay que cambiarla va a costar un ojo de la cara.

Hace una pausa y suspira:

—De todos modos, no tenemos dinero...

—A lo mejor vuelve a funcionar, ¿no? —dice Tom cruzando la mirada con los ojos cerrados de su padre.

Comprende lo que siente. Adrian se siente inútil porque no puede pagar una caldera. Inútil y avergonzado. Un padre de familia debe poder pagar una caldera.

—Date prisa en acabarte el desayuno, ¡vas a llegar tarde! —ordena Stella.

Tom vuelve a su tazón y lame la leche pegada en los lados.

—Y deja de comer como un cerdo. El tazón va a la boca y no la boca al tazón. Estoy harta de repetirlo. ¿Tienes la mochila preparada? ¿Podemos irnos?

—Psee...

—«¡Sí, mamá!» ¡Joder! ¿Es que no puedes hablar correctamente?

Tom se levanta, aclara el tazón, se seca las manos en el trapo colgado de la barra del horno y sube a su habitación a coger la mochila. Adrian acaba de recoger.

—Hoy voy a París.

—Últimamente vas mucho a París. Espero que tengas buenas razones.

Se pone detrás de Stella, la abraza, murmura con la boca pegada a su oreja:

—Deja de estar enfadada, háblame, no puedo adivinarlo todo, tienes que darme una pista.

—¡Estoy bien, estoy bien! —protesta Stella mientras intenta soltarse.

Él la aprieta con más fuerza.

—¡No mientas!

Apoya la boca en el cuello de Stella. Stella se pone a temblar. Cruza los brazos sobre su vientre para dominarse. Cierra los ojos. Contiene la respiración.

—Ya se pasará...

Baja la cabeza. Rasca el suelo con la punta de las botas de trabajo. Unas enormes botas negras, redondeadas. Querría gritar, pero eso no haría que se fuera la desgracia. Es una mala bestia. Hay que pisotearla. Se esfuerza en sonreír.

—¿Qué haces hoy?

—Llevo a Tom al colegio y me voy a la Ferraille. Tengo que hacer dos

cargamentos grandes. ¿Julie sabe que vas a París?

Adrian hunde la cabeza en su espalda.

La mece en silencio. Le pone la mano en el corazón para parar su galope.

—Va a ir bien, va a ir bien...

¿Por qué ha llamado el notario?

¿Por qué es tan urgente que vayan a verlo?

¿Un nuevo golpe de Ray?

¿Un golpe sorpresa de Ray Valenti?

\*

Costaud y Cabot saltan al volquete. Tom se sube al asiento delantero del camión y sujeta la mochila entre las piernas. Stella coge del suelo un grueso destornillador y lo guarda en el bolsillo del peto. Tiene que ajustar el ángulo posterior de la grúa; se inclina hacia la derecha, acabará por caerse.

—¿Llevas la agenda? —pregunta—. La firmé ayer y la puse en tu mesa.

—Pse.

—«Sí, mamá.»

Mira por la ventanilla y gruñe:

—Sí, mamá. ¿Por qué papá nunca firma la agenda?

—Pásame el mando de la puerta.

Ha hecho instalar una puerta que se abre a distancia.

Georges ya estaba demasiado viejo para mover los dos batientes.

—No has respondido a mi pregunta —dice Tom mientras rasca la gravilla incrustada en la alfombrilla.

Cuando habla así, con la cabeza baja, entre las piernas, es señal de que no bromea, de que hay que responderle. Ha crecido este verano, pero en el cuello sigue teniendo solo pelusa.

—No estamos casados. Ni siquiera estamos registrados como pareja de hecho, lo sabes de sobra.

—Sí, pero...

—Acaba de conseguir los papeles... Antes era ilegal —responde Stella mientras deja el mando en la puerta del vehículo.

—¿Ahora ya es legal?

—Sí.

—¿Tiene que esconderse?

—No.

—¿Puedo hablar de él en el colegio?

—Sí.

—Entonces puede firmarme la agenda...

—Tendría que hablar yo con la directora...

—¿Y yo podría llevar su apellido?

—Siempre y cuando nos casemos o algo así...

—Mi apellido no es Valenti.

—Hasta ahora lo ha sido.

—Estoy harto de que me llamen Valenti.

—¡No eres el único! —gruñe Stella mientras trata de evitar una camioneta que se aproxima de frente a toda velocidad—. Será posible... ¡Mira a ese imbécil! ¿Para qué va a frenar? ¡Gilipollas! —grita dirigiéndose al conductor, que le responde enseñándole un dedo en su honor—. ¡Gilipollas! —repite a la vez que sigue a la camioneta por el retrovisor.

—Pues... debes de estar realmente triste para estar todo el rato enfadada —dice Tom.

—¿Quién te ha dicho que estoy triste?

—Nadie, hablaba por hablar...

—Vale, pues guárdate tus comentarios para ti, ¿de acuerdo?

—De todos modos... —hace una pausa mientras juguetea con las correas de la mochila—, Ray Valenti era un cerdo. No quiero seguir llevando su apellido.

Stella prefiere no responder.

Aparca delante del colegio y Tom abre la puerta y salta mientras grita: «¡Hasta luego!». Mete la primera cuando la directora del centro, de pie delante de la puerta, la llama gesticulando exageradamente. «¿Qué quiere esta ahora? Su trabajo no consiste en pillar a los padres en la vía pública. Es cierto que me ha llamado varias veces y que nunca he respondido. Debe de querer decirme algo. Algo que no quiero oír porque, eso seguro, es una desgracia.»

—¡Señora Valenti! ¡Señora Valenti!

Stella baja el cristal y saca la cabeza. El motor del camión hace temblar la carrocería, lo que la obliga a gritar. No oye las palabras de la directora, pero las lee en los labios.

—Sí, señora Filières<sup>2</sup>...

—¡Tengo que hablar con usted...! —se desgañita la directora—. ¡Es

importante! La he llamado varias veces y...

—No tengo tiempo. Tengo que ir a trabajar. Mañana por la mañana, ¡se lo prometo!

—Señora Valenti...

«¡Que deje de llamarme señora Valenti!», refunfuña para sí Stella.

Todo el día con la misma monserga, señora Valenti por aquí, señora Valenti por allá. Parece que la gente lo hace adrede. «¿Qué tal, señora Valenti? Lo echa de menos, ¿eh? Se lo echa de menos en la ciudad, lo echamos de menos todos y cada uno de nosotros. Era un héroe, ¿verdad? ¡Y qué manera de morir! ¡Dando la vida por los demás! ¡Sublime! No se puede decir que Ray Valenti no haya sido generoso. Harían falta más como él, hágame caso. Y la señora Valenti, su madre, ¿va mejor? ¡Pobre Léonie! Lo ha perdido todo al perderlo a él. Por suerte, la tiene a usted... y a su pequeño Tom, ¡que está hecho todo un Valenti!»

Incluso la seguridad social mete las narices: «¿Valenti? ¿Valenti con i latina o con i griega?». «Con i latina», dice atascándose en la vocal. Hay un silencio y la voz al otro lado del teléfono se ablanda: «Ray Valenti... ¿No será el bombero que salvó a aquellos niños el verano pasado? ¿En una colonia de vacaciones cerca de Sens? Unos niños alemanes, ¿no? ¿Es él? ¿De verdad? ¿Es usted pariente? ¡Su hija! Bueno, no hay ni que decirlo, ¡su padre era un hombre extraordinario! ¡Ya puede estar orgullosa!».

Se ha convertido en una cantinela. El certificado del banco para la señora Valenti, la carta del colegio para la señora Valenti sobre Tom Valenti, los correos del notario relativos a la herencia de Valenti, la pensión del señor Valenti Ray concedida a la señora Valenti Léonie...

Stella Valenti no tiene ganas de bajar del camión para ir a hablar con la señora directora.

—¿Es urgente? —grita.

La señora Filières abre los brazos para decirle que sí, que por supuesto... Stella hace un gesto para decir que lo que sea puede esperar y arranca lentamente para no dar la impresión de emprender la huida.

—¡Pero es importante, señora Valenti! —grita por última vez la directora a la vez que vuelve a poner los brazos a lo largo del cuerpo.

Luego masculla en voz alta:

—¡Cómo es esta mujer! No respeta nada. Esto no tiene sentido. Me veo obligada a acecharla a la entrada del colegio, si no, no hay manera de verla. De todos modos, ¡no tengo por qué estar de guardia!

Se acerca la madre de un alumno, el pequeño Fabrice Bauduron. Querría que le dijeran si hay prevista o no una excursión al final de la semana.

—Mi hijo va a cumplir once años y querría saber si puedo organizar la merienda de cumpleaños el viernes porque el sábado su padre se va de pesca y me gustaría mucho...

—No, señora Bauduron, esta semana no hay excursiones, les habríamos avisado... —la corta la directora mientras mira en dirección al camión de Stella, que se aleja.

—¡Ah! Así podré llevar a mi madre al hospital por la mañana y organizar la merienda por la tarde...

—Muy bien, señora Bauduron, muy bien.

—Porque mi madre tiene jadeos, pitidos en el pulmón, gases que le suben a la cabeza. He hablado con el doctor y... —La señora Bauduron, al darse cuenta de que la directora no se interesa apenas en los problemas de salud de su madre, y como quería seguir llevándose bien con ella, cambió de tema—: ¿Ya le ha dado la buena noticia a la señora Valenti? ¡En Saint-Chaland no se habla de otra cosa! Ayer mismo, en la panadería, la señora Di Souza, delante de mí...

—No tiene tiempo. ¡Ni siquiera ha bajado del camión! Más de una estaría orgullosa...

—Es tremendo, señora Filières, es tremendo. Esa mujer no tiene maneras. Y todavía peor... No parece que le guste la noticia.

—¿Qué me está contando? —La directora se vuelve, ofendida, hacia la señora Bauduron. Se encoge de hombros y levanta los ojos al cielo. Luego reflexiona, se inquieta y pregunta en voz baja—: ¿De verdad cree que podría...?

Al sentir brotar la duda en la voz de la directora, la señora Bauduron comprende que se ha anotado un tanto y se pavonea:

—Hay gente, señora Filières, que nunca está donde se la espera.

—¡Solo faltaría que montara un número! El alcalde y el prefecto estarán presentes, y también el capitán de los bomberos. El diputado ha dicho que haría todo lo posible, han reservado una banda...

—¿Con tanta anticipación? —se extraña la señora Bauduron.

—Las bandas están muy solicitadas. ¡Hay que darse prisa si se quiere una a

la altura!

—Seguro que será un día importante para la ciudad... En fin, espero que... porque con ella una puede esperarse cualquier cosa. —La señora Bauduron hace un ruido con la boca, un siseo de labios que vibran, húmedos, y que repite varias veces para subrayar la realidad del peligro. La señora Filières, fascinada por este ruido de succión, no puede apartar la mirada—. Pero ¿por qué no se lo pide a la viuda? —retoma la señora Bauduron, que quiere prolongar su ventaja.

—¿Léonie Valenti?

—Enseguida diría que sí. No sabe decir no.

—No tiene un hijo en la escuela. Y, además, parece que la que decide todo es la hija.

—¡Menuda cabezota, la Stella! No es fácil de tratar.

La directora menea la cabeza y replica, contrariada:

—Uno de estos días voy a tener que atraparla.

—¡Estoy con usted, señora Filières, estoy con usted!

\*

Stella mira el reloj. Con retraso, va con retraso. ¡Como si ella tuviera tiempo de charlar con la señora Filières! Para empezar, ¿qué quiere de ella? Ha rellenado todos los papeles, presentado todos los impresos y respondido a todas las preguntas para el expediente escolar de Tom. ¿No basta con eso?

Una chica con *shorts* de lentejuelas y pantis negros espera en el semáforo para cruzar. En una mano lleva un cigarrillo, y en la otra, el móvil. Habla mientras mastica un chicle, la boca se le retuerce dibujando unos ochos elásticos. Los *shorts* son tan ajustados que se le meten entre las nalgas. Se contonea para sacárselos.

«¡Qué pringada!», diría Tom.

No siempre entiende lo que dice.

Tom es un alumno brillante. Está a un paso de ganar el diploma de alumno ciudadano<sup>3</sup>. Por ahora, es el que más puntos ha acumulado en su clase. Por cada casilla rellena, un punto: fotocopiar los apuntes para un alumno que no ha ido a clase porque está malo, poner fin a una pelea en el patio del colegio, recoger los papeles del suelo, ordenar las sillas y las mesas, entregar un objeto perdido, enrollar las colchonetas después de la clase de educación física...

¿A lo mejor por eso quiere verla la señora Filières, para felicitarla por la conducta ejemplar de Tom?

¿O porque le gustaría que Julie tomara a unos alumnos en prácticas en la Ferraille para firmar un acuerdo de colaboración entre el colegio y la empresa?

La señora Filières alberga grandes ambiciones para su colegio. Quiere convertirlo en un centro de referencia. ¡Debería empezar por encontrarle un nombre! Algo serio que inspire respeto. Marie Curie o Jean Jaurès, nombres ante los que uno se inclina. Organizarían una ceremonia, con la señora Filières posando en primer plano. A su lado estaría Tom, luciendo su diploma de alumno ciudadano sobre el pecho.

Tom Valenti.

Tom tiene razón, hay que cambiar de nombre.

¿Tomar el de Adrian?

Adrian Kosulino. Stella Kosulino. Tom Kosulino.

Stella articula en voz alta. Mientras, en la radio, dos periodistas discuten. Uno llama a los franceses creps: «Cambian de opinión sin parar, giran y vuelven a girar, no hay pensamiento en este país, ¡vivimos en una gigantesca crepería! ¡Francia es una cre-pe-rí-a!».

Ko-su-li-no.

Y el anillo, ¿tendrá que llevarlo siempre o solo en el ayuntamiento?

Anillada como un pollo enjaulado.

Cambia de emisora.

Encuentra una canción de Hozier, *Take Me to Church*, y sonrío. ¿Es un guiño del destino? ¿Una orden del cielo? «¿Tengo que casarme, convertirme en su mujer oficialmente?»

«*My lover's got humour, she's the giggle at funeral, knows everybody's disapproval...*» Golpea el volante para marcar el ritmo de la canción, pega con todas sus fuerzas para convencerse de que quizá es una buena idea, después de todo, y grita y grita: «*I was born sick, but I love it, command me to be well, amen, amen, amen*».

El día en el que Adrian fue a buscar su pasaporte...

Se puso una camisa blanca, una chaqueta negra y limpió los zapatos con su saliva para que brillaran. Se limpió las uñas con lejía, se peinó y se lavó los dientes con bicarbonato de sodio. «Eso los blanquea, me lo ha dicho Suzon.» «¡Pero no enseguida!», había replicado Stella muerta de risa. «¡Por supuesto que sí! ¡Ahora lo verás! Quiero estar guapo para ir a retirar mi “precioso documento”.»

Así es como llama a su pasaporte.

Costaud y Cabot daban vueltas a su alrededor, ladraban, daban saltos como si fueran perros de circo.

—Deberíamos nombrarlos damas de honor... —había bromeado Adrian—. Después de todo, ¡hoy me caso con Francia!

Habían ido los tres, Adrian, Tom y Stella, a buscar el precioso documento al ayuntamiento.

Por la noche abrieron una botella de champán, Moët & Chandon, porque en Aramil, en la provincia de los Urales donde Adrian nació, era el único conocido. Su abuelo habría estado orgulloso de verlo como ciudadano francés y europeo. Adrian se tocó el reloj que llevaba en la muñeca derecha. El reloj de su abuelo. Se había parado en el momento de su muerte. Las diez y veinte. Nunca lo había llevado a arreglar.

*«Allons z'enfants de la patrie...»<sup>4</sup>.*

Habían bebido y bebido y bebido.

Tom se había ido a la cama haciendo eses.

Adrian reía, cantaba, recitaba versos en ruso; Adrian tropezaba, rodaba por la cama; Adrian ponía rodilla en tierra, pillaba unos calcetines, los anudaba en forma de ramo de novia y se arrojaba a los pies de Stella.

—Stella, ¿quieres casarte conmigo?

Y Stella, que un momento antes levantaba la copa y declamaba versos sin entenderlos, se quedaba paralizada, con la boca redondeada por el terror, tapándose las orejas y diciendo: «¡No, ni hablar!».

—Pero ¿por qué? —preguntaba Adrian—. ¿Es que no me quieres?

—Sí, sí, pero...

—¿No quieres llevar mi nombre? —intentaba articular con la voz pastosa y la lengua pesada—. ¿Te da vergüenza?

Los calcetines se le cayeron de la mano, flojos y marchitos. Unos calcetines grises y negros hundidos en la miseria.

—¿Llevar tu nombre? —dijo Stella.

—Mi nombre. Adrian Kosulino.

La miró fijamente, como si ya no hablara francés. Como si hubiera vuelto a los Urales. Como si se hubiera equivocado de dirección, de historia. Como si, al volver del ayuntamiento, hubiera entrado en la casa equivocada. Miró a su alrededor. ¿Qué era lo que no funcionaba?

Y su mirada volvió hacia Stella en una súplica dolorosa:

—*Liouba, liouba*<sup>5</sup>, ¿por qué no quieres?

Ella no podía explicarse.

No podía compartir sus sentimientos.

«Compartir» o «explicar» son otras maneras de decir «te quiero».

No podía.

Lo había mirado y se había sentido terriblemente sola. Salió corriendo con un portazo.

Trepó al árbol. Las ramas le arañaban la cara y las apartaba con el codo. Trepaba hasta la siguiente. Alcanzó la copa del árbol. Se acurrucó en la plataforma de madera que había construido Adrian. El árbol la envolvía, la mecía. Sentía el olor de la noche fría. El olor a musgo húmedo, a tronco rugoso, a tierra pesada, feraz, el olor a hojas muertas, casi calcinadas, que se pudrían al sol. Un aroma a verbena salvaje, a setas húmedas. Cerró los ojos. El árbol se balanceaba, crujía, gemía con un canto profundo, sordo, como si quisiera calmarla.

Tenía la impresión de que solo el árbol y ella se entendían, de que compartían la misma soledad.

La noche era negra salvo allí donde estaban las estrellas. Apretó las rodillas contra el pecho. «Estoy harta —gruñía mientras hacía pompas con las lágrimas que le llenaban la boca—, estoy harta de verme en esta historia, ¿por qué no puedo pasar a otra?

»¿O decir sí a los calcetines grises y negros?»

Se arrancaba las cejas, pero no encontraba respuestas.

Se mordía los puños para forzarse a no llorar. Porque no hay nada más patético que estar refugiada en un árbol y llorar sobre una misma.

Acabó por dormirse mientras canturreaba: «Mi niña es como el agua, como el agua viva, corre como un arroyo que los niños persiguen...».

La canción que susurraba su madre.

Por la noche, antaño.

Volvió a su habitación con el alba.

Volvió a la cama.

Deslizó la sábana a lo largo del cuerpo de Adrian.

Apoyó la cabeza en su vientre.

Respiraba el olor húmedo de su ombligo, la piel lisa y dorada de la cadera, la vena azul tan frágil, los pelos rubios y ásperos por encima del sexo; su mano bajó hasta él, lo acarició, lo tomó con ellas, lo tomó con su boca, era dulce, pacífico, era como regresar a casa, como murmurar: «¡Ay, me gustaría mucho poder casarme contigo!».

Adrian se removía medio dormido, «*liouba, liouba*»; le puso la mano en la cabeza, la acarició como se acaricia a un niño para consolarlo y prometió que nunca volverían a hablar de ello, «¿de acuerdo?».

Aquella mañana tuvo la idea. Decidió que las cosas tenían que cambiar, estaba cansada de llevar aquel peso. Iba a vengarse.

\*

«¿O podría llamarme Plissonnier?»

Entra en la curva que domina la Ferraille. La alta estructura de la trituradora se destaca en el cielo azul metalizado, limpia y masiva. Una pila de esqueletos de coches espera a un lado. Carrocerías amarillas, negras, verdes, rojas, calandras plateadas, ruedas negro alquitrán... La pila está derecha, bien ordenada. Nada sobresale. Parece una torre en el cielo. Boubou y Houcine han hecho un buen trabajo.

¿Stella Plissonnier?

Por el apellido de Lucien Plissonnier, mi progenitor. No, mi padre. El amante de mi madre. Un padre que no conocí. Un amante con el que mi madre no estuvo más que tres meses, no más. Dos meses de felicidad y murió. Un 13 de julio. Estaba haciendo un estúpido juego de palabras, «es un poco pronto para los pe-tardos», y se desplomó en el sofá. Un ataque al corazón.

¿Ste-lla-Pli-sson-nier?

Medio hermana de Joséphine, tía de Hortense y Zoé, medio hermana también de Iris, hermana de Joséphine. Pero aquella no cuenta, está muerta. Tendré que informarme de cómo... Dejó un hijo, Alexandre. Debe de tener veinte años. Vive con su padre, Philippe, en Londres. Es todo lo que recuerdo de mi nueva familia. Solo he visto a Joséphine una vez. Bastante simpática. Fue bajo la Torre Eiffel. El café cuesta un ojo de la cara en ese barrio y es imposible aparcar.

Reduce la velocidad, se para en el semáforo rojo en el cruce entre la planta de reciclaje y la Ferraille. Un semáforo muy largo, uno se pregunta por qué. A lo lejos, a la entrada del recinto, tres camiones esperan para pesar su carga. Adivina la silueta de Jérôme Laroche, que va de uno a otro y les tiende los papeles que deben rellenar. Un domingo por la tarde, en casa de los Courtois, había pedido la mano de Julie y se habían prometido. No eran muchos: Stella, Tom y Adrian, Boubou, Maurice y Houcine. Solange Courtois tenía los labios apretados y el mentón empotrado en el cuello. Su cara entera decía: «Tengo que conformarme con este prometido insignificante». Le faltaba poco para no pellizcarse la nariz al pasar las olivas rellenas, los canapés de salmón, los *rillettes*, las porciones de pastel de calabacín... El novio estaba mal afeitado. Quedaban algunos pelos rojos entre dos zonas de piel irritada. Y los zapatos le rechinaban. Solange Courtois lo había besado cerrando los ojos.

—Me besa con pinzas —cuchicheó Jérôme a Stella—. La entiendo, esperaba un yerno mejor.

Estas palabras, tan sencillas, tan verdaderas, la habían puesto triste. Él no tenía nada que responder, y eso era lo peor.

El semáforo cambia al verde. Stelle vuelve a arrancar. El polvo blanco de la carretera se levanta en el aire límpido y azul, faltan partes enteras de asfalto. Habría que arreglar la carretera, pero el municipio ya no tiene dinero.

Tose y sube el cristal.

Se asegura por el retrovisor de que los perros siguen en el volquete. Se sostienen agarrados al borde, con las orejas al viento. Dos colegas que vigilan la circulación y que ladran cuando pasa una Mobylette.

Cuando atisba la puerta de la Ferraille, toca el claxon para que Jérôme se aparte y pueda pasar por un lado.

¿Stella Kosulino? ¿Stella Plissonnier? ¿Stella Valenti?  
¿Cambiamos de personalidad cuando cambiamos de apellido?

\*

En el andén de la estación de Sens, Adrian espera el tren de las ocho y diez a París.

Han cancelado el tren de las siete y cuarenta. Sin aviso. Aunque está muy transitada, se suprime un tren de cada dos en esta línea. La SNCF economiza. Viajará de pie, apretado contra unos viajeros malhumorados que huelen a café con leche, al cigarrillo apagado, a la ducha que no se han dado porque van con retraso.

La gente protesta. Mañana y noche. Protesta, pero se amontona, dócil, y se agita con los demás.

Adrian no protesta. No se agita. Sabe que un día dejará de coger ese tren. Vivirá en París en un apartamento con revestimiento de madera. Será el propietario de un coche último modelo, con chófer de uniforme y una lamparita detrás para leer el periódico, y tendrá un abrigo de pelo de camello. Será el señor Kosulino y dirigirá su propia empresa. Dictará cartas a una secretaria, caminará por una espesa moqueta y tendrá varios teléfonos y cuadros de grandes maestros en las paredes. Así vivían los héroes de las películas que su abuelo lo llevaba a ver en el cine de Aramil.

¡Y una cocinera en casa!

Entrará en la habitación por la mañana con la bandeja del desayuno y preguntará por la cena: «¿Qué desean los señores?».

Cuando uno lo desea con fuerza, las cosas se cumplen. Solo tiene que aferrarse a su sueño. Darle un golpecito de vez en cuando, para reavivarlo.

Ha dejado el coche en el aparcamiento de la estación.

Edmond Courtois había venido para llevarle un documento que faltaba en el expediente. Corría, sudaba. Le costaba recuperar el aliento. Se excusaba por estar tan sofocado: «¡Es una locura, este año no se acaba nunca el verano!».

Tendió el documento a Adrian.

—Apáñatelas como puedas, pero tiene que firmarlo.

—Delo por hecho.

—Sacaremos un montón de pasta con esta partida. Un cliente importante. Vladimir Borzinski. Ruso. Os entenderéis bien.

«Como si eso fuera suficiente —había pensado Adrian—, como si todos los rusos del mundo debieran darse la mano. Es como dar por hecho que todos los hombres son hermanos. Por supuesto que se sonríen como hermanos, que se estrechan las manos como hermanos, pero debajo de esas apariencias hay grandes posibilidades de que sean unos cobardes, unos canallas, basura, asesinos».

Había sonreído.

—Conozco a ese Borzinski. Ya lo he visto en la Ferraille. De cuando cortaba chapa.

—¿Ves qué clase de hombre es? Duro, nada espontáneo.

—No me miraba, yo no existía, a sus ojos yo era infrahumano. Pero me tomé un tiempo para observarlo... He conocido a muchos como él en Rusia. Me da miedo.

Edmond Courtois pareció tranquilizado.

—¿Qué tal por casa? —preguntó mientras cerraba el impermeable, que se le abría.

Había engordado, la ropa le apretaba.

—¿Stella está bien?

—Sí, sí.

—Debe de estar feliz ahora... Tienes un curro, papeles, Ray ya no está allí para acosarla... Debe de ser todo más fácil para ella. ¡Y también para ti, de paso! —añadió, a la vez que le daba una palmadita de complicidad en la espalda que significaba que se comprendían, que estaban entre hombres.

—Sí. Está contenta.

—Entonces también yo estoy contento... ¡Venga, hasta la tarde! Cuando vuelvas, ¿me llamas y me cuentas? Es un gran negocio, Adrian, un gran negocio, y si lo haces tan bien como la última vez... pues...

Se frotó las manos con una gran sonrisa. No se había atrevido a decir «seremos ricos», pero lo había pensado con mucha fuerza. Y luego había tenido miedo, se había dicho que aquello le iba a traer mala suerte y había rectificado, avergonzado.

—En fin... ¡Ya veremos! No hay que vender la piel del oso... Pero la verdad es que... me gustaría mucho...

Adrian se inclinó hacia él. Había leído la inquietud en los ojos de Edmond. La inquietud del hombre que se hace viejo y debe luchar cada día para que su negocio se mantenga. Luchar contra el hundimiento del precio del acero, las fábricas que cierran desde la crisis de 2008, las grandes chatarrerías que

absorben a las pequeñas... Contra las mafias también. Los traficantes. La regulación quisquillosa del Estado.

Un viejo tigre que ha perdido las garras.

—Todo irá bien, señor Courtois. No se preocupe... ¡No es el último contrato que firmaremos!

Estuvo a punto de decir «que firmaré».

Edmond lanzó un suspiro. Se quedó un momento inmóvil, sin saber qué hacer con los brazos y los pies. Buscaba las palabras, pero no venían. Se frotó la barba y murmuró:

—Tú tienes olfato para los negocios. Eres un buen estratega. Y además... ¡con tantas lenguas como hablas, debes de causar impresión!

Estaría pensando en su futuro yerno, que no impresionaba apenas.

Llegó a su coche con los faldones de su impermeable bien cerrados.

Parecía un niño rollizo embutido en un disfraz de empollón.

Un niño viejo.

Adrian sonrió. Edmond Courtois es un hombre amable. Y sencillo. Edmond Courtois lo acogió cuando llegó a Sens en la trasera de un camión. Y le dio una oportunidad. Un curro en la Ferraille. Papeles. Una existencia legal. Sin Edmond, habría acabado mal.

Edmond Courtois siempre había querido a Léonie. Su colega Ray Valenti se la había birlado cuando tenían veinte años. Y ya nunca volvió a ser colega de Ray Valenti, pero daba lo mismo. Nunca se atrevió a declararse. Siempre había amado a Léonie de lejos. Incluso ahora, farfulla cuando habla de ella. Embutido en sus sentimientos como en su impermeable. Se casó con Solange Courtois. ¡No se libraré fácilmente de ella!

A veces pregunta por Stella. Y si Adrian, por casualidad, menciona a Léonie, un brillo de chico feliz se enciende en los fatigados ojos de Edmond.

A menudo, el hombre y el niño son lo mismo.

Edmond pagó la restauración de un edificio de la granja para Léonie. «Así —dijo— cada uno tendrá su casa.» Georges y Suzon por un lado, Léonie por otro, Stella y Adrian un poco más lejos. Ya había pagado la parte de Stella.

¿Y yo, qué pago yo?

La comida en la mesa. Entradas para el cine. Unas zapatillas de deporte para Tom. La gargantilla de Stella. Una botella de champán de vez en cuando.

Fruslerías.

Quiero ganar dinero del bueno.

No quiero ser pobre.

Tiene papeles. Ya no es ilegal. Se acabaron los tiempos de la jabonera escondida bajo el lavabo del baño, donde dejaba los billetes ganados clandestinamente.

Eso hace que quiera entrar en el negocio.

Ve un sitio frente a una joven y un hombre dormido con el cuello torcido sobre la solapa de la chaqueta y la boca abierta. Cuando respira parece que tiene un verraco viviendo dentro de ella. Su vecina se vuelve con una mueca y cruza su mirada con la de Adrian.

Aunque joven, tiene un aspecto gastado. La piel seca, con rosácea, el pelo fino, rubio. Se ha pintado de verde los párpados para iluminarlos un poco. Le recuerda a las mujeres de Aramil. Le sonrío. Ella le responde, repentinamente reanimada. Se estira la chaqueta, se ahueca el pelo. Parece decir: «Venga, tómame, hace mucho que no he sentido el calor de un hombre contra mí».

Está citado en el Fouquet's, en los Campos Elíseos. Ha pedido una mesa no muy lejos de la puerta. Querría llegar el primero para estar bien situado. No necesita revisar el informe que le ha preparado Edmond. Sabe cómo impresionar al ruso y hacer que firme. El tío parece salir de una película de James Bond mal doblada. Invoca a Dios, a Putin, escupe cifras, exhibe su barriga prominente y juega a ser el amo de los rodamientos.

Eso no lo impresiona. Tiene un arma secreta que ha funcionado siempre.

¿Por cuánto tiempo?

No lo sabe.

En cuanto a Stella, tampoco lo sabe.

El fuego azul de sus ojos, el fuego rubio de su pelo.

Su cuerpo que se abre, su corazón que se zafa.

«Solo tengo un miedo, Stella: perderte. No tengo miedo de que un hombre se te lleve de mi lado, tengo miedo de ese odioso fantasma caído en el fuego.

Miedo de un muerto. Me importan poco las cosas, sé vivir solo y muy bien, pero te necesito. Sea lo que sea lo que nos pase, tú y yo estamos hechos el uno para el otro. Vivo en ti.

»He crecido en ti. Me has vuelto más tranquilo, más dulce, más hablador. Has abierto mis brazos. He aprendido a sonreír contigo. A reír. Antes de ti, nunca reía. Mi primer ataque de risa... Te compraste un vestido para complacerme y te lo pusiste del revés. La espalda delante, el escote detrás. Cuando entramos en el restaurante, te quitaste el abrigo... Todo el mundo te miraba y estallé en carcajadas.

»La risa es la luz que explota.

»Si has crecido en Aramil, con el viento gris, la arena sucia, el barro..., lo único que quieres aprender es cómo hacer que la luz te alcance.

Sin la ayuda de nadie. Porque, después, estamos seguros de ser felices para siempre.»

Conoció a Stella.

Acababa de llegar a Sens, oculto en un camión que transportaba planchas de metal. Había acabado en la entrada de la Ferraille. Julie le dijo: «Te contrato, voy a ver si sabes trabajar. ¿No tienes papeles? Nos importa un bledo, muéstrame que tienes ganas de trabajar y veremos».

Julie es la santa patrona de los casos perdidos.

Durante toda la jornada, se dejaba la piel de las manos y los dedos. Tiraba con los brazos, empujaba con los muslos. Tragaba polvo de limadura, escupía saliva negra de hollín. Por la noche, después de darse una ducha y de comer una lata de sardinas con pan, se envolvía en una manta y leía el diccionario, leía gramáticas para aprender francés. Boubou y Houcine le ayudaban.

Y luego, un día...

... en el trabajo... se había incorporado para secarse el sudor que le salaba los labios y la vio bajar del camión.

Peto naranja, una cresta de pelo rubio. Alta, delgada. Hostil.

Lo deslumbró. No hablaba, no sonreía, lanzaba miradas furiosas, daba patadas a una rueda, a una viga, a un eje. El baile de la cólera. La observaba a hurtadillas, robaba la tristeza con una mirada, la soledad con una sonrisa fingida. Buscaba adjetivos para describirla en francés. ¡En ruso tenía un montón!

Volvió a ponerse el casco, los guantes, las gafas, el pañuelo que le hacía de mascarilla; volvió a cortar una plancha con el soplete, pero sus ojos entrecerrados la buscaban por todas partes.

Su primera noche.

En el catre donde dormía en un rincón de la nave.

Se habían quedado cara a cara, torpes, callados. Acercaron sus manos y saltaron chispas. Acercaron sus bocas y saltaron chispas. Ahuyentaron el aire que crepitaba a su alrededor.

Él se dijo: «Estoy jodido. Nunca me moveré de aquí».

Cuando se separaron, rodó sobre un costado y continuó mirándola, le lamió el sudor del hueco del cuello, con aquel olor azucarado casi afrutado, y le susurró: «Perdóneme... Le prometo que la próxima vez muy bien, muy bien». Ella le puso una mano tibia en los labios y le suplicó: «Cállate, por favor, cállate».

Repasaron su infancia.

La de él en Aramil, la de ella en Saint-Chaland. ¿Quizá eso era lo que los había reunido? La misma desgracia, la misma violencia, y lo único que resulta seguro, lo único que tranquiliza, es que estamos solos, ¿no? Estamos solos.

Nunca conocemos el sufrimiento del otro.

Lo imaginamos con sus propias palabras. Con su propio sufrimiento. Pero no coincide. Y pasamos de largo.

Stella ha querido olvidar, borrarlo todo. No le ha quedado más que un gran rechazo. Ese rechazo la hace vivir.

Debe amarla con todas sus fuerzas hasta que no pueda más.

¿Llegará ese día?

No lo quisiera.

La mirada decepcionada de la chica gastada vuelve hacia él mendicante. Sus ojos parecen decir: «¿Por qué no me miras? ¿Por qué no me hablas? Esta tarde salgo a las cinco, ¿podemos vernos? Te veo a menudo en este tren de la mañana. No llevas alianza, ¿tienes novia?».

Sonríe de nuevo, pero esta vez para decir adiós.

Stella lo ha vuelto casto y fiel. Hay tantas mujeres en ella que no ha acabado de seducirlas a todas.

El tren se acerca a París y los suburbios desfilan por el marco de la ventanilla. Edificios grises, un cielo turbio, balcones atestados de bicis, sillas de plástico, puentes negros, semáforos en rojo, firmas grafiteadas, gigantes y chillonas... Él había empezado a hacerlas en Aramil. Estaba en la banda de los que más se arriesgaban para «bombardear» lugares inaccesibles. Dejaban su firma por todas partes. La de su grupo, «Los lobos de la noche». Se los respetaba. Zapatillas negras, capucha negra, chándal negro, escalaban y dejaban signos cabalísticos en las estaciones y las cocheras. Había ido hasta Ekaterimburgo para dejar su firma en las vallas que rodeaban las obras abandonadas de la época soviética. Al principio, el poder los combatía. Los grafitis eran un arte decadente venido de Occidente y los grafiteros eran traidores a la nación. El arte del grafiti lo introdujeron en Rusia los *hooligans* ingleses que iban a apoyar a sus equipos de fútbol. Escribían kilómetros de cifras y de letras con una rapidez y una técnica que los rusos envidiaban. Adrian aprendió con ellos. Aprendió a usar aerosoles, a huir sin herir el aire. A menudo había tenido miedo. Y luego el poder desistió. Y pasó al otro extremo. Gloria a los grafitis, el arte nuevo, ¡el arte antes que nada! Se abrió un museo en Perm. Se exponían allí firmas y vallas. También sus firmas y sus vallas.

El día en que lo descubrió, se subió a la chimenea más alta de una fábrica abandonada y escribió su nombre con letras doradas.

Dos días después se marchó a la conquista de Europa.

Escondido en camiones y trenes.

Cuando su colega Milan recordaba el museo en Perm, Adrian le decía que allí exponían sus obras. Milan se moría de la risa. Adrian repetía que era verdad... A Milan le entraba una risa tonta, la de quien no cree en nada.

A pesar de la tensión que reina entre los dos, Adrian mantiene con él una relación lo bastante amistosa como para permitirles un negocio especial, el de engañar a la gente. Y a lo largo de los años han tejido un lazo sólido: la complicidad de los oprimidos.

Hoy Milan vive en un apartamento cerca del cementerio de Père-Lachaise. Ha dejado la buhardilla que compartía con Adrian. Se compra zapatos

puntiagudos, cartones de tabaco rubio, lleva sombrero y se ha arreglado los dientes. Bueno, no todos, solo los de arriba.

Milan forma parte del plan de Adrian.

Mira el reloj: llegará primero al Fouquet's.

El tren frena al acercarse a la estación de Bercy.

La gente se amontona en los pasillos. Se tragan la última galleta, sorben hasta la última gota de la lata de Coca-Cola haciendo ruido con la pajita. ¿Cómo hace la gente para comer y hacer ruido continuamente?

Reconoce a dos mujeres de Saint-Chaland. Las oye cuchichear a su espalda.

—Es él, ¿verdad? No está mal.

—¡Le haría un favor, desde luego!

Se parten de la risa y continúan más bajo:

—¿Crees que lo sabe?

—Pregúntale.

—¿Estás chiflada? Nunca me atrevería.

—Esta historia va a volverla loca.

—Pues yo la entiendo, ponte en su lugar.

—Pero incluso fue...

El tren frena bruscamente, la estructura del coche 14 vibra con un pesado chirrido de metal. La llegada está cerca. Aguza el oído, pero no consigue entender nada más.

Seguro que seguían hablando de Stella.

¿Qué decían antes?

Lo ha olvidado. Solo ha retenido el sonsonete de unas chicas que hablan de los hombres como golosinas que probar y picotear.

No le gusta esta familiaridad.

\*

Julie mira su taza de café solo y duda si echarle un terrón de azúcar. Ya tiene encargado su vestido de novia, la boda será dentro de seis meses y no debe engordar. «Un terrón, solo un terroncito... ¡Va, uno solo! Lo corto en dos y me sirve para dos cafés. Me encantaría de verdad estar delgada.» Acaricia con la mirada el cubito blanco del platillo. Lo coge entre los dedos. Liso, compacto, brillante. «¡No! ¡No! No quiero enfrentarme a la mirada y a los

comentarios de la dependienta cuando vaya a la segunda prueba a la tienda Promesses, la más bonita de las tiendas de vestidos de novia, calle de los Déportés-et-de-la-Résistance, 144. Al pie de la catedral.

»Mi madre me arrastró allá. Hubiera preferido comprar de un catálogo de internet. No me gustaba nada la -s de Promesses, me pregunté si eso quería decir que se podía prometer varias veces “amor y fidelidad”. Tenía miedo de que eso me pusiera de mal humor.»

—No, cariño, internet es para las chicas que tienen una talla «estándar»; tú necesitarás retoques, así que vamos a ir a por uno «a medida». Y alégrate de que tu padre y yo podamos pagártelo. No todas las chicas tienen esa suerte.

«Jérôme me encuentra “a su gusto”. Me dice que no hay nadie más bonita que yo. Quiere saber cómo es el vestido que he elegido. No he querido. Trae mala suerte.

»El primer beso de Jérôme no fue el clásico primer beso. Fue una noche mientras me acompañaba a casa después de haberme invitado en un restaurante. En su Clio gris. Con una sirenita de caucho rosa colgada del retrovisor. 153153 en el cuentakilómetros. Una cifra que da suerte. Fácil de recordar. Me acomodó entre sus brazos como hacía con el volante cuando era gruista. Apoyó sus labios en mi boca, presionó un poco, apenas, casi nada, y la cosa no pasó de ahí. Nos quedamos con los ojos cerrados, boca contra boca, durante un minuto largo, sin que él se moviera, sin que yo me atreviera a moverme. Aspirábamos el aire de lado para no interrumpir el viaje del beso. Era increíblemente íntimo. Al cabo de un momento, lo miré a través de las pestañas. No vi toda su cara, pero lo que vi me conmovió. Se bebía nuestro beso con los ojos cerrados. Le bajaba por la garganta, por el pecho, por todo el cuerpo, y eso debía de calentarlo, porque estaba muy rojo. Era un beso a medida. Un beso que no se parecía a ningún otro.

Me dije que quería irme de viaje con él.»

—A ver, dime, peonza, ¿te estás preguntando, ahí, contemplando el azucarillo, si harás saltar las costuras del traje de novia?

Julie se sobresalta y se ruboriza.

Stella ha entrado en la oficina sin hacer ruido.

—¡Serás tonta! ¡Me has asustado!

—Te he pillado en flagrante delito de glotonería.

—No tengo que comer azúcar, no tengo que comer azúcar, no tengo que comer azúcar.

—Bueno... ¡pues tíralo a la papelera! ¡No lo aguantes como una vela! ¡Te intimida!

—Tienes razón. —Julie lanza el azúcar a la gran papelera negra de su despacho—. ¡Problema resuelto! Gracias. Dime, ¿llevas una pistola?

Stella la miró, sorprendida.

—¿Una pistola?

—Bueno..., en el bolsillo...

Stella metió la mano en el bolsillo del peto y sacó el gran destornillador.

—Es para reparar la grúa de la parte trasera.

—¡Más vale así! Porque, contigo...

—Bueno, ¿dónde voy a buscar el hierro?

—Es un lote de radiadores viejos. Recuperados de una fábrica. ¡Otra que cierra! Pronto habrá que ir al culo del mundo para encontrar mercancía. Ya no habrá en Francia. Te lo juro, en París no mueven un dedo para ayudarnos. Siempre aprobando leyes imbéciles, machacándonos a impuestos, que si el seguro de autónomos, que si el IVA y blablabá...

—Todo eso no me dice dónde tengo que ir a buscar el hierro... Hay que darse prisa. ¿Has visto la hora?

—¡Estoy de los nervios! Estamos con lo de la ISO 9001, figúrate, y...

—Julie, por favor, cálmate... ¿Dónde voy?

Julie se sienta, se seca las manos en la parte delantera del jersey y se ajusta las gafas.

—Al polígono industrial de Sens, donde Mauret, junto a los almacenes Berlugot. Como no respetas los protocolos, no quiero a nadie por allí cuando cargues. Y no llenes demasiado el volquete, ¡si no, se caerá! Prefiero que hagas dos viajes, aunque me cueste la gasolina.

—OK —murmura Stella mientras se acerca a la máquina de café.

—Y no dejes ni pizca de chatarra. No somos ricos.

—¡Entendido, peonza! —se ríe Stella—. Ni que fuera mi primera carga. Hoy estás rara. ¿Estás preocupada por algo?

—Después vas donde Roubiais, hay un lote de planchas viejas que nos vende rebajadas, quiere librarse de ellas.

—¿Negocio el precio?

—No, ya está arreglado. Solo tienes que cargar.

Stella hace escupir un líquido negro a la máquina y deja caer dos terrones de azúcar en la taza. Julie no pierde de vista los azucarillos.

—¿A qué va Adrian a París? —pregunta Stella mientras prueba el café, apoyada en la pared.

—A convencer a un cliente ruso de firmar un pedido. Un negocio arreglado por mi padre. Adrian solo tiene que acabarlo, pero es lo más difícil. El tipo querrá saltarse las cláusulas. Mi padre ha preparado el terreno, Adrian tiene que dar la estocada final. Hacen un buen binomio, se entienden bien.

Hay un matiz de decepción en la voz de Julie. Edmond Courtois ha preferido apoyarse en Adrian para llevar el negocio en lugar de en Jérôme. Lo invita a su casa, lo sienta a su mesa, pero Jérôme es un cero a la izquierda. El día del compromiso, su padre pasó la velada en un rincón del salón conspirando con Adrian. Julie le indicaba con la barbilla a Jérôme que se les uniese. Jérôme no se movía. Tiraba de las mangas de la chaqueta mientras se humedecía los labios. Se preguntó si algún día acabaría avergonzándose de él.

—Porque me parece que va a menudo a París —dice Stella mientras golpea con el talón en la pared.

—Eso háblalo con mi padre.

—No es un reproche, pero...

—¡No tenías que haberte liado con un hombre de negocios! —Lo ha dicho sin pensar. Cuando oye las palabras, le suenan violentas. Sobre todo por el tono en el que lo ha dicho. Le ha lanzado la frase a la cara como un reproche. Julie baja la cabeza y murmura—: Perdona, Stella. Estoy muy nerviosa, nada más.

—Ya lo veo, peonza.

—Cada día es más duro ganar dinero y a veces me gustaría mucho saber hacia dónde voy...

—¿Jérôme?

—¡No! —exclamó, un poco demasiado fuerte—. Por ese lado, todo es felicidad.

A veces, durante la jornada, se asoma a la ventana de su despacho y lo busca

en el patio. Es su recreo. Cuando lo ve, se dice, maravillada: «Es mi hombre, para mí, me quiere, me encuentra guapa, vamos a casarnos, tendremos hijos y una casa con una veranda».

Su historia de amor no ha sido cosa de un abrir y cerrar de ojos.

Lo conocía desde hacía mucho tiempo. Siempre ha trabajado en la Ferraille, aparte de un intervalo de unos meses en los que se fue al extranjero. Por entonces, se casó. Le había tocado la lotería. Su mujer quería ver palmeras, patines a pedales. Y agua cálida. En cantidad. Y luego, él volvió, preguntó si...

Ella volvió a contratarlo.

La mujer de Jérôme se había quedado bajo las palmeras a remojo en el agua cálida. Eso es lo que Julie había entendido.

Un día, mientras tomaban un café, le pidió consejo sobre unas cortinas para el salón. El modo en el que se refirió a la elección del tejido y de los colores la había emocionado. Había tocado algo en ella. Se sentía feliz sin motivo. Se sentó en su mesa y sacó el espejito del cajón. ¿Iba a enamorarse?

¿Podría ser que ocurriera tan delicadamente, casi por accidente?

Más bien tenía la costumbre, en el amor, de tirarse de cabeza. Se lanzaba tan rápido que los chicos no se daban cuenta de nada. Amaba en silencio con gran violencia. Eso le convenía, porque no se creía capaz de ser querida de verdad, así que mejor contarse la historia a sí misma.

Con Jérôme se lo tomó con tranquilidad. Se veían todos los días. Eso había facilitado las cosas, porque no se podía decir que aquellos dos tuvieran mucha iniciativa.

Jérôme trabaja detrás de una mesa, no tiene la obligación de llevar casco, botas, gafas ni guantes reglamentarios. Se desplaza sin protección. A ella no le gusta. Lo llama al orden, pero él responde que no vale la pena, tiene el culo atornillado a la silla, y, cuando se mueve, lo más lejos que va es a la entrada del recinto para hablar con el chófer de un camión. ¡Apenas veinte metros! Nunca se acerca a la trituradora. Ni al taller donde se cortan las planchas.

Sí, pero... Ha tenido un sueño terrorífico: una plancha se escapa de un cargamento y le corta el cuello a Jérôme. Lo ha tenido varias veces. No se lo ha dicho a nadie.

El despacho de Jérôme está debajo del suyo, en la planta baja. Una amplia

ventanilla acristalada que se abre sobre la báscula. Allí pesan los camiones que cargan o descargan. Detrás del vidrio de la ventanilla, Jérôme da órdenes sobre los pesajes, anota el peso de los cargamentos, o entrega un recibo de compra o de venta. A veces, cuando un tío refunfuña e intenta hacer trampas, sale para arreglar la discrepancia.

Entonces lo ve.

Desde lo alto de su torre, lo contempla feliz.

No tiene mucho pelo, y el que le queda, en corona alrededor del cráneo, es rojo y se encrespa en el cuello. No es alto, va un poco encorvado, y los pantalones le quedan grandes. A menudo lleva pinzas para la bici. Va al trabajo en bicicleta, cinco kilómetros de ida y cinco de vuelta. «Compréndeme —dice—, tengo que mantenerme en forma, soy mayor que tú, ¡tengo cuarenta y seis años!» Y busca una protesta en los ojos de Julie, que le asegure que no es tan viejo. Le molesta casarse con la hija del jefe. Sobre todo porque se presenta con las manos vacías. Solo tiene una bici y un Clio de ocasión. Le hace regalos, sales de baño, tijeras pequeñas para su estuche de *patchwork*, una vieja película de Gabin... Su preferida es *La bestia humana*.

—Es sobre un hombre que mata a la mujer a la que quiere, ¿te das cuenta de las tonterías que te hace hacer el amor?

—¿Tú me matarías, Jérôme?

—¡Claro que no! Pero es más fuerte que él, está mal de la cabeza. —Luego añade, con la mirada perdida—: Lo que no impide que yo haya cometido una enorme tontería por amor...

—¡Sí, pero tú no mataste a tu mujer!

Toda la ciudad estaba al corriente de su historia. Cuanto más pequeña es la ciudad, más chismorrea la gente. Aunque es cierto que nunca se había vuelto a ver a su mujer.

—No.

Lo dice como con pesar. Como si le faltara audacia a su personalidad, continuidad en las ideas. Entonces ella se estremece. Y habla de otra cosa.

Porque, a pesar de todo, este hombre representa la felicidad.

—Si no es Jérôme el que te inquieta, ¿quién, entonces? —insiste Stella, que nunca deja una pregunta sin respuesta.

—Es el trabajo. Habría que cambiar todo, toda nuestra manera de funcionar. Tendría que parar, que reflexionar. El negocio de la chatarra de

siempre se ha acabado. Hay que meterse también en la madera, el cartón, el plástico... Y no tengo tiempo de ponerme. ¡Ya ni siquiera tengo tiempo de vigilar las existencias! Antes lo hacía todos los días, y los fines de semana apuntaba los recibos de compra y de venta.

—Resultabas cómica por ser tan desconfiada. No me atrevía a coger ni un clavo, ¡ni de mi zapato!

—Estaba atenta. No me podían robar. Ahora corro detrás del tiempo, del cliente, no hago más que poner parches por todas partes... y si miro las existencias es de pasada, a toda velocidad.

—¿Y tu padre no podría...?

—¿Mi padre? Está sobrepasado. Sigue las viejas rutinas, los viejos esquemas. Y luego que el día a día nunca ha sido lo suyo. Para eso cuenta conmigo. Jérôme me ha propuesto ocuparse de las existencias...

—Y supongo que le has dicho que sí, ¿no?

—Sí. Aunque... No sé... Me digo que es cosa mía, que es mi empresa.

—Vais a casaros. Puedes confiar en él.

—Es solo que... ¿Quieres que te lo diga? Ni siquiera sé si mi padre se ocupa realmente de la contabilidad general, quiero decir, de lo que se almacena, lo que se gasta, lo que se saca, lo que se invierte... Me da miedo que esté haciendo una chapuza.

—¿No exageras un poco?

—Hay que reconvertirse, te digo. ¡Así vamos directos al desastre!

—Pero no...

—Sí, Stella, sí. El mundo cambia a toda velocidad y mi padre no se da cuenta.

Su mirada se pierde en el vacío. ¿Para qué dar explicaciones? En la radio y en la tele se habla de «dificultades económicas», predicen la recuperación, el fin del paro, un futuro mejor, pero Julie sabe que solo son buenas palabras. Se está gestando una revolución, un caos. Los más fuertes, los más rápidos, saldrán adelante. Los pequeños reventarán. Como miles de personas.

—Está Adrian, él protegerá a tu padre. Lo ayudará a hacer evolucionar la Ferraille.

Es mentira, Stella lo sabe. Adrian ayudará a Edmond Courtois, pero se quedará para sí la mayor parte del pastel. Adrian tiene hambre. Un hambre feroz. Intenta ocultarlo, pero siente hasta qué punto está hambriento cuando él

la toma, cuando corta el pan en la mesa, cuando sale a trabajar por la mañana. Ya nunca se para a recogerle narcisos de las nieves.

No quiere que Julie esté triste, así que le hace una promesa para que absorba toda su tristeza.

Julie la mira con una sonrisa trémula. Como si quisiera creer en esa mentira.

—Si es generoso, él le abre los ojos y comparte. Si va a lo suyo, le deja las migajas y se queda con el premio gordo. Y la empresa morirá, de forma lenta pero segura.

—Lo dices como si creyeras más en la segunda opción —señala Stella.

—Adrian es un hombre. Tiene que hacerse un sitio. Es su turno.

—Adrian no es así —protesta Stella—. Le debe todo a tu padre. Nunca lo olvidará.

—Es amable, de acuerdo. Pero ¿hasta cuándo? Reconoce que tiene que ser tentador tomar el control... Sobre todo cuando eres joven y ambicioso y tienes que cargar con un viejo que se resiste a los cambios. ¿Quieres que te lo diga? Entiendo a Adrian. Solo que no quiero que afecte a mi padre...

Cuanto más habla Julie, más cuenta se da Stella de que su amiga tiene razón y más teme que eso sea el final de su felicidad. Si Adrian llega a ser el hombre que pinta Julie, cambiará, y su amor también.

¿Quizá por eso ha vuelto la desgracia esta mañana?

—Míranos a nosotras —insiste Stella, presa del vértigo ante esa idea—. ¿Alguna vez nos hemos traicionado?

—No es lo mismo, entre nosotras nunca ha habido dinero de por medio.

—¡Ha habido algo peor! Ray Valenti. Nunca tuviste miedo de enfrentarte a él. Luchaste por mí.

—Porque soy tu amiga.

—¡Ahí lo tienes! Eso es la amistad. No tener miedo, dar hasta la camisa por el otro. Y bueno... Adrian hará lo mismo por tu padre.

—¡De verdad que me gustaría creerte!

A Stella también le gustaría creerse su mentira. Querría que sus palabras fueran gomas que borrasen la avidez de Adrian. Coge la mano de Julie, entrecruza sus dedos con los suyos y le pregunta:

—A ver, dime, peonza, ¿no será que lo ves todo negro porque estás a régimen, sin azúcar?

—No. Me gustaría mucho pensar solo en mi boda, en mi vestido y en mi régimen, pero tengo facturas que pagar, pedidos que entregar, un IVA que calcular... ¡Estoy más que harta!

—¿Os venís con Jérôme a cenar a mi casa este sábado?

—Vale. ¿Llevamos algo?

Stella está a punto de decir que no, pero rectifica:

—¿Champán?

—Perfecto. Jérôme conoce uno muy bueno... Tiene buen gusto, ya sabes. ¡Y también buen apetito!

—¿Te prepara platos buenos y ricos?

—Me lleva de restaurantes. Compró una guía y los probamos todos. O casi.

—¡Guau, eso es un dinero!

Julie sonríe, se relaja y luego se incorpora.

—¡Vamos! ¡Al trabajo! —dice a la vez que levanta el enorme montón de carpetas que la esperan—. Ya nos hemos entretenido bastante. —Le alarga los recibos que necesita que le firmen. Stella los dobla y se los mete en el bolsillo—. ¡Anda, hoy no llevas tu sombrero! —señala Julie.

Stella se pasa la mano por el pelo mientras hace una mueca.

—¡Me lo he olvidado en casa! Mala señal. Seguro que me ocurre una desgracia antes de esta noche.

—No digas eso —suplica Julie.

—Cada vez que me lo olvido, me pasa algo malo.

—¡Para ya!

—Es más fuerte que yo, me lo huelo. Hay que decir que he tenido buenos maestros.

Al oír las últimas palabras, Julie enrojece. Se tira del jersey para buscar un poco de aire, sopla un mechón rizado que le cae sobre las gafas: «¡Dios mío! ¡Es verdad! Me había olvidado de eso. ¡Y Stella parece no saber nada!».

—¡Eh, peonza! ¿Estás bien?

—Sí. ¿Por qué? —dice Julie con voz insegura.

—Haces el ventilador con tu jersey y estás totalmente sofocada.

—Te juro que no...

—Espera un poco. Sabes algo que no quieres decirme. No me mientas. Podría descubrir las mentiras de un mudo.

—¡Para, Stella! ¡Estás paranoica!

—Tranquilízame. ¿Tengo razones para estarlo?

—¡Te digo que no pasa nada!

—¿Por qué gritas así?

—¡Me acusas de saber cosas que no sé!

—¿No sabes nada? Eso quiere decir que otros sí saben y me lo ocultan. ¿Es eso?

Julie menea la cabeza, su pelo rizado hace serpentinas que se estiran, suben y bajan.

—¿Tiene que ver conmigo? —pregunta Stella.

—Pero ¿de qué hablas?

Stella apoya las manos en la mesa y se inclina hacia Julie.

—¿Desde cuándo somos amigas?

Julie levanta los ojos al cielo.

—¡Es que no sé nada! ¡No querrás que me lo invente!

—No sabes mentir, no sabes hacer trampas, ni siquiera sabes fingir, así que, por favor, dime: ¿es Adrian? ¿Hay cotilleos porque tu padre está a buenas con él? ¿Se cuentan horrores sobre él y eso te pone triste?

—¡No! ¡En absoluto!

Sí, la pone triste. Le habría gustado que su padre armara caballero a Jérôme. Que le pasara el brazo por el hombro y le dijera: «La Ferraille es mi reino, y es para ti, ya que entras en la familia». O: «Julie y tú hacéis un gran equipo, aquí tenéis mi negocio, hacedlo crecer». Había soñado con ello. Habría sido el punto culminante de su vida. Sus dos pasiones reunidas: Jérôme y la Ferraille.

Nada de eso había pasado.

Sin embargo, un día creyó alcanzar su objetivo. Su padre hablaba, Jérôme opinaba, los dos hombres parecían de acuerdo y su padre se había lanzado. Había pronunciado las primeras palabras de lo que parecía ser una propuesta de colaboración. Volvió la cabeza hacia su hombre en un impulso rebosante de felicidad. Estaba pálido, inerte, mantenía las manos apoyadas con fuerza en los muslos para que no se viera que temblaban. Su padre hizo una pausa, carraspeó y acabó la frase de otra manera. Dentro de ella, una voz gritó: «¡Venga, venga!». ¡Demasiado tarde! Jérôme tenía esa curiosa mirada, opaca, como si estuviera encerrado con llave en su propio interior.

Se prometió que olvidaría ese momento.

—¿Es porque tu madre piensa que haces una mala boda y va diciendo por ahí que es por mi mala influencia? —vuelve a la carga Stella—. Lo sé, Boubou me lo ha dicho. ¡Va proclamando que te casas al estilo Stella!

—¡Buf! Me importa un bledo lo que piense mi madre.

—Entonces, ¿qué pasa? ¡Dímelo! No aguanto más secretos. No quiero más. Nunca más.

—Pero, Stella, que te juro que no tengo nada que decir.

—Júramelo sobre la cabeza de tu futuro hijo.

—¡Nunca jamás! ¿Estás loca? No tienes derecho.

—Si eres mi amiga, tienes que decirme la verdad, porque, ¿sabes?, tengo la ligera impresión de que tiene que ver conmigo...

—Soy tu amiga y no tengo nada que decirte. Punto final. Son las nueve y media. Tengo trabajo, tú también, cambiemos de tema.

Stella intenta prolongar el enfrentamiento para doblegar a Julie, pero, ante el gesto resuelto de su amiga, barre la mesa con la palma de la mano, atrapa las llaves del camión y las lanza al aire.

—Ya nos las veremos...

—¡Adiós! —masculla Julie mientras se sube las gafas con un gesto seco.

Oye a Stella precipitarse por las escaleras de metal de su despacho. Se sorprende pensando que es increíble que todo el mundo lo sepa en Saint-Chaland excepto ella. Hay que decir que vive como una salvaje. Va de la granja a la Ferraille, de la Ferraille a la granja. Cuando no conduce el camión, se ocupa de los animales, de la leña, del huerto, de su hombre, de su hijo... Nunca se entretiene en las tiendas, ni en la peluquería ni en las terrazas de los cafés. Los recados diarios los hace Georges. Ella va una vez por semana al Carrefour a hacer la compra. Siempre al final del día, cuando está a punto de empezar el telediario, las cajas bostezan delante de su caja y los pasillos están vacíos. Llena dos inmensos carritos y vuelve a su casa sin haber dirigido la palabra a nadie.

No es una charlatana.

Julie vuelve con sus listados. Establece el baremo de precios para la jornada.

Masculla: «Ni hablar de que yo se lo diga. Se lo dejo a otro y buena suerte para él. ¡Stella se lo va a cargar! De acuerdo, soy una cobarde, pero no quiero interpretar el papel del mensajero al que se mata por traer malas noticias. Ya ha recibido suficientes golpes en la vida, tiene derecho a un respiro. No hace ni tres meses que Ray Valenti murió. Hay que dejarla tranquila».

Suena el teléfono. Es Mauret, que se impacienta:

—Pero ¿dónde está tu camión? ¡Tengo otras que cosas que hacer!

—Es Stella. ¡Ahora llega! Acaba de salir.

Mauret hace una pausa; incómodo, baja la voz para continuar:

—¿Lo sabe?

—No. Y no seré yo quien se lo diga.

—Yo tampoco. Yo cierro el pico. ¡Adiós, Julie!

—¡Adiós, Jean!

\*

A la entrada de la nave, Boubou, Houcine y Maurice beben café al sol. Con los ojos cerrados y la barbilla apuntando al cielo, sienten los músculos del cuello, de la espalda y de los brazos calentarse y relajarse. Han empezado a las cinco y media de la mañana. Había que cargar un camión que cogía el ferri para Inglaterra a las dos en Calais. Una carga de motores viejos vendidos por una fortuna a un coleccionista inglés. Julie les prometió una prima si acababan a tiempo. Han acabado a tiempo.

Miran a Stella y a sus perros subir al camión, levantan el brazo para darle los buenos días, y siguen con la mirada la estela de polvo que se eleva detrás del volquete y enturbia el azul resplandeciente del cielo.

—La grúa se inclina a la derecha —dice Boubou.

—Exacto —suspira Houcine.

—Yo sé lo que trama Adrian —dice Maurice, con los labios apretados en su vaso de cartón.

—Yo también —responde Boubou sin moverse.

—¿Qué es lo que trama? —pregunta Houcine, picado por no saberlo.

—Trama algo —responden Maurice y Boubou.

—Sí, pero ¿qué?

—Lo sabrás si le apetece decírtelo —responde Maurice.

—¡Os lo ha dicho a vosotros y a mí no! —se subleva Houcine—. ¡No me lo puedo creer!

—Él no nos ha dicho nada, lo hemos descubierto —precisa Boubou, en plan docto.

—Así es —confirma Maurice, en el mismo plan.

—¿Así es qué? —se enerva Houcine.

—Lo seguimos un día, después del trabajo, en la Mobylette de Boubou —continúa Maurice mientras vuelca el vaso sobre la boca para no perderse la última gota de café.

—¿Entonces? —se cabrea Houcine—. ¿Va a durar mucho este juegucito?

—Preferiríamos que primero nos dijera algo. Oficialmente. Nos gustaría saber si sería capaz de hacerlo a nuestras espaldas...

—O no —concluye Boubou, asintiendo como un viejo sabio.

—¿Y tenéis miedo de que yo me vaya de la lengua?

—Quizá —dice Maurice.

—Bueno, qué tíos... Me dais pena, os lo digo de verdad, ¡me dais pena!

Houcine se levanta, se seca un resto de café de la comisura de los labios, vuelve a ponerse el casco, aplasta el vaso entre los dedos y se aleja. Cuando se vive a tres continuamente, cuando se tiene confianza en los gestos del otro, cuando se sabe que no va a dejar caer el soplete ni hacer explotar la bombona de gas o de propano que tiene a los pies, también se sabe que, si el otro no habla, es porque hay un motivo, un buen motivo, y que no vale la pena acribillarlo a preguntas.

Pero lo enfada de verdad que sus colegas hayan adivinado un secreto que él no ha visto. Lo enfada y lo entristece. Porque de repente se siente muy solo. Y es terrible, porque adivina que aquello va a acarrear una serie de consecuencias que no tiene forzosamente ganas de ver.

\*

Todos los días, Stella y Tom almuerzan con Georges y Suzon. Es la tradición. En otra época, Georges y Suzon trabajaban en el castillo para los padres de Léonie. Se retiraron y heredaron aquella granja. Acogieron a Stella cuando se fugó de casa. Tom y Adrian. Y, desde hace poco, Léonie.

Tom se niega a ir al comedor escolar. Lo intentó una vez. Comió bacalao congelado, berenjenas de caucho, macedonia con sabor a tisana y una tarta de chocolate cuya masa se desmoronaba como yeso seco.

Stella proclamó que no era posible, que somos lo que comemos, que no quería que su hijo se convirtiera en yeso seco.

Hay veces en que Stella aún no se ha acabado su plato, medio caliente medio frío, cuando él ya debe irse. Tom ha aprendido a comer a toda prisa y se levanta de la mesa en cuanto su madre le hace una señal.

Léonie se sienta en un extremo de la mesa y lleva una camisa con el cuello bordado en punto de realce azul celeste. Juega con las puntas del cuello. Es increíble que haya podido hacer ese trabajo minucioso sin temblar ni desviarse. Valérie la ha felicitado. Ha enseñado ese punto de realce para que las otras mujeres lo aprecien. Esas horas pasadas en el taller de *patchwork* la reconfortan. Los trabajos de aguja son más útiles que las palabras. Cuando tiene que hacer frases se bloquea. Tartamudea y se sonroja.

—¡Es muy bonito el cuello, Léonie! —dice Tom, que comprende que su abuela espera un cumplido—. ¿Lo has bordado tú?

—¿Cómo lo sabes? —ríe suavemente Léonie mientras mete la cabeza entre los hombros.

Léonie ríe como si fuera a recibir un golpe.

—No hay más que mirarte —dice Tom—. ¡Pareces una lámpara intermitente de lo orgullosa que estás!

—Eres muy amable. Tengo mucha suerte de tener un nieto como tú. —Sus dedos acarician el cuello, se demoran en el relieve del bordado—. Lo he hecho yo sola. Valérie me ha dado algunos consejos, pero...

—Pues... ¡mola!

Léonie ríe ahogadamente, la mano vuelve a jugar con el cuello de punto de realce.

—¿Sabes? —continúa ella—, la camioneta azul sigue allí. Esta mañana la he visto, en el arcén de la carretera, justo delante de casa.

—¿Has visto quién estaba dentro?

—No. ¿Crees que nos espían?

—¿Los colegas de Ray?

—¿Vienen a buscarme?

—¡Claro que no!

—Están enfadados con tu madre y conmigo desde que murió.

—¡Pero no pueden hacerte nada! Papá y yo te protegemos totalmente.

—De todos modos...

—No te preocupes, yo me encargo.

Empiezan por una ensalada de remolacha y manzana, aliñada con una vinagreta de ajo, seguida por un paté de campaña con higos y peras que vuelve loco a Tom. También a Georges. Se pelean por llevarse la porción más grande. Lo prepara el señor Canterel, el charcutero de Saint-Chaland, una vez a la semana, el viernes por la mañana, ¡y no dura mucho tiempo en el escaparate! Hay que reservarlo por anticipado.

Suzon sirve una gruesa loncha a Tom.

Comprueba el tamaño de su parte y lo compara con la de Georges. Todo correcto. Son iguales.

Prueba el primer bocado, con los ojos brillantes, una sonrisa en los labios, y rogando para que quede algo y pueda volver a servirse. Le entra una vaga angustia ante la idea de ser engañado por Georges. No teme nada de Léonie, que picotea, ni de Stella, que mastica distraídamente, menos aún de Suzon, que hurga a izquierda y derecha y se olvida de su plato. No, su adversario es Georges. Siempre pilla la última porción y Tom no tiene tiempo de protestar.

—Me tomaría otro trozo de paté, Suzon —dice Tom, al borde de un ataque de nervios.

—¡Por supuesto, mi pequeñín! ¿Lo has pasado bien en el colegio esta mañana?

—He ganado un punto borrando la pizarra antes de que el profesor de inglés entrara en clase. Tengo ciento treinta positivos, ciento treinta casillas validadas. Y sigo siendo el primero de la clase.

—¡Muy bien! —exclama Suzon, que aumenta la ración de Tom para recompensarlo.

Tom no pierde de vista la trayectoria del cuchillo de Suzon y añade:

—¡Y he recitado una fábula sin un solo fallo! «Un corderillo apagaba su sed en la pura corriente de un arroyo. Cuando en ayunas aparece un lobo buscando aventuras...»<sup>6</sup>.

—¡Muy bien, chaval! —exclama Georges, que ha visto la maniobra—. ¡Pronto estarás demasiado instruido para nosotros! ¡Tendrás que darnos clases nocturnas!

Tom no está seguro de que Georges no se esté burlando de él, pero lo perdona cuando ve la enorme ración de paté que Suzon le pone en el plato.

—¡Y la señora Filières ha venido a clase para decirme que es

absolutamente necesario que vayas a verla, mamá! Debe de querer hablarte de la entrega de mi diploma de alumno ciudadano. Quiere organizar una ceremonia.

—Iré a verla.

—Parecía urgente. Hasta ha interrumpido la clase de historia...

—Seguro que se desvivía —dice Suzon, socarrona—. Es la primera vez que se concede el premio. Y como quiere darse importancia...

—Me ha llamado aparte. ¡Como si fuera listo! —dice Tom con la boca llena—. No me gusta mucho eso, me hace destacar.

—Iré a hablar con ella —dice Stella mientras limpia su plato con un trozo de pan.

Si Adrian estuviera allí, frunciría el gesto. No le gusta que pase el pan por el plato, dice que no es chic. Desde que va a París, tiene ideas así, es chic, no es chic, distinguido, no distinguido...

—¿Por qué no luego?

—Porque he dicho que mañana...

Georges ha dejado de cortar grandes rebanadas de pan. Permanece silencioso y hace caso omiso del paté.

—¿No tienes hambre? —dice Tom, que estaría encantando de acabar el plato.

—Sí... sí... —responde Georges, distraído—. Pensaba en otra cosa.

—¿Y se puede saber en qué? —pregunta Stella, intrigada.

Georges se rasca el cuello, espera un momento.

—He visto a Zbig esta mañana. Su gallinero también recibió visitas anoche. El de los Moreau, también. Dice que los zorros han tenido crías y que por eso roban.

—¡No es una razón! —exclama Suzon—. ¿Sabes cuántos pollos hemos perdido en una noche?

Stella le lanza una mirada desaprobadora.

—Ya te he dicho, pequeña, que había cerrado la puerta del gallinero. Incluso con doble vuelta, por si te interesa...

—¡Entonces se ha abierto como por arte de magia ante su majestad el zorro!

—¡Ya te he dicho que no he sido yo! —Suzon está al borde de las lágrimas—. ¡Mira, vas a acabar por hacerme llorar!

Vuelve la cabeza, se estira la blusa y se traga el disgusto.

—Para hacer el cuello, he utilizado una madeja de seis hebras —dice

Léonie con voz temblorosa—. Primero se dibuja el contorno que hay que bordar...

—Tienen que enseñar a las crías a cazar —sigue Georges—. Por eso llevan a cabo estas razias en las granjas. Les llevan los pollos en las fauces, los dejan delante de los cachorros y les enseñan cómo agarrarlos del cuello, destriparlos, vaciarlos...

—¡Los zorros son listos! —gruñe Suzon, aliviada de que se haya pasado a otro tema—. ¡Y las gallinas son muy tontas! Rascan para buscar gusanos y al rascar salta la gravilla ¡y matan a sus propios hijos!

—¿A qué viene ahora darnos una clase sobre los zorros y sus cachorros, Georges? —pregunta Stella, desconfiada.

Georges, como si lo hubieran pillado en falta, abre los brazos para probar su buena fe.

—A nada, te lo aseguro, a nada. Solo intentaba explicártelo.

—¡Como si no lo supiera! Lo que pasa es que estás mintiendo y que pensabas en otra cosa...

—Y a continuación se rellena el contorno con unos puntos pequeños, muy rectos —explica Léonie—. Eso es lo que da el relieve...

No le gusta cuando alzan la voz y se pelean. Querría coger una pieza para bordar y concentrarse en el hilo y la aguja.

—¿Y en qué estaba pensando yo, señora Sabelotodo? —ruge Georges a la vez que limpia el cuchillo del pan en la pernera.

—Bueno, pues, precisamente, ¡me gustaría que me lo dijeras! Porque, de repente, dejas de hablar, de tener hambre, ¡ni siquiera has tocado el paté! Luego te sorprendes porque me hago preguntas. Normalmente, te peleas con Tom. Y ahora, como por azar, el señor ya no come, se queda mirando cómo vuelan las moscas, ¡y me da una clase sobre la vida de los zorros y sus cachorros!

—¡Me sacas de quicio, Stella! ¡Déjame en paz!

—Hay que hacer los puntos perpendiculares al trazo, muy juntos —dice Léonie mientras se aferra al borde de la mesa—. No debe verse la tela entre los puntos. Valérie dice que es lo más difícil.

La cabeza le da vueltas, se echa hacia atrás. Cuando gritan cerca de ella..., se siente como aprisionada en una tela de araña.

—¡Dejad de discutir! —aúlla Tom al ver a su abuela—. ¿No veis que le dais miedo? Sois unos inútiles. ¡Y todo por unas gallinas y unos zorros!

Stella y Georges se vuelven hacia Léonie, que gime y mueve la cabeza.

—Perdona, mamá. Es que... hay muchas cosas que se me vienen encima, y luego esta espera, esta espera...

Se ha convertido en un hábito esperar la desgracia.

Es penoso vivir así.

Y si Dios existe, como cree, ¿por qué la pone a prueba continuamente? Habría sido más caritativo dejarla atrapada en su miseria, habría acabado por acostumbrarse.

—El notario ha llamado esta mañana —dice Léonie—. No quiero hablar con él, Stella.

—¿Qué ha dicho, mamá?

Léonie mira fijamente el vaso que tiene delante. Se pasa las manos por los brazos para entrar en calor. Stella repite suavemente la pregunta:

—Es importante, mamá. ¿Qué ha dicho?

—Que era urgente. Ha insistido en esa palabra. Y que nos esperaba en su oficina el sábado por la mañana a las nueve.

—Voy a llamarlo. —Léonie deja escapar un doloroso suspiro. Stella se vuelve hacia su hijo—: Iré a ver a la señora Filières mañana por la mañana. Prometido. Solo es que... No sé... Siento como si... como si todo fuera a volver a empezar.

—Pero ¿qué es lo que va a volver a empezar, pequeña? —se inquieta Suzon. Su cara enrojece bajo su cabello gris y su voz se torna aguda—: Está muerto. Está muerto. ¡No va a resucitar!

Y el silencio invade la habitación. El sol resbala por el hule, roza la mantequilla salada, el pan, la botella de vino, el queso que se derrite... Los perros bostezan, se estiran. Van a sentarse a los pies de Stella para que les tire algún resto de comida. Sus colas barren el suelo y les cuelga la lengua. Esperan.

—Quizá porque solo conoce eso, la desgracia —acaba diciendo Georges suavemente—. Habría que pensar en darle paz a esta pequeña...

Stella vuelve hacia él un rostro tan dulce, tan desarmado, que le entra miedo, baja la mirada y se levanta de la mesa.

—Entonces... ¿me puedo acabar su paté? —pregunta Tom mientras desliza

lo que hay en el plato de Georges en el suyo.

\*

Adrian se mete en el metro en la estación de Lyon. Línea 1, dirección La Défense. Los vagones vienen repletos, con los pasajeros apretujados unos contra otros, las mejillas aplastadas contra los cristales pegajosos y llenos de *tags*. No quitan la vista de encima de los más afortunados, instalados en las banquetas, que leen o hacen pasatiempos mientras aguardan que llegue su parada.

Dos inglesas gordas y sonrosadas, sentadas en los transportines, examinan una guía de París. Se apoyan en unas mochilas de H&M que tienen dobladas en sus rodillas. Adrian oye a la gente protestar contra esas maleducadas. Espera que se contengan, porque, de lo contrario...

De lo contrario..., aquello no se acabará, transpiran una frustración y una cólera que posiblemente sean de ayer.

De lo contrario, él también lo recordará.

De antaño.

Y los recuerdos desfilarán.

Los rusos que caminan embutidos en sus abrigo bastos y grises. Las mujeres, redondas y rollizas. De ojos, piel y cabello cansados cuando son viejas; pálidas y provocativas cuando son jóvenes, cuando todavía queda un poco de vida en ellas, una esperanza de felicidad. Los hombres, por su parte, cuadrados, vagamente amenazantes, siempre apresurados, a menudo silenciosos.

Vuelve allí. A las casuchas de Aramil o al metro de Moscú. La misma aspereza que eriza el aire. Una brutalidad que recuerda a la represión. Cuando todo el mundo espiaba a todo el mundo, cuando el aire era tan pesado por tantas delaciones que uno apenas se atrevía a respirar por miedo a...

No se sabía exactamente a qué se tenía miedo.

O se había sabido y se había olvidado.

El miedo se insinuaba como un olor caliente, maligno. Transformaba a las personas en hormigas laboriosas y asustadizas que se arrastraban, se apresuraban para ir a la derecha, a la izquierda, para ir a cualquier sitio.

Como si estuvieran perdidas.

Y, sobre todo, no pararse por miedo a...

¿Realmente se sabe dónde va a caer el rayo?

El olor a miedo. El olor a miseria. Un olor a lana mojada, a sudor acre, a meados en la pared, a gente que rezuma horror.

No hablar. Sobre todo, no hablar. No reconocer nada. No mostrar nada. Eso podría usarse en tu contra.

Imitar la nada, la ignorancia. El silencio. Incluso la intimidad es insegura. Risas de tapadillo. Hablarse en voz baja, por la noche, cuando nadie puede oírte. En la oscuridad.

Como si todo lo que amenaza con desbordarse pudiera salir de repente.

Un desbordamiento de cloaca.

Huele a cloaca. Continuamente. Por todas partes. Se extiende por las calles, por las camas.

Demasiado apetito, demasiadas prohibiciones.

Un apetito vergonzoso. Hay que reprimirlo.

Protestar significa que uno todavía está vivo.

Todo se trama en una inmovilidad pesada, amenazante.

El peligro es subterráneo, te estallará en la jeta.

¿Realmente se sabe dónde va a caer el rayo?

Hoy está orgulloso. «Tengo una familia y un oficio, mañana seré rico.» Tiene ganas de pavonearse mientras camina.

Pero el miedo, la vergüenza y la pobreza se han incrustado en su piel. A veces tiene ganas de acurrucarse y no volver a moverse. Como en el asiento trasero del último camión que lo trajo a Francia. Echado bajo una manta que olía a salmuera. Había subido en la frontera con los zapatos en la mano. Bajaba a mear cuando el chófer paraba a papear. Rebuscaba en las papeleras de las áreas de servicio, recuperaba restos de comida, bebía del fondo de las botellas.

Cualquier uniformado que parara el camión le cortaba la respiración. Oía las voces. Reajustaba la manta y pensaba en su abuelo en Aramil. La mirada llena de amor de su abuelo. «El amor, eso es lo que nos salva», se decía mientras dejaba de respirar bajo la manta.

Y luego una señora pierde el control.

Apretada en un traje sastre gris, con la boca dibujando un paréntesis enfadado y unas gafas redondas que le resbalan por la nariz sudorosa y le pinzan las aletas. Refunfuña y, cuando no puede más, explota:

—*Sit down, ¿eh? Sit down!* No se molesten, ¿eh?

La gente se mira, sonrío con disimulo, una sonrisa desagradable de manada que espera la sangre: «¿Y si consigue echar a las dos inglesas gordas de los transportines?».

—No, tranquilas, ustedes ahí... *Sit down, ¿eh?* —vocifera—. Porque, eh..., *because* ¡demasiada gente!

Ha gritado esas últimas palabras. Sin aliento, rebosando odio. Los dedos crispados en la barra metálica.

La inglesa mayor, embutida en su jersey negro, con tres gruesos michelines rosas que se escapan de los vaqueros de talle bajo y una cazadora que se le ha subido hasta los senos, se incorpora, avergonzada, y explica a su hija que hay que levantarse. La hija, réplica exacta de la madre, obedece con la nariz todavía pegada al plano de París.

—*We didn't know. I'm sorry!*<sup>7</sup> —se excusa la madre.

El dragón del traje sastre gris y las aletas de la nariz pinzadas se subleva:

—*You did not know* que están ocupando todo el sitio? ¡A ver si se aclaran la vista, que buena falta les hace!

Y remarca la última frase con un gesto de barbilla que hace que las gafas se le caigan en el escaso pecho.

Adrian contempla a las dos inglesas sudorosas, a la señora ofendida que recupera el aliento y a los pasajeros que vuelven a sumirse en sus asuntos. Todos apretujados, amargados, infelices por estar agobiados en su vida.

Todavía tiene que coger el metro, pero eso pronto se acabará. Tendrá dinero, mucho dinero.

Y cambiará la caldera.

La primera vez que Adrian comió en el Fouquet's se quedó pasmado por la cantidad de cubiertos colocados a cada lado del plato en el mantel blanco. Miró el servicio de plata y las anémonas en el jarroncito y estuvo a punto de estallar de la risa.

¡Qué modales! Viejos modales que humillan al imprudente que los ignora.

Confuso por el platillo para el pan, lo había tomado por una mantequera.

Las tres copas en las que vertían el vino o el agua. O la costumbre que impedía cortar las hojas de lechuga con el cuchillo.

Dejó que su invitado empezara antes cada plato para imitarlo y no cometer ninguna torpeza.

En el tren de vuelta hacia Saint-Chaland, se acordó de la escena del *Titanic* en la que Kathy Bates —adoraba a esta actriz— le sopla a Leonardo DiCaprio el protocolo en la mesa: «Para los cubiertos, es muy sencillo, comience por los más alejados del plato y, a cada plato, vaya acercándose».

Practicaba en Saint-Chaland. Estudiaba el vino que acompañaba la carne, el pescado, el que se degustaba con el queso, con el postre, las diferentes calidades del champán, la temperatura a la que se debía servir un armañac o el aguardiente de pera, la diferencia entre un *bourbon* y un *güisqui*. Cómo desplegar la servilleta y ponérsela en las rodillas. Sentarse frente al plato, con las manos apoyadas en la mesa, ¡las manos, no los codos! Y estar bien derecho.

No soltar «¡Que aproveche!» al principio de la comida so pena de pasar por un paleta. Ni atacar el plato antes de que la señora de la casa haya cogido el tenedor.

Aprendió el arte de poner una mesa elegante. Las servilletas, el mantel o los juegos de mantelería, las flores, las velas, la cesta del pan, un hermoso salero, un molinillo para la pimienta, una jarra de agua entallada, un decantador de vino de cuello esbelto, copas de cristal, piedras multicolores dispersas por el mantel, candelabros y velas.

También aprendió a no marcar las erres. Se entrenaba delante del espejo al afeitarse. Pronunciaba *grupo*, *claro*, *franco*, *ordenar*, *crápula* sin redobles de tambor.

Stella, al principio, sonreía ante sus esfuerzos, luego... dejó de sonreír. Y preguntó por quién se metía en gastos.

El no respondió. Responder hubiera dado pistas y su plan debía permanecer en secreto.

Una noche, en el tren, abrió el periódico y leyó esta frase: «La felicidad es cuando descubrimos que somos capaces de algo de lo que no nos sabíamos

capaces». Volvió a doblar el periódico, cerró los ojos y pensó: «¡Eso es! Es exactamente eso».

Quería la felicidad y no transigiría.

Entre amar y odiar había dudado durante mucho tiempo. No es que quisiera inclinarse a un lado u otro, sino que flotaba, indeciso, a veces bueno, a veces odioso, sin una forma real de decidir.

Obrazov había llegado y le había hecho pagar.

Obrazov quería matarlo, ajustarle las cuentas delante de todos los machos de Aramil.

Después del enfrentamiento con Obrazov, Adrian eligió ser feliz. El Cielo había decidido. El Cielo había ordenado: «Venga, tío, venga, vas a ganar». Y solo por eso debía elegir el campo de la felicidad.

Es la una cuando empuja la puerta del restaurante, pisando fuerte. Aprieta el asa de su maletín. Se va a jugar su futuro en unos platos, en unas horas.

Obrazov había dicho: «Echaos atrás un poco que le voy a sacudir. Le voy a patear el culo». Adrian exhibía una honda tranquilidad, aunque el terror le hacía sentir como un vacío en las tripas. Lo tenía muy claro en su cabeza: no caer, devolver todos los golpes, que corra la sangre, aguantar. Con los ojos entrecerrados, había visto aproximarse a Obrazov. Tensó los músculos, hundió los pies en el barro, endureció el pecho a modo de escudo, se mordió los labios, encajó el golpe, devolvió el golpe, encajó el golpe, devolvió el golpe, con la nariz destrozada, solo veía por un ojo, ya no distinguía a su adversario, pero sus manos lo veían y sus puños golpeaban... ¿Y luego? Ya no lo recordaba. Quedó en pie. Ensangrentado, pero de pie. Vacilante por el estupor. Embriagado por la siniestra extravagancia que lo había llevado a derrotar al gigante de Aramil, él, Adrian Kosulino, un mequetrefe. Punzadas ardientes le atravesaban el cráneo. Caminaba llevado en volandas por una loca felicidad que no conocía.

Obrazov terminó de rodillas. Había mordido el barro de Aramil.

Era su turno. El camarero lo llevó a su mesa. De frente a la entrada, un lugar

estratégico en el que se ve entrar y salir a los clientes, desde el que se puede cruzar la mirada con hombres poderosos que frecuentan el restaurante.

—Gracias, Stéphane —dijo al camarero sin mirarlo.

Con un rápido gesto le deslizó un billete de veinte euros.

—¿Desea algo más? —pregunta Stéphane al inclinarse para dar las gracias.

—No, todo perfecto.

—Si a su invitado le apetece algo especial..., podría satisfacer sus deseos, tengo toda clase de direcciones —cuchichea Stéphane.

Adrian menea la cabeza, molesto. No le gusta que Stéphane se tome esas confianzas.

Ve el cielo de París, gris, lúgubre, en el espejo de la pared. Se parece a una ballena dormida. Las hojas púrpuras del otoño vuelan en horizontal y trazan una estela de rojas salpicaduras.

Estudia la carta, mira el reloj, Borzinski lleva quince minutos de retraso, reprime un suspiro de irritación, se cruje los dedos, consulta sus correos; entonces su mirada se ve atraída por una joven que espera en la entrada.

Bella..., aunque la palabra se queda pequeña.

Habría que agrandarla, estirla, llenarla de infinito.

Una masa de cabello castaño con reflejos caoba o rubios, no estaba seguro, una tez de flor antigua, cejas espesas, boca escarlata, mirada imperiosa, una larga silueta que se libera en un Burberry, unas piernas culminantes, con unas manolinas negras, un talle tan fino que se podría rodear solo con dos dedos, un bolso de Prada que cuelga, descuidado, del hombro, una mueca de alteza real cansada de homenajes y, por encima de todo, una sonrisa...

Nunca ha visto una sonrisa como esa.

Se echa atrás en la silla y observa a la desconocida que sonrío. Sublime, indiferente. Glacial. Luego dulce, soñadora, tierna.

Un enigma.

Una sonrisa que se abre amable, que promete abandono, canciones, edredones, cielos rojos y negros en arrecifes salvajes, vamos a despegar, abróchense los cinturones... Y gritas: «¡Sí, sí, voy!». Tiendes la mano. Entonces la sonrisa te eleva, te abraza, te lleva hasta la cima del mundo, donde vuelas, sereno, maravillado, ya aturdido, casi cruel... Eres el rey que atruena: «¡Arrodillaos, súbditos! ¡Dejad paso al cortejo!». Pero, luego, en pocos

segundos, la sonrisa se esfuma, se borra, desaparece, te arroja al suelo, aplastado, desamparado, marcado para siempre.

Como si su propietaria, cansada de su captura demasiado dócil, buscara otra presa que se le resistiera.

Una sonrisa que promete la paz y declara la guerra.

No le queda saliva, permanece inmóvil detrás del mantel blanco y del ramillete de anémonas azules y rosas.

La joven alza una ceja hacia el *maître*.

—He quedado con el señor Carter.

El hombre, abrumado por tanta femineidad, intenta ponerla en su sitio, restablecer su supremacía de macho idiota, y la hace esperar.

—Ya lo veo. Me espera. Ya puedo ir sola, no se preocupe. ¡No voy a perderme por el camino!

El *maître* hace una inclinación y la lleva a la mesa vecina a la de Adrian, donde un cincuentón en traje y corbata se levanta y se presenta en inglés.

La desconocida asiente con la cabeza, saluda, pasa su abundante cabello de derecha a izquierda y se sienta, ignorando las miradas que convergen hacia ella.

Es el momento preciso que elige Borzinski para hacer su entrada. Precedido de su prominente barriga, mal vestido con un pantalón marrón y la bragueta entreabierta, con una camisa aureolada de sudor y con una corbata totalmente fuera de lugar. Adrian reprime una sonrisa.

Es el tipo que ha visto en la página web. Una mezcla de búho y buitre: la parte alta de la cara hace pensar en una apacible ave nocturna; la baja, con una nariz aguileña, finos labios y un mentón retraído, en un carroñero. Espera a su presa posado en su rama, ulula para atraerla y, cuando se acerca, le salta encima, la despieza, la vacía y luego vuelve a subir a su árbol, acechando a su próxima víctima. No se ha metido en negocios con Edmond Courtois por azar. Algo tiene en mente. Esta clase de tío siempre piensa que su interlocutor es estúpido, que se lo zampará de un bocado.

—Lo siento —Borzinski, sin aliento, se deja caer en la silla—, no ha habido manera de coger un taxi. He tenido que venir caminando desde el hotel.

—Está en el Plaza, ¿verdad? —sonríe Adrian.

—Sí.

—¿A quinientos metros?

—En efecto —dice el ruso sin que parezca pillar la ironía.

Despliega la servilleta, se mete una punta en el cuello de la camisa, la extiende sobre el vientre, se apodera del menú y murmura:

—¿Qué me recomienda?

—Todo está bueno. La carta es de Pierre Gagnaire, uno de nuestros chefs más prestigiosos.

El ruso hojea el menú mientras se seca la frente.

—Es usted mi invitado —precisa Adrian.

Borzinski apoya la mano en el vientre para acomodarlo entre la silla y la mesa, repasa la carta, se decide por un fuagrás de pato y un solomillo de buey con salsa bearnesa. Adrian elige un timbal de caracoles de mar y un lenguado a la parrilla con verduras al vapor. Consulta la carta de vinos y opta por un *saint-estèphe*, Château Phélan Ségur 2006.

—De postre tienen un milhojas delicioso.

—Veo que es usted un habitual —se divierte Borzinski—. El señor es un experto de la buena mesa. —Ríe, rectifica la posición de la corbata y añade más bajo—: ¿Y también sabe el señor de señoritas díscolas?

Adrian menea la cabeza.

—Stéphane, el camarero, podrá indicarle...

Hablan en ruso, lo que hace feliz a Adrian, que no querría que la bella desconocida de la mesa vecina entendiera la conversación.

—¡Perfecto! Hablaré con él.

Entra un hombre, Adrian le hace un gesto amistoso con la mano. El hombre le responde con una inclinación de cabeza.

Adrian se vuelve hacia Borzinski.

—Es un cliente.

—¡Ah! ¡Muy bien, muy bien! —dice el ruso a la vez que extiende una generosa porción de mantequilla sobre una rebanada de pan.

El almuerzo comienza. Adrian expone el negocio, Borzinski indica condiciones, cifras. Adrian las discute, Borzinski protesta, Adrian insiste. Ninguno de los dos quiere ceder.

Adrian bebe un sorbo de *saint-estèphe*. Este contrato es importante. Edmond cuenta con él.

Cada vez que un hombre con una cierta prestancia entra en el restaurante, Adrian esboza un pequeño gesto con la mano o con la cabeza y la persona, sorprendida, responde del mismo modo. Aquí todo el mundo se conoce o hace

como si se conociera. Eso te da un aire de importancia, de tener mucha influencia, acceso a ministros, a los grandes empresarios. Ese hombre que te saluda, quizá lo conoces, pero lo has olvidado. Es inútil ofenderse. Ignorar el amable saludo de ese extranjero podría tener consecuencias lamentables. Uno podría cruzárselo en un futuro negocio. Y además saludar no cuesta nada.

Adrian saluda, sonrío, asiente con la cabeza mientras escucha las palabras de su invitado.

Borzinski continúa discutiendo, pero cada vez con menos aspereza. La maniobra de Adrian lo intriga.

Después de cada saludo, Adrian se inclina hacia él y retoma la conversación como si nada. Se trata de vender un lote de tres locomotoras y seis vagones que Edmond ha conseguido en un depósito en Auxerre. Tres enormes locomotoras de los años cincuenta, unas piezas muy hermosas a un gran precio.

—¿Tiene negocios con toda esa gente? —pregunta Borzinski mientras apunta con el cuchillo hacia la entrada.

—Con algunos, sí —responde Adrian.

Borzinski, con la boca llena, se altera.

—No hablaba en general, quería saber si...

—¿Si son potenciales clientes para el asunto que hoy nos interesa?

—Sí —dice Borzinski mientras se zampa un buen trozo de carne que le hincha la mejilla derecha.

—Si no nos entendemos, puede que me dirija a ellos —responde Adrian con aire desenvuelto—. Ayer vi a un cliente muy interesado. No está concluido porque comíamos hoy, pero...

—Me decía que las locomotoras están...

—... en perfecto estado. Puede despiezarlas o venderlas tal cual están a países un poco... retrasados.

—¿Quiere decir *atrasados*? —Borzinski se parte de la risa.

Vacía la copa y agarra la botella para volver a servirse.

—No le oculto —retoma Adrian— que no es el único al que...

—Sí, pero venimos del mismo país, ¡así que tengo prioridad!

Adrian esboza una pequeña sonrisa y no responde. Se contentará con permanecer indeciso hasta que llegue Milan, que precipitará el negocio, como siempre.

El ruso, excitado por el fuagrás, la carne y el *saint-estèphe*, se pone a hablar alto, su voz desentona en el restaurante. La bella desconocida gira la cabeza y arquea una ceja. Adrian hace un gesto con la mano para excusar la grosería de su invitado. La desconocida se vuelve.

Encolerizada está aún más bella.

—Si llegamos a un acuerdo hoy —continúa Adrian—, puede que tenga otras cosas que proponerle. Pero, por ahora, prefiero no hablar de ello.

No puede hablar de ello porque no sabe cómo va a organizarlo. Lo que es seguro es que tiene que moverse. El que no se mueva estará muerto dentro de dos años. Sí, dos años. Pero, moverse, ¿cómo? ¿Ir por su cuenta o asociarse? ¿Y sobre qué bases?

—¿No quiere hablar de ello conmigo o con el señor Courtois?

El hombre es listo. Lo ha comprendido.

—No es eso lo que he dicho —responde Adrian, a la defensiva.

—Pero como si lo fuera —corta Borzinski—. Yo podría llegar a ser un socio interesante. Nos entendemos. Usted tiene un pie aquí, yo tengo dinero. Mucho dinero. El mundo de la chatarra se está hundiendo, emergen productos nuevos. Los que se posicionen ahora serán los ganadores. Va a haber que invertir. Encontrar nuevos mercados. Pasarse un poco de la raya... Bueno, no mucho, pero un poco seguro.

Habla como si le leyera la mente a Adrian.

Se limpia la boca, tiene un pequeño eructo que ahoga con la servilleta, e insiste:

—¿Me hará un buen precio por las tres locomotoras si las pago al contado?

—Eso no depende de mí. No voy por mi cuenta en este negocio.

Adrian mira la hora: las dos y cuarto. Milan está a punto de llegar.

Y Milan hace su entrada.

No entra, irrumpe.

Da el abrigo a la chica del ropero. Se restriega los zapatos puntiagudos en los pantalones. Se tira de las mangas de la camisa para ocultar el tatuaje *Life is a joke*<sup>8</sup> que le rodea la muñeca izquierda.

Vé a Adrian, levanta el brazo en su dirección.

Camina hacia la mesa, se para e, ignorando a Borzinski, se dirige a Adrian en ruso:

—Pues, bien..., después de que nos viéramos la otra noche, he encontrado a unos elementos a los que venderles las locomotoras y los vagones... ¿Vamos adelante? ¿Seguimos de acuerdo?

Adrian se rasca el cuello. Echa un vistazo a Borzinski.

—¿Quién es este? —pregunta Milan.

—Un cliente —responde Adrian, lacónico.

—¿No será para las locomotoras? Me las habías prometido.

Adrian no responde.

Milan lo coge del brazo y lo fuerza a mirarlo.

—Respóndeme. ¿No será para las locomotoras?

Adrian se suelta y, con voz firme, dice:

—Te presento al señor Borzinski. Viene de Moscú.

Milan hace un rápido gesto con la cabeza a Borzinski y luego se vuelve a Adrian:

—La otra noche casi firmamos. ¿Me estás jodiendo?

—No tengo tiempo para hablar contigo, estoy ocupado.

—Ya tengo tres clientes esperando. ¡Tres clientes! ¿Me entiendes?

Después de cada frase, mira a sus interlocutores para asegurarse de que sus palabras producen su efecto.

—¡No irás a traicionarme con este montón de grasa! —suelta con una sonrisa forzada.

—El señor Borzinski habla ruso y te entiende perfectamente —le corta Adrian.

—Mis clientes son peces gordos, dos de Sudáfrica y otro de Zimbabue. Están dispuestos a pagarme en oro y diamantes. Les he dicho que tenía la mercancía, ¿estoy siendo claro?

Adrian se vuelve hacia Borzinski.

—Le ruego que me excuse, no sabe lo que...

—¿Qué tiene él más que yo? —se cabrea Milan—. ¿Cómo paga las locomotoras?

—No sirve de nada ponerse nervioso. De todos modos, todavía no he llegado a un acuerdo con el señor Borzinski.

Adrian ha pronunciado estas palabras con una gran sonrisa. Borzinski huele el peligro. Inclina su corpachón hacia delante y sujeta el brazo de Adrian.

—Error, querido amigo. Acabábamos de ponernos de acuerdo cuando ha

llegado este tipo...

—¿Y a qué precio? ¿Se puede saber? —pregunta Milan a la vez que apoya un puño en el blanco mantel.

—Al doble del suyo —responde Borzinski con voz firme.

Adrian lo mira, sorprendido, y murmura entre dientes:

—¿Puede pagar ese precio?

—Quiero librarme de este tipo. Le doy el doble y no se hable más.

Milan, dejándose llevar por el papel, suelta un bufido y se limpia el sudor de la frente, auténtica imagen de la desesperación.

—Pero... ¡no es posible! ¡No puede ser!

—El acuerdo está cerrado —dice Adrian—. No habíamos firmado nada y los argumentos del señor Borzinski son más convincentes.

—¡Me las pagarás! —jura Milan.

—Estoy muerto de miedo —sonríe Adrian.

Milan baja la cabeza y se va maldiciendo.

Se sienta en una mesa en el salón rojo. Solo se le ve la espalda. Va a pedirse un bistec, fuagrás, una buena botella y se tomará dos postres. Y lo cargará a la cuenta de Adrian.

Borzinski lo sigue con la mirada y murmura:

—Es curioso, nunca me lo había cruzado antes. ¿Es del oficio? ¿De dónde viene?

—No lo sé —dice Adrian a la vez que levanta el brazo para llamar al camarero y cambiar de tema—. ¿Tomará postre?

—Su cara no me dice nada...

—Ya he hecho negocios con él, paga siempre bien y al contado. No es un mal tipo, un poco grosero, quizá.

—Tendré que informarme —dice Borzinski—. ¿Cómo se llama?

—Disculpe —dice Adrian mientras se levanta—, he visto a alguien con quien he de hablar... Deme un minuto...

Se dirige hacia una mesa al fondo de la sala, cercana a la escalera que lleva a los servicios, y desaparece de la vista de Borzinski. Sube la escalera, se para entre dos peldaños y deja pasar unos minutos. El tiempo para que Borzinski olvide su pregunta. No vale la pena que le diga el nombre de Milan. Podría investigar y descubrir el pastel.

Mira el reloj. Asunto concluido. Podrá coger el tren de las cinco y diez a

Sens.

Tendrá tiempo para pasar por la nave.

Borzinski observa la sala. Busca a Stéphane con la mirada para que le encuentre una chica para la noche. Preferentemente rubia y gorda. Las delgadas no la chupan bien y se hacen las estiradas. Hay que agarrarlas por la nuca. Ha pagado un poco caro por las tres locomotoras, pero el producto es escaso y lo revenderá con buenos beneficios. Este hombre, el ruso virulento, tenía un poco el aspecto de un loco. Lo entiende. A él tampoco le gusta que se le adelanten. Y está bien, ese Kosulino; no se pone nervioso. Ha sabido meter en cintura al ruso loco.

El camarero le trae un milhojas.

—El señor Kosulino me ha pedido que le haga probar nuestra especialidad..., un milhojas de la casa con frutos rojos y...

Borzinski lo interrumpe:

—¿Es usted Stéphane?

—No. Es aquel camarero.

—¿Puede enviármelo?

Apoyado contra la pared, en la escalera, Adrian reflexiona.

Va a haber que preparar otra estratagema. Ya son varias las veces que Milan y él interpretan el mismo texto: sorpresa, indignación, cólera. Milan se pasa. Suena falso. Hay que cambiar de táctica. Inventar otra cosa.

Sin ofender a Milan.

Se ha acostumbrado al dinero fácil. Cada vez es más exigente en cuanto a la calidad de sus puros, sus trajes y sus zapatos puntiagudos. Quiere mudarse, instalarse en algún buen barrio. «Entiéndeme, me veo formando una familia. Yo también tengo papeles.»

Conoció a Milan cuando se moría de hambre. Cuando vivía en la clandestinidad. Hacían los mismos proyectos, esperaban al mismo Papá Noel: sus papeles. Tenían la espalda, los brazos y los muslos destrozados por el trabajo. Vivían en una pequeña habitación donde tenían con muchas dificultades dos colchones, un microondas y un fregadero. En la pared, había cuatro ganchos para colgar la ropa.

No hacía tanto de eso.

Y si lo que compartieron no era la felicidad, es una apariencia de pasado, una apariencia de familia, algo parecido a un vínculo, y eso le hace sentirse bien.

Adrian se pasa la mano por la cara y hace una mueca. Debe poner en marcha su propio negocio. Está harto de ser el empleado de Edmond Courtois, a pesar de estar convencido de que no quiere actuar contra Edmond.

Ni exactamente con Edmond.

No lo sabe. Le da vueltas en la cabeza y no encuentra una respuesta. Se está volviendo majara. Tiene que encontrar una solución. Es urgente.

Tiene el emplazamiento, la nave y la trituradora. Ha comprado una trituradora. Solo le falta contratar a unos cuantos chicos. Todos los días se abren nuevos mercados, y Edmond Courtois no los ve. Mantiene los mecanismos del pasado cuando lo que hay que hacer es planificar el futuro.

Anticiparse.

Una única solución: lanzarse a otros sectores, como el reciclaje de plástico, de madera, de cartón o de metales no férreos. En estos dominios se pueden realizar buenas operaciones. A condición de moverse ahora. Los grandes grupos lo han entendido, invierten a diestra y siniestra.

Pero ¿ha hablado de ello realmente con Edmond? ¿O solamente de mala gana? Por miedo a que dijera que sí y se viera obligado a asociarse con él...

Borzinski conoce los mercados y las oportunidades en Rusia. ¡Y no solo allí! Tiene contactos en la India y en Asia. Cargueros que parten hacia Europa rebosantes de juguetes de todo a cien, de baratijas, de pequeño material eléctrico... Mercantes cargados hasta los topes en los puertos indios, chinos y vietnamitas que vuelven vacíos. Se podrían cargar con residuos de madera, de plástico y de papel seleccionado para su exportación. Exportación. ¡Y todo sin gastar un duro!

Adrian compró una trituradora para tratar el plástico. Pasándose de la raya. Mucho.

Ha encargado una para la madera. Esta no está pagada.

Le gustaría instalar una tercera para el cartón y el papel...

Suspira, se mordisquea la uña del pulgar. Mira el reloj. Borzinski ha debido de devorar su milhojas con frutos rojos.

Entonces ve a la bella desconocida con la sonrisa que promete la paz y declara la guerra.

Baja las escaleras, la oreja pegada al teléfono, las cejas unidas en un pequeño nudo de furia.

—¡Es un pesado, un pesado! ¿De verdad es tan poderoso? —Resopla, asqueada—. Estoy harta de que los tíos me controlen. Ya tengo a Sisteron, que me vigila como si fuera a meter ambas manos en la caja y a robar. Sí, ya lo sé, hace eso por fidelidad hacia ti, pero... Sisteron más Carter más... ¿quién más? ¿No confías en mí, Elena? Dímelo de inmediato...

Adrian, divertido, se aparta para dejarla pasar. Se aplasta contra la pared. Ella lo ignora, le da un golpe con el bolso al pasar. Él aparta el bolso. Ella sigue ignorándolo, hace un gesto para bloquear la correa que le resbala del hombro, el teléfono se le escapa, se inclina hacia delante, intenta volver a cogerlo, pierde el equilibrio, se tambalea, suelta un grito, lanza una mano hacia Adrian. Adrian la atrapa, la levanta, la pone de pie. Aspira el olor de su perfume. Cálido, picante, ondulante como un paño perfumado.

—¡Suélteme! ¿Quién se ha creído que es?

Se le ponen los ojos como platos de mujer ofendida y el pelo le barre la cara.

—Pues un hombre que le ha evitado una buena caída.

—¡Eso es darse mucha importancia!

La suelta sin avisar. Cae unos pocos escalones, se agarra a la pared, recupera el equilibrio, se vuelve y lo fulmina.

—¡Podría haberme matado!

Él no se ríe porque ya la desea.

Le da la espalda y sube la escalera.

—¡Menudo patán! —exclama la joven.

—¡Diga lo que quiera! —suelta sin volverse.

El deseo se ha presentado en la penumbra de la escalera, se ha posado en sus cabezas, los ha acercado con un aleteo ligero y luego ha levantado el vuelo, despreocupado, como si dependiera de ellos continuar la historia.

Acaba de poner el punto final a la venta de tres locomotoras y seis vagones, de multiplicar por dos la cifra prevista por Edmond al pie del contrato, cuando una chica, un caramelo con un abrigo rosa y naranja a cuadros violetas, se

acerca a la mesa vecina, donde la bella desconocida acaba de sentarse de nuevo, y exclama:

—¡Hortense! ¡Hortense! *You're in Paris!*

Hortense. Es el nombre de la sonrisa.

Que ya no sonrío e, irritada, gruñe:

—Al parecer.

—*You! Here!*

—Sí. Circula. No soy la Torre Eiffel.

Adrian sonrío y reza por que la americana no entienda francés.

—*Oh! That's divine! I want to see you. Let's have coffee together! When do you want to meet?*<sup>9</sup>

—Nunca.

—*What did you say?*<sup>10</sup>

La sonrisa no se toma la molestia de contestar, se vuelve hacia el hombre de su mesa y le comunica:

—Tengo que reflexionar. Reflexione por su lado. Pero tiene que dejarme libre. Totalmente libre. Si me vigilan, ya no me vienen las ideas. ¿Lo entiende?

—El hombre la mira como si no hubiera comprendido del todo, pero asiente.  
—Y si no dibujo cada día, si no invento un vestido, un botón, una manera de abrochar una chaqueta, soy como un pez de colores en una moqueta. Es mi vida. Es así. No es negociable.

La voz de la desconocida ha cambiado: ahora suplica.

El hombre escucha, sorprendido por el temblor de la voz y el pez de colores en la moqueta. Balbuce: «Sí, sí», para tranquilizarla. Ella lo mira, desconfiada. Se levanta. El hombre aparta la silla y le da la mano.

La americana, con su abrigo rosa y naranja a cuadros violetas, mira cómo se aleja la que había tomado por una amiga.

—*Those French people... So rude!*<sup>11</sup>

La sonrisa lo ha oído. Se vuelve y replica:

—No hablo con gente vestida como un caramelo.

Adrian sonrío.

Solo en París se encuentran estas chicas de piernas tan largas y de réplicas tan hirientes.

\*

Empiezan las clases de la tarde.

Los niños que han comido en el colegio rebuscan en el bolsillo un trozo de pan, de queso cremoso, un orejón de albaricoque, y lo mastican tapándose con la mano. Los que han comido en su casa abren el cuaderno, lo aplanan, sacan un Bic del estuche y esperan impacientes las instrucciones del profesor. Flota en el aula un olor a calefacción, a queso y a sudor. Algunos esperan muy derechos, otros garabatean en sus rodillas palabras que se propagarán rápidamente a espaldas de la maestra y decidirán las actividades de después de clase.

El teléfono móvil está prohibido en el recinto del colegio.

La señora Filières empuja la puerta, seguida de una niña con la cara de un óvalo perfecto, de cabello largo, liso y castaño oscuro que cae a modo de cortina sobre un cuello de cisne negro y un brazo en cabestrillo.

—Señora Mondrichon —dice la señora Filières—, le presento a Dakota. Dakota Cooper. Va a venir a su clase. Viene de Nueva York... —La señora Filières ha pronunciado *Nueva York* como si la nueva desembarcara de la Luna con botas de astronauta y un cubo lleno de estrellas fugaces. Hace una pausa y sigue—: Comenzó sus estudios en Francia, antes de viajar dos años a Estados Unidos. Habrá que ayudarla a recuperar su retraso, pero será fácil: Dakota tiene una buena base y una gran inteligencia.

Ante estas palabras, la mitad de la clase se ríe burlonamente, un murmullo creciente que resuena: *teligencia, teligencia, teligencia...* La señora Filières se detiene y pone sus ojos furiosos en blanco.

—¡Os pido que le deis una buena acogida a Dakota!

Dakota Cooper permanece de pie junto a la señora Filières. Nariz de gato, cejas altas que huyen hacia las sienes y dan a su rostro un aire asiático, ojos negros, pómulos prominentes y boca...

Una boca roja de labios gruesos que contrastan con la palidez de su cara. Una boca cuyas comisuras bajan o suben, para expresar enfado, sorpresa, distanciamiento, indiferencia o moderada diversión.

Lleva una falda negra de amplio plisado y corta que revolotea, pantis negros, mocasines negros de suela gruesa. «¿Está de luto o qué?», se pregunta Tom, quien de repente se siente un cretino con su camiseta que dice *Reinvent Yourself*, aunque es su preferida.

—Y que le hagáis un sitio en la clase —insiste la señora Filières.

—¡Por supuesto! —responde la señora Mondrichon—. Precisamente

estábamos haciendo una redacción. Dakota, ve a sentarte en la primera fila, al lado de Marius, y tú, Marius, dale una hoja en blanco y una pluma.

Marius, indignado, se rebela:

—Un Bic, señora, nunca dejo mi pluma. Está hecha a mi mano. ¡Una pluma es algo personal!

—Como quieras...

—Ya tengo pluma —dice la nueva con voz tranquila.

La señora Filières sigue con la mirada a Dakota Cooper, la ve instalarse al lado de Marius, sacar de su cartera un estuche Hermès y una estilográfica Waterman cuyo capuchón desenrosca solo con la mano derecha.

—¿Lista, Dakota? —pregunta la señora Mondrichon a la vez que calcula el precio del estuche y de la estilográfica.

—Sí, señora —responde la niña.

—Entonces, sigamos con el ejercicio. El enunciado es este: «Habéis perdido un objeto que os gusta mucho, describidlo empleando tres palabras que no os sean familiares y que subrayaréis». Podéis usar el diccionario para buscarlas. Tenéis quince minutos. —Volviéndose a Dakota—: ¿Quieres que te deje un diccionario, Dakota?

—No, gracias, señora, lo tengo todo en mi cabeza.

El rumor vuelve a empezar en la clase: *ensucabeza, ensucabeza, ensucabeza...*, y la señora Filières, con los dedos crispados sobre los botones de su cárdigan azul, se enfurece:

—Si seguís así, estaréis castigados el sábado por la tarde.

El rumor se para y los alumnos se concentran en sus redacciones.

La señora Filières se retira, no sin haber cuchicheado algunas palabras a la señora Mondrichon, cuyo sentido tratan de captar los alumnos. Los de la primera fila atrapan algunos fragmentos: «horrible drama», «salida de Estados Unidos», «familia destruida», «un pasado que debe cicatrizar», «pobre niña», «hacer todo lo posible»...

Dakota no lo oía.

Inclinada sobre su tarea, escribe. Subraya tres palabras. Relee. Su boca tiembla un poco. Deja la pluma, vuelve a ponerle el capuchón. La guarda en el estuche.

Y apoya el brazo en cabestrillo en la mesa.

A su alrededor, los alumnos sacan la lengua, se alborotan el pelo, se hurgan la nariz, se rascan las mejillas, miran a hurtadillas la tarea del vecino, hojean el diccionario y miran con envidia a Dakota, que ya ha acabado.

La señora Mondrichon da unas palmadas y avisa de que el tiempo ya se ha acabado. Pide a Matteo que recoja las redacciones. Estallan unos gritos: «¡Pero si no he acabado aún! ¡No hay derecho, señora!».

Matteo arranca las hojas de las manos de los más recalcitrantes.

Tom entrega su redacción. Se muere de ganas de saber lo que ha escrito la nueva. Se muerde el puño mientras piensa muy fuerte: «¡Ojalá le pidan que la lea!».

Y funciona.

Dakota Cooper sube a la tarima.

Coge la hoja con los dedos de la mano derecha.

El pañuelo que le sostiene el brazo izquierdo es de seda, un cuadrado en tonos azules y verdes con un estampado de patos, un estanque, hierbas silvestres y piedras. Se oye chapotear al agua, graznar a los patos, susurrar a la hierba mecida por el viento que riza el estanque. El pañuelo se tornasola con la luz que atraviesa la clase y viste a la niña de lujo y belleza. Los alumnos callan, impresionados.

—Vamos, Dakota, te escuchamos —dice la señora Mondrichon mientras intenta recordar el precio de un pañuelo Hermès.

Se hace el silencio. No del todo hostil, pero inamistoso.

¿Quién es esta niña que llega en medio del curso y se planta de pie ante la clase sin ruborizarse ni temblar? ¿Quién se cree que es?

Tom cierra los puños bajo la mesa. La nueva apuesta fuerte. Y puede tanto ganarse el respeto como desencadenar la hilaridad y las burlas.

Su mirada se vacía y se llena, se vacía y se llena como si respirase por los ojos.

Le da la sensación de que limpia el aire a su alrededor. Inspira, encuentra el tono adecuado y empieza:

—«Era rosa pálido, azul y violeta, rojo anaranjado. Un poco nacarado, un poco suave, un poco desgastado. Siempre llevaba en él fotos de chicos guapos. Auténticos esplendores grecorromanos. Adonis, melómanos, dioses salidos del Olimpo que Zeus, celoso, había precipitado a los infiernos en la

terrible barca de Caronte, el barquero sin edad ni rostro. En la portada tenía unos botones. Botones de todos los colores. Con algas y conchas. Yo le tenía mucho cariño. Lo era todo para mí. No nos separábamos, donde iba uno iba el otro. Conocía mi vida de la A a la Z. Le confiaba todo. Un día, no hace mucho, me rompió el corazón. Estaba en Bloomingdale's, una tarde de julio sofocante, húmeda. Me di cuenta cuando lo busqué en mi pantalón. Lo busqué en todos los bolsillos, en los más profundos, los más secretos. Córcholis, había desaparecido. Dichoso diario».

El silencio se prolonga. Algunos alumnos, desanimados, suspiran: «¡Esta va en serio!». Otros se han quedado boquiabiertos de la sorpresa, parecen decir: «¿De dónde ha salido esta chica?».

—Muy bien, Dakota —dice la señora Mondrichon, desconcertada—. Y ahora, por favor, escríbenos en la pizarra las tres palabras que has subrayado y que no conocías...

—Las conocía, pero no las empleo a menudo —rectifica Dakota.

—Vale, escríbelas en la pizarra.

Dakota coge la tiza y escribe *grecorromanos, Zeus y córcholis*.

—¿Y seguro que sabes lo que significan?

—Sí. Porque las he escrito.

La señora Mondrichon traga saliva y llama a otros niños a la pizarra.

Al final de las clases, los alumnos se diseminan por la acera en grupos ruidosos. Están aquellos que esperan a un familiar, aquellos a los que nadie espera y que deambulan, o aquellos que intercambian imágenes o vídeos con el móvil antes de volver a casa.

Tom llama a su madre. Le toca volver en autobús. Hay una parada cerca de la granja y un bus a las y cinco cada hora hasta las ocho. No merece la pena que venga a buscarlo.

—Puede que vuelva tarde. Haz los deberes de mañana, ¿vale?

—Sí. Como siempre. ¡Hasta luego!

Tom observa a Dakota. Se aleja balanceando la falda negra de amplio plisado. Su pelo sigue la cadencia.

Una chica se enfada mientras se levanta el flequillo que se le enreda en las pestañas.

—Yo ya le he dicho a mi madre que nada de meterme la camisa por dentro del pantalón. ¡Pringada!

Su amiga asiente, con expresión desolada.

—¡Tu madre está como una cabra!

—¡Desde luego, es una vergüenza, una vergüenza!

—El novio de mi hermana tiene mucha clase. La otra noche salieron, estuvieron de juerga y, bueno..., al volver, en el coche, él le sostuvo el pelo mientras vomitaba por la ventanilla.

—¡Lo que pasa es que no quería que le vomitara en el coche, nada más!

—¡No! ¡No! Según ella, es amor. Porque luego la ha besado. A mí me parece muy mono.

—No está mal.

Tom se abre paso a codazos hasta llegar a la altura de Dakota y la aborda.

—¡Tu texto es una pasada!

—Gracias.

—Soy Tom.

—¡Hola, Tom!

Ella deja escapar una sonrisa que desmiente la seriedad de sus ojos. Dos charcos de tinta negra tan nebulosos como el fondo de un estanque. Tom no sabía si debía mirar la sonrisa, los ojos o los pómulos redondos, un poco prominentes. La cara de esta chica no deja de cambiar.

Mila y Noa llegan a su altura y los empujan.

—¿Qué tal los enamorados? —Noa se muere de la risa.

—¡No exageres! —chilla Mila—. Ni se conocen.

—¡Es que soy psicóloga! Adivino sin saber.

Mila es una rubita menuda, una especie de bombón que se ruboriza en cuanto la miran. Asmática, respira de manera entrecortada, tapándose con la mano. Parece un ventilador que arrastra un aspa rota. A veces su respiración se enreda y pierde pie. Da palmadas, con la boca abierta todo lo que puede, pero está bloqueada y se ahoga. Hay que tumbarla y hacerle respirar de una botellita de vinagre fuerte que siempre lleva en el bolsillo.

Tom le ha oído decir al médico del colegio que era ciclosomático, que la chica tenía miedo de respirar a plenos pulmones, su padre es un hombre violento que a menudo se lía a tortas. Ella recibe su parte, como sus hermanos y hermanas.

Noa tiene los ojos negros, dos uvas; el pelo rizado, una camiseta larga donde pone *Fly Emirates* y una gorra de Antoine Griezmann que lleva ladeada. Sabe escribir su nombre, pero invierte todas las cifras. Ha pasado a sexto después de haber repetido CM1 y CM2<sup>12</sup>. A él le da igual, porque

piensa ser futbolista. No necesita el colegio. Confía en la buena voluntad de los profes. Afirma convencido que lo compensará con el céntuplo, como si ya repartiera entradas para ver a la selección francesa en el Mundial de Fútbol.

—¿Has visto mis bambas, Dakota? —suelta.

En las zapatillas rojas y negras aparece la firma de Jordan en la lengüeta blanca.

—¡Ciento ochenta euros! ¡La pera! ¿No? Son geniales.

Dakota sonrío educadamente.

Noa saca el móvil y les hace una foto.

—¿Le haces una foto a tus zapatillas? —se sorprende Dakota.

—Las cuelgo en Facebook. Para los colegas.

—¿Les interesan tus zapatillas?

Noa tarda en responder, desconcertado.

—Bueno..., sí.

—Pues yo preferiría hacer fotos de mis amigos —dice Dakota.

—Mis padres no quieren. Dicen que Facebook es peligroso.

—¿Y has pedido permiso a los padres de tus zapatillas? —dice Dakota.

Noa muestra su extrañeza. Frunce el gesto. Consulta a Mila con la mirada para que le confirme que esta chica está majara, le da vueltas un momento y concluye, aliviado:

—¡Bueno, estás tarada! ¿Y qué cuelgas en Facebook?

—No tengo Facebook.

—Eh..., ¿no tienes Facebook?

Se da golpes en la cabeza.

—¿No tienes un iPhone?

—No tengo teléfono móvil.

—¡Jo! ¡Qué tía! Es insuperable.

No consigue cerrar la boca, tan sorprendido está.

—No tengo móvil, no tengo Facebook y me va muy bien.

—¡Entonces es que estás tarada!

—Es tu opinión, no la mía.

Noa ya no sabe qué responder. Busca un apoyo, pero Tom y Mila están demasiado ocupados en contemplar a Dakota, que vuelve a poner su pañuelo en su lugar, se masajea la nuca y se alisa el pelo. «Me gustaría mucho parecerme a ella —piensa Mila—. Tendría la fuerza y el valor de mandarlos a todos a la mierda y nunca más tendría miedo.» «Esta chica es una extraterrestre», se dice Tom. Ni siquiera han pensado en preguntarle lo que le

había pasado en el brazo. No se parece a nadie. La machacarán en el patio del colegio. Ya está deseando protegerla.

Se acerca a ella. Su cuello de cisne negro huele a hierba recién cortada. Estira el brazo, como quien no quiere la cosa, para apoyarlo en los hombros de Dakota, como quien no quiere la cosa, para mostrar a los otros dos que tendrán que vérselas con él..., cuando la nueva hace una cosa de locos.

Una cosa que les revuelve las tripas.

Son las cinco. El cielo azul grisáceo de noviembre comienza lentamente a apagarse, el sol desaparece detrás de filamentos de nubes, un vientecillo empuja las hojas muertas haciendo un ruido ahogado de escobilla. Los edificios se tiñen de rojo y dorado. Los cuatro esperan a que el semáforo se ponga rojo para poder atravesar el paseo Jean-Jaurès. Noa no puede dejar de mirar con curiosidad el espécimen que vive sin Facebook ni móvil y pone una sonrisa forzada de piedad. Mila se pregunta si a Dakota le han crecido los senos, y, si sí, si duelen cuando se desarrollan. Tom no sabe qué hacer con el brazo que ha estirado y que le hace parecer un perfecto idiota. Lo retira, se rasca la cabeza, está a punto de hacerle una pregunta sobre Nueva York cuando la nueva, con un amplio movimiento, espectacular, echa la cabeza atrás, apunta con la barbilla al cielo, se queda un momento inmóvil, inclinada hacia atrás, endereza la cabeza y, con los párpados cerrados, gruñe con voz sepulcral:

—Y ahora, *ladies and gentlemen*, sujétense con las dos manos el corazón al pecho, traguen saliva, va a suceder algo terrible, sorprendente, extraordinario, van a asistir a un espectáculo que nunca han visto antes...

Estira el brazo, alarga una mano con los dedos curvos, se encorva, hunde la cabeza entre los hombros y hace de jorobada maléfica. Se balancea adelante y atrás. Se convierte en puro alambre, la sombra chinesca de una bruja.

Los otros la contemplan, incómodos.

—¡El espectro de una muerta viviente! —suelta con un estertor.

Vuelve a abrir bruscamente los ojos, mostrando solo dos globos vidriosos. Dos manchas blancuzcas, acuosas, con unos filamentos plateados. ¡Los ojos de un espectro! Se ríe burlona, desgarrar el aire, traza unos círculos con el cuello, emite un gruñido fúnebre y los tres muchachos se quedan petrificados en la acera. Mila se ahoga. Noa alarga el brazo para tocar a Dakota y asegurarse de que está viva. Tom ha reculado un paso y la contempla.

Luego, cuando está segura de haber logrado el efecto buscado, segura de haber causado una fuerte impresión, vuelve a abrir los ojos, estalla en una carcajada y suelta:

—Os lo habéis creído, ¿eh?

Mila hiperventila. Noa, desconfiado, la escudriña buscando el truco. A Tom le gustaría mucho decir algo, pero no encuentra nada que decir.

Dakota sembrará el pánico en el patio del colegio.

En el autobús que lo lleva a la granja, se ha instalado delante, justo detrás del conductor, y reflexiona.

¿Por qué hay mujeres que inspiran respeto y otras que se dejan pisotear? Le gustaría saberlo. Mila y Dakota, por ejemplo. Dos chicas, la misma edad, la misma altura, una tiene miedo continuamente y seguro que en casa le pegan; la otra dicta su ley y le importa un bledo el qué dirán. Otra pregunta que quedará sin respuesta. Stella dirá que no la sabe: «¿Qué es, una redacción para la escuela?». Su padre se encogerá de hombros. ¡Suzon le ordenará que ponga la mesa y que corte el pan! Y Léonie...

Léonie.

Su cabeza está llena de agujeros que intenta tapar. Por la noche, antes de acostarse, echa los tres cerrojos que ha hecho poner en la puerta de su habitación. Le castañetean los dientes, se le hiela la sangre. Duerme con la lámpara encendida y una bolsa de agua caliente entre los brazos.

Pero siempre responde a sus preguntas.

Adrian ha intentado enseñarle a conducir, pero, en cuanto hace un gesto brusco, al levantar la mano para enseñarle cómo girar el volante o poner el intermitente, lo suelta todo y se protege con los dos brazos y la cabeza encogida entre los hombros. «¡Que no voy a pegarte, Léonie! ¡Ya conducías antes, esto debería recordártelo, es como ir en bici! Así que escúchame, confía en mí y no te asustes. ¿Empezamos otra vez?»

No hay nada que hacer. Se precipita fuera del coche y se encierra en su habitación detrás de tres cerrojos.

Para tranquilizarse, borda, cose, pega, zurce, y Tom la mira. Es muy bonita, su abuela. Le cuenta sus recuerdos. De cuando era joven, de cuando iba a la

universidad, al cine con chicos y a las ferias.

Una noche, un feriante le ofreció una rosa de papel azul. Llevaba un aro en la oreja izquierda, parecía un pirata.

Tom puede preguntarle cualquier cosa, ella nunca protesta.

—¿Nunca tuviste ganas de escaparte cuando estabas casada?

Aquella noche estaban viendo *La gran evasión* en la tele. Steve McQueen volvía de su décimo séptima tentativa de evasión. Tranquilo, con una sonrisa en los labios, con un guante y una bola de béisbol en la mano. Genial. Fantástico.

—¿Con Steve McQueen? —sonrió Léonie—. Es mono. —Cuando habla de un hombre atractivo siempre dice *mono*. Se quitó las gafas y las limpió con el revés de la manga—. Ya no tenía fuerzas para escaparme. No sé cómo hace él para no dejarse destruir.

—Bueno..., al final, lo has conseguido.

—Porque Ray murió y Fernande enfermó.

—¡Bien por ella! Es una zorra.

—No digas eso. No es bonito en la boca de un niño.

—¡Pero es la verdad!

—¿Crees que debería ir a verla?

Fernande está en una residencia en Saint-Cyr-la-Rivière, a treinta kilómetros de Saint-Chaland. Había ahorrado para la vejez. Pagaba la pensión cada mes. No quiere visitas, no quiere gato, ni perro ni niños que vayan a sacarle el dinero. Rechaza que la asean o que la peinen. Toma un baño el viernes por la mañana. Sola. «¡Que sea una tullida no significa que haya que tratarme como a una enferma!» Camina con las manos, envuelta en un edredón. ¡Prohibido tocarlo! «¡Pues un día habrá que llevarlo a limpiar, señora Valenti!» Salta en las sillas, en la cama, en un taburete, parece una mona. Tanto en invierno como en verano lleva un gorro de ganchillo. Le siguen doliendo las piernas amputadas. No se acostumbra. Mira la tele y espera que vuelva su hijo. Porque, por supuesto, no ha muerto. Tiene noticias. ¿Por quién? No lo dirá. Pero sabe lo que sabe. «Fue astuto. Saltó en el fuego y desapareció en las barbas de los que buscaban pelea con él. ¡Mi Raymond es muy listo!» Cuando vuelva se irán juntos. El único al que recibe de vez en cuando es al notario. ¡Ah, sí! Hay una señora. Una mujer alta con gruesas gafas de carey, un amplio

impermeable beis y un pañuelo que le oculta el rostro. No se sabe quién es, no deja el nombre en la entrada. Fernande y ella mantienen largos conciliábulos.

Prohibido entrar en la habitación.

—¡Espera, Léonie! ¿Quieres ir a visitarla? ¡Después de todo lo que te ha hecho!

—Soy tonta, ¿no?

El llanto se le ahogaba en la garganta.

Él le cogía la mano y presionaba las gruesas venas azules que le surcaban el dorso. Era como aplastar con los dedos unos espaguetis demasiado cocidos.

—Ya sabes que no soy muy avispada. Fernande y Ray me lo repetían continuamente. Y yo los creía. Siempre acabamos por parecernos a lo que la gente dice de nosotros.

Steve McQueen, perseguido por unos soldados nazis, se lanzaba en moto por unas alambradas.

—¿No crees que se parece a papá? —dijo Tom. Como Léonie parecía perdida en sus pensamientos, insistió—: Parece realmente papá. La misma manera de caminar, la misma media sonrisa, la misma mirada, que es una pasada. Papá también es genial. ¡Se escapó de Rusia!

Léonie parpadeó y continuó:

—¿Sabes, Tom? La primera vez que alguien intenta rebajarte, la primera vez que alguien te golpea o que te hace daño, hay que irse. Enseguida. Después es demasiado tarde. La primera vez es la que cuenta, entonces se decide tu vida entera.

—¿Y funciona al revés? —preguntó mientras esperaba que Steve McQueen no muriera bajo el fuego de las metralletas.

—¿Cómo, al revés?

—Imagina. Haces una cosa horrible. Una cosa de la que no estás orgulloso, que te llena de vergüenza... Puede pasar, ¿no?

Léonie asintió con la cabeza.

—¿Te conviertes en un cabrón para siempre, solo por hacerlo una vez?

Léonie no había sabido responder.

Los soldados alemanes habían vuelto a atrapar a Steve McQueen, ensangrentado, en las alambradas. Iban a enviarlo de nuevo al calabozo, pero sonreía y avanzaba lanzando al aire su bola de béisbol.

Aquella noche, a Tom le costó mucho dormirse.

Tenía miedo de convertirse en un cabrón. «Es verdad —se decía—, basta una vez, una sola vez, para ser un cerdo toda tu vida. ¿Y si no se ha hecho aposta? ¿Y si es porque uno está cagado de miedo o es un cobarde? ¿También cuenta?»

Al día siguiente, a la salida de las clases, se promete acercarse a Dakota y no dejarla. Llama a su madre, le dice que volverá en autobús. «¡Otra vez! —dice—. Pero ¿qué haces después de la escuela?»

—Nada en absoluto. Pero ahora soy mayor y puedo volver solo...

A Stella le viene bien, porque tiene que ir al Carrefour.

—De acuerdo. Pero no te entretengas. Y haz los deberes. Yo iré a hacer la compra. ¿Quieres que te traiga gambas?

Tom dice que sí para complacerla. Se le ha metido en la cabeza que le gustan las gambas porque un día, comiendo, repitió.

La faldita negra de amplio plisado trota delante de él. Corre y la alcanza antes de que cruce.

—¿Vives lejos de aquí? —le pregunta a Dakota.

—No. En el 19 de la avenida de la República.

—Es un buen barrio...

Le dan vergüenza su cazadora y su mochila; piensa en un buen barrio, una buena vida, un cochazo con los cristales ahumados, un padre que se dedica a los negocios, una madre que se arrastra por los salones de belleza y que se perfuma de la cabeza a los pies.

—¿Y tú dónde vives? —pregunta Dakota.

—En una granja, a cinco kilómetros.

—¿Te gusta?

Nunca se lo ha preguntado.

—Bueno..., es donde vivo —dice avergonzado.

Ella le echa una rápida mirada. Casi es un ruido de tijeras en el aire, tris, tras. Debe de pensar que es un idiota.

—¿Cómo es Nueva York? —pregunta para recuperarse.

—¿No has ido nunca?

De nuevo aquella mirada cortante. «¿Es que cuando una chica te impresiona siempre se siente uno tonto?»

—Venga, ¿cómo es?

—No se puede describir —explica a la vez que se encoge de hombros—. En realidad, no es solamente una cosa, son un millón de cosas. Te parece que estás continuamente en una película.

Él piensa en el cine de Saint-Chaland que cerró. Detrás de las rejas con cadenas se amontonan prospectos, latas, colillas, desechos... Una pareja de indigentes duerme delante, envuelta en cartones.

—Para Saint-Chaland bastan tres o cuatro palabras, pero para Nueva York... haría falta un diccionario entero. —Suspira y añade en voz baja—: Si he vuelto aquí es porque estaba obligada.

Tom no se atreve a preguntar: «¿Obligada por qué?». Esta chica es muy buena machacando preguntas.

Se calla y la mira de reojo.

Se le han hundido los hombros, la boca cae, mustia. La nariz parece perdida, como si ya no estuviera en medio de la cara. Todo se ha desplazado. Se ha vuelto fea, amarga. Casi desagradable. Parece una vieja sin dientes que mendiga un tazón de arroz.

«¿La belleza puede evaporarse así, tan fácilmente? La miro y es guapa, vuelvo la cabeza y la miro otra vez y es horrible.»

Un truco más.

Caminan en silencio hasta una casa blanca e imponente detrás de una larga reja negra.

—¿Es tu casa?

—Sí —dice sin entusiasmo.

—Es bonita. —La cara de ella expresa indiferencia—. ¡Sí, sí, es muy bonita! Y el jardín... ¡es inmenso! ¿Lo cuida tu padre?

Ella sonríe con indulgencia, ¡tris, tras!

—No, la verdad.

Ha debido de decir otra tontería. Se inclina, escudriña la casa a través de las rejas y exclama:

—¡Vaya escultura!

Señala con el dedo un caballo de hierro encabritado, todo placas, muelles, tapas oxidadas, con la crin erizada de láminas cortantes. Hay un vaquero encima, con las piernas estiradas hacia delante.

—¡Guau! ¡Nunca había visto una escultura como esa!

—Claro, porque tú vas a muchas exposiciones, ¿no? —El tono es irónico,

casi cruel—. Detesto esa escultura —añade bajito.

Una vocecita en la cabeza de Tom le ordena que se largue. Algo va mal. ¿Es por él o por ella?

—Tengo que darme prisa, voy a perder el bus. ¡Hasta mañana!

Se tira del cuello, de las mangas, cruza los brazos, los descruza. Parece un tonto con esa cazadora. Tendría que pedirle a su madre que le compre una nueva. No querrá de ninguna manera. Dice que no tienen dinero. Eso no quita que... Si tuviera una parka Goose, negra, sin el cuello de piel —qué afeminado—, podría caminar, desenvuelto, con los pulgares en los bolsillos. Sería superguay. Sería Steve McQueen, y punto.

Y entonces, en un relámpago, todo se acelera.

Dakota se le acerca, se pone de puntillas, el perfume a hierba recién cortada lo marea, cierra los ojos y lo besa. Es un beso lento, casi experto.

Con lengua.

Es delicioso, es voluptuoso, le hace sentir calor y frío en la nuca, los costados y el vientre, y el sexo se le pone duro. Tiende los brazos para apretarla contra sí, pero ella ya se ha escapado. Ha abierto la pesada verja negra y la ha cerrado de golpe.

Corre hacia la casa, sube las escaleras, se para en medio de los escalones, se vuelve.

Tom se apoya contra la verja, se agarra a los barrotes. Ella lo ha besado. ¡Qué chica! ¡Pero qué chica! ¡Insuperable!

Dakota manda a paseo la mochila. Se tuerce de un lado, se tuerce del otro. Sube y baja los escalones.

Se para.

¿Qué va a hacer?

¿Que le salgan cuernos de gacela del cráneo? ¿Va a envolverse en una cola

de sirena?

Percibe un brillo desafiante en sus ojos. Todo está en orden, en su cara todo está en su sitio, la nariz, tan mona, y la boca... Parece que se ha puesto carmín en la boca. Es tan hermosa que se muerde el labio para comprobar que no está soñando.

¡Un beso con lengua más, uno más!

Se miran de lejos y juegan a hacerse señales. Balancean brazos y piernas de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, y una, y dos, y tres, juegan a decirse lo que no saben. Se mueren de risa con las manos. ¡Venga, adivina, adivina! ¡Venga, eres muy guapa, venga! ¿Te gusto así? ¿Y así? ¿Y así? ¡Y tu beso ha sido una locura! ¡Demasiado! Se ahogan, hinchán los pulmones, se golpean el pecho...

Y luego... un frenazo.

En posición de firmes. Rígida, concentrada, le hace un pequeño gesto con la cabeza para preguntarle: «¿Listo? ¿Ya?».

«Sí, sí —responde levantando el pulgar—, venga, Dakota, hazme el soldado hasta arriba de barro en la jungla, la rueda de la fortuna, el conejo que se cree un tiburón, ¡lo compro todo!

»¡Ay! Cómo me gustaría que me besaras otra vez...

»Con lengua.»

Se señala el brazo izquierdo con el índice derecho, se pellizca el extremo de la mano izquierda, tira, tira con una gran sonrisa, desliza el brazo izquierdo fuera del pañuelo. Aparece un guante blanco, luego una delicada gasa que envuelve la mano izquierda.

El guante y la gasa caen al suelo, Dakota los empuja con el pie, sonriente, desenvuelta. Se endereza, hace un juego de manos y levanta...

... una mano sin dedos, o casi: un brazo que acaba en un muñón violáceo, uno o dos dedos mutilados como garras de lagarto calcinado. No ve bien, está

demasiado lejos.

Se le ponen los ojos como platos, los brazos le cuelgan a lo largo del cuerpo.

Ella lo mira. Esboza un último paso de baile más lento, casi ceremonioso.

—¡Hasta mañana, Tom!

Le dirige una mirada triste y cómplice que ya no es la sonrisa de una niña.

La falda negra vuela, revolotea sobre los peldaños de la escalera y desaparece.

Justo antes de que tirara del guante blanco, se disponía a gritar:

—¡Eh! Dakota... ¿quieres salir conmigo?

«Luego los de la clase gritarán: “¡Tom está enamorado, Tom está enamorado, Tom está enamorado!” e imitarán a unas bocas besándose, a unos monos rascándose, la succión de los besos, harán volar caramelos, lápices... Los conozco, habrá que enfrentarse a ellos, quizá incluso que pegarles para que me tengan el máximo respeto.»

Justo antes de que tirara del guante blanco, su corazón le daba un vuelco ante la idea de que ella respondiera que no.

Tiró del guante blanco y todo se embrolló. Tenía la cabeza llena de direcciones prohibidas.

Esta chica le produce punzadas en los costados. Se ahoga al seguirla. Apenas hace un día que la conoce y ya está completamente desconcertado.

Corre para pillar el bus. «¡No debo perderlo, no debo perderlo! Stella estará de morros toda la noche, me dirá que no se puede contar conmigo, que soy un bebé, nada más que un bebé.» La cólera de su madre crece y resuena, corre y corre, llega a la parada cuando el autobús se incorpora a la circulación, así que se lanza a la carretera, bajo las ruedas, el bus frena en seco, la puerta se abre...

¡Salvado!

Y la cosa se le aparece clara y neta en su cabeza.

Nada de direcciones prohibidas ni de guirigay. Todo se aclara de

improviso. Se hace evidente. En un relámpago.

La quiere. Sí, sí, la quiere.

Quiere volver a besarla.

Mañana le hará la pregunta:

—Dakota, ¿quieres salir conmigo?

«Me vas a necesitar mucho. Como chica eres una apestada, una proscrita. Mira a Éloi. Como es grande y gordo, le dan golpes en las espinillas en las escaleras. Pídele que se remangue las perneras del chándal y verás. Así que tú..., con tus redacciones de locura, tus ojos de vampiro y tu mano estropeada..., no perderán la ocasión. Pinza de cangrejo, pata de araña, capitán Garfio, ¡ponte un guante, que se te acatarra la mano! No tienes escapatoria. Y allí estaré yo. El primero que te toque acabará como una calcomanía en la calzada, prometido.»

No ha tenido tiempo de mirar bien la mano. ¿Tiempo o ganas? No lo sabe. Prefiere que esté el guante blanco. Pero, pensándolo bien, le da igual.

«Quizá es así como pasan las cosas. Por la mañana eres uno y luego, a primera hora de la tarde, la directora abre la puerta de la clase, entra una chica y eres dos. Nos esperamos a la entrada del colegio, subimos las escaleras rozándonos, no nos quitamos ojo en la clase, nos encontramos en el patio y se nos hace un nudo en el estómago.»

Es la primera vez que una chica le nubla la vista.

Se siente fuera de lugar, en una especie de espera, de melancolía un poco eufórica, un poco dolorosa.

«¿Le hará el truco del guante blanco a todos los chicos que conoce? ¿Y si la mano de pinza de cangrejo no es de verdad? ¿Y si todo aquello no era más que una puesta en escena para impresionar?

»Como los ojos de muerta viviente.

»O el beso con lengua.»

Levanta la vista. El sol blanco se ahoga en el cielo gris y mojado, el aire tiembla y se convierte en vaho. Una luz fría ilumina los campos. Mañana

lloverá, refrescará. Stella dirá que hay que guardar pan para los asnos y paja para las tortugas; Suzon recogerá las últimas judías verdes; Georges plantará unas hileras de cebollas para el invierno.

Mañana le hará la pregunta.

—¡Eh! Dakota, ¿quieres salir conmigo?

Sí, no, sí, no.

Nunca hubiera imaginado que una sola palabra pudiera hacerlo tan increíblemente feliz o tan increíblemente triste.

\*

—¡Buenos días, señora Valenti!

—Buenos días, señora Bauduron.

Las dos mujeres se encuentran junto a las filas de carros de la compra. Cae una fina lluvia, sutil, que moja sin que uno piense en buscar protección. En el aparcamiento, se oye el ruido de los carros, que chirrían; el estridor de voces impacientes: «¡Date prisa, date prisa!»; los portazos de los coches. Stella ha aparcado la Kangoo roja entre dos coches, y uno está cubierto de calaveras y tibias cruzadas. Ha dejado a los perros en la granja. Ya es de noche, la bombilla del farol que hay sobre la zona para los carros está fundida.

—Parece que lo hacen adrede —dice la señora Bauduron—. ¡Siempre el farol que no alumbraba es exactamente el que hace falta! No entiendo nada. —Stella se pregunta si comprenderlo todo hace que las cosas se lleven mejor. No está segura. La señora Bauduron hurga en el monedero para buscar una moneda—. ¡La verdad es que no es fácil cuando no se ve nada! —Stella mete una ficha de plástico y desengancha un carro—. ¿Está bien, señora Valenti?

—Muy bien, gracias.

La señora Bauduron hace una pequeña pausa, como para mostrar su sorpresa por que Stella esté bien, y luego sigue, con voz melosa:

—Estoy organizando una merienda para mi hijo, Fabrice, para mañana por la tarde. Me he puesto a hacerlo un poco tarde, pero... Ha invitado a Tom, me parece.

—Tom no me ha dicho nada.

—Fabrice lo quiere mucho.

—Es muy amable.

—Tom se parece mucho a usted, ¿sabe?... —«Es mi hijo», piensa Stella, «hay muchas posibilidades de que se me parezca. ¿Debo tranquilizarla o

ignorarla?». Sonríe e inclina la cabeza, como si agradeciera el cumplido—. Tengo una lista larga como mi brazo —suspira la señora Bauduron—. Voy a hacerles un montón de pasteles y les compraré Coca-Cola... Deberían de estar contentos.

—¡Seguramente! Buena suerte, señora Bauduron. La dejo, tengo mucha prisa.

«¡Qué poca amabilidad! —piensa la señora Bauduron—. ¡Y ese peto naranja! Como es alta y delgada cree que se lo puede permitir todo. En todo caso, no parece que esté al corriente. Podría haberle dicho algo, pero se ha escabullido. ¡Mejor así! La verdad es que no es asunto mío prevenirla. ¡Vaya! ¡No tengo ni una moneda! Creía que había dejado una en el cenicero del coche. ¡Nunca las encuentras cuando las buscas!»

Stella empuja el carro por los pasillos del supermercado. Sostiene en la mano una lista de la compra redactada por Suzon. Pasta, arroz, mantequilla, aceite, vinagre, azúcar, harina, Cif amoniacal, estropajos, Sopalin, clínex, biscotes sin sal para Georges, *crème brûlée* para Suzon, aceite de oliva, cereales, patatín, patatán... Solo lo necesario, nada superfluo. Hacer la compra sin mirar las etiquetas ni las promociones.

«Cuando tenga dinero, compraré cosas superfluas.

»Cuando tenga mi propio dinero, porque no quiero tocar el que ha dejado Ray Valenti. Ese es para mamá. Por daños y por intereses, de alguna manera. Solo necesita aprender a gastarlo. Aún no sabe. Ha quedado en ir al banco. Todo ese dinero... No es tan sencillo cuando te cae encima.

»Yo he ido haciendo mis ahorros a escondidas. Nadie lo sabe. Voy allá dos veces al mes y vuelvo con los bolsillos llenos de billetes. Gruesos fajos de billetes que me golpean los muslos. Me produce una agradable sensación de calor. Es mi revancha.

»¿Por qué quiere vernos el notario con tanta urgencia?»

La otra noche, mientras Adrian se dormía, ella se inclinó sobre él, aspiró el olor a dentífrico y le susurró al oído: «Me gustan los hombres pobres por fuera y ricos por dentro, no al contrario».

Él se dio la vuelta y masculló: «Buenas noches».

Según él, le falta ambición; él quiere beber champán en Marte.

Ella pregunta: «¿Por qué ya no lees gramáticas y diccionarios? ¿Por qué ya no recoges narcisos de las nieves por la mañana antes de ir a trabajar? Los dejabas sobre el capó del camión...

»¿Te acuerdas?».

«Cuando duerme, tiene una expresión furiosa. Como si estuviera peleado con las montañas. Con el cielo y los volcanes. Con todo lo que es más grande y más terrible que él. Cuando lo miro dormir, recuerdo su infancia. Y lo entiendo todo.

»Entender puede ser algo extraordinario.»

No debe olvidar los sacos de pan duro para los animales. Benjamin los aparta para ella. Siete euros el saco de quince kilos. Justo después de la sección «Alimentos para perros y gatos». Al fondo del supermercado.

Los ve a lo lejos. Tres grandes sacos apoyados en el suelo. No lo ha olvidado. Tendría que haber cogido dos carros, todo eso jamás se sostendría en uno solo, o va a tener que hacer milagros.

Una mujer pasa por delante de los sacos y le tapa a medias el cartel con el precio. Delgada, menuda, coqueta, lleva unos vaqueros de talle alto, están de moda, al parecer; una chaqueta azul marino y un pañuelo de lunares alrededor del cuello. Muy chic. Tiene la nuca y las sienes muy rubias y rapadas, con una mata de pelo en lo alto. «Como yo antes. Apostaría a que tiene gato. No llena el carrito. Vive sola.

»Me gusta imaginar la vida de la gente. Me tranquiliza.»

Stella hace la compra por la noche, cuando el súper está casi vacío. Los últimos clientes vagan bajo los altos techos y leen las etiquetas. Buscan matar el tiempo. Nadie los espera. En la sección de carnicería y charcutería han empezado a guardar las salchichas, las tarrinas, las empanadas, los callos..., y están enjuagando el puesto con un chorro de agua. El carnicero lleva gruesas botas grises y un delantal blanco manchado de sangre, y limpia los cuchillos, pensativo. En los altavoces, los anuncios resuenan en el vacío y rebotan, pues no hay cuerpos que absorban el sonido. Es como estar en la blanca superficie de una banquisa, con los neones a modo de sol.

Mientras el carro se llena, su cabeza se vacía. Pasa por delante del pescadero. Tiene las pestañas tan largas y retorcidas que dicen que se maquilla.

Stella lo conoce. Es un antiguo marinero que ha elegido la tierra. Quería llevar a sus dos chavales al fútbol y hacer que estudiaran.

Se sitúa detrás de dos mujeres que han pedido unos lenguados y esperan a que se los prepare.

—¿Le quita la piel, por favor? —dice una—. Por los dos lados. No me gusta la piel, es viscosa. Y, además, lleva grasa.

Las gambas están de oferta. Comprará un buen puñado por persona. A Tom le encantan. También a Suzon.

—... deja que te diga una cosa —declara la alta y morena con gafas de mariposa y con los labios pintados de fucsia—: un hombre que ha engañado a su mujer una vez la engañará diez veces más, incluso cien.

—¿Lo dices por mí? —replica su amiga, ofendida.

—No. Por mí.

—¿Gégé te engaña?

—Una vez, y por eso...

—¿Ya no te fías?

—Ya se sabe, los hombres piensan con el rabo...

«Y yo ¿desconfío? Antes no desconfiaba. Pero desde que Adrian va a París por negocios... ¿Qué negocios, para empezar? ¿Y por qué tan a menudo?» Se rasca una ceja, se arranca un pelo. Guiña los ojos bajo el pálido neón que machaca a los peces. El lecho de hielo rezuma por los lados. «Me pone de los nervios el cuidado que pone en arreglarse, lo atento que está en la mesa a los cubiertos, a las flores, a las buenas maneras. Yo no formo parte de ese mundo.

»Y estoy orgullosa de ello.»

«Mentirosa —se reprende—. ¡Mentirosa!

»Di más bien que no te sientes a la altura con tus botas de trabajo y tu peto naranja. Te dan envidia esas chicas que se embuten en faldas de tubo y trotan con sus altos tacones, tan cómodas como si llevaran un par de zapatillas. ¡Y las uñas pintadas! ¡Y el pelo largo que se balancea, derecha, izquierda, derecha, izquierda! Y el cutis perfecto, y la risa siempre en la boca, y los

dientes bien alineados, y la cintura de avispa.

»¿Cómo se hace para ser como ellas?

»¿Son las madres, que le susurran el secreto a las hijas? ¿Los padres, que proclaman “Mi niña bonita, eres lo que más quiero”...?

»¿O son las vitaminas del desayuno? Mantequilla salada de la buena, castillos familiares, la piel aterciopelada de una antepasada, los puños de encaje de otra, las cucharas de plata, los chóferes de uniforme, los bailes bajo los artesonados, los candelabros, los muchachos que ríen y posan en tus labios un vestigio de beso... Tan distinguidos, tan ligeros, tan...

»Te mueres de ganas de convertirte en una de esas mujeres.

»Pero ¿dónde está el libro de instrucciones?»

«Compras periódicos, revistas, buscas en Sephora, encargas por internet, haces pruebas delante del espejo. Y luego lo tiras todo. Deambulas por el blog de Hortense Cortès. Has encontrado su dirección en *Elle*. Sus camisetas son la bomba, pero muy caras. Muy caras. Te comprarías una o dos.

»¿Para gustarle?

»Para gustarle.»

Se encoge de hombros y rechaza ese pensamiento. «El engaño consiste en que el alma del ser amado ya no te mira, y va a ver a otra parte. El cuerpo le sigue los pasos. El alma dirige. A ella es a la que hay que cuidar cuando se ama. ¿Es que estas mujeres no saben que tienen un alma?»

—Querría seis buenos puñados de gambas, por favor.

El pescadero baja las pestañas, hunde una palita blanca en las gambas y las echa en la balanza. Pesa, calcula el precio y pregunta si es todo. Sonríe.

Una cálida sonrisa de hombre goloso.

—Trece euros con diez, señora Valenti.

Ella arruga la lista y la tira al fondo del carrito.

Esa noche está en la caja Stéphanie.

Fueron juntas al colegio. Stéphanie sabe del episodio de sordera de Stella. Cuando Ray Valenti le reventó los tímpanos. Stella aprendió a leer los labios. «Una simple cuestión de habilidad —presumía—, y, luego, como solo oigo el silencio, lo relleno a mi conveniencia.» Un día, en la piscina, al saltar desde lo más alto del trampolín, derecha como el cayado de un pastor y con la nariz pinzada, oyó una detonación en sus tímpanos y el sonido volvió. El doctor hablaba de milagro, quería enviar una comunicación a la Academia de Medicina. Ray Valenti se opuso. No tenían ningún interés en que se supiera que la molía a palos. Desde ese incidente, Stella tenía la habilidad de leer los labios.

A veces, era útil.

En segundo<sup>13</sup>, Stéphanie se fue para sacarse un CAP<sup>14</sup> de comercio y técnicas de venta. Mientras se pintaba las uñas, presumía: «La buena presencia es muy importante en esos trabajos». Hablaba de polivalencia, de gestión de existencias, de estrategias de mercado, de fases de comercialización. Amina se burlaba. Aseguraba que no tenía ni medio cerebro de mosquito, que acabaría vendiendo su propio culo, y ya está. Y además rebajado. Las dos chicas se pelearon. Hubo que llamar a un profe para separarlas.

Stéphanie era amiga de Violette, las dos se ponían como motos cuando se subían la camiseta al pasar los chicos.

Todavía hoy, cuando Amina va a hacer la compra al Carrefour, evita la caja donde se apoltrona Stéphanie.

Stéphanie no tiene noticias de Violette. «Ya no le intereso —suspira—, soy cajera en el Carrefour. Después de la muerte de Ray Valenti, volvió a París, es todo lo que sé. A lo mejor un día tenemos noticias...»

No parece creer mucho en ello.

Intenta alinear las compras que sacan de cualquier manera tres tipos que se dan golpes en los costados y lanzan gritos y maldicen. Levanta los ojos al cielo y Stella le lee los labios: «Exactamente por esto no me gusta el turno de noche».

Los tíos se animan, saltan, se golpean la palma de la mano con el puño...

—¡Vamos a reventar el récord!

—¡Vamos a repartir hostias, pero bien!

—¡Ni en Honolulu lo han visto!

En la cinta transportadora cae el contenido de su carrito. *Cordon-bleus* congelados, ñoquis para saltar, queso para *raclette* Lustucru, Dalky de Nestlé, quesitos de cabra para dorar, pan de molde, gominolas Haribo Tirlibibi, patatas fritas Monster Munch y paquetes de cerveza.

Delante de ellos, la señorita con vaqueros de talle alto coloca sus compras en una bolsa isotérmica beis.

—¡Mira la cerilla! ¡No hay nada que comer!

—¡Yo no me liaría con la palomita!

—¡Eh, tíos, no digáis tonterías! —exclama el tercero.

Dobla las rodillas, se coge las pelotas con las dos manos, estalla en una risotada y Stella ve tres empastes negros en sus molares.

—¡No es una tía, es un maricón!

—¡Quééééé! —grita el más grandullón con los brazos tatuados con tres víboras verdes—. ¡Para! ¡Punto en boca!

La señorita se vuelve y los fulmina con la mirada. Lleva unas gafas redondas amarillas, su tez se ve pálida bajo los neones. Mejillas hundidas, nariz bien dibujada, frente muy pálida... La nuca rosa, rubia, está veteada de manchas rojas. Se le encienden las mejillas. Le tiemblan las manos. Sus muñecas son tan finas que le cuesta levantar el paquete de agua. Pone las botellas en el carro y se dispone a marcharse cuando uno de los tíos da una patada a las ruedecitas del carro, que enfila recto hacia un cartel que celebra la Navidad en la nieve, los abetos y las *raclettes*.

—¡Saluda a Papá Noel de nuestra parte, Blancanieves, menéasela bien!

—¡Bujarrón! ¡Mamón! ¡Chupapollas!

—¡Esfúmate o te rompemos el culo!

—¡Qué vocabulario, de mucha clase! —les dice Stella, apoyada en el carro con los codos sobre los sacos de pan seco—. Tocadlo y os las veréis conmigo. Eso me gustaría.

Ha hablado con voz calmada, como una madre leyendo la composición de una salsa de tomate con pimientos a su hijo, asustado por la palabra *pimiento*.

Los tres hombres la sopesan, divertidos.

La señorita ha enderezado el carrito antes de que chocara contra los abetos y las *raclettes*. Inclina la cabeza en dirección a Stella para agradecersele y

esboza una sonrisa que le empaña las gafas; su rostro expresa el temor de que los tres hombres cambien de opinión y se abalancen sobre ella. Empuja la barra del carro y se aleja lo más rápido posible.

Los tipos la ven marcharse a la vez que la insultan: «¡Qué puta! ¡Es un tío! ¡No es una tía! ¡Es increíble!».

A su espalda, Stella se dirige mudamente a Stéphanie:

—¿Es un hombre o una mujer? —articula.

—Un hombre —responde Stéphanie, imitándola.

—¿Un hombre? —se sorprende Stella.

—¡Sí! —dice Stéphanie mientras pone los ojos en blanco, casi desorbitados—. Lleva fondo de maquillaje y perfilador de ojos.

Los tíos se vuelven hacia Stella, se desabrochan el cinturón y tiran del vaquero para sacar los billetes del bolsillo.

—¡Cagüen la puta! ¡No llevo! Están atascados en el fondo —gruñe el tatuado con tres víboras.

—¡Venga, despelótate, así les enseñas el paisaje a estas tías!

Stella interviene:

—¡Bueno, ya está bien! Se ha acabado la función, pagáis y os largáis, si no, iré a buscar al de seguridad.

Stéphanie le hace una señal: «Déjalo estar, déjalo estar».

—¡Jo, la tía! ¡Cómo se la juega!

—¡Es una tía de pelo en pecho!

—¡Y tiene una polla en los calzoncillos!

—¿Me bailas una tahitiana? —dice guturalmente el tío de los empastes negros mientras se pega contra Stella y menea la pelvis.

Stella no se mueve.

—Apártate, idiota.

—¡Guau! ¡Me muero de la risa! ¡Repítelo, anda!

—¿Has oído, pollita?

Los otros dos se ahogan de tanto reír y escupen:

—¡Va, responde, parece que te ha calado! ¡La tía cerda!

Pollita se enfurece y se lanza contra Stella.

—¡Te voy a partir la cara!

Stella le coge el brazo y se lo retuerce.

—¿A qué esperas? Venga.

Ella se yergue en toda su altura. Un metro ochenta y unas botas de trabajo que machacan los pies del tipo.

Este gesticula, vacila, pero se aguanta las ganas de gemir delante de sus amigos.

—¡Dejadla que se divierta! —masculla entre dientes—. ¡Debe de tener la regla, eso las vuelve gruñonas!

Stella levanta una rodilla y lo golpea entre las piernas.

Él lanza un grito y cae al suelo.

Stella mira a los otros dos a los ojos, sube encima del caído, lo pisotea y luego lo empuja de un puntapié.

—¡Largaos! Y no volváis. Os advierto de que voy armada.

Se gira hacia Stéphanie y añade:

—Siempre hay que avisar antes de disparar. Es la ley.

Mete la mano en el bolsillo derecho del peto y acaricia el largo destornillador que ha cogido por la mañana. Los tipos observan el bulto amenazante, se consultan con la mirada, meten las compras en el carrito, pagan y desaparecen mientras le sacan el dedo.

La señorita se ha parado delante de las puertas de cristal donde pone SALIDA. Lo ha observado todo.

Da la vuelta y huye.

Stéphanie mira a Stella, estupefacta.

—¿Es verdad? —balbuce—. ¿Vas armada?

Stella suelta una carcajada.

—¡Ni en sueños! ¿Conoces a esos tíos?

—¡Nunca los había visto!

—¿Y a la señorita?

—Tampoco. Pero estoy segura de que es un tío. Tiene barba.

—¡Pero también hay mujeres con barba!

—¡Hay de todo! —suspira Stéphanie—. Los pirados abundan. —Stella sonrío mientras vacía su carro en la cinta transportadora—. ¡Tú nunca tienes miedo! —dice Stéphanie con admiración—. Ya de pequeña no tenías miedo...

—No lo demostraba, pero me cagaba de miedo.

—Lo disimulabas muy bien... ¿Era por Ray Valenti?

—Lo que es seguro es que no me hacía la vida fácil.

—Entonces, debe de haberte jodido...

—¿Su muerte? No. Eso me ha dejado totalmente indiferente.

—No. ¡El colegio!

—¿Qué, el colegio?

—Bueno..., que va a llevar su nombre. ¡Qué jeta tienen! Porque Ray Valenti, precisamente... ¡Se podrían encontrar mejores!

—¿Qué me estás contando?

—¿No estás enterada?

—Pero ¿de qué? —Stéphanie mira de reojo el bolsillo de Stella. ¿Y si llevara una pipa? Con ella todo es posible—. ¡Va, Stéphanie! No es una pipa... —Stella saca el destornillador y lo pone en la cinta de la caja—. Venga, desembucha. ¿De qué va la broma?

No ha querido leer el periódico que le ha tendido Stéphanie: «Toma, lee, lo he guardado por la receta de la pizza de Niza». No ha echado ni una ojeada al artículo, por miedo a dar vida al rumor infame. «Si no lo veo, no existe. No hay pruebas. No se me podrá convencer.»

Le ha pedido a Stéphanie que le lea el artículo en voz alta.

Y Stéphanie lo ha leído.

El nombre del colegio, la inauguración, la fanfarria, las *majorettes*, los bomberos de uniforme con los camiones rojos, sus mangueras, el señor alcalde, el señor prefecto, el señor diputado, la señora Filières, la directora... Ella ha sido la que ha propuesto el nombre de Ray Valenti. El señor alcalde lo ha aprobado: Ray Valenti era un bombero de primer nivel.

Ese día se cortará la circulación. No se sabe todavía qué día tendrá lugar la inauguración, pero todo está previsto. En un día tan bonito, nada debe desentonar.

El día del héroe.

El día de Ray Valenti.

Stella ha escuchado, con las caderas pegadas al borde de la caja número 9 y las manos apoyadas en la cinta.

Encorvada. Hundida. Vencida.

La desgracia había vuelto.

\*

En el autobús, Tom mira desfilan el paisaje, la mejilla contra el frío cristal. Cuando el autobús acelera, el cristal tiembla y nota las sacudidas en los

molares. Tiene la frente ardiendo, siente dos tenazas en el cráneo. Se sube el cuello de la cazadora, tan espantosa. Está decidido: para Navidad le pedirá a su madre una Goose. Nunca cederá: «¿Sabes lo que cuestan? ¡Tanto da bailar una jota sobre un bizcocho sin romperlo!». Es muy fuerte como para replicarle. Eso lo enerva y, a la vez, hace que esté orgulloso.

Romperá la hucha. Un cerdito de porcelana que le compró Suzon cuando tenía cuatro años. Nunca quiso meter dinero dentro. ¡Darle dinero a un cerdo! Hace falta ser tonto, ¿no? Suzon se encargaba de eso. Por cada diente de leche. O por cada boletín con buenas notas.

La noche cae como un agua gris que ahoga los árboles, las casas y las iglesias. Gracias a los faros del autobús, ve un conejo que corre en un campo por entre los surcos. Da saltos, sube y baja, despistado, sale corriendo a ocultarse en la linde del bosque. «Es de locos, tengo la impresión de que han pasado diez años desde ayer.» Mira su reflejo en el cristal, se pregunta si su nariz y sus orejas han crecido, se frota los ojos. «¡La hostia! ¡Vaya chica! Ha abierto una sucursal a su nombre en mi cabeza. ¡No voy a dejar de pensar en ella!»

—¿Vas al cumple de Fabrice Bauduron? —pregunta Léonardo Di Souza mientras se deja caer en el asiento de al lado.

Léonardo vive en el cruce de la carretera del cementerio con la de Vennerie. Tom no responde. Léonardo lleva un aparato dental con gomas y va soltando perdigones sin parar. Se chulea porque se llama como Leonardo DiCaprio, pero ¡anda a buscar el parecido! Diez kilos de más y el pelo castaño, rizado en tirabuzones.

—¿No has recibido su SMS? —insiste Léonardo.

—Sí —dice Tom con la cara vuelta hacia la ventana.

Dakota nunca le enviará un SMS. ¿Cómo va a poder hablarle? ¿Metiéndole una nota en el estuche? ¿Escribiéndole cartas? ¿Dónde se compran los sellos?

—¿Y qué has respondido? Es mañana. ¡Parece que hay una locura de juegos!

—Dependerá...

—¿De qué?

De Dakota. Pero se calla. ¿Y si le pidiera que la acompañara hasta la casa blanca detrás de la verja? ¿Y si lo besara con la...?

—¡Joder, la madre de Fabrice es una pesada! Lo lleva al colegio todos los

días. ¡Pobre!

—A lo mejor no tiene nada mejor que hacer.

—Esta mañana charlaba con la bedela. ¿Sabes de qué hablaban?

—¡No!

—¡Se te van a saltar los plomos de la cabeza!

Es el problema de Léonardo Di Souza. Además de los perdigones, es lento, pesado. Incapaz de transmitir una información de una vez. Necesita una colección de frases y de rodeos antes de llegar al objetivo. Cuando lee las redacciones en la escuela, todo el mundo se duerme antes de que llegue al final.

—Pues decía que el colegio se iba a llamar como tu...

—¿Tom?

A veces sale con cosas así. El otro día, en clase de francés, sostuvo que *patata* venía de una palabra antigua que quería decir que uno se desmayaba, que a uno le daba un patatús. Todo el mundo se cachondeó de él, nunca supo por qué.

—No, tonto, se llamará Ray-Valenti.

—¿El colegio? ¿Ray-Valenti? ¿Estás loco o qué?

—Que sí, que te lo juro. Lo decía el periódico esta mañana. ¿Tu madre no lo sabe?

—Creo que no, ¡se habría vuelto majara!

—Bueno..., a mí me parece genial.

—Ya, pero es que tú eres tonto.

Tom se levantó y cambió de sitio.

Léonardo Di Souza rezonga detrás de él y da rodillazos en el asiento.

—¡Tonto tú, Valenti de los cojones!

\*

Adrian empuja la puerta de la nave. Se la alquila a Zbig, un vecino. Un tipo tan gordo que no se aguanta en el asiento de su tractor. Rebosa por todas partes y tiene que concentrarse para permanecer en su sitio. Lleva camisas a cuadros. Cuando se ven los cuadros sobresalir por encima de las espigas en el campo es porque se ha caído, y corren a recogerlo. Los chicos lo bautizaron Zbig. The Big. Zbig es muy tacaño. Duerme con el dinero bajo el jergón y pillla el sueño mientras inventa nuevos medios para ganar más. Le alquila el edificio en negro. «No se lo digas a nadie, pero a nadie.» «¡Trato hecho!»

Adrian contempla la trituradora casi nueva que encontró en una subasta cerca de Auxerre. Una gigantesca tostadora amarilla y gris que puede triturar hasta doscientas toneladas por hora. Cien mil euros. Una ganga. Sacó el dinero de un banco del que Edmond es cliente. El banquero creyó que lo compraba por cuenta de Edmond. No lo sacó de su error. Lo enredó. El riesgo valía la pena. Una trituradora cuesta fácilmente cinco veces ese precio. La empresa se declaró en quiebra y vendía el material. El dueño había pensado a lo grande, demasiado. La ruina. El liquidador no quería demorar las cosas mucho. Estaba harto del trabajo. Quiebras por toda la región. «¡Qué miseria! —se lamentaba el dueño—. ¡Me da rabia!, ¿sabe?, ¡mucho rabia! ¡Dejo a catorce personas en la calle! Catorce tipos que tienen mujeres, hijos y casas que pagar, y yo debo tragarme mi orgullo y explicárselo. ¿Explicarles el qué?»

Adrian le había dado su tarjeta por si acaso. El tipo la cogió sin dejar de repetir: «Me da rabia, mucha rabia».

Comenzará con tres hombres, no más. ¿Podría robar a Boubou, Houcine y Maurice? No sería correcto para con Edmond Courtois. No sabe qué hacer con él.

Ya se ha pasado de la raya una vez...

Edmond tiene la cuenta corriente, la agenda con las direcciones, la experiencia..., pero ¿tiene todavía la agresividad y el olfato? ¿La velocidad para desenfundar primero? Un inmenso mercado espera a la trituradora amarilla y gris. Edmond ya no tiene hambre. Edmond está saciado. Se ha vuelto prudente. Está inquieto. Debería hablarle, preguntarle, sin ambigüedad, si está dispuesto, previa revisión de las cifras y las perspectivas, a volver a invertir. Y subrayando la obligación de ser rápidos, y mucho.

Siempre lo deja para más adelante. Como si temiera un peligro.

¿De dónde vendría?

Todavía no lo sabe.

¿Se sabe realmente dónde caerá el rayo?

¿Y cuándo caerá? Su primera pesadilla de niño: había soñado que estaba

muerto. Le habría gustado no despertarse. Se hubiera unido a los que habían partido. Cuando un amigo muere, la pena más grande es pensar que, justo un momento antes, se reía y caminaba. Ha visto morir a mucha gente. A veces se pregunta si lo que corre por sus venas es solo frío. Necesita tiempo para que su sangre se caliente. A veces se pone la mano en el corazón y le da la impresión de estar sumergiéndola en hielo.

Suena el teléfono. Es Borzinski.

—Hola... Pensaba en el almuerzo... —«Demasiado tarde, amigo, ya has firmado. Tengo la hoja en mi maletín»—. Y en nuestra conversación... Ya sabe...

—Sí —dice Adrian, tenso.

Es el momento que espera desde hace mucho tiempo. Ya no habrá vuelta atrás.

—Parece conocer gente, y yo también. Tengo un negocio que proponerle... —El hombre hace un silencio. Adrian oye el pesado aliento—. A usted o al señor Courtois..., no sé. —Adrian calla. Encender la luz. Dejar que el otro se adelante—. Hemos hablado de empezar por usted y de que usted ya se arregla con el señor Courtois.

—En efecto...

—O no. —La respiración de Borzinski se vuelve más pesada, cargada de sobrentendidos e hipótesis—. No será el mismo porcentaje... si lo comparte con el señor Courtois.

—Eso ya se verá...

—Es un gran negocio, señor Kosulino. Un gran negocio. Podría asegurarle su volumen de ventas para varios meses. Reflexione. No tarde. El lunes tengo que tomar una decisión...

—De acuerdo.

—Tres días. Tiene tres días.

Adrian cuelga, levanta los brazos, se estira. Da algunos pasos. Vuelve la cabeza hacia la luna creciente, que brilla con una increíble claridad a través de la cristalera. Un diamante que corta el cielo e ilumina el almacén. ¡Qué belleza! ¡Y qué excitante es la vida!

Siente como lo levanta una fuerza insensata.

Le va a costar esperar tres días para llamar.

Durante toda su infancia oyó repetir que había que pelear. En este mundo no

hay sitio para los débiles. ¿Quieres ser una lombriz o un fiero león? Tú eliges, pero sé astuto, mira a los lados antes de cruzar. Ten las ideas claras.

Y su abuelo le daba un manotazo en la nuca.

Borzinski. Quizá esté conchabado con Edmond Courtois.

La llamada es una trampa. Quizá.

No se engaña fácilmente a un viejo zorro. Edmond Courtois está cansado, desgastado, pero sigue siendo un zorro.

Quizá.

El pasado camina a su lado, lo aconseja, lo pone en guardia. Es una persona. La vida es una persona. Se le habla y responde. Hay que saber ser paciente. Hay un período de espera para las respuestas.

—¿Debería hablar con Edmond? —pregunta a la luna creciente.

\*

Tom baja del autobús insultando a Léonardo. Lo agarra de las correas de la mochila y lo arrastra por el suelo. Sentado al volante, el conductor sonrío. Cada tarde, los chavales se declaran la guerra. No era más listo cuando tenía su edad. Eran las mismas bromas. Léonardo se ha tirado un pedo ante las narices de Tom al pasar por el pasillo.

—¿No te parece que huele a palomitas? —ha gesticulado.

Tom ha dado un salto, se ha lanzado hacia delante para atraparlo y Léonardo se ha precipitado hacia la puerta para bajar.

Y luego han seguido ajustándose las cuentas.

—¿No está mamá? —Tom lanza la mochila sobre la mesa y mira a Georges y a Suzon como si su vida dependiera de ello—. ¿No está? —repite, irritado.

Ese idiota de Léonardo. ¡Tirarse un pedo en sus narices! ¡Y un asco de información! Si es así, la famosa noticia es falsa. Comienza por picarle la curiosidad con el nombre del colegio y acaba por tirarse un pedo.

—Ha ido al Carrefour.

Suzon se seca las manos en el delantal y se vuelve hacia Georges:

—¿Dónde has visto a Zbig?

—Estaba tratando las hayas. Tiene los árboles comidos por los hongos. Esos putos hongos se pegan a las raíces y luego, ¡zas!, lo único que puedes

hacer es talar los árboles. O esperar a que se caigan solos.

—Normal, ha hecho mucho calor este verano.

—Fue entonces cuando me habló del zorro y las gallinas. Estaba que echaba humo. ¡Se ha cargado cincuenta!

—Y vive de ellas...

—Sin ellas, no le queda nada. ¡Solo los ojos para llorar! Y ese no ha chupado la Torre Eiffel para hacerla puntiaguda.

—No digas eso. No es tonto.

Tom se impacienta. Le dan igual las gallinas, las hayas y la Torre Eiffel. Quiere saber si su madre está al corriente de lo del colegio.

Y, además, tiene hambre. Se muere de hambre. Con ganas escamotearía un trozo de pan. Va a hacer falta actuar con astucia.

—Se pregunta si no habrán sido los halcones peregrinos los responsables —continúa Georges a la vez que saca la navaja y la abre—, porque en su casa incluso han matado a las gallinas silvestres.

—¡No me lo creo! —exclama Suzon mientras se golpea el amplio pecho con la cuchara de madera—. ¡En todo caso, no será el zorro el que se suba a los árboles! Dónde se ha visto eso.

Georges examina la hoja de la navaja y no responde.

—¿Puedo tomar un poco de paté o de jamón? —dice Tom.

—No, te esperas a que vuelva tu madre.

—Pero ¿cuándo vuelve?

—Te esperas y punto. Ve a lavarte las manos. ¿Ya has hecho los deberes de mañana?

—Por eso ha pensado en los halcones peregrinos —dice Georges—. La semana pasada vio uno por encima de su granja. Daba vueltas, muy lentamente... Así que va a recorrer la zona con su escopeta.

Suzon reflexiona. El mentón se le hunde en los pliegues del cuello, la cuchara de madera le rebota en el pecho, menea la cabeza como si fuera a ocurrírsele un pensamiento enorme, un pensamiento que le va a dejar sin cerebro.

—Bueno, ¡pues yo pienso que bebe demasiado! A fuerza de vivir solo, empina el codo y ya no sabe lo que dice. ¡Un halcón peregrino! Ya basta... ¡Y por qué no la muerte en rulos, ya que estamos!

Tom no le quita los ojos de encima a un trozo de camembert en equilibrio al borde de la tabla de quesos. Un trozo muy blando. Extiende el brazo, desliza la mano por el hule, hace como que recoge las migajas, aprovecha un momento

en el que Suzon se acalora con los halcones, la muerte y sus rulos, y arrambla con el camembert. Se lo zampa. Cierra los ojos, enseguida la urgencia desaparece, el camembert lo apacigua. Léonardo se ha inventado todo. Es como el pedo, solo para irritarlo. ¡Ponerle Ray-Valenti a su colegio! Imposible. Léonardo no puede dejar de dar malas noticias. Como si siempre tuvieran que pasar cosas tristes y no buenas.

—¿Sabéis lo del colegio? —pregunta Tom, que quiere salir de dudas.

Suzon frunce el ceño.

—¿Has sacado malas notas? ¿Ya no vas a tener el diploma de alumno ciudadano?

—Al parecer, ha salido en el periódico de esta mañana.

—No he tenido tiempo de leerlo.

—Dicen que van a bautizarlo como colegio Ray-Valenti.

Suzon agarra la cuchara de madera y la blande, amenazadora, hacia Tom.

—¿También tú con cosas raras? ¡Los halcones peregrinos y ahora un colegio Ray-Valenti! ¿Cuál será la próxima invención? ¿Un karaoke en la Luna? ¡Como si la vida no fuera ya bastante complicada! ¡Como si hubiera que añadir más complicación!

Georges se mira las uñas, que limpia con la ayuda de la navaja, y sacude la cabeza, triste y afligido.

—Tiene razón, Suzon. El colegio va a llamarse Ray-Valenti.

—¡No me digas eso!

—Pues sí...

Suzon aprieta la cuchara de madera.

—¿Por eso quiere veros el notario?

—No me huele bien...

—¿Stella está al corriente?

—No me he atrevido a decírselo..., y no creo que sea el único. Hace rato que corre el rumor y sigue sin saber nada.

—¡Dios mío! —suspira Suzon a la vez que cruza los dedos como si rezara.

—Sería mejor que se lo dijera papá —sugiere Tom.

—Solo él puede hacerle tragar el sapo.

—¡Excepto que no estamos obligados a tragarlo! —estalla Tom.

Georges abre los brazos en signo de impotencia.

—¿Y qué quieres hacer, eh?

—¡No quiero que mi colegio se llame Ray-Valenti! ¡No quiero!

—Y, sin embargo, eso es lo que va a pasar, Tom.

Georges lo contempla, cansado. El drama ha vuelto a la casa. Un drama que siempre lleva el mismo nombre: Ray Valenti.

Cuando era niño, el mundo era sencillo. Estaban el cielo, el infierno y el purgatorio. Uno tenía la posibilidad de elegir entre la vida eterna o arder en el infierno. ¿Te portabas como un buen hombre? Subías al cielo. ¿Hacías tonterías? Pasabas un tiempo en el purgatorio. ¿Actuabas como un cabrón? Te asabas en el infierno. Las llamas te lamían los pies, la parrilla te quemaba el trasero. De allí no se salía nunca.

Sabe que Dios existe. En alguna parte, en el mayor de los silencios. Se oculta porque, sobre todo, no quiere dar pruebas. A nosotros nos toca tener fe, apostar por su existencia. Dios está por encima de la prueba.

Toda su vida ha estado atento para no ir al infierno. Ha estado en guardia. Hoy todo se mezcla: el paraíso, el infierno, los buenos y los malos.

Un cabrón le dará nombre a un colegio.

\*

En el aparcamiento del supermercado, Stella se dirige hacia la Kangoo roja. Guiña los ojos y reniega: «¡No es verdad, no puede ser verdad!». Se incorpora y para el carrito. Va a volver a la caja, a hacer que Stéphanie repita cada palabra.

Oye a lo lejos la risa de un loco que chilla: «¡Te la he pegado!, ¿eh? ¡Bien que te la he pegado! Creías que te habías librado de mí, pues que sepas que ¡Ray Valenti es indestructible! Lo nuestro, mi querida Stella, nunca se acabará. ¡Y el colegio llevará mi nombre! ¡Ja, ja, ja! Te tengo pillada de la barbilla, el primero de nosotros que se ría...<sup>15</sup>».

Stella se apoya y empuja el carrito hasta la Kangoo a la vez que sostiene los sacos de pan, que amenazan con caerse.

Los tres tipos están junto a su coche, el de la calcomanía de la calavera, al lado de la Kangoo. Están fumando y empinando el codo. Se mueven al compás de una música que sale del coche. Giran la cabeza hacia ella, chistan —chis, chis, chis— mientras marcan el compás golpeando la puerta con el puño.

Parece que esperan a alguien. Consultan el reloj, el teléfono. A lo lejos, la señorita ha colocado sus compras y se mete en su Clio blanco.

Stella abre el maletero de la Kangoo. «Colegio Ray-Valenti. No es posible. ¿Qué le pasa al cielo, que me tira sin parar yunques a la cabeza?»

Los hombres giran los hombros y marcan el ritmo.  
Cada vez más fuerte.

La miran sorprendidos. ¿Cómo? ¿No tiene miedo?

El tatuado con las tres víboras suelta, socarrón:

—¿Te echamos una mano?

—O te echamos otra cosa —ríe burlón otro mientras bebe cerveza.

Stella mete en un rincón del maletero un gran paquete de Sun Lavage y responde, cansada:

—Y si os la cortaran, ¿qué os quedaría?

—¡Nos está buscando, la tía! —berrea Pollita—. Ve a por ella, tío, ve... Si tú vas, me apunto.

El Tatuado escudriña a Stella e intenta adivinar si va a desenfundar.

Se consultan con la mirada.

—Mirad, tíos, ¿no es Riton el que llega? —ladra Pollita a la vez que señala los faros de un coche a lo lejos.

El coche va a aparcar a la altura de Stella. Se baja un tipo vestido con un largo abrigo negro de piel y un sombrero negro.

Es Riton el Africano. Lo bautizaron así porque cada verano pasa las vacaciones en Túnez. En Djerba. Dice que allí está seguro. Que los blindados protegen a los turistas, que hay torres de vigilancia y alambradas; que los precios son tan bajos que sería de tontos privarse de ello, y que si hay que morir que sea con la polla al sol.

—¡Os he estado buscando por todas partes! —berrea Riton.

—Habíamos quedado, ¿no? —dice el Tatuado.

—¡En el cuartel, no aquí!

—¿No dijiste que en el aparcamiento?

—¡El aparcamiento del cuartel, no el del supermercado!

Stella da un paso, iluminada por los faros de Riton el Africano.

—¡Stella! ¿Qué haces aquí?

—¿La conoces? —pregunta Pollita, estupefacto.

—Bueno, sí... Es la hija de Ray Valenti.

—¡Ray Valenti! ¿El Ray Valenti que conocemos?

—Sí.

Se vuelve hace Stella, que espera con los brazos cruzados.

—No nos ha dicho nada.

—Puede que tenga sus razones.

—¡La hostia! ¡La hija de Valenti! ¡Perdónenos, señora! Le juro que...

La risa de Ray estalla de nuevo en la noche. «¿Has visto cómo hablan de mí? ¡Con el máximo respeto! Yo te tengo y tú me tienes por la barbilla, ¡el primero de nosotros dos que se ría me hace una mamadita!»

Stella hunde los puños en los bolsillos y ruge:

—¡No soy la hija de Ray Valenti!

—Bueno..., deberías estar orgullosa —dice el Tatuado.

—Vamos, chicos, nos largamos, ¡está loca! —ordena el que sigue bebiendo cerveza.

—¡No soy la hija de Ray Valenti! ¡No soy la hija de Ray Valenti!

—Stella, cálmate —dice Riton el Africano—. Son nuevos. Acaban de llegar al cuartel.

—¡Precisamente! ¡Diles que era un cerdo!

—¡Venga! —dice el Tatuado—, ¡nos piramos!

Stella sigue con la mirada los coches que se alejan, las luces traseras que se apagan y se encienden. Se inclina sobre el capó de la Kangoo, extiende los brazos y la boca contra el frío metal y murmura: «No puedo más, de verdad, quiero que esto se acabe».

Son las diez de la noche cuando aparca la Kangoo delante de la granja. Una luz brilla en la habitación del primer piso. Hay en el aire un olor a pájaros, a frío, a almizcle. Las ocas se agitan y graznan; Costaud y Cabot se le acercan contoneándose como marineros de permiso y ella les acaricia la cabeza.

Georges los ha dejado fuera para que den la alerta si el zorro volviese.

La cocina huele a fuego de madera. Hector, el loro, se agita en su jaula. Rasca los barrotes y cacarea furioso. Nunca se duerme antes de que Stella vuelva.

Esta da golpecitos en la cubierta puesta encima de la jaula.

—Duerme, amigo mío, duerme. Ya estoy aquí.

Él gruñe y lanza un grito penetrante; ella lo oye menearse entre los cuscurros de pan, las semillas y las mazorcas de maíz que cubren el suelo de la jaula. «Crrrrrccc, crrrrccc, *no way, no way.*»

—¿No estás contento? ¡Tampoco yo! Pero yo tengo una razón.

El pájaro desliza el pico por los barrotes de la jaula y protesta: «*No way, no way*».

Stella se quita las pesadas botas y el jersey de cuello alto, se desabrocha los tirantes del peto, se alborota el pelo, se masajea la nuca y lanza un largo suspiro que el animal reproduce de manera idéntica.

—Me voy a la cama. Que duermas bien.

Hector cloquea y entona: «*Good night, sleep tight, good night, sleep tight*».

Stella sube al primer piso. Empuja la puerta de la habitación de Tom.

Duerme o hace como que duerme. No se ha puesto la parte de arriba del pijama, tirada y hecha una bola al pie de la cama. Solo el pantalón y una camiseta. En noviembre las noches son frescas, podría coger frío. Está demasiado cansada para comprobarlo.

—Duerme bien, cariño —susurra apoyada en el marco de la puerta.

—¡Mamá!

Se incorpora en la cama. El rayo de luz que viene del pasillo ilumina la inscripción de la camiseta, *Reinvent Yourself*. La misma camiseta de la mañana. No se ha duchado.

—¿Por qué siempre tienen que pasar cosas tristes y no felices?

—No lo sé, cariño. Duerme, o mañana estarás cansado.

Adrian está tumbado en la cama. Vestido. Sobre sus rodillas tiene una pila de carpetas. Tiene las ojeras de quien consulta papeles y hace cuentas. Gira y vuelve a girar una pluma entre los dedos.

Levanta la cabeza, sonrío.

—¿Dónde estabas?

—En el Carrefour.

—¿Tan tarde?

—Sí.

—¿Por qué no llamaste?

Se deja caer sobre él, muda.

Adrian pasa un brazo por los hombros de Stella. Le acaricia la piel del cuello. Siente su sonrisa.

—Me preocupé.

—Perdona.

—¿Quieres hablar ahora?

—No.

Le palpa los hombros, los brazos, las piernas.

—Nada roto —gruñe Stella.

Adrian se besa el dedo índice y lo apoya en los labios de Stella.

Esta se acurruca contra él, contiene su cólera: «¡Estoy bien, estoy bien, no se saldrá con la suya!». El resorte de la rabia se tensa, vibra, y Stella se pega a Adrian.

—¿Qué te pasa, *liouba*? ¿Tienes fiebre? —Stella suspira. Querría limar los barrotos de su cabeza—. Estoy aquí —dice Adrian—. Háblame.

Está demasiado cansada. Podría escupir piedras.

Adrian reflexiona. «Debo ir con cuidado, firmar otros contratos para no depender del ruso. Quizá ir al ayuntamiento. ¿Un acuerdo sobre la “leña”? Eso aseguraría el diez por ciento de mi cifra de negocios. Sí, pero todavía no tengo la trituradora de madera.

»Debo hablar con Edmond. No debo arriesgarme a...»

Su mirada recorre la cómoda. El sombrero de Stella yace apoyado sobre un par de guantes de trabajo y un grueso chándal blanco con los puños deshilachados. Vuelve al sombrero. Los bordes están rasgados. Un perfume refinado, especiado, le viene a la cabeza; frunce el ceño, intrigado. Cierra los ojos para respirar los últimos efluvios del perfume que se desvanece.

—Me gustaría mucho que... —murmura Stella.

Adrian se acuerda de una escalera oscura, de un gesto que patina y hace patinar al otro, de una chispa, una refriega, quizá; no, un enfrentamiento sordo, algo como quedarse a medias.

—Cásate conmigo, por favor, cástate conmigo... —balbuce Stella.

—¿Qué dices, *liouba*?

¡La chica en la escalera del Fouquet's! Vuelve a ver los ojos furiosos, aspira la piel empolvada, los labios gruesos, las cejas espesas, la nariz perfecta... ¿Qué ha dicho luego? Intenta recordar el perfume para oír las palabras.

—Adrian..., por favor...

—Te escucho, *liouba*...

Ella almorzaba en la mesa de al lado. Borzinski masticaba el entrecot y se secaba los labios grasientos. Buscaba a una puta. Borzinski... Una idea le entra en la cabeza. Como un sobre en un buzón. ¡Si es que es evidente! ¿Por qué no se le ha ocurrido antes? Es lo que debe hacer. Así podrá jugar en todos los tableros a la vez.

Esboza una sonrisa, mira fijamente el globo de vidrio opaco del techo. No se le podrá acusar de nada. ¡Muy al contrario! Avanzará subrepticamente, progresará en la sombra y sacará las castañas del fuego.

La sonrisa crece. No debe preocuparse, el tiempo se convertirá en su aliado. Aprieta el brazo alrededor de Stella. *Liouba! Liouba!* Querría lanzar un grito de alegría. Se aguanta, aprieta los labios. Habrá que cambiar el plafón, esa luz pálida es lúgubre. Le da bajón.

\*

La señora Filières parece creer que su hora de gloria ha llegado. Tiene una sola idea en la cabeza: la inauguración del colegio Ray-Valenti. Le ha encantado el artículo aparecido en el periódico. Está radiante en la entrada del centro y da las gracias a cada padre que la felicita.

Delante de la verja del colegio, Tom espera a Dakota mientras hace como que no la espera. Abre y cierra la mochila, discute con Noa, que quiere cambiarle un par de zapatillas por tres ejercicios de mates, pero no aparta la vista de la esquina de la calle por la que ella está a punto de aparecer.

«¿Cómo se habrá vestido hoy? ¿Llevará el pelo recogido? ¿Tendrá la boca feliz que sonrío o la de la vieja que mendiga? ¿Voy hacia ella y me hago el indiferente? ¿Y si pasa de mí, en plan “tris, tras, te ignoro totalmente”?»

Adam Vaillant, el tonto de la clase, le grita:

—¡Eh, Valenti! ¡Vas a tener tu propio colegio, qué guay!

Adam es un gordito que lleva unas gafas de lentes gruesas. Su padre es panadero. Reparte chuches a todos los compañeros de su hijo. Haribo Oasis, Love Pink, Twizzlers, Ice Breakers y Big Baby Pop pasan de mano en mano, y Adam tiene un montón de amigos.

Tom no responde.

Tom no se mueve.

Tom no respira.

Dakota acaba de aparecer por la esquina de la calle.

Se baja de una gran berlina con los cristales tintados. Un Audi. Vestida de negro, con la falda que revolotea, el cuello alto, el pelo largo que cuelga, los ojos negros, la boca roja brillante... Lleva su misterio.

El corazón de Tom se acelera. Intenta atrapar la mirada de Dakota. No sabe cómo comportarse. Debe de parecer tonto con esa maldita cazadora. Nada llamativa para los dos duros que ha costado. Dakota vuelve al coche. Una ventanilla se abre. Un hombre de pelo blanco asoma la cabeza. Corbata negra, camisa blanca. Gafas de sol, pelo espeso muy corto, muy blanco. Boca ancha. Nariz larga. Dakota le arregla el nudo de la corbata y lo abraza; el hombre imita un beso, ella le suelta algunas palabras felices, él sonríe y deja a la vista una fila de dientes blancos. «¡Oh, parece que son falsos!», advierte Tom, decepcionado.

Dakota ama a su padre. Le gustaría poder quedarse en el coche, acompañarlo todo el día. A veces lo hacían en Nueva York. Recién llegados, cuando ella estaba asustada por la ciudad, los rascacielos, las sirenas de las ambulancias, las trepidaciones del metro bajo el asfalto, los agujeros en la calzada en los que se torcía el tobillo... Siempre el mismo, el derecho. Su padre suspiraba, enfadado. Entonces ella preguntaba para hacerse la valiente: «¿Por qué el tobillo derecho, papá? ¿Significará algo?». Él la llevaba a todas partes. La presentaba: «Es mi hija, asistirá a la reunión». Y no daba más explicaciones. Ella se sentaba en una silla un poco apartada, con las manos sobre las rodillas, con el cárdigan azul y el cuello blanco, y los escuchaba hablar. Era el hombre más guapo, el más inteligente, el más brillante del universo. Ella tenía el insigne honor de ser su hija. Y, mientras formaba ese pensamiento, un sentimiento de temor vino a mezclarse con el amor que experimentaba por él. ¿Y si no estaba a la altura? ¿Y si él se daba cuenta y decidía cambiarla por otra? «Dadme otra, ya he examinado a fondo a esta, me aburre.» Aguijoneada por este miedo secreto, siempre alerta, su amor se redoblaba. Lo habría dado todo por que él volviera la cabeza en aquel momento, posara sus ojos sobre ella y dijera ante todos los trajes grises: «*It's okay, baby! I love you!*». Pero nunca se volvía. Cuando buscaba una idea, se levantaba y hacía el gesto de golpear una pelota de golf. Balanceaba el brazo, rotación a la derecha, rotación a la izquierda, enviaba la pelota al *green* y volvía a sentarse. Era genial, mucho. Los señores trajeados de gris mordisqueaban sus bolis mientras esperaban a que tomara una decisión. Dakota intentaba atrapar fragmentos de

frases para soltarlos enseguida en la conversación: *capital markets, central bank, deferred interests, floating rate loans...* No tenía más deseo que agradecerle. Él la miraba con ternura, es verdad, complacido, a veces, pero lo que ella deseaba más que nada era que la mirase como a una colega. Tenía que convertirse en alguien excepcional. Tenía que hacer que se olvidara de aquella mano de pinza de cangrejo. ¡No, no, su padre no se avergonzaba! No era de esa clase de hombre. Pero le hubiera gustado que su hija fuera perfecta. A veces sus ojos iban a parar al pañuelo y ella adivinaba la rabia bajo su sonrisa. Eso es lo que ella quería cambiar.

Lo conseguiría. No sabía cómo, pero lo conseguiría. «Antes que concentrarme en ese detalle, será mejor que piense en otra cosa. Lo que tengo en la cabeza, por ejemplo. Lo que me permite no parecerme a nadie.

»¿Quién puede decir “Soy perfecto, voy por la senda de la excelencia”? Nadie.

»Olvidará la pinza de cangrejo.»

Acaricia suavemente la mejilla de su padre y murmura: «*See you tonight, dulce daddy, I love you*».

Él no responde, deja que se dibuje una sonrisa tan cariñosa que ella cierra los ojos para que se le quede grabada. Luego se rehace, le pone la mano en el hombro y le promete:

—No te preocupes, *daddy*, ¡puedes confiar en mí!

Sigue sonriendo. Divertido. Indulgente.

Dakota se da la vuelta, despechada.

Tom la sigue entre la multitud de alumnos que se abalanzan hacia la entrada. Da-ko-ta. Da-ko-ta. Bailas en mí, te bamboleas, giras, voy a cerrar los ojos y vas a besarme, Da-ko-ta, Da-ko-ta, tu lengüecita puntiaguda me golpea en los dientes, en el paladar, va a profundizar, más, iremos donde quieras, Dakota.

—¡Eh! ¡Valenti! ¡Eres importante! ¡Sales en el periódico! Mi padre ha visto tu nombre —grita Kamil a la vez que lame un Jawbreaker.

—¡No es seguro que sea verdad! —responde Tom, molesto, rechazando al intruso con el dorso de la mano.

Dakota ha desaparecido, ya no la ve.

—¡Te digo que sale en el periódico!

—¡Va, lárgate! ¡No me marees, déjame en paz!

«Estoy soñando con el próximo beso, me pregunto a qué se parecerá mi felicidad hoy. Si va a ser tan grande como ayer.»

—¡Valenti sale en el periódico! ¡Valenti sale en el periódico! Y también el colegio...

Dakota va hacia él, con el brazo en el pañuelo de los patos verdes y las hierbas exageradas y azules. Tom oye al agua chapotear, a los patos graznar, a las hierbas estremecerse al viento. Esta chica es un cine.

Ella lo ve, sonrío. Hace bailar la falda negra alrededor de sus caderas. Su cabello revolotea, su cazadora cruje con el viento. Dakota llena el aire. Tom retrocede para dejarla pasar.

En la camiseta negra pone en letras plateadas *Today is the Day*. ¡Madre mía! ¿Qué es lo que prepara ahora? Abre los ojos, no quiere perderse ni un segundo de Da-ko-ta. Es una hermosa mañana, los árboles rojos y amarillos de la plaza del colegio forman un seto que anima el cielo, la felicidad brilla por todas partes. Pronto lo tocará, sentirá su aliento, su suave piel.

Está delante de él.

Se para y clava los ojos en los suyos.

—Me alegra verte, Tom.

Este no habla, respira. Una nubecilla se le escapa de la boca. Le gustaría que la nube no se evaporara. Que se convirtiera en su nube. Que más tarde hablaran de ella mientras entrelazan sus dedos.

—Si quieres, puedes venirte luego a almorzar a casa. Estoy sola y...

—Es que... mi madre viene a buscarme para... Pero no es importante, lo entenderá, es maja.

—Estaré encantada.

Se sacude sus largos cabellos, se deslizan por el río de su pañuelo, sirven de plumas a los patos, se estremecen como los juncos acariciados por el viento... y ella sonrío, como una princesa muy graciosa que convida a su mesa a un mendigo.

*Today is the day, today is the day.* Va a besarme, va a besarme.

Permanecen cara a cara, el aire, que se vuelve más blanco, los recubre de una capa de nácar. Ella, radiante y tranquila. Él, tembloroso y medio asfixiado. Ha olvidado cómo se respira. El timbre del colegio resuena. Hay que entrar. No consigue dar un paso. ¿Dónde se sentará en clase? ¿Le habrán asignado un

sitio?

Si al menos ella pudiera...

—¡Eh, Valenti! ¿Has leído el periódico? ¡La hostia, Valenti! ¿Así que esta es tu piba, Dakota? ¡No nos habías dicho nada!

Y se largan muriéndose de la risa.

El que ha vuelto a la carga es Kamil, que arrastra a los otros como una manada de cebras mal rayadas.

Tom se encoge de hombros. *Today is the day, today is the day!* Me ha invitado a almorzar. Su mirada vuelve a ahogarse en los ojos líquidos de Dakota.

Sus ojos están cerrados con doble vuelta. Dos puertas grises erizadas de puntas y rejas. Dos pliegues de amargura le palpitan alrededor de la boca, parece que va a escupir su veneno.

—¿Valenti? ¿Te llamas Valenti?

—Bueno..., sí.

—¿Valenti como Ray Valenti?

—Sí

—Que es...

—Mi abuelo.

Ella levanta la mano derecha, estira el brazo, apunta una pipa imaginaria sobre él, cierra el ojo izquierdo, apunta entre los dos ojos e imita el ruido de las balas, pam, pam.

Pam, pam, te mato.

Pam, pam, ya no te hablo.

Pam, pam, estás muerto.

—Olvídame.

—Dakota...

—Olvídame.

—¿Qué te he hecho?

Ha soltado un demonio en ella. Hace que le arda la boca, las pupilas. Le tuerce el gesto, grita su odio, pero también su dolor. Tiene lágrimas en los ojos y le tiemblan todos los miembros del cuerpo.

Da la vuelta, balancea la faldita negra, balancea la mochila, balancea su largo cabello y se aleja sin mirar atrás.

El timbre del colegio suena y vuelve a sonar. El señor Gelser lo llama: «¡Eh, Valenti! ¡Tienes que entrar! ¡Vá, venga, muévete! Con los brazos a lo largo del cuerpo, Tom ya no oye, ya no respira, tiene los ojos quemados con vitriolo, roza al señor Gelser, que grita: «¡Tu mochila, Valenti! ¡Tu mochila!». Y Tom: «¿Es porque me llamo Valenti, es por eso?»».

\*

La sala de espera del notario, decorada con plantas verdes e iluminada por una hilera de focos en el techo, está pintada de beis, con cortinas marrones en la única ventana. Léonie tiembla en la silla: «¿Por qué crees que quiere vernos el señor Béraud?». Stella escucha la música ambiental que difunden unos altavoces disimulados detrás de las plantas verdes.

—Siempre ponen palmeras y heveas en las salas de espera —señala.

El notario abre la puerta del despacho, golpea la esfera de su reloj y atraviesa la sala de espera a paso de carga haciéndoles una señal para que lo sigan.

—¡Buenos días! Las había convocado en mi despacho para ponerlas al corriente, pero ya no tenemos tiempo. El cerrajero nos espera. Ya se lo explicaré en el coche.

Léonie y Stella lo siguen, sorprendidas. Stella vuelve la cabeza hacia la hevea. La tierra de la maceta está seca y cuarteada.

El notario las obliga a pasar delante de él. Saca las llaves de la oficina de su bolso de mano, una bolsa escocesa con una cremallera amarilla, y cierra la puerta con doble vuelta.

Stella sigue con la mirada el movimiento del notario, que sujeta el bolso bajo el brazo. «No me gustan los hombres con bolso y no me gusta este notario. Tampoco me gusta su nombre, señor Béraud. Parece una enfermedad venérea.»

Léonie se lleva la mano a la cara y se frota el ojo con un dedo. Se ha vestido de negro. «No vale la pena que vayamos de viudas desoladas», ha gruñido

Stella. «Aun así —ha protestado Léonie—, ¿qué pensaría ese hombre? No hace ni tres meses que murió Ray.»

Se dirigen a la carrera hacia un gran Citroën negro cuyos parachoques y carenado están cubiertos de barro. El notario le abre la puerta delantera a Léonie. Stella sube por la de atrás.

—Tenemos cita en el banco —suelta mientras se abrocha el cinturón.

—¿Qué banco? —pregunta Stella, que ha decidido no hacer esfuerzos, ya que él no hace ninguno.

—Uno de los bancos de su padre...

—¿Es que Ray Valenti tenía varios bancos?

El notario lanza un suspiro, como si ya estuviera cansado de dar explicaciones.

—Es lo habitual, cuando alguien muere, que el notario se ponga en contacto con las entidades bancarias en las que el difunto poseía cuentas. Al cabo de cierto tiempo, alrededor de tres o cuatro meses, cuando todo va bien, estas entidades responden indicando lo que hay en la cuenta del difunto...

—¡Pero eso lo hemos sabido muy pronto!

—Sí. Para las cuentas del señor Valenti fue fácil. Pero quedaba la cuestión de la caja fuerte.

—Él no tenía caja de seguridad —afirma Stella.

—Se equivoca. Su madre, la señora Fernande Valenti, ha sido la que nos ha puesto sobre la pista. Habló de lingotes de oro. Quería recuperarlos. Se negaba a que cayeran en sus manos. Ahora bien, eso es contrario a la ley.

—¿Por eso quería vernos?

—Sí. Vamos al banco a abrir la caja...

Con la mejilla contra el cristal, Stella distingue la fachada de la tienda de bicicletas donde compró la de Tom. ¡Ya hace año y medio! Tom la había visto. Una todoterreno amarilla con el sillín muy alto, provista de ruedas anchas con tacos y un cuadro robusto. Dieciocho velocidades. Tom hizo un dibujo y lo contemplaba por la noche mientras se dormía. Y luego, una noche de Navidad, al pie del abeto...

¿Por qué no estaba Tom en el desayuno aquella mañana? Se han marchado de

casa hacia las once. Es sábado. No tiene explicación.

—¿Has visto a Tom esta mañana? —pregunta a su madre.

—No. Debía de estar durmiendo.

—El banco me escribió hace unos diez días para avisarme de que el señor Valenti tenía una caja fuerte en su entidad y que había que proceder a su apertura. Es necesaria su presencia, así como la mía y la de un tasador judicial.

—¿Un tasador? —se extraña Stella.

—Sí. Por si hubiera bienes que peritar. Por otro lado, he supuesto que no tendrían la llave de la caja...

—No —dice Stella—, puesto que desconocíamos su existencia.

—He llamado a un cerrajero. Va a forzar la caja delante del responsable del banco, del tasador y de nosotros.

—¿Estamos obligadas a asistir? —tiembla Léonie.

—Es la ley, señora. Deben estar presentes y nosotros debemos ser testigos. A propósito, debo indicarles que la factura del cerrajero ascenderá a novecientos veinte euros.

—¡Novecientos veinte euros! Desde luego no se aburre —resopla Stella.

—Es el precio, señora Valenti.

—¡Dios mío! —gime Léonie a la vez que hace chascar las mandíbulas.

—Para, mamá..., ¡para!

«Para ese ruido, que me recuerda al hospital, a los pasillos blancos, a las bofetadas de Ray Valenti, a los gritos...» Traga saliva y dice, como para convencerse a sí misma:

—Está muerto, mamá, está muerto. Se acabó.

¿Qué dijo Tom la otra noche?

«¿Por qué siempre tienen que pasar cosas tristes y no felices?»

Y, por segunda vez, se dice que no ha visto a Tom esta mañana.

Y esta vez, piensa que no es normal.

Cuando te enteras de algo que te conmociona, tienes dos maneras de comportarte: o bien lo comprendes enseguida y reaccionas, o bien no comprendes nada y te quedas inerte. Esperas a que la información suba al

cerebro, que tu cerebro la descifre y dé a tu cuerpo la orden de llorar, de reír, de gritar o de atacar.

Nadie reacciona de la misma manera, y aquel que tiene los ojos secos quizá tiene más pena o alegría que el que derrama cálidas lágrimas.

Esta mañana, ante la caja fuerte de Ray Valenti, Léonie y Stella se han quedado estupefactas al descubrir cinco lingotes de oro envueltos en papel de periódico, puestos sobre fieltro verde. Permanecen mudas. Se interrogan con la mirada, contemplan los lingotes, perfectamente alineados. Se miran de nuevo, buscando en los ojos de la otra una respuesta. Ante los semblantes serios del banquero, del notario y del tasador, comprenden que es importante, pero no saben qué pensar.

El notario alarga la mano para verificar que no hay nada más. «A veces — explica el tasador a Stella— hay joyas, miniaturas de marfil, obras maestras enrolladas en un tubo. En esos casos hay que peritar los objetos y declararlos en la herencia.»

El notario pasa la mano, busca y rebusca. La mueca de su cara dice que no, que no hay nada más, pero entonces levanta una ceja y murmura: «Creo que...».

Su mano ha tropezado con un sobre que tiende a Léonie. Léonie se lo pasa a Stella, ya no quiere tener nada que ver con Ray Valenti.

En el sobre está escrito *Zorra*. Del puño y letra de Ray.

Stella saca tres fotos de una niña. Fotos amarillentas, recortes de periódicos y de una revista. ¿Qué edad puede tener? ¿Siete, ocho años? ¿Cuándo fueron tomadas? No hay fechas.

Una niña feliz, que hace la rueda, tiende los brazos, juega a las marionetas, ríe a carcajadas. Come algodón de azúcar, abraza a un enorme panda de peluche azul.

Hay algo más en las fotos. Algo siniestro e intrigante en el modo en que las han recortado. Tijeretazos violentos cuyos cortes parecían querer destrozarlas. No es el trabajo enternecido de un padre que recorta prestando atención a los rasgos, a las actitudes y a las payasadas de su hija. No es tampoco la obra de un hombre al que vuelven minucioso y atento las curvas de una nínfula en

calcetines cortos. Son los tijeretazos de un loco para el que esta niña es un objetivo al que persigue.

Stella adivina la cólera y la rabia en las muescas hechas en las fotos. Cuando acaricia con el dedo los bordes rasgados, oye una voz gruñir: «Te voy a matar, te voy a encontrar, te crees en un lugar seguro, pero te equivocas».

¿Oye o cree oír?

Cada vez que ve en una foto o en la calle a una niña que sonríe, confiada, a un adulto, las lágrimas acuden, le pican los ojos, tiene ganas de gritar: «¡No le hagas daño, por favor!».

¿Quién ha puesto las fotos en la caja?

¿Ray Valenti o Fernande?

¿O los dos?

¿Está Fernande al corriente de la existencia de esta niña? ¿Sabe qué le ha pasado? ¿Lo que era para Ray?

La mirada de Stella vuelve a posarse en las fotos. La niña hace cabriolas, come algodón de azúcar rosa, abraza a su panda azul. Tiene un remolino de pelo en la frente que hace que su flequillo negro y tieso revolotee. Altera el buen orden del pelo liso. «También yo tenía ese remolino en la frente, y lo detestaba. Le ponía agua oxigenada para que se volviera blanco, se confundiera con el pelo y no se viera más. A la niña parece que le da igual.

»Se ofrece ingenua y dulce.»

¿Siempre se ofrecen así las niñas o lo hacen más tarde, cuando se convierten en mujeres y les ha caído encima la maldición de las mujeres? Porque una mujer acaba por estar siempre maldita. Una se acostumbra, eso es todo. A la brutalidad del hombre, a la brutalidad del mundo, a la brutalidad del mundo de los hombres. Toma la brutalidad para sí, la amansa y le dice: «Chsss, deja de hacerme daño, o hazlo suavemente, sin hacer ruido. Que no sufra demasiado, que no me aturda».

Es lo que ella había hecho con Ray Valenti.

Stella se inclina sobre la última foto, en la que la niña muestra su cara embadurnada de algodón de azúcar. Atraen su atención unos agujeros hechos por encima del ojo derecho. Unos pequeños cortes muy limpios operados con la punta de un cúter. Gira la foto. En el dorso del papel de periódico, con rotulador negro, se ha dibujado una diana y, en el centro, una calavera.

---

1 El lector encontrará una relación de todos los personajes al final del libro (*N. de la A.*).

2 Filières, es decir, ‘trámites, papeleos’ (*N. de la T.*).

3 En Francia se ha creado durante estos últimos años el itinerario de ciudadanía. Abarca desde la escuela elemental hasta el liceo (equivalente a nuestro bachillerato). Se trata de educar en los valores democráticos a los ciudadanos del futuro (*N. de la T.*).

4 Primer verso de *La Marsellesa*, el himno nacional francés (*N. de la T.*).

5 Equivalente ruso de «querida» (*N. de la A.*).

6 Jean de La Fontaine, *El lobo y el cordero* (*N. de la T.*).

7 «No lo sabíamos. ¡Lo siento mucho!» (*N. de la A.*)

8 «La vida es una broma» (*N. de la A.*).

9 «¡Oh! ¡Es genial! Tenemos que vernos. Tenemos que quedar para un café, ¿te parece? ¿Cuándo quieres que nos veamos?» (*N. de la A.*).

10 «¿Qué has dicho?» (*N. de la A.*).

11 «Estos franceses... ¡Qué maleducados!» (*N. de la A.*).

12 Equivalentes, respectivamente, a 5.º y 6.º de primaria (*N. de la T.*).

13 Corresponde al cuarto año de la enseñanza secundaria obligatoria. En Francia, los cursos reciben una numeración decreciente, de manera que el último curso del primer ciclo de secundaria es 3.º, y el primero, 6.º (*N. de la T.*).

14 CAP: certificado de aptitud profesional. Se trata de un título profesional que se puede obtener en el sistema educativo francés tras dos años de estudios en un liceo profesional. Se cursa después del primer ciclo de secundaria (*N. de la T.*).

15 Referencia a un juego infantil en el que dos niños se cogen mutuamente de la barbilla. El

primero que se ríe se lleva un bofetón (*N. de la T.*).

## Segunda parte

—¿Cómo ha ido tu almuerzo con el señor Carter, querida? —pregunta Joséphine a la par que se quita las gafas y se frota los lados de la nariz.

En la cocina, un pastel de cerezas burbujea y expande un olor a frutos rojos y a azúcar caliente. Hay un bote de mermelada de grosellas abierto al lado de un paquete de galletas de sésamo.

Joséphine y Zoé, sentadas a la mesa de madera comprada en el rastro de Vanves un domingo, examinan con lupa cualquier cosa que Hortense no pueda ver.

Y mucho mejor así.

Su madre y su hermana a veces se interesan por cosas que, en el mejor de los casos, la hacen bostezar y, en el peor, horrorizarse. Desde su ruptura con Gaétan, Zoé ha adoptado unos aires de carmelita que levita y Joséphine lleva en la cara una permanente sonrisa tan dulce que Hortense tiene ganas de embadurnarla de abrillantador. Si entonaran el *Noche de paz, noche de amor* con una corona de lirios en la cabeza, no le sorprendería. «Y, aunque las quiero, mucho, ¿qué ocurre para que en este preciso momento las deteste?»

Abre el grifo y llena un vaso de agua.

—¿Te pasa algo? —dice Joséphine.

—No, ¿por qué?

—Pareces perpleja...

Perpleja y contrariada. Joséphine se traga la segunda palabra. Ha aprendido que no hay que acercarse demasiado a su hija, si no, se queja por la agresión. El lunes pasado tuvo la imprudencia de preguntarle por Gary; Hortense gritó que no soportaba que se violara su intimidad, que esas intrusiones eran intolerables, que había que respetarla. Dio un portazo y estuvo refunfuñando durante tres días. Joséphine no se atrevía ni a hojear un libro o aclarar una taza de café por miedo a irritarla y arriesgarse a la pena capital. Todavía menos a preguntar en voz baja: «¿Qué es lo que va mal, cariño?».

Hacen falta dos para hablar. Dos y tranquilos.

—¿No te gustó el Fouquet's? —dice Zoé levantando la cabeza.

—Sí.

—Creo que me voy a apuntar a clases de cocina y hacerme chef. Montaré restaurantes solidarios de tres estrellas<sup>1</sup>. No hay ninguna razón para que la buena comida solo esté reservada para gordos ricachones. ¿Me sentaría bien el gorro de cocinero? ¿Qué comiste?

—Ya no me acuerdo.

—¡Cómo! ¡Vas a un tres estrellas y te olvidas de los platos!

—A lo mejor no tiene ganas de hablar de ello con nosotras —dice Joséphine, intrigada por la conducta de su hija mayor, que sostiene el vaso de agua como si fuera un lápiz de labios y que lo pasa y repasa por los suyos, con la mirada en el vacío.

—No te pregunto si has conocido al hombre de tu vida —continúa Zoé—, ¡solo quiero saber si has tomado langostinos a la plancha o puré de jamón! ¡Eso no es ninguna indiscreción!

—Pues sí, justamente. Es muy indiscreto.

Joséphine hace un gesto a Zoé para que no insista. Zoé vuelve a su lupa:

—Pero qué bonita es esta flor, mamá. ¿Ese centro como un sol rodeado de espinas negras sobre terciopelo blanco orlado de muaré violeta es un pensamiento?

Solo puede ser obra de Dios.

¿Por qué buscamos pruebas de Su existencia cuando basta con coger una flor para tener la prueba inefable? Existe, arde en mí, me conmociono, tranquila, feliz, ay, sí, muy feliz... Y luego... desaparece.

Y Lo busco de nuevo.

Lo espero, Lo aguardo, me asomo a la ventana. Vuelve, me hace una señal, se me llena el corazón de alegría.

Él está allí.

¿La prueba? Hablo en salmos.

¿Tranquilizaría esta flor a Hortense?

Hortense no oye, Hortense no dice ni una palabra, Hortense hace rodar el vaso

en su boca mientras mira con fijeza la cortina blanca de la ventana de la cocina, donde navegan unos barquitos rojos bordados en punto de cruz.

Hortense busca una respuesta que no encuentra.

«¿Por qué me he vuelto tan blanda?

»Sin ruido ni dirección.»

Entró en el Fouquet's subida a un carro de guerra; salió a pie y sin espada. Con los nervios destrozados. Subió los Campos Elíseos, bajó la avenida de Víctor Hugo hasta el Trocadero, giró a la derecha en la avenida Paul-Doumer, tomó el callejón de Buffon y caminó hasta la avenida Raphaël, donde se encuentra el apartamento familiar.

Caminó sin advertir ni un solo detalle que hubiera podido darle la idea de un pliegue en el talle, de un cuello sastre o de un bolsillo en ángulo. Sin atrapar la silueta de una chica vestida con mal gusto que debería haber fotografiado y corregido en su blog. «Antes», «después». Es su marca de fábrica, el «zarpazo» de Hortense Cortès que convierte a una don nadie en Cara Delevigne. Las chicas se pelean por que las vista, las peine o las maquille Hortense Cortès. Por los trucos, los consejos y las recomendaciones que postea. Lo sabe todo sobre la moda y las mil y una maneras de ser parisiense. Rechaza la publicidad para poder denunciar y burlarse. Encuentra todos los detalles cuando camina por la calle.

Al salir del almuerzo no ha visto nada, no ha oído nada, no ha olido nada, solo un perro que la seguía y que ha apartado de un puntapié.

¿Por qué?

Frunce el ceño, muerde el borde del vaso. Frota los dientes contra la pulida curvatura, la hace rechinar, la roe.

«Esto es lo que ha pasado, creo yo, ¡sí, eso es! En los peldaños de la escalera del Fouquet's. Hablaba por teléfono. Le he dado con el bolso a un hombre. He tropezado. Él me ha agarrado. Me ha cogido con las dos manos para volver a ponerme derecha. Unos segundos. Apenas unos segundos...

»Veo su mano abierta en mi cintura, su vientre contra el mío, quiero

lanzarme a su boca, besarlo, sin parar...»

Los barquitos rojos están navegando, despreocupados, por las grandes cortinas blancas cuando un viento furioso los precipita hacia un abismo gigante. Una masa sombría irrumpo en la cocina. Du Guesclin<sup>2</sup> se lanza contra las piernas de Hortense, se levanta sobre sus patas traseras, se frota contra su cadera. Ella se inclina, le tira de la oreja y le sopla en el hocico; él gime de placer y estornuda.

Aquel hombre en el Fouquet's...

«Me ha agarrado con las manos. Muy fuerte, para sostenerme. Frío, duro, una armadura que sonríe pero no calienta. Unos ojos grises que cortan el metal. Es cosa tuya ponerte bajo la cuchilla del cadalso sin pestañear.

»Me he caído, habría querido volver a caerme.»

—Creo que voy a ir a ver a Henriette —anuncia Zoé—. Hortense, ¿vienes conmigo, cariño?

Hortense contempla a su hermana como si acabara de pedirle que le prestara su támpax.

—¿Estás mal de la cabeza?

Levanta la mirada al cielo.

—¡Y por qué no tejer rodilleras para los amputados del valle de la Muerte!

—Es nuestra abuela... Vive sola, sin recursos, trabaja como conserje para ganarse la vida, me parece que...

—¿Henriette? ¿Sin recursos?

—Saca los cubos de basura a las seis de la mañana, limpia, distribuye el correo, pasa el aspirador, encera las...

—¡Tonterías! Marcel la mantiene. Y generosamente. Duerme sobre un colchón relleno de oro. Tintinea cuando se da la vuelta.

—Ya no tiene marido ni hijas, solo nos tiene a nosotras, quiero decir, a ti y a mí, porque para ella mamá no cuenta. Mamá, ¿te hiere que diga eso?

Joséphine sonrío al escuchar a Zoé hablar de Henriette, su madre. «Es como si me hablara de una señora mayor que me cruzara en la calle.»

—Alexandre podría ir a verla —protesta Hortense—. Es su nieto.

—Vive en Londres, ¡ya lo sabes! ¡No va a coger el Eurostar! Deberías

venir, harías una buena acción.

—Las buenas acciones son lo peor.

—Dices eso, pero es para ocultar que tienes corazón.

—Falso. No quiero a nadie. Detesto el amor, no sirve para nada más que para perder tiempo, energía, fuerzas...

«El amor es un gas que asfixia.

»El amor es una enfermedad.

»El amor no vale un pimiento.

»Salvo el que siento por Gary.

»¡Ay, Gary! Podría llevarte ante la justicia por maltrato.»

—¡Mentirosa! Quieres a mamá, a mí, a Du Guesclin...

Zoé cuenta con los dedos.

—Quieres a Gary...

—Eso no tiene que ver contigo...

—A Junior...

—No es tu problema.

Zoé sonríe y se retuerce un mechón de pelo castaño entre los dedos.

—Ayer pasé por su casa. Sigue diciendo que vais a casaros. Es un hombre serio, ya sabes... ¿Hace mucho que no lo ves?

—Hablamos por la noche en Facetime cuando diseño... No duerme mucho. Por cierto, ¿ha llegado la tela italiana?

—No lo ves de verdad.

—No tengo tiempo. Trabajo. Mamá..., ¿ha llegado o no? Si no, voy a tener que llamar a la empresa... ¡No soy yo quien tiene que hacerlo, es cosa de Sisteron! ¡Es que no hace nada, ese tío!

—Junior ha cambiado. Es raro. Roza lo extraño.

—No, tu tela no ha llegado, y tú, Zoé, no hables así de Junior, no es nada amable —protesta Joséphine a la vez que se conmina a no tocar la galleta que tiene delante y a no abalanzarse sobre ella.

—Pero, mamá, no digo nada malo. Tú misma...

—¿Qué le pasa? —pregunta Hortense, intrigada.

—Le pasa que sus orejas cada vez son más largas y puntiagudas, que su cráneo se deforma. Pierde pelo y ha crecido doce centímetros en un año. ¡Se le echarían quince años y tiene siete!

—Ha crecido, eso es todo —dice Hortense.

—Bueno, pues yo creo que es otra cosa.

—¿Qué?

—No lo sé, precisamente. Puede que sean las hormonas. O un tercer sexo que crece...

—¡Zoé! —se subleva Joséphine—. No está bien...

Se atraganta y escupe la galleta. Hortense hace una mueca. Zoé golpea en la espalda de su madre mientras le habla:

—Es raro, te lo juro. Con esas grandes orejas y ese cráneo, que huye hacia atrás como llevado por el viento..., parece una duna de las playas del norte salpicada de hierbas por aquí y por allá.

—Nunca se ha parecido a los otros niños. —Joséphine se ahoga e intenta librarse del trozo de galleta atascado en la garganta.

—Ya no va nunca al colegio —continúa Zoé—. Sostiene que es una pérdida de tiempo, que con todos los concursos que gana no vale la pena.

—¿Ha vuelto a ganar otro?

—El premio Incubadora del concurso de Google. Recibió una beca de diez mil dólares. Trabaja en una aplicación que permitirá a los niños diferentes comunicarse con los demás. Y en otra a base de emisiones de sonidos que desarrollan la serotonina del cerebro y provocan buen humor. ¡Tiene un montón de ideas!

—¿Y un montón de dinero?

—El dinero le da igual, solo quiere que lo dejen en paz para que pueda trabajar. Es de locos, ¿no?

—Los más jóvenes son así hoy —dice Hortense—. Montan su empresa y les importan un bledo las leyes, los estudios, los no hagas esto o no hagas aquello. Eso me deprime, me siento vieja. No voy lo bastante rápido.

—¡Pero todavía es un niño! —exclama Zoé.

—El mundo cambia a toda velocidad. Junior siempre ha ido por delante.

—¿Hasta el punto de tener las orejas telescópicas? ¿Y plumón de anadón en la cabeza?

—Él ya ha entrado en otra dimensión. Todos vamos a transformarnos, no hay nada que hacer. ¿No ves como por todas partes hay agitación? ¿No sientes la violencia, el desarraigo, la pérdida de referencias? Pues bien, él lo ha entendido todo y lo ha digerido todo, ha pasado por el acelerador de partículas.

—¡Eso seguro! ¿Sabes qué ha hecho?

Zoé blande la lupa hacia su hermana en un gesto de abogado litigante y hace grandes aspavientos.

—Necesitaba que me explicara una cosa del nuevo teléfono. Fui a verlo. Tiene un despacho grande como la plaza de la Concordia, carpetas por todas partes, una secretaria...

—¡Una secretaria!

—¡No tenía más remedio! ¡Con todo lo que tiene en marcha! Recibe a científicos y dignatarios de todos los países. Ella es especial. Desaparece detrás de las carpetas. Solo se le ven los pies bajo la mesa, los tiene muy grandes..., y lleva unas medias grises muy gruesas con unas alpargatas naranjas, tanto en invierno como en verano. Se sabe las raíces cuadradas, los horarios de las mareas, las fechas de las cosechas y de los monzones, las capitales, los platos nacionales, los himnos, habla latín, griego, alemán, italiano por Dante, inglés para disfrutar mejor de Shakespeare y español porque está enamorada de don Quijote. Llama a su escúter Rocinante.

—¿Y cómo se llama?

—Popeline...

Hortense estalla en una carcajada.

—¡Es Mary Poppins!

—Junior la adora. Cuando comienza una frase, ella la acaba. Así que estaba en su casa, le di el teléfono y me dijo que por nada le diera mi nuevo número, que lo encontraría él solo. Le guiña un ojo a Popeline, babea un poco y se concentra. Yo me echo a reír, pero él, muy serio, pone la mano izquierda en mi teléfono, cierra los ojos y los cierra tan fuerte que le salen arrugas alrededor...

—¿Y? —pregunta Hortense.

—Con la mano derecha marca mi número en su móvil y... mi teléfono sonó. No era telepatía, yo no me sabía mi número nuevo. ¡Qué fuerte! ¿No? ¡Y espera, que no acaba ahí!

Zoé mira a su madre y a su hermana, sus bocas redondeadas, sus cejas arqueadas, pendientes de sus labios. Se fían, saben que van a recibir una información todavía más sorprendente. Zoé sonrío, feliz, la alegría se apodera de ella, se despliega, la cubre, hormiguea hasta en sus piernas, tiene ganas de cantar, de contar cosas, de aprender una palabra nueva, de ir a explorar el mundo. Es muy bueno tener la alegría dentro de uno mismo.

—Era la hora del almuerzo. Josiane nos preguntó si queríamos comer, había preparado un *hachis parmentier*. He dicho que sí, me moría de hambre y

cocina muy bien. Junior respondió que no valía la pena, que había leído la receta y estaba lleno. ¡Me ha contado que el puré estaba delicioso! Ha añadido que era de locos todo lo que se podía hacer con el cerebro humano. Solo se utiliza el diez por ciento y él aspira al cien por cien, ¡incluso más!

—Josiane no debe saber qué camino tomar —dice Joséphine.

—¡Ni que decir tiene que no es nada corriente! —exclama Hortense—. A menudo no entiendo nada de lo que dice.

—No todo es racional en este mundo —dice triunfante Zoé—. Junior es la prueba.

—Voy a ir a verlo —decide Hortense.

—Ve primero a casa de Henriette. Harás una buena acción.

—¡Para ya con tus buenas acciones! No busco ir al paraíso.

Desde la ruptura con Gaétan, y tras haber obtenido la máxima puntuación en el bachillerato, Zoé está consagrada a Dios. «Es mi divino Esposo —afirma con las mejillas enrojecidas por la confesión—. El hombre ha expulsado a Dios del mundo y yo lo he acogido en mi corazón. Sin Dios, el mundo es desolador. Necesito lo infinito, lo ideal, la armonía. Vivir vuelta a la luz y no con la nariz a ras de tierra husmeando la miseria sentimental, Tinder y demás. No quiero suspirar por el nuevo iPhone o por una web de citas, ni consumirme por una tableta o por una cantante en tanga; quiero algo grande, bello, fulminante.

»Erupciones de alegría, quiero ser un volcán.»

Era un día de primavera. Los árboles extendían sus brotes verdes y temblorosos; los pájaros cantaban mientras construían su nido; la luz del cielo subrayaba la belleza de París y sintió una inmensa necesidad de amar, de disolverse en el amor, de convertirse en otra con grandes brazos y un corazón siempre abierto. Buscaba en quién hacer recaer aquel impulso amoroso, ¿sería un hombre, una mujer o un caniche? Y se dijo que no, que serían todos los hombres, todas las mujeres y todos los caniches, y sintió una explosión de felicidad en el corazón, como si hubiera dado en el blanco y bajado la luna y varios céntimos.

—¿Habéis acabado los paquetes para mis pedidos de camisetas? —pregunta Hortense.

—Sí —dice Joséphine—, Iphigénie los llevará mañana a Correos.

—Van a hacer falta unas *Easily Bored* —apunta Zoé—. Salen a toda velocidad.

Hortense se para y relaja los dedos con que sujeta el vaso. Sus camisetas se venden por miles. Se prepara para entrar en el mercado chino. Ha encontrado un agente allí. Cada pieza le sale a un euro con sesenta y la revende por entre cincuenta y ochenta euros, según los modelos. Corte impecable, puro algodón, pura seda, con o sin estampado, de tirantes, escotada por detrás, larga, corta... Hortensecortes.com, 875886 abonados. El éxito es tan grande que cada día se pregunta cómo responder a la demanda.

—He puesto papel de seda —dice Zoé—, tu tarjeta y unos caramelos *made in France*, todo tal como lo quieres.

Hortense inventa las frases-eslogan que Iphigénie plastifica con la plancha caliente:

*Easily Bored*

*¡Ojo! Me aburro rápido*

*Risk Takers*

*Spinoza Was Right*

*Don't Boss Me*

*No cruzo por el paso de peatones*

*I Hate Rules*

*Deja de llorar, me aburres*

*Uno, dos, tres, dale caña*

*Rica, guapa y famosa: ¿dónde está el problema?*

*Today is the Day*

Su empresa se llama Hortense Cortès Herself. HCH. Con sede en Londres. Nicholas, su compañero de la época de Saint Martins, se ocupa de la administración y las finanzas. Y de la sección inglesa. Ha engordado, se ha vuelto calvo y eficaz. Ella lo necesita. «Te vigilo, no te conviene engañarme o te cortaré el cuello con un abrelatas.» Contrató a Zoé y a Iphigénie, les reparte un uno por ciento de las ganancias mundiales. «Meteos esto en la cabeza: nada de huelgas, nada de protestas, atención y trabajo impecable.» Iphigénie aceptó y Zoé también. Joséphine sonrió.

Hortense tiene madera de tirana.

Iphigénie trabaja cuando la portería está cerrada. Todos los días, entre la una y las cuatro, saca la tabla de planchar y pone a calentar la plancha. Está orgullosa por participar en esta aventura: «Un uno por ciento entre dos no es gran cosa, pero viene bien. Y luego que nunca se sabe, ¿a lo mejor así es como se hace una rica? ¿Qué decía la tía Amelia?: “Un grano no te hace granero, pero ayuda al compañero”».

Zoé dobla las camisetas según las precisas instrucciones de Hortense; escribe las direcciones en unas etiquetas muy bonitas diseñadas por Hortense, una Torre Eiffel azul, blanca y roja que levanta las piernas y baila canción.

Reparte sus beneficios entre las personas de la calle sentadas sobre cartones. Entre los viejecitos y las viejecitas. Para que la vida sea bella hace falta que rebose.

Todos los días envían un centenar de camisetas a todo el mundo. «Todo tiene que estar perfecto, me juego mi credibilidad —repite Hortense—. Cre-di-bi-li-dad. Estas cinco sílabas son la base de mi empresa.»

En el blog de Hortense Cortès no solo se venden camisetas. Pueden encontrarse jerséis, chaquetas, camisas y pantalones. Algunos modelos que lanza a modo de prueba. Elena Karkhova se ocupa de la fabricación. O más bien el enigmático Robert Sisteron. Encontró unos talleres en el barrio de Marais. Turcos y chinos que cortan un vestido o un abrigo con la misma habilidad que los grandes modistos.

Sisteron. Hortense no sabe qué pensar de él. Se observan, se miden, se evitan. Desde su primer encuentro, él ha sido hostil. Hortense desconfía, Elena sostiene que son imaginaciones suyas, porque Sisteron es su sirviente. «Paparruchas —replica Hortense—, un criado puede morder la mano que le da de comer. Parece experto, seguro, sólido, pero es... cómo diría... ¿opaco?, ¿transparente?, ¿o inflexible y feroz?»

No lo sabe.

—¡He encontrado un consejo de belleza para tu blog! —suelta Zoé.

Dos veces por semana, cuelga un corto donde da un consejo de maquillaje o de *relooking*. Joséphine tuerce el gesto al oír la palabra: «Vas a tener que acostumbrarte, mamá, pronto ya no se hablará francés». «¡Ay, no! —protesta Joséphine—, ¡eso sería muy triste!» La filmación corre a cargo de Octave, un becario de Hortense. Zoé pone los ojos, la boca y las pestañas.

—¿Tú, un consejo de maquillaje? —sonríe Hortense.

Zoé se estremece de emoción.

—He ido donde Carla, en la calle Passy, y le he preguntado cómo hacer para que el pintalabios no se quite en toda la tarde...

—¡Voy a denunciarte a las carmelitas!

Zoé suelta un resoplido que hace volar un mechón de pelo y le dibuja un hoyuelo en la mejilla izquierda.

—Primero se pone base de maquillaje en los labios, luego se empolva y se aplica el pintalabios con un pincel. Lo he probado y... ¡tachán! Funciona. Con este truco, ¿cuántos abonados más vas a conseguir?

«Me gustaría no necesitar a Elena. El dinero de Elena. Me gustaría ser libre.

»Elena me abre todas las puertas, del taller chino a la fábrica italiana, pero ¿por qué? A sus noventa y dos años debería pasar los días en la cama engullendo delicias turcas mientras lee novelas almibaradas. Soltar la lagrimita cuando abandonan a la heroína y sollozar cuando el amante vuelve en su blanco corcel. Esta generosidad para conmigo es sospechosa. Las hadas buenas no existen.

»El príncipe azul, tampoco.»

Y el hombre-armadura la acoge en sus brazos.

Le gustaría no moverse de allí.

«Voy a olvidarlo. El amor es un gas.»

Surge la idea de un eslogan para una camiseta.

*Love Is a Gaz. Blow It Away.*

—¡Se me ha ocurrido una frase para estampar! —grita Zoé—. *La belleza del amor: cuanto más se da, más se tiene.*

—No, demasiado largo. Ingenuo.  
—*Amor: más se da, más se tiene.*  
—Flojo. Empalagoso.  
—*Amad y seréis ricos.*  
—Vaya tufo monjil.  
—*Mi hermana me cansa.*  
—¡Ese me vale!

«Zoé se defiende mejor que yo, manda a paseo a su hermana —piensa Joséphine mientras calcula la cantidad de galletas de sésamo que ha engullido—. A los cincuenta años cada galleta pesa un kilo. A los cincuenta hay que pasar hambre. Según Hortense. No sonreír para no hacer más profundas las arrugas. No llorar para evitar las bolsas en los ojos. Caminar, correr y dormir. A los cincuenta se vuelve a la infancia, se reciben órdenes: “Ponte derecha, no comas azúcar, no hagas esto, no hagas aquello”.»

Acaba de cumplir cincuenta años. Sus emociones son como una montaña rusa. Un día luce el sol; al otro, fracaso total. Lloro ante una paloma aplastada, luego salta y se compra una minifalda.

Que luego no se atreve a ponerse.

Ríe, llora, lo ve todo negro; luego todo es rosa. Se deja caer en un banco público, se mira los pies, se dice que su vida está acabada.

Tiene antojos de galletas. Duda entre un tratamiento de hormonas, omega 3 o jalea real en cápsulas. Su ginecólogo le aconseja que los alterne. La exhorta: «Vamos, señora Cortès, hay que luchar». Tiende la tarjeta del seguro médico y esconde los pies bajo la silla. Ha guardado las zapatillas, ha dejado de correr. Du Guesclin tiene reuma, ya no deja el cojín. Y además... correr ya no le divierte. Ni saltar en los charcos. Ni apoyarse en los árboles con una punzada en el costado mientras mira a los patos darse el pico y a los labradores saltar en el agua helada.

Philippe no la llamó ayer.

Ni anteayer.

Ella le dejó tres mensajes.

A veces, por la noche, cuando se duerme, se dice que ya no volverá a despertarse.

Que le pasará «algo» durante la noche.

Y que se habrá acabado.  
No sabe qué.

La semana pasada, era tarde, volvía de una conferencia en la universidad, «Cómo se vestía a los niños en la Edad Media», cuando empujó la puerta de la habitación de su hija. Hortense trabajaba. «Buenas noches, cariño; apaga, ya trabajarás mañana», le deseó. No sabía por qué decía aquellas palabras. Quizá la costumbre. O los deseos de volver a ser, siquiera unos minutos, una mamá. El fin del mundo para su hija.

Hortense levantó la cabeza:

—Tienes mala cara, deberías ponerte antiojeras. Tengo uno muy bueno, si quieres...

—Estoy cansada. La velada ha sido muy larga...

—¡Cuidate! Vives tus últimos años buenos. Pronto estarás fuera de servicio.

Joséphine cerró la puerta mientras se mordía el labio.

Fuera de servicio.

A la única persona a la que parece temer Hortense es a esa condesa rusa que la alojaba en Nueva York...

Elena llamó a la puerta, una tarde, flanqueada por un hombre austero que llevaba un maletín y que se llamaba Robert. Se presentó: «Condesa Elena Karkhova, encantada de conocerla, señora Cortès». Le preguntó a Zoé si era posible hacerle un chocolate caliente con mucho chocolate y con leche de oveja; es muy húmedo el tiempo en París, cala en los huesos, eso le recordaba su infancia en Novgorod, cuando se refugiaba en las anfractuosidades de las murallas para protegerse del viento helado, del granizo que azotaba las cúpulas doradas. Hacía mucho tiempo...

Envuelta en su chal, enumeró todo lo bueno que pensaba de Hortense, su don para diseñar y cortar, su originalidad, su voluntad, su capacidad de trabajo, su audacia y, por fin, el descubrimiento de ese tejido increíble que devoraba la grasa y volvía a cualquier mujer deseable, como ella, por cierto..., aunque había pasado los cincuenta hacía mucho; ampliamente, la verdad, pero no diría más. «Una mujer bonita nunca reconoce su edad, ni el total de su fortuna ni cuántos han sido sus amantes, sobre todo cuando son más de mil, porque no es solo ese pretencioso de don Juan quien puede presumir

de... No, no, algunas mujeres son sibaritas, expertas..., ¿no es así, Robert? ¿Por qué enrojeces, querido? Pero me pierdo, mucho. ¿Dónde tengo la cabeza? Ah..., querida señora...»

—Llámeme Joséphine, por favor.

—Querida Joséphine, pues. He olvidado presentarles a Robert Sisteron, mi fiel secretario, mi sensato consejero, mi brazo derecho, mi mano derecha, mis ojos, mis oídos... Está completamente consagrado a mí. Conoce mis estados de ánimo, mis secretos, mis humores, ¿no es así, Robert?

Robert Sisteron saludó a Joséphine, con el busto inclinado y la cara seria. «Parece una botella, este hombre. No tiene hombros, ni cintura ni nalgas. Una culebra vestida —pensó Joséphine—. No me fiaría de él.»

La condesa ponía caras, caras de niña pequeña sorprendida, aturdida, perspicaz; caras enternedoras, y Joséphine contemplaba a esta viuda noble mientras intentaba seguir el hilo de una conversación rica y saltarina. Incluso confusa y embrollada. Novgorod, Moscú, San Petersburgo, el exilio, Courbevoie, el extrarradio, las chimeneas de las fábricas, el húmedo y oscuro cuchitril que le servía de alojamiento, los padres desarraigados y miserables; pero, en la balsa de la desesperación, ¿la miseria no explota a la miseria? Y, por fin, la entrada en escena del apuesto Jean-Claude Pingouin: «Sí, he dicho Pingouin; ese era su nombre. Le había comprado el título de conde Karkhov a un viejo ruso a punto de apretar el gatillo. Nadie lo supo. A veces en carroza y a veces en calabaza, así iba la vida, caviar o sopa aguada, con los bolsillos llenos de billetes o tirados en la calle, el conde y la condesa, bribón y bribona, bailes, fiestas, diamantes, su mano en mis nalgas, sus ojos de terciopelo oscuro, su cálida boca, sus besos abrían el suelo bajo mis pies, sus fugas me salpicaban de lodo, era un torbellino de portazos, de lágrimas, de gritos, de declaraciones de amor en la almohada, el vals de bofetadas y besos, pero vivíamos, ¡vivíamos! Hacíamos volar los sillones. Nos revolcábamos en las hojas. Malgastábamos el dinero. Algunos se indignaban y se tapaban la cara. A mí me daban lástima esos seres insípidos vencidos por el aburrimiento, por la virtud. Y luego, de repente..., ¡cataplum! La traición. Por una mosquita muerta, una modistilla cualquiera. Se abalanzó sobre mí y me robó a mi hombre. ¿Y por qué? Porque tenía veinte años menos que yo, el culo redondo y el pecho firme. Contra eso no se puede luchar. Entonces, con la cabeza bien alta, me fui. Nueva York, Nueva York, la huida, el desastre, el hornillo donde cocía la sopa, los cristales rotos, el cartón para parar el viento, la lluvia, Robert llamándome y dándome noticias de París; me mandaba un

poco de dinero para comprarme un vestido, un estofado de carne, y luego, un día al amanecer, la muerte de Pingouin. La verdad es que no iba sobrio, no circulaba lentamente, el coche se enrolló en un árbol, le dio un abrazo y un beso mortales. No había tenido tiempo de modificar su testamento. Los millones, los miles de millones, los Gauguin, los Zutrillo, los Renoir cayeron en mis bolsillos y la vida renació. Yves Saint Laurent, ¡ay, Yyyyves! Karl Lagerfeld, ¡ay, Kaaarlito! Anna Wintour, Cooco Chanel, la tela del corsé, Hortense, Gary, ¡aaay, Gary, qué ser tan exquisito! Y Élisabeth, mi amiga Élisabeth, que reina desde hace tanto tiempo en la pérfida Albión. Tengo su número de móvil y tomamos té bajo los artesonados dorados de Buckingham... Con mucho gusto tomaría un poco de ese chocolate aterciopelado y profundo, realmente le sale muy bien, Zoé, pocas veces lo he bebido tan bueno, tan misterioso, ¿tiene usted fe, pequeña? No responda, es inútil, Dios vive en usted. Los ángeles vuelan por encima de usted. ¡Qué alma tan bella en un cuerpo tan joven!

Tomó aliento y concluyó:

—En fin, para resumir, tengo muy fundadas esperanzas en Hortense, su hija, y estoy dispuesta a ayudarla, aconsejarla y, sobre todo, financiarla. Lanzar una nueva casa al mercado cuesta un riñón. ¿Tiene idea del coste de un solo desfile de alta costura? ¿No? ¡Trescientos mil euros! Tirando por lo bajo. Sin contar los canapés, los zumos de naranja y el champán, el agua mineral y los *macarons*, el caviar y el salmón para ganarse a los parásitos, los periodistas, los buitres ávidos de lujo y lentejuelas. ¡Es terrible, torrencial, arrasador!

Las erres entrechocaban. Elena clavó una mirada de rapaz repugnante en los ojos de Joséphine.

Turbada, Joséphine balbució su agradecimiento.

Sin embargo, tenía una pregunta que hacer:

—¿Sabe Hortense que está usted aquí?

—No. ¿Por qué?

—Preferiría que se lo dijera usted.

—¿Tanto miedo le tiene a su hija? —replicó la condesa mientras sacaba de su bolso adamascado de terciopelo rojo una delicia turca larga y verde que tragó de un solo bocado—. La compadezco.

Joséphine bajó la mirada.

Zoé relató la visita de la condesa Karkhova a Hortense, que no pareció

sorprendida. Elena quería presentar sus respetos a su madre.

—Una mujer no presenta sus respetos a otra mujer —corrigió Zoé.

—Sí, pero... Elena es un hombre. Y no lo sabe.

Hortense no se fiaba de aquel hombre.

¿Por qué Elena está dispuesta a invertir tanto dinero en una principiante? Podría reflatar cualquier casa de costura o financiar a un estilista famoso.

Por más vueltas que le dio al problema, tuvo que rendirse a la evidencia: necesitaba a Elena. La venta de camisetas no bastará para pagar su primer desfile.

—¿Has oído lo que decía? —pregunta Joséphine.

—No. Pensaba en otra cosa.

—Dentro de unas semanas será Navidad...

—¡Estamos en noviembre!

—Estaría bien que conociera a esa mujer, ya sabes...

A Joséphine le costaba pronunciar el nombre de Stella. Casi es doloroso para ella. Tiene la impresión de meterse en la cama de su padre, de mirar cómo sus nalgas van arriba y abajo.

—¿Hablas de la chica que tu padre, Lucien Plissonnier, concibió justo antes de morir? —dice Hortense recalcando cada palabra, cada circunstancia.

—Sí —dice Joséphine mientras muerde una galleta.

—¿Stella? ¿Tu medio hermana?

—Stella. Y su madre, Léo...

—¿La amante de tu padre?

—Sí, Léo... nie.

Joséphine balbuce.

—Stella y Léonie. Nuestra nueva familia... —gruñe Hortense.

Hace girar el vaso contra sus dientes.

—Deberíamos hacer como los animales, padres e hijos están juntos el tiempo justo de crecer y luego cada uno va por su lado...

—¡Ay, no podría vivir sin vosotras! —protesta Joséphine.

—No están solo Stella y Léonie —dice Zoé con mirada risueña.

—Ah, bueno... —suspira Hortense—. ¿Son muchos?

—¡Pero si lo sabes!

—Lo he olvidado.

Todo lo que no concierne a su futura colección se borra de su cerebro. Es

capaz de hablar media hora con una persona y no reconocerla al día siguiente. La gente se ofende, pasan de largo. No es su problema.

—Díselo, mamá, díselo —se acalora Zoé.

Joséphine se aclara la garganta.

—Va, venga —dice Hortense—, ¡no te voy a comer!

—¡Le das miedo! —se subleva Zoé.

—No, Zoé —corrige Joséphine—, Hortense no me da miedo, es la situación la que... Mi padre, a los cuarenta años, mientras estaba casado y era padre de familia, tuvo una amante y concibió una hija. Es extraño, ¿no?

—Tenía cuarenta años y se le ponía dura, eso es todo —dice Hortense—. ¡Mira que llegáis a ser ingenuas, Zoé y tú!

—No somos ingenuas —reacciona Zoé—, tenemos cierta idea de la felicidad. Y si la felicidad es una cosa ingenua, pues, bien, ¡tanto peor! Hay mucha gente a la que le gustaría ser ingenua en los tiempos que corren. Todo el mundo sueña con ser feliz, pero precisamente todo el mundo se impide serlo por miedo a ser ingenuo. ¡Estoy harta de esta reprobación general de la felicidad!

—¡Calma, Zoétina! Calma.

—Me cansas con tus prejuicios y tus sentencias.

Joséphine hace como que no ha oído y continúa:

—Así que tenemos a Léonie, Stella...

Cuenta con los dedos y los despliega a medida que pronuncia los nombres.

—Adrian, Tom y una pareja, Suzon y Georges, unos viejos criados de los padres de Léonie que, si he entendido bien, hacen de abuelos.

—¿Siempre van juntos? Espero que les hagan un buen precio.

Joséphine ignora el tono burlón de su hija y deja caer, tímidamente:

—Primero pensaba invitar a Léonie y a Stella...

—¿A nuestra casa? Ni hablar.

—Iré a almorzar con ellas a algún sitio y os pasáis a verlas.

—¡Ni hablar! ¡No tengo tiempo! —exclama Hortense.

—Pues yo quiero ir —dice Zoé.

—Ya conozco a Stella. Me ha causado muy buena impresión —dice Joséphine—. Me gustaría conocer a Léonie.

—Mientras que no sea aquí, haz lo que quieras —dice Hortense.

—Es verdad —constata Joséphine—. El piso es...

—... un desbarajuste, y es por mi culpa. Puedes decirlo, no me ofenderé.

Hay maniqués Stockman por todas partes, máquinas de coser, caballetes, rollos de tela, de papel de calco, fotos, croquis pegados en los muros, ordenadores, impresoras, rollos de papel blanco, tela para patrones, tizas, rotuladores de colores, discos CD y DVD, tazas de café cuyo fondo está negro, agrietado, con terrones de azúcar deshechos en los platillos, libros con las hojas dobladas por el suelo, reproducciones de cuadros... Todo se amontona, se mezcla, se alza en columnas hasta el techo, lo que hace decir a Zoé: «Vivimos en un bosque».

Finalmente, están Octave y Zelda, los becarios enviados por Jean-Jacques Picart para ayudar a Hortense. Octave rueda los vídeos para crear repercusión en internet, hace de mensajero, el café, rellena las hojas de pedido, responde al teléfono, etiqueta las telas, las clasifica... Zelda ayuda a cortar, entretelar, coser, sirve de maniquí cuando Zoé no está y Antoinette está en Nueva York. Alta, delgada, paciente, solo tiene un defecto: suda y huele mal.

—Suda y apesta porque la aterrorizas —se acalora Zoé.

—¡Deja de decir que aterrorizo a todo el mundo!

—Pero es verdad. Además, siempre estás enfadada, ladras, muerdes. ¿Estás mal o qué?

—Sí, el apartamento está muy desordenado —suspira Joséphine mientras mira la puerta del baño bloqueada por percheros de los que cuelgan abrigos de piel sintética.

Los vestidos, los pantalones y las chaquetas están colgadas, extendidas. Algunos modelos a rayas atraen la atención de Joséphine. En la Edad Media, llevar vestidos a rayas estaba mal visto. A causa del versículo 19 del capítulo 19 del Levítico, *Veste quae ex duobus texta est no indueris*<sup>3</sup>. Solo los excluidos, los réprobos, los leprosos, las prostitutas, los heréticos, los bufones, los malabaristas, los traidores y los felones los llevaban, señalando de este modo su infamia. Las rayas eran el emblema del diablo como el color amarillo era el símbolo de la traición, el engaño y la enfermedad.

—Por ahora no puedo hacer otra cosa. Elena tiene que alquilarme un estudio, y sigo esperando.

—No importa —sonríe Joséphine—. Estamos acostumbradas.

—Pensad en el día en el que sea famosa. ¿Qué es un poco de desorden en comparación con la gloria?

—Iremos a almorzar fuera —repite Joséphine.

—¿Cuándo viene a París tu media hermana?

—Me ha dicho que acompañará a su...

—¿Marido?

—Su pareja. Viene a menudo por negocios.

—Quizá te hagas amiga suya —dice Zoé.

—¡No digas tonterías! —bufa Hortense—. Cuanta menos familia se tiene, mejor se lleva uno. La familia es una creación del siglo XIX que solo sirve para encorsetar y culpabilizar a las mujeres. Es una variante de la esclavitud.

—Stella es encantadora —protesta Joséphine—. Y su amigo parece...

—¿El señor y la señora Vengo-del-campo-y-llevo-estiércol-en-los-zapatos? ¿Y él, qué? ¿Vende pavos o cerdos?

—¡Hortense! ¡Eres odiosa!

—Siempre desconfío cuando calificas a alguien de amable.

—¿Por qué no es una cualidad ser amable?

—Es lo que se dice de la gente fea y bizca.

—Debes de ser muy desgraciada para decir eso —declara Zoé.

Hortense levanta la mirada al cielo.

—¡Da igual! Eso no impide que... Estoy segura de que su amigo es un haragán gordo que huele a macho cabrío.

—¿Qué te costaría verlos una vez? ¿Diez minutos para un café? Hasta podría ser que Stella te inspirara. Mamá dice que es muy guapa.

—Es verdad —dice Joséphine—. Alta, delgada... Toda una modelo.

—¡Pfff! ¿Qué sabes tú de modelos?

—Leo los periódicos. Quizá esté al borde de la decrepitud física, pero mis ojos todavía ven...

La voz de Joséphine se quiebra, al borde de las lágrimas. Hortense frunce el ceño, desconcertada.

—¡OK, no llores más! Iré, pero solo diez minutos. No más.

Suena el interfono. Zoé deja la lupa y descuelga.

Una voz grita en americano:

—¡Dios, vaya casa de putas de mierda! ¿A quién hay que chupársela en esta casa para que te abran?

—¡Antoinette! —grita Hortense.

Como las cosas son así...

Como Antoinette, una supermodelo en Nueva York, una Brigitte Bardot

negra y sensual, ha llamado a la puerta...

Como Hortense ha relinchado: «*Miss you so much, tell me now...<sup>4</sup>*».

Como en la cocina solo se habla de la *fashion week*, del Chrysler Building y de la portada de *Vogue*...

Irá sola a la calle Prony a visitar a Henriette.

\*

Hay que tomar una resolución, su familia disminuye a ojos vistas.

Hasta septiembre, todo iba bien. Alexandre interpretaba el papel de primo hermano y lo interpretaba a la perfección. Vivía en Londres, venía a verla a París en un viejo Traction que había comprado en el mercado de ocasión de Chelsea para celebrar sus veinte años.

Subían en el Traction y partían a sentarse a la mesa en el Grand Vizir, en Belleville. Acomodados en un rincón de la sala, pedían té hirvientes, pastelitos de miel, flanes, tartas de merengue y alcoholes dorados, y hablaban de su futuro. Alexandre quería hacer carrera en el arte, como su padre; ella dudaba si entrar en las carmelitas. «Reflexiona, Lullaby —es como él la llama—, el convento es duro. Ropa de sayal, corona de espinas, flagelaciones, largas sesiones de penitencia sobre losas de piedra, sin agua caliente ni calefacción. Nada de wifi, nada de tele. ¡Nada de DVD de *Bob Esponja* para relajarte después de la misa y los tormentos!» «¿Crees que estaré encerrada todo el rato?», pregunta mientras mordisquea un pedazo de tarta de limón.

Repetían tarta, flan de chocolate, pastel de fresas... Un té ahumado.

Y un gran vaso de ron.

Para darse tono.

Alexandre había decretado que era muy importante darse tono. Eso imponía. Cuando te das tono, nadie sabe quién eres realmente y puedes vivir tranquilo. Cuando eres transparente, entran en tu casa sin ceremonias, te importunan continuamente. La opacidad y la distancia son necesarias para ser respetado.

No se equivocaba. Entraban en la suya como Pedro por su casa.

Ella no veía inconveniente en ello.

Pero todo cambió cuando entró en el Sotheby's Institute of Art.

Gracias a la libreta de direcciones de su padre, se había lanzado a la venta

a comisión de obras de arte en internet. Perseguida a los artistas que buscaban un agente y a las galerías con las que negociar. Soñaba con descubrir al próximo Keith Haring, al futuro Basquiat, a un improbable Rothko. «¿Y por qué no Jasper Johns? Es el más grande de los artistas vivos, Lullaby; sueño con representarlo.»

Nunca dejaba su campus de Bloomsbury, en pleno centro de Londres.

Había vendido su Traction, se había comprado una cazadora de ante, una pajarita y pantalones largos. Blancos. Se aplastaba el pelo hacia un lado con una gomina verde esmeralda de Pond's.

Para darse tono.

No tiene mucho tiempo para dedicarle a Zoé, aunque jura que la quiere enormemente, tanto como un elefante blanco al volante de su Ferrari. Es lo que escribe fonéticamente en sus SMS, y ella lo cree.

Cuando viene a París, es una fiesta.

Caminan hasta el Grand Vizir. Cuentan los puentes, vigilan la altura del Sena, los pies del zuavo del puente del Alma, admiran los faroles del puente de Alexandre-III. «Lleva mi nombre, debe ser el más bello, cuídalo mucho cuando esté lejos», le dice a Zoé.

Se sientan en la terraza, apoyan los codos en la mesa y hablan de todo y en profundidad hasta el cierre del establecimiento. «¡Buena limpieza!», suelta Alexandre.

No aprecia el chismorreo, quiere un intercambio de ideas y sentimientos. «Cada palabra debe rajarme las tripas, ¡venga, Lullaby, destrípame!»

Eso siempre da como resultado más o menos lo mismo.

—Soy muy feliz, querida Zoé, hago lo que me gusta, estoy en mi sitio. Es un lujo increíble. Estoy entusiasmado de la mañana a la noche. ¿Sabes lo que es estar entusiasmado de la mañana a la noche?

—¡Sí! —dice Zoé levantando la mirada al cielo, hacia su Bienamado.

—Y tengo ganas de comerme el mundo. Habría que encontrar una palabra para esto...

—¿Extasiarse?

—No hay mucha gente que se entusiasme en la tierra. *The world is pretty gloomy, isn't it*, querida?<sup>5</sup>

Se inclina hacia ella, adopta un gesto serio y añade:

—¡Lástima que no seas un hombre! Me casaría contigo.

—Alex, eres mi primo. No podemos casarnos.

—¡Ay, es una pena!

—Te quiero hasta el infinito, es casi igual.

Rasca la esquina de porcelana de su plato y añade con la sabiduría de una vieja monja:

—El placer es muy furtivo. No deja rastro. ¿Te acuerdas de un orgasmo? Yo no. Y, sin embargo, en plena acción, creemos que tocamos la eternidad...

—Mide tus palabras, Lullaby, o tu Prometido en las alturas se va a enfadar.

—¡Ay, no! Él no es así. Quiere que los hombres se amen. Conoce el poder y la fuerza del amor.

—¿No conocería por casualidad el poder de la libra, el euro o el dólar? ¿Incluso de la rupia? Tengo grandes ambiciones, pero ni un duro.

—No. De cosas de dinero no sabe nada. Es Satán el que destruye el mundo. El dinero que gano con las camisetas de Hortense lo reparto. Puedo dártelo, si quieres...

—Nunca. ¡Nada de eso entre nosotros! —Alexandre hace una pausa, suspira—. No quiero pedir nada a mi padre...

—Es una actitud noble.

—De todos modos, no me daría ni un céntimo. Dice que debo aprender sobre la marcha y por mí mismo. Ya ha sido majo al pasarme sus contactos y direcciones.

—Y paga tus estudios. Es algo.

—En este momento, está en las nubes como un colegial. Creo que quiere montar otra tienda o que está enamorado.

—Espero que no de otra mujer que no sea mamá.

—No sé nada, solo he notado su animación. Cuando un hombre canturrea mientras se afeita es que está enamorado, ¿no?

—De mamá. Está enamorado de mamá. ¡De ninguna otra!

—¡Olvídalo! Digo tonterías. Lo que es seguro es que no me financiará. Solo me queda la lotería.

—O rezar a Dios. Pídele que te dé los medios para cumplir tu sueño.

—¿No quieres rezar por mí? —pregunta Alexandre mientras juega con su flan de chocolate.

Zoé menea la cabeza.

—Debes hacer el esfuerzo tú mismo.

—Por favor, Lullaby... Te traeré pudín de Harrod's y una ración de estómago de oveja relleno.

—Ni hablar. ¿Qué te cuesta rezar unas oraciones?

—Tengo otras cosas que hacer. Y, además, no me sé las palabras.

—Busca en internet...

—Ya paso mucho tiempo ahí.

—Encuentra el avemaría y el padrenuestro. Y recítalos.

Él la mira como si le recomendara lavarse los dientes con estiércol.

—Inténtalo de corazón. Sin hacer trampa, sin mirar el reloj, y recibirás...

—¿Cuánto?

—Lo que necesites.

—¿Cincuenta mil euros?

—Perfectamente.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Dios ama a los emprendedores.

—¿Dios es capitalista?

—No soporta a los holgazanes, a los parásitos, a los perezosos ni a los veleidosos.

—¡Estás completamente loca! ¡Camarero! Dos copas de ron añejo. Mi prima delira. —Alexandre clava su mirada en la de Zoé y murmura como un secreto—: Me pregunto si no será mejor que, al final, entres en las carmelitas... Los brazos atados, el pecho desnudo, el culo al aire. Iré a azotarte, mmmmm, será delicioso.

—¡Para! —se indigna Zoé—. Voy muy en serio cuando hablo de las carmelitas.

—¡Yo también! No sabes qué es el placer, primita. Tu Gaétan no te ha enseñado nada. Sexualmente, es un inocente.

—¡Y tú un vicioso!

—¿De quién es la culpa? De las buenas escuelas inglesas. Era más juicioso cuando vivía en Francia.

El camarero lleva dos copitas y una botella de ron añejo, de quince años, importado de Cuba. En la botella, Alexandre ha anotado «Zoétina y Alex el Pervertido». Es su botella.

Alexandre da las gracias al camarero y le propina unos golpecitos en el trasero. Se sirve. Sirve a Zoé, que protesta: «Ya sabes que estoy borracha como una cuba después de una copita de nada».

—¿Por qué vamos a beber, prima?

—¡Por el entusiasmo!

—No. Me siento de un humor sombrío y viperino... —Reflexiona, se moja

los labios en el licor dorado, los chasquea y proclama, belicoso—: Bebo a la salud de mi madre indigna que no me ha amado ni educado..., aún menos hecho feliz...

—¡Ah, no! ¡No vuelvas a empezar! Cada vez que bebes, lloriqueas.

Alexandre continúa, con el brazo extendido hacia el techo dibujando arabescos:

—¡Por Iris Dupin! Mi madre. —Zoé no levanta su copa—. Querría recordar su ausencia de empatía, su frialdad y su inútil belleza. Aquella mujer no amaba a nadie. Ni siquiera a sí misma. ¡Qué miseria!

—Que si patatín, que si patatán... —murmura Zoé.

—Tenía el corazón lleno de clichés. Su muerte fue lamentable. Me volvió sordo, ciego, maleducado, indiferente a todo y a todos. Y, crimen absoluto: me arrancó el corazón.

—¡Qué melodramático eres!

Se enfurruña y se cierra más aún, con el cuello entre los hombros y el ceño fruncido.

—Me pongo la mano en el corazón: ya no late. ¡Ya no puedo sufrir más! Soy un vacío ambulante. Me ha hecho aborrecer el amor y a las mujeres. Excepto a ti. Tú eres la única parte viva de mí. —Deja caer su mejilla en el hombro de Zoé. Cierra los ojos, divaga, canturrea *All I Need Is Love*—. Me parece, prima, que estoy borracho... —Se incorpora, abre los ojos como platos y pestañea. Se vuelve hacia Zoé—: ¿De verdad crees que puedo triunfar? —La mira, serio. Su rostro es una máscara de cera y tiene los ojos rodeados por círculos amarillos—. Respóndeme, Lullaby. Es importante.

—Estoy segura. Has crecido rodeado de obras de arte, conoces a todos los galeristas importantes y sabes cómo se lanza a un artista. Nadie está mejor situado que tú.

—Eso es verdad. Pero no es suficiente...

—Eres guapo, inteligente, rápido, audaz, astuto. Y además...

—...

—¡Tienes los pies grandes!

Alexandre estalla en una carcajada.

—¡Tienes razón! Tienes toda la razón. Cincuenta mil euros, no es el fin del mundo. Voy a encontrarlos.

—Pues claro.

—¿Y si te rapto? Te venderé a un emir... —Se recupera, vacía su copa—. Digo tonterías. Perdona. ¡No soy más que un sinvergüenza!

Se abofetea con ganas.

Siempre es igual: Alexandre bebe ron, hace una lista de sus sueños y sus neurosis y rueda bajo la mesa. Zoé lo sube a un taxi para volver a casa.

Bajará por la avenida Georges-Mandel hasta la plaza del Trocadero y tomará el bus. Le gusta el autobús. El ruido de las puertas abriéndose y cerrándose, el dindón del timbre, los baches del pavimento, las letras rojas del «Parada solicitada».

El Trocadero es el origen de la línea 30. Zoé está segura de que habrá un asiento libre. Por la ventana, observa a los viandantes, los escaparates, los perros que trotan, las motos, los cascarrabias... Gruñen, tocan el claxon y maldicen. Unas grandes grúas amarillas cuelgan las decoraciones de Navidad. ¡Pero si todavía falta más de un mes! ¿Por qué tanta prisa?

Cierra los ojos, oye las campanillas, ve volar a los renos y a las gaviotas. Le gusta París, la piedra blanca de los edificios, los andullos rojos de los estancos, los delantales blancos de los camareros de los cafés, las cruces verdes de las farmacias, las rejas negras del Luxemburgo, las barcazas azul oscuro, los semáforos naranjas, las palomas marrones que hacen un quiebro para evitar un coche.

«Pronto pondremos el abeto de Navidad en el salón. Hortense pondrá mala cara: “¿Para qué sirven las fiestas? Impiden trabajar, eso es todo”. ¿Vendrá Gary? Alexandre ha preguntado si hay que contar con él para los regalos bajo el árbol. No se sabe. No se sabe.

»¿Y Shirley? Tampoco hay noticias. Llamó una noche. Se iba a Venezuela. ¿Dijo Venezuela porque las letras bailan la samba? Es posible.

»Nunca se sabe con Shirley.

»Me gustaría tener una gran familia.

»Me gustaría una Navidad cursi a más no poder.»

Pega la frente contra el vidrio frío del autobús. La noche caerá pronto esa tarde. Los días de invierno tienen una belleza gris que la tranquiliza. No sabe por qué, pero el sol le da frío.

Desde hace algún tiempo ya no sabe gran cosa. No entiende cómo pasa el tiempo.

El mes de junio.

El mes del bachillerato con la máxima nota.

El mes de su ruptura con Gaétan.

Fue una noche. Estaban echados en la cama en su habitación. Ella leía una carta de la marquesa de Sévigné. Él tecleaba en su móvil. Ella no se preguntaba con quién hablaba, le daba igual. Él le puso la mano en la rodilla y ella bajó la mirada.

Aquella mano la molestaba.

El hombre al que pertenecía la mano la molestaba.

Fin de la historia.

Sobre todo porque Léa, su amiga de toda la vida, atravesaba una mala racha. Victor, su novio, se había marchado con una sueca que se depilaba el sexo a la cera fría. Eso hacía que se le empinara como a un burro. Léa había arrastrado a Zoé al zoo para observar la polla de un burro, pero a los asnos no se les empinó aquel día. «No tienes ganas de que se te empine cuando estás en cautividad», dijo Zoé. «¿Qué sabrás tú de eso? —gruñó Léa—. ¡Al contrario, no se piensa en otra cosa!»

Se habían separado, enfadadas. Se reconciliaron rascando unos Astroflash, ganaron cuarenta euros que reinvirtieron en unos Tac-O-Tac y unos Monopoly<sup>6</sup>. «¡Cinco euros el Monopoly! —exclamó Léa—. Estás enferma.» «En la vida hay que arriesgarse —afirmó Zoé—, si no, nunca pasa nada.»

Tenía razón: aquel día ganaron cien euros cada una. Y desde entonces no paraban de rascar.

Una o dos veces por semana compraban los boletos en el establecimiento de Farid, cruzaban los dedos, pedían un café, sacaban una moneda de veinte céntimos y rascaban y rascaban dando grititos.

Léa iba a depilarse a la cera fría. Invitó a Victor a un concierto de Vampire Weekend. Después del concierto, subió a la habitación de Victor, lo atrajo contra sí y le reconoció que ella también... Él la echó escaleras abajo mientras la trataba de puta. La moral de Léa cayó muy bajo. Bebía Marie

Brizard a morro. Zoé no sabía qué decir. Uno no se enamora de una chica porque tenga el sexo lampiño.

—Lo que había entre vosotros no debía de ser muy importante, porque os habéis dejado por...

—¿Por una tarta de pelos?<sup>7</sup> —balbució Léa, con la boca llena de lágrimas.

Estallaron en carcajadas, hicieron una batalla de Haribo Croco, se tragaron una caja entera de *macarons* de chocolate y vomitaron en el lavabo.

Léa se recuperó. Gracias a Henrick. Un holandés que escribía poemas sobre las hojas de los árboles que ya nunca son verdes, el sol que ya nunca es amarillo y la mar que ya nunca es azul. Declamaba, envuelto en la sábana de la cama, con un gorro de lana en la cabeza y una bufanda alrededor del cuello.

Pasaron el mes de julio, el de agosto y el de septiembre. Pasaron volando, como si fueran un solo mes. Zoé no quería dejar París. Leía las *Elegías* de Propertio, libro 2, capítulo XII: «Quienquiera que fuese el que pintó al Amor como un niño, ¿no crees que tuvo una mano extraordinaria? Vio que los amantes viven sin sensatez y que, por volubles emociones, grandes posesiones perecen». Meditaba sobre estas palabras y felicitaba a Propertio: «Tienes razón, amigo mío, ningún hombre podrá darme una felicidad tan grande. Tengo que encontrar la felicidad en otra parte... Pero, entonces —se decía mientras caminaba bajo los castaños en flor del muelle de Valmy—, ¿dónde se encuentra esta felicidad tan grande?».

Observaba el cielo, escuchaba a los pájaros en los árboles, se agachaba para coger una flor, recogía latas de cerveza, colillas, envases del McDonald's, los tiraba a la papelera, barría la acera con la punta de la manoletina... Necesitaba vaciar, limpiar. Sacaba brillo al fregadero, a la bañera, a las ventanas, al pomo de la puerta del salón...

Esperaba a alguien. No sabía a quién. La espera la volvía pesada, propensa a las náuseas. Se ponía la mano en el vientre y se extrañaba de no estar encinta.

Se había inscrito en el curso preparatorio para comenzar estudios literarios con el fin de contentar a su madre. Sería profesora. O investigadora en el CNRS<sup>8</sup>. U otra cosa.

Un día, cuando estaba en el autobús a principios de otoño, mientras se cogía el vientre con las dos manos y empezaba a masajearlo haciendo círculos muy suavemente, el bus se vio atrapado en un embotellamiento. Por más que el conductor tocaba el claxon, lanzaba gritos y se rascaba el cuello, el vehículo no avanzaba ni un metro. Zoé volvió la cabeza hacia la avenida Kléber y vio,

frente al hotel Raphaël, a una anciana con el pelo en media melena sentada en un banco. Iba vestida con un amplio abrigo gris y una pañoleta de campesina y tenía las piernas separadas. Era extraño hasta qué punto tenía las piernas separadas. Parecía que la habían tirado sin empaquetar en el banco y que no se había tomado la molestia de recogerse. La gente pasaba sin mirarla o aceleraba el paso. El bus estaba bloqueado. Zoé contemplaba a la mujer del abrigo gris. Rebuscó alguna moneda, pero solo encontró un billete de metro, un coiletero y un paquete de caramelos Ricola de regaliz. Se había dejado el monedero en casa.

El bus volvió a circular. Torció el cuello para seguir viendo el mayor tiempo posible el abrigo gris. Y, cuando desapareció, tuvo la impresión de elevarse, de volverse como un derviche, de disolverse en finas partículas y de caer de nuevo en las zapatillas de una chica que también se llamaba Zoé. Tenía la misma nariz, la misma boca, los mismos hoyuelos, la misma cara redonda, el mismo pelo castaño enmarañado, pero la cabeza ya no estaba amueblada igual. La nueva Zoé había elegido, ordenado y tirado. Se había instalado a sus anchas.

Y argumentaba.

«¿Gaétan? Has hecho bien en dejarlo, no era interesante. ¿Tus estudios? Está bien, es algo serio. ¿El dinero? No lo necesitas. Lo damos. No digas nada a tu hermana, te tratará de tonta. Vas a ver, voy a llenarte de alegría. Comencemos por las cosas sencillas, lo difícil lo haremos después. ¿Te gusta la crema de castañas?»

La nueva Zoé era graciosa. En el fondo de su mirada corría una fuente de agua cálida, perfumada, que se derramaba sobre la gente a la que saludaba con una gran sonrisa.

Zarandeada por el autobús, se había deslizado a otro mundo. Las lágrimas le corrían por las mejillas y caían sobre el abrigo. No podía controlarse. Lloraba, reía y todo el mundo la miraba. Nunca había llorado tanto. O sí, cuando murió su padre. Se lo comió un cocodrilo<sup>9</sup>. Comprendía que, desde la muerte de su padre, no había llorado lo suficiente, se había contenido para no hacer más pesada la pena de su madre y la de su hermana.

Aquel día, en el bus, vació su depósito. Se convirtió en una persona nueva, limpia.

Iba a recibir a alguien. No sabía a quién, pero había que hacer la limpieza.

Caminó hasta el edificio en el que su abuela, Henriette Grobz, era portera.

Pero, ojo: no cualquier portera.

\*

Henriette Grobz solo tiene una pasión en la vida: el dinero. Para amasar algunos euros, está dispuesta a robar, engañar y amenazar. Con un argumento incontestable: «Como la vida no me ha dado nada, yo me lo doy a mí misma».

Como el salario de portera es más bien escaso, debe complementarlo. A los setenta y dos años, no tiene tiempo para ser paciente. Encontró este empleo en un edificio suntuoso del distrito XVII falsificando la fecha de nacimiento en su documento de identidad. Rascó ligeramente, un poco de rotulador negro, una pasada por la fotocopidora... y la jugada estaba hecha. Había rejuvenecido veinte años. El gran sombrero, los finos guantes, su sobrio traje sastre y su aspecto serio habían causado una gran impresión. Su lamento de mujer digna hizo el resto: «Mi marido me dejó, mi hija murió asesinada, ¡un terrible suceso! Iris Dupin, ¿han oído hablar de ello<sup>10</sup>? Estoy sola, sin un duro. El trabajo no me repele, no escatimo ni en sacrificios ni en esfuerzos para hacer que reine el orden en el edificio. Actualmente hemos perdido los valores y es realmente una lástima».

Su alojamiento es confortable, provisto de un baño coqueto y unos aseos bien aireados, con una habitación pintada al fresco rosa, y una pieza grande que sirve de portería y de salón. Por una amplia puerta vidriera accede a un pequeño patio interior en el que ha plantado bulbos y semilleros. Mil euros al mes más alojamiento, luz y calefacción. Es justo. Solo le queda dar el último toque.

Porque tiene grandes esperanzas.

El día en el que entró en el vestíbulo del 26 de la calle Prony el demonio del lujo le corroyó el corazón. Se apoyó en una columna de estuco. Demasiado mármol, frisos, cornisas, demasiados festones... Titubeaba con la boca abierta y reclamaba su parte. Acababa de poner la mano en un auténtico tesoro. Los mil quinientos euros que le pasaba Marcel Grobz se convirtieron en vulgares moneditas. Mil quinientos euros, eso debía de ser el dinero de bolsillo de ese muchacho que bajaba a toda prisa la escalera sin saludarla siquiera. Aquel rápido cálculo le dio ideas. El gran vestíbulo de mármol y oro rezumaba adulterio, intrigas financieras, traición, acciones comprometedoras. El terreno era fértil, solo le quedaba explotarlo.

Aquel día nació el «sistema Henriette». Un sistema cuyo fundamento era que la vida es una serie de artimañas que hay que estudiar, perfeccionar y darles la vuelta en nuestro provecho para enriquecernos.

Casi había hecho de ello una canción infantil.

Abre «por descuido» unas cartas certificadas o asegura que han llegado abiertas —«El correo, en estos tiempos, ya se sabe...»—; descubre en ellas secretos-bulos difamatorios o facturas indecentes, y se apresura a hacer cantar a la persona destinataria. Sorprende a un joven traficando con una tableta de hachís en el cuarto para los carritos y amenaza con llevarlo a comisaría. O con decírselo a sus padres. El adolescente, como compensación, se somete a una serie de servidumbres. Saca los cubos de la basura, lustra las escaleras y pasa el aspirador simulando querer ayudar a esta pobre anciana que le da pena. Los padres, sorprendidos, lo felicitan. Alaban la buena influencia de Henriette en su prole. Aumentan los aguinaldos en Navidad. El adolescente sale ganando: Henriette cierra los ojos a su tráfico culpable y se embolsa una comisión del diez por ciento de las ganancias. Es igual para el marido o la mujer adúlteros; para el conductor al que sorprende haciendo horas suplementarias con el coche del jefe; para la criada que se despega las pestañas postizas, se limpia el lápiz de labios rojo brillante, se quita los tacones altos y estira la minifalda antes de ir a cuidar a los niños de la familia puritana del primer piso; o para aquella a la que intercepta con unos cubiertos de plata en los bolsillos de la parka... El crimen tiene imaginación, Henriette se sabe los guiones.

Destaca en las bajas intrigas. Un humo maligno se le escapa de los ojos y, cuando ríe, parece una verja oxidada que gira en sus goznes. Todo lo desea, lo ansía todo, aborrece el espectáculo de la felicidad. Avivada por la necesidad de hacer el mal y la fiebre del beneficio, acecha a sus víctimas en el umbral de la portería.

Esta mujer seca, árida y ávida de ganancias solo tiene una debilidad: Hortense. Esa chica se le parece tanto... Le gustaría que fuera a visitarla a la portería. Eso le daría importancia ante los propietarios. Le manda unas palabras a través de Zoé: «Ven a verme, tengo una sorpresa para ti». Hortense responde que no tiene tiempo. Un día, como último argumento, Henriette

garabatea al margen de un prospecto (siempre atenta a no malgastar papel blanco): «Ven antes de que sea demasiado tarde, me hago vieja, mi salud flaquea». Hortense le respondió: «Vivirás mucho tiempo, la maldad conserva».

Aquel día, Henriette aplastó una lágrima rancia que le goteaba de un tapón de cera en el rabillo del ojo.

Querría saber qué día será el desfile de Hortense. «¿Se le ocurrirá invitarme?»

A falta de Hortense, Henriette recibe a Zoé. Qué amable, la pequeña Zoé. Es un pastelito insípido, un bollito sin mantequilla. Solo tiene una cualidad: le da noticias de Hortense.

A veces de Joséphine.

Se burla de su hija, nunca la ha querido. Querría saber cuánto ha ganado con sus dos novelas. El número de ceros, las ventas, el rendimiento, lo que se llevan los impuestos. Presiona a Zoé con preguntas. «Mamá y yo nunca hablamos de dinero» ¡Qué idiotas! Tanta ingenuidad la irrita. Su negra mirada recorta a Zoé y la aplasta. Una pava, una perfecta pava. Con esos ojos confiados, esas mejillas de buena hermana, esa nariz como un botón de botín, esa carne pálida y rosa. Mirarla la hace bostezar. Apenas la posa sobre ella, su mirada se le apaga. ¡En cambio, Hortense...! Hay que hacer un esfuerzo para no contemplarla. Más astuta, Zoé habría sido encantadora. Su inocencia la vuelve simplona. Siempre queriendo hacer el bien, maravillándose por naderías. Se parece a su madre y no es un cumplido. Tampoco el padre era brillante. Su muerte, es verdad, fue pintoresca; a poca gente se la come un cocodrilo, pero era demasiado tarde como para compensar la banalidad del resto de su vida.

\*

Al llegar a casa de Henriette, Zoé ve en la entrada de la portería a una mujer discutiendo con su abuela. Una mujer vieja envuelta en zorros. Un bolso de terciopelo rojo adamascado le cuelga del brazo izquierdo. «Conozco ese bolso —se dice Zoé mientras se chupetea el labio— y creo que reconozco ese acento como guijarros rodando en la hierba de las estepas rusas.» Vuelve a cerrar suavemente la gran puerta de la calle, entra en el vestíbulo, se oculta detrás de una columna y observa.

Su teléfono vibra, es un SMS de Léa: «Adivina k pasa»; «No sé»; «Sí, adivina»; «Henrick?»; «Es de locos.» Zoé levanta la cabeza para reflexionar y entonces reconoce el perfil acerado de la condesa Karkhova, que emerge entre las pieles de zorro. Esconde el teléfono en el bolsillo y aguza el oído. La condesa cuchichea, acaricia las pieles, abre el bolso, saca una delicia turca rosa y larga que engulle y un grueso sobre amarillo. Henriette lanza una mirada al vestíbulo para verificar que nadie la ve, atrapa el sobre y lo desliza en el bolsillo de su cazadora.

La condesa murmura algunas palabras. Garabatea en un papel que tiende a Henriette. Reacomoda los zorros. Ahueca sus escaso cabello y declara:

—¡Esa chica no debe tener éxito! ¿Me comprende? —Henriette se inclina y le da las gracias farfullando—. Estoy dispuesta a todo —añade la condesa amenazante.

Gira sobre sus talones y se dirige hacia la calle. Henriette se precipita, abre la puerta, desaparece en un santiamén y la condesa sale de la sombra para ir hacia el sol.

Detrás del pilar, Zoé permanece escondida. «No estoy loca, era Elena Karkhova. En tratos con mi abuela. ¿Están conchabadas? ¿Con qué fin? ¿Contra quién están aliadas? ¿Quién es esa chica que no debe tener éxito? ¿Y tener éxito en qué? ¿Y el sobre amarillo? Debe de estar lleno de billetes.»

Pega la espalda contra la columna como si el hecho de mantenerse derecha fuera a volver a poner sus ideas en su sitio. «Henriette debe de estar examinando los billetes, contando y sumando. Va a detestarme si llamo a su puerta. Me vuelvo a casa y hablo con Hortense.»

\*

Con las piernas estiradas en el gran sofá del despacho y la cabeza en las rodillas de Junior, Hortense mira con atención un mechón de pelo, inspecciona las puntas y gesticula.

—¿Están abiertas o no? No lo veo bien.

—¿Por qué no vienes más a menudo? —pregunta Junior a la vez que acaricia el hombro redondeado de Hortense—. Eres muy bella... Me sientas bien. Y yo... estoy muy solo, no tengo amigos. Es triste, ¿sabes?, no compartir nada. Nunca.

Lleva un pantalón de franela gris, un chaleco a cuadros rojos y blancos, una

camisa blanca y una corbata negra. Cuando Hortense ha llamado para avisarlo de su visita, ha corrido a su habitación, ha desparramado perchas y cajones y se ha probado diversos atuendos antes de optar por los cuadros rojos y blancos y la franela gris. Luego ha ido a consultar a su madre. Josiane ha dado su aprobación con una punzada en el corazón: «¡Por mí no se tomaría tantas molestias!». Se ha propinado un cachetito en la mejilla por este pensamiento fétido.

Hortense ha oído la observación de Junior.

—Tampoco yo tengo amigos y me va muy bien. No paro de trabajar. Busco una encargada de taller para fabricar mi colección. ¡Eso urge!

—¿Una encargada de taller? ¿No lo haces todo sola?

—No. Yo diseño, encargo la tela, describo lo que quiero exactamente y la modelista lo realiza. A menudo son jubiladas que han trabajado en Chanel, Lacroix o Dior. Lo conocen todo, hasta el menor botón.

—¿De verdad? ¿Tan importantes son los botones?

—¡No tienes ni idea de la cantidad de variedades! Baquelita, marfil, nácar, *strass*, corozo, esmalte, metal, vidrio, plástico, cuero, ante... ¡y no me acuerdo de todas! La modelista lo sabe todo sobre eso.

—¿Quedan muchas? No deben de ser jóvenes si están jubiladas...

—Quizá una decena. Vuelven a trabajar puntualmente para preparar colecciones. Ocho semanas por alrededor de diez mil euros. Están muy demandadas.

Hortense se interrumpe, escruta un mechón, lo aplasta entre los dedos y su cabello rechina.

—¿El calcio es bueno para el pelo?

Junior no responde. Cuando no responde es que no lo sabe. Le parece inútil precisarlo.

Cuando Hortense ha llegado, dictaba una carta a su secretario sobre la patente de un reloj que detecta el estado de ánimo de la persona que se tiene enfrente. Un piloto se enciende en la esfera. ¡Rojo, peligro! Huye. Naranja, prudencia, mantén las distancias. Verde, no hay nada que temer.

—¿Cómo funciona ese reloj? —ha preguntado Hortense.

—Por una combinación de la temperatura del cuerpo, del ritmo cardíaco, de la secreción de las glándulas salivares, del parpadeo... Todo queda registrado por la computadora, que lo analiza y lo convierte en ondas. El reloj

recibe una señal que se traduce en la pantalla en tres colores. Así sabes con quién te la juegas, si el individuo te aprecia o es un predador...

La secretaria tecleaba sin hacer preguntas. Estaba tan concentrada que tenía empañadas las gafas.

—¿Lo has inventado tú?

—Sí. Pero no soy el único que trabaja en este proyecto. Un grupo de investigadores ha desarrollado un robot para jóvenes autistas. Mi invención es más modesta.

—¿Te los fabrican en las plantas de tu padre?

—Sí. Las ventas han arrancado con mucha fuerza. Casa Mia se diversifica. Nos convertimos en la marca de la innovación y del futuro. Se ha acabado la época en la que vendíamos pufs, platos, sofás, delantales... ¡Qué camino hemos recorrido!

Mientras sigue retorciéndose el pelo, Hortense piensa en el reloj.

—¿En quién pensaste al inventar el reloj?

—En los niños que no son como los demás.

—¿Quieres decir en ti?

—Quizá.

—¿Ya no vas nunca a la escuela?

Junior hace una mueca.

—No tengo nada que aprender en la escuela. Todo lo que se enseña está anticuado. Los profes están agotados, recitan las clases con voz cansada y cuentan los días hasta la cercana jubilación. Es demasiado uniforme. Todos debemos ser iguales, pensar igual, escribir igual. Me gustan las diferencias. Y, además, yo no soy como todo el mundo...

—¡Eres mejor que todo el mundo!

Agacha la cabeza y añade con una sonrisa triste:

—Me gustaría ser guapo.

Su cara se parece a un balón de rugby en el que asoma un vello amarillo anaranjado. Las largas y finas orejas tiemblan como antenas; los ojos lechosos y globulosos se estiran hacia las sienes; su mandíbula se funde con la barbilla. Tiene la piel transparente. Se puede adivinar el trayecto de la sangre por las venas, observar el trabajo del cerebro, las conexiones entre las neuronas, las sinapsis que crepitan.

—¿No tendrás un mechero para quemarme las puntas abiertas?

—No fumo.

—¿Una cerilla? ¿Un soplete?

—¿Estás loca?

—Es un truco de abuela. Quemar el cabello lo fortifica. Hay que enrollar el mechón, ponerlo de manera que las puntas queden derechas y acercar la llama...

Él la contempla maravillado.

—Me gusta todo lo que dices. ¡Me haces muy feliz! Te acaricio el hombro y una oleada de alegría me levanta el cuerpo, me calienta los riñones, me llena de...

—¡Junior! ¡Para! No tiene gracia.

Hortense se incorpora y se sienta derecha contra el respaldo del sofá. Pone los pies desnudos en el suelo, inspecciona los largos pelos blancos de la alfombra con la esperanza de encontrar un poco de calor, un poco de coraje para hablar con Junior. Sabe que va a herirlo y no le gusta la idea.

—Tengo algo que decirte. Es importante.

—Vuelve a poner la cabeza en mis rodillas.

Hortense obedece de mala gana.

—¡Junior!

—Mis sentidos afloran, se abren como amapolas, aspiro tu olor, te paladeo, te saboreo...

—¡Junior! ¡Para!

Junior cierra los ojos. Una amplia sonrisa reanima su rostro.

—Chitón —ordena—, estoy navegando.

—¿Te pasa a menudo?

—Cuando pienso en ti. Pero hoy es muy fuerte...

—Tienes siete años, Junior. ¡Siete años!

—No me degrades, por favor. Soy un hombre, respeta mi masculinidad.

Hortense lo observa, dubitativa. Se mordisquea el labio, abre la boca y declara:

—Tengo que hablarte de una cosa.

Junior vuelve en sí, se frota los ojos y se ajusta el nudo de la corbata.

—¿Dejas a Gary?

—¡No! ¡Qué horror! ¿Cómo puedes decir eso?

—Es una hipótesis, que es más que probable teniendo en cuenta que...

Hortense lo detiene cogiéndolo del brazo.

—¿Has visto algo?

—Hortense, por milésima vez, no soy vidente. Simplemente he desarrollado unos circuitos en mi cerebro que me permiten transportarme a otra parte y ver algunas cosas, pero no predigo el futuro.

—No quiero dejar a Gary.

—Excepto cuando nos casemos...

—Pero eso no será mañana. ¿OK?

Junior la contempla fascinado.

—No puedes impedirme que...

—Junior..., es grave. Me estoy volviendo loca... —Duda un poco y acaba —: Por un hombre.

—Lo sé. Solamente espero que tengas la delicadeza de no hablarme de ello.

Deja caer la cabeza, con los brazos colgantes a lo largo del cuerpo, y se enrolla sobre sí mismo; querría desaparecer bajo los cojines del sofá.

—¿Cómo lo sabes?

Él se agita y se manosea el pelo.

—¿Cuántos rivales voy a tener que eliminar?

—Respóndeme: ¿cómo sabes que existe ese hombre? ¡Junior!

Casi ha gritado.

Junior, con la mirada baja, rasca el brazo del sofá.

—El otro día necesitaba hablarte. Hacía demasiado tiempo que no tenía noticias tuyas. Como tu móvil no daba señal, llamé a tu casa. Me contestó tu madre, me dijo que tenías una cita en el Fouquet's para almorzar, entonces me conecté con el Fouchet's y te encontré.

—¡Qué necesidad tenía de decírtelo! ¡Siempre está vigilándome! Siempre queriendo saber dónde voy y todo ese rollo. ¡Es insoportable!

—Te quiere. No puede evitarlo.

—No es una excusa. —Hortense se enerva, se muerde el pulgar—. Bueno, ¿qué has visto?

—He visto los manteles blancos, los bellos platos, las bonitas jarras, los guisantes de olor; he visto al señor Carter, está bien ese señor Carter. Tiene una bella aura. No está podrido del todo. Puedes fiarte de él. No es un timador.

—Picart le ha hablado de mí; repercusión, mucha repercusión, quiere llevarme para una venta especial en Bergorf Goodman<sup>11</sup> después del desfile. ¡Mi colección presentada a los mayores clientes de América! ¡Y solo ha visto los croquis! ¿Te das cuenta? Mejor aún, está dispuesto a encontrarme un

circuito comercial..., un córner en los grandes almacenes o una aplicación para teléfonos móviles, todavía no lo sabe.

—Pero, sobre todo..., Hortense, he visto al hombre de la mesa de al lado. Ese hombre guapo que parece embutido en una armadura, frío, duro, pero bello, muy bello...

—¡Ah! —murmura débilmente Hortense—. ¡También tú!

—Te comía con los ojos, te acariciaba el pelo, te separaba las piernas bajo la mesa...

—¡Para, Junior! ¡Me irritas!

—Estaba hambriento de ti. Escudriñaba cada centímetro de tu cuerpo mientras discutía con su interlocutor. Vuelves locos a los hombres, Hortense.

Lanza un largo suspiro de hombre agobiado.

—Me importa un bledo —dice Hortense—. ¿Y luego?

—Te he seguido por las escaleras que llevan a los servicios. He presenciado la escena... La horrible escena. No he dormido en toda la noche. Las lágrimas mojaban las sábanas, mi garganta escupía fuego...

—¿Lo has visto? ¡Lo has visto! ¡Ay, tienes que ayudarme!

—¡Desde luego que no!

—Así que no me quieres...

—¿Cómo puedes...?

Él la mira indignado, con el ceño fruncido.

—Conéctate con él. ¿Has guardado su impronta en tu cerebro?

Junior asiente.

—Ve.

—¿Ahora? Son las ocho de la tarde. Vamos a cenar enseguida.

—No busques excusas. Zoé me ha dicho que no necesitas comer, que te basta con leer las recetas. Conéctate con él, dime qué ves...

—Popeline va a volver, todavía tenemos trabajo esta noche.

—¡Me sorprendería mucho! Se ha marchado. Ha cogido las carpetas y te ha dicho que hasta mañana.

Popeline se había puesto el abrigo, había cogido el bolso y había dicho: «Tengo que llevar cartas a Correos y me pararé en el quiosco para comprar su revista». Alpargatas naranjas y medias grises. Una pañoleta a cuadros vichí rojos y blancos anudada bajo la barbilla y un impermeable negro acharolado. Una Audrey Hepburn en la tercera edad. Al ver caer la lluvia, dijo: «Caen

chuzos de punta, me mojo sin duda. Estoy harta de paparruchas, me voy con premura».

Y se fue.

—¿Siempre habla haciendo rimas? —había preguntado Hortense.

—Es una manera de eliminar su estrés.

—¿Se estresa?

—Sabe lo que siento por ti. Un día se lo conté, mi corazón desbordaba tristeza y ella me consoló. Desde entonces, en cuanto menciono tu nombre, se traga un Lexomil y se toma una manzanilla.

—¡Junior! ¡Va! ¡Conéctate!

—Hortense, ¿no ves que sufro? —gime Junior mientras se coge el pecho con las dos manos.

—Dime qué hace, si está solo o no, en pareja y todo eso. No sé nada de él...

—¿No te das cuenta de cuánto te quiero?

Lanza sobre Hortense una mirada ardiente que vuelve a sus ojos fluorescentes.

—Yo también te quiero, te quiero infinitamente. Lo sabes muy bien. Y tengo mérito porque francamente no te pareces a nada. No sé si me gustaría ir de la mano contigo por la calle, por ejemplo.

—¿Como dos enamorados? —dice Junior, lleno de esperanza.

—Al final, puede que sí —concede Hortense haciendo una mueca—. Mira, solo eso ya es una prueba de amor.

—Pero no me quieres sin más.

—Tienes que crecer...

—¡He crecido doce centímetros! Mido uno cincuenta y uno.

—Peinarte un poco mejor...

—¿Qué le pasa a mi pelo?

—Es..., eh..., un poco raro, quizá... Podrías comprarte una loción fortificante.

Una pelusa roja adorna el cráneo de Junior, dibuja un arrozal quemado por el sol del que emergen finos brotes.

—Un poco de gomina... para darle forma.

—¿Me la comprarás?

—Prometido. Ahora, por favor, dime lo que ves...

—¿Me enseñarás cómo se pone?

—Sí, sí.

—Mejor aún..., ¿me la pondrás tú misma?

—*It's a deal*<sup>12</sup>.

—Escucharemos un disco muy dulce, muy triste; abriremos una botella de champán y me harás un masaje en el cráneo...

—¡Prometido! Por favor, Junior...

—¡Tus dedos en mi cráneo! Soy feliz, revivo. La felicidad no es poseer sin esperar el placer. —Junior bota en el sofá, salta, cada vez más alto, hace un doble salto, se arregla el chaleco a cuadros, carraspea, cierra los ojos, los cierra tan fuerte que las venas de las sienes se le hinchan y palpitan lentamente

—. ¿Estás lista?

—Estoy lista.

—¿Estás segura de que no vas a lamentarlo?

—Segura.

—Te prevengo: cuando hablo de lo que veo, no tengo ninguna emoción personal. Estoy como separado de mí mismo. Si tengo reacciones, me vienen de ondas que me atraviesan pero que no son forzosamente las mías. Porque, no lo olvides, todo es una cuestión de ondas, de vibraciones.

—De acuerdo. Me parece bien.

Extiende los índices delante de él, como Moisés frente al mar Rojo; echa la cabeza atrás, cuenta «cinco, cuatro, tres dos, uno, cero» y declara:

—Veo un comedor-cocina, en el campo, dos perros grandes echados en una alfombra, un loro que grazna en un rincón y picotea un mendrugo de pan, la chimenea encendida. Un chico de diez u once años ve la televisión al fondo de la habitación. Tiene el pelo rubio, lleva una camiseta grande, unos vaqueros, y tiene las piernas encima de los brazos del sofá. Es mono... ¡Muy estiloso! Acaba de afanar unas olivas y unos tomates de la mesa baja y le regañan. Él se ríe, ¡ha conseguido robar la mitad de un salchichón! Me gustaría ser su amigo. Nos divertiríamos juntos. Discutiríamos de temas de, bueno, en fin..., de temas de hombres. Me pregunto si sería posible. Tengo que reflexionar...

—¡Me importa un bledo el chico! El hombre, ¿ves al hombre?

—Está sentado a una mesa. No está solo, son cuatro.

—¿Cómo que cuatro? Quieres decir que...

—Sí, dos parejas. Está el hombre. A su lado, una mujer guapa, rubia, ¡y vaya si es guapa!

—¿Más que yo?

—Alta, delgada, el pelo desgredado, los ojos muy azules, manos largas y finas, un cuello gracioso que se inclina, no mucho pecho. Deja una cazuelita de *rillettes*, otra de tomates cherry, una tercera llena de...

—Di, ¿es su mujer?

—Todavía no lo sé.

—¿Qué más ves?

—Otra pareja... más corriente. Están un poco encogidos. Él, alrededor de los cuarenta y cinco, casi calvo, no muy cómodo, se estira el cuello de la camisa, tiene el cuello irritado, las mejillas coloradas, parece un leñador endomingado. La mujer es morena, de pelo rizado, regordeta. De aspecto amable. Estos dos están juntos, seguro. Se cogen de la mano, se sonríen. Él tiene manos grandes de carnicero, brrr... La mujer se separa, se frota el brazo. ¡Un poco bruto, el macho!

—¿Y los otros dos?

Junior hace una mueca dubitativa. Apunta con los índices, estira los brazos, los hace girar como si removiera el aire para reavivar una llama.

—El hombre no tiene un aspecto muy expresivo. Está sumido en sus pensamientos.

—¿De qué hablan?

—No oigo muy bien por el ruido de las copas, las botellas, la música, el loro garriando... Están tomando el aperitivo. Ah, sí... Espera un poco... Tenían que cenar juntos la víspera, pero el hombre tuvo un imprevisto.

—¡Apasionante! ¿Nada más?

—Trabajan en la misma empresa. Veo chapas, pernos, planchas de acero, barreras de autopista, carrocerías, motores de coche, una máquina enorme que escupe fuego...

—¿Es un circo? ¿Un campamento de indios?

—La regordeta debe de llamarse Julie, porque el loro no deja de gritar «Julie, Julie». El leñador se ríe, le faltan dientes. El chico ha vuelto, pregunta algo y le dicen que no. Realmente parece genial. ¿Crees que podría ser mi amigo?

—Lo que estaría bien sería tener el sonido y la imagen al mismo tiempo.

—No estoy más que al principio de este procedimiento. Todavía voy a tientas. Antes solo conseguía *flashes*; luego se transformaron en diapositivas, y, desde hace poco, es como una película. Un poco borrosa, quizá, pero hay un progreso.

—¿Qué locura! ¿Cómo funciona?

—Ante todo hace falta que tenga una impronta fresca de la persona para localizarla en el espacio. Luego activo las células de mi fórnix, la sustancia blanca formada por las fibras nerviosas bajo el cuerpo calloso que une el hipocampo con el hipotálamo...

—Entiendo —sonríe Hortense, que no sabe nada de su fórnix.

—Hago que mis células den vueltas como un motor al arrancar, me concentro y envío toda la fuerza centrífuga que se convierte en centrípeta cuando toca y penetra en la impronta. Luego una vibración sale de la impronta y toca a la persona que busco. Es como un arpón que atraviesa el espacio. El vínculo vibra muy fuerte, las vibraciones relacionan la impronta con el original, llenan el vacío entre ellos, tejen un haz de imágenes y el personaje aparece ante mis ojos. VEO. Es agotador, pero VEO.

—¡Quieres decir que es embriagador!

—Al principio es como una película muda; luego llega el sonido, más o menos limpio. Todavía no funciona muy bien. Comienzo por ver la escena desde el punto de vista del hombre, luego las otras improntas se solidifican, se llenan, se ponen a vibrar y las percibo también. Puedo pasar de una a otra.

—¡Qué locura! ¿Puedo hacerlo yo?

—Hace falta entrenamiento. Primero tienes que localizar las diferentes partes de tu cerebro a fin de activar la zona adecuada. Imagina que te apoyas sin querer en el quiasma óptico...

—¿Qué es eso?

—Es el lugar donde se unen y entrecruzan los nervios ópticos del ojo derecho y del ojo izquierdo.

—¿Me quedaría ciega?

—O empezarías a bizquear. O tendrías un ojo que miraría hacia arriba y otro hacia abajo.

—¡Un Quasimodo! No me apetece intentarlo en absoluto.

—Hay que conocer el cerebro.

—Dime, ¿cómo se llama la rubia alta?

—No lo sé. El loro no la llama. Y si los demás lo hacen, no lo entiendo. Se ahoga en el guirigay. Ella no habla. Observa. Tiene el ceño fruncido, como si lo que viera le resultara penoso, y se arranca los pelos de las pestañas. El hombre la golpea en los dedos para que pare.

—¿Se pelean?

—No, pero él parece molesto. El leñador endomingado lo pone nervioso. Hay que decir que no se comporta muy bien. Blande el cuchillo, habla con la

boca llena, hace ruido al masticar. Eso pone nervioso al hombre. La rubia guapa lo ha comprendido. Pone la mano sobre la pierna del hombre para calmarlo.

—Parece implacable, peligroso —dice Hortense, soñadora.

—Tiene la cabeza llena de confusión cuando mira a Julie. Está dividido. La quiere mucho y, sin embargo, lo incomoda.

—¿Como si ella le impidiera hacer algo que se muere de ganas de hacer?

—Sí, es eso. Está impaciente por triunfar, por ganar dinero. Es un asesino. Y ella está en su camino. ¡Ay! ¡Acabas de pasar por su cabeza!

—¿Yo?

—Vuelve a pensar en la escena en la escalera. Cuando te ha cogido en brazos. Sonríe, te sostiene, tiene la sensación de que te posee, incluso puedo decirte que se le empina...

—¡Ay, Junior!

—Se le empina mucho. Tiene ganas de reventarte el culo...

—¡JUNIOR!

—Te digo lo que veo... Si quieres, paro.

—No. Pero, bueno..., es incómodo. Se supone que tú y yo no debemos hablar de estas cosas.

—Te previne. De todos modos, se calma. Te saca de su cabeza y piensa en una máquina amarilla muy grande. Una tostadora enorme. Qué raro... La rubia guapa se pega a él. Hay algo de animal en su abandono. Él la abraza. ¡Ay, princesa! Su vínculo es fuerte, muy fuerte.

—¡No insistas!

—Hace daño, lo sé. A menudo es mejor no saber.

—¡Cállate! Ve a ver al cerebro de la rubia si estoy en él.

—¡Espera! He conseguido atrapar un trozo de su pensamiento. Cuando ha hundido la cabeza contra el hombre. Un trocito...

—¿En qué piensa?

Los ojos de Junior reflejan la sorpresa.

—¡Vaya, caramba!

—¿Qué?

—¡Esto no tiene sentido!

—¡Pero di, di!

—Está en una habitación de una residencia o de un hospital. Habla con una mujer, un vejestorio de pelo blanco; está acostada, con un grueso edredón verde muy espeso sobre el vientre. Un gorro gris sucio en la cabeza. Lleva un

anorak marrón y unos calcetines gruesos en las manos. Como unos guantes.

—¿Unos guantes?

—Se los quita, registra en el edredón, saca unos billetes y se los tiende a la rubia. Con reticencia. La rubia se los embolsa. Eso forma un gran bulto en su bolsillo.

—¿Está atracando a la vieja? ¿Tiene un cuchillo? ¿Una pipa?

—No. Le habla. Reclama más dinero. Dice que «él» lo necesita. Que una fuga cuesta cara. La vieja se agita, protesta, pero le da la pasta. Y luego señala con el dedo a la rubia y la amenaza...

—¿Con qué?

Junior sacude la cabeza y resopla, desanimado.

—Se acabó, Hortense. Solo tengo una impronta para pillarlo todo y no es suficiente. Lo intentaremos otra vez.

—¿Ya no estás allí?

—No hay nada más en mi pantalla. ¡Solo estática!

\*

«¿En qué piensa?», se pregunta Stella.

«Ha preparado la cena, ha elegido el vino, ha dado la mano a Jérôme, ha abrazado a Julie, ha pasado un brazo alrededor de mi hombro. Habla, sonrío, me abraza. Dentro de un rato nos acostaremos, hablará, sonreirá, me abrazará, luego me dará las buenas noches o me hará el amor porque me habré apretado contra él.

»Es así desde...

»¿Desde que rechacé el ramo de calcetines grises?

»No. Esto empezó después.

»¿Es una mujer?

»¿U otra cosa?»

Él está haciendo equilibrios. No sabe de qué lado caer. Piensa en coger su bolsa y marcharse. Lo ha hecho muy a menudo. Ella ve las ganas de huir en sus hombros, en su sonrisa sin sentido, delgada como un hilo.

«Nadie me lo quitará. Es mi hombre.

»¿Y si me lo quitan?

»Morir durará toda la vida.»

Julie lleva una ropa demasiado apretada.

Podrías contar las arrugas de su vientre, sus caderas. Ha elegido una talla por debajo de la suya para prohibirse comer; apenas puede respirar, gime, se ahoga.

Está a punto de asfixiarse y se apoya en el borde del fregadero.

—Intento perder un kilo, suplico a mi cuerpo que pierda grasa, lo mato de hambre, pero no reacciona. Es un asno con albardas.

Stella se ríe a carcajadas.

—¿Por qué te ríes? —pregunta Julie, ofendida—. No es gracioso.

—¿Te acuerdas de quién decía «asno con albardas» en el colegio?

—No —dice enfurruñada Julie.

—*Miss Turner*. La profe de inglés. «No sois más que unos asnos con albardas.» ¡Y ponía todo el énfasis en *albardas!*

—Ay, sí... Me acuerdo.

—Tenía muy buena presencia, la encontraba magnífica.

—¿Te acuerdas de ella hasta ese punto?

—Sí... A mí me parecía libre, independiente, guapa. Alta, con tacones bajos, largas bufandas, abrigos de pelo de camello, faldas rectas, jerséis de cachemira de hombre...

—¡Y una larga nariz!

—Usaba unas expresiones increíbles. No sé con quién había aprendido francés... Pero no era ningún caballero.

—¿Tienes razón! Cuando la enfadábamos, decía: «Pero ya basta... ¿Habéis acabado de tocarme los cojones?». Ya no podremos volver a tocarle los cojones —suspira Julie.

—¿Por qué?

—Me encontré a *Émilie Robinet* en el Monop y me dijo que *miss Turner* había muerto. Hacía quince días. Un cáncer fulminante. Al final, ya no podía ni sentarse de lo que había adelgazado. Acababa de cumplir cincuenta años. Le empezó de repente. Se murió en tres meses. *Émilie* dice que ha sufrido un choque emocional.

Julie lucha por coger un poco de aire.

—Aflójate el cinturón —resopla Stella—, estamos en confianza.

—¡Desde luego que no! ¿Qué es lo que parecería?

—¿Prefieres explotar?

—Para ti es fácil, eres guapa y delgada.

—También tú eres guapa. ¡Me sacas de quicio! No hay una sola manera de

ser bonita. Se puede estar gordita y ser encantadora. Marilyn no estaba delgada, precisamente...

—Estuvo a régimen toda su vida. —Julie posa una mano en su ropa—. Esta noche solo voy a picotear un poco, no te enfadarás, ¿verdad?

—El que ha cocinado es Adrian, es muy intransigente en cuanto a la dietética, no ganarás ni un gramo.

—Eso es nuevo.

—Si solo fuera eso... —suspira Stella.

Jérôme ha traído una botella de dos litros de champán con el que no escatima elogios. Parece que se ha aprendido el discurso de memoria.

—Es de una cosecha de un viticultor que ha elegido una producción de alta calidad con una distribución hiperselectiva. Es un modelo de precisión y de pureza. Pocas veces un *chardonnay* habrá alcanzado una plenitud semejante.

—Le brilla la nariz, saca el pañuelo para secarse y coge a Julie por la cintura. Su manos, rojas y gordas, con las uñas cortas y negras, son una mancha en la ropa azul—. El productor es un tipo formidable y está a buenas conmigo. Me hace buen precio. Si queréis, puedo recomendaros. —Adrian y Stella mueven la cabeza para significar que es muy amable pero que no. Jérôme lo entiende y enrojece—. Tengo que tratarla bien, a mi amorcito. Está acostumbrada a lo mejor, debo estar a la altura.

—¿Por qué dices eso? —protesta Julie—. A mí me han criado con mano dura.

—Chissst... Chissst... ¡Yo sé lo que digo!

En la mesa, suelta un «¡Que aproveche!» mientras se mete la servilleta en el cuello de la camisa, corta la ensalada, lame el cuchillo y cuenta cómo la última vez que llevó el coche al mecánico le cobraron el doble por un cambio de aceite. ¡Hace falta valor!

—Les he dicho que yo no era un turista, ¡me he reído con ganas!

Adrian no se ríe.

Ha preparado unas vieiras salteadas, unos purecitos, endivias braseadas, un plato de quesos y un suflé de chocolate. Jérôme pregunta si el suflé es de la casa Picard. Le encantan los productos Picard. «Solo hay que evitar que se descongelen en el trayecto, yo tengo una bolsa antigoteo. Soy un tío organizado.»

—Un suflé —exclama Julie—. No voy a poder ni tocarlo.

—¿Por qué? —pregunta Adrian.

—¡Por mi vestido! ¡Mi vestido de novia!

—Empieza el régimen mañana...

—Es lo que me digo cada noche.

—Te quiero, amorcito, ¡y cuanto más haya de ti, mejor! —dice Jérôme.

Repite reprimiendo la risa:

—¡Cuánto más, mejor!

Julie enrojece, Stella se obliga a reír y Adrian exhibe una educada sonrisa forzada.

—No debes de aburrirte con él —dice Stella—. ¡No hay peligro de depresión!

—Yo no he tenido tiempo de desarrollar una depresión —la corta Jérôme—, directamente me convertí en alcohólico. Fue antes de conocer a mi amorcito. Me ha devuelto la seguridad en mí mismo. Me ha hecho recuperar mi dignidad. Cuando volví de mi viaje al fin del mundo, con el rabo entre las piernas; después de que mi mujer, esa zorra...

—¡Jérôme! —dice Julie con voz dulce.

—Pues bien... A mi vuelta, Julie no rechistó, no me preguntó nada, me enseñó mi mesa y me dijo que a currar. Nunca lo olvidaré. Y si alguna vez hay alguien que intenta hacerle daño, no se hará el valiente mucho tiempo. ¡Me lo cargo sin titubear!

—Pero ¿quién habla de hacerle daño a Julie? —dice Adrian clavando en Jérôme una mirada fría.

—Hablo en general. Me anticipo. Había un tipo que acosaba a mi madre, y, bueno, le serré el eje del coche y se estampó contra un árbol.

—Supongo que no estará muerto, ¿verdad? —pregunta Adrian, irónico.

—No. Pero pasó una larga estancia en el hospital. El tiempo suficiente para reflexionar y no volver a las andadas. Eso es lo que hago cuando alguien busca pelea.

—Lo que quiere decir es que me quiere y que me protege —sonríe Julie mientras le da palmaditas en el brazo a Jérôme.

—Bueno... —interviene Stella—, ¿hablamos de otra cosa?

—Sí, tienes razón, si no, vamos a arruinar el ambiente... —responde Julie. Jérôme adelante la barbilla, amenazante—. Digo simplemente que no hay que tomarla contigo, conejito mío. No digo más, punto final. No digo nada más.

Stella lanza una mirada a Julie: «¿Ha bebido o qué?». Julie abre las manos dado a entender que no sabe qué le ha dado.

Adrian se levanta.

—Id a sentaros cerca del fuego, ya recojo yo.

—¿Te echo una mano? —pregunta Jérôme.

—Gracias, no. Me gusta ocuparme sola.

\*

—¿Has pasado una buena velada? —pregunta Stella, sentada con las piernas cruzadas en la cama, con un frasco de desmaquillador en una mano y un trozo de algodón en la otra. Tiene la frente despejada, se ha recogido el pelo con una ancha cinta negra—. Jérôme te ha molestado. Lo he visto. —Adrian sonríe. Con su sonrisa que se abre y se cierra a toda velocidad: «Si intentas saber lo que pienso, buena suerte»—. Es un buen tío —dice Stella—. Ha vuelto de lejos. —Adrian coge un informe sobre el porvenir de la madera y del plástico en la producción energética y lo hojea—. Lo sé. Es su carné de identidad. Nombre: Buen Tío. Oficio: Volver de lejos.

Él coge una almohada y se la lanza detrás de la espalda.

—Le cuenta su historia a todo el mundo. Es su hazaña. La cosa más extraordinaria del mundo.

—Bueno... corriente no es, en todo caso.

—Ni siquiera es seguro que haya estado bajo las palmeras. Tal vez es mentira. Ha tirado a su mujer a un estanque y se ha embolsado las ganancias de la lotería. ¡Hablas de una epopeya!

—Eres duro.

—¿Alguien lo ha comprobado? —Da un puñetazo en la almohada para ahuecarla—. ¡Y esa manera de jugar a los jefecitos desde que es el «prometido» de la dueña! —Entrecomilla con los dedos la palabra «prometido»—. ¡Deberías verlo! En cuanto un camión va un poco más rápido por la empresa, le silba y lo llama al orden echándole un discursito sobre seguridad. El otro día estaba con Julie en su despacho dándole besos en el cuello y me soltó: «¿Dónde has estado hoy? No se te ha visto por la Ferraille. Tío, vas a tener que comunicarnos cómo emplear el tiempo a partir de ahora». No tengo que rendir cuentas a ese desgraciado que lleva una camiseta *Harley-Davidson* que le queda grande. Además, enturbia el ambiente en la empresa.

—No me ha llegado nada...

—Siempre estás en la carretera.

—Aun así..., están enamorados. Y yo estoy contenta de que mi amiga sea

por fin feliz. Es un buen tío.

—Lo sé. Ya me lo has dicho.

—Entonces, ¿por qué hablas como si pensaras lo contrario?

Adrian vuelve a cerrar el informe y mira fijamente a Stella.

—¿Y tú por qué te desmaquillas con cremas de cien mil dólares? ¿No eras la reina del Lidl? —Stella juega con la tapa blanca y dorada de su crema de veinticinco euros—. ¿Tienes un amante?

—Quiero tener la piel suave, estar guapa...

—¡Pero tú siempre estás guapa!

—Entonces, digamos que no me lo dices bastante.

—No me gusta decir...

—O que no me lo haces sentir bastante.

—¿Es culpa mía? —pregunta con una sonrisa.

—Tienes que cuidarme —dice bajando la voz.

—Tú no necesitas a nadie.

—Tienes que cuidarme —repite.

Adrian tira los papeles por el suelo, coge a Stella, la levanta, la acuesta contra él y la encierra entre sus brazos.

—Eres la más deseable de las mujeres. ¡Y voy a demostrártelo!

Ha encendido un cigarrillo y fuma mirando el techo. «Realmente va a haber que cambiar el globo de cristal, parece que estamos en la piscina municipal. Solo falta el olor a cloro, el pediluvio y el ruido del elástico de los *slips*. ¿Qué es lo que no va? Me irrito con facilidad. Incluso sin que me busquen las cosquillas. Ya no soporto esperar, contemporar, fingir. Querría forzar la máquina. ¿Qué le encuentra Julie a ese imbécil? Tiene el cerebro de un peluche a pilas. Y ella no es tonta. ¿O puede que se haya vuelto? Y él... Siempre pasándole la mano por el lomo, llamándola “mi amorcito”, “mi conejito”, con una gran sonrisa de alguien que acaba de firmar su primer contrato indefinido. ¿A qué juega?

»De acuerdo, todos tenemos nuestra parte oscura, pero él la niega y prefiere quejarse...»

—¿En qué piensas? —dice Stella con la cabeza en el torso de Adrian.

Adrian echa la ceniza del cigarrillo en el cenicero que tiene sobre la sábana.

—Normalmente no te hace falta preguntar.

—Digamos que en este momento hay interferencias.

—¿De verdad?

—No estás aquí. Estás en otra parte.

—¿Tienes miedo? —Stella pasa un dedo por los pelos del torso de Adrian, respira el olor ambarino de su piel y no responde—. Tienes miedo y te pones cremas muy caras porque crees que eso va a ahuyentarlo.

Stella se mueve, sube la sábana hasta la cadera y desliza la nariz en el hueco del hombro de Adrian como un animalito que busca calor.

—¿Crees que mis cremas cuestan caras?

—Un poco, sí.

—Eso es cosa mía.

—No te he preguntado.

—Es verdad.

—Dices que no quieres tocar la pasta de Ray.

—Es para mamá. No para mí. Me sacas de quicio, Adrian.

—Te presto atención.

—¿Y?

—Y cuando mi mano se desliza bajo la cama... —Se inclina, estira el brazo, barre el suelo con la mano y saca de debajo de la cama unas revistas femeninas, *Elle*, *Grazia*, *Vogue*, que lanza descuidadamente sobre la sábana—. ¿Qué es todo esto? —pregunta—. Nunca te has maquillado ni te has interesado por los trapitos... —Coge *Elle* y la hojea—. ¿Qué buscas en este revoltijo?

Ella vuelve a pensar en el blog de Hortense Cortès. Su foto de perfil muestra a la bloguera en pleno arrebató en un impermeable beis abierto sobre unas largas piernas bronceadas, las manos en los bolsillos, una bufanda de cuadros escoceses alrededor del cuello, una cabellera leonina castaña y rubia, una cara angelical que quiere devorar la vida. Todo en ella rezuma naturalidad, elegancia, belleza. Y esta chica es su sobrina. No se acostumbra. Ha estado a punto de encargarse una camiseta *No cruzo por el paso de peatones*. No se ha atrevido. Intimidada por la chica en impermeable. No quiere que Adrian vea la foto. La chica es demasiado guapa.

Ella alarga la mano y vuelve a coger la revista.

Él la mira directamente a los ojos.

—¿Tienes miedo de que vaya a buscar en otra parte?

—Nunca se sabe...  
—¡Como si yo tuviera ganas!  
—Eres tú el que lo dice.  
—¿Y tú qué harías?  
—Te mataría.

Es una noche en la que todo se hace pedazos. Una noche desastrosa.

Hay noches así.

Stella tiene ganas de llorar. «Haz que no se marche, haz que nunca se marche. Haz que me equivoque...»

Le brillan los ojos, se le crispan las mandíbulas.

—Stella... —habla como si se dirigiera a una niña—, estoy aquí. Siempre estaré aquí. —Desliza el dedo por su hombro. Ella cierra los ojos e inclina el cuello para que el dedo suba más alto, por su cabello—. ¿Qué vas a hacer con lo del colegio Ray-Valenti?

—La guerra.

—¿Y luego?

—El colegio no llevará nunca el nombre de Valenti.

—¿Me necesitas?

—No. Es mi problema.

Él vuelve a echarse en la almohada. Contempla el techo, el plafón, la luz glauca de piscina municipal. Es gracioso, antes no veía esos detalles.

—¿Para qué sirvo? ¿Me lo puedes decir? —Ella no responde. Busca su mano para que continúe acariciándola. Él se separa—. No sirvo para nada.

Se levanta, coge el pantalón, se pone un jersey y baja la escalera. Cierra de un portazo.

Cuando monta en cólera, va al Charly's, en Sens. Tienen champán malo y chicas bailando desnudas con pezoneras de lentejuelas cuyos pompones menean delante de las narices de los clientes mientras miran la hora en su reloj de pulsera.

Stella no oye el ruido del motor.

Debe de estar sentado en el banco. Enciende una cerilla y da una calada al cigarrillo.

Está fumando demasiado.

Y ella... ella pisa el acelerador.

\*

Adrian contempla el cielo negro. Es una noche sin luna, sin viento, sin ramas balanceándose. Una noche en la que perderse. Espera a que sus ojos se acostumbren y distingan las formas. Le gusta cuando las formas se revelan. Amansa a la noche.

No comprende por qué ella siempre lo deja fuera del círculo. Siempre están las mismas personas en ese círculo: Léonie, Georges, Suzon... y Ray Valenti.

Pero no él.

«Stella avanza por su camino mirando al pasado. No se crece mirando atrás. Yo correré riesgos, tocaré fondo o no, pero miraré adelante. Triunfaré, aunque tenga que pasar por encima de quien sea o hacer trampas. Detesto el concepto de virtud. Como si las cosas solo se debieran hacer de una manera, noble y justa. La vida no funciona así. La virtud es un colgante para ricos. Los pobres hacen sus apaños, se parten la espalda, actúan con astucia para sacarse las castañas del fuego.»

Se acuerda de dos amigas de Aramil. Apenas diecinueve años. Necesitaban dinero. Una para un par de zapatos de invierno y la otra para alimentar a sus dos críos flacuchos. En la ciudad se había instalado una guarnición. Suboficiales con galones en el pecho y rublos en los bolsillos. Recorrían las calles haciendo resonar sus botas brillantes. Por la noche iban al centro y tiraban los billetes a puñados. Era insultante para la población. Las dos chicas eligieron a un suboficial cada una. Para pagar calzado forrado y algunas baratijas, llenar tres neveras y comprar unos peluches. Volvieron de los barracones cogidas del brazo, riendo: «No lo hemos pasado tan mal, los chicos no eran tan desagradables como para eso, incluso hemos salido ganando, ¿no crees? Además, ya está hecho, ya no hay nada que hacer. ¡Y mis críos sobrevivirán al invierno!», había concluido la más alegre.

«Creía haber encontrado una solución metiendo a Julie en el negocio, pero esta noche ya no tengo ganas. Solo le preocupa su imagen. Ya no piensa. O solo en Jérôme.

»Mañana, lunes, llamo a Borzinski y le digo que sí.»

\*

«¿Es porque no he querido llamarme señora Kosulino? ¿Porque he rechazado el ramo de calcetines grises? Pero solo podremos comprometernos cuando todo esté arreglado, ¿no? Si no, estaremos mintiendo.»

Y luego, de inmediato, como si hubiera una relación, como si fuera evidente, se dice: «Voy a desplumar a la vieja. No le quedará ni un duro.

»Voy a desplumarla y vengaré a la pequeña de la foto. ¿Quién es esa niña? ¿La buscaba él? ¿La había violado o quería violarla? ¿Por qué había dibujado una diana, como si fuera a matarla?

»Parecía muy confiada, muy feliz, con ese remolino de pelo que le cae sobre la frente y le desordena el flequillo.»

Querría matar a todos los que la toman con los débiles e indefensos. La cólera sigue viva en ella. La inunda por completo.

«Hasta que no haya desplumado a la vieja y salvado a la niña, no seré libre. Debo llegar hasta el final, del todo. Aunque lo pierda todo en el camino.

»Es así.»

\*

Desde la ventana de su habitación, Tom observa la espalda encorvada de su padre sentado en el banco y el punto rojo del cigarrillo que dibuja trazos en la oscuridad. Ha oído los pasos de Adrian en la habitación, el ruido que hacía mientras se ponía las botas, el crujido de los peldaños de la escalera, la puerta de entrada abriéndose y cerrándose con un golpe. Todavía están peleados. Quiere a su padre, quiere a su madre, no quiere que se divorcien. A buen seguro que han reñido por culpa de Ray Valenti y del colegio. Está harto de Ray Valenti. Está harto de llamarse como él. Cuando Ray murió, se cantaron las alabanzas de aquel maldito tipo. La gente babeaba, lo veían como a un héroe. Y luego, rápido, enseguida, volvían a sus casas para ver en la tele las imágenes del incendio. «Parece mentira —los oía decir—, se ve mejor en el telediario.»

Creen que a los once años no se entienden esas cosas. Que no se distinguen los matices en la voz, la falsedad de una mirada. No él. Su madre le enseñó. Y sin decir nada. Es parca en palabras, pero no se le escapa nada. Lo pilla todo. Lo que es seguro es que cuantas más personas adultas están implicadas en una historia, más follones hay.

El padre de Noa discute continuamente con su madre. Problemas con el pajarito. Un día, delante de toda la clase, Noa gritó: «¡Eh, Valenti! Mi padre ha visto a tu padre en el Charly's». ¡Qué vergüenza! Porque el padre de Noa es un montón de mierda. Noa lo sorprendió un día morreándose con una tía. El padre le compró unas Jordan a su hijo para que se callara. Desde entonces, Noa llevaba siempre unas zapatillas extraordinarias.

Y una cazadora Goose.

El padre no se quiere divorciar, su mujer está forrada. La empresa, la gran casa, el buen coche y la bonita piscina son de ella. Él solo tiene su cara bonita.

El punto rojo del cigarrillo se ha apagado.

Su padre sigue en el banco.

Y luego vuelve a entrar.

Tom lo prefiere.

Puede que ahora se reconcilien. En la cama. A menudo termina así. Ya no hay ruidos de voces, solo suspiros, grititos.

Eso también le da miedo.

\*

—¿Lo haces a menudo? —pregunta Hortense.

Ha vuelto a su posición favorita: la cabeza en las rodillas de Junior y los pies en el brazo del sofá.

—¿El qué?

—Espiar a la gente...

—Lo hice una vez. Mi padre sospechaba que un socio lo estaba timando. No sirvió de nada: no escuché nada. El tipo hablaba y yo no entendía ni jota.

—¿Nada de nada?

—Yo estaba asqueado. Intentaba leer los labios del tipo y descifraba cosas como *Cuidado con mi culo* o *Hay que dejar hacer al trasero...*

—¡Son títulos de películas porno! —Hortense calla y reflexiona. Si tuviera ese don, no dejaría de usarlo. ¿Cómo puede Junior ser tan sensato y no abusar de él? Pregunta—: Dime, ¿has puesto a prueba a Elena, como me prometiste?

—Sí, es honesta.

—¡Te equivocas!

—Es una buena persona.

—No lo siento así. Y creo que tengo razón.

—Nadie es infalible.

—Te ha impedido trabajar en mi tejido... Teníamos un montón de ideas. Lo rechazó tajantemente.

—Quería una dirección y solo una. Para que el mensaje sea claro.

—¿El asunto de la faja que se traga la grasa?

—Sí, y nada más. Con nuestras ideas de tejido que carga el móvil o que emana calor, el mensaje se enturbiaba. Dejábamos el universo de la moda por el bazar de la electricidad. Tiene olfato, confía en ella.

—Es demasiado vieja para saber lo que les gusta a los jóvenes.

—Falso. Tiene energía para dar y tomar. Cuando tomo su impronta, me agoto de seguirla. Esta mujer es como la pólvora...

—Me gustaría saber si la gente espiada se siente observada. Si eso los perturba...

—No se dan cuenta.

—¿Estás seguro?

—No lo sé. Te he respondido demasiado deprisa.

—Es lo que me gusta de ti, Junior. Dices cosas como «Te he respondido demasiado deprisa». Eres honesto. De hecho, creo que te quiero tal como eres.

—Quieres a demasiada gente, querida Hortense. Cuando estemos casados, espero que seas menos voluble. ¿Sabes cuál es tu problema? —Hortense sacude la cabeza. No está segura de querer hablar de su problema—. Tienes tanta feminidad que necesitas varios hombres para satisfacerla.

—¡Soy la chica más sola del mundo! ¡Duermo con mi máquina de coser, hablo con mis tijeras, acaricio mis rollos de tela y tengo orgasmos con mi cinta métrica! No me he acostado con un chico desde...

Echa los brazos al aire para significar la eternidad.

—Mientes, princesa...

—¿Seguro que no tienes un mechero? Tengo que quemarme el pelo.

Junior suspira, cansado.

—Mientes, princesa, mientes.

—No miento... No quiero pensar en ello. Si pienso...

Entrelaza los brazos sobre su vientre en un gesto de rabia.

Junior tira del chaleco a cuadros y del nudo de la corbata demasiado apretado y pone un dedo delicado en la mejilla de Hortense.

Una lágrima ha resbalado.

La última vez que vio a Gary...

Fue en el aeropuerto.

En los servicios del aeropuerto.

Allí habían ido a parar.

Él había tomado un vuelo nocturno. Edimburgo-Nueva York con escala en Roissy. Seis horas esperando en un vestíbulo acristalado con plantas verdes anémicas, frías banquetas de escay y viajeros que airean sus calcetines y roncan con la nuca doblada.

La había llamado.

—¿Hortense Cortès? —Ella había mirado la hora en su ordenador. Pasaban cuarenta y cinco minutos de la medianoche. Acababa de terminar un abrigo en el que había trabajado cuatrocientas horas y media. La había contado—. Hortense Cortès, ¿duermes?

Cuando la llama Hortense Cortès es que es serio.

—No. Trabajo. ¿Dónde estás?

Llegó a la terminal 2 E, vestíbulo K.

Se habían visto cada uno a un lado del muro de cristal. Ella, en la acera; él, en el interior. Era a mediados de noviembre, una extraña suavidad vagaba en el aire, esparciendo bocanadas de verano. La noche tibia olía a queroseno. Los neones dibujaban con amplios trazos en la oscuridad. Pusieron las manos contra el cristal hasta que coincidieron. Pegaron la frente y la nariz. También coincidían. Ella deslizó la mejilla. A sus pies había restos de barro, de aceite usado, de colillas, de papeles sucios... Las juntas de goma estaban podridas y se despegaban a un lado. Hundió un dedo dentro, para verificar que no soñaba, que Gary estaba de verdad allí.

Él salió, alargó un brazo y la llevó al vestíbulo K.

La apretó contra sí, envuelto en su chaquetón, la mecía al contonearse.

Ella se ablandaba y decía: «Tengo muchas ganas de ti, muchas». Su jersey olía al frío de la noche y el cuello del chaquetón le rascaba la frente.

Una mujer de la limpieza negra y enorme arrastraba un carro erizado de escobas, cepillos y productos de limpieza. Llevaba una chaqueta azul celeste con *Aeropuerto Charles de Gaulle* bordado en rojo y guantes de goma naranjas. Les había dicho con voz cansada: «¡Hola, enamorados!». Se le iluminó la mirada, balanceó las caderas.

La luz del vestíbulo era pálida, casi verde. Un gran ventilador movía el aire por encima de sus cabezas, haciendo volar unos cartelitos. Hortense se preguntó quién podía poner anuncios en un panel de Roissy.

Nadie los leía.

Y luego ya no se preguntó nada.

Hicieron el amor en los servicios para discapacitados.

Extendió el chaquetón azul marino en el suelo, enrolló el jersey para hacer un cojín y se echó junto a ella. Con una mano separaba el cabello de Hortense, lo peinaba y lo apartaba a un lado. Quería ver sus ojos. «¡Hortense, te echaba de menos y no lo sabía!» Nada habría podido distraerla en ese momento. No quería perderse ni medio segundo. Conservar el sabor de café con leche en un rincón de su boca, su mirada bajo el mechón de pelo, sus labios plenos y cálidos. Volvían a conocerse. Trocito a trocito. Hundía la cara en su cuello y repetía «Hortense, Hortense» con una voz sorda que quería morder. La abrazaba como si se muriera de hambre. Su rodilla entre sus piernas desnudas hacía un ruido de tela rozada.

Tenía la cabeza inundada de placer, había puesto los brazos alrededor de su cuello y las piernas alrededor de sus caderas y lo había seguido.

«Podría morirme ahora mismo, no me importa el resto, me convertiré en su sombra para que vuelva a tomarme. Necesito su cuerpo, su olor, su boca en mis senos, mi vientre, mis piernas. Lo quiero. Lo quiero en mi piel. ¿Por qué todas esas noches en solitario, con la boca llena de alfileres? ¿Para qué?»

Su cabeza respondió enseguida que el placer dura treinta segundos, incluso dos minutos y medio si el tipo está bien dotado, mientras que el trabajo te ocupa toda la vida y te hace existir.

Su cabeza tenía razón a menudo.

Entraron unos hombres.

Habían meado en los lavabos mientras maldecían en inglés: «*Fucking plane, fucking place, fucking beer, fucking French, fucking girls*».

—¿Estamos en el de hombres? —cuchicheó Hortense.

—No lo sé, no me he fijado —dijo Gary.

Le puso los brazos alrededor de la cara y la contempló.

Levantaba un mechón, lo desenrollaba y lo alisaba; tomaba otro, lo sopesaba, lo apartaba, hacía inventario y ella temblaba por seguir esperando.

—No pueden vernos, están demasiado borrachos... —murmuró mientras miraba a un lado para esforzarse en ocultar su turbación.

¿Por qué la escrutaba así? ¿Realmente la había olvidado?

Miraba la barra de acero cromado, el techo, las paredes. La pintura marrón estaba desconchada, notó algunos retoques amarillentos en algunos sitios. Debieron de dudar entre el amarillo y el marrón, o no tenían bastante pintura marrón y habían acabado con el amarillo.

Los tipos intentaban lavarse los pies en los lavabos. Perdían el equilibrio, maldecían: «¡Putos lavabos franceses! ¿No fueron estos tarados los que inventaron el bidé? De todos modos, esto no sirve para nada, tendríamos que lavar también los calcetines».

Siguió una minuciosa conversación sobre la necesidad de lavarse los pies. Y los calcetines. Gary suspiró: «No va a ser posible. Bueno, es igual, tomaré el próximo avión, nos largamos».

Se refugiaron en la habitación 736 del hotel Sheraton.

La habitación olía a ambientador de cereza y a sábanas planchadas en la lavandería.

Él cerró la puerta, dejó la tarjeta magnética en el mueble de la tele y puso el dedo en los labios de Hortense: «No hablemos, ¿de acuerdo?, no hablemos. No tenemos más que una sola noche, no la echemos a perder».

Ella asintió con la cabeza.

Había tantas cosas que decir que era mejor no decir nada.

Pasaron la noche nadando uno contra el otro, empapados, jadeantes, ciegos, lamiendo el sudor del otro, lanzándose a un abrazo del que volvían a salir sin aliento para coger un poco de aire antes de volver a zambullirse en la gran cama de la habitación 736 del Sheraton. Sin fuerzas, susurraban las preguntas entre dos abrazos.

Palabras en forma de pompas de pez rojo.

«¿Siempre?» «¿Olvidado?» «¿Tú?» «¿Yo?» «¿Juramento?» «¿Calle 66?»  
«Tómame otra vez...»  
«Mi mujer, mi mujercita...»

Al amanecer, entumecidos, pesados, vieron el brillo del sol a través de las lamas de los estores de la habitación; esperaron, tristes y sumisos, el timbre del despertador.

Al día siguiente, él tomó la lanzadera para llegar a su terminal. Antes de irse, le rodeó el cuello con su bufanda. Tres vueltas, tres collares. Terminó con el anular izquierdo. Ella bajó la cabeza y miró la sortija de lana. Tuvo ganas de llorar. Un último beso, largo, violento, tomándose su tiempo. El conductor del bus tocó el claxon, sacó la cabeza por la ventana y se rio.

—¡Eh, tío! ¿Quieres que te sustituya?

Subió a la lanzadera.

El bus se fue.

Ella se sentó en un bolardo blanco, mirando al vacío. Intentaba calcular cuándo volverían a verse; las cifras bailaban, filamentos confusos que se borraban.

Se había olvidado de decirle que su chaquetón era demasiado pequeño.

Tenía un aspecto ridículo.

\*

—Ya está, ya lo sabes todo —le murmura a Junior—. Era nuestra última noche y no duró más que una noche. En Roissy. Este verano, en su castillo en Escocia, no había ni internet, ni red ni teléfono. Solo un viejo aparato que suena tan débilmente como el suspiro de un fantasma. Sin embargo, se ha restaurado todo. En mi opinión, su abuela...

—Quieres decir su majestad la reina de Inglaterra...

—... no sabe que internet existe. Han reparado las paredes y los tejados, han instalado la calefacción, han llevado un piano, pero el resto...

—No está nada mal, princesa. ¡Debe de haber kilómetros de paredes y hectáreas de tejados!

—Tenía que ir al centro para telefonarme. Nos citábamos y cuando llegaba la hora no sabíamos qué decir. Soltábamos nimiedades, me deprimía. Dejé de llamar. Necesitaba trabajar. Él debió de sentir lo mismo. Por eso estaría bien que pudieras conectarte con él... Me dirías dónde está, qué

hace...

—Me niego a espiar a Gary. Es mi rival, lo respeto, me batiré lealmente.

—¡Pfff! ¡Palabras, palabras!

Junior se rebela:

—Deberías sentirte honrada por ser amada por un valiente caballero. Hablo de mí, por supuesto.

Hortense mueve la cabeza, irritada.

—Desde que ha vuelto a Nueva York, con la diferencia horaria, nuestras conversaciones huelen a formol. Dos cadáveres que se hablan de un ataúd a otro. «¿Qué tal por ahí, todo bien tapizado? ¿Nada de corrientes de aire ni de clavos que sobresalen?» Así que ya no llamo, y él tampoco. Ya no nos enfadamos..., solo estamos interrumpidos. —Hace rodar unas puntas abiertas entre los dedos y las mira con atención—. Y, además, siempre está viajando... Concursos, conciertos... Sospecho que no para de moverse para tener una coartada.

—¿Eres desgraciada?

—Trabajo. Yo hago las pruebas de pintura, de los bordados, de las telas, acolchados, maquillajes, decolorados, imagino los estampados, pruebo un corte... Octave me muestra un conjunto, digo sí, digo no, digo quizá...

—¿Octave quién es?

—Mi ayudante. Se viste de verde y violeta, se decolora de rubio platino y lleva un lápiz de labios negro. Le gustan los chicos.

—¡Uno menos con quien pelear!

—Buscamos, tanteamos, de repente tengo una idea y todo cristaliza. Nadie se mueve. Les prohíbo levantar una ceja o que palpite una aleta de la nariz. Silencio total. He encontrado lo que buscaba. Puede ser una chaquetita de piqué de cuadros vichí de colores cartujo y blanco con faldón y cuello de gazar combinado con una falda recta de lamé color cartujo o un traje clásico de *tweed* modificado con uno o dos detalles que lo hagan destacar. Es el éxtasis, soy feliz hasta el fondo de mi alma...

—¡Ah! ¡Me gusta esa idea!

—No necesito a nadie, y menos aún a Gary. Si estuviera en París, habría que ir a ver a la Filarmónica, al cine, callejear... Sería mortal. Acabaríamos por detestarnos. En fin... —Suspira, se pasa la mano por el cuello, se masajea la nuca y echa la cabeza atrás—. Desde que el otro ha aparecido en la escalera del Fouquet's...

—Atención a tus palabras, Hortense. A los siete años, el mal de amores...

Uno ya no se repone nunca.

—A los siete años uno lee *Mickey* y duerme con su osito de peluche.

—¡Mira que eres cruel! ¡Cómo debes de sufrir!

—Estoy perdida. ¿Me entiendes? Nunca me había pasado esto de perder el norte. Habitualmente...

«Habitualmente...

»... soy la mejor en conseguir lo que quiero, avanzar a grandes pasos, mandar a paseo a los inoportunos, guardar mis secretos encerrados en el puño. Llevo una máscara pegada a la cara como si fuera maquillaje. Y nunca me desmaquillo.

»¿Tendría que tenderme en un diván?

»Una vez quisieron mandarme a un psicólogo. La loca de Rosie. Me provocó cuando estábamos pasando un fin de semana de chicas en Sag Harbor y jugábamos a verdad o atrevimiento. *Truth or Dare*.

»—¿Sabes de qué sufres, Hortense?

»—¡Para! ¡Ni siquiera sé lo que quiere decir la palabra!

»—Tienes complejo de abandono.

»—¿Qué es eso?

»—Tienes miedo a que te abandonen y lo bloqueas todo para no sufrir. De repente, ya no sientes nada.

»—¿No siento nada? ¿Y Gary? ¿Cómo llamas a eso?

»—Gary es tu coartada. Te dices a ti misma que eres una mujer, que estás enamorada, la prueba: «Tengo a Gary». ¡Una coartada!

»—¡Ja, ja! ¡Me caigo al suelo de la risa y me desternillo! Y, según tú, ¿quién me habría abandonado?

»—Tu padre.

»—¿Mi padre? ¡Es la noticia más graciosa de mi vida!

»—No te gusta, pero es así.

»—Mi padre no me abandonó. Se lo comió un cocodrilo del que quería hacerse amigo. Quiso darle un abrazo, el animal abrió las fauces llenas de dientes y... Lo sé, es poco probable estadísticamente, pero se le abalanzó.

»Rosie me miró, boquiabierta.

»—¡Ay, lo siento! No quería herirte.

»—Mi padre solo tenía un amor: yo. Y si tengo un ego tan bien templado es precisamente porque mi padre nunca nunca nunca me ha abandonado; al

contrario, siempre siempre me ha querido, me ha venerado. ¡Así que tu psicólogo que me espere sentado mientras hace pajaritas de papel!

»—¡Pero yo solo quería ayudar!

»—Pues, mira, no estoy yo tan segura.

»—¿Qué insinúas? ¿Que soy una pérfida?

»Pérfida e hipócrita. Lo peor.»

—¿Por qué no vas a ver a Gary a Nueva York?

—No puedo, Junior. No puedo.

—¿Por qué?

—Por el juramento.

—¿Qué juramento?

—El juramento de la calle 66.

Un día en el que estaban sentados en el alféizar de la ventana de la casa de Elena, en la unión de Columbus con la calle 66, Gary le cogió la mano a Hortense y le había escrito con un boli Bic negro a lo largo de la muñeca: «Hacer todo para tener la voluntad de vencer y no joder a nadie».

—Muchas gracias —renegó Hortense—, ¡bonito poema!

—Es un contrato.

—¿Puedes desarrollarlo?

Gary sonrió de aquella manera extraña que tenía a veces, como si sonriera a alguien en la otra punta de la habitación.

—Esto significa que nunca tendrás que dejar de hacer algo por mí.

—No entiendo.

—No quiero que renuncies a nada por no hacerme daño...

—¿Cosa o persona?

—Las dos.

—¿Incluso un hombre?

—Incluso un hombre.

—¿Prefieres que vaya con un hombre al que desee antes que renunciar a él por no hacerte sufrir?

Se miraron con la seriedad y la solemnidad de dos novios en las gradas de un altar.

—Si renuncias a un sueño o a una persona, te habrás amputado un trozo de ti y perderás la voluntad de vencer. Ya no harás nada más, te volverás

amargada, injusta y fea.

—¿No exageras un...?

—Pagaré las consecuencias de tu malhumor y no tengo ninguna gana.

—¿Y si quiero cuidarte a toda costa?

—Te dejaré.

—¿Qué? —ella gritó a la vez que lo rechazaba—. ¡No digas nunca eso, Gary Ward! —Y le lanzó un puntapié—. No nos separaremos nunca, ¿entiendes? Métetelo bien en la cabeza. ¡Y no serán juramentos imbéciles los que me digan cómo comportarme contigo! Haré lo que me apetezca, como me apetezca y durante el tiempo que me apetezca.

Quiso acercarse a Hortense, pero ella se zafó, amenazando con hacerlo caer al vacío. Bajó los brazos y murmuró:

—Hortense, por favor.

—¡Déjame, déjame! —gritó ella.

Él, con voz suave, le explicó:

—No quiero que nos convirtamos en esas parejas que se odian y se hacen reproches mientras buscan las llaves, aparcan el coche o mastican merluza fría y con mahonesa.

»Que hacen pagar al otro sus cobardías, sus miedos y sus traiciones. Quiero que la gente se vuelva a nuestro paso en la calle, que cuchicheen: “¡Qué felices parecen!”. Y nosotros, con una sonrisa, responderemos que no lo parecemos, que somos felices, que reventamos de alegría, de vida y de energía, que tenemos veinte mil ideas y veinte mil obras en la cabeza. ¿Comprendes?

Hortense había reflexionado.

—¿Y el juramento vale para ti también? —dijo con voz apenas audible—. ¿Tampoco tú te privarás ni de alguien ni de algo por mí?

—Por supuesto. —Se llevó la mano al corazón y recitó—: Hortense Cortès, me comprometo a no renunciar por ti a nada que pudiera alimentarme o hacerme bien. Me comprometo a devorar la vida, a ser grande, generoso, curioso para todo, ávido de belleza...

—Y siempre a mi lado.

—Y siempre a tu lado. Así creceremos en edad y en genio, a falta de sabiduría, y estaremos juntos tanto tiempo como tengamos ganas.

La idea le gustaba. Se dijo: «Voy a contar hasta catorce. Si un taxi dobla la esquina de la calle antes de catorce, digo que sí». Comenzó a contar, y cuando iba por ocho y medio (pensaba que los medios le daban vidilla al asunto), un

taxi amarillo aparcó bajo sus ventanas.

Bajó un muchacho que llevaba una sudadera con el número 14 en la espalda. Chocaron las manos y escupieron por la ventana. Prometido, jurado, escupido. Un tipo gritó. Iba a denunciarlos. Era calvo. Se secó el cráneo. Tuvieron el tiempo justo de rodar por el parqué, con el aliento y las piernas entrelazados.

Así nació «el juramento de la calle 66».

—Es muy bonito, muy bonito —suspira Junior, ligeramente envidioso y pensando en que habrá que encontrar algo mejor.

—Por eso puedo quedarme unos meses en París mientras él toca el piano en Escocia o en Nueva York. Respetamos el juramento de la calle 66.

—¿Y no imaginas algo terrible?

—Ojos que no ven, corazón que no siente. El que se pone a rebuscar al final lo pasa mal.

—Dime, ¿de verdad que cuenta con envejecer contigo? ¿No le has dicho que vamos a casarnos?

—¡Junior! Piensa un poco. No puedo vivir una historia de amor sabiendo que el fin está programado.

—Tendrá que retirarse como un caballero y dejarme el campo libre.

—Rétalo a un duelo. No veo otra solución.

Junior reflexiona, se sube las mangas y cruza los brazos sobre el pecho con gesto decidido.

—Mañana me inscribo en clases de pistola y espada. Intentaré no matarlo.

—Muy amable por tu parte. Te lo agradezco.

La puerta del despacho se abre. Josiane Grobz se queda inmóvil en el umbral. Se frota las manos como si no se atreviera a penetrar en el antro de su hijo y buscara una excusa. Lleva un suéter de cuello alto negro muy fino, una falda de lana gris, pantis negros y zapatos de tacón alto color burdeos. Se le ha borrado el lápiz de labios y llevarlos sin pintar la envejece, y lo sabe; se los moja para recuperar un poco de color. Presta atención a estar siempre arreglada delante de su hijo. Alerta, ágil, «llena de entusiasmo», según ha dicho su psicólogo. Hay que hacerle olvidar que es el hijo de un hombre de setenta y cuatro años. Juguetea con una cadena de oro de la que cuelga una mariposa de jade.

—Es tarde. ¿Venís a cenar con nosotros? A Marcel le encantaría.

—No hemos acabado, madre.

La boca de Josiane vuelve a caer. Triste como la de alguien que se esfuerza en estar alegre. Las comisuras de sus labios intentan volver a levantarse para esbozar una sonrisa, pero fracasan y se hunden en una mueca dolorosa.

—Hace tiempo que no te ve, Hortense. Estaría muy contento. He cocinado un tayín de pollo con limones confitados.

—¡Genial! —dice Hortense—. ¡Me muero de hambre!

Desde el fondo del sofá, Junior levanta una ceja.

—Madre, no te ofendas, pero no comeré.

El cuello de Josiane se crispa.

—¡Tienes que comer! A la mesa en diez minutos.

—Me abstendré, debo esculpir mi cuerpo.

—¡Es absurdo! —se irrita Josiane, que retuerce la mariposa de jade. —Da tirones a la cadena y pasa la mariposa de izquierda a derecha, de derecha a izquierda. La mariposa se pone a dar vueltas como un péndulo enloquecido—. Junior, tengo que recordarte que estás en edad de...

—No insistas, madre. He programado mi cerebro. No puede tragar nada hasta mañana a las doce y media.

—¡Es una locura! ¡En pleno crecimiento!

—Mi cabeza ha registrado mi petición, es demasiado tarde. Todos mis circuitos están bloqueados. Sería peligroso que ingurgitara incluso el menor grano de arroz.

—¡Dios mío! —grita Josiane mientras junta las manos—. ¡Este niño me volverá loca!

—No soy un niño, soy un hombre.

—No. Tienes siete años. Eres un niño. ¡Mi niño! —se enfurece Josiane, que tira de su cadena como de una señal de alarma.

—Un hombre. Y bien desarrollado, para ser sinceros. No lejos del priapismo. No soy yo quien lo dice, es...

—¡Para! ¡No quiero oír nada más! —Josiane titubea y se apoya en la puerta—. ¡Junior! Te prohíbo que...

—¿Sí, madre?

—... me informes sobre el desarrollo de tus órganos. No son palabras que se dicen delante de una madre.

—Bien, madre. Te ruego que me excuses.

—¡Y llámame mamá! ¡Ya no soporto ese tono educado! ¡Quiero amor, ternura y besos!

—Una palabra a menudo es una máscara para ocultar una cosa y decir la contraria...

—Y lávate las manos antes de ir a la mesa. La epidemia de gastroenteritis está en su apogeo.

Josiane, vencida por la soberbia de su hijo, se retira. Sus pasos resuenan en el pasillo. No van en línea recta y chocan contra una pared y luego contra la otra.

—¡Iré a probar tu tayín, Josiane! —grita Hortense. Se vuelve hacia Junior y lo sermonea—: ¡Cómo te pasas! ¡No puedes hablar de tu sexo a tu madre!

—No quiero que me trate como a un bebé. Soy un hombre, quiero que se me respete como hombre.

—¡Pero eso es imposible!

—La señora del cuarto no dice eso.

—¿Qué? —articula Hortense, estupefacta.

—La señora del cuarto me da clases ilustradas de sexualidad a cambio de lecciones de mates a su hijo, un imbécil notable. Yo hago progresos; en cambio, el imbécil vegeta.

Hortense se incorpora, como propulsada por un resorte.

—¡Pero es una chiflada!

—Digamos que es sensible a mi encanto.

—¡Podría ir a la cárcel! Junior, por favor... Vuelve a bajar a la tierra. Todas estas experiencias en tu cerebro te trastornan.

—En absoluto.

—¿Qué haces con esa mujer?

—¿Te pregunto lo que haces con Gary?

—No —concede Hortense.

—Entonces comprende que no te responda.

Hortense, pasmada, lo agarra del brazo e insiste:

—Quieres decir que... ¿copuláis?

—Has dicho que tenías hambre, ¿no? Vamos.

—Respóndeme, Junior. ¿Cuáles son tus relaciones con esa mujer?

—Es mi vida privada.

—Espera un segundo. —Coge la barbilla de Junior entre sus dedos y lo fuerza a mirarla—. ¿Estás obsesionado con el sexo porque, a través de los tabiques, has oído fornicar muy a menudo a tu padre y a tu madre?

—No estoy obsesionado, me atrae. Es la vida. O las hormonas, elige. Vivo entre dos grandes fieras que no paran de echarse uno encima del otro, ¿cómo

quieres que permanezca casto y puro?

—¿Tus padres todavía retozan?

—Como animales. Sospecho que incluso quieren procrear.

—¿Qué edad tiene tu madre?

—Cuarenta y seis... Todavía es fértil, ¡ay! El otro día le decía a mi padre que el molde no estaba roto. Creía que hablaba de cocina. ¡No! Aludía a su útero.

Su voz se quiebra, aprieta los puños. Su frente despejada, sus ojos oblicuos y brillantes, su naricilla ofendida, sus orejas como antenas..., todo se pone a vibrar. Cierra los ojos para dominar su dolor.

—Junior..., ¿eso te pone triste?

Se enfurruña, su labio inferior aprieta el superior, tiembla cada vez más y habla en hipidos:

—Tengo... la impresión... de que no estoy... en el sitio adecuado... y de que no me quieren... No respondo a... lo que esperan... de un niño. Soy... un fracaso, Hortense.

—¡Pero qué va!

—Mi madre... me mira... como a un fenómeno... de feria. Está... tensa, al borde de... un ataque de nervios. Cambia de... colgante... cada semana, de tanto como... lo toquetea; va a un psicólogo cada... dos días... Ya no... tiene uñas porque... se las come... y... no sé si lo has notado... pero pierde pelo. Soy... una amenaza para... su salud. —Sus ojos prorrumpen en lágrimas, lucha por retenerlas y se retuerce los botones del chaleco a cuadros rojos y blancos. Se tiende y grita como si expulsara un monstruo viscoso y abyecto—: El otro día... la oí que decía... «Marcel, hazme un hijo..., pero uno normal, esta vez...». ¡Uno normal, Hortense! —ha rugido, y ha quedado tendido como un arco en el sofá—. Y... mi padre le ha... respondido: «Es por mi culpa, Choupette... ¡Era demasiado viejo cuando... lo hicimos!».

—¡Ay, Junior! Es horrible.

—Es duro..., muy duro... Y es... pera, no he... aca... bado.

Se pasa la mano por su escaso pelo, se da golpecitos en el cráneo, la nuca y el tórax; se le corta la respiración, toma una gran bocanada de aire y suelta de un tirón:

—Sospecho que quieren deshacerse de mí.

—¡Deliras! ¡Ellos te adoran!

—Creo que mi padre comprendió lo que yo era, pero mi madre... ¡Mi madre me cambiaría si pudiera!

—¿Por eso no quieres comer lo que cocina? —Él se mira los pies e intenta agarrarse la punta de los zapatos. Para mecer y acunar su dolor. Se pone a oscilar de derecha a izquierda a la vez que emite un canto sordo y desesperado —. ¿Tienes miedo de que te envenene?

Asiente con la cabeza y murmura muy bajo:

—La quiero mucho. Es vaporosa, cremosa, dulce, tierna, pero no consigo decirle... Las palabras me derrotan. Soy su esclavo.

—¡Pero díselo, díselo! No hay nada peor que no decir las cosas.

—Nos bloqueamos los dos, cada uno en su posición. Solo quedan la hosquedad, las pullas, las acusaciones...

—Entonces, te has inventado otra manera de nutrirte...

—Tengo mucho dolor, querida Hortense. Si mi cerebro funciona bien, a veces incluso más allá de mis esperanzas, es en detrimento del resto... Mi vida es un desierto de guijarros. Ni la menor palmera para animarlo ni oasis donde saciar mi sed. Soy extraño, incómodo, no tengo colegas ni amigos y voy a tener que batirme en duelo para ganar a la mujer que quiero. Triste destino el del hombre diferente.

Se sorbe los mocos y hunde la cabeza entre los hombros. Tuerce los labios, arruga la nariz, se frota las manos en el pantalón y se acurruca. A veces, un hipido hace que se le estremezca el pecho, un espasmo lo dobla en dos. Gime, susurra una queja semejante a un canto casi fúnebre que impresiona a Hortense y la embarga de un sentimiento desconocido: piedad.

Y la piedad se hace amor. Suscita en ella el deseo de tomar al niño en sus brazos, de acunarlo.

El corazón femenino tiene convulsiones extrañas que convierten de repente a un corazón de piedra en un corazón de madre.

Ella nunca ha conocido ese impulso puro y desinteresado. El deseo de hacer el bien, de dar, de cuidar. Junior no es un hombre, ella ya no es una mujer, son dos almas que se enlazan.

—¡Pero si yo te quiero precisamente porque eres diferente! ¿Tú crees que pasaría la tarde contigo si fueras un chaval de siete años como los demás?

Él levanta el rostro y esboza una sonrisa.

—¿Es verdad?

—Te quiero, Junior. Quizá no como tú querrías, pero hay mil maneras de amar. En fin..., no soy una especialista. Incluso es un tema que me disgusta bastante.

—¿Me quieres? —balbuce—. ¿No dices eso para contentarme?

—No.

—¿Ni por pena?

—Tampoco.

—¿Ni porque te molesta verme triste?

—Escucha, Junior... No vamos a disertar dos horas sobre el verbo «querer», el porqué y el cómo. Te quiero, punto final, y no me preguntes por qué. —Encoge los hombros exasperada y levanta la mirada al cielo—. ¡Siempre es igual con los sentimientos! ¡Una se encuentra atrapada en el alquitrán! Te lo juro, hace falta valor para lanzarse ahí.

Hortense asiste entonces a la más sorprendente de las transformaciones.

La cara de Junior se despliega, se convierte en un abanico de las *Mil y una noches* y se colorea de rosa, de púrpura y de sol naciente. Sus hombros se enderezan, la nariz se le dilata y perlas de sudor le resbalan por la frente. Está congestionado de felicidad y farfulla, con el rostro bañado de lágrimas:

—¡Oh, alegría! ¡Oh, delicias! Alegría que arde, delicias que fortifican. ¡Soy un hombre! ¡Existo, ya que me quiere!

—Y te aprecio.

—¡Hortense me aprecia!

—Que te tengo cariño, vaya.

—Desfallezco...

—No quiero que estés triste nunca.

—Haré todo lo que pueda —promete dirigiéndole una mirada de amor infinito.

Lo ha entendido. De un dolor brota siempre una parte de felicidad. La felicidad es una secreción de lágrimas y espinas. Si no, es de cartón piedra. Como en las malas películas. Nunca más estará triste, o, cuando lo esté, se dirá: «Paciencia, paciencia, mi pena se transformará en oro».

Su corazón se desboca, sus pies pedalean, se estremece, lleno de vapores, de palpitations.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Hortense, inquieta.

—Sí, sí. Es solo que... —Se abre el cuello de la camisa, se desanuda la corbata y se abanica—. ¡Tengo calor! ¡Tengo calor! ¡Estoy hirviendo!

—¿Estás enfermo?

—No. Es mejor que eso, Hortense. ¡Mucho mejor! —Ella lo mira, intrigada, y se contiene de ponerle la mano en la frente, la tiene un poco mojada y no le gusta la gente que transpira—. ¿Puedo pedirte una cosa? —dice mientras se retuerce los cordones de los zapatos.

—Sí.

—¿Puedo besarte? Tengo demasiada felicidad, voy a explotar, tengo que descomprimirme.

Hortense recula, sorprendida.

—¿Besarme?

—En la boca.

—¡En la boca!

—Normalmente se dice «Te quiero» y luego se besan en la boca. Es el procedimiento. Y como me has dicho...

—Sí, es verdad...

—A menos que no lo pienses realmente...

—¡Pues claro que sí!

«¡Tendría que haberlo sabido! Siempre el dichoso problema de los sentimientos, les das una uña y te arrancan el brazo.»

—Para mí sería una especie de apogeo, la confirmación de mi felicidad. ¿Qué es un beso sino un sello, un afidávit para la eternidad?

Hortense lo contempla, preocupada.

—¿Estás bien? ¿Seguro? ¿No te echa humo la cabeza? —Él tiene la garganta tan apretada que ya no puede hablar y emite un sonido ronco e incomprensible—. No me beses como a la señora del cuarto, ¿prometido? —dice Hortense.

Junior deglute y traga aire.

—De acuerdo —dice—. Vamos a cerrar los ojos, nos tomamos la mano y vas a repetir que me quieres. Lentamente y articulando. Voy a grabar este momento y lo repasaré cuando esté compungido.

Se acerca, le toma la mano. Hortense se agarrota, un poco tensa, muy celosa. «¡De todos modos, no es normal! ¡Voy a besar a un chaval de siete

años! “Sí, pero... —dice una vocecita en su cabeza—, el mundo cambia a toda velocidad, vamos hacia un mundo distinto poblado de Juniors, de teletransmisión, de cerebros que crepitan; abre tu espíritu, di sí. Pronto habrá dos categorías de gente: los que seguirán el movimiento y los que lo rechazarán, bien protegidos tras sus costumbres.”»

Como un eco de su pensamiento, oye la voz casi grave de Junior:

—Déjate llevar, Hortense. Soy el hombre, soy quien te besa...

—Pero no te aproveches para...

—Seré muy casto. Confía en mí.

Hortense aprieta la delgada mano de Junior.

Este se acerca un poco más, su respiración se hace pesada. Huele la crema de rosa, su cuello de la camisa exhala un aroma a jabón de escamas. Sus labios se rozan, se acarician, se aprietan, hacen ventosa. Junior cierra los ojos y suelta un pequeño estertor.

—Te quiero, Junior —murmura Hortense.

—Te quiero, Hortense —responde él, y luego se separa, emocionado. Salta en el sitio, gira sobre sí mismo, está exultante—. ¡Te he besado, Hortense! ¡Te he besado! He tocado el cielo y no estoy listo para volver.

Tiende los brazos hacia el techo, las venas del cuello se le hinchan, aprieta los puños, todo su ser da las gracias al Cielo. Ya no es un niño enfermizo con cabeza de pez, sino un hombre vigoroso que convida a la Tierra y al Sol al banquete de su felicidad.

—¡Pero qué guapo eres, Junior! ¡Qué guapo! —exclama Hortense.

—Y esto no se ha acabado, princesa. ¡Te voy a dejar asombrada! Desde ahora nada me va a detener. ¡Haré reír a las piedras y bailar a los jorobados!

\*

En el comedor de alto techo y sombría carpintería, Hortense devora el pollo con limones confitados.

Pide permiso para comer con los dedos, no quiere perderse nada. Se extasía, la barbilla grasienta, con la ternura de la carne, lo untuoso de la salsa, lo gustoso de los limones, el caramelizado de la cebolla. «¡Un regalo, Josiane, un regalo!» Josiane mece suavemente la mariposa de jade.

Marcel Grobz descorcha un *château-simone* y recita una letanía de expresiones floridas: «¡Todos a bordo, soy yo el que conduce y tú quien toca el claxon! ¡Haces que suene, Simone! ¡Aparca tu góndola, Simone, y ven, que te desatasco la cañería!». Josiane tose mientras señala a Junior. Marcel para en seco y se oculta detrás de su servilleta. Quizá están un poco bebidos, pero son felices. Sin buenas maneras ni melindres. Josiane piensa: «¿Cuánto hace que no nos reímos así?».

A las doce y media de la noche, Hortense anuncia que tiene que regresar: «Me he tomado una tarde en tu honor, Junior, pero debo volver a trabajar». Junior llama a un taxi. «No me gusta que andes sola de noche por París».

En el rellano, mientras ella se sube el cuello del impermeable, le pide otro beso, pero Hortense se sale con evasivas.

—No hay que convertirlo en una costumbre. La rutina mata el amor, amor mío.

Ante esas palabras, la cabeza le da vueltas. ¡Cuánto refinamiento, cuánta delicadeza, cuánta intuición femenina!

Con la vecina del cuarto es puramente sexual.

Vuelve a la mesa, donde su padre hace la digestión chupando un puro. Su madre está en la cocina.

Se desabrocha los botones del chaleco. Se siente pesado, congestionado. Para agasajar a su madre, ha probado el pollo, la salsa y ha mojado el pan, y su cerebro, confundido, no comprende nada. ¿Por qué ha cortado el circuito «apetito» para restablecerlo sin previo aviso? Esta pregunta provoca una corriente bifásica que calienta sus neuronas. La cabeza le crepita y desprende un olor a cerdo a la parrilla.

Marcel se sorprende.

—¿No huele un poco a quemado, hijo?

En la cocina, Josiane congela su tayín. Mañana hará conejo a la cazadora. Y pasado mañana, pato a la naranja.

Llena de agua hirviente la olla para que se desengrase durante la noche. Junior ha tomado y repetido tayín. Ha vuelto su pequeño, su pequeñín, tan querido, tan amado, el fruto de sus entrañas, carne de su carne, su escarabajo

de Austria, su pluma de magnífico pavo real. «Si ha comido con tan buen apetito es que me quiere, ¿no?»»

—Ha sido una bonita velada, padre. ¡Cuántas emociones! —Marcel Grobze emite un eructo tan poderoso que todo se ve sacudido—. ¡Bravo, padre! ¡Buena actuación!

—Son los remordimientos del estómago... —Los dos hombres escuchan, pensativos, el galope del eructo bajo el artesonado—. ¡Esta Hortense es deslumbrante!

—¡Y tiene una mente brillante, bien estructurada! Nunca dice tópicos ni clichés. Azota el espíritu. Padre, no sé si eres de mi opinión, pero no hay nada más agotador que las personas que dicen evidencias. No hay ningún mal en ponerse a su nivel, y, sin embargo, agotan.

—¡Y son legión, hijo mío! —Marcel le da una calada al puro, soñador. Luego baja la voz y pregunta—: Dime, hijo mío, ¿te la has tirado? Tenía el aspecto lánguido que traiciona a la mujer satisfecha.

—La he besado y fue delicioso.

—¿Beso de primo, de hermano, de alsaciano...?

—¡No, padre! De amante fogoso de las cálidas estepas.

—¿En la boca?

—Labio con labio, aliento con aliento...

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Mujer, trae el calvados!

Junior cierra los ojos para ir a buscar el precioso recuerdo. Rebusca con tanto ardor que el recuerdo prende e inflama su cabeza.

Lanza un grito, se cae de la silla y rueda por el parque.

—¡Junior! —grita Marcel—. ¡Josiane! Junior se encuentra mal. ¡Haz venir a los bomberos con la manguera contra incendios!

Josiane ve a su hijo en el suelo, pálido, un muerto joven.

—¡Hijo mío! ¡Amor mío! ¡Mi precioso! ¿Qué le has hecho? Es sensible y tierno, no hay que tratarlo bruscamente...

—¡Pero si no he hecho nada! Me ha hablado de un beso con Hortense, un beso en la boca, ha cerrado los ojos y he oído un ruido en su cabeza como el filamento de una bombilla cuando se funde. Ha caído directo al suelo. ¡Mujer! Ve a buscar el vinagre para frotarle las sienes, yo voy a buscar un licor que lo volverá en sí. ¡Dios mío! Vacilo y titubeo. ¡Dios, si me oyes, mantengo a tus

curas durante veinte años y pongo el vino y las hostias!

Y el padre y la madre dan vueltas como dos trompos enloquecidos, una hacia la cocina y la botella de vinagre y el otro hacia el salón en busca de un viejo *bourbon*.

Vuelven con su hijo, que yace en el suelo; le dan golpecitos, lo besuquean, le vierten licor entre los labios, le frotan las sienes, le calientan la nariz.

Vacilante, Junior vuelve en sí. Abre los ojos y se sostiene la frente.

—¡Mi cabeza! ¡Mi pobre cabeza!

—No te muevas, cariño, precioso, mi raíz cuadrada —dice Josiane—. Has tenido un desmayo.

Le hace aspirar el vinagre. Junior se aparta, con náuseas.

—¡Sé lo que ha pasado! —grita Marcel blandiendo un índice sabio—. Has querido impresionar a Hortense haciendo funcionar tu fórnix a fondo. Has proyectado el cine en una gran pantalla con todas las cantilenas. Has puesto imagen y sonido. —Junior se remueve débilmente—. ¿Cuántas veces te he dicho que te lo tomes con calma? Le pides demasiado a tu pobre cabeza. Y, por supuesto, prende.

—Lo sé, padre, pero...

Enrojece como un prometido que ofreciera un ramo a su prometida.

—Hortense quería saber algo, ¿es eso? Y tú has ido de listillo. ¡El sonido y la imagen! Te he dicho cien veces que eso no era razonable. Que todavía no dominas el procedimiento...

Junior se apoya en un codo y frunce el ceño.

—¿Sabes, padre? Lo que me agota es el vídeo.

—Pero ¿qué vídeo? —pregunta Josiane—. ¿De qué habláis?

—Luego estoy agotado... El sonido está bien. ¡Pero la imagen...! Me pregunto si un día lo conseguiré... Tendría que encontrar otras ondas. Una red para el sonido y otra para la imagen.

—¡Pues sí! Será un salto adelante para la ciencia. Y tú conseguirás el Nobel. Por otro lado, tengo que ir pensando en hacerme un traje a medida para la recepción... Un chaqué cortado al hilo... ¿con o sin solapa? Viajaremos los tres en primera hasta Estocolmo y reservaré una *suite* real en el mejor hotel.

—¿El premio Nobel? ¿Junior? —exclama Josiane—. Pero ¿por qué?

—¡Mujer, has parido un genio!

—Nunca me acostumbraré —suspira Josiane bebiendo a gollete un trago del viejo licor.

—Quizá tendría que tomar hierro, magnesio y potasio, para fortalecerme... —reflexiona Junior.

—¡Y aprender a decir que no a las mujeres! —trueno Marcel—. Hortense nunca te deseará si te pliegas a sus caprichos. A las mujeres no les gustan los flexibles, prefieren a los robustos, a los que resisten.

—Le gustaba de verdad. Si hubieras visto cómo me comía con los ojos... —Junior hace una pausa, sonrío y repite, maravillado—: ¡La he besado! ¡La he besado! —Se levanta hasta una silla, cruza las piernas, se pone las manos en las rodillas y, siempre en su ensoñación, murmura—: La he subyugado con mi encanto, mi inteligencia y mi brillantez. Soy un hombre admirable.

Josiane no aguanta más y se irrita:

—¡Lo que no impide que hayas estado a punto de pegarle fuego a tu cerebro!

Marcel la mira con severidad.

—No temas nada, madre. Mi cerebro se acostumbrará. El cerebro es extensible. Es la gente inactiva la que lo vuelve frágil a fuerza de no usarlo.

Josiane arrastra a su hijo hasta un diván de cuadros escoceses y le ordena que se eche.

—Deja de pensar, pollito mío, o esto se te va a calentar otra vez. Voy a hacerte una infusión y a ponerte una compresa en la frente.

—¡Ay, mamá, qué buena eres! Qué bella es la vida cuando caminamos juntos... Te quiero y te querré toda mi vida. Eres la más querida de las mamás queridas.

Josiane atrapa cada palabra de amor y le da vueltas en la boca.

\*

Mientras Hortense cierra los ojos y besa al joven Junior —un beso bastante casto, pero un beso de todos modos—, Zoé vuelve a la avenida Raphaël en el autobús 30 con final de trayecto en el Trocadero. Sesenta y dos minutos hasta la llegada, según anuncia el rótulo luminoso con letras rojas.

Sentado a su lado, un hombre mayor pero apuesto lee *Le Figaro*, provisto de un par de guantes blancos. Manifiesta su acuerdo o su contrariedad mediante golpes de mentón acompañados de gruñidos. De vez en cuando levanta los ojos del periódico, continúa un diálogo imaginario y luego vuelve

a sumergirse en las páginas impresas. «¡Cuánto me gustan estas personas mayores! Llevan nuestra historia en la cara. Sus arrugas cuentan los conflictos, las crisis, la aparición de la píldora, el fin del servicio militar, el auge del biscote industrial y de los pantis, el declive del sello postal y del ama de casa. Te hacen querer hojearlos. Este hombre me parece muy lozano y determinado.

»Me distraerá de mi preocupación.»

Tiene la desagradable sensación de haber asistido en la calle Prony a una escena que va a crear alboroto. Y de ser la responsable. Como si no hubiera debido ver ni oír lo que había visto y oído.

¿Qué dirá Hortense? ¿Cómo reaccionará? ¿Debe informarla exactamente de la escena? No sabe qué hacer e invoca al Cielo. A menudo está pronto a responderle y no la deja nunca en la estacada.

Recuerda las terribles palabras: «¡Esa chica no debe tener éxito! ¿Me comprende? Estoy dispuesta a todo». El mensaje era claro, amenazante. ¿Pero de quién hablaban? Esa es la cuestión. Hablar o no hablar, tergiversar o no tergiversar. «¿Qué hacer?», suplica Zoé, que se muerde la punta del pulgar cuando el apuesto abuelo se agita y despotrica: «¡Pues claro que hay que ir! La gente es una gallina. ¡Vamos! ¡Ataquemos! ¡Hagamos la guerra a esos bárbaros sanguinarios!».

Zoé se estremece, lo observa, capta su mirada viva y recibe sus palabras en pleno rostro: «Hay que saber morir por los ideales de uno». Y concluye golpeando el periódico: «¡Qué falta de valor! ¡Qué tibieza, qué cobardía!».

La palabra *tibieza* barre las últimas dudas de Zoé: «¿Qué dice Jesús en el Apocalipsis de san Juan, capítulo III? “Así, puesto que eres tibio, y no ni frío ni caliente, te vomitaré de mi boca”.

»¡No hay que andarse con chiquitas!».

Hablará con Hortense.

\*

En la avenida Raphaël, sentada delante de la lavadora que gira, llena de paños, de toallas, de vaqueros y de calcetines, Joséphine sostiene el móvil entre las manos. Philippe se lo ha regalado por su cumpleaños. No hace mucho. Habían ido a cenar al Prunier, subiendo por la avenida Victor Hugo a

pie cogidos de la mano, aspirando el aire fresco. Admiraban las iluminaciones del Arco del Triunfo, azul, blanco, rojo, viva Francia y la libertad, no me da miedo, no nos impediréis vivir y regocijarnos. Aquella noche, agradeció al Cielo estar viva y sobre sus pies.

Tuvo un recuerdo para todos los que...

Murmuró una plegaria.

Y luego...

Vio su reflejo en un escaparate.

Se preguntó si no había engordado. ¡Y el pelo! ¡Qué locura! Cada pelo por un lado. Apretó la mano de Philippe. Tan guapo y tan elegante, le salía con facilidad ser ambas cosas. Le daba vueltas por la cabeza un viejo estribillo: «¡Un hombre muy guapo! Va a cambiar de opinión y a abandonarte». Las palabras se reían, se burlaban. Estaba acostumbrada. La reprendían desde que era niña. Las había borrado, pero a veces volvían. Estaba a punto de decir: «De acuerdo, de acuerdo, tenéis razón, lo reconozco, ¡este hombre es demasiado bueno para mí!».

Cuando somos felices es cuando tenemos más miedo.

Aquella noche, en el Prunier, le había regalado aquel teléfono, ahora mudo en su palma.

«¿Por qué no llama?

»¿Por qué no responde a mis mensajes?»

Hortense ha avisado de que cenaba en casa de los Grobz.

Zoé no tardará. Quiere trabajar toda la noche.

Está sola. Sola en la cocina. Las cocinas son las únicas habitaciones que consuelan.

Él no descuelga el teléfono.

Cinco días ya.

«¿Me ha olvidado?»

Se acurruca. Un viento frío sopla en su pecho.

«Voy a pensar en la introducción de mi próxima conferencia en Montpellier. “El estatus social de la mujer en la Edad Media.” Virgen, esposa o viuda. No había otra elección. Seguir soltera después de los veinticinco era una desgracia. Te encerraban en un convento. Las mujeres se casaban jóvenes y el marido tenía “el derecho de corrección hasta la efusión de sangre”.»

¿Por qué no llama?

Las chicas eran mayores a los doce años; los chicos, a los catorce.

«¿Me oculta algo?»

Pone el teléfono en la mesa, clava la mirada en la puerta de la lavadora y mira cómo gira la ropa.

«A lo mejor comienzo con algunas palabras sobre las mujeres en el trabajo. En el campo, las campesinas no tenían derecho a la siembra porque, al ser la tierra mujer, solo el hombre podía sembrarla. Pero daban la talla en trabajos más duros. En tiempos de guerra ayudaban a construir las murallas, acarreaban piedras, la cal viva, el barro, las vigas, y eso mientras amamantaban al hijo que llevaban a la espalda.

»¿Contaré que para castigar a las que habían abortado se las enterraba hasta que morían?

»¿Por qué tantos pensamientos lúgubres?»

\*

El interfono crepita. Joséphine vuelve en sí y se levanta para responder.

—¡Mamaíta! ¡Me he olvidado las llaves!

Joséphine aprieta el botón rojo, se dirige al baño y se vuelve a empolvar la nariz. No hace falta que Zoé adivine que el viento frío ha soplado en su pecho.

—¿Estás bien, mami? He ido a casa de Henriette.

—¿Está bien?

Henriette siempre está bien. Tanto en invierno como en verano hace bici estática y remo con unos aparatos que ha recuperado del cuarto de la basura y que ha instalado en un rincón del patio bajo un tejadillo protector de aglomerado amarillo.

—Henriette es de hierro.

—¿Ha sido amable?

A veces llega a decirle que se parece a un ánfora griega o a un calabacín. Zoé sonrío. «Si quiere ser cruel, es su problema, ¡no el mío! Hay que compadecer a la gente cruel, son desgraciados.»

—De hecho, mamaíta, no la he visto.

Entonces cuenta la espera detrás del pilar: Henriette, Elena, las palabras que ha oído... «¡Esa chica no debe tener éxito! ¿Me comprende? Estoy dispuesta a todo.»

Han abierto unas latas de sardinas de La Belle-Iloise —«las mejores sardinas del mundo», asegura Joséphine como un ritual cada vez que abre una— y han descorchado una botella de *château-franc-pipeau*. «Gary nos ha enviado una caja, seis botellas que han llegado esta mañana, entregadas por DHL. “Para Hortense, pero también para Jo y Zoé, las otras dos mujeres de mi vida”, ha escrito con un Bic rojo. No habrá tenido elección, es un chico refinado que sabe la importancia de los detalles.»

Saborean las sardinas. Y hablan.

Sobre todo, Zoé.

Tiene una presentación sobre *El noventa y tres*, la novela de Victor Hugo.

—Lo que me gusta de la obra de Hugo es que estudia el problema del bien y del mal y se pregunta de dónde viene el mal. Cómo, si se cree en Dios, se explican las abominaciones de las guerras, de las violaciones, de las torturas, de la injusticia social... Él dice que somos todos culpables, más o menos. Que los horrores de la Revolución son verdaderos horrores, que los revolucionarios son responsables, pero que los realistas también, porque aquellos horrores fueron culpa de su arrogancia y su despreocupación. Y plantea el problema de la conciencia, del que ya no habla nadie hoy en día. ¿Por qué?

—Porque todo el mundo le echa la culpa al otro, nadie quiere ya ser responsable.

Zoé toma otra sardina y continúa:

—¿Te acuerdas del poema «La conciencia» y de aquella frase con la que acaba: «El ojo estaba en la tumba y miraba a Caín»? ¡No te imaginas cómo me ha marcado ese poema!

—Os lo leía a menudo cuando erais pequeñas. Me parecía poderoso, muy evocador para los niños. Estabais muertas de miedo. ¡Os escondíais bajo la

mesa de la cocina!

—Hugo rechaza clasificar a la gente en totalmente buena y totalmente mala. Es lo que me gusta de él. Si estudias a cada ser humano, caso por caso, te das cuenta de que el ser humano es una maravilla. En cuerpo y mente. Se echa a perder cuando se une a un grupo. De repente, no es ni bueno, ni dulce ni caritativo. Quiere dominar, morder, herir, por miedo a que se le tome por un ingenuo. La violencia da importancia al ser humano. La dulzura, nunca. Excepto Gandhi. Es la excepción que confirma la regla. Me gustaría que el ser humano fuera tan bueno en grupo como solo.

Tiene salsa de tomate bajo la nariz y sonrío, perpleja.

«Me gustaría apoyar la cabeza en su hombro, contarle los cinco días sin teléfono. Zoé tendría una explicación. Comprende y desmenuza el menor problema.

»No puedo. Es mi hija, no mi amiga.»

—Adoro estas sardinas, sobre todo las que son con tomate.

—Las he comprado expresamente para ti.

—Gracias, mami. ¡Esta noche es una fiesta! ¿Estás segura de que estás bien? Pareces triste.

—Pienso en ese almuerzo..., ya sabes, con Léonie y Stella. Stella me ha llamado. Hemos acordado una fecha.

—¿Abrimos otra lata?

—¡Pues claro! —ríe Joséphine, emocionada por la glotonería de su hija—. Están en el armario de encima del fregadero. Su pareja se nos unirá para el café. Tiene un almuerzo de trabajo, pero ha prometido que vendrá.

—Tengo ganas de conocerlos.

—¿Podrías insistirle a Hortense para que esté allí? Si lo hago yo, se enfadará.

—¡Por supuesto que estará allí! Se hace la dura, pero es una tierna paloma.

—¿Tú crees? —sonríe Joséphine.

Zoé asiente con la boca llena.

—No te preocupes. ¿Por eso pones esa cara?

—He tenido un día difícil. Los estudiantes, los colegas, las clases que hay que preparar, las conferencias...

—¿No tienes ganas de escribir otro libro?

—Tendría que encontrar un tema. Y eso no cae del cielo, ya lo sabes.

—Puedo encontrarte uno, si quieres...

—Es más complicado. No soy yo la que encuentra el tema, sino el tema el que me encuentra a mí. Debo tener paciencia y esperar.

—Todos tus libros han sido un éxito...

—¿De verdad? —dice Joséphine, ausente.

—Pero, en fin, mamá, ¡has escrito dos libros! —exclama Zoé.

—Sí, pero...

—¿Pero qué?

—Estoy cansada, lo veo todo negro.

—¿Quieres que te cuente un chiste? —Joséphine menea la cabeza. Los chistes la ponen triste—. ¿Has visto alguna vez a una pera deprimida?

—No...

—Porque yo he visto a una zanahoria *rayada*.

Joséphine se esfuerza a reír. Una risita distraída, perdida. Zoé desliza la última sardina en el plato de su madre y unta mantequilla en un trozo de pan.

—¡Come! Esto va a levantarte el ánimo.

—Dime..., ¿tienes noticias de Alexandre?

—Ninguna. Es raro, por otro lado... Voy a dejarle un mensaje. Quizá no esté en Londres. —Zoé saca su móvil y comprueba que está apagado—. ¡Jolín! ¡No tengo batería! —Lo enchufa y el móvil se pone a sonar y a sonar. Echa una ojeada a la pantalla y comprueba que muchos mensajes vienen de Léa—. ¡Lo había olvidado completamente! Me ha llamado cuando estaba en casa de Henriette, parecía muy importante.

—Llámala, yo recojo —propone Joséphine.

—No. Debe de tener un grano en la nariz o haberse cabreado con su novio... ¡Siempre es un drama!

—¿Me vas a decir cómo le va?

—¿A Henrick? ¿No lo conoces?

—No. Alexandre.

—La última vez que hablamos parecía sobreexcitado. Oía voces por detrás como si la gente estuviera de fiesta. ¡Y Philippe no parecía más tranquilo! Intenté tirarle de la lengua a Alex, pero colgó: «¡No tengo tiempo, Zoé, no tengo tiempo!». Un verdadero hombre de negocios. Siempre acelerado. Está metido en un lío. Va a perder el alma.

—Ah... —dice Joséphine mientras juega con la última sardina y un trozo de pan que moja sin ganas en la salsa de tomate.

«¿Cuántas calorías serán?» No puede dejar de pensarlo.

—¡Mamuchi! Me ocultas algo.

—Qué va...

—¿Prometido?

Joséphine sonríe con su vieja sonrisa heroica que asegura que está bien, muy bien, cuando en realidad se desmigaja y busca el recogedor y la escobilla.

Zoé se levanta y recoge. Joséphine observa a su hija frotar los platos, aclararlos y colocarlos en el lavavajillas. Coger una esponja. Limpiar la mesa. Retirarse un mechón que la molesta. Aclarar la esponja. Todo mientras parlotea.

—Para tu almuerzo con Stella y Léonie, deberíais ir al Hansan, en la avenida de Victor Hugo. Es un chino delicioso.

—¿De qué lo conoces? —consigue articular Joséphine.

—Tengo un amigo que trabaja allí. Es lavaplatos, pero antes de lavarlos los prueba, y parece que vale la pena el desvío.

Zoé se frota el vientre. Podría hacerse chef. O carmelita. O chef y carmelita. O chef y carmelita y Victor Hugo.

Se oye una llave girar en la cerradura de la entrada y Hortense se tira en una silla.

—¡Estoy reventada! He comido y bebido como un cerdo. Mañana tendré una cola en forma de tirabuzón y la jeta rosa.

Se quita su Burberry, desanuda su larga bufanda, hace tintinear los múltiples brazaletes de sus muñecas y se levanta el pelo con las manos. Lo sacude. Se agita. Se oyen unas campanillas, tres pequeñas notas de belleza; era como estar en un anuncio de Chica Maravilla.

—¿No os habéis acostado? ¿Celebráis algo? —Su mirada cae en la botella de *château-franc-pipeau*. Se detiene y pregunta con voz insegura—: ¿Es una coincidencia o es...?

—¡Tachááán...! —exclama Zoé—. ¡Regalo de Gary! Con una nota. Escrita con Bic rojo, de acuerdo, pero qué importa.

Hortense mira la etiqueta de la botella y grita de alegría. Aprieta los puños, los alza al aire y hace como que levanta unas pesas a la vez que grita:

—*Yes! Yes! Yes! I am the best!* ¡Bim, bom, bam! ¡He ganado! ¡Para mí las colas de golondrina y los bigotes de castor brillantes!

—¿Puedes traducir? —dice Zoé, intrigada.

Hortense no oye nada. Tiene una sonrisa de oreja a oreja; estira los brazos y las piernas y continúa vociferando:

—*Yes! Yes! Yes! I am the best!* ¡Guau! ¡Guau! ¡Me lo cargo todo, colas de golondrina y bigotes de castor brillantes!

—¡Vale! —grita Zoé—. Está bien, lo entendemos, no estamos sordas. ¿Quieres traducir? Si no, la próxima vez que yo tenga algo increíble que anunciar...

Hortense se para en seco y se vuelve a su hermana.

—¿Como qué, Zoétina? ¿Que te metes a monja y que vas a cantar maitines antes de ir a fregar las letrinas? No me sorprenderá lo más mínimo.

—Eres cruel —dice Zoé haciendo una mueca—. Realmente cruel. No te vuelvo a hablar.

—No. Honesta. Me parecería algo totalmente estúpido, pero tú eres la responsable de tu vida. Busca otra cosa si me quieres hacer callar. ¡Madre mía! *¡Tacos y pastillas!*<sup>13</sup>.

Y retoma su danza india vuelta hacia el cielo.

Zoé reflexiona y piensa en otra cosa:

—¡Tengo un notición! Y que te concierne de pleno. Calentito como una tostada crujiente. Y nada de bromas. Incluso es amenazador. Da escalofríos. Así que intercambiamos, lo tuyo por lo mío...

—No te creo. Es un farol de casino de Las Vegas.

—Te equivocas, ¿verdad, mamá?

Hortense deja de gesticular y pregunta a su madre con la mirada.

—Zoé tiene razón —dice Joséphine—. Es una cosa curiosa. No sé qué pensar...

—¡Ah! ¿No está todo bien, no es todo pan comido, todo cocinado? —dice Hortense, con una sospecha en la mirada.

—Nada más lejos —suelta Zoé, encantada de dar una lección a su hermana. —Hortense deja de lado el olifante y las maracas y vacila, con los brazos colgando—. Y si fuera tú... —continúa Zoé—, prestaría atención.

—Bueno —corta Hortense mientras se sienta—. Pongamos las cartas sobre la mesa y cada una entrega su mercancía. ¿Quién empieza?

—Tú, porque lo mío es muy fuerte.

—¿Hasta ese punto?

—Sí, querida.

Hortense no está en posición ventajosa, lo nota. Accede y baja la guardia. Hace una pausa y luego arranca:

—¿Por qué he perdido el control al ver la botella? —Nueva pausa. Una sonrisilla. La mirada baja a medias y las mejillas se sonrosan. Vuelve un recuerdo que abraza sus caderas—. Porque... —Respira. Resopla. Respira de nuevo. Echa los hombros hacia atrás. Los hace girar—. Aquí va... El *franc-pipeau* es el vino que nos acompañó una noche en Nueva York, la noche en la que diseñé mi primera colección. Gary había salido y yo lo esperaba; descorché una botella que había comprado en una *liquor store* no muy lejos de nuestra casa y me la ventilé mientras trabajaba. Cuando volvió, yo estaba cocida. Me tomó en sus brazos, me llevó hasta la cama ¡y pasamos una noche de amor tórrida! Así que..., si me manda esta botella, quiere decir que... ¡tachán! —Joséphine y Zoé la escuchan con tanta intensidad que casi se siente molesta—. Eso quiere decir... que está listo para retomar las noches de amor inolvidables, que me quiere ¡y que he ganado la partida!

—¿Qué partida? —preguntan Joséphine y Zoé, que no pueden imaginar que Hortense tenga una rival o esté en peligro.

—¡Eso, más tarde! Tengo que guardarme algunas bazas para mi juego.

—¡Tramposa! —dice Zoé.

—No. Fina estratega... Si lo que me das no vale un céntimo...

—¡Eso me sorprendería!

Ahora es el turno de Zoé. El pilar, la condesa, Henriette, la portería y...: «¡Esa chica no debe tener éxito! ¿Me comprende? Estoy dispuesta a todo».

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —bufa Hortense—. Ella y Sisteron no juegan limpio. Esto huele a traición.

Golpea la mesa de la cocina. La botella de *franc-pipeau* oscila, se inclina y amenaza con derramarse; ella la agarra. Se calma. No hay que dejarse llevar. Mantiene la calma. Piensa en cocoteros, arena blanca, el mar lamiéndole los dedos del pie, conchas nacaradas.

«¿Quizá Elena no hablaba de mí?»

—¿Por qué querría acabar conmigo? No le interesa —reflexiona Hortense en voz alta.

—No —dicen Joséphine y Zoé.

—Perdería todo el dinero invertido...

—A lo mejor la colección es un pretexto y te utiliza para... ¿para qué podría utilizarte? —dice Zoé.

—No lo sé, ¿tiene mucho dinero! ¿Con qué sueñan los ricos?

—No sueñan. Es su problema.

Hortense, con la mirada perdida, intenta comprender.

—Vende un Zutrillo, como dice ella, y financia dos, tres colecciones, diez colecciones. Y como tiene el sótano lleno de Zutrillos, Renoirs, Degas, Manets, Toulouse-Lautrecs...

—Si hubieras venido conmigo —dice Zoé—, habrías podido hablar con ella.

—He pasado la tarde con Junior.

—¿Y qué? ¿Qué te ha parecido?

—No muy lejos de ser guapo.

—¿Guapo? ¿Qué te has fumado?

—Te lo juro, tiene algo raro, me ha emocionado...

—¡Ajá! ¡Realmente has fumado!

—¡Para, Zoé! Sabes muy bien que nunca fumaría ni tomaría ninguna sustancia. Me importa demasiado mi cerebro. Mi piel, mi pelo, mis dientes...

—Sí, pero... ¿Junior guapo?

—Una belleza diferente, quizá, pero belleza, en todo caso. Tiene verdadera luz interior.

—¿Eres tú la que dice eso? —articula Zoé.

—¿Te ha hablado de sus experiencias televisuales?

—¡Tiene muchas cosas en la cabeza! Ya no consigo seguirlo. ¿Sabes que cada semana recibía a sabios holandeses, suecos, americanos, japoneses, profes de universidad...? Aprendió finés en ocho horas y noruego en quince. Quiere ir al país de los renos y de las auroras boreales.

—Precisamente me ha hecho la jugada de la tele en directo... Pero quizá se ha equivocado con Elena. Me ha dicho que era tan pura como las nieves del Kilimanjaro...

—Tú verás. De todos modos, lo que pase será bueno para ti.

—Y eso ¿dónde lo has leído? ¿En los Evangelios?

Zoé se encoge de hombros.

—Si Junior ha dicho que era como la nieve perpetua, lo es.

—¿De verdad? —dice Hortense en voz baja.

—Piensa. No solo paga todo, sino que te busca un taller y una antigua modelista para ayudarte. Es porque cree en ti.

—Pero, entonces, ¿por qué ha pronunciado esa frase?

—Debía de hablar de otra. Si quieres, vuelvo a casa de Henriette y la

interrogo. Pero, a cambio..., ¿me hablarás sobre Gary?

—¡Ah, no pierdes el norte! ¡Pásame el vinazo! ¡El vinazo de mi tórrida noche de amor! Y, dime, ¿continúas ocupándote de mi blog? Porque yo, ahora mismo, no tengo ni un minuto para eso.

Joséphine escucha a sus hijas. «¡Parecen encontrar muy fácil la vida! Yo siempre cojeo de un pie. Ellas transforman la vida en espuma, la montan como la nata, como pechugas caramelizadas.» La glotonería le moja los labios. Se para, saliva, ¿unas fresas? ¿Un plátano flambeado? ¿Un tiramisú del Androuet? Desde que Philippe no llama, llena el frigorífico de cosas dulces. A veces se las come con los dedos de lo hambrienta que está de él.

—He comprado fresas en Clérardin esta tarde. ¿Os tienta, hijas?

—¿A las dos de la mañana? —se sorprende Hortense—. ¿Qué te pasa, mamá? ¿Estás enamorada?

—Sí —dice Joséphine—. Y feliz.

\*

Después de haberse duchado, lavado los dientes, cepillado y haberse puesto su camiseta larga de noche a rayas rosas y blancas, Zoé lee los mensajes de Léa.

«¡Urgente! ¿Qué haces? ¡Tenemos que hablar! ¡Joder! ¡Zoéééééé! ¡Responde!»

Treinta y cuatro veces.

Mañana responderá. Tiene que preparar el guion de su presentación. Ha encontrado un pasaje en *El noventa y tres* que le interesa. Quiere establecer un paralelismo entre lo que escribió Hugo y la situación de la Francia actual. Tuvo la inspiración al leer un material descartado de *El noventa y tres*. Victor Hugo lo había escrito y luego desechado. Lo consideraba demasiado peligroso para su época. Un pasaje que había que reservar para los lectores de otro siglo.

Abre el libro y se sumerge en el fragmento elegido:

Toda la revolución, solo la revolución, ahí están Danton y Robespierre. Danton es toda la revolución; Robespierre es solo la revolución.

Marat es diferente.

Robespierre y Danton, cada uno a su manera, quieren; Marat odia.

Marat no pertenece especialmente a la Revolución francesa; Marat es de un tipo anterior; profundo y terrible. Marat es un espectro viejo e inmenso. Si quiere saber su verdadero nombre, grite en el abismo esta palabra: *Marat*; el eco desde el fondo del infinito le responderá: *¡Miseria!*

El precipicio, preguntado sobre Marat, solloza.

Marat es un enfermo.

[...]

Marat no está enfermo solamente, es malsano. Busca contagiar su mal. Hay hidrofobia en él. Una rabia inaudita ocupa el lugar de la inteligencia. Lo propio de esta rabia, que no es más que una desesperación total, es no apagarse incluso saciada y, después de haber devorado, continuar mordiendo.

[...]

Marat cree. Marat no ha sufrido y, sin embargo, es el sufrimiento: no se le ha hecho daño, pero se venga. ¿De qué se venga? De todo el mal que se le ha hecho al ser humano. ¿Dónde? En todas partes. ¿Cuándo? Siempre. En cuanto a él, no tiene que quejarse y hierve de rabia.

[...]

Estos hombres, más o menos que hombres, son funcionarios de la ruina; tienen una misión, que es la aniquilación. El horror los rodea y los envuelve, y los protege hasta que los mata. Una mañana, el horror público se hace mujer, coge un cuchillo, entra en su habitación y lo apuñala en su bañera. Guillotinamos a Charlotte Corday, *Bruto mayor*, y decimos: Marat ha muerto. No, Marat no ha muerto. Llévalo al Panteón o lanzadlo al vertedero, no importa, mañana renacerá.

«¡Qué belleza! —suspira Zoé—. La frase se eleva hasta la profecía. Las palabras se unen, se desarrollan, cargadas de siniestros augurios y de negros disparates.

»¿Tendré derecho a leer a Victor Hugo en mi convento?«

El teléfono suena.

Es Léa.

—¿Estás loca o qué? ¡Treinta y cuatro mensajes!

—¡Zoé! ¿Qué estabas haciendo? ¡Es mogollón de importante!

—Estaba en casa de mi abuela, no tenía batería. Y ahora estoy con Victor.

—¿Victor? ¿Mi ex?

—Victor Hugo. El Grande, el Inmenso.

—¡Joder, Zoé! ¡Me estás tocando los huevos pero bien!

—Pero, a ver, ¿tú nunca trabajas? No lo parece.

—¡Estoy estresada a más no poder! Tengo que contarte...

—Venga —dice Zoé mientras se retuerce los dedos del pie.

«Va a decirme que su nueva crema de día le ha dejado dos marcas azules bajo los ojos, que es alérgica pero no sabe a qué, o que no ha tenido tiempo de acabar su presentación: “Tú puedes darme ideas, solo esta vez, Zoé, te lo prometo”.»

—Te prevengo —dice Léa—, es la hostia. Tengo el cerebro derretido, una auténtica *fondue*. —Zoé oye toser a Léa, aclararse la garganta y luego lanzarse —: ¿Te acuerdas de los boletos que compramos para rascar?

—Sí.

—¿Te acuerdas bien de todo?

¡Las dos menos veinte de la madrugada! A esta velocidad, tendrá la información hacia las cuatro, cuatro y media.

—Sí, Léa. Los compramos cada martes y viernes en el estanco, vamos al bistró de Farid, pedimos un café americano con una jarrita de leche y rascamos y rascamos, excepto el martes pasado, que no tuvimos tiempo de rascarlo todo, y te metiste los boletos que faltaban en el bolsillo del impermeable diciendo que más tarde los veríamos...

—Eso es. Así es exactamente como pasó —dice Léa, como si las palabras de Zoé fueran salvavidas a los que fuera agarrándose.

—¿Léa? ¿Estás bien? Me estás preocupando.

—¿Y te acuerdas de que cogimos dos boletos de Monopoly a cinco euros cada uno porque decidiste que, aunque fueran caros, valía la...?

—¡Léa! ¡Estamos en plena madrugada! Mañana tengo clase a las ocho, no he acabado mi presentación y tengo sueño.

—Vale, de acuerdo... Hemos ganado.

—¿Hemos ganado? No es la primera vez que ganamos. ¿Estás chiflada o qué?

Zoé oye a Léa tragar.

—Pregúntame cuánto hemos ganado.

—¡Léa! ¡Estás de lo más cargante!

—Tienes que prepararte, quiero decir, prepárate para la conmoción.

—¡Venga, dispara!

—¡Cien mil euros! ¡Con un Monopoly! —grita Léa, y el final de la frase acaba en un derrape sin control. —Zoé suelta el teléfono y se tapa los oídos. Le arden los ojos, le sudan las palmas de las manos y se le humedecen las raíces del pelo—. ¿Zoé? ¿Estás ahí?

Zoé recupera el teléfono. Carraspea.

—Síííí —dice con vocecita de colibrí atropellado por un autobús.

—O sea, cincuenta mil para cada una —precisa Léa.

Da la noticia como si, al pasarla a otra persona, por fin hubiera digerido la información.

Zoé intenta recordar. ¿Qué habían dicho un día en el Farid mientras mojaban un azucarillo en el café y los clientes de la barra discutían acaloradamente delante de un partido entre el OM y el PSG?: «Si ganamos, le daremos dinero a nuestros padres, hermanas y hermanos; a los pobres abandonados en la calle; a la investigación contra el cáncer, contra la tuberculosis, contra el sida; a los niños necesitados; a los restaurantes solidarios, y lo que quede para nosotras».

Sí, pero ¿cuánto?

El regateo había empezado.

Día tras día, la parte de los demás disminuía.

Habían empezado haciendo un reparto cincuenta-cincuenta y habían acabado en ochenta y nueve-once. Bueno, Léa. Zoé no sabía si donaría todo o no. Había acabado por concluir que..., si alguna vez..., un día..., ganaba mucho dinero, sería como una prueba. «Sabré entonces qué tipo de chica soy.»

¿Es genial o no?

Eso no la dejó dormir.

Rogó al Señor que aquel día no llegara nunca.

Y allí estaba, había llegado.

—¡Cincuenta mil euros cada una! ¡Vaya, caramba! —exclama Zoé, desconcertada.

—Ya te digo, es la hostia.

Zoé reflexiona, se estira la camiseta larga hasta los pies, la pilla con los dedos, hace como una tienda y mete la nariz en la abertura. Respira, olfatea. Y algo la golpea de frente. Un pensamiento que no tiene nada que ver con el

dinero, ni el Monopoly, ni el café americano ni el montón de caramelitos que les da siempre Farid. Un pensamiento mil veces más satisfactorio. Más reconfortante.

—Léa...

—¿Sí?

—¿Has visto que hemos ganado cincuenta mil euros y enseguida has pensado en llamarme? Has insistido, varias veces... ¡treinta y cuatro!

—Bueno, sí..., compramos juntas los boletos.

—¡Pero hubieras podido quedártelos y no decirme nada! ¡Me había olvidado completamente!

—Bueno, no. Eso no se hace.

—Eres genial. Estoy muy contenta de tener una amiga genial.

—OK, Zoé, pero tenemos que hablar en serio...

—Dime, ¿dónde has encontrado los Monopoly?

Zoé quiere saberlo todo. Como si el hecho de oír la historia en voz alta hiciera que lo certificara, que fuera verdad, real.

—Me los había dejado en los bolsillos de la parka. Ya sabes, la que me obliga a ponerme mi madre cuando llueve y hace viento..., la rosa espantosa.

—Sí, tienes razón, es espantosa.

—Esta mañana me ha obligado otra vez a ponérmela. Haciéndome un chantaje miserable. En plan: «Si te niegas, te suprimo la paga semanal y te quito los Repetto que te regalé». Ya ves, vaya... He protestado, se ha negado a escucharme, me he tenido que poner la parka, y entonces, solo por fastidiarla, he comprado unos Carambar. Porque el dentista me ha prohibido comerlos y mi madre adora al dentista, todo son reverencias delante de él, ¡estoy segura de que se lo quiere tirar! Así que compro un montón de Carambar, los meto en el bolsillo y...

—¡Eres la mejor, Léa, la mejor!

—... he encontrado los dos Monopoly. Los he rascado en el metro... en mis rodillas... en el metro... tranquila. Tenía enfrente a un tío que estaba demasiado bueno, me lo comía con los ojos e iba rascando tranquilamente. Estaba segura de que no habíamos ganado. Y luego pensaba que me moría. Me zumbaban los oídos. ¡Habíamos ganado! ¡De verdad!

—¡Qué locura!

—Estoy muerta de miedo. ¿Qué vamos a hacer?

—Bueno, iremos a buscar el dinero.

—Tengo miedo de perderlo, miedo de que nos agredan.

—¡Qué va!

—No me atrevo a coger el metro, ni a mirar a la gente ni a sonreír, tengo miedo de que se me note.

—¡No lo llevas escrito en la frente!

—¿Y cómo lo sabes? —exclama subiendo en los agudos como si la persiguiera un maníaco con un hacha.

—¡Para, Léa! Voy a decirte una cosa: si hemos ganado, es un guiño del Cielo, estamos protegidas.

—¿Protegidas?

—Sí, por los ángeles, allí en lo alto.

—Zoé, en serio, ¡no metas a los ángeles en esto!

—¡Pues claro! Precisamente...

—No, Zoé, no. Dime..., ¿se lo digo a Henrick?

—No se lo digas a nadie, guárdalo en secreto.

—¡No sé guardar secretos! Nunca hay que confiarme nada. Si tienes un secreto un día, no me lo digas por nada del mundo.

—No hables con nadie, así es más fácil. En cuanto a Henrick, mientras no os hayáis visto, tienes la gripe y se la puedes contagiar. Y este año el virus es mortal.

Léa se calla y Zoé la oye hacer ruidos con la boca; debe de estar mordiéndose los labios.

—¡Cien mil euros, Zoé! ¡Cien mil euros! Yo me lo guardo todo para mí.

—Tienes que dar una parte. Hay que compartir...

—¡Creo que no! Eso decía yo antes, pero, ahora, todo cambia.

—Volveremos a hablar. Entretanto, guárdalo bien. No lo pierdas.

—¡Ya estamos! ¡Tengo miedo! No tendrías que haberme dicho eso.

—Cálmate, Léa. Cálmate.

—Pero si lo perdiera...

—Nos diremos que no era más que dinero... y yo habré descubierto que tengo una amiga increíble, y eso, te lo aseguro, es todavía mejor que el dinero. ¿Dónde lo has puesto?

—En un zapato. Uno viejo.

Zoé gruñe y se acalora.

—Imagina que tu madre quiere ordenar tus cosas y decide deshacerse de tus zapatos viejos. Tu madre siempre está ordenándolo todo, es una maníaca. ¡Esconde el puto boleto en otro sitio!

—¿En mi caja secreta, con el candado grande?

—Perfecto.

—¿Cuándo nos vemos?

Están en la misma clase, pero no han elegido las mismas optativas. Zoé va a latín, y Léa, a literatura alemana.

—Mañana por la tarde —dice Zoé—. ¿Te va bien?

—¿Hasta qué hora tienes clase?

—Hasta las cuatro.

—OK. Te espero a la salida y vamos a casa... ¿Sabes?, estaba pensando en que podría comprarme una tonelada de caramelos de fresa Tagada... Sería muy bonito, una montaña de caramelos de fresa Tagada en mi habitación...

—¿Sabes qué, Léa?, tu alma no es nada noble.

—¡Todo lo contrario! Tengo un alma muy noble. Habría podido ocultártelo y no lo he hecho. Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza. ¿Ves lo noble que es mi alma?

¡Cincuenta mil euros! Son demasiados ceros.

Zoé se tira otra vez de la camiseta y mete otra vez la cabeza por el cuello. Aspira el olor a gel y a champú.

¡Cincuenta mil euros!

Va a poder repartir felicidad.

Lo vio un día en una película americana. Un millonario compartía su dinero. Un millón por aquí, un millón por allá... Iba por la calle y procuraba felicidad a la gente. Y el tipo, después de haberlo dado todo, silbaba, con los dedos en los tirantes. Feliz. En paz. ¿Porque había sacado de apuros a la gente? Quizá sí, pero sobre todo porque estaba de acuerdo consigo mismo, de acuerdo con la vida que prefería llevar.

Al salir del cine, había sentido la misma alegría. Llovía a cántaros, no llevaba impermeable ni paraguas, la gente se empujaba. Los coches salpicaban a los peatones que estaban demasiado cerca del borde de la acera. Se dijo que la vida era muy bella cuando se está de acuerdo con ella.

Se detuvo, repitió la frase...: «La vida es muy bella cuando estamos de acuerdo con ella, la vida es muy bella cuando estamos de acuerdo con ella, la vida es muy bella cuando estamos de acuerdo con ella», y era como si llevara

los dedos en los tirantes y caminara bajo el sol.

La cantaba en la ducha, la cantaba en la calle, la cantaba al saltar los escalones del metro.

Eso duró quince días.

Luego lo olvidó.

\*

Esa misma noche, mientras Zoé descubre la magia de un Monopoly y la fuerza de la amistad, Hortense se mete en la cama sonriendo. Demasiado feliz para pasar la noche trabajando. Más precisamente, demasiado llena de alegría. Llena a reventar.

Acaba de escapar a una gran desgracia.

Ha estado a punto de perder a Gary.

Si hubiera perdido a Gary...

La sonrisa se le quiebra, frunce el ceño en tres pliegues, emite un gruñido y sacude la cabeza.

El mensaje del *château-franc-pipeau* es claro: Gary Ward ha vuelto.

Hortense Cortès no se pregunta nunca si es inteligente, prudente, astuta, talentosa, ingeniosa, perspicaz, brillante, bonita, atractiva, deslumbrante o única en el mundo. Es Hortense Cortès y eso lo abarca todo. Tampoco se excusa por gozar de buena salud o ser enérgica, afortunada o talentosa. Que no cuenten con ella para ponerlo en duda. La duda es un roedor temible que transforma a la chica más guapa del mundo en una fregona dentro de un cubo de agua sucia.

Compadece a las chicas que se comparan con otras, que temen estar «demasiado», «no lo bastante» o «menos bien», que cuentan los centímetros y los kilos que las separan de su ideal. ¡Como si existiera un vaso dosificador para medir a los humanos! Se es lo que se decide ser. Es verdad que eso cuesta trabajo. Decretar que yo quiero ser esto y apuntar en el blanco. No fallar el objetivo. Gary le explicó un día que el primer significado de la palabra *pecado* era «fallar el objetivo, desviarse».

El pecado es no prestarse atención a una misma.

No conocer el propio valor.

Como su madre.

Un día la acompañó a la reunión de propietarios. Joséphine pidió con voz temblorosa que se cambiara la moqueta de la escalera, usada y desgarrada en algunos sitios. Había estado a punto de tropezarse varias veces. Los propietarios lo rechazaron, ¡gastos inútiles! Hortense se quedó estupefacta por la falta de aplomo de su madre, que se batió en retirada y pidió excusas.

Al volver, ella le preguntó:

—¿Te parece que tu presencia esta tarde ha sido constructiva?

—Eh..., qué quieres decir...

—¿Has conseguido que se considere tu punto de vista?

—Nnn... no.

—¿Vuelves decepcionada y frustrada?

—Me da miedo hablar delante de la gente —suspiró Joséphine.

—Si quieres que te respeten, exige que te oigan. Amenázalos con un juicio. Tendrán miedo y cambiarán la alfombra a toda prisa. Ese día te verás sorprendida por la emoción del «me atreví y gané». ¿Sabes de lo que hablo?

—No.

—Es la emoción más grande del mundo, y está al alcance de la mano.

—Lo intentaré —prometió Joséphine.

—¡Muchas gracias! —dijo Hortense antes de encerrarse en su habitación para trabajar.

Aquella noche estuvo mascullando mucho rato, sentada en el suelo, con la boca llena de agujas delante del dobladillo de un vestido. Moldeaba el pliegue de tela mientras farfullaba: «¿De verdad que esta mujer es mi madre?».

\*

Sí, pero...

A veces la vida podía volverse complicada.

Una ninfa ancestral te lanza un hechizo.

Y...

Se llama Calypso, una violinista eminente con jeta de musaraña plantada en la punta de una pica. Delgada, casi enjuta, pálida, casi lívida, de cabello escaso y negro echado hacia atrás, una trenza de hilo a un lado, grandes orejas separadas, una nariz que dominaba un hocico puntiagudo. Calypso era muy fea y muy graciosa.

Era inútil tratar de comprenderla o de medirla. Calypso no entraba en ningún vaso dosificador. Desafiaba los centilitros, los decilitros, los gramos y los kilos. Había dado de lleno en su objetivo y había conseguido el corazón de un hombre bello, noble, encantador, generoso y talentoso.

Un hombre que se llamaba Gary Ward.

Calypso no actuaba sola. Tenía cómplices. Una panda de amigos de nombre Mozart, Bach, Brahms, Beethoven, Schubert, Schumann, Dvorak y otros muchos más que la acompañaban, lanzaban a su paso negras, blancas, corcheas y suspiros, andantes *ma non troppo*, *allegrettos*, fas sostenidos y sis bemoles. Estas notas susurraban en el vestido de la violinista y lanzaban hechizos al que se acercaba demasiado.

Del mismo modo que la belleza de Hortense se adueña de los hombres y los achicharra en el sitio, el encanto de Calypso los envuelve y los transporta al cielo.

Gary se sintió arrebatado ante la mirada de Hortense en un concierto celebrado en la Juilliard School<sup>14</sup>. Unos toques de arco de Calypso en una sonata de Beethoven y Gary... ¡desapareció!

Ella apenas se dio cuenta.

Trabajó hasta aturdirse. Para no pensar en Gary y en Calypso. Gary y Calypso en Escocia. Gary y Calypso participando en concursos por Europa o América. Gary y Calypso en Nueva York. Gary y Calypso atravesando Central Park cogidos de la mano. Gary posando su boca en la de... Esta simple evocación hacía que se le clavaran agujas bajo los párpados. Se puso tensa. Cerró los ojos. Disparaba sobre la imagen dejando estallar un bang-bang en su cabeza, con los índices apuntando como pistolas.

Todo se enturbiaba. Vacilaba.

Pero nunca cayó, segura de tener ventaja.

Porque Hortense Cortès creía en la felicidad. Había decidido ser feliz, persuadida de que se podía fabricar la felicidad igual que el encaje o el caramelo.

Y quería creer en el amor sublime. El que supera las pruebas y se ríe del peligro. Penélope y Ulises, Jimena y Rodrigo, Heathcliff y Catherine, Cyrano y

Roxane. Ella era Jimena, Catherine y Roxane, y Gary, el hombre maravilloso a su lado.

Para siempre.

Agradecía a Gary que no le mintiera. No decía nada, pero no mentía. Ella no le hacía preguntas. «Lo importante es que he tenido toda la consideración por él.» Usaba de manera expresa esa palabra anticuada, solemne, para ilustrar hasta qué punto era extraño sentir respeto por alguien que se comportaba como... «¡No! No tengo que sentir vergüenza por él.» Y le agradecía por hablarle las raras veces en las que se telefoneaban de la forma de las nubes o del color de las murallas de la ciudad en la que se encontraba.

Y, al fin y al cabo, si la trataba con delicadeza era porque ella es importante para él, ¿no?

Aquella noche, había vuelto.

Gracias a la intermediación de seis botellas de buen vino guardadas en una caja de madera enviadas desde Nueva York. Seis botellas que habían hecho el viaje para decirle: «¡Eh, Hortense Cortès! Recuerda el juramento de la calle 66».

Mañana lo llamará.

Un coche pasa bajo sus ventanas. Y se detiene. El motor continúa girando.

Hortense oye la voz de una mujer que suplica: «Por favor, no me dejes, ¡por favooor!».

Una puerta se cierra. La mujer llora en la noche. Gime: «¡No te molestaré más, lo prometo!».

¡Pobre mujer! No ha entendido nada.

«Mañana lo llamaré...

»O pasado mañana. O el día siguiente.

»O el siguiente.

»Ya veremos.

»Sería demasiado fácil. ¿Envía una caja de vino y aparezco? Voy a añadir una cláusula al juramento de la calle 66: la ofendida se vengará, y mejor cien veces que una.

»Gary esperará. Se inquietará.

»Se dirá: “¿Por qué no llama?”. Y un poco más tarde...: “No es normal, ¿qué está pasando? ¿Ha conocido a un extranjero guapo en la penumbra de una escalera? ¿Está metiéndose en su cama, gimiendo bajo él?”.

»Se tapará los ojos con las manos para no ver.

»Y se derrumbará sobre el piano.»

Sonríe complacida.

Se extiende la crema nutritiva en las manos, insiste en los dedos y en las muñecas. Apaga la lámpara de la mesita de noche. Se mete bajo la sábana ligera. Se menea, saca la punta de la lengua, señal de que reflexiona, de que madura su venganza.

Gary esperará... el tiempo que haga falta.

\*

Gary Ward no espera.

No está perdido ni desesperado.

Ni siquiera triste.

Ha tomado una decisión.

Una caja de *franc-pipeau* ha firmado su rendición.

Le toca a Hortense decidir. ¿Perdonar o no perdonar?

¿Hacer como si nada hubiera pasado?

Le da igual. Ha vuelto a su sitio.

¿Cómo ha podido vivir sin Hortense durante estas larguísimas semanas?

¡Ay, qué largas le parecen ahora!

Casi seis meses.

El deseo bulle en él. ¡Hortense! ¡Hortense! Ganas de desplegarla, de escudriñarla, de perderse en ella. Vivir la vida que ella inventa. A lo grande, en colores.

Hortense Cortès inventa la vida como nadie.

Él la adorna con todas las virtudes. Generosa, independiente, magnánima. Nunca ha aludido a Calypso, nunca la ha herido con una palabra cruel.

La ha ignorado.

«¿Habría tenido yo la misma sangre fría, la misma elegancia frente a un hombre que me la hubiera arrebatado?»

Tiene ganas de hablar de ella a las paredes, a los espejos, a la chimenea, a las gruesas alfombras, a los ramos de helechos de su jardinera plateada.

«¿Conocéis la definición del amor según Hortense Cortès, la conocéis?

»“El amor es cuando dos personas son capaces de vivir cada una por su lado pero deciden vivir juntas porque se aman.”

»Y añade mientras apoya la cabeza en su hombro: “Es nuestra historia, ¿eh, Gary?”»

¿Y aquella frase que le había mandado por WhatsApp?

¿Quién dijo...? ¿Quién dijo qué, por cierto?

Se había quedado parado en la acera leyéndola, iba a empujar la puerta de Duane Read<sup>15</sup> para comprar un dentífrico, se puso colorado como si lo hubiera señalado con el dedo.

Sí, sí, se acordaba.

«Lo que haces te hace.»

Nada más.

«Lo que haces te hace.»

«Si miento, ¿soy un mentiroso?

»Si hago trampas, ¿soy un tramposo?

»Si hago mal a Hortense Cortès, ¿soy un malhechor?»

Una noche. En Nueva York...

Lo decidió aquella noche.

Había vuelto la víspera de un concurso en Escocia. En Glasgow, exactamente. Habían competido Calypso y él. Una sonata de Brahms que habían trabajado todo el verano.

Aquella noche, en Nueva York...

Iban Rico y él por la parte baja de la ciudad, por Orchard Street. El frío de diciembre les cortaba la nariz, las orejas, les esculpía mandíbulas de hielo. Rico no paraba de darse golpes en las manos para calentarlas, se había olvidado los guantes. Había habido tormentas eléctricas y las esquinas desaparecían bajo mares negruzcos. Se veían obligados a saltar por encima de los charcos y estaban atentos a no resbalar.

—¡Solo faltaría que me rompiera una muñeca! —rezongaba Rico.

Habían cenado en Russ and Daughters. Gary había elegido un salmón ahumado con nata, cebolla y tomatitos. Y una enorme porción de pastel de chocolate de postre. Rico tomó arenque con patatas y un chupito de vodka. Y un *noodle kugel*. Comentaron sus platos, se explicaron su elección y le pusieron nota.

—Somos como una vieja pareja —dijo Gary—. Comemos sin hablar y luego hacemos los comentarios. Habría que pensar en divorciarse...

—Déjame encontrar un buen abogado que te desplume. Tú has debido de ganar tus buenos *royalties* con tu CD, ¿no?

—¿Bromeas? ¡Gano un uno por ciento del precio de venta! Son los conciertos los que dan beneficio. No los CD. Lo sabes muy bien...

Rico rebañaba la nata de su plato.

—Deberías ser *gigolo*. Con tu mirada ardiente y tu pinta de morenazo romántico, las mujeres se vuelven locas por ti.

—Para, vil adulador. ¿Vas a pedirme algo?

Salieron a la calle, vestida con los colores de la Navidad.

Orchard Street tenía un aire de fiesta. Farolillos rojos y verdes se balanceaban en gruesos cables eléctricos. Un muñeco de Papá Noel se agarraba a una ventana. Había perdido una bota; se le veía la pantorrilla, que colgaba en el vacío. Era grotesco. La gente lo señalaba con el dedo y reían. Tomaban fotos mientras estiraban el brazo para atrapar la pierna desnuda.

Gary desvió la mirada.

Rico salía del estudio. Llevaba encerrado toda la tarde con Calypso para ensayar con vistas a un concierto en Cleveland, Ohio. Habían tenido que buscar otro pianista. Gary lo había rechazado. No lo «sentía». «Es a ella a la que ya no “sientes”», había replicado Rico.

Este estaba enamorado en secreto de Calypso, con la que iba a pasar tres días. Esta perspectiva lo volvía febril. Se tragaba los comprimidos de Advil como si fueran caramelos y sus miradas hacia Gary preguntaban: «¿Estás o no con ella?». Gary hacía como si no comprendiera.

Rico se envalentonó. Sus ojos negros ardían por saber. Se ajustaba el gorro rojo y preguntaba, como para evaluar la situación, para intentar comprender el misterio de este hombre codiciado por dos mujeres: «¿Hortense está bien? ¿Sigue en París?». Gary respondía: «Sí, sí, tiene mucho trabajo».

Al pasar bajo el Papa Noel descalzo, Rico formuló una vez más el mismo enigma:

—Si un día un incendio destruye tu casa, donde Calypso y Hortense están encerradas, y no puedes salvar más que a una... —y entonces siempre hacía

una pausa. Movía la barbilla hacia delante y murmuraba una cosa que Gary no entendía muy bien: «¡Vamos, hombre! ¡Ármese de valor!<sup>16</sup>»—, ¿a quién escogerías?

Y luego metía la cabeza entre los hombros, sorprendido por su audacia.

—Siempre la misma —dijo Gary a la vez que giraba en la esquina de Mott y Prince Street delante de Little Cupcake Bakeshop.

El mejor sitio de Nueva York de pasteles, gofres y helados.

—Y... ¿cuál sería...?

—¡Para ya con tu historia del incendio! Ya cansa.

—Porque no quieres responder. Si respondieras, te liberarías. Habrías elegido. No elegir te agota. Y no te vuelve más amable, debo añadir.

Rico no se equivocaba.

La noche que había pasado en Roissy con Hortense a su vuelta de Escocia lo había cambiado.

Ya no funcionaba igual con Calypso.

Se apresuraba. ¿Hacia qué? Lo ignoraba. No tenía ganas de frenar para esperarla. Muy al contrario. Aceleraba para desaparecer al final de la calle.

Se decía: «Soy injusto, me quiere, está dedicada a mí en cuerpo y alma», y luego, enseguida: «¡Qué lenta es! ¡Cuánto me pesa en el brazo!». A veces, cuando se volvía hacia ella, tenía que hacer un esfuerzo para reconocerla. Su mirada se posaba sobre ella y se volvía borrosa como si intentara recordar quién era. ¡Y eso no era todo! Cada día el desacuerdo se amplificaba. Ya no veían el mismo azul ni el mismo verde; no oían el mismo do ni el mismo mi; ya no sonreían cuando los cisnes del parque se disputaban un trozo de pan duro o cuando veían a una ardilla apoyada contra el tronco de un árbol mordisquear un *macdonalds* olvidado en el césped.

Estaban desafinados.

Incluso sus instrumentos no se respondían ya.

Tocaban un fragmento y ya no se entendían.

Él dejaba caer las manos y los hombros. Se encorvaba en la banqueta del piano. Ella se interrumpía y lo interrogaba con sus grandes ojos, abiertos como platos y dolientes. Y ese dolor mudo, apenas velado, lo exasperaba. Pensaba: «¡Tiene ojos de batracio!». Se echaba la culpa, se mordía los labios, decía: «No es nada, no es nada, volvamos a empezar», y recomenzaba, molesto.

Y entonces... era él quien tocaba demasiado rápido: se tragaba un compás, olvidaba un matiz, tropezaba en un acorde, se enfadaba... Se excusaba. Ella intentaba tranquilizarlo levantando con suavidad una mano y murmuraba: «No importa, estás cansado, lo retomamos más tarde». Él se rebelaba: «¡Qué va, qué va! Estoy tocando con los pies. Y dilo, dilo, es irritante esta manera que tienes de excusarme siempre. ¡Parece una madre con su hijo!».

Era la reacción que colmaba el vaso.

Las lágrimas empañaban la mirada de Calypso, se le cerraba la garganta, una especie de humildad resignada cruzaba por sus ojos. Bajaba la cabeza y contemplaba sus pies a la vez que rascaba la cinturilla de la informe falda marrón que le cubría las rodillas. Seguía la uña con los ojos, la uña deformada por una dura callosidad, la uña en la falda que rascaba, la uña en la falda marrón, demasiado larga, mal cortada, y le parecía que a todo aquello le faltaba gusto, elegancia..., ¡no sabía qué! ¿Faltaba Hortense Cortès? Quitaba el chaquetón del respaldo de la silla y se abalanzaba fuera del estudio mientras decía: «¡Tengo que tomar el aire!».

Caminaba con el hombro hacia delante, como si fuera a dar golpes de ariete contra la multitud. Chocaba con los que subían por Broadway, se pasaba una mano por el cabello desgredado, se le crispaba el puño, se tiraba de un mechón. Cuando el dolor se volvía demasiado vivo, se relajaba y resoplaba como un ahogado que encuentra la playa y se extiende en la arena.

No dejaba de subir y bajar por Broadway. Volvía por Columbus Circle. Bebía cafés con leche<sup>17</sup> en altos vasos blancos del Whole Foods Market. Engullía *muffins* con pasas. Escuchaba los cascos fatigados de los caballos de los coches de alquiler que resonaban —plon, plon, plon— en el asfalto. Levantaba la cabeza hacia el cielo: «¿Qué hago ahora? No voy a volver a Roissy para alquilar una habitación de hotel.

»Ella se reirá de mí en la cara».

Un día, en Columbus, vio el escaparate de la *liquor store* de la esquina de América con Central Park South. A Hortense le gustaba ir allí. El propietario es taciturno. Deja que los clientes hagan su elección sin hablar. En medio del escaparate, sobre un expositor recubierto de terciopelo azul real, sentada en su

trono, una botella. Se acerca. Guiña los ojos. Se sube el cuello del chaquetón. El viento lanza flechas heladas.

Descifra la etiqueta, «Château Franc-Pipeau 2012». *Franc-pipeau*, eso le dice algo. ¡Pues claro, por supuesto! Un *saint-émilion* que Hortense aprecia. Una noche en la que él ensayaba, se bebió una botella entera mientras diseñaba. La había encontrado dormida sobre la mesa, abrazando la botella con el codo. La llevó hasta la cama, la desnudó, la acostó y la acunó.

Aquella noche ella tuvo una pesadilla. Veía a su padre devorado por un cocodrilo. Se despertó en trance, sollozó que habría querido salvar a su padre: «Yo era demasiado pequeña, Gary, demasiado pequeña cuando murió, ¿y sabes por qué murió? Era frágil, amable. Para triunfar hay que ser duro, egoísta, pensar solo en uno mismo, en el trabajo, y olvidar todo lo demás».

Quería vengar a su padre. Ofrecerle el éxito y la fortuna que él había soñado. «¿Comprendes, Gary?»

Él la consoló, le prometió que triunfaría, que se convertiría en la gran gran Hortense Cortès y que la llevaría a sobrevolar Manhattan en helicóptero.

Aquella noche, Hortense Cortès era una niña con una gran pena.

Hortense. Hortense Cortès. Hortense, pim, pam, pum.

Había elegido.

Solo le quedaba decírselo a Calypso.

Eso era otra cosa.

Se encontraban en la Juilliard School. Rico, Mark, Calypso y él. Habían formado un cuarteto. Estudiaban, almorzaban y tocaban, ella el violín, y él, el piano. Rico iba de uno al otro, ansioso, prudente. Mark contaba chistes.

—¿Sabéis el de la rana con una boca graaaaaande? —Tiraba de sus labios con los índices, tiraba hasta que su boca se deformaba en una graaaaaaan mueca—. La rana encuentra un cocodrilo y le pregunta: «Y tú ¿qué es lo que comes?». Y el cocodrilo responde... Va, lo dejo. Sois unos inútiles. ¡Podrías animarme, darme un poco más de calor! No sois nada graciosos. Si al menos Hortense estuviera aquí... —Y con un mismo movimiento, Gary, Calypso y Rico bajaron la cabeza—. ¿Qué, he metido la pata, al hablar de Hortense o de bocas grandes?

—¿Empezamos? En el tercer compás, ¡do, do, mi! —decretaba Gary—. Un, dos, tres...

Pero por la noche...

... cuando salían de la escuela...

... se cobijaba detrás de su pelo castaño y decía: «Necesito estar solo». O: «Tengo una idea, me gustaría trabajar».

Sin una mirada para Calypso.

Ya no la acompañaba hasta la calle 110 y el edificio de ladrillos rojos en medio de jardines variopintos donde las bicicletas cuelgan como racimos de glicinas. Se paraba en la entrada de Central Park West a la altura de la calle 72, delante del jardín de John Lennon, Strawberry Fields Forever. Se inclinaba, le daba un beso distraído y, mientras miraba el cielo gris, pesado por la nieve, decía: «¿Nos vemos mañana? *Take care*<sup>18</sup>».

Ni siquiera el *Vals en fa mayor* de Giuseppe Verdi, que era su pieza, su despertador, su himno matinal, conseguía acercarlos.

Estaba cansado. ¡Qué cansado estaba!

Todo le servía de pretexto para huir. Sentía que era el alma de un prisionero que escruta el cielo para evadirse.

Caminaba distraído, estudiaba las nubes. Grandes, aborregadas. Una se parecía a una bruja desdentada con una tripa de mujer embarazada. Un poco más allá, un galgo afgano se pavoneaba, un unicornio posaba, dos calabazas se caían.

«No es culpa mía...

»No es culpa mía que el deseo haya desaparecido.

»No es culpa mía que tuviera ganas de pasar por Roissy.

»No es culpa mía que Hortense cogiera un taxi.

»No es culpa mía que nos encontráramos en el suelo de los servicios.»

Y todas las noches, al salir de la Juilliard School, va a saludar al *château-franc-pipeau* en su trono de terciopelo azul real: «¿Está bien, majestad?». Se burla de su aspecto estudiado, canturrea un nocturno de Chopin y piensa mientras mordisquea un *muffin*: «¿Cómo hago para que sepa que la echo de menos?».

Una noche, a fuerza de mirar el terciopelo azul real que brilla bajo el tubo de neón, surge la idea de elegir el *franc-pipeau* como mensajero. «Irás a París a hablar con Hortense por mí. Le dirás que quiero volver a verla. Que la echo de menos, que me cuesta respirar, dormir lejos de ella. Que necesito su piel, su calor, su olor. Que quiero que vuelva.»

Empuja la puerta de la tienda con aire resuelto, pone las manos en el mostrador e interpela al bodeguero:

—Quiero que envíe una caja de ese néctar a Francia. Seis botellas.

—Pero... —balbucea el hombre detrás del mostrador.

—¿Eso va a arruinarme?

—Le va a costar muy...

—Es un acto de amor, amigo mío. ¡Un poco de gallardía, por favor! O se tienen valores, o no se tienen. A mí me han educado así. Veo a lo grande, vivo a lo grande, amo a lo grande.

—¡Como usted quiera! —rezonga el hombre meneando la cabeza para indicar que declina toda responsabilidad.

No se equivoca. Gary se ha arruinado. El dinero que apartó para intentar con Rico la subida al Kilimanjaro se dilapida en una caja de vino navegando hacia Francia.

—¡El punto más alto de África frente a la sonrisa de una mujer! —declara Gary mientras tiende su tarjeta de crédito.

La carta escrita con Bic rojo empaña un poco la gallardía del envío.

Pero el hombre no tiene otro y hay que adjuntar unas palabras al paquete.

\*

Calypso, silenciosa, espera.

Intenta borrarse, desaparecer.

Observa las ausencias, los silencios de Gary. Las miradas huidizas. Los brazos pegados al cuerpo.

Se dice a sí misma que él tiene alguna preocupación y que no quiere imponérsela. Calla y le ofrece la inmensidad de su amor en una mirada de total devoción.

Ese regalo engorroso irrita a Gary. Vuelve la cabeza, busca un pretexto para esfumarse. Busca y vuelve a buscar. Se torna veleidoso.

Ella comprende que lo molesta.

En el aeropuerto de Edimburgo, era ayer o anteayer, él estaba solícito y atento.

Habían quedado primeros en el concurso de la Real Academia de Escocia. Habían recibido felicitaciones, mensajes de agentes y proposiciones de trabajo, y se las leían uno al otro, con las mejillas febriles, exclamando: «Escucha, es increíble, ¿no? ¡Pellízcame, pellízcame!».

Habían comprado unos Cadbury Fingers y los mordisqueaban lanzando gritos de alegría. Parecían dos duendes joviales en una bancada del aeropuerto.

El concurso había tenido lugar en Glasgow, pero habían hecho un desvío por Edimburgo para visitar al granjero que se ocupaba del castillo de Gary. En el último minuto, Gary decidió prolongar su estancia. Calypso debía volver a Nueva York. Tenía una audición para entrar en una de las mejores agencias artísticas de Estados Unidos.

—Voy a dar una vuelta por la propiedad —explicó Gary—. Tengo que ocuparme, ¿sabes?, no quiero dejarlo todo al cuidado de mi abuela. Está mayor, noventa y dos años, ¿te das cuenta? Ya ha sido muy amable por su parte haber empezado las obras, no querría abusar, así que...

—No tienes que excusarte —dijo ella mientras le pasaba la mano por la mejilla—. Te entiendo muy bien.

—Sí, sí, tienes razón. No es grave. Es solo que...

Parecía muy preocupado al pronunciar estas palabras.

Preocupado y, ella lo sabía ahora, ya ausente.

Se puso a reír y a hablar sin parar para impedir una mentira que él habría dicho para complacerla. Para atenuar el anuncio de una mala noticia. Lo sentía listo para partir, para correr hacia otras ciudades, otras maravillas. El éxito en el concurso de Glasgow había desplegado sus alas.

Y luego, presa de un remordimiento repentino, la había estrechado entre sus brazos para ponerla al abrigo de la infelicidad.

—Es cosa de un día o dos. Es mejor que vaya solo. No sería muy divertido para ti. Hay que caminar por el barro y...

—Lo entiendo, Gary, lo entiendo.

Pero nada podía detener el torrente de sus justificaciones.

—Vas a empezar los ensayos para la audición en Grobster & Co. Es muy importante. Tienes que estar fresca y descansada.

Sonreía, los ojos llenos de luz. Hacía todo lo posible por ser convincente.

Le cogió la maleta para facturarla, para evitárselo a sus dedos y a sus muñecas. Eligió una plaza cerca de la ventanilla. Le compró su refresco

preferido, un Barr's Irn-bru naranja, y las galletas que le gustaban, las Dean's Shortbread. Se quitó su jersey para ponerlo sobre sus hombros. Esta deferencia la conmovía. Siempre la trataba con delicadeza, pero aquel día tenía la impresión de que era la persona más importante del mundo. Incapaz de retenerse, se abrazó a él murmurando: «¡Te voy a echar de menos, te voy a echar de menos!». Él rio, le dio golpecitos en el hombro y añadió: «Te llamo el martes, en cuanto esté en Nueva York». La besó delante de los viajeros que los miraban, enternecidos, con un beso tan dulce que ella se dijo que duraría toda la vida.

Cuando el avión despegó, suspiró: «Es imposible ser más feliz de lo que soy. Imposible. ¿Y si tenemos una ración de felicidad para toda la vida? ¿Y si la he devorado de un solo bocado hoy?».

Se envolvió en el jersey de Gary. Se preguntó sobre ese miedo a la infelicidad que tienen todos los enamorados.

*Amor siempre rima con temor y no se puede hacer nada.*

Pasó la audición. Tocó *La primavera* de Beethoven en un guiño a Gary. Era su sonata. Volvió bailando de puntillas, segura de ser elegida.

Ignoró el bus M1 y el bus M2, que subían por Madison. «No, iré a pie, ¡sigue tu camino! Tengo demasiada alegría dentro de mí como para encerrarla en la aglomeración de un autobús.

»Mañana, martes, vuelve.

»Mañana, martes, dormiremos juntos y veré con detalle el perfil de sus pestañas en la penumbra.»

Su Guarneri le golpeaba la cadera mientras se dirigía hacia East Harlem.

Sonreía al ver en Lexington con la calle 98 el camión de helados decorado con globos, aparcado delante de la escuela.

Sonreía al pasar delante del Llyod's Carrot Cake en la esquina de la calle 100 con Lexington. La tienda que vende las mejores tartas de zanahoria del mundo.

Empujaba la estrecha puerta de la tienda naranja y pedía «*one carrot cake*» con nueces y pasas.

Mordía la capa de azúcar que le raspaba en los labios.

Subía la avenida hacia la calle 110 y Madison.

«Mañana él estará aquí, mañana él estará aquí... y dormiré en sus brazos.

»¿Vuelvo a comprarle un *carrot cake*, o no?»

Toda la noche del martes esperó su llamada.

El miércoles no se presentó en la escuela. «Su avión ha tenido un retraso. No tiene batería para llamarme.»

El jueves tampoco.

Esperó a la noche y marcó su número.

Descuelga. El corazón le da un vuelco, se pone la mano en el pecho.

—¿Has vuelto?

—Sí.

—¿Por qué no me has llamado?

—Porque no.

El tono cortante, casi duro, la asusta.

La tele grita en la habitación de al lado. El señor G. ve *The Voice* en la NBC, sube el volumen para no perderse nada. Ella juguetea con el borde de la mesa, pasa y repasa los dedos por la arista, aparta las migas que ha dejado el sándwich de atún que ha picoteado mientras esperaba a tener el valor de telefonar.

—¿Quieres que nos veamos?

—Estoy cansado. He debido de pillar algo en el avión.

—¿No necesitas nada? ¿Estás seguro?

—No. Me voy a dormir.

Siempre el mismo tono distante y hostil.

—Puedo ir a...

Mendiga el derecho de ir a verlo. Se muerde los labios para tragarse las palabras.

—No, no es una buena idea —responde molesto.

—Entonces..., hasta mañana. Duerme bien.

Ha disfrazado su respuesta con una apariencia de falso entusiasmo. Su voz cae, y cuelga.

Querría comprender. Siente tanto miedo que no puede levantarse ni tender la mano hacia el vaso de agua que tiene delante para deshacer el nudo de la garganta.

Es la pausa de la publicidad. El señor G. entra en la cocina farfullando algo que no entiende. Abre el frigorífico y busca una cerveza. Calypso lo mira,

pero no lo ve. Un viento frío le hiela la espalda.

Él le lanza una mirada y exclama:

—Estás muy blanca. ¿Has comido tiza?

Al día siguiente, llega con retraso a la escuela y se sienta al fondo de la clase. Una clase magistral con Itzhak Perlman. Una obra para piano y violín, una sonata de Brahms en re menor, desmenuzada por el maestro.

—Dejad espacio, que haya respiración en vuestra interpretación, hay que tocar como si improvisarais, la muñeca ágil, los dedos equidistantes, atención al pulgar.

Ve a Gary sentado en primera fila. Al lado de Rico. Se inclina hacia él. Le habla. Luego estira el cuello hacia Itzhak Perlman. El corazón le late ruidosamente, unas gotas de sudor le brillan en las sienes, se le taponan los oídos, no oye nada. Cierra los ojos para que crean que escucha.

Vuelve en sí al final de la clase, cuando el maestro concluye:

—... y la nota se mantiene, continúa, ¡esperad a que haya acabado!

Acabado.

¿Acabado?

¿Es posible que su hermosa historia se haya acabado?

Se acerca a Gary, sonrío como excusándose, guarda las distancias para no amenazarlo. Cierra sus brazos alrededor de sí misma. Tirita por un frío que se ha inventado. Rico le pregunta si está de acuerdo con la última observación del maestro. «Sí —dice, asintiendo con la cabeza—, ¡era muy bello, con mucha fuerza!» Ha conseguido decirlo con un tono más o menos normal, pero ha hecho tal esfuerzo que oye como le late la sangre en las orejas. Rico la mira, sorprendido por la vulgaridad de sus palabras, y ella se sonroja.

Gary se ha girado muy rápido, como para evitarla, pero ella ha tenido tiempo de leer en sus ojos la impaciencia, la irritación, la cobardía del que sabe que ha hecho mal sin poder evitarlo. Habla con una chica que pasa y se le pega. Él estalla en carcajadas y la chica lo imita con un relincho que dice: «Sí, cuando quieras».

Ella se estremece de nuevo. No quiere caer. Quiere permanecer de pie, sonriente. Intacta.

No sabía que el tiempo podía ser tan lento.

Él se pasa la mano por el pelo y le llega una vaharada de su colonia.

Musgo verde, aroma a hierbas, vetiver, flor de jazmín, una pizca de sábanas arrugadas, piernas desnudas sobre las suyas, manos que la acarician, el agua del placer que se le sube a la cabeza y...

Emprende la huida, con lágrimas en los ojos. Emplear las horas. Vencerlas una a una. Triunfar ante la insistente desgracia.

Lo rehúye durante todo el día. Relee unas notas, se encierra en un estudio para trabajar la *Chacona* de Bach. La escribió cuando murió su mujer; es lenta y solemne, es una marcha fúnebre, cada acorde enjuga las lágrimas que corren por su interior. Se bloquea en la primera página, la sucesión de acordes de tres o cuatro sonidos, la mano izquierda que se crispa, el arco demasiado rígido, el dolor en el brazo, la mano en torsión y el desafío de producir tres sonidos al unísono. Se obstina, repite, vuelve a empezar, no se rendirá.

Cuando deja el estudio hacia las nueve de la noche, la música ha absorbido su pena. Bach la ha agotado. Lo ha olvidado todo.

Incluso a él.

Baja las escaleras a toda prisa mientras repite en su cabeza la posición del arco y de los dedos, canturreando las notas lentas. Bach estaba lejos de su casa cuando murió su mujer. Estuvo sin saberlo tres o cuatro meses. En aquella época en la que no existía el teléfono podías ganarle tres o cuatro meses a la desgracia.

Ha conseguido pasar la primera página de la *Chacona*. Es un buen augurio. Una especie de amuleto.

Da un saltito al girar en la escalera y... se tropieza con Gary.

—¿Estás bien? —pregunta aliviado por no haberla visto en todo el día y encontrarla tan alegre.

Ella lee la gratitud en su cara. Deja escapar un suspiro extenuado. Se ha torturado por nada. Estaba preocupado por otra cosa. Otra cosa.

—Sí. He trabajado mucho. La primera página de la *Chacona*.

—¿Y tu audición para Grobster & Co.? ¿Fue bien?

—Quieren contratarme, seguro. Estuve brillante.

Fuerza su entusiasmo rogando para que no suene falso.

—¡Eres la mejor!

Cuando dice estas palabras, no sonrío. Está serio.

—Gracias —dice ruborizándose.

—Tienes mucho mucho talento...

Modula las vocales, las llena de ternura. Ella las oye, las convierte en notas que coloca en un pentagrama, do-ta-da. Do-re-re. De niña se consolaba cantando escalas.

Van hacia la salida. Él empuja la puerta de cristal, la deja pasar, a ella y a su Guarneri.

—¡Maldito Guarneri! —bromea él—. ¡Siempre ahí, metiéndose en medio!

Es un rito entre ellos burlarse del violín y del sitio que ocupa. Por esta simple frase, acaba de volver a conectar con ella.

Ella camina bailando, con el violín en la cadera.

—¿Has visto? —canturrea con tres notas—. ¡Es de noche!

—Estamos en diciembre. Los días más cortos del año.

Ha adoptado un tono profesoral para recordarle el paso de las estaciones.

Ella continúa, golosa:

—Huele a Navidad por todas partes, los escaparates de los almacenes, los timbres al abrir las puertas, las castañas que crujen, el Rockefeller Center, la pista de patinaje y...

Se para en seco. Ha estado a punto de decir: «Iremos a ver a los patinadores girar esperando que tropiecen para estallar en carcajadas, tú y yo. Tú, amor mío, y yo, tu amor.

»Todavía no, todavía no, es demasiado pronto para deslizar mi mano en el bolsillo de su chaquetón».

Mantiene el violín entre los dos.

No han hecho planes para Navidad.

Pero ha entendido que la pasarán juntos.

¡Por supuesto que la pasarán juntos!

¿Qué sospechosa resignación la hizo dudar ayer y anteayer? ¡Qué loca ha sido!

Un beso, un solo beso y todo volverá a ser sencillo, sabroso y luminoso. Un poco tonto también, pero es genial ser tonta cuando tu enamorado te besa. Es genial pronunciar palabras idiotas que el amor encuentra inspiradas y brillantes. «Nuestras manos se entrelazarán, nuestros cuerpos se plegarán juntos, nuestras almas se interrogarán en el mismo silencio asombrado: «¿Qué ha pasado para que te creyera perdido?». Pero ¡chitón! Tengo que callarme.

No hablar de nada que pueda enojarnos, ni del ayer ni del mañana que ha estado a punto de separarnos. Estamos convalecientes. ¿De qué? No lo sé. No debe de ser grave, ya que mi Guarneri ha recuperado su sitio entre nosotros.

Un gran descanso invade su cuerpo.

Acompasa sus pasos a los de Gary y lo sigue bajo la noche neoyorquina. Respira el olor cálido a boca de metro, el olor a la calle lavada por una fina lluvia, el olor a las palomitas de maíz dulces de la furgoneta amarilla donde dice «*Bagels*, Salchichas, Perritos calientes, Coca-Cola».

«Volverá a abrazarme y sus labios hablarán, ya que su boca calla. Será dulce, esa boca en la mía, ¡y cómo me aplastará para demostrarme su cólera! ¿Quién la ha irritado? ¿Quién la ha contrariado? Su beso me lo dirá todo. Y responderé comiéndomelo con los labios, puedes hacerme lo que sea, puedes decirme lo que sea, eres mi enamorado. Me acariciará el cuello con sus manos cálidas y firmes y, con un suspiro culpable, murmurará: “Te pido perdón, ¿quieres olvidarlo?”».

—¡Ten cuidado! —grita Gary—. ¡Te van a atropellar!

Un coche la ha rozado raspando el violín. Se lanza hacia atrás.

—Lo siento.

—¡Estás loca!

—Creo que estaba en las nubes...

—¿Y tu violín? ¿Has pensado en él? —Ella lo mira asombrada. Pálida, con los brazos temblorosos. Él se inclina y la atrae hacia sí—. ¿Estás bien? ¿Estás segura?

—Sí.

El olor de su colonia se le sube a la cabeza.

—Calypso...

—Sí, Gary.

—¿Puedo dejarte aquí? ¿No harás más locuras? He quedado con un amigo...

—¿Un amigo?

—Sí.

—Pero creía que... —balbuce.

Se agarra a él, lo abraza.

—No —dice—, no.

—Bésame —suplica—, bésame.

—Calypso, mírame. —Toma su cara entre las manos—. Calypso...

—¡Bésame!

Casi ha gritado, como para hacer que vuelva la ensoñación.

—Calypso, hemos terminado.

—¿Ter... minado?

—He vuelto a ver a Hortense en París.

Oye «Hortense» y oye «París»; pierde pie y se desliza por un largo tubo liso que la lleva bajo tierra, bajo los árboles, las raíces, las hierbas y las flores, lejos, muy lejos, a un cementerio maravilloso.

Se desploma en el suelo. Desvanecida.

Gary se agacha, la toma en sus brazos e intenta ponerla de pie. Se derrumba. Vuelve a cogerla. Le sopla en los ojos, en la boca. La llama: «Calypso, Calypso». No oye. Le golpea la mejilla. Ella se derrama, líquida, inútil. Sin vida. Él le toma el pulso. Cuenta lentamente. Un aliento tibio le sale de los labios. Duerme, con la cabeza inclinada hacia un hombro y el violín a sus pies.

La lleva hasta el murete que rodea el parque. Busca con los ojos un taxi.

Va a llevarla a su casa.

Están en casa del señor G.

Calypso le ha hablado a menudo de él.

Es un amigo de su abuelo, Ulysse Muñoz. Se conocieron en los años ochenta en un cabaret miserable en el bulevar Biscayne de Miami. El señor G. tocaba la batería, y Ulysse Muñoz, el violín. El señor G. asegura que es primo del gran Duke Ellington. ¿La prueba? Es elegante.

Alquila una habitación a Calypso a cambio de que le planche. Es un hombre coqueto. Tiene una colección de camisas con chorreras que agotan a Calypso cuando las plancha.

\*

Cuando Gary llama a la puerta, el señor G. se apresura a salir. Lleva un amplio sombrero de fieltro marrón, unas gafas de sol negras, un abrigo de cuero amarillo y botas de cocodrilo verdes y amarillas.

Contempla a Gary, que lleva a Calypso en los brazos, y pregunta:

—No habrá perdido el violín, ¿no? —Gary le enseña el estuche negro a su espalda—. ¿Qué le ha pasado?

—Creo que se ha desvanecido.

—¿Ha tenido un accidente?

—No.

—¿Le ha dicho algo que le haya herido? —Gary se ruboriza—. ¿Algo como que habéis terminado? —Gary aprieta a Calypso contra sí para que no oiga—. ¡Estaba seguro! Es muy emotiva. —Lanza un largo suspiro y mira a Gary—. ¿Hace mucho que está así?

Gary asiente con la cabeza, avergonzado. Le duelen los músculos de los hombros y le pica la nariz. Le gustaría dejar a Calypso en una cama o en un sofá.

—Esto tenía que pasar... Esta chica es demasiado intensa. Siempre lo he dicho. —Gary se frota la nariz contra el cuello del chaquetón—. Imagino que usted es Gary.

—¡Ay! Perdóneme, no me he presentado.

—Ella lo quiere demasiado y usted no lo bastante, ¿es eso? Es de una vulgaridad...

Pone mala cara.

Un olor a colonia barata aturde a Gary. Hace una mueca y se aparta para respirar a un lado.

—¿Ha intentado reanimarla?

—Sí, incluso le he dado cachetitos... Desde luego, con mucha suavidad...

El señor G. sigue sin hacer el menor gesto para mostrarle dónde acostar a Calypso.

—Cree que podría... —dice Gary mientras busca con los ojos un sofá.

—Es que... iba a salir.

—Perdone —le interrumpe Gary aclarándose la garganta—: Habría que acostarla para que descansara...

—Cree que...

—No debe de ser muy grave, pero...

—Nunca se sabe. Se puede complicar. No es evidente, no es evidente en absoluto. ¡Qué asquerosa vida de mierda! —Se quita los guantes y el abrigo, se deja el sombrero. «Si pudiera quitarse las gafas...», piensa Gary, «es difícil tener una conversación con Stevie Wonder»—. Venga, sígame.

Gary vuelve a apretar su abrazo alrededor de Calypso y se mete por un

pasillo oscuro y húmedo que huele a papel viejo enmohecido.

La habitación de Calypso da a un terreno indeterminado invadido por asientos de coche, frigoríficos, radiadores, teles destrozadas, sillas rotas... Una escalera de hierro oxidado bloquea la ventana. Un edredón blanco recubre una cama estrecha. Una mesilla de noche. Una lamparita de noche con una pantalla azul. Partituras amontonadas en el suelo. Una silla de anea y un pupitre.

—Ya lo sé —murmura el señor G.—, no es el Ritz, pero no hay muchos que puedan pagarse el Ritz.

—¿Puedo echarla en la cama?

—Desnúdela. Métala bajo las sábanas. Entiéndame, no quiero tocarla. No sería correcto.

Se vuelve mientras Gary le quita los zapatos a Calypso, la falda marrón y el jersey marrón, y la cubre con el edredón blanco. Ella se deja manejar, la cabeza rueda de un hombro a otro.

El señor G. se inclina hacia ella.

—Hummm... ¿No está muerta? ¿Está seguro?

Gary se sobresalta, asustado.

—¡No! Fíjese, respira.

—No mucho...

—Sí, pero respira.

—¡Qué asquerosa vida de mierda! Venga, vamos aquí al lado.

Vuelve a cerrar la puerta. Gira el pomo varias veces hasta que la cerradura se traba. Enciende la luz del pasillo.

—¿Qué voy a decirle a Ulysse? Tendré que llamarlo si no se despierta...

Guía a Gary por el oscuro corredor. Una bombilla desnuda proyecta una tenue luz pálida sobre las paredes y dibuja una sombra en el sombrero de fieltro marrón que se convierte en un platillo volante, vagamente amenazador. «¡Qué tío más raro! —se dice Gary—. ¡Qué poco le pega a Calypso!»

El señor G. se ha dejado caer en una silla y observa a Gary golpetear la mesa con su larga mano morena adornada con una gruesa sortija de plata con un águila de alas desplegadas.

—Así que es usted su hombre... —dice al cabo de un rato. Gary se ruboriza y se encoge de hombros para ocultar su incomodidad—. Se podría

decir que ella lo quiere, eso es, ella lo quiere. Ella nunca hace las cosas a medias. ¿De dónde viene? Europeo, imagino. ¿Inglés?

—Es un poco complicado de explicar...

—¿Es una mezcla?

—Se podría decir...

Las paredes están cubiertas de fotos de artistas. Louis Armstrong, Ella Fitzgerald, George Gershwin, Charlie Mingus, Coleman Hawkins... El señor G. levanta la mano y señala a un hombre elegante sentado al piano en un club de jazz.

—Duke Ellington. Mi primo. Era un genio. Compositor, director de orquesta, pianista, cincuenta años de carrera, cincuenta años de éxito.

—Sí, conozco su música.

—Ha escrito mil temas que se han convertido en mil clásicos. ¿Conoce *In a Sentimental Mood*? Ese tema siempre me hace llorar.

—Lo he tocado al piano.

—Duke murió en Nueva York, no lejos de aquí. Tiene su estatua al final de la calle.

—Calypso me la enseñó.

—¡Ah! Le ha hablado de él. Me gusta. ¡Un gran tipo! ¿Ha visto cómo impresiona? Un verdadero duque, ¿no? —«Cabello engominado, fino bigote, pajarita, camisa blanca, esmoquin, sonrisa deslumbrante... Es verdad, el hombre tiene buen aspecto»—. Por eso lo bautizaron Duke. Y yo intento ser tan elegante como él. Para honrar su memoria.

Gary aprueba en silencio. Se pregunta si Calypso habrá abierto los ojos y lanza una mirada al pasillo.

—¿Está preocupado por ella?

—Me gustaría saber si...

—Bueno..., ¡vaya a verla!

Calypso, en la cama, respira débilmente, con los ojos cerrados y los brazos a lo largo del cuerpo. Su violín está colocado a su lado.

—Sigue durmiendo —dice al volver a la cocina.

—Es el choque. Un choque de adrenalina. El cuerpo provoca un cortocircuito para protegerse ante una emoción demasiado fuerte. Si no, el corazón explota. He visto eso una vez. Con Duke, precisamente. Una mujer con la que acababa de romper cayó a sus pies. ¡Así! —Y chasquea los dedos—. *Drop dead*. Un charco. Te podías hasta bañar en él. Realmente creímos que estaba muerta. —Se muerde los labios, queda un momento silencioso—. Lo

que me preocupa es Ulysse. Para Ulysse, Calypso es la luz de sus ojos. Le culpará a usted. Se endeudó hasta el cuello para pagar sus estudios, ¿sabe? — Resopla, estira sus largas piernas y saca un cigarrillo que rueda entre sus dedos—. ¡Y le dio su propio violín! El Guarneri que adquirió de una manera rocambolesca. Si volvemos a vernos, un día se lo contaré. ¡Un violín de dos millones de dólares! No es fácil hacerlo. Era un gran violinista, Ulysse. Primer premio en el conservatorio de La Habana. Prometía una carrera extraordinaria. Y luego, el exilio en Miami, el matrimonio con Rosita, la vida... —Repite varias veces «la vida», como si la conociera muy bien y no la estimara mucho—. La vida... Podemos confiar en ella para joderlo todo. Usted es joven, pero espere y verá. Lo destruye todo.

—No es así siempre —dice Gary, al que la profecía del señor G. incomoda—. La felicidad existe.

—Calypso es la felicidad caída del Cielo. ¡Y mire en qué estado la ha dejado! —Encoge un hombro para subrayar la vanidad de la felicidad. El cigarrillo rueda entre sus dedos; lo retuerce, pensativo—. Dese cuenta... Me gustaría mucho que le fuera bien. Lo merece. No es una cobarde. Lucha por ganarse la vida.

Menea la cabeza y mira un punto en el vacío.

—¿Tiene hijos, Ulysse Muñoz? —pregunta Gary—. Quiero decir, para informar sobre su nieta...

—Sí. Pero no valen gran cosa. Menos aún su hijo, Oscar, un canalla. ¡Intentó liquidar a su padre! Acabó mal, se fue no se sabe dónde. A México, seguramente. Ulysse se ha dejado la salud por su familia. Y, como resultado, ni el menor reconocimiento. ¡Es trágico! ¡Trágico! El amor, el amor auténtico lo ha encontrado con Calypso. Vaya, es una locura. Nunca he visto algo así. — Gary tiene la extraña sensación de que podría irse y el señor G. continuaría hablando solo. Tal vez eso es todo: envejecer y hablar al vacío mientras retuerce un cigarrillo y se olvida de que sigue llevando el sombrero en la cabeza—. ¿Sabe cómo llama a Calypso? «*Mi corazóncito, mi amorcito, mi cielito tropical.*» Rosita, su mujer, me contó que, cuando le hacía trabajar con el violín, se oían ascender las palabras de amor como los cánticos de misa. — Gary se da cuenta de que no sabe gran cosa de Calypso—. A los seis años le destrozaron la cara a golpes de llave inglesa<sup>19</sup>. Quedó desfigurada. Un mes de hospitalización. Hubo que coserle un ojo, hacerle un injerto de piel, ponerle clavos en la mandíbula... Pasó por un infierno. Nunca lloró. Nunca se quejó. Esta chica desafía a los dragones. —Se lleva el cigarrillo a la boca y le da una

calada—. ¿Le damos un chupito de ron? —sugiere el señor G.—. Puede que un trago la traiga de vuelta a la vida, ¿no?

—No creo. Sobre todo, necesita dormir.

—Realmente se arriesga a tener problemas con Ulysse...

—Yo la quiero mucho, a Calypso, ¿sabe? —murmura Gary.

—Quite el «mucho», eso lo estropea todo. Y me molesta... ¡Venga! Vuelva a su casa, yo me ocuparé de ella.

Y lo empuja hacia la puerta como si tuviera prisa porque se fuera.

Va a buscar la botella de ron y se sirve un trago en una taza en la que se lee «Soy el primo de Duke Ellington». ¿Qué va a hacer con la chica? Se sirve otro trago. «Avisaré mañana. Cuando no se sabe qué hacer no hace falta darse prisa.»

Se quita el sombrero. Se alisa el pelo con gesto lento.

Ya era hora de poner al blanquito en la puerta, si no, le suelta toda la historia de Calypso. Su nacimiento en el Jackson Memorial Hospital de Miami; su madre, Emily, cuyos padres, muy chics, viven en Park Avenue y financian al partido republicano; Emily, a la que envían a casa de un tío en Miami porque los padres están a punto de divorciarse, que tiene diecisiete años y hay que mantenerla al margen; Emily, que se enamora de Ulysse, sí, de Ulysse, un hombre guapo de cincuenta años que trabaja de peón en la obra para alimentar a su familia. Y pasa lo que tenía que pasar: se queda embarazada de Ulysse, que no es el abuelo de Calypso, ¡sino su padre! Su padre. Ella da a luz y abandona a la niña. Todavía no es lo más terrible en este asunto. Se complica después, cuando se vuelve sangriento...<sup>20</sup>.

Como la vida, vaya.

En fin, un domingo por la noche, en la tele, en el programa *60 minutes* se emite un reportaje sobre un concierto en la Juilliard School en el que Calypso toca el violín. Emily está chupándose a su amante italiano, Giuseppe Mateonetti. Es un buen partido, Giuseppe. Así que chupa y chupa. Aquella noche levanta la cabeza y ve a su hija en la pantalla: «¡Mi hija! ¡Mi amor!». «Solo piensa en encontrarla, remueve cielo y tierra y viene a llamar a mi puerta.»

El señor G. se enfureció. La mandó a paseo, pero ella siguió volviendo. El

señor G. le prohibió hablar con Calypso: «Solo faltaba que ella lo supiera». Pero un día Emily se encontró con Calypso y dale con que es su amiga, dale con que ella blablablá, dale con que la maquillo y con decirle lo guapa que es. Por suerte, él intervino antes de que le hiciera confidencias. «¡Menudo embrollo hubiera sido!»

Eso no impedirá que..., si llama a Ulysse, empiecen los líos. Ulysse vociferará, tomará un avión y desembarcará. Lo acusará de negligencia. ¿Y por qué no de homicidio? Calypso podría morir. Sería propio de ella. Nunca hace las cosas a medias.

Al día siguiente, Calypso siguió sin moverse.

Entreabre la puerta de la habitación y silba dos o tres notas. Vuelve a cerrar la puerta.

Por la noche se acerca a la cama. Ella yace, blanca, inmóvil. La sangre parece haberse retirado de su cara. Y de sus manos. Tiene la punta de los dedos casi verdes. Parece un cadáver. No tiene ganas de levantar la colcha. Por si estuviera completamente fría.

Toma un brazo, lo levanta, lo suelta y el brazo vuelve a caer.

Tira del párpado, el ojo de Calypso aparece, blanco, vuelto hacia dentro. Susurra: «Calypso, Calypso»; no se inmuta y el párpado vuelve a cerrarse.

Coge su mano, la pone en el violín y desliza los dedos por las cuerdas.

Permanece impasible.

Inanimada. Ausente. Sorda.

¿Muerta?

Coge el sombrero, el abrigo, los guantes, se pone las gafas negras y baja a la calle. Necesita aire fresco, dar grandes zancadas. Va a ver a Duke al final de la calle.

Le preguntará: «¡Eh, Duke! ¿Cómo funcionan las mujeres?».

Duke está de pie cerca de su piano en la cima de una columna de siete metros en medio de la plaza. Saluda a la multitud que se amontona a sus pies.

Hoy no hay nadie.

El señor G. levanta la cabeza y habla. A veces, Duke le responde. O imagina que es él. Se siente menos solo en la adversidad.

—Está dormida desde ayer. No se ha movido ni un centímetro y cuando le abro el ojo a la fuerza está blanco. ¿Te acuerdas de cuando Onassis dejó a la

Callas por Jackie? Me contaste que la Callas enmudeció. Que perdió la voz. Se enclaustró en su casa sin moverse, esperando a la muerte. ¿Crees que Calypso quiere morir? Duke, ¿qué debo hacer?

El señor G. se envuelve en su abrigo, se limpia los cristales de las gafas e intenta escuchar lo que le dice su primo. Aguza el oído y se pone de puntillas. Duke no responde. Duke no se preocupa por él. Duke busca con la mirada la multitud de fanes y no comprende que la plaza esté desierta: «Normalmente se amontonan a mis pies, ¿dónde se han metido? ¿Ya no me quieren?».

—OK. Comprendido. Me voy. Me las apañaré por mi cuenta.

No quiere volver al apartamento.

No quiere quedarse a solas con una muerta.

¿Quiere eso decir que va a deambular por la ciudad entre Papás Noel y tiendas donde suenan los villancicos con tres semanas de antelación? ¡Menuda velada!

Será mejor ir a un bar y emborracharse.

\*

Gary ha vuelto a su casa. Ha conectado su iPod al equipo de sonido. El señor G. le ha inducido a escuchar *In a Sentimental Mood*. La versión con Coltrane. Pasa detrás de la isla de la cocina, pone a calentar el hervidor, elige un té y piensa en su madre, en el ritual del té según Shirley: «Hace mucho que no tengo noticias tuyas...».

Marca su número.

—*Hi, mum!*

—¡Gary! ¡Eres tú! ¿Todo bien?

—Tenía ganas de oír tu voz.

—¡Ay! Me alegro de que llames... ¿Qué haces?

El agua del hervidor canta; la vierte en la tetera. Fase número uno: calentar la tetera.

—Mamá, ¿te acuerdas de la chica de la que hablé..., Calypso..., la que estuvo conmigo en Escocia este verano...?

—La querías mucho, creo.

—Sí. Aquello estuvo muy bien durante todo el verano y un poco más,

incluso. Y luego se fue.

—¿El amor? ¿El deseo? ¿El frenesí?

—Todo eso. Se fue como vino. Sin que yo hiciera nada. No puedo hacer nada.

—¿Ella se encuentra bien?

—Está muy mal.

—¿Y te sientes culpable?

—O sea, yo...

—¿No te ves siguiendo, pero no quieres hacerle daño?

—Le he dicho que había vuelto a ver a Hortense, que se había acabado, y ha caído en un sueño profundo. No he podido hacer nada para despertarla.

—Va a dormir cien años.

—¡Cien años!

Shirley estalla en carcajadas. Ha distinguido el pavor en la voz de su hijo.

—A no ser que un príncipe azul vaya a despertarla. Pero los príncipes azules no existen...

—¿Crees que puede morir?

—Seguro que se despertará.

—¿Seguro?

—Sí, cariño. Eso es el primer mal de amores, creemos que nos vamos a morir, se roza el abismo; es necesario para crecer, para llegar a ser alguien bueno. Los que no han conocido ese dolor se quedan enanos.

—¿Me olvidará?

—Sí. Y habrá cambiado durante su sueño. Será una mujer nueva. Habrá cambiado sola, sin necesidad de un príncipe que la bese.

Fase dos: poner tres cucharadas de té en el filtro de la tetera, verter agua a punto de hervir. Dejar infusionar tres minutos y medio y retirar las hojas de té.

—Bueno, ¿tú estás bien? —dice a la vez que vuelve a poner la tapa en la tetera.

Es una tetera inglesa regalo de su madre.

—Sí, cariño. Muy bien.

—¿No tenías que ir a Venezuela?

—Me he quedado en Londres. Me he dado cuenta de que los problemas no se arreglan viajando.

—¿Se los lleva uno consigo?

—Exacto. Así que me he quedado para cavilar.

Sonríe al imaginar a Shirley cavilando, haciendo litros de té y eligiendo el

próximo objetivo de su cólera. Su madre tiene un agudo sentido de la justicia y dedica su tiempo a combatir a los malvados. Sus adversarios preferidos: los vendedores de comida basura que atiborran de grasa y azúcar a la pobre gente que no tiene los medios para comer cinco o seis raciones de fruta o verdura diarias.

—Te quiero, mamá.

—Te quiero, hijo.

Cuelga, feliz.

Retira las hojas de té. Su madre es una mujer magnífica. Brusca y frágil, pero magnífica. Lo ha involucrado en sus embrollos y en sus enfados. Pero siempre lo ha respetado. Nunca lo ha utilizado.

Coge del aparador un paquete de *chocolate and pecan cookies*. Pone la bandeja sobre el piano. Huele el aroma del té.

Se sienta en el taburete. Lo hace girar. Estira los brazos y se cruje los dedos. ¿Le gustan las mujeres dóciles y dulces? Escucha el principio de *In a Sentimental Mood*. Mi-re-mi-re-mi-re. Calypso. Era un viaje suave, tierno, un recital de música. Mi-re-mi-re-mi-re, mi-fa-sol-la-mi-re. Pero no puede vivir sin Hortense. ¡La-sol-la-sol-la-sol-la!

Hortense. No ha llamado para decir que la caja de vino ha llegado. Pone los codos en el teclado y produce un acorde disonante.

¿Por qué no ha llamado?

¡La-sol-la-sol-la!

—¿Hortense Cortès?

—¿Quién llama?

—¡Como si no lo supieras! —gruñe, irritado.

—Perdone, he descolgado sin mirar el nombre. Estoy en plena de reunión de trabajo y...

—Soy yo, Gary —grita, furioso.

—¿Gary? ¿Cómo estás? ¿Hace buen tiempo en Nueva York?

—¡Hortense! ¡Para! ¿Has recibido la caja de vino?

—¿La caja de qué...? Hay ruido, estoy en plena reu...

—¡La caja de *pinard*!

—Ah, sí..., con una nota garabateada con un Bic rojo. No muy elegante, el Bic rojo.

—Es todo lo que tenía a mano.

¡Y encima se excusa! Esta chica lo vuelve loco.

—Hubiera preferido que la nota estuviera escrita en azul o en negro.

—¡Hortense!

—¿Sí, Gary?

—¡Para! ¡Esto es ridículo!

—Me parecen más elegante el azul o el negro. Es una cuestión de estilo, un no sé qué de encantador, y, mira, me gustan los hombres que tienen encan...

—¿Te quieres vengar?

—No sé a qué te refieres.

—¡Hortense!

—Escucha, Gary, eres patético. No has dicho más que tres palabras, de las cuales una es mi nombre y tu...

—¡Hortense, te quiero!

—No he oído bien.

—Te quiero.

Sigue un largo silencio. Gary sacude el teléfono por miedo a que la comunicación se haya cortado.

Luego la voz de Hortense proclama:

—¡Demuéstrame!

—Pero... pero... ¡Hortense! Me... me...

—Demuéstrame.

Gary oye el clic del teléfono al colgar.

Esto tenía que ocurrir. Va a hacerle pagar por lo de Calypso. Caro, muy caro. Lo desollará y se hará un abrigo. Añadirá una cláusula al juramento de la calle 66: «Lo que me hiciste, te lo haré pagar un millón de veces».

Se lo esperaba.

Pero lo que no se esperaba es ese toque desenvuelto en la voz, esa nota alegre, un poco parsimoniosa, que habla de languidez, de voluptuosidad, mi-re-mi-re-mi-re, que canturrea: «Ándate con ojo, qué te crees, hay otros hombres a mi alrededor y...».

Se queda inmóvil en el taburete, detiene el trayecto de la galleta hacia su boca. Hortense tiene un amor, Hortense tiene un amante, Hortense tiene un hombre en su vida.

El señor G. baja la Quinta Avenida, pasando por el hospital Monte Sinaí, el Museo Judío, el Guggenheim; cruza a la altura de la calle 86, ve un Dunkin' Donuts iluminado y vacío, deja pasar las limusinas negras que llevan a los muy ricos a sus apartamentos muy vastos, muy caldeados, y, sin haberlo hecho adrede, se para delante del edificio de Emily Coolidge. Un día le garabateó su dirección. «Si cambias de opinión, ven a verme, hablaremos; al fin y al cabo, es mi hija.»

¿Es razonable apelar a ella?

¿Y por qué no? Después de todo, es su madre. Calypso ha salido de sus entrañas.

El *doorman* no está detrás de su mostrador. Ha debido de ir a buscar algo al sótano.

Será mejor que no dé su nombre, que no se haga anunciar. Sorprenderá a Emily. Sería capaz de no querer hablarle.

La última vez fue un poco duro con ella, violento, incluso. No debe de guardar un buen recuerdo de él.

Entra en el ascensor y aprieta el botón 17.

Atraviesa un pequeño vestíbulo decorado con un velador beis con flores artificiales, con una escultura de pastores y pastoras que tocan el caramillo, descalzos, con flores en el pelo.

Busca el apartamento 17 B. El último de la izquierda.

Primero le causa buena impresión. Se mantiene erguido, se cala el sombrero. Se aprieta el nudo de la corbata. Alarga la mano para apretar el timbre.

Oye gritos, música, un ruido de fiesta. Duda en llamar. Va a molestar. Volverá mañana.

Y luego piensa en el cuerpo helado de Calypso, en sus brazos inertes, en las puntas de los dedos verdes, y llama. Sabe que no es una buena idea, pero la parte de él que no tiene ganas de ocuparse de Calypso, que quiere tener paz, le dice que puede intentarlo.

\*

Es una gran noche para Emily Coolidge.

Giuseppe Mateonetti por fin ha hecho la gran pregunta: van a casarse.

Tienen una cita mañana a las cinco de la tarde en el City Hall, *downtown*.

Harán cola; firmarán un papel oficial que establecerá su estado civil y afirmará que no son bígamos; levantarán la mano; dirán «Lo juro» delante de un empleado con prisa; darán treinta y cinco dólares, y asunto arreglado. Después será la gran boda en Italia, con la *mamma*, la *famiglia* y los amigos.

Giusseppe le previno de que, la víspera de la boda, no había que contar con él; enterraba su vida de muchacho con señoritas y libaciones. Le ha preguntado con voz infantil: «¿Yo también puedo hacer una fiesta con mis amigas?». Él ha respondido: «Sí, pero nada de muchachitos para ti». Se lo ha dicho en francés.

Cuando quiere ser chic, le habla en francés.

Ha reunido a sus amigas esa noche. Le han llevado juguetes eróticos, tangas, ligas... Algunas babean de celos mientras se comen con los ojos su brillante de compromiso. Solo una está feliz por ella. Gina. La abraza efusiva. Emily se escapa y da vueltas por el salón sin llegar a sentarse o a beber una copa de champán.

—¡Para, Emily! ¡Me mareas!

—Tengo miedo, Gina, tengo miedo a que lo anule.

—¡Estás loca! Te ha pedido matrimonio, va en serio.

—¿Quién te dice que no le ha propuesto matrimonio a tres o cuatro chicas y que ahora duda con quién se va a casar finalmente?

—¡Mira tu anillo, idiota! No se regala un pedrusco así de gordo a una chica a la que se va a dejar. Siéntate.

—No puedo. Tengo ganas de ir al lavabo continuamente, estoy nerviosa.

—Yo, cuando estoy nerviosa, me estriño.

—Tengo un truco genial para hacer popó —grita Charleen, metiéndose entre ellas—, ¿queréis saberlo?

—¡No! —gritan las otras—. Estamos comiendo caviar, no es el momento.

—¿Dónde vamos después? Tengo ganas de bailar —lanza Terry.

Emily sigue su carrera en apretados círculos por el salón. Tropieza con sus tacones de catorce centímetros y se agarra a las paredes.

—Chicas, es mi última oportunidad... No van a volver a contratarme en la tele. Han encontrado a una más joven que yo, menos arrugada. Estoy despedida. Habría que suicidarse a la primera arruga, pero no he tenido el valor.

Se derrumba sobre un puf con las piernas separadas y los brazos entre los

tobillos. Deja caer los zapatos. Se está masajeando los pies, al borde de las lágrimas, cuando llaman a la puerta.

—¿Quién es? —rugen las chicas.

—¿Será Giuseppe?

—¡O una polla gorda a la fuga!

—¡Ay, no! ¡Habíamos dicho que nada de tíos, nada de pollas!

«¡Los tíos dan miedo, los tíos apestan, los tíos tienen pollas gordas que nos meten en la boca cuando se les ponen duras!»

Era el himno que cantaban hasta desgañitarse cuando se iban de acampada en verano a las Catskills.

Emily se levanta con dificultad, con sus Louboutin en la mano. Se tambalea hasta la entrada. Mete el estómago como siempre que abre la puerta y se separa un mechón que se le ha pegado en los ojos.

Las chicas, detrás de ella, tumbadas en la moqueta, se dan con el codo y ríen ahogadamente; zambullen la cuchara en el bote de caviar de un kilo y medio que ha mandado Giuseppe e intentan adivinar quién puede ser el intruso.

Emily quita la cadena de seguridad que bloquea la puerta. Se aprieta los Louboutin contra los senos, se le ha corrido el rímel, el lápiz de labios desborda, un seno se le escapa del escote.

—¡Es un hombre! —gritan las chicas.

—Un negro guapo con una buena...

—¿Señor G.? —exclama Emily, estupefacta.

—Tienes que venir. Calypso está enferma.

—¿Calypso...?

—Sí. Calypso, tu hija.

—¿Calypso está enferma?

—Te necesita. —Emily lo mira como si viera borroso. Guiña los ojos, se inclina hacia atrás, se endereza. Trata de agarrarse a la pared, pero ya no la encuentra. Todo flota alrededor de ella. El señor G. ha pronunciado el nombre de Calypso y una tristeza inmensa la ha abatido. Una tristeza tan pesada que no está segura de poder llevarla sobre sus hombros—. Eres la única que puede hacer algo...

—¿Yo?

—Eres su madre.

—¿Sabes que ya no me quieren en la tele? Dicen que soy demasiado vieja. Me han despedido, lo he sabido por el *Post*. Ya no tengo programa, acabada, jodida. ¡La vieja a la basura! —Barre el aire con sus Louboutin—. ¡Ay, señor G., la vida es inicua!

—Emily, Calypso está en mi casa. Duerme desde ayer por la noche. No se mueve, no come, quizá esté muerta. No sé qué hacer.

—Me caso mañana, señor G. Con mi italiano, ¿sabes? Giuseppe... Me pidió que nos casáramos. ¿Entiendes?

—No puedo quedarme solo con ella.

—Me caso mañana. Es mi boda, ¿capito?

Las chicas oyen la palabra *boda* y retoman a coro: «¡Los tíos dan miedo, los tíos apestan, los tíos tienen pollas gordas que nos meten en la boca cuando se les ponen duras!».

Y estallan en malignas carcajadas.

—Hay que ver cómo están tus amigas.

—Hemos bebido un poco y...

—Solo mira cómo está, háblale, fuérzala a comer, cógela de la mano, no sé, yo... ¡Haz lo que hacen las mamás!

—Luego iré, te lo prometo.

—Que no tienes tiempo, vaya... —dice el señor G.

—No le he dicho que tenía una hija. —Emily pone la mano en el cuello del abrigo amarillo de cuero. Lo acaricia suavemente—. Tengo que mantener la cabeza fría, pensar en mí. Me estoy jugando la piel... Me han despedido, me han despedido...

El señor G. la oye, pero es como si no la entendiera. La saluda con un gesto de la cabeza que sigue oscilando en el aire y da media vuelta, triste, mecánico.

Llama al ascensor, saca una cerilla del bolsillo, se la pone en la boca y la mastica.

No le queda más que avisar a Ulysse.

\*

El sábado por la mañana, Ulysse llega al aeropuerto de La Guardia.

El señor G. ha tomado el autobús M60. Dos dólares con quince el trayecto. Ulysse conoce poco la ciudad. Se pone nervioso y camina con dificultad. Otras tantas razones para ir a buscarlo al aeropuerto.

El señor G. lo ve de lejos entre la multitud de viajeros. Ulysse lleva una

camisa de flores, una maleta negra minúscula, un sombrero de paja y un jersey de algodón sobre los hombros como si fuera superfluo. Cojea ligeramente y se apoya en un bastón. «¡Pero, hombre, que aquí estamos en invierno! Vas a pillar la gripe. ¿Qué voy a hacer yo con dos enfermos a mi cargo?»

Cuando ve al señor G., Ulysse agita el brazo como si lanzara un lazo por encima de su cabeza y le grita con una voz atronadora: «¡Hola, hombre!». El señor G. está molesto. Se funde con la multitud que espera a los pasajeros del vuelo Miami-Nueva York. Pero Ulysse continúa gritando en español. La gente se vuelve hacia él y acaban por dejarlo pasar, asustados por ese tío que gesticula y amenaza con su bastón.

—Siempre lo hago cuando hay gente —dice Ulysse en el taxi—. La gente se aparta, les doy miedo.

No ha querido coger el bus. Ya no tiene edad. Ha parado un taxi pasando por delante de todo el mundo mientras mostraba su bastón y la pierna mala.

—Entonces, ¿cómo está mi hija? —pregunta, hundido en el asiento del taxi, con su maletita negra sobre las rodillas.

—Hace tres días que duerme. Ya no sé qué hacer. Incluso he ido a ver a Emily...

—¿La madre? —dice Ulysses con una gruesa voz amenazante—. Has ido a ver a esa... —Se frota la barbilla con el índice estirado.

—Pensé que quizá podría...

—Calypso es un diamante. Hay que tratarla con tacto. Hay que ser un artista para traerla a la vida. Hace falta psicología.

—¿No medicina?

—No. Hay que despertarla suavemente... Y esa Emily es una nulidad.

—Sin embargo, la quisiste...

—No la quise. Tuve ganas de follármela. Gran diferencia. Pero me dio a Calypso, y... —Se rasca el cuello, sus dedos juegan con la cerradura de la maletita. Se vuelve hacia la ventana y su voz se quiebra—: No quiero que le pase nada malo a Calypso... ¡No quiero!

En la habitación, Calypso duerme. A su lado reposa el violín.

Ulysse se precipita. No pierde tiempo en quitarse el sombrero o en tomarse una cerveza. Se inclina sobre Calypso y le acaricia las mejillas, los párpados, la frente. Le aparta el pelo: «*Amorcito*, soy yo, *amorcito*, despiértate». Y,

como no responde, cruza los dedos, cierra los ojos y le murmura una oración en español al oído:

Mi amor, mi esperanza, mi flor de gardenia, mi pasado, mi futuro, mi riqueza en el mundo, te amo, te adoro, beso tus dedos, tus pies. Calypso, mi amor, ¡vuelve! Vuelve al mundo. No me dejes solo, no me abandones, ¡me moriré si te vas! Sonríeme, extiende tus manos hacia mí, y dime «estoy aquí pero no tengo fuerzas», sopla tu amor sobre mí, y transformaré este simple aliento en un tremendo tornado<sup>21</sup>.

Su voz se convierte en un ronco murmullo. Repite: «Vuelve, mi amor, no te dejes arrastrar por la muerte, es una mentirosa, te jura que dejarás de sufrir si la sigues, ¡pero miente! ¿Y tu violín? ¿Lo has olvidado? Y a todos los que se amontonan a tu alrededor, Mozart, Bach, Beethoven, Ravel, Brahms, Schumann, Schubert, están todos aquí, te suplican que vuelvas. ¿No los oyes?».

Calypso descansa, con la tez tan pálida como la carne podrida de un lirio, el borde de los párpados amarillo ceroso, los labios maquillados de blanco... La sangre se retira de su cuerpo, su aliento ya no es más que un hilillo y el pecho apenas se le levanta.

En el umbral, el señor G. no puede retener las lágrimas.

Está yéndose. Ha visto a su *abuelito* y se va.

—¡Saca el violín, Ulysse! ¡Saca el violín, toca!

—Pero ¿qué quieres que toque? ¡No me oye! —grita Ulysse tirando el sombrero al suelo.

—¡Toca!

—Ya no sé tocar. No he tocado el violín desde que le di el mío, hace veinte años. Mira mis dedos, mira mis manos, son manos de albañil.

—Toca, Ulysse, ¡toca!

El señor G. saca el violín del estuche, coge el arco, y le tiende el violín y el arco a Ulysse, que los rechaza.

—Haríamos mejor en llevarla al hospital...

—Primero, toca.

—Esto no es serio. Vamos a llevarla...

—Eres un cobarde, Ulysse. Le sueltas palabras de amor, pero cuando tienes que hacerte cargo, huyes. Es fácil hablar. Tocar es otra cosa. Eso requiere cojones. Y ya no tienes. Puedes gritar en el aeropuerto, pero delante de ella no tienes nada en los pantalones, me das pena...

Ulysse baja la cabeza. La barbilla le toca el pecho. Desarticulada, la cabeza cae. Los brazos, en jarras, reposan inútiles sobre las piernas. Un viejo partido en dos.

El señor G. le acerca el violín. Ulysse tiende una mano dubitativa. Acaricia la madera. Se frota el arco contra la mejilla.

—Coge el violín y con el arco cierra su herida. La música no es solo bonita de oír, hace bailar a los muertos, los trae de vuelta con los vivos... Va, Ulysse, ¡va!

—¡Cállate! ¡Lárgate de aquí!

El señor G. cierra la puerta y se va a la cocina. Abre la botella de ron y se sirve una copa. El amor no trae más que desgracias. Lo sabe, él que siempre se ha mantenido lejos. La amistad, sí. Pero el amor es un cartucho de dinamita en el bolsillo, permanentemente encendido.

Ulysse contempla la madera lisa y dorada del Guarneri. Sus dedos pinzan las cuerdas. Sus gruesos dedos sobre esas cuerdas tan finas. Las roza, asustado. Roza los oídos, el puente, las clavijas del re, del sol, del la, del mi. Las puntas de los dedos se desentumecen.

Se lleva el violín a la barbilla y lo apoya en el hombro. Se pone de pie. Se asegura de estar bien apoyado sobre ambos. Se balancea lentamente, con el violín bien agarrado bajo la barbilla. Relaja los hombros y los brazos, relaja todo el cuerpo. Afloja la mandíbula y la nuca, coge el arco, lo pone sobre las cuerdas y cierra los ojos.

Y oye de nuevo el sonido de su violín. Su Guarneri. Se le humedecen los ojos. Desliza el arco, coge impulso, lo desliza de nuevo, primer paso, primer movimiento, párpados cerrados, la sonrisa como un higo reventado, y el primer acorde se eleva... El de la *Meditación de Thais*, de Jules Massenet.

¡Qué lejos está esa melodía!

Tenía doce años y llevaba sus primeros pantalones largos.

Llora y ríe a la vez; llora por su hija, que se va, y ríe por el violín, que

vuelve; se abre, se estremece, no quiere que aquello sea el final.

Había olvidado el arco que cierra las heridas.

Toca. No tiene mujer. No tiene hija. No tiene miedo. Tiene veinte años. «Princesa, voy a contarte todo, ya que has decidido irte. Te he mentido. Voy a decirte la verdad y abrirás los ojos, ¿lo prometes?»

—Calypso... —El arco sube y sube, arrancando las notas—. Soy tu padre, y tu madre es Emily, esa mujer que te ha perseguido y que cometí la torpeza de alejar de ti. No quería que lo supieras, me sentía avergonzado por haberme dejado ir, por haber sido una bestia, un bruto. No soy más que un hombre, *amorcito*. Te quiero con todas mis fuerzas de hombre imperfecto...

Da vueltas alrededor de la cama, toca y le dice: «Hija mía, mi amor, mi hija guapa, ¿por qué te he mentido? Mi mentira ha traído la desgracia».

Calypso oye «Hija mía, mi amor, mi hija guapa».

Oye «Tu madre es Emily».

Oye el violín. La *Meditación de Thaïs*.

Abre los ojos a medias y ve a Ulysse dando vueltas por la habitación mientras toca. Parece un bailarín callejero, un tragaviolines. Inclina el cuello, se crece, levanta los codos, dobla las muñecas, se pone de puntillas, luego baja como una vela que se arría, para de nuevo elevarse, majestuoso. Tiene la impresión de mirarlo a través de un vidrio. Luego el sonido del violín rompe el vidrio, levanta la mano y se mueve. Cierra los ojos, vuelve al mundo detrás del vidrio, al mundo blanco del sueño y de la muerte. Pero el canto de Thaïs vuelve a poseerla, la penetra; se dice: «No estoy muerta», y levanta la mano, levanta el brazo, Ulysse ve el brazo estirado que flota en el aire, que quizá vaya a separarse del cuerpo y a volar por la habitación...

Se detiene, cae de rodillas y da gracias a Dios, a Massenet, le agradece al violín haber traído a Calypso del reino de los durmientes. Da con la cabeza en la cubierta: «¿Estás ahí, estás ahí? Calypso, hija mía, mi querida hija».

«¿Ha dicho “hija mía”?»

»¿En qué mundo estoy?»

»En el de los vivos o en el de los muertos, donde todo se perdona, todo se ha abolido, donde solo queda el amor, permitido o prohibido.

»Ha dicho “hija mía” y apenas estoy sorprendida.

»Lo sabía. El amor que le tengo es tan grande, tan poderoso, que solo puede ser el amor de una hija por su padre. *Mi papá*. He vuelto a la tierra. Y *mi papá* toca la *Meditación de Thaïs*.»

Abre los ojos.

Pide agua. El señor G., escondido detrás de la puerta, corre a buscar un vaso; lo trae, la incorpora, le inclina la cabeza y la hace beber a pequeños sorbos.

Calypso bebe y su cabeza vuelve a caer en la almohada.

—Lo sabía.

—¡Lo sabías! —exclama Ulysse.

—Lo había comprendido, *abuelo*, lo había comprendido, pero no era mi problema. Mi problema era Gary. Tú y Emily pertenecéis al pasado.

—¿Me quieres?

—Siempre serás mi *abuelo* querido. No se necesita un padre, no se necesita una madre, necesitamos alguien que nos quiera incondicionalmente, que se siente en primera fila y aplauda. —Vuelve la cabeza hacia la ventana —. Gary...

—¡No me hables de él! —se enfurece Ulysse a la vez que levanta los puños.

—Lo he amado incondicionalmente, pero para él era una carga demasiado pesada de llevar.

—Lo olvidarás. Lo olvidarás.

—¿Olvidarlo? —dice con una vocecita que hiela el corazón de su padre—. Si lo olvido será cuando esté muerta. Quizá ya lo esté... y no lo sepa.

—No, no estás muerta, *amorcito*. Vas cogiendo calor poco a poco. ¡Mira tus manos! Están rosadas y tibias.

Calypso mira sus manos. Sus manos posadas en la colcha. Sus manos inútiles, ya que él no volverá a cogerlas, no volverá a besarlas más.

—Voy a tener que aprender a vivir sin él.

Ve sobre la silla el jersey de Gary. El que le puso en los hombros al salir de Edimburgo. Tiende los brazos hacia el jersey, Ulysse se lo da, ella lo coge, lo arrebujá, lo respira, buscando su olor, el olor de cuando la amaba.

«Porque ya no me quiere, ¿no?»

»¿Se puede dejar de amar?»

A la mañana siguiente, en la cocina, Ulysse saca de su maleta una gran fiambarrera amarilla.

—¿Y eso? —pregunta el señor G., que se preparaba unos huevos con beicon y chile rojo mientras bebe una cerveza.

—¡Ropa vieja cubana! —exclama Ulysse, con un paño anudado alrededor de la cintura—. El plato que cocinó Rosita para devolver a mi pequeña a la vida.

—Parece un guiso rancio.

El señor G. separa las lonchas de beicon de su embalaje plástico y desmenuza el chile por encima de la sartén, donde bulle el aceite.

—Tiene que comer —dice Ulysse.

—¡Pero no eso! Es demasiado espeso, demasiado pesado, la va a matar.

—¿Y tú qué sabes de eso, gringo? Lleva buena carne, cebolla, un pimiento verde, tres dientes de ajo, comino, tomates, vino blanco... ¡Un regalo para el estómago!

Era su plato preferido cuando era pequeña, va a lamer el plato.

—¡Ulysse! ¡Apenas se ha recuperado!

—Y mañana me la llevo.

—¿Dónde?

—A Miami. Entre las gardenias, las lilas y las mimosas.

—Pero la escuela... Es su último año. Está a punto de...

—Tengo proyectos para ella. Lo he organizado todo. Ya lo había hecho antes de este... —Se rasca el cuello—. Cuando salió en la tele, un tipo contactó conmigo. Quería representarla. Es el mejor agente del mundo. Se ocupa de los más grandes. —El señor G. no responde. Sabe que, en estos casos, no sirve de nada enfrentarse a Ulysse—. Consiguió mi número a través de la escuela, porque en la Juilliard School tienen mis datos en el expediente de Calypso. ¡Mi nombre y mi teléfono!

—Lo sé, Ulysse.

—Porque soy su padre.

—Lo sé, Ulysse.

—¡Qué tonto he sido! ¡Qué cabrón! ¡Pero cuando lo pienso...!

Se golpea la frente con la palma de la mano y se reajusta el paño.

El señor G. asiente y le da pie:

—¿Es un buen agente el tipo que te llamó por Calypso?

—El mejor, te digo. Dije que sí, pero añadí que cuando acabara la escuela. Ahora ya no hay escuela. No debe volver a ver a ese chico. Sería capaz de

mandarla de vuelta al coma. ¡Te lo digo! ¡Dentro de un año actuará con la sala llena en el Carnegie Hall! Y será el comienzo de una carrera inmensa.

—Pero veamos...

—Y el tontito ese, cuando pase por delante del Carnegie Hall, se verá obligado a levantar la cabeza hacia ella y ella lo aplastará desde lo alto del cartel y de su talento. ¡Ya lo verás!

\*

Gary está sentado en el estudio 21 del primer piso.

Calypso no ha vuelto a la escuela.

En los pasillos se cuenta que se ha ido a Miami: «Ha firmado un contrato con ese agente, ya sabes, ese tipo que tiene a los más grandes en su cartera de clientes; que sí, y va a presentarse en Chicago, primer violín, sí, primer violín. Reemplaza en el último momento a Hilary Hahn, que ha tenido un contratiempo. Se dice que tiene su fuerza, su talento. ¡Hilary Hahn! ¡Es la más grande!». Y el rumor se infla, cada vez más.

A veces los rumores dicen la verdad.

No se atreve a llamar al señor G.

«Llamaré mañana, me habría avisado si su estado hubiera empeorado.»

Toca la *Sonata número 5* de Baldassare Galuppi. El primer movimiento. La música parece salir de un oso de peluche viejo y desgrana unas notas como para dormir a los niños.

Parece que Calypso se vuelve y le dice «Hasta la vista» mientras agita su mano ligera, muy ligera.

Parece que le sonrío, que murmura: «Te quiero, te quiero, cuídate mucho».

Parece que es el final.

Un día llama al número del señor G.

Pregunta si Calypso está mejor. Pregunta también cuándo volverá a la escuela.

—¿Por qué? ¿La echas de menos? —Él no sabe qué responder—. Se ha ido a Miami, tonto.

\*

Farid se ha lanzado al chocolate casero y muestra orgullosamente la

máquina instalada en la barra, que remueve un líquido espeso, oscuro, caliente y oloroso. Sirve el chocolate con dos galletas belgas de canela puestas a cada lado del platillo.

Zoé y Léa lo saborean con los ojos cerrados.

—¿Qué os parece? —se impacienta Farid detrás de la barra.

—Suculento —dice Zoé—, tomaría un poco más.

—¡Regalo de la casa! —proclama Farid, tranquilizado. Ha invertido muchísimo en la máquina—. ¿Uno cada una?

—Uno para mí, eso segruro —dice Zoé a la vez que se lame los labios.

—¿Entonces? —pregunta Léa bajando la voz—. ¿Te has informado?

—¿Tienes el boleto?

—Sí, en el sujetador. ¿Entonces? ¿Qué hacemos?

Parece que a Zoé no le importa haber ganado cien mil euros.

—He llamado a la Française des Jeux. Primero hay que comprobar en un estanco que tenemos un boleto premiado...

—Quieres decir que... —balbuce Léa, con la mandíbula colgando por la sorpresa.

—Que puedes haberla pifiado y que no hayamos ganado nada.

—¡No es posible!

—A continuación vamos a la calle Turbigo y, con un documento de identidad y un documento de identificación bancaria, cobramos el cheque. ¿Tienes una cuenta en el banco?

—Sí.

—Yo también. Todo va sobre ruedas.

—Es posible —dice Léa— que haya visto mal y que no hayamos ganado. ¿Crees que he podido pifiarla? —Se muerde los dedos y se examina la nariz; luego tantea—: ¿Seremos castigadas porque he dicho que no quería compartir?

—Arréglate tú con tu conciencia.

—Di..., si cedo inmediatamente, digamos el treinta por ciento de mis ganancias, ¿ayudará para que ganemos? —Léa reflexiona y luego cambia de opinión—: Veinticinco por ciento. Está decidido. Doy el veinticinco y me quedo el setenta y cinco.

—OK. ¿Vamos?

—Tengo miedo, Zoé, tengo miedo. ¿Lo cobrarás en un cheque o por transferencia?

—¡Primero espera a ver si hemos ganado!

El boleto está premiado.

Léa se lanza sobre Zoé y la abraza con la fuerza de un pulpo insaciable.

—¿Qué vamos a hacer con toda esta pasta?

Zoé contempla a su madre mientras escribe, inclinada en la mesa de la cocina. Su madre siempre ha trabajado en la cocina. Tiene la habilidad de recoger sus libros y sus papeles en un santiamén. «Mamá, si supieras que... soy rica», y, por primera vez, siente un mordisco de placer ante la idea. Puede cambiar la vida de la gente, si quiere.

Se vuelve importante.

Que le besen las manos.

Que se la tenga en consideración.

Puede hacerlo todo.

Se lo reprocha enseguida y se promete mantener el dinero a distancia. Desconfianza. El dinero le ha hecho perder rápidamente la cabeza y el corazón.

Mantenerlo a distancia.

¿Y por qué no desembarazarme de él?

Baja a ver a Iphigénie a la portería. Es la hora en la que trabaja para Hortense: pega con la plancha los eslóganes en las camisetas y anota las direcciones en las etiquetas. Zoé huele a quemado.

—¿Va todo bien? —pregunta mientras da la vuelta alrededor de la tabla de planchar.

—Perfecto. ¿Y tú? ¿Sigues en contacto con Dios?

—Sí. Va bien, te manda un beso. ¿Van bien los negocios?

—Mira en la mesa, acabo de comprar el último Mac con todas las aplicaciones. Para los niños.

—Ah... ¿Y tú no necesitas nada?

—No, guapa. Trabajo y gano dinero. ¿No basta? —Iphigénie apoya la plancha y mira a Zoé con suspicacia—. ¿Has ganado la lotería?

—En absoluto. Venía solo a saber de ti.

—¿Traficas? Porque ahora hay jóvenes como tú por todas partes que terminan de camellos para pagar su propio consumo.

—¡Estás loca!

—Mejor así. Tienes un aspecto un poco raro... Sospechoso, incluso.

—En absoluto.

—Entonces, déjame currar. No puedo permitirme el lujo de charlar. Todavía no soy rica.

Zoé abre la puerta del apartamento y oye las risas, las exclamaciones, los «¡No! ¡Pues sí! ¡Ya te digo! ¡No es posible! Pero ¿dónde está Zoé?».

Hay unos abrigos que no conoce en la entrada. Dos bolsas de viaje que llevan las etiquetas del avión. Nueva York, Nueva York. Se detiene un instante, reconoce las voces de Philippe y Alexandre.

Da un salto en el salón, abre los brazos de par en par y...

—¡Aquí estoy!

Besa a Philippe, se lanza al cuello de Alexandre, que la abraza, la amasa y la lame torpe pero minuciosamente. A veces ella se pregunta si a su primo también le gustan las chicas. O si se cree un perro.

—¡Lullaby! ¿Dónde estabas?

—En casa de Iphigénie. —¡Si al menos pudiera contarle la historia del boleto de Monopoly! Si le cuento mi secreto a Alexandre, todo el mundo lo sabrá y el dinero existirá de verdad. En cambio, ahora puedo ignorarlo todavía—. Pero ¿por qué todo este alboroto?

—¡No lo sabe! ¡No lo sabe! —exclama Alexandre a la vez que simula desgarrarse las mejillas—. ¡Pobre niña! Siéntate, vamos a contártelo.

Y lo cuenta con los gestos de un senador romano con toga.

Estaba paseando por el mercadillo de Vanves, era por la mañana. El olor a café subía de los vasos que calentaban las manos de los vendedores. Los tipos desembalaban su mercancía sobre mugrientas mantas. Había todo tipo de cosas, cuando, de repente...

—Me doy de bruces con un cuadro. No realmente un cuadro, sino... un fragmento. La mano y el brazo de Holofernes sobre una sábana blanca del cuadro *Judith decapitando a Holofernes*. Sentí un puñetazo en el pecho. —Se da puñetazos, se derrumba sobre un sillón y agoniza, provocando las risas. Se incorpora y sigue—: Inmediatamente supe que estaba frente a una obra maestra. El tipo quería quinientos euros. Fui al cajero, tenía trescientos diez euros en mi cuenta. ¿Te acuerdas, Zoé? —Se acuerda. Tuvo que sacar dinero—. Volví a Londres. Le mostré el fragmento a papá y, figúrate, Lullaby, es un fragmento del cuadro pintado por Caravaggio que los expertos buscaban desde hacía cuatrocientos años.

—¿Aquel trozo de lienzo sucio...? Me parecía que era caro.

—Perfectamente —dice a la vez que levanta la barbilla y pone los ojos en blanco, que se salen de sus órbitas para mostrar la relevancia del asunto—. Un pedazo de Caravaggio equivale a una planta del Banco de Francia.

—¿Has ido a venderlo o te lo has quedado para contemplarlo?

—¡Espera, vas demasiado rápido! —Suspira, desanimado por la falta de dramaturgia de su prima—. Estaba aturdido, como si me hubiera caído un yunque en la cabeza. Reflexionamos papá y yo y... nos fuimos a Nueva York, con el fragmento bajo el brazo, para autenticarlo. —Philippe continúa con el relato para darle un giro más serio—: Tengo un amigo allí que trabaja en el Met. Es el jefe del Departamento de Arte Europeo.

—El señor Silverstone tiene una nariz de patata mal pelada... —lo interrumpe Alexandre.

—Ha habido que radiografiar el lienzo —continúa Philippe.

—Lo han limpiado, analizado, pasado por los infrarrojos... Hemos visto un montón de expertos, papá los conoce a todos, y durante una semana hemos esperado el veredicto. Analizaban los ricos empastes utilizados por el maestro hace cuatrocientos años, hablaban del «claroscuro», de la luz oblicua, de los *pentimenti*, de la teatralidad de la composición...

—Y el lienzo poco a poco desvelaba su misterio. Era emocionante.

—... como si se entrara en él. Estábamos bajo su hechizo. No existía el tiempo. No dormíamos, forjábamos fantasías, suposiciones, dábamos giros a la historia. Nos acostábamos con prisa por que fuera la mañana siguiente, nos levantábamos con prisa por que llegara la noche para saber más.

—Alexandre ha estado perfecto. Ha llevado la operación magistralmente.

—¿Ha sido fácil demostrar que el trozo pertenecía al lienzo? —pregunta Zoé.

—Caravaggio no hacía esbozos —dice Philippe—, ningún boceto antes de pintar, pintaba directamente sobre el lienzo y, además, hay un *pentimento* en el cuadro...

—¿Un qué?

—Un retoque. Es cuando el pintor se equivoca y rectifica sobre la misma obra.

—Y ayer por la mañana —enlaza Alexandre— se pronunció el veredicto: el fragmento es auténtico. He estado a punto de desmayarme.

—Alexandre va a poder montar su tienda, lanzar a los artistas en los que cree y...

—Querría darle las gracias a Zoé —dice Alexandre, de repente solemne—. Ella me llevó al mercadillo de Vanves aquel domingo. A las siete de la mañana. Yo protestaba, arrastraba los pies. Le había prometido a un señor mayor que le daría un buen abrigo y unos guantes.

—¡Santa Zoé, ruega por nosotros! —se ríe Hortense. Zoé le saca la lengua—. Y esta noche, como te has hecho muy rico, ¿nos invitas a un restaurante! ¿Vale, tacaño?

—OK. ¿Dónde vamos?

—Conozco uno que está muy muy bien —dice Zoé.

—Lullaby, ¿puedo hablar contigo un momento? Es muy importante.

Zoé lo mira, sorprendida. Adelanta la barbilla y abre los ojos como platos, como diciendo: «¿Más misterios todavía?».

Apenas ha tenido tiempo de recuperarse cuando Alexandre la arrastra a su habitación, cierra la puerta y suelta:

—Mira, estoy mal. Estoy muy mal.

—¿Por qué?

—¿Puedes darme dinero?

—¡Cómo te pasas! Acabas de ganar millones con el codo de Caravaggio y me das un sablazo.

—No he ganado nada todavía y he ido de farol para poder llevar a cabo esta operación. No tengo un duro. Tengo un descubierto enorme en el banco. No estoy seguro de que me acepten la tarjeta esta noche. Y si quedo desenmascarado, pierdo mi dignidad y, lo peor de todo, el aprecio de mi padre. ¿Sigues trabajando para Hortense?

—Bueno, sí...

—Préstame para pagar la cena.

—¡Cena para cinco!

—Si no, me veré obligado a reconocerlo todo. Le dicho a papá que con este asuntillo me sobraba el dinero, ¡que no necesito el suyo!

—¿Y por qué?

—Porque quiero arreglármelas por mi cuenta. —Imita a un gatito y le frota la mejilla contra el brazo, maullando—. Por favor, Lullaby, querida...

—¿Qué cara tienes!

—Gracias, Lullaby.

—Pero ¿cómo harás con el resto? ¿Para pagar el descubierto, los gastos de la autenticación y todo lo demás?

—Iré a sablear a los bancos. ¡Al fin y al cabo, tengo un argumento de peso!

Si no se mojan, son unos capullos. ¿Has visto qué orgulloso está de mí?

—¿Quién?

—¡Mi padre! Me mira con admiración. ¡Soy muy feliz! ¿Tú me quieres?

—Sí.

—¿Con locura?

—Todavía más.

—Eso no existe.

—Sí. En mí. En el amor no hay límites.

\*

Hortense ha llevado a Philippe a su habitación para enseñarle su «taller». Joséphine se ha quedado en la cocina y se mira en una cucharilla. Hace su mueca habitual y la cucharilla le advierte: «Atención, evita este gesto; si no, las comisuras de tu boca se caerán y tendrás aspecto de vieja amargada». Se sobresalta, se rehace y eleva las comisuras de los labios para fingir una sonrisa de mujer feliz.

Él ha vuelto. No ha cogido el avión para conocer a una tahitiana vestida con flores y collares. Sonríe a la cucharilla cuando siente los brazos de Philippe abrazar sus hombros.

—¿Estás bien, cariño?

—Muy bien.

—Oye, tu casa está abarrotada. No se puede dar un paso sin chocar con un rollo de tela. ¿Por qué no vienes a vivir conmigo a Londres?

Apoya la cabeza en su chaqueta y luego se echa hacia atrás.

—¡Me gustaría mucho! Pero Zoé todavía necesita que...

Él apoya su boca en la suya y una felicidad que ella reconoce la invade. Él está aquí. Ya no tiene miedo. Una confianza inimitable los une.

—¿Te has preocupado porque no te he llamado?

—Un poco...

—Alex y yo estábamos muy emocionados. No nos dimos cuenta del paso del tiempo. La emoción de tener ese fragmento de cuadro, de decirse que había sido pintado por Caravaggio, era tan... —La aprieta contra sí—. Espero que no hayas dudado de mí...

—¡No! Sabía que preparabas una sorpresa. Pero no sabía cuál...

Progresas, ha aprendido a mentir.

\*

Después de recibir las instrucciones de Julie, Stella deja la Ferraille y se dirige hacia Sens. Ve que la grúa va dando bandazos en la parte trasera. Ha olvidado apretar las tuercas. Lo hará mañana.

Tiene que acordarse de coger el pan para esta noche. De pasar por el veterinario para comprar una pomada para los asnos. De ir a hablar con la directora del colegio...

No irá a hablar con la directora.

Esta historia le ha despertado una cólera terrible. Tiene ganas de gritar: «¿Quién os ha sugerido la idea? ¿Se os ha ocurrido a vosotros solitos? ¿Sabéis quién era Ray Valenti?».

Oye la risa mordaz de Ray, su voz chirriante que dice enseguida las grandes palabras: «¡Cariño! ¡La cólera de los rebeldes! Me gusta cuando estás sombría, salvaje, cuando te desborda la ira. ¿Sabes por qué? —estalla en una carcajada—. Porque yo gano siempre, ¡y voy a follarte otra vez!».

Stella grita: «¡No! Esta vez ganaré yo. No me tendrás.

»¿Y la niña de la foto del sobre? ¿Otra víctima? Todas las mujeres tenían que pasar por eso. ¿Se te ha escapado la niña y eso te ha vuelto loco?».

No hay fecha en la foto. Nada que permita resolver el misterio. Pero está segura de que es otra guarrada de Valenti. «Señora directora, usted no tiene ni idea.»

Se muerde la lengua para no gritar. Ese barullo en su cabeza tiene que parar. Tiene que hacer como cuando era pequeña. Darle la vuelta al dolor y convertirlo en su aliado. Era su truco.

Lo hizo tan a menudo que puede volver a empezar.

Alarga la mano hasta la radio y oye un avance de las noticias: inundaciones, atentados, masacre en una escuela americana... Corta enseguida. Coge un CD sin estuche que se arrastra por la guantera, una voz nasal pero potente llena la cabina:

Querría cruzar el océano, encontrarme de frente con una gaviota volando, pensar en todo lo que he visto o, si no, ir hacia lo desconocido; querría descolgar la luna y, por qué no, salvar la Tierra; pero, ante todo, querría hablar con mi padre, hablar con mi padre...

«¿Quién escucha a Céline Dion en mi camión?

»¿Quién ha utilizado mi camión recientemente?

»Aparte de Julie o Boubou, Maurice o Houcine de vez en cuando lo usan. Pero siempre me avisan. Siempre.

»Extraño. Muy extraño.»

Despliega el papel que le ha dado Julie y lee la dirección. Debe dirigirse a la empresa de Charpentier para cargar escombros y depositarlos en la de Dantin, que tiene que reforzar una colina. Dantin es un armero que ha construido un campo de tiro donde sus clientes puedan ejercitarse. Campo de tiro, club, alcohol en abundancia y césped verde para darle un aire inglés. Se ha convertido en *the place to go* para los Rambos que sueñan con dar puñetazos o hacer la guerra... a los pobres animales. Queman cartuchos. Stella se pregunta cuál puede ser el interés de entregar escombros para construir una colina de dos por dos metros. Beneficio: absolutamente ninguno. O a lo mejor Julie tiene un proyecto en mente. Ya no sabe lo que piensa Julie. Desde la cena en la que Jérôme y Adrian se encararon, Julie la evita.

Carga donde Charpentier, descarga donde Dantin. Un paseo con el volquete. Todo ha ido sobre ruedas. Eso la pone de buen humor. Va a dar una vuelta por la ciudad, a comprar pan y a pasar por el veterinario. Y luego... si quiere ir a París tendrá que vestirse. Ha encontrado un par de botas en *Elle*. Seguramente las encontrará en San Marina, en la Grande-Rue de Sens.

Deja el camión en el aparcamiento. Explica a los perros que tiene para una hora. Les da dos galletas y los besa en el hocico. «¡Vigilad el camión!», dice mientras levanta el índice que ordena que estén en guardia y alerta.

Se echan en la banqueta de atrás y suspiran. Ya se saben la canción.

Hunde las manos en los bolsillos de su peto y camina mirando los escaparates. La agencia inmobiliaria al pie de la catedral expone fotos de casas a la venta y sus precios. Excepto cuando son demasiado altos. Eso podría desanimar al cliente. Se detiene un momento. Lee el anuncio de una bonita casa a la venta en el 19 del Paseo de la República. Una casa blanca con una verja negra y césped verde. Mira la foto con atención. Sí, ¡pero tiene una estatua horrible delante de la casa! Un caballo erizado de hojas cortantes con un vaquero que le espolea los flancos. «Me gusta la casa, pero no el vaquero.» Se inclina y busca el precio. Nada de precios. La casa debe de ser cara.

Duda delante de los escaparates, ¿falda, jersey, chaqueta...? Localiza las botas en San Marina. Empuja la puerta, se las prueba, se sube los bajos del peto y las paga en la caja. Golpea con el tacón el pavimento de la calle peatonal. Se ve en la puerta acristalada de una floristería. Y Tom que quiere una cazadora Goose para Navidad. No se lo ha dicho, pero lo ha adivinado. Se muerde los labios, se agarra la ceja, arranca un pelo y luego: «¡Joer, tengo derecho!».

Coge el pan.

Pasar por el veterinario. Comprar la pomada. La chica de recepción le ofrece un tubo gratuito, en promoción, y le guiña un ojo. Iban juntas al colegio. Ella sabe quién era de verdad Ray Valenti. Una noche la invitó a su casa. La víspera de un examen. Para que pudiera dormir sin ser molestada.

Vuelve la cólera. El corazón le late a toda velocidad.

Entra en el Sephora. Prueba unos perfumes. Un lápiz de labios. Una vendedora le propone maquillarla. Una chapa en su blusa anuncia que se llama Gina. «Gina lleva pestañas postizas y se nota. Demasiada base, y también se nota. Cuando habla le sobresalen los músculos del cuello, parece que hace pesas. Pero Gina tiene una sonrisa bonita y me apetece que una persona buena se ocupe de mí. Estoy segura de que le pagan mal. ¿A lo mejor si me maquilla se gana una bonificación? A lo mejor pasa su jefe y se dice: “Muy bien, ha pillado una cliente, le daré una prima.”»

Stella se sienta en una silla alta, Gina le pone unos clínex y comienza con lo suyo. «Tiene unos ojos muy bonitos, muy azules; vamos a resaltarlos. ¡Ay! Qué gracioso este remolino de la frente, le forma como un caracolillo, es divertido, su piel está un poco seca, vamos a hidratarla. ¿Conoce esta crema de día? Multivitaminada. Una maravilla.» Stella se relaja, se abandona a las manos mariposa de Gina, que habla de hidratación, de fijación, de adherencia de la base, de *CC cream*, de *BB cream*, de capa lipídica, de un colorete que se aplica con brocha... La brocha es lo importante. No conoce ni la mitad de las palabras, pero la vendedora con cuello de atleta parlotea y sus gestos son suaves y envolventes. ¿Por qué ya no se hablan Adrian y ella? Pasaban noches enteras discutiendo. Y haciendo el amor. ¿Por qué? Abre los ojos, se mira las uñas negras, las esconde dentro de las mangas del jersey.

—¿Hacéis las uñas?

—Ah, no... —dice la chica con una sonrisa tan grande como la pantalla de una televisión—. Lo mío es la belleza facial. —Se echa hacia atrás para contemplar su obra y pregunta—: Bueno, ¿qué le parece?

Stella se vuelve hacia el espejo y ve a una mujer tan guapa que no la reconoce.

—¿Soy yo?

—¡Pues claro! —Gina estalla en una carcajada que le estira tan fuerte los tendones del cuello que Stella teme que se rompan.

—Debería venir todos los días.

—Entonces, ¿qué se lleva? ¿La crema de día para una buena hidratación? ¿La sombra de ojos? ¿El colorete? ¿El pincel? Dígame... Esta crema CC le va a cambiar la vida. Nutre la piel, la reconforta, la protege. In-dis-pen-sa-ble.

—¿Es cara?

«Me gustaría guardar algo de dinero para la cazadora Goose de Tom.»

Gina enumera los precios con una sonrisa televisiva. Stella se encoge en el taburete. Se mira la punta de las botas para recuperar un poco de autoestima.

—Me lo voy a pensar.

La sonrisa de Gina se torna mueca. Arranca los clínex y los tira a la papelera con un gesto que significa «todo esto para nada». Gina no es una buena persona.

—Si cambia de opinión, estoy ahí —dice con los labios apretados.

Y se dirige hacia otra presa.

Stella baja del taburete. Una última mirada hacia el espejo para felicitarse.

—¡Stella! —Es Amina. Está pagando en la caja. Le hace ostensibles gestos con la mano—. ¿Vamos a tomar un café?

Se instalan en un bar, justo al lado de la máquina del millón, y piden dos cafés.

—¡Estabas desaparecida! Ni una noticia tuya desde el verano. Te he dejado mensajes, pero...

—Después de la muerte de Ray, mamá y yo estuvimos desbordadas.

Amina sonríe.

—¿Sabes que he dejado el hospital? Hace un mes. ¡Estaba hasta la coronilla!

Stella hace un gesto para decir que no, que no lo sabía. Amina es enfermera.

Esta se bebe el café de mala gana. Tiene los labios agrietados. Horas extra

jamás pagadas, un desbarajuste de días compensatorios nunca disfrutados, estaba harta.

—¿Y ahora qué haces?

—Trabajo en la residencia de Saint-Cyr. Cuando me dijeron que había una plaza, me di prisa. Los viejos son amables, el trabajo es tranquilo y libre el domingo y un día entre semana, el miércoles. Me gusta mucho el miércoles. Me recuerda a cuando era pequeña. —Redondea la boca como si fuera un tubito, para no estropearse más los labios. Habla con voz chillona—. Residencia Las Margaritas, es bonito, ¿no? Solo que no hay margaritas.

Quiere reírse, pero duda. Por culpa de sus labios.

—Las habitaciones son grandes, hermosas, soleadas...

—Lo sé. Fernande, la madre de Ray, vive allí.

—No sabía si estabas al corriente. No quería decírtelo. Podía provocarte un choque.

—Oficialmente, es mi abuela. Voy a verla de vez en cuando. El miércoles, justamente. Por eso nunca nos hemos cruzado.

—¿Sabes que recibe visitas? Su notario y una mujer un poco extraña. No la he visto pero todo el mundo dice que es sospechosa.

Imita los hombros de un camionero, infla las mejillas, hunde la cabeza entre los hombros y adelanta la barbilla como un dogo furioso.

—¡Es Hulk! —sonríe Stella.

—Muy alta, con un pañuelo en la cabeza y gafas negras. Va directa a la habitación. Cuando le preguntaron a Fernande quién era, les soltó que eso solo era asunto suyo. Entonces lo dejaron estar.

—En esa residencia la gente entra como Pedro por su casa. Nunca me han preguntado nada.

—Deben de saber que eres de la familia.

—No lo llevo escrito en la frente —dice Stella.

—¿Por qué vas a verla?

—Por mi madre. A ella le importa.

—¿Y ella no va?

—Creo que tiene miedo, y al mismo tiempo su catoliquísima conciencia le susurra que debe ocuparse... Es complicado. Así que voy. No nos decimos mucho. Nunca la he aguantado y ella nunca ha sido cariñosa conmigo.

—Lo sé —dice Amina a la vez que pone la mano en el brazo de Stella.

—¿Ya sabes lo del cole? —Amina meneaba la cabeza—. Quieren ponerle el nombre de Ray Valenti.

—¡No!

—Sí, te lo juro.

—¿Estás enfadada?

—Podría sacarle los ojos al primero que vea que le parece bien.

—Pero ¿a quién se le ha ocurrido?

—No lo sé. Estoy digiriendo la noticia. Y no lo consigo. De ninguna manera.

Se arranca pelos de la ceja. Amina le coge suavemente la mano. La abre.

—Te haces mal, Stella.

Esta retira la mano.

—Por lo demás, ¿tú bien? —dice con una vocecita de pito temblorosa—.

¿Ves a gente? ¿Sales?

—Vi a Marie ayer por la noche. Cenamos juntas y...

—¿Marie Delmonte?

—Sí.

—Desde la muerte de Ray no he tenido noticias.

—Está un poco molesta contigo. Y cuando digo «un poco»...

Amina hace una mueca que significa «Está muy molesta contigo».

—Pero ¿por qué? —se sorprende Stella.

—Dice que la obligaste a lo de Ray...<sup>22</sup>. Habrían podido pillarla y echarla del periódico.

—¡Exagera! ¿Sigue trabajando para *La République libre*?

—Sí.

—¿Siguen en el mismo sitio?

—Sí. Pero, si quieres verla, envíale flores antes... Podría mandarte a la mierda.

Stella sonríe. Acaba de tener una idea. Levanta la mano para pedir un segundo café. Amina pide un descafeinado, si no, su corazón se embala y ya no puede dormir.

El camarero pone las dos tazas y pide que le paguen.

Stella saca el monedero, pero Amina le chista que no con sus labios en forma de tubo.

—Déjame a mí, te invito. —Paga, deja la moneda de propina y saca un bálsamo para los labios que se unta—. De todos modos, Fernande ha tenido la suerte de acabar en Las Margaritas. Nos ocupamos bien de ella. Aunque sea una tullida, se pasea por todas partes sobre las nalgas. ¡Hay que verla! ¡Tiene mucha fuerza en los brazos! ¿Te has fijado en cómo se aferra a su edredón?

Nunca se separa de él. Se niega a que se lo lavemos. Baja a ver la tele envuelta en el edredón. No tiene ningún extra, no gasta ni un duro. No sé qué hace con su dinero. —Amina se inclina hacia Stella y añade—: Béraud, el notario..., viene a menudo. Y siempre con un maletín. En mi opinión, lleno de billetes. La vieja debe de tener unos ahorros más que sustanciosos.

Ray amasó mucho dinero con todos sus trapicheos. Lo dividía en dos. Un paquete para él, otro para su madre. Quería que no le faltara de nada en caso de que a él le pasara algo. Y además le convenía. Gracias a ese reparto, sus ingresos pasaban desapercibidos.

—El otro día Sofiane oyó decir al notario: «Pero, al final, señora Valenti, ¿qué hace con este dinero?». Ella gruñó: «Eso no es cosa suya». Él no rechistó.

—Debe de darle una comisión.

—Él la abastece, eso seguro. Pero ¿por qué?

—Ni idea, Amina. Todo esto no me interesa en absoluto.

Amina cambia de tema: ha conocido a un tipo. Un americano. Viudo. Con una hija pequeña. Un gran negociante de vinos. Compra directamente al productor y revende en el mundo entero. Por eso se ha instalado en Saint-Chaland. Entre la Borgoña, la Champaña, los vinos del Loira y París. En un santiamén se planta en Burdeos. Tiene su propio *jet*. O a lo mejor lo alquila.

—Si he entendido bien, tuvo problemas con su mujer. Se suicidó. Hubo algo que no estaba claro del todo... Total, creo que me he enamorado. —Amina se pone la mano en el pecho y habla como si ya fuera de la familia. Parece sufrir al recordar el drama—. Me crucé con él en el hospital hace dos años. Estaba acabando mi turno cuando llegó. Un tío guapo. Venía a ver a su hija, que tenía una herida muy fea. Ray fue quien llevó a la niña a urgencias.

—¿Ray? ¿Todavía trabajaba como bombero?

—No lo sé, pero la trajo él. Con la madre, por otra parte. Llevaba unas gafas negras grandes que ocultaban la cara, estaba en estado de choque, no decía ni una palabra. Hubo que administrarle calmantes. La niña estaba llena de sangre, era horrible. Nunca llegué a saber lo que pasó. El padre no habla nunca de eso. Es un tipo gracioso, me gusta. Estoy bien con él. Y luego que es un cambio respecto a los chicos de Saint-Chaland. A propósito, ¿has tenido

noticias de los compañeros de Ray? Turquet sigue en silla de ruedas pudriéndose en su choza y he oído decir que Gerson se había metido en política, que ahora es concejal, ¿te lo puedes creer? Me pregunto quién se ocupará del taller...

Stella ha dejado de escuchar. Mientras parlotea, Amina le ha dado una idea que la pone muy alegre. Un plan. Un hilo del que tirar. Es la primera vez desde hace mucho que entrevé una solución incipiente.

Entretanto, pasará a atracar a Fernande, después volverá a Sephora, preguntará por Gina y comprará todos los productos de maquillaje y los pinceles.

Y una cazadora Goose para Tom.  
Será Navidad para todo el mundo.

\*

Doscientos metros antes de Las Margaritas, deja el coche en el aparcamiento de un supermercado, se pone un largo impermeable que le cubre el peto, se anuda el cinturón y se recoge el pelo con un pañuelo. Ve en el retrovisor el remolino de pelo que no se deja aplastar. Vuelve a pensar en la foto de la niña de la caja fuerte de Ray. ¿Por qué escribió *Zorra* en el sobre? No se llama zorra a una niña. Se pone las gafas negras. Se camufla cada vez que visita a Fernande. No quiere que un día se la pueda relacionar con la desaparición del dinero del edredón.

También prudencia: solo va a Las Margaritas los miércoles.

Tuvo el olfato de elegir el miércoles para sus visitas.

En la entrada, Stella atraviesa un embotellamiento de sillas de ruedas y andadores. Es el día de las esteticistas. Una peina, la otra hace las uñas. Unas viejecitas esperan con los dedos separados a que la laca se seque. Comentan el color de sus uñas. La más atrevida, que ha escogido el color albaricoque, se ríe mientras se mira los dedos. Una pareja cogida de la mano sentada en una banqueta de escay amarillo contempla el acuario en el que dan vueltas los peces. Un cartel en la pared anuncia que esa tarde a las seis hay karaoke, se grabará un CD que se pondrá a la venta por diez euros. Un viejecito de puntillas vocaliza *Tombe la neige* en el comedor abrazado a una pareja

imaginaria.

En la mesilla de noche de Fernande hay fotos de Ray. Ray de bebé, Ray a los cuatro años, Ray en preescolar 1, en preescolar 2, en primero, en segundo, en tercero, en cuarto... Ray en uniforme de bombero, Ray condecorado, en el Elíseo estrechando la mano de Chirac... Ray llevando a su madre en brazos. Ray besando a Fernande y Fernande cerrando los ojos como si recibiera la comunión.

Fernande quiere saberlo todo. ¿Cómo está Ray desde la última vez? ¿Ha cambiado de escondite? ¿Tiene bastante dinero? ¿Se alimenta bien? ¿Tiene amigos? ¿No se aburre mucho? ¿Sale alguna vez?

—Pero tu hijo no está en el Club Med. Es un fugitivo.

—Sigue teniendo derecho a divertirse... Me gustaría mucho ir a verlo. Mi vida no tiene interés alguno sin él. ¿Si te diera más dinero me llevarías?

Stella la reprende secamente. No hay que decir a nadie que ve a Ray, si no, los polis lo detendrán.

—Lo atraparán y lo meterán en la cárcel. Porque te recuerdo que estaba metido en un buen lío cuando hizo como si se lanzara al fuego para darse a la fuga después. Se veía amenazado por un montón de procesos. Así que... mejor calladita.

Stella la trata con brusquedad. La vieja es malvada. Se olería el engaño si Stella se mostrara amable. Y es que, a veces, se pregunta por qué Stella hace de mensajera. «¡Porque me pagas! ¡A quién se le ocurre pensar que haría esto gratis!»

Fernande, furiosa por recibir reprimendas de una niña a la que maltrató durante mucho tiempo, frunce el ceño, se sube el edredón hasta la barbilla y suelta con tono arrogante:

—¿Me has traído lo que te pedí?

Quiere una prueba de que el dinero que le da a Stella le llega a Ray. Desconfía. Se pregunta si Stella no se inventa la historia de la fuga para arramblar con su pasta. Hace dos meses que Stella visita y despoja a Fernande. Dos mil, tres mil euros cada vez. ¡Las fugas salen caras! Muy caras. Hay que pagar a un montón de gente. Stella le da una foto de Ray en la que

posa con Fernande al lado de un descapotable rojo de rutilantes cromados. Léonie quería romperla. Stella se apoderó de ella, podía ser útil.

—Me ha dicho: «Dásela a mamá, le traerá recuerdos». Es la única foto vuestra que tiene. Tenía lágrimas en los ojos.

Fernande da la vuelta a la foto.

—¿No ha escrito nada detrás?

Mira fijamente a Stella con sus ojillos vivos y crueles.

—¿Estás loca o qué? ¿Quieres que ponga su dirección y su teléfono también? ¿Y que dibuje un plano para que sea más fácil encontrarlo?

Fernande arruga el ceño.

—¿Porque es peligroso que escriba a su madre?

—Exacto. Se prueban muchas cosas con la escritura. La edad del que escribe, su estado de salud, su nivel de estrés... Qué, ¿no sabías eso? ¿Alguna vez entras en internet? —La vieja deja escapar un bufido de exasperación—. Pues deberías...

Fernande se calla, malvada. Hace rechinar los dientes. Puede que Stella diga la verdad. En *Caso abierto*, que ella ve cada lunes en la tele, consiguen encontrar a asesinos veinte años después con su ADN, así que...

Entrecierra los ojos y se inclina sobre la foto.

—Dame mi lupa. —Stella no se mueve—. Dame mi lupa.

—«Por favor, Stella.»

Fernande la fulmina con la mirada.

—Dame mi lupa, por favor.

—«Stella.»

—Stella.

—Y ahora desde el principio...

Stella hace el gesto de dirigir una coral. Abre los brazos, apunta con los índices, dibuja un arabesco en el aire y sube las manos.

Fernande golpea el edredón, lo que provoca un ruido de papeles arrugados. Se remueve y se contorsiona.

—¡Putilla! —escupe.

—Mientras no digas la frase entera no tendrás tu recompensa.

—Tan tonta como tu madre. ¡Buena pareja hacéis las dos!

—«Dame la lupa, por favor, Stella.» Venga, repite o rompo la foto. Sería muy triste, ¿sabes?...

Fernande se agita, da golpes con el hombro y acaba por eructar:

—Dame la lupa, por favor, Stella.

—Muy bien. Me muestras respeto. Y eso me gusta.

Fernande le arranca la lupa de las manos a Stella y examina la foto. La mirada le cambia. Sus rasgos se relajan, deja escapar un largo suspiro de admiración.

—¡Qué guapo es mi hijo! Cuando uno es tan guapo no muere. —Deja la lupa. La vuelve a coger. Mira otra vez a su hijo—. ¿Vive solo?

—No lo sé.

—Con todo el dinero que te doy, ya podrías hablar un poco más. Acabaré por hartarme.

—Todo lo que sé es que vive cerca de la puerta de Clignancourt, en París. En la calle Petits-Foulards.

—¿En la puerta de Clignancourt?

—No debería decírtelo, pero, bueno... Tiene planes para vosotros dos. Irse. Lejos. A México. Tiene contactos allí, dice que estaréis seguros.

Fernande sonríe. Cierra los ojos, tiende la cara como si quisiera atrapar un rayo de sol mexicano.

—En México. Él y yo —murmura, feliz.

—Solo que todo eso cuesta caro. Hay que hacer documentación falsa, pagar los billetes de avión y luego... querría comprar una casita en la playa, cerca de Mérida. Dice que te llevará en sus brazos y que te bañará en el mar... —La vieja babea de felicidad. El cuello le tiembla, como un tazón de gelatina. Se recuesta en las almohadas—. Le he dicho que no sabía si podría conseguir tanto dinero...

Fernande vuelve en sí. Agarra el edredón y abre la cremallera de una esquina. Hurga y saca fajos y fajos de billetes.

—¿Cuánto?

\*

Cuando Stella vuelve a la granja, Léonie la acoge canturreando a su alrededor. Tiene las mejillas enrojecidas y aprieta una tela en los brazos que intenta esconder.

Suzon está tumbada en el sofá delante de la tele, donde emiten un programa de telerrealidad. Un grupo de chicas con el coeficiente intelectual de una esponja de mar se disputan un tanga mientras se insultan.

—¿Estás viendo eso, Suzon?

—Son tan tontas que me hacen sentir inteligente. Al final de la jornada

sienta bien.

—¿Tom está aquí?

—En su habitación. Ha vuelto raro. Deberías hablar con él.

—¿Y Adrian?

—También en su habitación. Está trabajando. Hombre estudioso, tiempo lluvioso.

Stella le enseña las botas a Léonie.

—Ya estoy lista para ir a París.

Léonie toca el cuero, evalúa el tacón y las aprueba.

—Y yo te he hecho una sorpresa...

Le tiende el paquete que abraza contra sí.

Stella lo abre.

—¿Una minifalda? —¡Pero no una cualquiera! Léonie ha mezclado estampados y colores, retales y cuero. Un cinturón grueso y dos bolsillitos al bies en el lado. Es a la vez tupida y ajustada. Y sexi. Stella la examina, la gira y la vuelve a girar—. ¡Te ha quedado muy bien, mamá! ¿La has hecho tú?

—En el taller de *patchwork*. Tuve la idea hojeando los periódicos.

—Con un par de collares negros —dice Stella— quedará...

—... muy bonita y te sentará muy bien —dice una voz a su espalda.

Es Adrian.

Ha bajado las escaleras sin hacer ruido. A veces Stella tiene la impresión de vivir con un gato.

—Me la pondré para ir a París... —Adrian sonríe y alarga el brazo para atrapar a Stella, que se zafa riendo— contigo. La próxima vez que vayas, te acompaño. Me llevo a Léonie. Iremos a almorzar con Joséphine, y tú te reunirás con nosotras a la hora del café. Ya lo hemos decidido todo.

—Estás guapa... ¿Qué te has hecho en los ojos?

Stella se sube el bajo del peto y le enseña las botas. Adrian suelta un silbido admirativo y levanta el pulgar.

—Hoy me he convertido en una chica de verdad. He ido a que me maquillen, he ido de tiendas, he paseado por la calle peatonal, he tomado un café con una amiga... Hemos hablado de chicos y chicas. —Gira sobre sí misma, parpadea y muestra su tez aterciopelada y su minifalda. Se deja caer en una silla y estalla en carcajadas—. ¡Es muy gracioso ser una chica ociosa!

Adrian la contempla enternecido.

Ha llamado a Borzinski esa mañana. Le ha dicho que sí.

Han quedado para almorzar en París y sellar su acuerdo. Solo queda decidir sobre qué base van a colaborar, cincuenta-cincuenta, como él quiere, u ochenta-veinte, como exige Borzinski. «En este caso, no aceptaré. Quiero igualdad o nada.

»Y no cederé.»

Stella sube canturreando a la habitación de Tom para decirle que la cena está lista. Escucha la caldera que ronronea; Georges ha debido de repararla sin necesidad de cambiarla, mejor aún. Porque le gustaría que el dinero de la vieja sirviera para algo diferente a cambiar la caldera. Y además tendría que explicar de dónde viene el dinero, y de eso ni hablar.

Recoge un calcetín y una camiseta sucia de los peldaños de la escalera. Busca el otro calcetín, no lo encuentra. Es el misterio de los calcetines, nunca permanecen emparejados mucho tiempo.

Tom está sentado en la cama y sigue con la mirada el vuelo de una mosca que choca contra la claraboya. Se masca la manga de su sudadera.

—Tom..., ¿estás bien? —No responde. Tiene el gesto obcecado del que quiere guardar un secreto pero no está seguro de conseguirlo—. Conozco esa cara —sonríe Stella—, ¡venga, habla!

—No vale la pena. No te lo vas a creer.

—Sí. Te escucho. Venga.

—Jimmy Gun ha vuelto.

—¿Jimmy Gun?

—Sí. ¿Te acuerdas de mi amigo imaginario? —Stella hace un esfuerzo y se acuerda—. Ha vuelto. Estoy seguro.

—Pero ya no eres un bebé, eres mayor, ya no necesitas a...

—No es como antes... Me habla en la cabeza.

—¡Estás diciendo tonterías, Tom!

—Pero es verdad. Me ha dictado una redacción entera.

—¡Más le vale que esté bien escrita!

—Eh, bueno..., ya lo verás.

—¿Quieres que hablemos mañana? La cena está lista.

—No, has querido que hablemos, pues hablamos. Siéntate. No te muevas y escucha. —Stella se sienta en la cama y se lleva la mano a las cejas—. Te

explico...

—¿Va a ser largo?

—¡Mamá! —grita, indignado.

—OK. No digo nada, venga.

Se instala con las piernas cruzadas frente a él. Parece muy emocionado.

—Esta tarde la profe de francés, la señora Mondrichon, tenía al inspector y estaba superestresada. El inspector se ha quedado en el fondo de la clase y la señora Mondrichon ha farfullado que tenía prevista una redacción. «Muy bien —le ha contestado—, podré comprobar el nivel de sus alumnos en ortografía y en gramática.» Hemos sacado los cuadernos y las plumas. El tema era «Hablamos con la Luna». Allí estábamos, rascándonos la cabeza, mordiéndonos las uñas; incluso la nueva, que normalmente es la bomba con las redacciones, mordía su pluma. Uno se hurgaba la nariz, otro se subía la cremallera, aquel se la bajaba... Y luego... he oído una vocecita que decía: «No te preocupes, te ayudo». He mirado a ver si alguien me hablaba, pero no. He vuelto a ponerme a pensar. Y ha vuelto a empezar; la vocecita me ha dicho: «Deja, ya lo escribo yo». Mentalmente he respondido: «Pero ¿quién eres tú?». Estaba coloradísimo, me decía a mí mismo que todo el mundo iba a oírlo. Nadie me miraba en ese momento; no sé por qué, he dejado ir a la pluma sobre la hoja en blanco y se ha puesto a correr. La profe ha recogido las redacciones. Ha entregado la mía al inspector. ¡Una cosa de locos, mamá! El inspector estaba sorprendido. Miraba a la señora Mondrichon y repetía: «Bien, señora...». Se ha acercado a comprobar que no me hubiera escondido un libro en las rodillas o algo así. —Stella hace una mueca de incredulidad—. ¿No me crees? Espera, voy a leértela. La profe me ha puesto un diez y tres positivos y me la ha devuelto. —Abre la carpeta y busca la redacción—. Espera... Ah, aquí está. ¿Estás lista? No es fácil, tienes que concentrarte... Yo no lo he entendido todo.

Se rasca el cuello, se echa atrás el mechón y se lanza:

Observaba la Luna alrededor de la casa  
hasta que se detiene  
en un cristal  
para descansar  
privilegio de los viajeros  
y por ella me di la vuelta  
como se hace ante una extranjera

no creyendo ser descortés cuando apunta sus quevedos hacia ella.

—Esto no lo he entendido bien, oía mal, crepitaba, lo escribí un poco al azar:

Pero nunca una extranjera ha suscitado una curiosidad como la mía  
porque no tenía ni pies ni manos  
ni forma definida...  
Pero como una cabeza que una guillotina  
hubiera cortado por descuido,  
independiente, color ambarino,  
flotaba en el cielo.

—¿Qué te parece? —dice Tom.

—¡Qué locura, es precioso!

—La voz me ha deletreado las palabras difíciles y los participios. Aunque a veces se interrumpía.

Stella mira a su hijo. ¿Tiene una vida paralela de la que ella lo ignora todo? ¿Un universo aparte donde él evoluciona? Es un niño único. A menudo ha pedido un hermano pequeño o una hermanita. Al volver con su madre del despacho del notario, tuvo miedo de que se hubiera fugado. Lo ha buscado por todas partes. Ha encontrado una caja de galletas Petit Écolier en su refugio, la plataforma construida por Adrian en la gran encina delante de la casa. Un álbum de *Super-Micky* y una botella de Coca-Cola escondidos bajo la barquilla. Quizá escribe allí sus poemas, y como no se atreve a decir que es él, se inventa la vocecita, el amigo imaginario.

A no ser que haya hecho trampas o copiado.

Frunce el ceño, se rasca las cejas, se arranca un pelo y hace una mueca.

—La vocecita ha dicho que era de una poetisa americana, de una tal Emily Dickinalgo, no he retenido bien su nombre.

—¡Pero te acusarán de haber copiado!

—Ha dicho que ya nadie la lee, que ha caído en el olvido, que en Saint-

Chaland en todo caso no corro ningún riesgo. ¡He sacado un diez con tres positivos!

—Sí, pero no está bien, has hecho trampa.

—No he hecho trampa puesto que digo la verdad. La vocecita ha dicho que era excepcional, que era para conocernos, que le iría bien a todo el mundo leer a Emily Dickinalgo, y que de todas maneras la escuela no servía para nada, bueno, en todo caso, para gastar bromas académicas.

—¿Gastar bromas académicas? ¿Así es como llama tu amigo imaginario a hacer trampas en clase?

—¡Ah! ¿Ves? Tú también crees en él. Hablas de él como si existiera.

—Tom, me cansas, ve a ducharte, ponte el pijama y a cenar.

—No tienes sentido del humor, me pasa una cosa de locos en mi vida ¡y hablas de ducha y pijama!

—¡Tom! ¡O-be-de-ce!

\*

Tom no lo ha dicho todo.

No puede contar lo que ha pasado en el recreo después del poema sobre la Luna. Está directamente relacionado con Ray Valenti y prefiere no sacar el tema con su madre. Está demasiado irritable.

Sin embargo, le gustaría hablar de Dakota. Eso lo aliviaría.

¿Podría confiarse a su amigo Jimmy?

Si ha vuelto, es porque hay una buena razón. Ha venido a echarle una mano con Dakota. No solo con la redacción. Por otra parte, el dictado le ha permitido recuperar terreno con Dakota. Le ha reconocido que le ha gustado mucho el poema. Bueno, de acuerdo, después ha vuelto a cerrarse como una ostra amargada, pero... es un comienzo.

Desde que supo que se llamaba Valenti, Dakota lo ignora. Su padre viene a buscarla a la salida de clase en un cochazo con los cristales tintados y desaparece.

«La espío, intento cazar su mirada, debo contenerme de tantas ganas que tengo de besarla, mi corazón palpita como palomitas de maíz.

»Sí, pero ahí está el problema, no sé nada de chicas.

»Esta tarde, justo después de la redacción del poema, han estado en el patio del recreo intercambiando Twizzlers, Bib Baby Pop, Ice Breakers, todo un

tráfico de chuches; tenían la boca llena de ruidos, de burbujas, de frescor, de colores... Eso les provocaba escalofríos por todo el cuerpo y se retorcían para pararlos. Mientras, ella, en su rincón, leía. Alguien ha soltado: “Y encima Dakota es un nombre estúpido, no sé de dónde lo han sacado tus padres”. “¡Puede que no supieran leer!” “O que estuvieran colocados cuando nació.” Ha agarrado un trozo de valla que estaba tirado por ahí y se lo ha lanzado a los cretinos esos. Ha estado a punto de reventarle el ojo a William. Se ha apartado justo a tiempo. Y luego ella ha gritado: “¡Dakota es el edificio más bonito de Nueva York, allí vivía John Lennon!”. He pensado: “Así no va a ser popular”, y he metido la cabeza entre los hombros para no asistir a la masacre.

»—¿Quién es John Lennon? ¿Un chicle de fresa? —ha soltado Noa.

»—¿O una planta verde que te pone enfermo? —se ha burlado Anaïs.

»—¡Yo no hablo con paletos de Paletilandia! —ha respondido volviendo de nuevo a su libro.

»Mantén abrazada una mochila de tela con la efigie de Violetta; la había vuelto para ocultar la imagen.

»—¿Tienes una mochila de Violetta? ¡Estás acabada! —ha gritado Noa.

»—¡Vaya con la tía! ¡Tiene una mochila de Violetta! ¡Qué vergüenza!

»—¡Te vas a comer la mochila!

»Empezaban a formar un círculo a su alrededor y a hacer *ksss-ksss*.

»He pasado tanto miedo que tenía el corazón a punto de salir volando hacia América del Sur. Me he dicho que había que moverse. Aquello olía mal.

»—Tiene derecho a que le mole Violetta —he dicho—. En Nueva York todo el mundo tiene mochilas de Violetta.

»William me ha mirado en plan “¿Y eso cómo lo sabes?”. No lo he desarrollado.

»—¿La has traído de Nueva York? —ha preguntado Mila, el caramelito rubio que siempre lleva el brazo como si fuera a protegerse de un posible golpe.

»—La he encontrado esta mañana en el fondo de una maleta —ha soltado Dakota sin levantar la vista del libro—. No sé quién la ha puesto allí. Me parece espantosa.

»—¿Espantosa? —ha protestado Mila—. ¿La cambias?

»—Si quieres...

»—¿Qué te gusta de música?

»—Lo que me gusta no lo conoces.

»—A mí no me gustan los cantantes franceses. Prefiero a los americanos,

Rihanna, Beyoncé...

»Dakota no ha respondido.

»Los chicos lo han dejado estar. Habían encontrado otro tema emocionante.

»Ha sonado el timbre del final del recreo y hemos entrado. Me he acercado a Dakota. He olido el aroma a hierba recién cortada y me he dicho que me gustaría mucho llevármela a mi árbol. Creía que iba a darme las gracias, era lo menos. Ha vuelto la cabeza.

»—¿Hay algún problema? —he dicho.

»—No me gustas, eso es todo. No tengo ganas de hablarte.

»—¡Pero me hablas de todos modos!

»—Por el poema. Después, te borro, ya no existes.

»—Al menos podrías explicarte.

»—No vale la pena, Valenti.

»Era como si me escupiera en la jeta. Me dije que la vocecita tendría que inspirarme un montón de poemas para que volviera a besarme.»

Cuando tiene la ocasión, pasa delante de la casa de la escalinata blanca oculto por la capucha de la sudadera. Intenta verla detrás de las ventanas con su faldita negra, su cuello de cisne, su largo cabello, su boca roja, sus ojos rasgados, negros, sus pómulos altos y abombados... Le gustaría saber si escucha música, si ve la tele, si muerde el Bic mientras hace los deberes, si va descalza y quién cocina en casa. Observa la hermosa fachada blanca, la verja negra, el césped impecable. Paseo de la República, 19. El barrio elegante. El barrio de la gente que tiene pasta. Que puede comprar cazadoras Goose. Y de las chicas que leen libros en el patio sin miedo a que los chicos las rodeen.

Todo lo ha desencadenado el nombre de Valenti.

¿Por qué?

No hay ningún motivo por el que haya podido conocer a Ray Valenti. Debía de estar en Nueva York cuando murió. El verano pasado. No había vuelto todavía a Francia.

¿Y antes?

¿Quizá lo conoció antes?

Mira la escultura del caballo que se encabrita en el jardín. Curioso caballo.

Tiene prótesis ortopédicas por patas y un racimo de plátanos colgando de la cola. Un caballo erizado de hojas afiladas. No hay que caerse encima, desde luego. Quizá las han puesto ahí para que los ladrones se corten. Le ha hecho una foto y ha buscado en internet. Es obra de John Lopez, originario de Dakota del Sur.

Dakota...

No sabe por qué, pero se dice que la clave del enigma está en ese vaquero y su caballo.

\*

Es un gran día para Stella y Léonie.

Se van a París a almorzar con Joséphine.

Se levantaron pronto y toda la casa se despertó con ellas. Todavía era de noche. Los perros seguían apelotonados cerca de la estufa de leña. El loro dormía en su jaula bajo la sábana.

Durante el desayuno, Adrian le ha prometido a Stella reunirse con ellas para el café.

—No puedo anular mi almuerzo, es importante para mí, para nosotros y nuestro porvenir...

—¿Nuestro porvenir? —responde Stella—. Cuenta, debe de ser muy serio.

Lo ha dicho con un tono levemente irónico y cruel, como si siguiera siendo el tipo mugriento que apareció un día con su mochila a la espalda. En todo caso, así lo ha entendido él. Y luego ella ha añadido:

—Me parece que vas demasiado rápido. Se te ponen los dientes largos y no me gusta.

—¿Preferirías al chaval de antes?

—Sí.

—Vale, pues ya no existe. ¿No te gustaría dormir en sábanas tan suaves que no sabrías si son mis manos o las sábanas quienes te acarician?

—Te prefería cuando tenías ampollas y me raspaban.

Él no se ha reído.

No han vuelto a hablar. Cada uno tenía un tren que tomar. No a la misma hora. Ocho y veintiséis para él, nueve y veintiséis para ella.

Tom ha entrado diciendo que había dado de comer a los animales y cambiado el agua. ¿Podía ir con ellas a París?

\*

—La gran revolución del trabajo en países como Francia se debe al medio ambiente. Y desgraciadamente las normativas impuestas por las nuevas leyes van a eliminar a las pequeñas empresas. Solo las grandes sobrevivirán...

—¿Y la Ferraille de Edmond Courtois no es una gran empresa? —dice Adrian.

—No. Su tiempo se ha acabado. Edmond Courtois no ha visto venir dos cosas: las normativas ecológicas y los nuevos materiales, que son el plástico, la madera, el cartón y el papel. Ahí es donde se gana el dinero. No en el acero, que ha pasado de los doscientos cincuenta euros la tonelada de hace cinco años a los cincuenta euros de hoy. Y lo mismo para el cobre, que ha perdido la mitad de su valor. ¡Pero todo esto usted ya lo sabe!

—Sí.

Falso: lo sospechaba, pero no lo sabía con certeza. Porque Edmond no lo tiene al corriente de estas cosas. Va a dejar hablar a Borzinski y así aprende. Como aprendió francés con los libros de gramática.

—El cartón se compra usado a veinte, treinta euros y se revende reciclado por cien. Van a necesitarse cada vez más embalajes para transportar los juguetes chinos a Europa, por ejemplo. O las teles, o los sofás, las neveras, todos esos productos que se descargan aquí. El negocio está en la India, en Rusia, en Asia... Europa todavía mantiene su pericia. Pero no por mucho tiempo...

—Aunque sí algo de tiempo...

—Sí. Por ejemplo, le enviaría un carguero con mil quinientas toneladas de papel usado que habría comprado a cuatrocientos euros la tonelada en Taiwán; usted la transformará en hojas de papel DIN-A4 que me reenviará y que venderé a mil quinientos euros la tonelada. Repartiremos los beneficios.

—¿Y para el plástico? —pregunta Adrian—. Ahí es donde hay más futuro, ¿no?

—El plástico va a ser el premio gordo del mañana. Es lo más. Como una tía abriéndose de piernas... Todo el mundo se lanzaría, con la lengua fuera, babeando, para tirársela. —Adrian sonríe. Piensa en Stella. Tiene razón, cambia demasiado rápido. Sí, pero para hacerse rico hay que actuar rápido. Tener buenos reflejos. No perder el tiempo haciéndose preguntas: «Voy, no voy»—. El plástico es paso obligado. Todo el mundo va a meterse. Y si nos preparamos desde hoy tendremos ventaja. —Adrian asiente con la cabeza

como si también lo supiera—. Con el plástico —continúa Borzinski— es muy sencillo. Con la trituradora, selecciona el plástico, guarda el limpio para Europa y yo revendo el sucio en Asia o en la India. Nos complementamos, se lo digo. Usted, la pericia y la tarjeta de visita, y yo, los países en los que se puede colocar cualquier cosa... El plástico de hoy es la chatarra de Edmond Courtois de ayer. Hay mucho mucho dinero que hacer.

—Yo quiero ganar dinero. Mucho —sonríe Adrian.

—Me gusta cuando me dicen la verdad. Si me mienten, soy capaz de matar...

Ahora no sonrío. Adrian está advertido.

El taxi se detiene delante de un establecimiento del bulevar de Clichy. Le Petit Paris. Un toldo rojo con una imagen de dos mujeres desnudas a los lados. Un criado con un frac usado se adelanta para abrir la puerta y recibir la propina.

Borzinski ha elegido este restaurante, cerca de Pigalle. Un cabaret. Espectáculos todo el día, todas las mujeres que uno quiera. Borzinski señala el toldo rojo con las dos mujeres desnudas, le da un codazo en el costado y se apresura a entrar.

—Esto está muy bien —ríe burlón—. Es muy fácil encontrar chicas. Y es menos caro que en los Campos Elíseos.

La chica del guardarropa le planta un beso rojo y obsceno en la boca y él le da cien euros por guardarle el abrigo.

—¡Siempre que quieras, querido! —le lanza mientras hace un guiño a Adrian, a quien susurra al meter la bufanda en la manga del abrigo: «Para ti, gratis».

Borzinski saluda, le da una palmada en el trasero a una chica, busca al *maître* y señala con el dedo la mesa que quiere. El espectáculo todavía no ha empezado, los camareros circulan, distribuyen los menús, descorchan las botellas, sirven el champán y la música sube *in crescendo*.

—¿Cuál es la capacidad de su trituradora? —pregunta Borzinski apenas se

sienta—. Pronto habrá que comprar otras. ¿Y la nave? Habrá que agrandarla. ¿Es posible?

—Por ahora, la alquilo. En negro. Pero encontrar naves no debería de ser difícil en la región.

—Iré a verlo.

—Acabo de empezar... Se arriesga a sufrir una decepción.

—¿Ha hablado con Courtois?

—Todavía no, pero voy a hacerlo.

—¿Está seguro? No es una buena idea. Es un hombre acabado.

—No quiero actuar a su espalda. Ese hombre me acogió cuando no tenía nada...

—¿Es usted un sentimental! Es malo para los negocios.

—Necesito tener la conciencia tranquila.

—¿Conciencia? ¿Y eso qué es?

—Es la vocecita interior que le dice a uno si algo está bien o no.

—No la conozco. —Suelta una carcajada y se rasca el cuello—. Yo sé lo que me conviene y lo que no, eso es todo.

Borzinski levanta el brazo para llamar al camarero. Pide una botella de champán y «un poco de fuagrás». El camarero hace restallar su pajarita y responde: «¿Champán del bueno?». Borzinski asiente con la cabeza y el camarero se va mientras grita: «*Yes, sir!*».

—Quiero ser rico, pero sin ser un cabrón —dice Adrian—. Tendría la impresión de tener betún en la jeta.

—¿Siempre su problema de conciencia!

—Hablaré con el señor Courtois. Voy a proponerle que nos asociemos. Si quiere participar, entra en el negocio; si no se sube al carro, pues usted y yo.

—¿Y los beneficios?

—Repartimos los beneficios al cincuenta por ciento —suelta Adrian.

Borzinski se pone la mano debajo de la cara y adopta una pose reflexiva. Los segundos transcurren, pesados, lentos. Adrian no se mueve. Solo ve los ojillos redondos y tiernos del búho.

—No estoy de acuerdo —dice Borzinski.

—Entonces, no hay trato —espeta con voz seca.

Borzinski se frota la barbilla con la palma de la mano y vuelve el buitre rapaz.

—¿Nos bebemos el champán, nos comemos el fuagrás y volvemos a hablar después? —Adrian asiente con la cabeza. Quizá ha sido demasiado brusco. En

Rusia nunca hay que ser brusco con el interlocutor. Siempre hay que dejarle la impresión de que ha ganado—. ¿Siempre le dice al señor Courtois todo lo que hace? —pregunta Borzinski con una sonrisita burlona.

Adrian lo mira a los ojos.

—Sí.

—Miente —escupe el ruso con los labios apretados y una mirada penetrante.

«No puede saber lo de la compra de la trituradora. No se lo he dicho a nadie. Ni Maurice, ni Boubou ni Houcine han podido hablar con él. No lo conocen. Cuando ha ido a la empresa, dos o tres veces, nunca se ha quedado mucho tiempo. Trataba con Edmond y volvía a marcharse.

»Pero, entonces..., ¿qué sabe en realidad?«

Su discusión se ve interrumpida por un hombre que coge el micro y se presenta: Freddo. Ojos color verde eléctrico, boca escarlata, mejillas empolvadas de rosa sobre su piel negra; salta al pequeño escenario lleno de cortinas rojas: «El espectáculo va a empezar, *ladies and gentlemen, welcome to Le Petit Paris, the best place to be, with the most beautiful girls and —* redoble de tambores— *boys too!*».

Una camarera con medias de rejilla y pechos al aire deposita frente a ellos una espuma cuadrada de color rosa fosforescente decorada con una rodaja de limón y un triángulo rojo. Anuncia, haciendo morritos y esforzándose en sonreír: «*Fish, gentlemen*». Adrian tiene la impresión de ser un analfabeto que está aprendiendo inglés. Mira la *mousse* química de pescado plantada con un trozo de remolacha. O de pimiento. O de plástico.

A su izquierda, una chica sacada de un episodio de *Saint Tropez* se restriega contra el tío que la acompaña, un calvo con gafas embutido en un traje gris. Le pone ojitos para hacerle creer que está enamorada y exhibe una gruesa sortija engarzada de diamantes blancos en sus dedos con manicura. Se divierte jugueteando con el reflejo de la luz de los focos en la sortija y exclama: «¡Vaya, mira tú! Es verdad, no me has tomado el pelo, lobazo». El león se ruboriza. Lleva una alianza; la chica, no.

Hablan del Club Med y de chiringuitos de playa cuando Freddo se acerca, levanta la etiqueta de su mesa y anuncia que han ganado una botella de auténtico champán traído directamente de Reims, la cuna del néctar real.

El león se sonroja, su cariñito aplaude dispersando gotitas de saliva por la

alegría.

Se pega a él y tira de su escote, liberando dos globos blancos.

—La próxima vez me regalarás los pendientes, ¿eh, león mío?

Borzinski no les quita la vista de encima a los senos de la chica y su mirada vuelve para posarse en Adrian.

—¿No gasta chicas?

—Tengo a una mujer a la que quiero. Una mujer muy guapa.

Borzinski lo mira como si acabara de decir una idiotez.

—¡Decididamente, es usted muy sentimental!

Y en su boca, no es un cumplido.

Freddo cruza la escena, arqueado en su traje rosa afelpado y sus mocasines rosas y holgados. Se dobla por la mitad y se pone la mano en una cadera.

El telón se levanta. Las bailarinas entran dando pasitos, llevan gruesos tutús de flores rosas, rosa oscuro y rosa claro; dan pataditas, saltitos y vueltecitas. Se puede ver como gotea el sudor sobre el polvo, que la laca les acartona el pelo y que la tela de los vestidos está a punto de rasgarse de tantos usos.

—Rosas grandes, rosas pequeñas, *ladies and gentlemen, big roses, little roses, ladies and gentlemen*. ¡París es una flor en el mundo entero!

—Para el plástico habrá que reclutar y formar a algunos tipos. Deben pasar cuatro meses aprendiendo la técnica. Elegir el plástico es una ciencia. Porque el plástico con bromo es peligroso para la salud.

—Lo sé —dice Adrian, que esconde el pescado químico y gelatinoso bajo una hoja de ensalada.

—Comenzaremos con ocho tipos... Creceremos muy rápido. Y el bromo lo llevaremos a los países subdesarrollados.

—O lo enterraremos.

—¡Demasiado caro! Pero obtendremos un producto casi puro, ya verá.

Se frota las manos.

Freddo hace subir a todos a escena, los camareros bailan, ceñidos en unos pantalones brillantes de mugre, con una bandeja en la mano y la sonrisa fija dibujando un rectángulo. Las bailarinas rosas se menean, sacuden el culo y

lanzan ojeadas a los clientes en la sala.

—Esta noche me tiro a la tercera de la izquierda.

—¡Muy buena elección! —murmura Adrian, desanimado por el espectáculo.

Una polvareda acre viene de la escena y le pica la garganta. Bebe un trago de vino, tan agrio que se ahoga.

Mira el reloj. Va a llegar tarde. Stella estará enfadada.

\*

Stella ha reservado una mesa en el bar-restaurant Le Coq, situado en el Trocadero. Tenían la costumbre de encontrarse allí con Luca. O, más bien, ella tenía la costumbre de esperarlo. Una de cada dos veces no venía. Se volvía a pie a su casa<sup>23</sup>.

«¿Cómo he podido dejarme tratar así?», se pregunta mientras comprueba en el espejo de su polvera si lleva los dientes limpios. Antes de salir ha abierto un paquete de galletas y tiene miedo de tener alguna migaja de chocolate pegada en los dientes.

Zoé ha prometido ir, Hortense no lo sabe.

Joséphine mira la puerta de entrada, impaciente por conocer a Léonie y por volver a ver a Stella.

Esta entra la primera. Rubia, alta, con el cabello en mechones desordenados, lleva bajo el abrigo abierto una minifalda de tela espesa y un holgado jersey negro. Unos grandes pendientes de metal y unas botas. Léonie la sigue, delgada, ruborizada, caminando con los codos doblados escondida tras un largo impermeable gris perla. Retira con insistencia un mechón que le cae en la frente e intenta sujetarlo detrás de la oreja, pero el mechón se escapa y la mano de Léonie empieza otra vez.

Joséphine besa a Stella y toma las manos de Léonie.

—Estoy muy contenta de conocerla... —Léonie titubea, alarga la mano hacia una silla. Tiene que sentarse—. Lo siento, pero... se le parece mucho. Lucien, Lucien... Es... Ay, perdóneme, pero, yo... ¡Dios mío!

Stella se inclina hacia su madre: «¿Estás bien, mamá, estás bien?».

Joséphine pide al camarero que traiga un vaso de agua.

Stella le abre el cuello del impermeable y le da golpecitos en las mejillas.

—Acomódate en la banqueta, estarás mejor.

Léonie mira a Joséphine.

—No me esperaba... Es una tontería. Yo soy tonta. Estoy dando un espectáculo. —El camarero trae un vaso de agua. Léonie lo bebe a pequeños tragos—. ¿Puedo llamarte Joséphine?

\*

Un trapecio baja del techo.

—*Ladies and gentlemen* —anuncia Freddo—, *the flying man on the flying trapeze*... —En primera fila, una señora mayor con unos encajes tan rojos como sus mejillas y con las manos cruzadas en oración balancea la cabeza al ritmo lento del trapecista suspendido del techo— tan alto como una catedral, *¡as high as Notre-Dame!* ¡Victor Hugo, Esmeralda, Gina Lollobrigida y Anthony Quinn!

Su bigotudo marido cruza los brazos, se arquea hacia atrás en la silla, abre los ojos como platos y silba como un experto. *The flying man on the flying trapeze* le espolvorea el pelo con talco. Estalla en carcajadas, una nube blanca cae sobre las supremas de ave con champiñones, rectángulos de gelatina marrón veteada de hilos negros.

Los números se encadenan, marquesas con peluca, bailarinas gitanas, ruedas, espagats, ojeadas insistentes a la sala...

Borzinski, con los brazos cruzados, sigue de compras.

—No, finalmente, me decanto por la segunda de la derecha. ¡Tiene más carne!

Le guiña un ojo a Adrian.

Y luego...

Cuatro rutilantes motos Suzuki con sus cuatro moteros con cascos petardean en escena. Los cascos caen. Se despliegan largas pelucas rubio platino, se arrancan las chaquetas, se desgarran los pantalones y aparecen las chicas en tanga.

«Rosas, marquesas, bailarinas... ¿Ahora qué son? Además, no se ha acabado. No habría debido aceptar. ¡Vaya idea llevar a cabo una comida de negocios en un sitio como este!»

Adrian se acerca a Borzinski.

—¿Me excusa un momento? Tengo que hacer una llamada.

El otro ya no lo oye. Ha localizado a otra chica y chasquea los dedos para decirle que la fortuna la espera si va a sentarse en sus rodillas.

\*

Han hablado de Lucien. Léonie ha contado su primer encuentro en la panadería: «Yo estaba detrás de él y me parecía que tenía los pies planos; se volvió y aquello fue el flechazo. Volví a verlo en el estanco, un día en el que él estaba haciendo crucigramas. Buscaba “Papa bribón de seis letras”. Yo dije: “Borgia”, y me felicitó».

También cuenta que ponía somnífero al vaso de su suegra, Fernande, para encontrarse con Lucien. Saltaba el balcón y él la esperaba en su coche aparcado con las luces apagadas y se iban en plena noche. Por la mañana, escalaba el balcón para volver a su habitación.

—Por suerte, vivíamos en el entresuelo, no era alto. Mi marido se había ido a echar una mano a los bomberos españoles. Me quedé sola tres meses y conocí a Lucien. —Pone la mano en el brazo de Stella—. Y concebimos a mi maravillosa hija.

Joséphine la escucha, emocionada, un poco molesta por imaginar a su padre diciendo palabras de amor, llevando a Léonie al cine, esperándola en el coche. Todo lo que hacen los enamorados.

—¿No tendrá una foto suya? —pregunta Stella.

—Mi madre las tiró cuando volvió a casarse, pero salvé una. —Saca de su bolso una foto de Lucien con una caña de pescar y una gorra. Aparece sacando la lengua—. Mi madre la detestaba. Yo creo que era muy propio de él. No se tomaba nada en serio. Cantaba *Le facteur de Santa Cruz*...

—Y leía a Rilke —dice Léonie.

Hay muchas cosas que a Stella le gustaría saber sobre ese desconocido. Mira la foto. «¿Por qué murió? ¿Por qué no me esperó? Nunca supo que yo existía... ¿Me habría querido? ¿Habría sido yo diferente si él me hubiera criado?» Se pregunta qué hace allí, hablando de un hombre que ya no existe, que ella no ha conocido. Se encoleriza, no sabe por qué. En la sala del restaurante hace demasiado calor. No debería de haberse puesto cuello de cisne.

Oye a Ray Valenti estallar en carcajadas. ¡Cómo se vengó de ser cornudo! ¡Cómo debió de golpear! Ella estaba en el vientre de Léonie y recibía los golpes. No tiene ganas de participar en esta reunión de sonrisas. Del cartero de Santa Cruz, de los pies planos, del papa bribón de seis letras...

Deja hablar a Léonie.

Y Léonie se anima. Su rostro adquiere color, está inclinada hacia delante, se agita, cuenta. Deja escapar una risa, se oculta detrás de su mano, vuelve a empezar. Es como si se despertara de un largo sueño, como si por fin se hubiera adueñado de su vida.

Stella, apartada, reprime una pena que no puede nombrar. «¿Por qué no siento nada? ¿Soy un monstruo? ¿Qué hace Adrian? Me ha prometido que vendría.

»No entiendo nada.»

Zoé llega la primera. Ha comprado un gran ramo de lilas; las pone delante de Léonie y de Stella a la vez que dice: «Soy Zoé, ¡encantada de conocerlas!». Sacude un buen rato la mano de Stella antes de lanzarse sobre ella y de besarla. «Después de todo, eres mi tía. ¿Por dónde ibais? Me tomaría un babá al ron.»

Luego hace su entrada Hortense. Con esa manera de avanzar exclusiva de ella. No camina, corta el aire como si le perteneciera. Lleva un abrigo largo beis, gafas negras, pantalón negro al tobillo y bailarinas. El pelo suelto, y se ha pintado los labios con un lápiz rojo sangre y cuando sonríe los dientes le brillan.

Saluda sin inclinarse. Se quita las gafas. Sonríe como si agradeciera a la asamblea haber venido. Sus ojos van de Léonie a Stella, parece examinarlas; luego se vuelve hacia Léonie.

—Así que usted es...

Joséphine, temiéndose una pregunta indiscreta, interviene:

—Es Léonie, cariño. Ya sabes...

—¿Cómo era mi abuelo? Cuando intento hablar con mamá, siempre acaba llorando y yo tengo que enjugar sus lágrimas.

—Era un hombre maravilloso. Discreto, fino, cultivado, modesto, atento...

Stella simula rascarse la muñeca y mira el reloj.

—¿Espera a alguien? —dice Hortense.

—Adrian, mi... pareja. Tiene una comida de negocios con un cliente. Pero

debería pasarse.

Hortense tiene prisa por saber a qué se parece el tipo que ha seducido a esta mujer increíble. Porque esta Stella... «Mamá tenía razón, parece una modelo.»

El camarero trae un café para Hortense y un babá al ron para Zoé. Joséphine pide un descafeinado.

—Mamá me ha dicho que trabaja en una chatarrería —dice Hortense.

—Sí, conduzco un camión, llevo un peto, unas botas enormes, guantes de basurero y hurgo en los cubos de la basura de las empresas para recoger la mercancía...

—¿Es duro ser mujer en ese medio?

—Siempre es duro ser mujer. Siempre tenemos problemas con los hombres. Su mirada se crispa. Hortense se pregunta si la ha ofendido.

—Me gusta mucho su falda, ¿dónde la ha comprado? —dice para cambiar de tema.

Stella se relaja y sonrío.

—Me la ha hecho mi madre.

—¿Usted, señora?

—Llámeme Léonie.

—¿Cómo tuvo esta idea? Quiero decir, la combinación de los materiales. El tejido parece descompuesto y luego recompuesto. ¿Puedo mirar cómo está hecho?

—Venga —dice Stella.

Hortense pone la mano en la falda.

—Son retales unidos y cosidos, al parecer. Y cosidos en la trama como si...

—Y no de cualquier manera... —precisa Léonie—. Mire, yo cojo la tela así y...

Hace una demostración a Hortense, que reflexiona:

—¡Brillante, es brillante! Le compro la idea.

—¡Uy! Se la doy —dice Léonie—. Tengo muchas ideas.

—¿Sabe que sigue su blog? —dice Stella—. Mi hijo Tom le ha enseñado a utilizar el ordenador y se pasea por internet.

Zoé saborea su babá al ron. Nunca le ha apasionado hablar de trapitos. Contempla la cara feliz de su madre, la radiante de Léonie, y constata el interés que tiene Hortense por Stella y se dice que esta nueva tía es decididamente guapa. Sí, pero... hay una sombra en ella, una sombra negra

llena de cólera. No debe de ser fácil vivir con ella.

\*

En el bulevar de Clichy, en medio de ruidos de coches, autobuses y tubos de escape, Adrian llama a Stella.

—¡Ahora cojo un taxi!

—Hemos terminado.

—Enseguida llevo. Stella... Stella...

—¿Sí?

—Espérame. Te lo suplico, espérame.

La revista acaba con las chicas desnudas cantando y golpeándose el culo unas contra otras. Llevan unos sombreros con la forma de la Torre Eiffel y masacran una canción —«¡Ay, las mujeres, las mujeres de París, ay, las mujeres, las mujeres de París!»— mientras se contonean.

Los clientes aplauden como pingüinos batiendo sus aletas y plantan unos billetes en las mesas para que el espectáculo continúe. Los camareros los birlan a hurtadillas. Una última payasada, estallan unos hurras, luego se abalanzan a la salida subiéndose el pantalón o los tirantes de los sujetadores. El coche los espera en doble fila, atraviesan la calle riendo.

¿Con qué sueña toda esta gente?

Borzinski está sentado. Una chica se aprieta contra él. Su vestido levantado deja ver unos grandes muslos redondos. «¿Dónde está el pajarito? ¿Dónde está el pajarito?», cloquea mientras que con los dedos juguetea con la bragueta de Borzinski, que le coge un seno con toda la mano.

Adrian, en la penumbra, se rasca la garganta para señalar su presencia.

—Creo que me voy a ir. Tengo un compromiso.

—¡Ve a esperarme en los camerinos! —le suelta a la chica, que se va bamboleándose como una oca gorda—. Esta es buena. Me da buena espina. — Y dibuja unas curvas en el espacio para mostrar hasta qué punto va a pasárselo bomba. Adrian no responde—. Bueno —dice Borzinski—, ¿estamos de acuerdo?

—Cincuenta-cincuenta. No he cambiado de opinión.

—OK. Cincuenta-cincuenta, ya que se empeña, y usted se arregla con Courtois. Si lo mete en el negocio, su parte la saca de la de usted. Llámeme cuando eso esté arreglado y empezamos.

—De acuerdo.

—Sin papeles. Nos damos la mano. Así es como se hace entre nosotros. ¿Lo había olvidado?

Lo había olvidado.

\*

Adrian sale del cabaret sin mirar a la chica del guardarropa.

Ha ido demasiado rápido. Hay algo que no encaja.

¿Qué ha dicho o qué ha hecho que ha llevado a Borzinski a volverse tan conciliador? ¿Qué fallo ha visto el ruso en él? Ese cambio de opinión tiene forzosamente una razón: «He mostrado un signo de debilidad y ha saltado encima. Ha llegado a la conclusión de que me iba a dar gato por liebre. Así que me da el hueso que yo quería roer para quitármelo luego».

Adrian ha aprendido sobre los hombres y el comportamiento humano gracias a su largo periplo de Aramil a Sens. Ha aprendido a ver sus intenciones. Sigue el flujo de sus pensamientos. Siente cuándo dudan, avanzan, retroceden, preméditan o renuncian. Pero, sobre todo, reconoce al que lo va a apuñalar por la espalda al cien por cien.

Borzinski lo apuñalará por la espalda al ochenta por ciento.

Le queda un veinte por ciento de zona de seguridad.

Le toca jugar a él.

\*

Acabado el café, Hortense mira el reloj.

—Tengo que irme. He quedado con mi modelista. Voy con retraso, espero encontrar un taxi.

—Delante del restaurante hay muchos —dice Zoé mientras relame el ron de la cuchara.

—Me alegra haberlas conocido —dice Hortense inclinándose ante Léonie y Stella—. ¡Ciao, mamá, Ciao, Zoé!

—Hasta la vista, querida, ¡y que vaya bien la reunión! —grita Joséphine.

Hortense cruza los dedos.

—Ya os contaré.

—Nosotras nos quedamos, ¿eh, mamuchi? —dice Zoé—. No tenemos reuniones. No tenemos ganas de hacernos ricas y famosas. Y me tomaría muy a gusto otro babá al ron.

Le dedica una gran sonrisa a Hortense, que le saca la lengua.

\*

Hortense acaba de ponerse el abrigo; se recoge el pelo, vuelve a ponerse las gafas negras, mira la hora y maldice: «¡Voy a llegar tarde!». Pasan varios taxis, levanta el brazo pero no paran. Una chica avanza, titubeante, encaramada a unos tacones tan altos que parece una funámbula sobre la cuerda. A Hortense le entran ganas de soplar sobre ella para hacerla caer. Recuerda la cita de Sacha Guitry que le dijo Gary: «El tacón alto fue inventado por una mujer que estaba harta de que la besaran en la frente».

Estaban en Nueva York. Habían estado de fiesta toda la noche y ella se masajeaba los pies mientras Gary le servía un último cóctel. Le gustaba inventarse cócteles. Le vendaba los ojos para que no viera lo que vertía en la coctelera. Una vez hecha la mezcla, se la tendía y le decía: «Adivina qué lleva». Con cada respuesta acertada le quitaba una pieza de ropa. Acabó desnuda en sus brazos e hicieron el amor.

Lo echa de menos.

¡Cuánto sitio ocupa en su vida incluso cuando está ausente!

Llega un taxi. Levanta la mano para detenerlo. Acaba de aparcar delante de ella.

Se baja un hombre. Se inclina para pagar al conductor, se vuelve, ve a Hortense y se queda inmóvil.

Es el hombre del Fouquet's.

Se miran sin pestañear. Como si fuera normal, como si tuvieran una cita.

—¡Su teléfono! —dice ella.

La cabeza le da vueltas.

—Su mano —responde él.

Le alarga la mano.

Saca un rotulador y le escribe su número. Sus dedos suben a lo largo de la muñeca, por el brazo, se deslizan por la cadera de Hortense, la atraen, se deja atrapar, se funde con él, la agarra por el cuello y la besa.

---

[1](#) Zoé se refiere a la organización sin ánimo de lucro Restos du coeur, fundada por el cómico Michel Colucci, más conocido como Coluche, y cuyo principal objetivo es distribuir gratuitamente comida entre los más necesitados (*N. de la T.*).

[2](#) El nombre del perro alude a Bertrand du Guesclin, militar de la época de la guerra de los Cien Años y muy conocido en España, pues resultó decisivo en la lucha entre el bastardo Enrique de Trastámara y el rey legítimo Pedro I el Cruel, que significó la entronización de la casa de Trastámara. Se le atribuye la frase «Ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor», pronunciada en el momento de ayudar a Enrique a asesinar a su hermano (*N. de la T.*).

[3](#) «No te pondrás un vestido que esté hecho de dos telas» (*N. de la A.*).

[4](#) «Te he echado mucho de menos, cuéntame...» (*N. de la A.*).

[5](#) «El mundo es bastante sombrío, ¿no crees, querida?» (*N. de la A.*).

[6](#) Diferentes juegos de lotería francesa instantánea en los que hay que rascar para optar a un premio en metálico (*N. de la T.*).

[7](#) En el original, *tarte aux poils*, «tarta de pelos», en referencia al *cunnilingus*. Aunque pueden encontrarse recetas de repostería con ese nombre (*N. de la T.*).

[8](#) Centro Nacional para la Investigación Científica (*N. de la T.*).

[9](#) Véase *Los ojos amarillos de los cocodrilos*, de la misma editorial (*N. de la A.*).

[10](#) Véase *El vals lento de las tortugas*, de la misma editorial (*N. de la A.*).

[11](#) Gran almacén neoyorquino. Muy chic y muy caro (*N. de la A.*).

[12](#) «OK. Prometido» (*N. de la A.*).

[13](#) En español en el original (*N. de la T.*).

[14](#) Véase *Muchachas*, tomo 3, de la misma editorial (*N. de la A.*).

[15](#) El establecimiento se llama en realidad Duane Reade (*N. de la T.*).

[16](#) En español en el original (*N. de la T.*).

[17](#) En español en el original (*N. de la T.*).

[18](#) «Cuídate» (*N. de la A.*).

[19](#) Véase *Muchachas*, tomos 2 y 3, de la misma editorial (*N. de la A.*).

[20](#) Véase *Muchachas*, tomo 2 (*N. de la A.*).

[21](#) En español en el original (*N. de la T.*).

[22](#) Véase *Muchachas*, tomo 3 (*N. de la A.*).

[23](#) Véase *El vals lento de las tortugas* (*N. de la A.*).

## Tercera parte

Es una tarde extraña de enero. Uno de esos días en los que tienes la sensación de que algo va a suceder. Algo que cambiará el curso de tu vida. No sabes qué y miras el paso de las horas como si se tratara de una cuenta atrás.

Ocho horas después del comienzo del año, de las felicitaciones pasada la medianoche. Los esquejes de balsamina brotan en el alféizar de los ventanales, se abren unas tímidas flores rosas y blancas. El sol da en los cristales. Zumban las moscas, un sople tibio levanta las cortinas blancas de las ventanas y el camión de la basura verde y amarillo pasa haciendo temblar los cristales.

Detrás de la larga mesa de la biblioteca-mediateca de Saint-Chaland, Camille Grassin localiza los libros y los CD prestados y no devueltos. Marca el nombre de las personas negligentes, lo apunta para enviarles un correo o una carta y, cada dos minutos, con gesto cansado, se sube las gafitas redondas y amarillas por la nariz y gira la muñeca para mirar la hora.

Camille Grassin (él reivindica su nombre y cuando la gente sonrío precisa así: «Me gusta, es lo que importa, ¿no?») es un muchacho minucioso que tiene sus costumbres. Almuerza cada día en el Bon Appétit frente a la biblioteca. Es su lujo, su pequeña locura. Un menú a siete euros cincuenta. Huevos con mahonesa, arenques con patatas, ensalada de tomates y un pastelito de chocolate fundido. Con una clara. Le gusta lo graso, pesado y azucarado. Si no, no vale la pena comer, ¿no? La comida le hace compañía y, como tiene muy pocos amigos —dos, de hecho, que viven en Montauban y a los que ve muy poco—, necesita ingerir platos «que tengan cuerpo», como dice Sandrine. El tiempo de la digestión es un tiempo en el que se siente «acompañado» (de nuevo es Sandrine quien lo afirma). Los alimentos transitan lentamente hasta su colon y lo arrullan en un suave sopor. A veces le entran ganas de dormirar, se regala entonces una corta siesta en su silla, detrás de la mesa. Con los brazos cruzados, sin caerse. Es una ocasión que hay que aprovechar.

No hay mucha gente en la biblioteca municipal de Saint-Chaland después del

almuerzo. Por la tarde tampoco. Una ligera afluencia al anochecer, hacia las cinco y media, y no todos los días.

Tiene tiempo de leer, de ocuparse de las plantas que recupera de los cubos de basura de los espacios verdes de la ciudad y que coloca en el alféizar de las ventanas. Las poda, las rocía con agua y las alimenta con fertilizante. Le gusta estar en compañía de plantas y libros. Aquí nadie lo llama Gédéon ni le retuerce las muñecas arrojándolo al suelo. En su último trabajo, cuando era bombero, estaba siempre... ¿cómo decirlo?, acosado. No se confiaba, pero, a la primera ocasión, sus colegas se partían de risa a su costa. Cuando tenía que hacer las ciento cincuenta flexiones de la mañana, por ejemplo, siempre había alguien para tirarle un cubo de agua helada a la jeta. O le pisaban los riñones con el talón de la bota gritando: «¡Lo siento! ¡No te he visto!», y le tendían la mano para ayudarlo a volver a levantarse. Antes de dejarle caer de nuevo. O cuando tenía que embetunar las botas con las manos atadas a la espalda. «Y tu nariz, Gédéon, ¿para qué sirve?»

¿El medio para actuar de manera diferente cuando se tiene un nombre de chica y nada de pelo en la barbilla?

Hacerse bombero fue una idea de su padre. Decía que eso lo convertiría en un hombre, pero que ya no tendría tiempo de leer. Una ocupación de mujercita.

Camille Grassin bajaba la cabeza; pensaba en un pasaje de *Eugénie Grandet*.

En cualquier situación, las mujeres tienen más motivos de dolor que el hombre, y sufren más que él. El hombre tiene su fuerza, y el ejercicio de su potencia: actúa, va, se ocupa, piensa, abraza el futuro y en eso encuentra consuelo. [...] La mujer permanece, se queda cara a cara con la pena de la que nada la distrae, baja hasta el fondo del abismo que ha abierto, lo mide y a menudo lo colma con sus promesas y sus lágrimas. [...] Sentir, amar, sufrir, sacrificarse será siempre el texto de la vida de las mujeres.

Él se sentía terriblemente mujer.

Y eso volvía a su padre terriblemente loco.

Lo obligó a entrar en el cuerpo de bomberos.

Camille tuvo que resignarse.

Justo hasta aquella famosa noche en la que tuvo lugar el drama.

Fue el único testigo. Obligado a responder a las preguntas del capitán que investigaba. Temblaba tanto que manchó el pantalón. No, no, no había visto nada ni oído nada, no se acordaba de nada, solo de haber llegado a la casa con...

Y luego, el vacío.

Se silenció el asunto, y mejor así.

No habría podido soportar más interrogatorios.

Pero no se había borrado el sentimiento de vergüenza que lo atormentaba. Menos aún cuando se despertaba. Tenía un gran agujero en el corazón que daba al abismo.

Todas las mañanas tenía la sensación de caer en picado.

«Cúdate, Camille, eres frágil», le repite Sandrine.

Sandrine tiene razón. Tiene un ojo interior que lo ve todo, que lee el futuro, comenta el pasado y explica el presente. Confía en su juicio.

«Quiere saberlo todo. Lo que hago cada día. A quién me he encontrado, cómo iba vestida Mengana, qué ha dicho Fulano. “¿Han sido amables, te han molestado?”».

»Se informa sobre los hombres y las mujeres que frecuentan la biblioteca. Sobre las madres de familia, los adolescentes y los hombres maduros. Me gustan los hombres maduros. Me dan tranquilidad. Cuando empecé a pasearme por las páginas gay, buscaba a los viejos. Tienen un olor a jersey de lana y a jarabe para la tos que me apacigua. No son demasiado exigentes. Quiero decir, sexualmente. Nos toqueteamos, nos besuqueamos y me basta.

»A Sandrine no le digo todo.

»Ya sabe suficiente. Conoce mis horarios, mi situación de funcionario, sabe que tengo un contrato indefinido, que me corresponde la tabla salarial B, la de los cuadros responsables de presupuesto, la adquisición de libros, de revistas, de DVD, de CD, y que mi salario está cerca de los mil ochocientos euros. Querría que yo perteneciera a la categoría A. Me reprende, pero yo digo: “¡Paciencia! Estamos en Saint-Chaland, no en Wall Street”. De todos modos, no sé qué le han hecho últimamente al dinero, pero ya no vale lo mismo.

»Hay días en los que no tengo nada que contar a Sandrine. Y otros en los que... Cuando estuve a punto de que me golpearan aquellos brutos en el Carrefour. Y pensar que la que me sacó de allí fue la hija de Ray Valenti... Sandrine no se lo podía creer. “Debe de estar cachas para amenazar a tres

tíos.” “No tanto —le dije—. Alta, sí, robusta, no. Una gran liana rubia.” “¿Un poco como tú, amor mío?” Sandrine me encuentra muy seductor. Algunas noches, cuando estamos solos, me peina y me maquilla. Me tiende el espejo diciéndome: “¡Mira qué guapa estás!”. Siempre es agradable oírlo. Aquel día añadió que, con el padre que había tenido, seguro que la chica Valenti sabía defenderse. Su padre que no era su padre (todo el mundo lo sabía, dicho sea de paso) y que se las hizo pasar de todos los colores cuando era niña.

»—¡Pegaba a la madre y violaba a la niña! Una se pregunta qué hacen algunos tipos en la tierra, aparte de joder a los demás. Y cuando digo “joder”, ¡estoy siendo educada!

»No respondí. Y por una razón: lo sabía. Valenti alardeaba de ello cuando estaba de guardia en el parque. Me contaba sus historias de mujeres, cómo iban detrás de él como perras en celo. Sacaba la lengua, lamía el aire y se meneaba la bragueta. No le parecía muy definido sexualmente. “¿Qué prefieres, Camille? ¿Carne o pescado?” Me alegró mucho que Stella estuviera presente aquella noche en el Carrefour, si no, los tres cretinos me hubieran roto la cara.

»Se acabaron para mí las compras nocturnas.»

Camille Grassin mira la hora. Dieciséis y cuarenta y cinco. Dentro de una hora se preparará para cerrar. Ordenará los libros y las revistas esparcidas y apagará el ordenador y las luces. Se quitará la bata azul que le protege la camisa y el chaleco que Sandrine le regaló para su cumpleaños; treinta y dos años ya, eso le produce sudores fríos. Sandrine lo compró en La Redoute. Fino, bien cortado, de un bonito color marrón burdeos.

Se limpia las gafas con la gamuza que guarda en el estuche, se las vuelve a poner en la nariz y se las cala con la punta de un dedo. Dieciséis y cuarenta y ocho. Va a poder volver con su libro *La balada del café triste*, de Carson McCullers. Tiene cita con él todos los días desde hace una semana. André Breton decía: «Escribir es dar una cita». Anota las frases en su libreta. «Si tu vida cotidiana te parece pobre, no la acuses, mejor acúsate a ti mismo. Debes decirte que no eres lo bastante poeta como para convocar a las riquezas.»

¡Jolín! Se ha olvidado de anotar el nombre del autor<sup>1</sup>.

Esta frase le hace pensar en la de Montaigne: «La vida no es más que un paso. En ese paso, al menos, seamos flores». La lectura es una conversación. Escuchamos a gente brillante hablarnos de la vida, del amor, del alma.

Se pasa la mano por el cráneo, necesita un champú que le dé cuerpo al pelo, demasiado fino. Se acaricia la nuca. Hace poco que se la ha afeitado. El vello se endereza bajo sus dedos, es como una estera. Cierra los ojos, se deja llevar por la suavidad de su caricia...

En ese momento los batientes de la puerta de entrada se abren bruscamente y una gigante rubia —«¡bella mujer, desde luego!»— se acerca. Al principio no la reconoce. Lleva una minifalda encima de unos gruesos pantis de lana negros y una parka verde botella como las del ejército, pero con un no sé qué diferente. Tiene el pelo rubio, espeso y peinado hacia atrás, despejando dos ojos azules sombreados de marrón. Después, la imagen se superpone con otra y exclama para sí «¡Stella Valenti!» a la vez que apunta con el dedo hacia ella como si hubiera encontrado la respuesta acertada en un concurso televisivo.

—¿Se acuerda? Nos vimos en el Carrefour.

—¿Trabaja usted aquí? —pregunta mientras deposita un enorme bolso de tipo zurrón en su mesa.

—Sí, soy el responsable —dice mientras baja la mirada detrás de las gafas amarillas.

—Le pega este trabajo.

—¡Lo que es seguro es que albañil no habría podido ser! —Adivina en la mirada de Stella Valenti que está preguntándose si es realmente un chico o una chica. Conoce bien esa mirada a la vez borrosa y fija que busca un indicio. No quiere dejarla más tiempo en la duda y se adelanta a decir—: ¡Pero antes era bombero!

Ella se queda parada.

—¿Bombero? ¿En Saint-Chaland?

—Sí. No mucho tiempo, pero bombero, al fin y al cabo...

La mirada de Stella Valenti se ensombrece. Se rasca una ceja.

«¡Qué idiota! Bombero, Saint-Chaland, ¡Ray Valenti! Pero ¿por qué hablo sin pensar?»

—Gracias por lo de la otra noche. Me salvó. Estaba en un apuro.

—¡Ay! No es nada.

Se ensaña con las cejas, guiña los ojos y se estremece.

—Sin usted, casi seguro que cobro.

—Normalmente son más burros que malos.

—No siempre —dice levantando la vista al cielo—. ¡Y habla con alguien

experimentado!

Lo ha dicho como una ocurrencia, pero ella no sonríe. Se muerde el labio superior, se apoya en el bolso, su mirada se demora sobre él como si buscara un recuerdo; luego se repone y pide:

—Querría un libro para mi hijo... Emily Dickinson.

Asiente divertido.

— Quiere decir Emily Dickinson?

—S , seguramente.

— Qu  edad tiene su hijo?

—Casi once años...

— Y lee a Emily Dickinson?

Camille Grassin abre los ojos, sorprendido. Tiene el blanco muy blanco, las pupilas muy negras detrás de sus gafas. Tiene marcas de cicatrices en la piel, las mejillas hundidas y l vidas y el cuello parece el de una garza anoréxica.

—En fin... Es un poco más complicado... El que la lee es su amigo...  
 Tiene algún libro de esa señora Como se llame?

—Tengo hasta sus obras completas. Es extraordinaria,  sabe? Una gran poeta...

— No se dice *poetisa*?

—Como quiera. Lo que importa es lo que escribió,  no?

Stella se relaja y sonríe.

—Tiene razón.

—No se imagina qué feliz me hace. Ese libro no ha salido jams de la biblioteca y fui yo el que insistió en que lo compr ramos.

Se martillea el pecho con sus pu itos apretados en señal de gran alegría y la cara se le pone púrpura.

— Hasta ese punto? —dice Stella con gesto sorprendido.

—Los libros son mi vida. Ya pueden quit rme todo que, mientras pueda leer, ser  feliz.

—Debe de sentirse un poco solo en Saint-Chaland.

—Jules Renard decía que «la alegría es ser feliz, no hacer creer a los demás que se es feliz». —Stella ríe suavemente. Ha conseguido despejar los nubarrones de su mirada—. Estoy enamorado de los libros. Me acuerdo de la primera vez que abr  una novela. Me la puse sobre la cara de tanto como me gustaba su olor. No era un libro, era una flor con palabras dentro.

— Qu  edad tenía?

—Debía de tener unos once años...

—¿Y cómo se llamaba el libro?

—*Las aventuras de Tom Sawyer*.

—No lo conozco.

—No dejaba de decirme: «¡Sí, es esto, exactamente esto!». Tenía a mi mejor amigo en mis manos. Y después, cuando volví a cerrarlo, me dije que tenía que volver a leerlo. Enseguida. Y lo releí. Y todavía respiré más flores.

—Y continuó...

—Sí. Fui de maravilla en maravilla.

—¿Podría aconsejarme algo para mi hijo?

—Déjeme pensar... —Se cruza de brazos, frunce el ceño, inclina la cabeza, se muerde los labios, niega y se golpetea la mejilla con un dedo. Stella se da cuenta de que se concentra—. ¿Sabe?, es importante... A menudo se desanima a los chavales al darles libros solemnes. Hay que empezar despacio, cogerlos de la mano, acompañarlos...

—Yo no leo nunca. No tengo tiempo. El trabajo, la granja, los animales...

No la oye. Se ha ido en busca de un título para Tom; luego, de repente, se agita y grita mientras se golpea el pecho con sus puñitos:

—*El guardián entre el centeno*, de Salinger. Le va a gustar. Estoy seguro. Está sin aliento, como si hubiera corrido un maratón.

—¿De qué va?

—Es la historia de un chaval expulsado de su colegio que vagabundea antes de volver a casa de sus padres en Nueva York y al que le suceden un montón de aventuras trágicas y cómicas. Las vemos desde su punto de vista, con sus dudas, sus miedos, su lenguaje...

—¿Y no hay escenas violentas?

—No. No se me hubiera ocurrido...

—OK, a ver qué tal. Me fío de usted.

Pone una sonrisita. Como si se le acercara.

Ahora le toca a él quedarse inmóvil.

¡Si ella supiera!

Si supiera lo que pasó aquella noche..., hasta qué punto fue cobarde, hasta qué punto fue abyecto Ray Valenti. No le sonreiría en absoluto. Correría a denunciarlo a la gendarmería.

Ray Valenti era un monstruo. Guapo por fuera, podrido por dentro. Para él

solo contaba el paquete que tenía entre las piernas, que volvía locas a las mujeres. Un día le preguntó a Sandrine si por casualidad no había sentido cierta debilidad por Ray. Ella le respondió: «Yo no, pero tengo una amiga que estuvo con él y me contó que era increíble la herramienta que tenía, un buen paquete que te llenaba del todo y te hacía tocar el cielo».

Camille Grassin corre tan bruscamente la silla para levantarse que se vuelca. Stella lo mira, sorprendida. Él se sonroja, farfulla una excusa y se dirige hacia la S. J. D. Salinger. *El guardián entre el centeno*.

Esa noche va a tener cosas que contarle a Sandrine.

\*

Cuando Stella vuelve a la granja, el coche de Adrian no está allí. Son casi las ocho. Las polillas revolotean alrededor de la lámpara que ilumina el patio. Adrian vuelve cada vez más tarde y se va cada vez más temprano. Imposible saber qué hace. Por la noche, cuando está acostado, entrelaza las manos bajo la nuca y dice: «Trabajo por y para nosotros».

La luna está alta, brillante, el cielo negro casi violeta, tachonado de estrellas como cabezas de alfileres. Hace un tiempo de primavera amable. Las plantas de la charca se alzan, inmensas, verdes, amenazantes, y oscilan en la noche susurrando. Es como estar en la jungla. Deberían de estar marrones, mustias, pudriéndose en el fondo del agua. ¡Estamos en enero! Los animales están desorientados. Tienen el pelaje invernal, rugoso y espeso y las suaves temperaturas los abruman. Las pulgas y los parásitos proliferan, el frío no los ha matado. Los asnos tienen placas de eccema, rebuznan, se rascan contra los batientes de las puertas de la granja, dan coces. El veterinario dice que acabarán por acostumbrarse. Sí, y entonces estaremos en verano con temperaturas de invierno. Se van a volver locos. ¿Cómo serán las cosechas este verano con las estaciones invertidas?

Tom ve la tele en pijama. O más bien zapea mientras se manosea los dedos de los pies. Se ha dado una ducha y se ha peinado, huele bien.

—¡Mmmm! —dice Stella inclinándose para besarlo—. ¡Dan ganas de comerte!

—Tengo hambre —gruñe—. Suzon ha hecho ñoquis y tengo hambre.

—Pues cómete el dedo grande.

—¡Muy graciosa!

—Soy la mamá más graciosa del mundo.

—¡Seguro!

—¿Suzon está en su casa?

—Sí. —Cambia de cadena. Luego se acuerda—: ¡Ah! Me ha dicho que te diga que tenías que ir a ver a Zbig. Uno de sus árboles ha caído al final del campo y ha destrozado la cerca...

—¿Qué campo?

—Cerca de la charca. Georges ha ido al ayuntamiento; el propietario del campo es Zbig, pero no quiere hablarle. No sé por qué. Tienes que ir tú.

—¿Y si yo tampoco quiero hablar con Zbig?

—Arréglalo con Georges. ¡Yo tengo hambre!

Hector, el loro, en su jaula, monta a un peluche a la vez que lanza gritos y le da furiosos picotazos.

—¿Qué le pasa? —dice Stella—. ¡Lo va a destripar!

—Está follando, creo yo —dice Tom.

—¡Te prohíbo hablar así!

—Pues no voy a decir que hace el amor, mamá. Es un loro. Tiene diecisiete años. Está en plena adolescencia. Folla.

—No, está en celo. Pero qué pasa, es más tranquilo habitualmente.

—Suzon le echa bromuro en la comida, eso lo noquea. Ha debido de olvidarse. No soporta sus gritos cuando fo... cuando está en celo. —Costaud y Cabot dan vueltas alrededor de la jaula, inquietos por la sexualidad agresiva de Hector—. En todo caso, estos disfrutan del espectáculo —sonríe Tom.

Stella toquetea los botones de su parka y observa a Hector. El peluche no va a durar mucho, la guata ya empieza a escaparse.

—He pasado por la biblioteca a cogerte libros. ¿Por qué no me dijiste que el libro era de Emily Dickinson? Se me ha quedado cara de tonta con el bibliotecario. ¡Emily Dickinalgo!

—No lo sabía. Ni siquiera sé quién es...

—Es una gran poetisa americana. ¿No te lo ha dicho tu amigo imaginario?

Tom se enfurruña, furioso, y cruza los brazos sobre el pecho.

—Ya no te diré nada.

\*

Adrian coge el coche en la estación y da una vuelta por Saint-Chaland antes de regresar a la granja. Toma la ronda de circunvalación, bloquea el cuentakilómetros en ochenta, y gira y gira para poner en orden sus ideas. Pasa

delante de Conforama, las cocinas a veinte meses, las lavadoras con una rebaja del treinta por ciento, reconoce la letras rojas y redondas de Mr. Bricolage, «sus precios locos», el McDonald's y su wifi gratuito. «Carglass, 30 años a su lado.» «Fidelidad, fidelidad», clama la banderola amarilla.

Vuelve de París y ya nada se sostiene. Es como si hubiera pasado el día bebiendo güisqui barato en cualquier bar y fumándose los cigarrillos hasta el filtro, hasta quemarse los dedos.

Se ha tomado dos cafés y se ha dado una ducha. Se ha quedado largo rato bajo el chorro abrasador. Con la boca abierta para tragar agua y limpiarse por dentro. El cuarto de baño estaba decorado con azulejos violetas con flores naranjas. Las toallas raspaban y olían a moho; el bidé estaba encajado bajo el lavabo y la cortina de plástico se había descolgado mientras se enjabonaba.

Debía de ser un hotel barato.

Era todo lo que había encontrado.

La chica con la sonrisa que prometía la paz y declaraba la guerra no ha chistado cuando ha abierto la puerta. Él le había dado el nombre, la dirección del hotel y el número de la habitación por teléfono. Ella lo repitió todo sin equivocarse.

—Estaré allí dentro de poco menos de una hora —había dicho—. Tengo que acabar un trabajo. ¿Le va bien?

—Dejaré la llave en la puerta.

Esperaba estirado en la cama. Se había dejado los zapatos puestos. No sabía por qué. Encargó un café y luego otro. Agua. El borde de la taza llevaba una marca de carmín.

Giró la taza, buscando un borde limpio.

Abrió la tableta. Borzinski lo bombardeaba con correos. No tenía la mente liberada como para reflexionar. La mirada se le iba hacia la puerta y volvía distraída a la pantalla para calcular una valoración, un precio de coste, la forma de recortar gastos, de contratar a un equipo o dos, ¿uno de día y otro de noche? ¿Cómo iba a pagar la trituradora para madera que había encargado? Necesitaría una tercera para el cartón y el papel. Solo nunca lo conseguiría. Se veía obligado a pasar por Borzinski. Obligado. Y tenía que hablar con Edmond. «Te hundes, amigo, te hundes. A fuerza de dejarlo para más adelante...»

Esperaba a la chica preguntándose: «¿Qué hago aquí? ¿Soy tonto o qué?».

Frotaba los zapatos en la colcha marrón.

Ella entró. Se lanzó contra él y él la rodeó con sus brazos.

La tierra, la noche, el sol.

Si alguien le hubiera dicho que moriría si se acostaba con ella, hubiera contestado que le daba igual.

La apartó para medir el peligro. Ella le mordió la mano. Él cerró los ojos. Deslizó los dedos por su espeso cabello, tiró de él. Muy fuerte. Ella se detuvo, con una mirada que decía: «Te quiero más que a nada, pero no me dejaré hacer». Se lanzó contra ella, la inmovilizó mientras le aplastaba la boca, los senos, el vientre, y hundió una rodilla entre sus muslos.

Entró en ella. Como amo y señor. Ella gritó. También él. La cabeza le cayó sobre el pecho. «Perdón, ay, perdón», dijo. Y volvió a la carga. Lamiendo cada trozo de piel desnuda que su boca rozaba. Escuchando los gemidos que entonaba. Afluyendo contra ella, frotándose contra su sexo, haciendo el amor con las manos abiertas en sus caderas como si la desmembrara. Un ladrón que reconocía el lugar.

Habían hecho la guerra. Habían hecho la paz.

Cuando se desprendían el uno del otro, era para volver a tomarse aún mejor. Se miraban, sorprendidos, se tocaban con el dedo, se daban lengüetazos, se mordisqueaban, la pierna de uno inmovilizaba la cadera del otro y todo recomenzaba.

Luego él vio la hora en el reloj de la mesilla de noche y soltó: «¡Hostia! ¡Tengo que irme! ¡Joder!».

Y se metió en el cuarto de baño.

Cuando volvió a la habitación, ella se había ido.

No sabía su nombre.

\*

Recostada en la banqueta del café Chez Farid, Zoé intentaba escribir una exposición sobre Víctor Hugo. Llamó a Léa: «Socorro, ven rápido, naufrago»; pero Léa no llega.

Farid pone otro chocolate delante de ella con una galleta belga cubierta por su envoltorio de celofán y juguetea con ella sin decidirse a romperla.

—¿Quieres que te lo abra? No tienes muy buen aspecto...

—Sí, sí, solo que...

—Esperas a Léa y ella no viene y tienes una cosa superimportante que

decirle. —Menea la cabeza con una sonrisa en la mirada—. Tengo una hija de tu edad, conozco ese aspecto de princesa hecha un trapo en una banqueta.

—Bueno, te equivocas.

—No me gusta cuando las chicas tienen mal de amor, las altera demasiado. Los chicos, en cambio, ponen cara de que todo va bien. Pero con las chicas enseguida se ve.

—¡Pues te digo que te equivocas! —se irrita Zoé.

—Hablaba por hablar, nada más.

Y se aleja para servir a otro cliente.

Desde que ha roto con su prometido holandés, Léa es imprevisible.

—Acababa por llamarlo tulipán de lo que me hartaba su poesía. Lo he echado de un clic. Fuera de mi Facebook, bloqueado en el teléfono. Ahora soy rica y los ricos se lo pueden permitir todo. El dinero les da confianza y ellos abusan. Me encanta abusar, es liberador; es agotador estar siempre dominándose.

No deja de «tener experiencias».

—Lo pruebo todo, chica y chico. Todavía no he probado las orgías. Debería... Aunque... no estoy segura de que me gusten. —Hace girar un brazalete en la muñeca—. ¿Has visto? Hermès. ¿Adivinas cuánto?

Ahora explica el precio de todo lo que compra.

La galleta se ha disuelto en el chocolate.

Zoé da vueltas a la cuchara en la taza y saca trozos de galleta que se deshacen antes de tragárselos. El libro sobre Víctor Hugo yace abierto sobre sus rodillas. El tema de su exposición es «¿Cómo inventó Víctor Hugo, según la célebre fórmula de Mallarmé, “el seguro encanto del falso verso”?». «Inspírense en la queja de Quasimodo, enamorado de la bella Esmeralda, que solo tiene ojos para el seductor Phebus.»

No la cara, muchacha,  
sino el corazón mira.

El corazón de un joven hermoso a menudo es deforme.  
Hay corazones donde el amor no perdura.

No es bello el abeto, muchacha,

no es bello como el álamo,  
pero mantiene su follaje en invierno.

¡Ay! ¿Para qué decir esto?  
Lo que no es bello yerra al existir;  
la belleza solo ama la belleza,  
abril da la espalda a enero.

La belleza es perfecta,  
la belleza todo lo puede,  
la belleza es lo único que no existe a medias.

Un peso cae en la banqueta de al lado de Zoé y resuena una voz:

—¿Has visto a Johnny Depp? No está mal, ¿eh? —Léa ve el libro sobre las rodillas de Zoé y rectifica—: ¡Ah! Creía que leías *Voici* a escondidas.

—¿Has olvidado que Hugo entra en el programa? Nunca te sacarás el preparatorio. ¿Qué hiciste ayer por la noche?

—Estuve probando mi Cellu-cup. Dieciséis euros en Amazon.

—¿Qué es eso?

—Una ventosa para la celulitis. Destruye la grasa. Deja moretones, pero es eficaz. —Léa se pasa las manos por los muslos—. He perdido cuatro centímetros. Tengo derecho a una Orangina. —Hace una señal a Farid y pide una Orangina. Mira la hora—. Tengo una cita dentro de media hora, pero creo que voy a dejarlo correr.

—¿Un tío? —dice Zoé.

—Una tía. Una plasta. Está todo el rato haciéndose selfis. Además, tiene un perrito y siempre posa con él. Un desastre.

—No vayas.

—Tienes razón, prefiero concentrarme en mi fantasía.

—¿Qué es?

—Un peto Asos. He visto uno de tela vaquera, precioso, a 122,99. Y otro negro a 74,99. Precioso también. Estoy dudando.

Zoé golpetea encima de la mesa con los puños.

—Tengo que contarte algo, Léa. Es serio.

Léa se saca la piruleta que lleva en la boca. Tiene los labios azules, así como los dientes.

—Va, suéltalo.

—Todavía quiero a Gaétan.

—¿Ya no es Dios tu novio?

—¡Léa! —Zoé ya no tiene ganas de hablar. Frunce el ceño y se bloquea.

—Te escucho —dice Léa.

Zoé la mira con aire de preguntarse: «¿De verdad? ¿Me escuchas?».

—Bueno. Estaba en el Mikado el viernes con Romane. Hacíamos tiempo antes de ir al cine a ver *El libro de la selva*. Estábamos jugando al *Mario Kart*. Y Gaétan entró...

—¿En el Mikado? ¿Vive en el barrio?

—Llevaba un jersey verde jardín de cachemira; me saludó con un tono muy dulce y esa sonrisa suya con tres huecos, ya sabes...

—¿Quieres decir hoyuelos?

—Me abrazó y estuvo bien. Ya no tenía ganas de salir. Estaba con él, dejé de hacerme preguntas. Estaba en el sitio correcto.

—Y os fuisteis juntos.

—Pues no... Llegó una chica. Su novia.

—¿Tiene novia?

—Sí. Me apartó, o, mejor dicho, me despegó como si fuera un viejo esparadrapo lleno de pus.

—¿Qué alucine!

—La chica, que se llama Marie, tiene una cabellera de león de la sabana, los dientes blancos y la cintura de una moneda de diez céntimos. Me dio un beso y me dijo: «¿Así que tú eres Zoé? He oído hablar mucho de ti, ¡para bien, eh!». Hubiera preferido que fuera desagradable. Gaétan cogió un taburete, lo puso delante de ella y dijo... y dijo... —Léa estira el cuello y abre los ojos como platos, quiere saber. Da pataditas en el suelo, no aguanta más—. Dijo...: «Siéntate, amor mío». Estuve a punto de morirme. Me enfurecí. Aquello era el Vesubio. Tuve ganas de gritar: «¡Tu amor soy yo! ¡No ella!».

—¡Guau! ¡La cosa se pone al rojo vivo!

—Me volví hacia la pantalla de la Nintendo y le dije a la chica: «¿Quieres echar una partida?».

—¿Por qué dijiste eso?

—No lo sé. Pero sé que estoy superentrenada y que nadie puede ganarme. ¿Conoces el *Mario Kart*?

—Vagamente.

—Es un juego de coches de carreras chulísimo en el que puedes lanzar caparazones de tortuga, rayos, comer setas para coger velocidad... En

resumen, me cogí a Luigi y jugué la mejor partida de mi vida. Machaqué a Marie. Intentaba no pensar. Gaétan y ella en su apartamento, Gaétan sosteniéndola en el *skate*, Gaétan apretándola contra sí cuando duermen, cuando hacen el amor. Y la machaqué, tres veces. Me volvía hacia ella, me tragué el volcán y sonreí. *Game over*. Maxirrevancha. —Zoé baja la cabeza y suspira—. Pero tenía ganas de vomitar.

—Él no se dio cuenta. Ella tampoco.

—Solo que acaba de telefonarme para saber cómo estoy y creo que todavía lo quiero. Tengo ganas de decírselo, pero no me atrevo. Si siguiera solo, sería diferente. Léa, ¿qué hago?

Léa hunde la pajita en la Orangina y hace un ruido de burbujas que se ríen en el fondo del vaso. Ahoga un eructo.

—¡Esta cosa está llena de gas!

—¡Es una O-ran-gi-na! Entonces..., ¿qué hago?

—Nada.

—¿No le respondo?

Léa se mira atentamente sus bailarinas Repetto. Charol rojo. Se las quita, las palpa, las frota con la manga y vuelve a ponérselas. Echa una rápida ojeada a Zoé.

—Regalo de mi madre por sacar un siete en mi trabajo sobre Marivaux. Normalmente, saco un cuatro.

—Es maja —rezonga Zoé, furiosa.

—Es infecta. Me compra, me vende y me evalúa. Como en la bolsa. —Zoé aparta la mesa para levantarse. Léa saca un brazo y la atrapa. La fuerza a sentarse—. Voy a contarte una historia y me respondes sin hacer trampas, ¿vale?

—Vale —bufa Zoé.

—Imagina... Estás sentada con Gaétan, aquí, en la misma banquetta. Habéis vuelto juntos la víspera. —Adopta una expresión misteriosa, se desliza la pajita de Orangina bajo la nariz, mueve los hombros como si bailara una samba brasileña—. Ryan Gosling entra en el café, viene hacia vosotros, da los buenos días porque está bien educado y luego se dirige a ti, Zoé Cortès, y... —ahora es el turno de Zoé de estar pendiente de los labios de Léa— dice: «Zoé, acabo de verte pasar por la calle y me he dicho que era absolutamente necesario hablar contigo».

—¿Cómo sabe mi nombre?

—¡Eso da igual! No importa.

—Bueno..., sería mejor si...

—¡Da igual! Continúa: «Zoé, *I am crazy about you*, eres la mujer de mi vida...».

—¿Y su mujer? Eva Mendes. ¿Qué hace con ella?

—Añade que desde que te ha visto se ha olvidado de todo, ¡de todo! En su cabeza solo estás tú. —Zoé se incorpora y reflexiona—. Tú dudas, él pone una rodilla en tierra y dice: «Zoé Cortès, la quiero con locura, ven conmigo al fin del mundo». Se lía un poco con el tú y el usted, es normal, no está acostumbrado. Y entonces... ¿qué haces?

—Lo sigo. Digo que sí. ¿Y adónde vamos?

Zoé tiene estrellas bailándole en los ojos.

Léa chasquea los dedos.

—¡Se acabó! ¡Despiértate! No estás enamorada de Gaétan. Lo has dejado de lado para irte con Ryan. Moraleja: no quieres a Gaétan, solo que no quieres que otra te lo robe. Fin del dilema.

Zoé baja la cabeza y juega con la cucharilla. Remueve un poco de azúcar fundido en el fondo de la taza.

—No te equivocas —dice después de un largo silencio.

—Yo pienso. Cuando tengo tiempo y ganas. La mayor parte del tiempo no pienso, repito lo que todo el mundo dice, no cansa tanto.

Zoé sonríe. Luego lame la cucharilla, pensativa.

—Ryan Gosling. ¡Me lo he creído!

—Ese es tu problema, Zoé, te lo crees todo.

\*

Echada en su gran cama en el Ritz, en la *suite* Coco Chanel, a veinte mil euros la noche, Elena Karkhova arranca un cuerno del cruasán y lo moja en el café con leche.

Es por la mañana, ve una esquina de la plaza Vendôme, un trozo de columna en donde en otro tiempo Lamartine tomó la palabra y llevó la revolución a París. Aquello acabó mal. Luis Napoleón Bonaparte se convirtió en presidente de la República antes de provocar un golpe de Estado y de hacerse llamar Napoleón III. Solo en París se permiten esos desayunos tan copiosos porque solo en Francia hay desayunos tan deliciosos. Hojea los periódicos y las páginas de moda; repasa los últimos desfiles de Nueva York, Londres y Milán; se deleita pensando en el de Hortense dentro de tres semanas. «¡Ah! ¡La

traidora va a llevarse una sorpresa! No se espera que vuelva a aparecer. Será derrotada. Recibirá un mazazo en su nuca de bisonte. Y cuando al final del desfile me suba al podio... Reviento de alegría ante la idea de ver la expresión de su cara. Lo he llevado todo con maestría. Siempre en la sombra. He encontrado el taller; he contratado a la modelista y las costureras; he encargado las telas; he firmado los cheques... *Hello, Paris! Ready to walk on the wild side...* La venganza es un plato que se sirve frío, incluso helado; no importa el grado siempre que estemos ebrios. Se creía tranquila, pero la voy a hacer pedazos. Gracias a esa portera que apesta a burguesía descuidada y a mamadas chapuceras.»

Hay otros dos cruasanes en la cesta, sobre un paño de tela blanca. Con un bonito dorado, inflados, esponjosos, una miga alveolada que perfuma la mantequilla fresca... «No he de, no debería, prohibido, es una locura...» Su mano se abate sobre un cruasán, sus dedos desgarran un trozo que recubre con mermelada de naranjas amargas, su mermelada preferida. Con la boca llena, la saliva perfumada por la corteza de la fruta, piensa en Grandsire, que no está allí para acariciarla. Echa en falta a este amante sombrío y poderoso. Sus fuertes manos, su piel ambarina contra la suya, tan blanca; su boca, que le hace cantar dulces melopeas; su sexo, que se levanta... Menea la cabeza, rechaza sus ensoñaciones libidinosas. Él rechaza seguirla a París bajo el pretexto de que nunca coge el avión. Sospecha que tiene una amante en Nueva York. «Lo entiendo, ya es muy amable por su parte honrarme con su miembro semirremolque. ¡A mi edad!» Suspira, preso el vientre de un feroz deseo. «Podría pedirme un hombre para una tarde... Un macho atento que sepa hacerme los honores. Hablaré con el recepcionista del hotel.

»Sisteron me aburre con sus cifras y sus balances. Siempre quiere tener razón. Cada vez está más irritable. Parece que esté bajo presión. ¿Tendrá alguna buena razón? Hortense asegura que no es trigo limpio. Y él, que ella no es de fiar. Esos dos no se soportan.»

Se lanza a por el tercer cruasán. Cuatrocientas treinta y siete calorías. Mucho más que una napolitana de chocolate o que una rebanada de pan con Nutella. Grasas, glúcidos, colesterol. Algunas personas eligen el cruasán para suicidarse.

Ella no se suicidará.

Muy al contrario.

El día del desfile de Hortense Cortès estará sentada en la primera fila. A la luz.

Se humedece el índice. Atrapa las migas de cruasán. Se chupa el dedo. Levanta el mantelito para ver si queda alguna pieza de bollería escondida. Suspira. Se estira. Es triste, una cama inmensa para una sola persona. Descuelga el teléfono. Pide hablar con el recepcionista, el señor Noël.

—Noël..., soy la condesa Karkhova.

—Buenos días, señora condesa. El sol brilla magnífico esta mañana, la plaza brilla con una luz irreal y...

—Ahórreme la tarjeta postal. No soy una turista.

—Es un reflejo. ¿Qué puedo hacer por usted, condesa?

—Querría un joven macho para esta noche.

—Un...

Se atraganta. Ella tiene que esperar a que recupere el aliento.

—Un joven macho. Guapo, atento, tierno. Preferentemente, negro. Para una noche, pero, si puede irse en cuanto me quede dormida, mejor. No me gusta despertarme acompañada.

—Y usted...

—Pago bien. Diez mil euros la noche. Que sepa que soy experta, dulce, perfumada y que hago las mejores mamadas de París, Nueva York y otras capitales. —El recepcionista vuelve a atragantarse—. Para ser claros, yo no me hago la muerta, como muchas remilgadas.

—Diez mil eu... Quizá podría proponerme yo...

—¿Usted, Noël? Ni se le ocurra. ¿Cuánto hace que nos conocemos? Y, además, he dicho «joven», no lo olvide...

—Mis excusas, señora condesa...

—Espero su llamada. ¡Que pase un buen día, Noël!

Noël Berger cuelga mientras calcula la edad de la condesa. Si sigue siendo bueno en mates, tiene noventa y dos años.

¿Quién ha dicho que la libido disminuye con la edad?

\*

La señora Philippine, inclinada sobre el trabajo de Lila, una costurera aplicada, verifica la caída y el corte de un modelo. Hace tres semanas que ha sido contratada como modelista. Tuvo una entrevista previa con Hortense. Se

observaron, se cuestionaron y se apreciaron. La señora Philippine no habría trabajado para una pretenciosa, una pija o una ignorante. Tiene una reputación. Ha acompañado a los más grandes costureros. No está en venta. Se ha jubilado desahogadamente. Posee un bonito apartamento en el distrito XVI. Le gusta la alta costura, el trabajo bien hecho, la magia de ver nacer un modelo bajo sus dedos; no trabaja por una miseria. Valía la pena precisarlo, y Hortense Cortès lo ha entendido.

Tiene que admitir que trabajan bien juntas.

La joven no es caprichosa. Es trabajadora. Tiene talento. Es exigente. Atenta. Con ocurrencias que la dejan boquiabierta.

Hortense le explica el modelo, le da el croquis y a ella le toca llevarlo a la práctica. Dieciocho modelos. Vestidos, abrigos, pantalones, jerséis grandes, camiseros, faldas de tubo... Una moda chic, casual, que resalta las líneas y adelgaza. ¡Y, luego, el descubrimiento de ese tejido! ¡Esa tecnología que se oculta en la trama misma de la materia! ¡Qué maravilla! La señora Philippine no se lo podía creer. Se ha puesto un vestido de punto rojo, ceñido, mangas largas, cuello redondo, muy sencillo. Un vestido de tarde para llevar con tacones altos o planos. Cuando se ha girado para mirarse en el espejo, ha lanzado un grito. ¿Era ella la del espejo? Aquella silueta alargada le recordaba su juventud... Ha corrido al armario a buscar los Louboutin que había guardado al ganar peso. Se los puso. Volvió delante del espejo. Relinchó de alegría. Se palpaba, buscaba sus kilos, no los encontraba. Gritaba: «¡Milagro!». Fue a llamar a casa de la vecina, que solo dijo: «Lo quiero. No importa el precio, ¡quiero ese vestido!».

La señora Philippine tiene seis costureras que trabajan a sus órdenes. Vigila la confección de cada pieza. Primero, una tela de prueba; luego, el modelo de verdad. Sin un tijeretazo de corte irregular ni una plancha que quemé. El taller alquilado por Elena Karkhova en el 22 de la calle Panamá es un local de paredes blanqueadas. Todos trabajan mientras se mordisquean el labio, se rascan la nariz, se suben un tirante, un mechón que se escapa... La colección de Hortense Cortès abrirá la temporada de alta costura en París, a finales de enero. Un honor para una debutante de la que nadie ha oído hablar.

—Una muchacha desconocida que abre el baile, ¿se da usted cuenta? ¿De dónde sale? ¿Con quién se acuesta? Toda la prensa estará allí, personalidades,

blogueros, fotógrafos, clientes invitados por el señor Picart...

—¿Jean-Jacques Picart?

—Sí. Él ha elegido la fecha y ha establecido la lista de invitados. Se ha encaprichado de la joven y se ocupa de crear repercusión en las redes. Un rumor corre por París, *Hortense Cortès*, *Hortense Cortès*... Se oye, la etiquetan y suena por todas partes.

—¿Quién es esta chica? ¿Vale la pena ir a verla? ¿Tú crees?

—¿Tú vas?

—Picart no se mojaría si no estuviera seguro. Es exigente, pide referencias.

—¿Y de dónde viene Hortense Cortès?

—Ha estudiado en Saint Martins, en Londres, ya sabes, esa escuela de la que salen todos los creadores actuales.

—Ah, sí, no está mal. ¿Y quién la financia?

—Una vieja condesa rusa. Una antigualla pintada como las ruedas de una carroza que vende sus cuadros para pagar los gastos. Y no escatima.

—¿Sáfica?

—No, excéntrica, casada con un timador muy rico.

—¡Tú eres tonta! Un timador rico es un pleonismo. Pues esto se pone jugoso, ¿deberíamos ir a verla? ¿Dónde se presenta?

—La condesa le ha alquilado el bajo de los Campos Elíseos. En los jardines.

—Bloqueará la circulación, ¿no?

—Sí.

—¡No es posible!

El rumor galopa. Se convierte en disparatado. Picart sería el padre de la joven, el amante de la condesa, descendiente del último zar. Refugiada en Nueva York por haber seducido a los setenta años al hijo pequeño de un mafioso ruso. El chaval murió en el baño mientras escribía su nombre con su sangre.

Hortense oye los rumores, y le gustan. Si pudiera, añadiría dos cadáveres, una víbora en un camembert, fuegos artificiales de diamantes, cocaína, unos eunucos colgados en las letrinas... En dieciocho minutos iba a convertirse en alguien célebre.

El tiempo de un desfile.

Tiene ojos para todo. Para las telas elegidas, para la reproducción exacta del croquis, para los botones, para los galones, para los bordados. Para el doble apresto, para el hilo recto, para las puntadas de los cuellos y las solapas, para la incrustación de encajes, para los dobladillos hilvanados, para los forros remetidos, para las holguras de las mangas y de la espalda. ¡Solo faltaría que una chaqueta pingara!

Alta costura, muy alta costura. La excelencia francesa.

Ha instalado un colchón bajo una claraboya. Duerme enroscada en una manta. Aseo en el lavabo, cepillado de dientes, el pelo recogido en un moño, ¡y al trabajo! Sin tiempo para volver a su casa, para responder preguntas de su madre o su hermana. Sin tiempo para pensar en Gary ni para descorchar una botella de *franc-pipeau*.

Ha traído sus maniquís, sus rollos de tela, sus mesas y sus tijeras a la calle Panamá. En medio de las tiendas de telas africanas, de mazorcas de maíz asadas, de sandías abiertas, de mujeres con caftanes multicolores que ondean por las aceras y niños colgados de sus caderas como racimos de uva.

A veces se toma su tiempo.

Para verse con él. Con el hombre que la ha vuelto hambrienta.

Siempre es el mismo ritual. La llama. Le pregunta dónde está. La informa de un hotel cercano. Le envía por SMS el número de la habitación. Deja la puerta entreabierta.

Se echa en la cama con los zapatos, cruza las manos, se impacienta y espera a que ella empuje la puerta.

Ruedan en la cama durante una o dos horas. Se anudan. Se desanudan. Se desafían.

La agarra, sus dientes le hieren la carne, ella dice «sí», él «otra vez», la aprisiona, le desliza las uñas hasta la punta de los senos, ella lanza un grito, se abandona, él se tiende sobre ella, la penetra y ella se abisma en un placer que la deja sin nombre. Se hunde hasta el fondo como una piedra, el agua le llena la cabeza, esponjas empapadas de fuego estallan en su vientre, naufraga, balbucea, se disloca, cree que está muerta, da una patada y vuelve a subir, más, poderosa, renovada, limpia.

«No sé nada de él y no quiero saber nada.

»Quiero su cuerpo sobre el mío y que pese de verdad.

»Citas furtivas en hoteles medrosos.

»No hablamos: gruñimos.

»No nos besamos, nos comemos la boca.

»Nos remontamos a la época en la que los bosques y los glaciares cubrían la tierra; en la que la luz amarilla y gris imitaba al sol; en la que se cubrían con la sangre de los caballos al devorar trozos de despojos calientes.

»Me toma, yo me vuelvo brusca, violenta. Me aprieta, me rompe, pone sus manos sobre mí y yo me pliego, sumisa, amedrentada. Le lamo las manos.

»Al instante siguiente..., le doy un puntapié y escapo: “Ay, ¿creías que me habías atrapado?”

»Sus ojos son fríos. Coge un cigarrillo, lo enciende. Lanza la cerilla, no se mueve, escupe el humo, gira la cabeza, espera que le suplique.

»Que me arrastre por la moqueta sucia.

»No hablamos. No vale la pena.

»Un día lloraré, quizá.

»Lloraré por haber perdido al hombre que ha dado vida a esta mujer.

»No sabía que vivía en mí.»

En el taxi que la lleva al hotel donde la espera, garabatea en su libreta. Traza una palabra, la transforma en botón, en bolero, en mujer bocabajo, en hombre que se alimenta.

Amor, no; deseo, sí; fascinación, sí; atracción, sí; afecto, no; ternura, no; voluptuosidad, sí; cariño, no; ¿ardor?

Ardor.

La palabra inflama la página en blanco. La calcina.

«Ardor —repite deslumbrada—, ardor.»

Cuando el taxi se detiene, sube las escaleras corriendo y se lanza contra él.

De vuelta al taller, toma un par de tijeras y en un tejido de punto gris, espeso y flexible corta un vestido. Hilvana, escota, disminuye, aumenta... Termina la caída y desarrolla las mangas.

Ajusta la cintura en corsé. Forra con el famoso tejido que...

No es bastante.

Entrecierra los ojos y busca, indecisa. Quiere seguir buscando. No es que sea más lista que los otros ni más inteligente, es que pasa más tiempo buscando. Piensa. Se recupera. No debería tomarla por otra. El amor se lo

traga todo. Debe forrarlo todo. Retoma la tela y las tijeras.  
¡Ya lo tiene!

Un día la señora Philippine le dice que salga a tomar el aire, que no es bueno estar encerrada todo el rato. Hortense se va a visitar a su abuela. Querría que Henriette le explicara qué quieren decir las palabras que le comunicó Zoé.

«¡Esa chica no debe tener éxito! ¿Me comprende? Estoy dispuesta a todo.»

Un cartel indica el horario de la portera. Henriette lo cambia según su humor. Ese día el cartel dice: «Cerrado hasta las 15:30 h». Son las tres y veintinueve.

La entrada del edificio, majestuosa y fría, huele como a mármol helado e inspira respeto. Es como si fuera a aparecer una alteza en el exilio o un papa retirado. La gente debe creerse obligada a hablar en voz baja.

Hortense llama a la puerta. Dos golpecitos secos.

Henriette le abre, rígida, ceñuda; acaba de comer y se tapa la boca llena con la mano, lista para echar al inoportuno que ha tenido el atrevimiento de privarla de su último bocado.

Cuando ve a su nieta, su cara se ilumina, se olvida de que tiene espinacas en los dientes.

—¡Has venido a visitarme! ¡Bendito sea este día! Enséñame lo guapa que estás.

Cruza las manos sobre el pecho, con los ojos cerrados, en pleno éxtasis.

—Vamos, Henriette, cálmate. Me horroriza tanta efusión.

—Hace mucho tiempo. ¡Qué tormento esperar a un ser querido! Creía que ya no querías verme. Me preguntaba si te había ofendido. ¿Pero cómo podría, yo, que tanto te quiero?

—Cálmate. Es repugnante.

Henriette no oye nada. Henriette tiene la sonrisa imbécil de la pastora a la que habla la Virgen. Un hilillo de baba le resbala por la barbilla.

—¡Qué guapa eres! ¡Y ese chándal! Una maravilla. ¿Es un modelo tuyo?

—No es un «chándal», Henriette. Es un pulóver. Simplemente. Un modelo bastante amplio, en efecto, pero sigue siendo un pulóver. Y sí, lo he diseñado yo.

—Perdona, gatita mía...

—Tampoco se dice ya «gatita mía». Dime, ¿cuánto hace que no pronuncias una palabra tierna? Has perdido el vocabulario.

—¿Sabes?, apenas tengo ocasión de tener emociones. Aparte de mis perritos de peluche, que ladran y saltan... —Henriette es de esa gente que confunde sensibilidad y sensiblería. Se emociona con los peluches mecánicos, pero manda a paseo a la madre llorosa cuyo hijo agoniza y que espera en el vestíbulo al médico al que han llamado urgentemente. «¡Tantos melindres por unas anginas!»—. El ser humano es muy decepcionante, créeme. Veo cosas, y nada bonitas. —Hace supurar una lágrima de su tapón de cera, pone una mano en la de su nieta y con un sollozo fingido dice—: ¿Por qué no vienes a verme más a menudo?

—Trabajo. No tengo tiempo que perder. Y luego que tú quitas las ganas. Tienes espinacas en los dientes.

Henriette no piensa en defenderse. Sonríe, perdida en la contemplación de su nieta. Levanta los labios y se limpia los dientes. Se excusa. Luego, ante la cara exasperada de Hortense, recoge un mechón que se le ha escapado del moño y pregunta:

—¿Qué buen viento te trae, cariño? Supongo que no has venido por mis ojos bonitos, ¿no?

Hortense respira, aliviada.

—Te prefiero cuando estás lúcida. Podremos hablar.

Hortense le cuenta las palabras que oyó Zoé.

—¿A quién se refería? ¿Hablabas de mí?

—¡Qué va, en absoluto! Te equivocas, gatita. —Henriette se levanta, abre la puerta, descuelga el rótulo, retrasa la hora de su vuelta y vuelve a sentarse frente a Hortense—. Así estaremos tranquilas. Esperarán. ¡Los detesto! Si no estuviera obligada a ganarme la vida, te aseguro...

—Me da igual. Volvamos a lo que me interesa.

Henriette suspira. Le hubiera gustado un poco de compasión.

—No sé gran cosa. Esa señora tan mayor y con un acento extranjero tan fuerte me pidió que vigilara a una mujer que vive en una buhardilla en el sexto piso. Sin ascensor. Con los lavabos comunes. ¡La miseria, vaya!

—¿A ella es a la que llama «chica»?

—Tiene veinte años menos. ¡Así que imagina!

—¿Cómo se llama?

—Nicole Sergent. Una mujer muy guapa. Estará en los setenta. Alta, pelo

corto, mechas rubias, siempre muy bien arreglada. Ágil de piernas. Subir seis pisos varias veces al día te conserva. No debe de tener mucho dinero.

—¿Y por qué la vieja quiere que la espíes?

—No lo he entendido todo, pero..., en otra época, esta Nicole Sergent fue una rival, en el amor y en los negocios. Le quitó a su hombre y le hizo una jugarreta.

—¿Conoces el nombre de la mujer que vino a verte?

—Me dejó un número de teléfono y...

—¡Enséñamelo! —ordena Hortense. —Henriette va hacia un aparador imponente, abre un cajón y tiende a Hortense un trozo de papel—. Sí, es este —murmura Hortense mientras lee—. Es Elena Karkhova. Me financia. ¡Qué locura!

—Quiere saberlo todo de esa mujer. ¿Quién viene a verla? ¿A qué hora sale? ¿A qué hora vuelve? ¿Y su correo? Encontró su dirección por la Cámara Sindical de Alta Costura.

—¡Y esta rival vive en tu edificio!

—La veo muy poco. Dejo el correo de las buhardillas en un buzón al pie de la escalera de servicio. Nunca subo allá arriba. ¡Demasiado esfuerzo!

—Nicole Sergent —reflexiona Hortense—. Elena nunca me ha hablado de ella. Nicole Sergent... Tendré que buscarla en Google. Quizá ha trabajado en la costura.

—O no. Podría intentar averiguarlo.

—¿Ya le has hecho un informe?

—Todavía no. La Sergent no sale mucho de casa. Pinta acuarelas. ¡Solo debe de pintar tejados y chimeneas! —Henriette se encoge de hombros, desdeñosa—. Asomé la cabeza por su habitación un día que se dejó la puerta entreabierta. Estaba llena de cuadros. No podía moverse. No sé por qué trastorna a la condesa de esa manera.

—Una manía de vieja. A los viejos se les va la cabeza, tienen miedo de todo.

—¡Muchas gracias!

—Tú no eres vieja, eres mala, y la mala hierba nunca muere. —Henriette se ensombrece y masculla algo inaudible—. ¿Te gustaría que dijéramos que eres amable?

Henriette menea la cabeza.

—¡Ah, eso no!

—¡Entonces deja de poner morros como una cría!

Henriette sonríe al oír la palabra *cría*.

—Tienes razón. Quiero que se me respete y para hacerte respetar tienen que tenerte miedo.

—Pues Elena tiene miedo de esta Nicole Sergent... Vas a vigilarla y a contarme lo que encuentres.

—Hay un hombre que viene a verla de vez en cuando. Lo veo en el patio. Un tipo duro, tieso, bien vestido. Pasa por la escalera de servicio.

—Quizá un antiguo amante. Entérate, hazte amiga suya. Debe de sentirse sola.

—Como todas las personas mayores —suspira Henriette mientras presiona su depósito de lágrimas.

— Ah, no!  No vas a ponerte a llorar! No vendrá más a verte.

—Amenazas, enseguida amenazas.

— No te gustan los lloricas, así que no lloriques! Esp a. Es mucho más divertido y me servirá de ayuda.

Un destello vuelve a brillar en los ojos de Henriette.

— Me invitar s al desfile?

—Te prevengo, estar  mamá. En primera fila. Te pondr  al final del todo.

— No demasiado lejos, a pesar de todo!

—Eso dependerá de la información que me traigas.

— A quién aviso primero?  A la condesa o a ti?

—Primero a mí.  Sabes abrir cartas? —Henriette se encoge de hombros con cara de decir: « Me tomas por una panoli?»—. Abrir s su correo; si hay cosas interesantes, las fotografías y me las envías.  Tienes móvil?

—Por supuesto. Proporcionado por la comunidad.

— Sabes usarlo?

Henriette vuelve a encogerse de hombros y levanta la vista al cielo.

—Soy una auténtica *geek*.

—Entonces haces las fotos y me las envías.

Henriette tiembla. Est  segura de volver a ver a Hortense, segura de asistir a su desfile.

— Ganas dinero? —pregunta,  vida.

— Un montón! Con mi blog.

— Y ahorras?

—A la fuerza. No tengo tiempo de gastarlo.

— Inviertes tu dinero?

—No lo invierto, lo amonto.

—¿Quieres que me ocupe?

—No, desde luego.

—Te equivocas. Soy muy buena haciendo fructificar el dinero. Entre él y yo hay algo sentimental. Lo quiero, me quiere, nos hacemos bien mutuamente.

Hortense mira la hora y se levanta sacudiéndose el pelo. Se oye el tintineo de sus brazaletes.

—Me voy, tengo trabajo.

—¿Ya? Tenía unos profiteroles, hubiéramos podido tomar el té.

—Odio los profiteroles. Es azúcar y el azúcar es veneno. La próxima vez cómprame salmón salvaje en lonchas bien gruesas...

—¿Gruesas?

Henriette aprieta los labios, desanimada.

—Es caro —dice Hortense—. Pero cuando uno quiere, no hay límites.

Suena su teléfono. El Hombre. Así lo llama. Se vuelve. Habla con voz insegura.

—¿Está libre? —pregunta.

—Tengo una hora.

—¿Dónde está?

—Cerca del parque Monceau.

—¿Le va bien el Royal Monceau?

Hortense sonríe. Después de los hoteles baratos, un palacio. ¿Ha firmado un gran contrato de armas? Tiene cara de rufián que cruza las líneas y vende granadas a los rebeldes. Se resiste a hacerle la pregunta. Eso sería establecer un vínculo entre ellos. Y se niega.

Henriette ve la inquietud en la cara de Hortense.

—Le envió un SMS con el número de habitación.

Hortense cuelga y ve la mirada rapaz de su abuela.

—¿Un amante o un enamorado? —susurra Henriette.

—Un comprador de unos grandes almacenes.

—Espero que te muestres dura, intratable.

—Peor que eso.

—Está bien. Es todo lo que se merecen... —y añade, con amargura—: los hombres.

\*

Una habitación en el Royal Monceau.

La tratará como a una reina, a esta parisina. Edmond le da un sobre abultado que llama púdicamente «gastos generosos», para invitar a los clientes y ahogarlos en lujos. A veces tiene que sujetarles la pluma para que rubriquen en el sitio correcto, al pie de la página, a la derecha.

La Parisina le recuerda a las chicas de Aramil. A aquellas que se iban a follar con los soldados de la guarnición y volvían con las bocas ebrias de risas y de rublos.

No tenían vergüenza. Reían a la luz amarilla y negra de la noche. Cogidas del brazo para no tropezar.

Tiene la misma rudeza, la misma franqueza, la misma manera de disfrutar de la vida. Enseñando los dientes. Él vuelve a cerrar los brazos en torno a ella, aspira su pelo, lame su boca y la textura de su piel y oye la risa de las chicas de Aramil que caminan por la carretera. Titubea en las calles grises, huele el olor de los perros vagabundos, oye los berridos de los tipos embrutecidos por el alcohol, desplomados sobre neumáticos viejos, los que gritaban al recoger sus rebaños por miedo a que se los robaran. Todo eso está en el cabello perfumado de la Parisina.

\*

Suzón ha explicado que va a dar de comer a los animales; lanza una ojeada al horno.

—Tengo el pernil de cerdo cociendo, no lo olvides, ¿eh? Si no, no tendréis nada para cenar esta noche.

—Sí, sí —ha murmurado él.

—¿Y le has dicho a tu madre lo de la acacia que ha roto la cerca?

—Sí, sí.

—¿Y qué ha dicho?

—No me acuerdo.

Ha abierto el libro que le ha traído su madre de la biblioteca. *El guardián entre el centeno*<sup>2</sup>, de J. D. Salinger.

Apenas ha apoyado los codos a cada lado del libro y ha puesto la mirada en la primera página cuando ha recibido una sacudida eléctrica.

Si de verdad les interesa lo que voy a contarles, lo primero que querrán saber es dónde nací, cómo fue todo ese rollo de mi infancia, qué

hacían mis padres antes de tenerme a mí, y demás puñetas estilo David Copperfield, pero no tengo ganas de contarles nada de eso. Además, no crean que voy a contarles mi autobiografía con pelos y señales. Solo voy a hablarles de una cosa de locos que me pasó durante las Navidades pasadas, antes de que me quedara tan débil que tuvieran que mandarme aquí a reponerme un poco.

¿Eso es un libro?

Le da la vuelta. Lee el nombre del editor y del traductor. Mira la fecha de publicación. 1951. En la Edad Media, vaya. Un libro que habla como él o casi. No como la *Iliada* y la *Odisea*, *El principito*, los que le imponen en la escuela. A veces, algo bello se eleva, pero no es certero como esto.

Se apoya en los codos y aspira las palabras.

A mí los que me gustan son esos sitios donde se ven unas cuantas chavalas aunque solo estén rascándose un brazo, o sonándose la nariz o riéndose, o haciendo lo que les dé la gana.

El bueno de Ulises con su Penélope tejedora puede ir a volver a vestirse. Homero huele a naftalina y mantelito bordado cuando habla de las chicas. Nunca levanta la ropa para mirar.

Las palabras restallan bajo sus ojos. Ríe y se dice: «El bueno de Holden Caulfield es mi colega. Quizá me dé consejos sobre lo de Dakota. Besarla con lengua. La lengua húmeda en la boca húmeda. Y los ejércitos de escalofríos que suben por la espina dorsal. Se muere de ganas por avanzar en el libro para ver si se habla de sexo y todo eso. Pasa las páginas buscando las palabras *sexo*, *lengua* y *beso* y en un momento dado encuentra este fragmento:

Nunca puedo excitarme de verdad, vamos, del todo, con una chica que no acaba de gustarme. Tiene que gustarme muchísimo. Si no, no hay manera.

Es lo que le pasa con Dakota. Le gusta muchísimo. Primero, porque no se parece a nadie, muy bonita y luego fea de verdad, apagada, encendida,

apagada, encendida. No tiene miedo a nada, escribe que es una locura, ha vivido en Nueva York, sabe poner los ojos en blanco, le falta una mano, habla inglés y su nombre parece una película 3-D con cíclopes y hadas Campanilla. No es solo una chica con la que se junta la lengua.

Está de acuerdo con Holden Caulfield.

No tendrá tiempo de leerlo todo esta noche; cogerá el libro y lo esconderá bajo el colchón.

Tiene un compañero nuevo. Con el que le habla en la cabeza ya son dos. Dos colegas excelentes con los que podrá compartir sus cosas. Ya no le darán esos enormes berrinches. Le pasa cuando tiene la impresión de que no lo entienden. Da puñetazos, puntapiés, detesta al mundo entero. Su madre le dice: «Tom, no seas arrogante». No es arrogante. Está enfadado. Las personas mayores a veces no entienden nada. Sin embargo, antes de convertirse en esas máquinas enormes siempre apresuradas, fueron jóvenes un día.

No devolverá nunca este libro. Dirá que lo ha perdido. Y por la noche se hará bocadillos de palabras.

Suzon entra cojeando con una col verde y enorme en su mano deformada como la del Capitán Garfio y lanza un grito que arranca a Tom de la lectura. Un humo negro se escapa del horno. Un olor a quemado que pica en la garganta. Suzon deja caer la col, que rueda por el suelo, coge un paño y abre el horno. Tose, se atraganta, saca el cerdo calcinado, arrugado como una pasa, y lo arroja sobre la mesa. La bandeja, que está quemando, choca con el libro de Tom.

—¡Cuidado! ¡Vas a quemar el libro!

—No hay nada para comer —gime, con el paño en la nariz.

—Bueno..., nos comeremos la col.

—¡Qué fácil es para ti, muchacho, qué fácil! Vas a limpiarme todo esto. El horno y el plato. No se te puede dejar solo sin que hagas una tontería.

Se da golpes en el pecho para escupir y lo amenaza con mandarlo a su habitación sin cenar. A él le da igual. Tiene su libro. Y un paquete de Petit Écolier escondido en el cajón de los calcetines.

Y, además, la hora de cenar ya no significa nada. Su padre llega tarde, su madre le lanza miradas furiosas. Comen en silencio mientras siguen el vuelo de las moscas bajo la pantalla.

\*

El tren se acerca a Sens. Adrian borra el vaho de la ventana con el dorso de la mano. Le gustaría poder escribir en el vidrio. Para hacer balance. Está en un giro decisivo de su vida. No es la primera vez. Tiene que hacerse las preguntas correctas. Una vez que se encuentra la pregunta correcta, la respuesta llega fácilmente y se puede tomar el buen camino.

Cuando dejó Aramil, la pregunta correcta fue si tenía un porvenir en Aramil.

Tenía veinte años. Hacía quince años de aquello. Un resplandor se abrió paso en su mente: «¡Deja este país! No hay nada bueno aquí para ti. Vete al oeste».

Recogió sus bártulos y se marchó.

Hoy le toca pensar. Adoptar una estrategia. Poner orden, sopesar los pros y los contras, calcular, anticipar, decidir. Actuar.

**Borzinski.** Ir en serio/recluir. No hay nada firmado.

**Edmond Courtois.** Prevenirlo/no prevenirlo. Asociarlo/no asociarlo.

**Mi préstamo dudoso en el banco.** Reconocerlo/no decir nada.

**Houcine, Boubou y Maurice.** Meterlos en el negocio/no meterlos.

**La trituradora en la granja.** Arrancar solo/arrancar con Borzinski.  
¿Comprar una tercera mientras pago la otra?

**Stella.** Hablarle de esto/mantenerla al margen de todo.

**La chica con la sonrisa que declara la guerra.** ¿Cómo acabará la aventura?

Esta no es la pregunta correcta.

Se para. Piensa. ¿Nada más?

Atento, tío, atento. Te olvidas de algo. Algo importante. Piensa bien. No es algo extraño, es algo cercano. Parece amistoso, y, sin embargo..., no es del todo amistoso, es hasta peligroso.

Te puede romper la cara si no lo identificas.

Las sacudidas del vagón contribuyen a la progresión de sus pensamientos. La cabeza se le vacía, respira, se concentra en la amplitud de su aliento, lo bloquea, cuenta hasta seis, espira. Vuelve a empezar. Se tranquiliza. Sus

pensamientos se hacen más fluidos, precisos. Se organizan. Una frase surge de ninguna parte: «Es listo».

¿Quién? «Planea su camino. Quiere perjudicarte.»

Apoya la barbilla en los puños cerrados, retiene el aliento, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, suelta el aire. Vuelve a empezar. Las narinas se le abren y se le cierran. Los pulmones se le llenan, le dan una sensación de omnipotencia. Saborea esa plenitud, la disfruta, solo los débiles tienen miedo. Si alguien quiere mi pellejo, que venga a buscarlo. Como en los tiempos en los que tenía que pelear, que pensar más rápido que el otro. El cuerpo se para en una última espiración: «Está celoso. Quiere tu pellejo».

Se sabe que se ha alcanzado el éxito cuando la gente empieza a odiarte. ¿Qué le ha hecho a ese miserable merodeador? ¿Por qué lo odia?

Hurga cuidadosamente en sus recuerdos. Hace que surjan los nombres. ¿Borzinski? ¿Milan? ¿Boubou? ¿Houcine o Maurice? ¿Qué interés tendrían? Repite cada nombre lentamente. No siente nada especial. ¿Quién lo ha molestado recientemente? ¿Incluso amenazado? Una imagen tiembla en su memoria y luego desaparece. Imposible atraparla.

En estas situaciones, deja de pensar. Elige un detalle sin importancia, la arista de un cristal, el color de un bolso, la forma de un lazo, y le consagra toda su atención. Y es como si su cabeza, ofendida por haber quedado fuera de juego, se desviviera por encontrar la respuesta. Y siempre funciona. Como con las chicas. Las ignoras y vienen a tu encuentro.

Excepto la chica del hotel.

Ella no llama nunca. Siempre es él quien lo propone. No sabe nada de ella. Ni su edad, ni su nombre ni su trabajo. El tiempo se deforma cuando están en la cama. Atraviesa el decorado, pasa a otra dimensión.

Mira a dos mujeres que hojean una revista de cocina.

—¿Qué le vas a hacer esta noche a Jacques?

—Fideos y jamón. Y nada más. Estoy agotada.

—¡Te va a poner mala cara!

—¿Viste cómo engulló las vieiras a la crema cuando vinisteis a cenar con Gilles?

—Apenas nos dejó dos o tres. ¡Solo piensa en sí mismo!

—Y en la cama es igual. ¡Ya te digo!

¿Nata fresca con vieiras?

Las prefieren salteadas con ajo, perejil, casi crudas, cálidas, fundentes. La vieira se endurece enseguida si se cuece demasiado tiempo. Un olor a vieiras, endivias a la brasa, una pizca de suflé de chocolate, ¿vendrá del Picard, el suflé? Una conversación embrollada, algo de un coche contra un árbol...

Jérôme.

Desde que está con Julie, se infla. Se parece a un sapo. Se infla de veneno. Su historia del eje limado y del tipo molesto empotrado contra un árbol podría ser verdad. No fue una casualidad que lo mencionara la otra noche. ¿Qué sabe exactamente? ¿Esta celoso o tiene munición contra él?

Y Adrian lo añade a su lista: Jérôme.

Lo que lo lleva a su primera pregunta: ¿hablar o no hablar con Edmond del préstamo del banco y de Borzinski?

\*

Al pie de la trituradora, con las gafas subidas en el casco, Boubou observa a Houcine a lo lejos.

Houcine ha encendido el transistor que escucha cuando busca entre la chatarra baterías viejas. No hay que dejar las baterías enterradas en la chatarra, el ácido se derrama y contamina. Boubou conoce a Houcine, sabe que el transistor está allí para impedirle pensar.

Ayer, al acercarse, Houcine se puso a canturrear la canción que ponían en la emisora. La última canción de Renaud que, en resumidas cuentas, decía: «No me jodas, sigo en pie, panda de cabrones». Una manera de decirle: «Muévete, amigo, déjame en paz, no tenemos nada que decirnos».

Boubou no insistió. Se fue a la ducha.

Houcine está ofendido porque Maurice y Boubou no le dijeron nada sobre Adrian. Porque no lo llevan con ellos cuando espían a Adrian. A Boubou le gustaría explicarle que no están seguros de lo que ven. Por eso no hablan. Tendrían la impresión de delatar a Adrian.

Si sueltan prenda, la noticia se extenderá y llegará hasta los oídos de Edmond Courtois. O de Jérôme. Eso no sería bueno para Adrian.

No guardan el secreto deliberadamente. Tienen miedo de las consecuencias. A veces los pequeños detalles provocan grandes catástrofes.

Un secreto se guarda entre dos. Entre tres ya no es un secreto.

Es una conferencia de prensa.

\*

Edmond Courtois, de espaldas, es un hombre impresionante. Una masa pesada de boxeador en reposo. Incluso se podría decir de él que es un hombre poderoso, pero para eso es necesario que no se dé la vuelta.

Porque Edmond Courtois tiene la mirada tan triste que su fuerza desaparece. Se lo teme de espaldas, se lo derrota de cara.

No es más que un señor mayor y ajado. Un señor de sesenta y dos años que intenta resistir al tiempo y deambula, con los brazos caídos, mientras espera.

¿A qué? No lo sabe.

Está fastidiado. Ya no tiene mordiente. Está a merced del primer idiota que quiera retorcerle el brazo.

Haría falta que encontrara las palabras para recuperarse. Pero las palabras las tenemos a mano cuando todo va bien y la cabeza funciona con claridad. Pero él solo tiene reglas de gramática en su cabeza que no entiende muy bien. El mundo se ha convertido en algo demasiado complicado para él.

Ya no tiene ganas. Ni deseo. Se le habla y no oye. O una palabra de cada dos. Se conforma con hacer muecas como el payaso del final de aquella película que le hace llorar, el payaso sobre cuya cabeza se cascan unos huevos y que grita «quiquiriquí» con una voz desgarrada por los sollozos. *El ángel azul*, esa es la película. Pues bien, él es el viejo profesor Rath sobre cuya cabeza se baten tortillas.

Lo peor es que le da igual.

Pasa cada vez más tiempo en su despacho reparando relojes de pulsera y de pared. Se encierra después de cenar cuando su mujer sube a su habitación. Y cuando el sueño lo vence, se tambalea hasta el sofá de terciopelo azul marino, se acurruca y se duerme.

Sucedió una noche...

Solange leía una revista, ovillada en un sillón del salón. Julie debía de tener tres años. Estaba acostada. La mesa recogida, el lavavajillas cargado, los manteles individuales guardados; habían pasado al salón y cada uno se había zambullido en un libro o una revista.

Solange Courtois ya era una mujer seca de larga nariz, un rictus de amargura en la boca, los codos pegados al cuerpo como las alas de un pollo y un gesto de perpetua reprobación. Todo en su persona expresaba el

descontento y la frustración y su rostro solo se iluminaba cuando tenía la certeza de haberse anotado un tanto contra alguien. Podría tratarse de su hija, de su marido, de la mujer de la limpieza, de un comerciante o del periodista que presentaba el telediario, cuyos errores gramaticales señalaba apuntándolo con el dedo. Solo tenía respeto por la gente importante. ¿Qué criterios había que cumplir para pertenecer a ese grupo superior? Nadie lo sabía, ni siquiera ella. Cuando Edmond le preguntaba, ella se encogía de hombros y murmuraba: «No le llegas ni a la suela de los zapatos...».

Cada vez que la miraba, tenía que hacer un esfuerzo para recordar por qué se había casado con ella. Se acordaba de un encuentro en un tren, de su gesto al acomodarle la maleta en la red portaequipajes. Gesto al que ella respondió con una sonrisa, que él le devolvió, añadiendo una frase que trajo otra sonrisa y... tres meses después ya estaban casados.

Fue justo después de que Ray le ordenara que le hiciera un niño a Léonie, amenazándolo con molerlo a palos si no lo obedecía<sup>3</sup>.

—Estoy harto de que toda la ciudad me crea estéril —se había quejado Ray después de haber llamado a la puerta de Edmond—. Puede que lo sea, pero me da igual. ¡Hazle un crío y no se hable más! Si no, van a estar jodiéndome hasta el día del juicio final. ¿Sabes cómo me llaman en Saint-Chaland? ¡Huevoseco! Va, tú eres mi colega, hazle un crío.

El honor de Ray sufría. Edmond tenía que repararlo.

Ray llevó a Léonie en brazos, le ordenó que se la follara y encendió la tele del salón mientras Léonie y él, sentados en la cama en la habitación, con los brazos cruzados sobre su desnudez, se miraban los pies sin hablarse ni tocarse.

No reparó nada, paralizado por su amor por Léonie. La vio volver a irse en brazos de Ray y se dijo que la devolvía a los brazos de su verdugo.

Cayó en una desesperación profunda. Solange fue el primer salvavidas al que se agarró.

Aquella noche, pues, debía de ser en 1984. Solange leía un artículo en una revista femenina. «¿El sexo es soluble en el alcohol o hay que estar borracho para alcanzar el disfrute?» Edmond había descifrado el título por encima de su

hombro al servirse un güisqui. Luego fue a sentarse en su sillón de cuero leonado y abrió *Le Figaro*. Lo hojeaba mientras observaba a aquella extranjera en que se había convertido su mujer y que no acababa de ser una extranjera.

Apoyada en el brazo del sillón, leía algunas líneas, frotaba una mancha imaginaria en su falda, volvía a la revista, se metía un dedo en la boca para extraer un trozo de alimento que chupaba, hacía una mueca, volvía a la revista, metía la tripa para disimular un eructo, comprobaba el estado de sus lúnulas y retomaba la lectura esbozando un bostezo.

—No parece muy apasionante eso que lees —dijo Edmond con una sonrisa.

Era la época en la que todavía se esforzaba. Le regalaba flores, una pulsera, un bolso de La Bagagerie que le traía de París... Quería que lo suyo funcionara. ¿Porque se habían casado? ¿Porque tenían una hija? ¿Porque tenían que estar juntos toda la vida? ¿O porque quería olvidar a Léonie? Olvidar a Léonie. Olvidar a Léonie.

—Ah, pues, ¿sabes...? Es un artículo sobre el orgasmo. No tiene nada de interesante.

—Sin embargo, en las publicaciones que tú lees se habla mucho de ello...

Debió de parecerle que el comentario era despreciativo, y, en efecto, podía parecerlo. Se volvió hacia él, fulminándolo con la mirada.

—Bueno..., pues a ti te vendría bien leerlos. Al menos sabrías cómo hacerlo.

Se quedó de una pieza. Hundió la nariz en el vaso de güisqui. Ella dejó pasar unos minutos, con la revista enrollada entre las manos, como si le diera una oportunidad de reiniciar el diálogo, y, al constatar que permanecía mudo, se levantó.

—Subo a acostarme.

—Buenas noches. Me quedo un poco más abajo.

Hojeó el periódico, pero no llegó a leerlo.

Así que era nulo en la cama.

Nulo en la cama. Nulo en la cama. *Nuloncama*.

Se obligaba a descifrar los títulos de los artículos: «*L'Heure de vérité* presenta a Jean-Marie Le Pen en Antenne 2», «Los décimo cuartos juegos olímpicos de invierno de Sarajevo, Yugoslavia», «Chernenko sucede a Andropov en la URSS», «El proyecto de la pirámide del Louvre elegido por François Mitterrand», «Atentados en el País Vasco»...

Ya no sabía dónde estaba el País Vasco, ni Yugoslavia ni quiénes eran

Mitterrand o Jean-Marie Le Pen.

Pero había comprendido que era *nulon cama*.

A partir de aquella noche, adquirió la costumbre de quedarse solo por la noche con sus relojes de pulsera y de pared. Pronto dejó de merecerle la pena pasar por el salón después de cenar o ir a la habitación de matrimonio, y dormía en el pequeño sofá de terciopelo azul marino.

Una noche, encerrado en su despacho frente a docenas de resortes, pinzas, cepillos, limas, destornilladores y engrasadores, un nombre vino a acompañar sus gestos precisos.

Léonie, Léonie, Léonie.

Cerró los ojos y apoyó la barbilla en el pecho. Léonie, Léonie. Y oía un eco: «Qué pena, qué pena».

Aquella noche tuvo la idea de crearse otra vida. Con Léonie. Una vida inventada, pero que viviría de verdad.

No era tan difícil.

Bastaba con creer. Es importante creer en alguien o algo; si no, la vida no es soportable.

Divaga como un reloj sin agujas.

Y después, hace alrededor de tres meses, Christian Pluet, el de la caja de ahorros, lo llamó para hablarle de la petición de un préstamo de cien mil euros cursada en su nombre. «O, para ser precisos, la petición formulada por Adrian Kosulino, quien asegura actuar en su nombre, señor Courtois, lo que nos extrañó; sé que usted confía en él, pero de ahí a...»

Durante unos segundos, Edmond Courtois quedó silencioso. Pluet le preguntó si seguía al otro extremo del hilo; Edmond pretextó otra llamada: «Lo llamo más tarde, señor Pluet, ya lo llamo yo».

Cuando no encuentra las palabras, las repite para estar seguro de entenderlas.

Se quedó sentado en su mesa, con la mirada perdida. Metía los dedos en el platillo con clips frente a él, cogía algunos, subía la mano, los soltaba, recogía

los que caían a los lados, volvía a ponerlos en el platillo. Volvía a empezar. Eso producía un ligero ruido de chatarra feliz. Un ruido que mecía sus ideas. «Adrian me ha traicionado. Adrian me deja. Adrian ha actuado a mis espaldas. Ahora estoy realmente solo.»

Los clips caían como una fina lluvia. Cogía el que escapaba del platillo. El que se apartaba del camino correcto. Lo aislaba. Lo machacaba. Lo torcía. Hacía que se comportara correctamente.

Volvía a la traición de Adrian.

Hasta la llamada del banquero, había tenido la impresión de que Adrian y él hacían un buen equipo.

Cuando llegó a la Ferraille, lo recibió con los brazos abiertos. Le gustaba su expresión obstinada, su puño de mano firme, su resistencia en el trabajo. Comenzaba hacia las seis y media de la mañana, dormía en el trabajo y, por la noche, comía una lata de conservas, una rebanada de pan, se daba una ducha, se echaba en un catre en un rincón de la nave, enrollaba un jersey bajo la nuca y leía una vieja gramática. Edmond lo oía repetir: «¿Me permite, señor?», «Querría ir a la estación y comprar un billete», «¿A qué hora pasa el próximo tren?».

Adrian se liaría con Julie. Tendrían un hijo. Un chico, por supuesto. Se harían cargo del negocio. Y el pequeño sería su heredero. Él, Edmond, en la cabecera de la mesa, cortaría el asado del domingo y repartiría las patatas salteadas. Cortaría generosas tajadas para demostrar la prosperidad de la Ferraille. Y el crío lo llamaría abuelo.

Pero la que le gustó a Adrian fue Stella.

Edmond no era la persona más indicada para entender las historias de amor. Su vida sentimental solo contaba con fracasos y humillaciones. Se consolaba diciéndose que, si no tenía el físico para deslumbrar a las mujeres, había tenido la fuerza para construirse un reino. No era el número uno en el sector de la chatarra, pero tenía de todos modos una buena posición.

Se las había apañado para que Adrian obtuviera su documentación. Le había enseñado el oficio. Adrian iba a París a firmar los contratos. Almorzaba en los mejores restaurantes parisinos. Iba a los clubes nocturnos para «colmar de atenciones al cliente». Adrian hablaba de una exposición de Bonnard o de Warhol. Pelaba langostas. Parecía estar cómodo en cualquier situación.

Edmond lo acompañaba hasta el andén. Le decía adiós con la mano. Se

firmaban los contratos y se ingresaba el dinero.

Ya que Adrian no iba a casarse con Julie, sería su socio. Para hacer funcionar el negocio había trabajo más que suficiente para dos.

Y más tarde Jérôme entró en la vida de Julie. Tan rígido como un bumerán, el tío. No tenía nada en los bolsillos, solo sueños vacíos, hinchados por la importancia que él se daba. Y, cuando te estrechaba la mano, sus dedos no hacían presión alguna.

Una hora más tarde, Edmond Courtois devolvía la llamada a Pluet, el de la caja de ahorros.

—Concédale el préstamo de cien mil euros.

—Pero, señor Courtois...

—¿Le ha dicho para qué era?

—Para comprar una trituradora de segunda mano. Una trituradora para plástico. Según él, usted está al corriente, estaría usted intentando lanzar esta nueva acti...

—Quiere montar su propio negocio.

—Pienso como usted.

—Plástico... —murmuró Edmond—. ¡Plástico! ¡A mis espaldas! Sin mí.

¿Por qué no le había dicho nada Adrian? ¿Pensaba que era demasiado viejo? ¿Quería asociarse con otro? ¿Ya se había puesto en contacto con gente como Veolia?

—Me ha dicho que usted estaba de acuerdo, que quería montar este negocio con la mayor discreción para diversificarse...

—Diversificarme...

—Que haría de fachada, de testaferro, si lo prefiere.

—¿Qué cosa más extraña!

—Es lo que me he dicho, señor Courtois. Por eso lo he llamado.

—Concédale el préstamo. Tiene mi aval.

—Pero...

—El plástico es el futuro. Ha pensado más rápido que yo, eso es todo. Seamos justos con él. Y además, que sobre el papel, la trituradora me pertenece... La he pagado.

—Solo que el contrato de compra ha debido de firmarlo con su nombre.

—¿Pero yo lo he financiado! —Edmond dio un puñetazo en la mesa—. Una

última cosa, no le diga que me lo ha dicho. Quiero saber hasta dónde es capaz de llegar.

—¿En la traición?

—O en la invención de una enorme patraña. Porque un día va a tener que explicarse. Quiero que me hable a la cara, se vea obligado o no. Quiero tenerlo bajo control.

Le había vuelto el apetito. De nuevo tenía ganas de pelear.

\*

Junior abre el paquete que ha llevado DHL esa misma mañana. Desata lazos y cuerdas. Febril por descubrir su contenido.

Un anorak Goose. Como su amigo Tom. Solo que él lo ha elegido con capucha. Le da miedo el frío.

Vio el anorak al conectarse con su nuevo amigo en Nochebuena. Tom lanzaba gritos de alegría, se lo ponía, besaba a su padre, besaba a su madre, a la abuela y a los dos viejecitos. No lo quería dejar. A duras penas consintió en quitárselo para ducharse. Junior enseguida encargó el suyo en internet.

Y esta mañana se lo han entregado.

Lo despliega, lo extiende en su mesa, lo palpa, lo examina. Lo ha elegido negro, con el corte recto, la capucha forrada con pelo de coyote, dos bolsillos superiores calentamanos forrados con muletón, dos bolsillos inferiores con solapa. Fabricado en Canadá. Comprado a mitad de precio gracias a las rebajas de enero. Un buen negocio.

Se lo pone. Se siente importante. Encuentra un bolsillo en la manga. Otro interior. ¡Qué refinamiento! Se planta delante del espejo colgado en la puerta. Levanta el hombro izquierdo, luego el derecho. Coge un tubo de goma. Se peina, se vuelve a peinar. Echa una ojeada al espejo. Saluda con un gesto viril que le encanta.

Josiane entra en el despacho y deja en la mesa un bol de cereales, un chocolate caliente, unas rebanadas de pan integral y un huevo pasado por agua. Ve a su hijo y lanza un largo silbido de admiración.

—¡Mira qué hombre más chic! Hasta un marqués se moriría de envidia.

—¡Oh, madre! ¡No eres más que una vil adúladora! —se ruborizó Junior, nada descontento con lo que veía en el espejo. Se mira de nuevo y luego, volviéndose, pregunta—: ¿No te parece que estoy cambiando? Tengo la cara más llena, el cuello más largo, los labios más redondeados, el pelo vuelve a

salirme, la frente se abomba y el torso se desarrolla.

—Es verdad —reconoce Josiane mientras pone la bandeja frente a su hijo—. Te he hecho un huevo pasado por agua. El tiempo de cocción se ha alargado. Antes eran suficientes tres minutos y ahora hacen falta cuatro. Me deja perpleja.

—Tengo un amigo nuevo, ¿sabes? Se llama Tom. Vive cerca de Sens. Le han regalado el mismo anorak por Navidad.

—¿Lo conociste por correspondencia?

—Se puede decir así.

—Quiero decir, en una página web... Al parecer es así como hoy se hacen los amigos.

Josiane intenta mantenerse al corriente. Desde que dejó el puesto de secretaria particular de Marcel Grobz para convertirse en su mujer y la madre de sus hijos, se consagra a sus dos hombres y el resto del mundo le es indiferente.

—Tom me enseña cómo hablan sus amigos, me habla de la vida en la escuela, las faldas de las chicas, las cazadoras de moda...

—¿Qué edad tiene?

—Pronto hará once años. —Josiane carraspea en señal de reprobación—. Un poco joven, ¿no?, para pensar en las chicas.

«Tom está enamorado de una tal Dakota que lo vuelve loco, pero eso, querida mamá pensativa en tu silla, no te lo diré. No te incumbe. Tengo que ayudar a Tom a volver a conquistar a Dakota, a preparar una estrategia incluso aunque, en lo que se refiere a los sentimientos, todavía no esté completamente listo. Es una materia nueva para mí. He sabido seducir a la vecina del cuarto, pero no estoy seguro de subyugar a una mujer de la que estuviera enamorado. Es mucho más complicado. Lo constato con Hortense. Los circuitos se enredan. Se cortocircuitan. Quiero decir una palabra y me sale otra. Me ruborizo, sudo, el corazón se me sale del pecho, me atiborro de aspirinas.»

Después de la visita de Hortense, Junior guardó la impronta de Tom en su repertorio y se prometió hacerse amigo suyo. Había hecho varias incursiones en el mundo de Tom. La primera vez fue para soplarle el poema de Emily Dickinson. El enlace era malo, pero consiguió conectar, y desde entonces se comunican sin que Tom lo sepa. Entra en su cabeza y le habla. Tom todavía no

responde. Normal. No sabe nada de matemáticas cuánticas, de la teoría de cuerdas y del tiempo elástico. No importa. Cuando se conozcan más, podrán conectar sus cerebros y Tom será reprogramado. Mientras tanto, le sirve de mejor amigo.

No hace falta añadir que Popeline está que echa humo de celos.

Se retuerce, emite estridencias, se cose postizos en el pelo, recita diálogos de *La guerra de las galaxias*, se embadurna de lápiz de labios color cereza y aprende a liarse porros.

No se le da muy bien lo de los porros.

«Tengo que encontrar la “pista” de Dakota y conectarme con ella. Le he sugerido a Tom que se acerque a ella en el patio para que yo le robe la impronta y pueda seguirla. Dakota no es como mi Dulcinea, que me ha besado en la boca murmurando que me quiere. Un verdadero juramento de amor que une al gallardo caballero y a su gentil dama. Desde entonces no soy el mismo chico, ¡ja, ja! Estoy prendado, ¡ji, ji! Me ha vuelto loco, ¡jo, jo! Estoy completamente agotado, ¡ju, ju!»

Estalla en carcajadas y aplaude con los pies bajo la mesa.

Es el momento que elige su querida secretaria para hacer su entrada. Mira la hora en la esfera del reloj de pared de Ikea de encima de la puerta: las ocho y media, Popeline es de una puntualidad que se la pondría dura a un suizo.

Ha combinado su pañoleta de cuadros vichí rosas y blancos anudada bajo la barbilla con un capazo del mismo tono y unas gafas con forma de alas de mariposa. Su conjunto exhibe un aire primaveral que sorprende en este período invernal y desentona con las gruesas medias grises que lleva bajo cualquier circunstancia con sus alpargatas naranjas.

—¿Está bien, Popeline?

Endereza el cuello, sopla los mechones de pelo que le caen arracimados entre sus cejas y va a sentarse detrás de su mesa.

—Superbién.

Josiane, sorprendida, gira la cabeza.

—¿Tiene mucho trabajo hoy, Popeline?

—Tranquila. Me mola mogollón.

—Tenemos que cuidarla, querida. No obligarla a la cantidad de trabajo que exige mi hijo. No sabe parar y a veces...

—No te inquietes, me las arreglo.

Josiane abre los ojos como platos. Traga saliva y se levanta.

—Bueno, os dejo con vuestro trabajo. ¡Que tengáis un buen día!

Apenas ha franqueado el umbral cuando oye a Popeline partirse de risa:

—¡Qué plasta, la vieja!

—¿Qué le pasa? —exclama Junior—. ¡Está loca!

Popeline se encoge de hombros, como si dijera: «Y no lo ha visto todo». Saca un lápiz de ojos del estuche y le pregunta a Junior mientras dibuja un largo trazo negro en sus párpados:

—¡Vaya, mola tu anorak! ¿Lo has mangado?

—No.

—Lo capto. Lo sé todo, ya sabe.

Junior hace un movimiento de retroceso que muestra su sorpresa. ¿Qué es lo que sabe exactamente? Popeline asiente con la cabeza. Abre el ordenador, teclea su código, afila un lápiz y coge un cuaderno.

—¿No le harta ya la vieja del cuarto?

—¡Popeline, no debe hacer una montaña de un grano de arena! Es verdad que tengo un amigo nuevo, que es joven y tiene su propio lenguaje, pero lo aprecio mucho, no cambie, no sirve de nada.

—Lo he pillado con la mujer del cuarto, ¿verdad? No sabía que estaba al corriente. Felicidades. Es usted superduro. Bueno, ¿empezamos? Estoy a tope. Va a haber que controlarme, soy capaz de hundirlo todo.

\*

La señora Mondrichon está escribiendo en la pizarra: «Molière, *El médico volante*, escena 4».

Enseguida diez alumnos levantan la mano para leer la escena. Tom duda. Le parece que Molière es difícil de interpretar. Sí, pero si quiere impresionar a Dakota... El anorak Goose no ha tenido el menor efecto en ella. Duda, acaba por levantar la mano, pero Sami ha sido más rápido. Casi se ha lanzado a los pies de la profe. Sami tiene las peores notas de la clase, pero brilla cuando se trata de recitar un poema o de interpretar una escena. «Seré actor —predice—, me molan demasiado las vidas inventadas, tener varias personalidades.» Y se inviste de una flameante dignidad y clama: «¡Retroceded, viles lacayos, dejad pasar a mi equipaje!». Las chicas están locas por él y le piden autógrafos.

—¡De acuerdo, Sganarelle! Te toca interpretar —decide la señora

Mondrichon—, y dale la entonación adecuada, por favor.

Los otros alumnos respiran, resignados. Si protestan demasiado, los amenaza con la gramática. Mehdi, en la primera fila, levanta el pulgar en dirección a su colega, Sami.

Este salta, abre los brazos, aguza la voz y la modula:

—«No se imaginen que soy un médico corriente, un médico vulgar. Todos los otros médicos no son, en mi opinión, más que abortos de la medicina. Tengo talentos especiales, conozco los secretos. *Salamalec, salamalec*, “Rodrigo, ¿tienes corazón?”. *Signor si, signor non. Per omnia saecula saeculorum*. Pero vamos a ver...».

Acabado su parlamento, vuelve a su sitio y se sienta de nuevo. Tiene tantas ganas de saber lo que la profe piensa que se muerde el labio hasta hacerse sangre.

Toda la clase mueve las manos como en la canción: «Así se hace, se hace, se hace». Es un truco de la profesora para evitar aplausos atronadores, sillas volcadas, libros volando, chicles que se estiran hasta pegarse en el pupitre del vecino.

Sami contiene su orgullo detrás de sus labios fruncidos y sus ojos astutos.

—Señora, ¿cómo es que sabe latín si solo es un criado? —pregunta Lila.

—Bueno, ¡lo habrá mirado en Google! —exclama Jade haciendo un mohín con la boca y con los ojos saliéndosele de las órbitas, como diciendo: «Qué ignorante es esta».

—*Stupid, so stupid!* —murmura Dakota encogiéndose de hombros.

Hace su gesto de chica que se aburre.

Tom tiene ganas de enlazar repitiendo: «Sí, ¡qué idiota!», pero se aguanta. No sería inteligente. Se pondría en sus manos. Es el tipo de chica a la que hay que sorprender.

—Estamos en el siglo diecisiete —explica la señora Mondrichon— y no, no ha encontrado la traducción del latín en Google. La gente hablaba latín, era una lengua corriente en la época.

—¿Y qué quiere decir, señora?

—«Por los siglos de los siglos» —Dakota murmura «Amén» mientras dibuja en una hoja en blanco—. Las misas se decían en latín —masculla—. Así aprendían.

¡Qué pandilla de tarados! ¡Que llegue ya la hora de largarme de este

colegio abarrotado de amianto!

Y se pone a tararear: *Credo in unum Deum, Patrem omnipotentem, factorem caeli et terrae, visibilium ómnium et invisibilium. Et in unum Dominum Jesum Christum, Filium Dei unigenitum...*

Tom la contempla. Ella dice, sin mirarlo: «Es un canto en latín que se entona en la misa, pero para eso hay que ir. Me gustan la música sacra, los grandes órganos y el olor del incienso».

Tom sigue mudo.

Esta chica sabe demasiadas cosas. Nunca estará a la altura.

«Luego viene la hora de tutoría, cuando el profesor habla con los alumnos de sus problemas. Allí quizá tenga mi oportunidad. No debo equivocarme. La señora Mondrichon ha decidido consagrar la hora a *non staive*. *Staive* quiere decir “lárgate, no me interesa lo que dices, me importa un bledo”. La señora Mondrichon quiere enseñarnos a interesarnos en los otros, a ayudarlos.

»Nos pide que escribamos “tres cosas que los demás deben saber sobre mí para conocerme mejor”. Recogerá las redacciones y las leerá en voz alta».

—Pensad un poco, quiero sustancia, no quiero cosas anodinas. ¿Todo el mundo sabe qué quiere decir *anodino*, *anodina*? El que no lo sepa que levante la mano...

Tom reflexiona a la vez que mordisquea el extremo del Bic. Se aplica y escribe: «Me gustan los poemas de Emily Dickinson, y me da igual si te parece una porquería, yo lo reivindico».

Tiene ganas de que Dakota se fije en él.

Y de hacer que tenga celos de Emily Dickinson.

La señora Mondrichon lo felicita. Le parece maravilloso que lea poemas, ¡y qué poemas! Y recalca mucho *maravilloso* para que todos sus alumnos se lancen a la lectura de Emily Dickinson.

Un chico, David Lebrun, que lleva una sudadera con capucha roja y gafas a juego, hace una mueca cuando oye la palabra *poema*. Saca la lengua como si fuera a vomitar y se dobla en dos bajo la mesa.

William Lambert ha sido breve: «Estoy triste». La señora Mondrichon le pregunta qué podría devolverle la sonrisa. Dice que no lo sabe mientras rasca el borde de la mesa. Añade que ya no le queda mucha esperanza y que tiene muchas ganas de dejar pronto esta vida.

Vanessa Saffran, que exhibe una crucecita tatuada en la muñeca, ha escrito: «Nunca pienso antes de hablar, eso me crea problemas».

Luego la señora Mondrichon lee el texto de Dakota.

«Cuando era pequeña, hablaba vietnamita, ahora sé escribirlo, mi madre se ha desvanecido, porque está muerta, y quiero vengarme de su asesino.»

La señora Mondrichon, pálida, aplasta la hoja contra su pecho y se apoya en el respaldo de su silla.

\*

Detrás de la cristalera de su despacho, Jérôme observa las idas y venidas en la empresa. Cada noche, Houcine es el último en darse una ducha. Deja pasar a Maurice y a Boubou sin dirigirles la palabra.

Jérôme saca el peine. Ha decidido ser más coqueto. Mejor peinado, mejor vestido. Cuidarse las uñas y cepillarse los dientes por la mañana y por la noche.

Una tarde, a la hora de salir del trabajo, Jérôme abre la puerta de su despacho e intercepta a Houcine.

—¿Tienes algo que decirme? —pregunta este último, sorprendido.

Nunca han sido amigos. Trabajan en la misma empresa, pero nada más. Jérôme forma parte de la decoración. Como la estatua de Juana de Arco en la plaza de Correos. Houcine ha oído hablar de su infortunio conyugal y, desde hace poco, es testigo de su felicidad con Julie. Le extrañó saber que Jérôme iba a casarse con la hija del jefe. Aprecia a Julie. No se anda con mezquindades ni golpes bajos, y si Jérôme la hace feliz...

A veces le entran ganas de sonreír ante los aires que se da Jérôme. Camina arrogante, con las manos en los bolsillos. Da indicaciones a los empleados que deambulan mientras se toman un café o conducen demasiado rápido por la nave. Solo le falta el silbato y el bloc de multas.

Houcine se contiene. Por respeto a Julie.

Jérôme lo aborda con un punto de paternalismo al que Houcine no está acostumbrado.

—Quería saber si todo iba bien.

—Todo bien —afirma Houcine.

Jérôme sonríe con algo de socarronería.

—¿Estás seguro?

—Acabo de decírtelo...

—Ya sabes que me siento un poco responsable... —Jérôme inclina la cabeza con la compunción de un confesor—. ¿Por qué no hablas con los otros? ¿Tienes algún problema?

—No.

La noche ha caído en el bosque al otro lado de la carretera. Houcine ve los faros de los coches en la oscuridad. No lejos, en el campo, un perro ladra y un camión toca el claxon.

—Ni siquiera a Adrian le hablas ya. Como si estuvieras enfadado.

—No sé a qué te refieres.

—Sabes muy bien lo que quiero decir, Houcine. Puedes confiar en mí. Te escucho.

Otra vez ese punto de paternalismo. Pronto lo llamará «chaval» y le pondrá la mano en el hombro.

Houcine, para cortar las preguntas, admite:

—Digamos que estoy un poco cansado... y no tengo ganas de molestar a los demás con mis problemas.

—¿Puedo ayudarte?

Houcine se sobresalta, con un brillo burlón en los ojos.

—¿Porque ahora eres el jefe y tienes el poder?

—En todo caso, un poco más que antes —se envanece Jérôme.

—¿Y eso en qué se nota? —pregunta Houcine, divertido por los mohínes de contorsionista de Jérôme, que intenta empequeñecerse a la vez que se agranda.

—Bueno..., se cambia... —dice Jérôme mientras busca la palabra justa, aunque demasiado perezoso para encontrarla. Se frota la barbilla con el pulgar, reflexiona y se pone de acuerdo consigo mismo—. Ahora soy un hombre distinto. Más maduro, digamos.

Apunta con la barbilla hacia el cielo con semblante serio. Houcine le da un empujón en el costado.

—¡No para mí, amigo! Siempre serás el mismo viejo granuja. Cuando te conocí, todavía llevabas pañales.

Houcine le lleva diez años. Vio llegar a Jérôme a la Ferraille con un mono de trabajo no reglamentario. Presenció sus primeras meteduras de pata, le evitó llamadas de atención.

El golpe devuelve a Jérôme a la realidad y ríe:

—Pronto seré yo el jefe.

—Yo continuaré haciendo el mismo trabajo.

—Cuando sea el jefe, velaré por que haya un buen ambiente en el trabajo.

El trabajo en equipo y las relaciones de confianza son importantes. Estimulan.

Desgrana las palabras, solemne, mientras mira la trituradora. Le da un aire de visionario. De gran jefe que preside el desarrollo de su negocio.

—¡Y tendrás mucha razón! —se divierte Houcine—. No hay nada mejor que una panda de compañeros que se lo pasan en grande mientras trabajan. Siempre que estén bien pagados. No olvides eso cuando seas jefe...

Y frota el pulgar con los otros dedos para simular el ruido de los billetes.

—Entonces dime qué pasa con Maurice y Boubou. Nunca se sabe, podría necesitar un ayudante y tú podrías...

—¡Que te den, Jérôme!

\*

Julie mira a Jérôme cruzar la habitación de un extremo a otro, vestido con el pijama a rayas azules y blancas que eligió para él en el Monoprix. Se sube la sábana hasta la nariz y sonríe bajo el ribete adornado con una cenefa verde y marrón.

«Mi hombre. Mi hombre, para mí. Vamos a casarnos. Dentro de seis meses. Va en serio.» Se siente embargada por una profunda alegría que la sumerge en un empacho de felicidad. Gracias a Jérôme ha llegado a ser como las demás mujeres. Conjuga la felicidad en futuro de indicativo.

«Nos casaremos.

»Seré la señora Laroche.

»Compraremos una casa.

»Dirigiremos la Ferraille.

»Tendremos un bebé, quizá dos. Un chico y una chica.»

No usa ningún anticonceptivo, no se lo ha dicho a Jérôme. Si se queda embarazada, será una sorpresa.

Sigue yendo de un lado a otro de la habitación. No quiere que lo interrumpen cuando piensa.

Esta noche duermen en su casa.

No le gusta dormir en casa de ella. En el pisito encima del de sus padres. Dice que su madre no lo quiere, que su padre lo desprecia.

—Para, eso te hace daño. —Julie sonríe.

Promete que llegará a ser tan brillante y emprendedor como... Concluye con «los demás», pero piensa «Adrian». Julie lo sabe. Eso le parece infantil. «No hay un único modelo de hombre en el mundo. Me gusta Jérôme, su olor, su

nariz, que no me parece tan grande, su pelo rojo en forma de corona, su cráneo calvo, rosado en algunas partes, su torso como el manillar de una bicicleta, me gusta cuando camina por la habitación, cuando se inclina, cuando me besa, cuando se acuesta sobre mí.

»Me da igual dormir en su casa, incluso si el revestimiento de madera es de plástico, si el neón del techo me hace tener el color de una rama de apio y si huele a huevos podridos porque hay una fábrica demasiado cerca. La gente de aquí dice que huele a dinero, a nómina, a mí me parece que apesta, pero me da igual.

»Duermo con mi hombre.»

En la pequeña radio de la mesilla un boletín de última hora anuncia un atentado en Afganistán. O en Irak. O en Turquía. O en Mogadiscio. Ya no lo sabe. No ha entendido bien. Tampoco ha retenido el número de heridos y muertos. Su cabeza se niega a dejar entrar esa información. Un tipo lleno de odio se vuelve loco y mata. En el nombre de Dios. A veces tienen el mismo Dios pero se matan igual. Porque no Lo ven con los mismos ojos. Le parece que demasiada religión es todavía peor que nada de religión. Se habla de ello todas las noches en el telediario. No sabe cómo llamar a esta violencia. Así que dice «la cosa». Ya no consigue librarse del miedo, tiene pesadillas.

Como aquella en la que a Jérôme le cortan la cabeza con una plancha.

Su hombre camina arriba y abajo en su bonito pijama del Monoprix. Piensa. Se está dejando crecer las patillas. Cuando se afeita, pone mucho cuidado en que queden a la misma altura. La de la derecha es más corta. Ella ríe bajo la sábana sacudiendo los hombros.

Trata de no moverse demasiado para no ir a dar sobre un trozo de sábana fría. Jérôme no caldea mucho la habitación. Ahorra. Excepto para salir. La invita a restaurantes de tres estrellas Michelin, pide los vinos más caros, deja diez euros al aparcacoches, veinte euros de propina en la mesa... Le regala una cadena, una pulsera, un colgante de oro... Nada de chapado. Mordió un corazoncito de diamantes y estuvo a punto de romperse un diente.

Jérôme intenta entender por qué Houcine va por su lado. Maurice, Houcine, Boubou, Adrian, Stella. Los cinco dedos de la mano. Aquel tiempo parece

haberse acabado. Uno de los cinco hace algo que está fragmentando a la cuadrilla. Solo puede ser Adrian. Los otros lo siguen. Supongamos que Adrian ha tomado una decisión que no gusta a los otros... Sí, pero solo Houcine pone mala cara; Maurice y Boubou parecen de acuerdo.

Mala pista.

Media vuelta en la habitación. «No me gusta este pijama. Es demasiado nuevo. Demasiado rígido. Me cizalla los huevos. Prefiero los míos de felpa, viejos y descoloridos, pero Julie lo quiere todo nuevo.

»Nueva hipótesis: Adrian conspira por su cuenta en su beneficio. Algo para ganar un montón de pasta. No es de los que comparten. Maurice y Boubou lo han averiguado, pero se lo han ocultado a Houcine, que se siente traicionado, y doblemente: por Adrian y por sus dos colegas. Houcine está de morros.

»No está mal. Voy progresando.

»Pero ¿por qué a Maurice y a Boubou no les importa? ¿Son cómplices?»

Media vuelta a la derecha. «No me gusta este pijama. Es frío. Voy a acabar por pillar un trancazo. Y, además, con rayas azul celeste... Es de maricas. No me gustan los pederastas. No me gustaría que me dieran por el culo. En resumen: Adrian ha emprendido algo que fastidia. Maurice y Boubou tienen una pista. Tienen una pista. Así que, si soy listo y los interrogo, puedo saber de qué va. ¡Eres brillante, amigo mío! Hace falta ser tonto como mis futuros suegros para no darse cuenta de nada. No los aguanto. De todos modos, los joderé bien, porque voy a casarme con Julie. ¿Y quién será el jefe? Yo. Julie y yo encabezando la Ferraille. Adrian deberá atenerse a lo que se le diga. ¡A mis órdenes! Al tío no le va a gustar nada.»

Jérôme se detiene en seco.

«¿Y si Adrian conspira por eso?»

»Edmond Courtois no está en forma. Adrian quiere ocupar su lugar. Y entonces él sería el jefe y yo estaría obligado a trabajar para él.»

Media vuelta a la izquierda. «La felpa es mucho más suave y cálida que el algodón. O también podría subir la calefacción, ¡ni hablar!» Se rasca la entrepierna, oye una información en la radio. Un atentado en Afganistán, ochenta y siete muertos, doscientos veintitrés heridos. «Perfecto. No hay sitio para todo el mundo en la tierra. Antes había guerras que hacían una gran limpieza. En Saint-Chaland estoy en paz, nadie vendrá a joderme.

»Sí, pero... todo esto no me dice lo que hace Adrian.

»Me cabrea con esos aires de emprendedor triunfante. Pasado un momento, el éxito de los demás me cabrea. Eso echa a perder el mejor de los caracteres.

Al principio no estaba resentido con el ruso. Incluso le presté algunos servicios. Ahora ya no lo soporto.

»Houcine. Quizá no sabe nada, pero podría ayudarme a saber. Recoger información para mí. ¿Hacer cantar a Houcine? ¿Amenazarlo con despedirlo si no me ayuda? No le será fácil encontrar trabajo, seguro.»

Se detiene. Saca el peine. Lo pasa por su corona de pelo rojo. Va a tener que elegir una colonia. Vuelve a meter el peine en el bolsillo del pijama. Tiene que forzarlo para que el peine entre. El bolsillo es estrecho.

«Podría acusar a Houcine de robar existencias. Ahora soy yo el responsable. Lo cojo aparte, le digo que tengo sospechas y lo pongo entre la espada y la pared: “Confiesa lo que se trae entre manos Adrian y no te denuncio”. No tendrá más remedio que chivarse.

»Y, si no habla, ataco directamente a Adrian.

»Digo que es él el que está robando.

»Tengo suerte en la vida. Siempre acaba bien para mí. Rozo la línea continua, jugueteo con ella, la mordisqueo, la cruzo abiertamente ¡y nada! Ni reprimenda ni multa. Mi mujer... Cuando supe que se tiraba al encargado de la playa del hotel, un cretino cubierto de músculos y de crema solar, me callé. Cuando le pagó una Harley con la pasta de la lotería, seguí callando. Un día le dio un beso con lengua delante de mí. No dije nada. Manipulé la Harley y se empotraron bajo un camión. Sus pechos hicieron un molde en la espalda del tipo. Tuvieron que separarlos con una sierra. No quedaba nada de la moto. Concluyeron que había sido un accidente. Me largué rápido con lo que quedaba de la pasta. Es decir, no gran cosa.»

—¿Piensas correr el maratón de París? —dice Julie.

Jérôme se detiene y se tira del cuello del pijama. Aplasta la pechera y rasca la parte del peine que sobresale del bolsillo.

—Llevas tres cuartos de hora dando vueltas cada vez más rápido. ¿Estás entrenando?

—Pienso.

—¿En qué?

—En Houcine. Está raro, ¿no te parece? Hace rancho aparte. Como si estuviera molesto. Me pregunto si no oculta algo. ¿Has notado que ya no habla con los otros?

—¡Va, ven a acostarte!

Jérôme se planta delante de Julie.

—¿No has notado nada de nada? —Julie meneaba la cabeza—. Abre los ojos, cariño.

—¿Crees que está enfermo?

—Está raro..., como si preparara algo sospechoso.

—¿Cómo lo que se oye por la radio? Ya sabes..., «la cosa».

—¿Qué quieres decir?

—¿Es un terrorista?

—¡Claro que no! Quiero decir que no es trigo limpio. Trapichea. —Media vuelta a la derecha. Es el momento de lanzar la primera sospecha—. Me pregunto si roba existencias.

—¡Tonterías!

—Hay pillaje.

—¿Pillaje?

—Con la mercancía que desaparece. He intentado hablar con él hace un rato y me ha...

—¡Para, Jérôme! Conozco a Houcine.

—Crees que lo conoces, cariño.

—No puedes acusar a alguien sin pruebas.

—Ahora di que no soy honrado.

—Nunca he dicho eso...

—Acabas de hacerlo. Me das pena, Julie. Creía que hacíamos un buen equipo...

Tira del ceñidor de su pijama. Juega con los lazos. Se quita el reloj. Lo pone en la mesilla, al lado del transistor. Se acuesta. Apaga la radio y la luz. Da la espalda a Julie.

En mitad de la noche, Julie se despierta. Tiene frío. La manta se ha deslizado del lado de Jérôme. Se han dormido sin darse un beso. Es la primera vez. Acaricia las piernas de Jérôme con sus pies desnudos. Él se retuerce y gruñe. Se sube la manta hasta el hombro.

—Oye..., ¿podrías subir un poco la calefacción? —Le roza su cabello rojo por encima del cuello del pijama y le rasca la nuca con las uñas. Él se vuelve hacia ella—. Hace frío —susurra Julie.

—Es porque nos hemos dormido sin hacernos carantoñas —dice mientras

alarga un brazo y la atrae hacia sí.

Mira la hora en el despertador. Las cinco y media. Se levanta dentro de una hora. Abraza a Julie, aspira el olor de su cabello rizado.

—¿Qué te parecería ir al Bocuse, pichoncito? Un capricho de fin de semana.

—¡Jérôme, deja de gastar tanto dinero en restaurantes! —Le pasa el brazo alrededor del cuello.

—Quiero que estés orgullosa de mí. ¿Eres feliz? —La aprieta contra sí como si hiciera un nudo—. ¿Crees que tu amiga es tan feliz como tú?

—¿Quién?

—Stella.

—Ni idea.

—Pero crees que ella también es...

—Déjalo. No vamos a coger un metro y a medirlo.

—¿Es feliz con su ruso?

Julie extiende los brazos para separarse y protesta:

—No es su ruso, es Adrian.

—Eso no impide que sea ruso.

—¿Y qué pasa con eso?

—Nada. Es ruso.

—¡Tonterías! Es el chico de mi amiga y mi amiga es como mi hermana. No hables mal de mi hermana...

Él rueda sobre el costado y la mira, burlón.

—Es para ponerte en guardia, cariño. Te repito que alguien está robando. Tú me nombraste responsable, ¿no?

Julie ha hecho instalar cámaras de vigilancia en la nave para pillar a los clientes deshonestos que descargan y mangan a la vez.

—¿Has examinado las cintas de vídeo? —pregunta.

—Quería hablar contigo primero. Tú eres la jefa.

—Si alguien roba, se verá en los vídeos. Y déjate de historias. No es ni Houcine ni Adrian.

\*

Stella aparca el camión y busca en su libreta de teléfonos el número de Marie Delmonte. A la hora del almuerzo, ha cogido el sobre que contiene las

fotos de la niña. Va a proponer un acuerdo a Marie: «Me encuentras información sobre esta chica y te dejo en paz».

Marie y ella fueron juntas al colegio. Marie formaba parte de las Muchachas, las favoritas del señor Toledo, el profesor de español. Amina, Julie, Stella y Marie. Eso crea vínculos. O más bien debería crearlos.

En la cabina del camión, Stella se concentra.

Cabot y Costaud agachan la cabeza, con aspecto muy serio, como si adivinaran la seriedad del momento.

Les da una galleta y los besa en el hocico.

Marca el número de Marie Delmonte.

Está llamando al periódico. Para asegurarse de que va a descolgar.

—Marie, soy Stella. No me cuelgues.

—Pero...

—Sé que estás enfadada conmigo. Amina me lo ha dicho.

—¿Por qué llamas?

—Quiero enseñarte unas fotos. Que me ayudas, genial. Que no puedes, no te molesto más.

No puede ser más franca. Stella oye el aliento pesado de Marie. Debe de estar mordiéndose los puños, preguntándose si colgar o no.

—¿Cuál es la primicia? —pregunta Marie en voz baja.

Trabaja en un espacio abierto y le preocupa que sus colegas oigan la conversación.

—Prefiero hablar contigo cara a cara. ¿Quieres que vaya al periódico?

—No, de ninguna manera.

—¿Dónde, entonces?

Marie piensa y dice en un murmullo:

—En el Carrefour. A las seis de la tarde. Habré acabado mi jornada y tengo que ir a hacer la compra. No tengo nada en la nevera.

—¿En qué sección? El Carrefour es grande.

—En la de pastelería.

—¿Haces régimen? —Stella ríe para relajar la atmósfera.

—¡Así no es como voy a ayudarte!

Un chasquido seco. Marie Delmonte ha colgado.

Stella mira el reloj. Tiene una hora por delante. Pasará por la biblioteca a devolver el libro de Emily Dickinsalgo. A Tom le ha parecido demasiado

complicado.

—En cambio, ¡ha devorado el otro! —exclama.

Camille Grassin está de espaldas. Está regando las plantas con una regadera ovalada de acero galvanizado. Vierte el agua lentamente para que no se derrame fuera.

—*El guardián entre el centeno*, si no recuerdo mal... —dice mientras arruga y arranca una hoja amarilla.

—Según él, lo ha perdido, pero lo ha escondido debajo del colchón. No lo quiere devolver. Voy a pagarlo...

—¡Que se lo quede! Ya me las apañaré. Yo me encargo del presupuesto. Me encanta que robe un libro.

—Tenía miedo de que se lo tomara a mal.

Camille deja la regadera. Seca el agua caída sobre la estantería con una hoja de papel absorbente. Lo hace presionando suavemente. Comprueba que la superficie está bien seca.

Se vuelve hacia Stella.

—Hay que dosificar el agua con cuidado a las balsaminas. Sobre todo con esta especie, la *walleriana*. Viene de Zanzíbar. Si se echa demasiada agua, se pudre; si no se echa bastante, se marchita. —Se baja las mangas del cárdigan, se sube las gafas redondas y amarillas, la mira a los ojos y dice—: Parece una buena madre.

—¿Por qué dice eso?

Por supuesto que es una buena madre, pero detesta que se lo digan.

—Es atenta con su hijo. Lo trata como a una persona, no como a un bebé. Lo quiere y lo respeta.

Stella no responde enseguida. No está acostumbrada a que le hablen de ella.

—A veces pienso que soy demasiado dura...

—Lo principal es sembrar cuando son pequeños. Usted siembre y crecerá. Siempre.

—¿Eso lo dijo Montaigne?

—No. Yo. A veces la comunicación puede ser buena.

—¿Y a veces falla?

—Cuando mi madre se colgó con la correa del perro, me dejó una nota. Pensó en mí. —Stella pone unos ojos como platos. Ha hablado con el mismo

tono que cuando explicaba el riego de las balsaminas. Y ahora se pone la cazadora y recoge sus cosas: lápices a un lado, Bic al otro, fichas manuscritas, catálogos de editoriales. Enciende su ordenador. Rectifica la posición del vaso. Desplaza la botella—. Una nota solo para mí. A mi padre lo había olvidado.

—Pero es... —farfulla Stela, que no sabe qué decir.

—Eso quería decir que me quería de verdad. Yo ya lo sabía, pero... es mejor cuando está por escrito. Sobre todo, para alguien como yo. Así podía guardar su nota, volver a leerla.

Stella se frota la ceja izquierda, se la retuerce, y admite:

—No todo el mundo hace eso.

—¡Y, sobre todo, no todo el mundo escribe lo que ella me escribió!

Lo ha dicho asintiendo con la cabeza como si felicitara a su madre.

A Stella no le gustan las historias de muertos, accidentes, enfermedades... Eso hace salivar a la gente. Oye como el placer les humedece los dientes.

Recorre la ceja con los dedos. La correa tuvo que ser larga. Un lazo para pasar la cabeza, otro para sujetarla a una viga. No era una correa de las que se compran en el Monop. Nunca ha atado a Cabot ni a Costaud. Silba y vienen. Con toda probabilidad, va a contarle una historia en la que salen un cuello dislocado, una lengua fuera, unos ojos desorbitados, un rostro amoratado y vómito en el delantal. Tendría que haber enviado un cheque por correo. Y se habría quedado el Emily Dikinsalgo para calzar un mueble. Es bastante grueso.

Camille Grassin, mientras sigue atento a la pantalla del ordenador, continúa el lamento sobre su pobre madre:

—Me escribió que debería estar atento para no mezclar la ropa de color y la blanca cuando lave la ropa porque ella ya no estaría allí para reparar los destrozos.

—Ah...

—Y me dejó una reserva de toallitas atrapacolores —añade riendo como si fuera un chiste bueno—. Mi madre es impagable. ¡No hay otra como ella!

Descubre una información en la pantalla, estira el cuello de garza anoréxica. Se aplasta los labios entre el pulgar y el índice, mete la cabeza entre los hombros y luego borra la información con una mueca de desagrado.

—Debe de pensar en ella cada vez que hace la colada —dice Stella.

—No —responde con la nariz en la pantalla.

—Ah...

—Porque no está muerta, fracasó. Mi padre y mi hermano consiguieron descolgarla a tiempo. Estuve resentido con ella mucho tiempo. —Se ha vuelto hacia ella. Sus ojos blanco t́pex la miran con insistencia. El herpes le inflama las mejillas, cierra los puños y los golpea uno contra el otro—. No me había dejado su receta del pastel de chocolate. —Su voz sube, estridente, para acabar como una sierra eléctrica—: Me encanta su pastel de chocolate. ¡Y lo sabía! ¡Lo sabía! Se iba sin d́armela.

Suena el teĺfono.

Se frota el ĺbulo de la oreja, descuelga y anuncia con voz de recepcionista: «¡Mediateca de Saint-Chaland, buenos d́as!».

\*

A las seis, Stella espera a Marie Delmonte delante de las estanterías de Petit Écolier. Coge dos paquetes para Tom. Lee la información nutricional del envoltorio. Se fija en palabras bárbaras y en «sesenta y tres calorías por galleta».

Al final del pasillo se perfila la punta de un carro lleno de botellas de cerveza, de pizzas congeladas y de productos de limpieza. En el manillar, Marie Delmonte negocia la curva para entrar en el pasillo G.

Arrastra los pies y retiene el carro para no llegar demasiado rápido a la altura de Stella. Toda su cara expresa reprobación.

—¡Ay, venga, Marie! ¡No voy a comerte! —se molesta Stella—. ¿Por qué pones mala cara?

—Porque por tu culpa hubiera podido tener problemas. ¡Y gordos! Con lo de Ray te pasaste, me engañaste<sup>4</sup>.

—Me hiciste un favor. Fuiste amable.

—¡Tonta, quieres decir! Me hiciste fabricar una portada falsa: «Ray Valenti: la caída de un héroe. El hombre al que toda la ciudad aplaude es un estafador». Y patatín y patatán. Me dijiste que era para ti, que quedaría en tu cuarto, que no saldría nunca. ¡Eso es lo que me dijiste!

—¿De verdad? —dice Stella haciendo como si no se acordara.

—¡Fuiste a arrojarle la portada a la cara! Prefirió matarse. Saltó a las llamas. ¿Piensas que no entendí tu plan?

—¿Alguien te ha insinuado algo? No. Deja ya tu paranoia.

—¡Ray Valenti está muerto por mi culpa!

—¿Y qué? Era un cabrón.

—Prefirió morir antes que ver ensuciado su nombre.

—¡Era un cabrón, no un héroe!

Stella ha gritado. Marie se tapa las orejas.

Una joven embutida en unas mallas naranjas y negras con patos azules la mira abrazando a su hija en sus brazos.

—¡La señora es mala! —lloriquea la niña a la vez que mordisquea un chupete enganchado a una larga camiseta de dudosa limpieza.

—Ya nos vamos, cariño.

La madre hace como que se van, pero quiere enterarse de la continuación.

—Murió como un héroe y es insoportable —prosigue Stella—. Además, ¡quieren ponerle su nombre al colegio de mi hijo!

Marie Delmonte baja la cabeza y pasa la manga de su parka sobre el manillar del carrito como si quisiera hacerlo brillar.

—Está muerto, Stella, muerto.

—¡No está muerto, porque lo quieren resucitar! —grita Stella.

—¡Mamá! ¡Mamá! La señora me da miedo —chilla la niña.

La madre da golpecitos en la cabeza de su hija mientras continúa mirando a Stella.

—¡Señora, no soy yo el monstruo! ¡Deje de mirarme así y lárguese!

Marie Delmonte arrastra a Stella hacia la sección de limpieza, vacía.

—Creía que querías comprar galletas —dice Stella.

—Cálmate. ¿Qué quieres esta vez?

Stella saca del bolso el sobre en el que está escrito *Zorra*, saca los recortes de periódico y se los pone delante a Marie.

—¿Conoces a esta chica?

Marie Delmonte menea la cabeza.

—Nunca la he visto.

—He encontrado estas fotos en la caja fuerte de Ray después de su muerte. Mira lo que pone detrás... —Stella apunta con el dedo la diana y los tajos—. No irás a decirme que le deseaba algo bueno, ¿no?

—En efecto...

—Quiero saber qué ha sido de ella. ¿Está viva o muerta? ¿La mató él? ¿Por qué escribió *Zorra*? ¿Puedes mirar en tus archivos?

—¿Sabes en qué fecha aparecieron las fotos?

—No, no hay nada escrito.

—Sin la fecha no puedo hacer nada. Es como buscar una aguja en un pajar.

Marie Delmonte deja caer la mano con los recortes. Stella los coge. Los escruta como si la solución estuviera ante sus ojos y no fuera capaz de verla.

Marie observa la expresión atormentada de Stella. Adivina las horas que ha pasado contemplando las fotos. Se acuerda de todas las veces en las que Stella se negaba a ir a la piscina pretextando dolor de vientre. Se negaba a que los demás vieran las marcas en su cuerpo. Se negaba a dar lástima.

—La niña se le debió de escapar —dice Stella—. Quería encontrarla. Era importante para él. ¿Por qué? No lo sé, pero apesta. Ayúdame, por favor. ¡Por favor, Marie!

La voz de Stella se ha quebrado. Estruja los paquetes de Petit Écolier entre sus manos.

—¡Para! —dice Marie—. Vas a reducir las a migas. ¿Son para tu hijo? —Stella asiente con la cabeza. Marie vuelve a dar forma a los paquetes y se los devuelve—. ¡No estoy segura de que hayas dejado alguna intacta!

—Estoy harta —dice Stella—. Vivo con Ray continuamente. No veo nada más a mi alrededor. Todo me da igual. Lo oigo reír, lo veo caminar, ¡huelo su colonia! Hay gente que tiene mucho sitio en su corazón; en el mío todo lo ocupa Ray, el odio que le tengo. Tengo un hombre al que quiero, un chaval al que quiero, una madre a la que quiero y estoy obsesionada con él. Como cuando era pequeña, que me daba tanto miedo que lo veía en todas partes...

Marie vuelve a coger las fotos de las manos de Stella y les da la vuelta.

—Mira esto.

—¿El qué? —dice Stella conteniendo las lágrimas.

—Lo que está escrito detrás de esta foto: «Se abre el proceso de Marco Monte-Pelli. El hombre de negocios acusado de malversación en el marco de los intercambios europeos ha presentado una apelación después de haber sido condenado en 2007 a...».

—¿Y?

—Vamos a buscar Monte-Pelli en Google y tendremos el mes y el año del inicio del proceso.

—Pero está detrás de la foto. No tiene que ver con la niña.

—Nos dará una fecha. Facilitará la búsqueda.

Stella lanza un suspiro y asiente.

—Nada que decir, ¡eres curiosamente fuerte!

Marie sonrío por primera vez.

—¡Y tú, curiosamente tocapelotas! Escucha, encuentro la fecha de la foto,

pregunto a mis contactos si alguien conoce a la chica y si no descubro nada lo dejamos ahí. Y tú no me obligas a hacer nada ilegal, ¿prometido?

—Prometido —dice Stella.

—¿Y dejarás de machacarme si vuelvo con las manos vacías?

Apunta con el dedo a Stella y la mira muy seria.

—Prometido —sonríe Stella.

—Bueno, me vuelvo a la sección de pastelería.

—Ten cuidado con las Petit Écolier, ¡son sesenta y tres calorías por galleta!

\*

«Lleva un curioso peinado», se dice la señora Mondrichon cuando entra en el despacho de la señora Filières, la directora del colegio. Muy aplastado por arriba y cayendo como salchichitas a cada lado de la cara. La directora no es una mujer graciosa. Ni generosa. Se comporta con sus subalternos con una cortesía glacial que se convierte en zalamería empalagosa ante un superior.

La directora quería hablarle.

Ha lanzado un breve y seco «Entre» cuando la señora Mondrichon ha llamado a la puerta y le ha señalado el teléfono que tenía en la oreja para pedirle que esperara.

Está acodada en la mesa y, mientras habla, se acaricia los antebrazos como si fueran dos gatitos pidiendo mimos. «Sí, no, no es culpa mía que los colegios privados estén muy solicitados, sí estoy al corriente por el instituto Sainte-Geneviève, ¡han añadido dos clases de sexto este año! Ah, ¿una sola? ¿Ha hecho presión para impedir la segunda?» Se agita, la grasa de sus brazos tiembla y su voz se vuelve untuosa: «Lucho por mejorar la imagen de la enseñanza públi... Sí, sí, ¡qué caray!».

La señora Mondrichon espera, de pie. Su mirada recorre el despacho intentando establecer un vínculo entre la decoración y quien lo ocupa. Se dice que las almas se posan sobre los muebles y que los impregnan.

El sol golpea los cristales, quema las cortinas que cuelgan como banderas mustias, las carpetas rebosan las estanterías metálicas: «Cartillas de escolaridad», «Amonestaciones», «Comisión de disciplina», «Cantina». En el alféizar de la ventana se exhiben las copas y las medallas ganadas por los alumnos en los campeonatos escolares de campo a través, en los dictados nacionales, en las competiciones de inglés, en los concursos de matemáticas..., así como un diploma a la mejor directora a nombre de

Antoinette Filières.

Dos sillones de mimbre, uno con un cojín malva y el otro con uno verde, esperan a las visitas.

La mirada de la directora roza a la señora Mondrichon y la invita a sentarse. La señora Mondrichon elige el malva.

—Precisamente, he convocado a su profesora de francés... Sí, la señora Mondrichon. Mon-dri-chon..., como en..., no sé..., como en Mondrichon. De acuerdo. Lo llamo. —La directora cuelga suspirando. Vuelve a acariciarse los antebrazos. Se remueve en su silla. Pasa su apoyo de una nalga a otra. Cruza y descruza las piernas—. ¿Cómo decirle lo que me preocupa, señora Mondrichon? —Echa la cabeza hacia delante y lanza una sonrisa automática, se supone que cálida—. Es absolutamente necesario que obtenga de la señora Valenti la autorización para bautizar el colegio con el nombre de su padre... ¿Ya conoce mi proyecto? —La señora Mondrichon asiente. Todo el mundo conoce el proyecto de la señora Filières—. «Colegio Ray Valenti» —continúa la directora— sería algo moderno, un héroe actual, un hombre del pueblo, una ilustración de la promoción social, una inspiración para la juventud. Solo que, pues..., me falta la autorización de la familia y, en este caso preciso, de la hija.

La señora Mondrichon se echa hacia atrás, sorprendida.

—Pero no es de mi...

La señora Filières la corta.

—He intentado hablar con ella cien veces. Me rehúye. Su hijo está en su clase, usted es su tutora, ella no desconfiará de usted. —La señora Mondrichon hace una mueca dubitativa—. Dígale que quiere hablar con ella y obtenga su consentimiento. Seguro que sabrá hacerlo bien. —Le dirige una segunda sonrisa automática y concluye—: Será un acto de proyección para el colegio y la enseñanza pública, que lo necesitan mucho. —La señora Mondrichon sigue muda. Su mirada se desliza por la lista de números de emergencia (policía, urgencias médicas, bomberos), rodeada de numerosos dibujos de alumnos que desean a la directora una feliz Navidad y un próspero año nuevo—. Así podría poner en marcha las celebraciones. Cuento con hacer las cosas a lo grande. —Golpetea sus antebrazos, que tiemblan como si los gatitos protestaran.

—La señora Valenti nunca viene a las reuniones de padres y profesores —dice la señora Mondrichon—. Y por una buena razón: Tom es un alumno excelente. Es seguro que ganará el diploma de alumno ciudadano. ¿Sabe que

lee a Emily Dickinson?

—¿Emily quién?

—Dickinson. Ya sabe, la...

—Escuche, no es mi problema. Lo que quiero es que consiga esa autorización. Es imperativo. Si no... si no... —Barre la hipótesis con la mano—. Así que cuento con usted. ¿Está claro?

La señora Mondrichon detecta un punto de amenaza en la voz de la directora.

—Voy a intentarlo, pero no le...

—¡Vamos, no se sienta derrotada de antemano! ¡Vamos! —Juguetea con los lápices y las plumas de los botes que tiene delante. Aparta una vela que desprende un olor a vainilla. Echa a la papelera una flor de papel que deja escapar tres notas de música—. ¡Y lo olvidaba! Haremos la foto de la clase la semana que viene. Avise a los alumnos. —Rebusca en sus papeles, encuentra una hoja impresa y la consulta—. El viernes que viene. Por la mañana.

—Pero es demasiado pronto...

—Otra cosa: quería verme. ¿Para qué?

La señora Mondrichon tiene la sensación de haber agotado el crédito de tiempo que le correspondía. Y la paciencia de la directora.

Traga saliva y anuncia, insegura:

—Se trata de Dakota Cooper...

—¿Qué le pasa?

—Ha hecho una extraña redacción y...

—Su padre es un gran comerciante de vinos. ¡Muy importante! Da trabajo a mucha gente en la región. Compra en Francia y revende en el mundo entero. Por eso se ha instalado en Saint-Chaland. —Recita como si pronunciara un discurso oficial—: ¡Es muy importante!

—Precisamente, por eso debería leer lo que la niña ha escrito...

Tiende a la directora las tres líneas de Dakota.

\*

El ruido de las conversaciones, las máquinas de café y los gritos de los camareros que lanzan sus pedidos a la cocina acentúan la sensación de calor. Joséphine está sentada en el café de al lado de su universidad. Ha pedido un zumo de naranja para quitarse el gusto a cartón que tiene en la boca. Un círculo de hierro le aprieta la cabeza y le provoca punzadas en cuanto se

mueve. «Esto se llama angustia, Joséphine. Tienes miedo. Pero ¿de qué?  
»No lo sé.»

Un olor a carne grasa y tibia le revuelve el estómago. En la mesa vecina, dos chinas comparten una cesta de pan y un plato de embutidos. Chillan, señalan con el dedo un trozo de chorizo que fotografían. Joséphine contempla el chorizo, el jamón y el salchichón que transpira y vuelve la mirada.

Está citada con tres de sus colegas literarias para hacer el balance de una situación que se ha vuelto crítica. El director del Departamento de Ciencias Humanas ha decidido conceder una sala adicional para seminarios a los historiadores. Estos últimos no dejan de llevar el agua a su molino asegurando que su disciplina es importante y el director cede a todas sus exigencias. Michèle Monnier ha sido la primera en lanzar el grito de guerra. «Se les da bien hablar de interdisciplinariedad y de estudios transversales; es una mentira, tenemos que luchar o los estudios literarios vamos a desaparecer. ¿Os imagináis que se hubiera negado el acceso a los salones a los filósofos del Siglo de la Luces?»

Michèle Monnier está especializada en enciclopedistas: Voltaire, Diderot, d'Alembert... Se niega a dejar a sus «queriditos».

«Hace calor. El radiador está ardiendo. Como el chorizo, el cenicero vuelto sobre el tique de caja y el escay salmón de la banqueta. El camarero grita *danke, goodbye, arrivederci, ciao, prego* y la radio pasa una versión sosa de “Me presento, me llamo Henri”<sup>5</sup>.

»Tengo cincuenta años y tengo la impresión de que el mundo avanza a reculones. Me gustaría sentarme bajo un castaño de Indias y no moverme.

»Philippe me espera mañana en Londres.

»Ha organizado una fiesta sorpresa en honor de Alexandre. Para celebrar el lanzamiento de su página web para jóvenes artistas. Me ha prometido una exposición, una obra de teatro, un paseo por Hyde Park, *scones* y té a la bergamota. Ha hecho repintar la entrada. Ha cambiado la cama de sitio. Ha comprado un nuevo sistema de audio sin hilo. Vendrá a buscarme a la estación.

Me dará un gran abrazo. Me preguntará: “¿Estás bien, amor mío?”. Yo diré que sí dirigiéndole una sonrisa maravillada.

»He aprendido el arte de la sonrisa maravillada.

»Hace un momento, en Franprix, cerca de la facultad, estaba pagando mi botella de Cristalline cuando Line Berthoud me ha pillado en la cola. Estaba sin aliento, colorada, dos líneas blancas de antiojeras bajo los ojos; no dejaba de tirarse del cuello vuelto negro.

»—Reviento de calor. ¿Tú estás bien? —He dicho que sí, que estoy bien, la vida es bella—. ¿Preparada para la reunión? —He puesto un puño en alto cual guerrera. Se ha echado a reír y me ha dado un empujoncito—. Me han encargado un prólogo sobre los hogares y las chimeneas del Renacimiento. ¡A mí! La especialista en la Pléyade<sup>6</sup>. Un editor japonés forrado. Es para un libro de decoración. Bonitas fotos, papel satinado. ¡No te imaginas la pasta!

»—¡Genial! —he gritado mientras batía las palmas y esbozaba una sonrisa maravillada.

»—¡Muy bien, sí! —ha dicho Line—. Quiero efectivo, y luego más efectivo, para comprarme un montón de pantalones en Maje. ¿La reunión es en el café? He de hacer una compra antes.»

Joséphine piensa en Stella al volante de su camión, con sus gruesas botas y su peto naranja que deja ver sus costados. Stella cargando y descargando kilos de chatarra. «Mi hermana, mi otra hermana. Tan diferente a Iris<sup>7</sup>. Iris, ¿qué habrías pensado de Stella? Habrías arrugado la nariz o la habrías encontrado “loca y divertida”; “¿Has visto cómo se viste? Es de locos, ¿no?”.

»Y luego la habrías olvidado.»

Stella le envía unas peliculitas enseñando el camión, los perros, a su hijo Tom y a Adrian, su pareja. Los perros están sentados, solemnes, detrás del volante del camión. Tom hace muecas, Adrian le alborota el pelo a su hijo. Se las ha reenviado por correo a Hortense y a Zoé. No es seguro que Hortense tenga tiempo de verlos. Stella y Léonie irán al desfile. Ha conseguido dos invitaciones de la ayudante de Hortense. «Señora Cortès, la llamo para confirmar las dos invitaciones que ha pedido para Stella y Léonie Valenti. ¿Querría alguna más? Estamos acabando la sala y...» Ha dicho que sí. Para Adrian. Está a menudo en París. Sería muy amable proponerle que asista al

desfile. Y sería una buena ocasión para conocerse. Hortense tendrá otras cosas en la cabeza ese día, pero nunca se sabe...

Michèle Monnier acaba de sentarse a su lado. Pide por favor «un sándwich de salami con pepinillos»; sonrío radiante bajo su boina escocesa.

Se agita, se pavonea y, sin aguantar más, proclama:

—Acaban de trasladar a mi hijo a Zúrich. Ya sabes que todo pasa allí. Quiero decir, en el mundo de los negocios. Su jefe le ha dado a entender que era un gran ascenso. Mi chico... ¡Estoy muy orgullosa! —Suspira de placer, se masajea los costados como para repartir mejor su emoción—. ¿Viene Line?

—Sí. Nos hemos cruzado en el Franprix.

Sybille Lancelle se les une. Especialista en el siglo XVII, con sus grandes novelas, *La Astrea*, de Honoré d'Urfé; *Ciro el Grande*, de la señorita de Scudéry. Siempre tiene manchas de tinta en los puños, los dedos, las mejillas y los labios. Su broma preferida es preguntarle qué hace con su pluma. Pero hoy nadie piensa en bromear. Tiene la cara pálida, los ojos rodeados de marrón y rojo. El camarero le pregunta qué desea, ella ve una ración de flan en el plato del cliente de al lado y balbuce: «Lo mismo».

—¿Estás bien? —pregunta Michèle Monier tamborileando una mazurca.

El 19 de diciembre se desearon feliz Navidad en este mismo café. La facultad cerraba por las fiestas. Hablaron de vinos, tintos y blancos, y de recetas para rellenar el pavo y hornear el tronco de Navidad. Apretujadas en la banqueta y curtidadas en las mismas tareas, aunque los dominios en los que se han especializado son distintos. Cuatro literatas de juerga. Rieron. Protestaron porque una vez más habían tenido que hacerse cargo del trabajo administrativo de fin de año mientras sus colegas masculinos sacaban pecho en cócteles o en seminarios en el extranjero. «Igualdad hombres-mujeres, ¡y una mierda!», soltó Michèle Monnier, a la que no dan miedo las palabras.

—¿Qué tal las vacaciones?, ¿bien? —pregunta.

—A medias —dice Sybille, a la que le tiembla la boca.

—Estaba diciéndole a Joséphine que habían trasladado a Grégoire a Zúrich. Es un gran ascenso y... —Sybille mira el flan que le han puesto delante—. Lo hemos celebrado estas Navidades. Y cuando digo celebrar estoy siendo comedida. —Ahoga la risa, vuelve a su masaje de los costados y sube hasta el cuello. Parece una jirafa contorsionista—. No me imaginaba ni por un segundo que iría tan rápido. ¿Te das cuenta, Sybille? Tienen la misma edad,

Grégoire y... Me he olvidado del nombre de tu hijo. ¡Qué tontería! Cuando eran pequeños estaban siempre juntos. Me hago vieja, ¿sabéis?, sí, sí...

«Quizá. También yo me hago vieja. Tengo miedo a que Philippe me deje, tengo miedo a engordar, a tener los brazos flácidos, a las manchas en la piel, a las venillas estalladas, al pelo gris, a las pérdidas de orina, a los dientes descarnados, a las palpitaciones... ¿Qué vestidos voy a llevarme a Londres? No he mirado el tiempo. ¿A qué hora saldrá el tren? ¿Voy a la estación en bus o en metro? “¡Ve en taxi —me ordenará Hortense—, ahora puedes!” Tiene razón. La otra noche, después de la reunión de copropietarios, volvimos a pie, y procuraba no caminar a mi altura. La distancia entre las dos proclamaba: “Esta mujer no es mi madre, no tengo nada que ver con ella”.

Ya acostada, apagué la luz de la mesilla, me di la vuelta, escondí la cabeza bajo la almohada y lloré.»

—¿Y tú no tienes miedo a envejecer, Joséphine?

Joséphine sonríe y golpea la mesa con la mano.

—Soy astuta, he bloqueado las agujas.

—¿Y tú, Sybille? Eres más joven que nosotras, ¿no? —Sybille sostiene delante de la boca un trozo de flan al que se le dobla la punta amarilla—. ¡Sybille! ¿Qué te pasa?

—Mi hijo... Xavier...

Sybille se atraganta. Se le nubla la mirada, se le cierra la nariz para accionar un freno a la pena que la embarga. El extremo del flan cae sobre la carpeta «*La Astrea*, novela pastoril, novela río, superventas».

—¡Ah, sí! ¡Xavier! —exclama Michèle Monnier golpeándose la frente—. Ahora me acuerdo. Entonces, ¿qué pasa con Xavier?

—Se ha matado. La mañana de Navidad. Su novia lo había dejado.

Una goma apaga los ruidos y las luces; borra la sala y a los ocupantes del café. Todo desaparece en un largo silencio blanco.

Joséphine pasa un brazo alrededor de Sybille, que solloza: «No quería decir nada, creía que iba a estar a la altura, pero no puedo, no puedo...». Vuelve hacia sus dos colegas una mirada contrita, tanteante.

—Lo siento mucho, Sybille —dice Michèle Monnier—. Y yo venga a

parlotear de alegría mientras tú...

Se abrazan en la banqueta de escay salmón. Se enlazan, forman un bloque de dolor femenino. Impotentes para encontrar las palabras que pusieran una venda sobre el dolor de su amiga.

\*

Alexandre cierra la puerta del ascensor, que retumba en el silencio de la noche. «Hostia, voy a despertar a todo el edificio. Bueno, me da igual. ¿Para qué necesitan dormir estos burgueses del distrito XVI?».

Se apoya en el timbre, que resuena largamente. Oye pasos, una voz dormida que pregunta: «¿Quién es?».

—Soy yo, Alex.

Zoé aparece con un pijama blanco orlado de rosa, con el pelo revuelto.

—¿No estás en Londres con mamá y Philippe? Mamá me ha dicho que Philippe organizaba una fiesta en tu honor. Por supuesto, se supone que no tienes que saberlo.

Alexandre se bambolea en el rellano, con los brazos caídos.

—Me he fugado —dice con voz de niño.

—¡Te has fugado!

Asiente con la cabeza y murmura tan bajo que Zoé no está segura de haber entendido bien:

—¡Ay, Zoé, *I'm in deep shit*!

Da un puntapié a su bolsa de viaje, que va a estrellarse contra una puerta. Se pasa la mano por el pelo y se desploma en los brazos de su prima.

—¿Qué hora es? —dice Zoé, abrumada por aquel gran cuerpo desarticulado. Gira la muñeca, llega a descifrar la esfera del reloj y exclama —: ¡Las tres de la madrugada! ¡Esto es pasarse! Mañana tengo clase.

—Ah... —gime mientras cae al suelo, con el cuello doblado y las piernas en una gran V abierta—. No me siento bien. Tengo ganas de vomitar.

Para probar que no miente, saca una lengua gruesa y verde. Zoé retrocede, asqueada.

—¡Apesta a alcohol! ¡Has bebido!

—He estado dando vueltas por la estación del Norte.

Baja la mirada con una sonrisa ahogada para no contar lo que ha hecho. Zoé reconoce esa sonrisa medio avergonzada medio jactanciosa que proclama lo que quiere ocultar. Se encoge de hombros como una madre cansada de las

tonterías de su hijo.

—Alexandre..., ¡no eres nada razonable!

Cruza los brazos y lo contempla.

Él levanta una cara de arrepentido. Un brillo misterioso se enciende en sus ojos. Se acuerda de una ternura que ha echado en falta y que todavía echa en falta y pone una mirada melancólica, seria.

—Me gusta cuando me hablas así. Tengo la impresión de tener una mamá. Iris, mi madre, «¡de qué amor herida moriste en la orilla donde fuiste abandonada!<sup>2</sup>». —Lleva un rastro violeta en el cuello—. Oh, Llulaby, si supieras... Tengo muchas ganas de vomitar. Creo que voy a... —Intenta levantarse, se apoya en Zoé—. Voy al servicio. Estaré más lúcido después.

Camina vacilante hasta la puerta del baño, que se empeña en llamar «servicio». Le parece que es más limpio, más serio, que tiene un eco higiénico o ministerial, a elegir. «Depende de lo que uno piense de la sanidad o de la política», añade cuando no está borracho. Zoé le oye cerrar la puerta y echar los primeros chorros de bilis. «¡Ay, primito mío, qué vieja me siento cuando estoy contigo! Y, sin embargo, tenemos la misma edad. La edad en la que todo empieza. Parece que para ti siempre es el final.»

Alex vuelve al salón y se sienta cerca de Zoé. Esta le prepara una infusión de menta y verbena. Huele el ligero vapor y rechaza la tisana. Apoya la cabeza en el hombro de Zoé. Le coge la mano y entrelaza los dedos.

—Mi prima, a la que quiero y a la que siempre querré... —declama, serio.

Se le quiebra la voz, la nariz se le congestiona. Zoé se inclina hacia él.

—¿Lloras?

Levanta la cabeza en su dirección y declara, desilusionado:

—*I am a nobody*. Un tío mierda. Y lo peor es que todo el mundo va a saberlo. Cuando solo estaba yo, todavía podía resignarme... —Una risotada agita y sacude su cuerpo—. ¿No soy magnífico en mi desesperación? Voy a recitarte unos versos de Shakespeare que cuentan la historia de una esperanza seguida de una gran caída.

—Pero ¿de qué hablas, Alex? ¡Son las tres de la madrugada! No tengo la cabeza para adivinanzas.

Hunde la barbilla en el cuello de su jersey azul celeste, anudado sobre la bufanda gris que oscurece el verdiazulado de sus ojos. Zoé nunca ha sabido si eran verdes o azules. Su madre asegura que son azules, Hortense dice que

verdes.

—Lullaby, estoy jodido y él va a saberlo.

—¿Quién?

—El hombre al que quiero y admiro más que nada. —Alexandre se frota un ojo con un dedo doblado—. El hombre que cree en mí tanto que me da vergüenza y querría morir...

—¿Tu padre?

—Cree que navego en pleno éxito, mientras que, en realidad, estoy acabado. No tengo los recursos financieros que requieren mis ambiciones.

—¿Y el codo de Caravaggio? Tenía que reportarte varios millones.

Alexandre ríe burlón. Ejecuta un desenvuelto molinete con el brazo.

—¡Fin del trayecto! Todo el mundo baja. Nadie quiere prestarme un duro. Al parecer, no tengo credibilidad. No me mires así. Me da mucha vergüenza, soy un fracaso total.

—Deja de dramatizar. No es más que un problema de dinero.

—¡Nada más que un problema de dinero! —Se incorpora con un golpe de riñón. Se golpea la frente—. Pero ¿en qué mundo vives, Lullaby? ¡Despierta! Hoy todo es cuestión de dinero. Sin embargo, sabes qué es el becerro de oro, ¿lees la Biblia por entregas!

Zoé enrolla y desenrolla las mangas del pijama como si fuera la ocupación más noble del mundo.

—No para mí. Me la refanfinfla. El dinero es un predador traicionero que se te come vivo. Con él acabas de brocheta de barbacoa.

Alexandre salta sobre sus pies, lanza de cualquier manera la bufanda a un sillón y cruza el salón a grandes pasos elásticos.

—La brocheta para barbacoa te va a explicar algo. —Hace una pausa, se frota la nariz y reúne sus ideas—. Los bancos se niegan a prestarme dinero. Necesito cuarenta y tres mil setecientos euros para rembolsar mis préstamos y lanzar mi página web. —Zoé, tumbada en el sofá, escucha con los ojos medio cerrados—. Incluso con el codo de Caravaggio, tienen miedo a comprometerse, dicen que podría ser falso, que semejantes descubrimientos ya no suceden hoy en día, que los certificados de autenticación expedidos en Nueva York no son suficientes. —Zoé lo escucha, imperturbable—. Prefieren mandarme a la ruina. ¡Qué digo a la ruina! —Levanta los brazos, invoca al cielo y grita—: ¡A una fría y húmeda mazmorra donde pudrirme!

—¡Para, Alex! Tu padre nunca dejará que te pase eso.

Una violencia insólita deforma los rasgos de Alexandre. Se levanta, se

vuelve a sentar, se levanta, se sienta de nuevo y se lleva las manos a la cabeza como si amenazara con explotarle.

—¡Nunca le pediré ni un céntimo! ¡Antes me muero! —Zoé levanta la mirada al techo—. Lullaby, soy sincero. Voy a matarme. Todavía no sé cómo, pero estoy resuelto a ello. —Su cara expresa la serenidad del que ha reflexionado largamente y ha tomado una decisión—. He venido a decirte adiós. Eres una persona magnífica. Nunca dudes de ti misma. Nunca dudes del amor que hay en ti. —Suelta una carcajada maligna—. Me he reído tanto de ese amor, de ese corazón que rebosa buenos sentimientos..., de tu entusiasmo, de tu ingenuidad, ¡incluso de tu inocencia!

Zoé se estira y bosteza.

—¿Ya has acabado tu numerito? —dice mirando la hora—. El preparatorio es algo serio. Hay que dar el callo. Y para dar el callo hay que dormir.

—Perdóname. Había olvidado que eras una chica seria.

Zoé hace como que no lo ha oído y se levanta.

—Instálate en la habitación de Hortense. —Alex pone cara de sorpresa—. Hortense duerme en el taller. Callé Panamá, distrito XVIII, París. El desfile es dentro de tres semanas.

—Ah... —deja escapar despechado—. Se me envía a la cama como a un niño. ¡Humilde final para un discurso tan bonito!

Alarga el brazo para atrapar a su prima y bloquear su arrancada.

—Tengo sueño, Alex. —Zoé se aparta, reajusta la caída de su pijama y, mirando a los ojos de su primo, pregunta—: ¿Cuánto necesitas? Quiero decir, para salir de la mazmorra.

—Cuarenta y tres mil setecientos euros —suspira Alexandre.

—Mañana los tendrás.

—Pero... pero...

—¿Confías en mí?

—A muerte.

—Entonces, ve a acostarte. Y duerme.

«Muy propio de Alex, eso de venir de improviso a las tres de la madrugada para anunciarme que va a morir.

»Tenía una pinta curiosa con su cuerpo larguirucho y delgaducho, con ese moretón en el cuello. ¿Puede ser una marca de estrangulación? ¿Se ha peleado o le han dado un chupetón?

»Mira por dónde me libro del dinero: “Si el dinero no da la felicidad, entrégalo”<sup>10</sup>. Yo lo he dado. Soy otra vez libre, libre, libre. Y estoy en paz conmigo misma. La vida es muy bonita cuando nos ponemos de acuerdo con ella. Tenía miedo de que el dinero me cambiara. Al principio, no me hubiera dado cuenta. Luego me hubiera apegado a él. Le hubiera tomado el pulso. Habría querido que tuviera hijos. Lo habría multiplicado y sumado. Los rasgos tensos, la expresión inquieta.»

Vuelve la vista al cielo. La ventana está abierta. La noche es tibia. La luna brilla, oye el rumor de los árboles de la avenida, que es como el ruido del envoltorio de aluminio de una tableta de chocolate.

Si Hortense estuviera allí... «Miraríamos la luna, nos preguntaríamos si en el ancho mundo habría otras dos hermanas que la contemplaran así, acostadas en la misma cama.

»Hablamos mucho, Hortense y yo.

»Menciona cosas íntimas. Una noche me habló de Gary como si quisiera tranquilizarse, probarse que seguía teniendo un sitio en su vida. Me preguntó si debía responder enseguida a la caja de *franc-pipeau*. Le dije que eso dependía: “¿Tienes algo que reprocharle?”. Me contó la historia de Calypso, la violinista encantadora: “No muy alegre, ¿sabes, Zoé?, pero cautivadora. Te digo que esa chica no durará mucho en esta tierra, que un día desaparecerá atrapada por su violín de tan divina que es”.

»—¿Eso te pone triste?

»—Sí.

»—¡Lo nunca visto!

»—No quiero dejar entrar la tristeza. Estar triste no hace que las cosas avancen. Al contrario, cede el paso a la desgracia.

»—Pero ¿cómo sabes eso?

»—A fuerza de ver sufrir a mamá por todo. He decidido ser lo contrario.

»Era una explicación.

»Lo bueno con Hortense es que plantea una pregunta y la responde. Incluso aunque su respuesta no sea correcta. Es su respuesta.

»Por eso ella es Hortense, y no hay dos como ella.»

Adrian pasa por la plataforma que vigila Jérôme.

Desde hace poco, una gran flecha roja indica «Reducir la velocidad. Despacho de verificaciones». Lo que «verificaciones» quiere decir nadie lo sabe. Excepto Jérôme, que ha clavado la gran flecha roja.

Adrian ignora la flecha roja y acelera. Jérôme salta de su despacho acristalado y corre detrás del camión.

Hace gestos a Adrian para que pare.

Adrian baja el cristal de la ventanilla.

—¿Necesitas algo?

Jérôme recupera el aliento y golpea con el pie la rueda delantera.

—¿Qué haces con este camión?

—Ya lo ves, conduzco.

—Está reservado al transporte de mercancías y a Stella.

—¿Quién ha dicho eso? —replica Adrian sonriendo con su sonrisa rápida. Mete la primera. Jérôme salta al estribo. Agarra el brazo de Adrian a través de la ventanilla bajada—. ¡No me toques! —ordena Adrian apretando los dientes.

—¿Respondes a mi pregunta?

—No tengo ganas.

Jérôme lo mira, estupefacto.

—¿No tienes ganas?

—No. —Lívido, con la mano agarrada al brazo de Adrian, Jérôme busca una réplica mordaz. Tartamudea: «Tú-tú-tú». Mira a Adrian, incrédulo—. Será mejor que te bajes, voy a arrancar —dice Adrian.

Empuja a Jérôme. Sube el cristal. Se aleja en medio de una nube de polvo mientras hace saltar la gravilla.

Jérôme cae al suelo, aturdido.

\*

Casi es mediodía. El sol da en la fachada acristalada del despacho. ¿Cuándo llegará el invierno? ¿Qué es lo que no marcha? ¿Y desde cuándo? Vuelve a su despacho, da una patada a la silla con ruedas. La silla choca con un cajón y se da contra la pared. Jérôme barre con el brazo un clasificador de su mesa. El clasificador cae. Los últimos inventarios de las existencias salen volando. Las columnas, las cifras negras de las entradas, las rojas de las salidas, los resultados resaltados con un Stabilo amarillo... Tiene un doble

resumen, uno a lápiz y otro en el ordenador. El lápiz lo tranquiliza. Y además puede borrar y corregir. Maurice asegura que anda en chanchullos. Que tiene su pequeño mercado negro. Que para eso le sirve borrar y corregir. ¡Ese siempre diciendo porquería de la gente!

Una cucaracha recorre la pared para ir a refugiarse bajo el rodapié. Jérôme intenta aplastarla de un taconazo. Falla y maldice. Luego se agacha para recoger las hojas. Falta el último trimestre. Vuelve a su mesa, busca en los cajones y abre otras carpetas. «¿Quién ha podido birlarme el inventario de las existencias? ¿Quién es el cabrón que ha entrado en mi despacho y me ha birlado mis inventarios?»

Se lanza a las escaleras y corre en busca de Julie.

Inclinada en su mesa, estudia las cifras.

Jérôme se sitúa detrás de ella y la besa en el cuello.

—¿En qué estás trabajando, cariño?

Gira sobre sí misma en la silla, se sopla un mechón que le cae en los ojos y suelta:

—Tienes razón, alguien está robando existencias.

Jérôme observa la cara de Julie, sombría, decidida. No conocía esa cara, casi le da miedo.

—¿Cómo te has dado cuenta?

—Esta mañana he pasado por tu mesa y he cogido los últimos inventarios. He ido a la nave y he hecho que Maurice pese el cobre. Falta, ¡y no poco! Doscientos kilos. A tres euros cincuenta el kilo, haz el cálculo. Si nos quitan doscientos kilos por semana más lo que no sé... estoy en un aprieto. —Agita las manos por encima de la cabeza para demostrar que está completamente sobrepasada. Él la mira y calla—. ¡Jérôme, esto no había pasado nunca! ¡Jamás! Aquí confiamos. Tú lo sabes perfectamente.

—¿No has visto nada sospechoso en las cámaras?

—Nada. Las idas y venidas de Maurice, Boubou, Houcine, tú..., pero nadie más. Debe de haber un ángulo muerto en alguna parte o el trapicheo se hace en otro sitio. He pedido a Maurice que ponga otra cámara. Alguien hace chanchullos, eso seguro.

—¡Te lo dije!

—Pero a la vez no me lo puedo creer. Conozco a todos los que trabajan aquí y no me puedo imaginar que ni uno solo pueda querer estafarme. —Él la

toma en sus brazos. Lleva el jersey amarillo azafrán que le ha comprado en la Farfouille. Escogió una talla un poco pequeña, pero de todos modos le queda bien. Le marca los senos, así que... Le gustaría mucho que tuviera un poco más de pecho—. ¿Para qué venías a verme? —pregunta Julie.

—Adrian. Ha cogido el camión de Stella.

—¿Y?

—Se ha negado a pararse delante de mi despacho. He tenido que correr detrás de él y me ha insultado. Me ha dicho que lo que hacía no era de mi incumbencia, que era libre de ir y venir por la empresa. Pero no soy tonto, he visto que el volquete estaba vacío mientras que ayer estaba cargado.

—A lo mejor Stella le ha pedido que...

—Stella no estuvo ayer. Pidió la tarde de permiso.

—Por eso le ha llevado el camión.

—No creo.

—¿Habrás querido echarle una mano con un cargamento?

—No es cosa suya ocuparse de eso. Le toca a Stella. El camión solo debe conducirlo ella. Tienes que redactar una directriz en ese sentido, Julie. Tú eres la jefa. —Julie baja la vista y suspira. Jérôme le roza la mejilla con una caricia—. No te preocupes, cariño. El cerdo que nos roba no se lo llevará al paraíso. Voy a pillarlo, te lo prometo. Si no es Adrian, mejor todavía. Si es él, tendrá que explicarse. Ya no estás sola, estoy aquí.

\*

La mujer de la limpieza se ha ido. La comida se templó en la cocina de gas. Un pollo a la vasca en una gran olla de fundición gris. Solo hay que recalentarla. Ha puesto la mesa en el comedor, ha plegado dos servilletas blancas, ha cortado el pan y lo ha cubierto con un paño limpio para que no se reseque. Ha puesto un encendedor junto a unas velas blancas. Ha dejado una notita: «La tarta de manzana está en el horno, hay que calentarla cinco minutos a 80°, no más. Pueden añadir una bola de helado de vainilla, hay en el congelador». Ha añadido una posdata: «Que tengan una buena velada, hasta mañana. Jacqueline».

Dakota observa la mesa. Falta una mancha de color. Va a encontrar aquello como demasiado blanco. Ve una rama de *Photinia red Robin* detrás de la ventana. Coge unas tijeras de podar y sale a cortarla. La dispone en un pequeño jarrón de cuello alto. Piensa. Vuelve a salir a cortar un poco de

ramaje para darle cuerpo al ramo. Asiente con la cabeza, satisfecha.

Va a llegar, cansado por su larga jornada, y estará contento de ver una mesa bien puesta. Depende de ella que esté feliz cuando vuelva por la noche.

Oye la puerta del vestíbulo abrirse. Se pone en guardia, con la sonrisa en los labios.

—¡Buenas noches, papá! —lanza, feliz.

—Buenas noches, hija.

—¿Has tenido un buen día?

—No he parado ni un momento. ¿Me pones un güisqui? —Ella conoce el ritual. Dos dedos en un vaso. Sin hielo en invierno, con hielo en verano. Se precipita hacia el bar de brillante caoba y abre las dos puertas de abajo—. Una señorita de verdad no corre. Una señorita de verdad se desplaza grácilmente —dice el padre mientras se quita la chaqueta y se desanuda la corbata.

Dakota vierte el güisqui. Vuelve paso a paso hacia él. Le ha puesto un posavasos bajo el vaso para no dejar manchas en la mesa baja. Él coge el güisqui, se instala en un sillón y despliega el periódico.

La olla de fundición gris está vacía. Solo quedan dos hojas de laurel ennegrecidas y una ramita de tomillo calcinada. Han devorado el pollo y el arroz. También la tarta de manzana, sin helado de vainilla. Él cuida su línea. El concierto de Brahms que ha elegido para acompañarlos se acaba.

A continuación viene un largo silencio. Él ha apreciado el pollo y la tarta. Se relaja.

«He hecho bien preparando el ramo, lo ha mirado varias veces durante la cena.»

Aparta el plato. Hace el gesto de levantarse, cambia de idea y vuelve a sentarse. Baja la vista, se muerde los labios, aspira aire por la boca, lo espira, la vena de la sien derecha se le hincha, señal de que reprime su cólera.

Dakota aprieta los codos.

—No me habías dicho que tu colegio iba a llamarse Ray-Valenti —dice con voz sorda. Ella abre los ojos como platos y alarga el cuello—. ¡Deja de hacer la rana! Me da horror.

—No lo sabía.

—¿No lees los periódicos? —Avergonzada, niega con la cabeza—.

Deberías. —Se levanta. Se limpia una vez más la boca con la servilleta blanca —. Mañana no te veré. Me voy muy temprano. Jacqueline estará aquí si necesitas algo.

—Ya no soy un bebé.

—Razón de más para leer los periódicos y tener una conversación interesante. Duerme bien. Y no olvides apagar las velas.

Baja la cabeza, desanimada. No le ha dicho qué periódicos había que leer.

Recoge mientras canturrea una nana que le cantaba su mamá. Bajito, para que no se la oiga. Con palabras inventadas por ella. *Gouli gouli da da da, gouli gouli la la la.*

¿El colegio va a llamarse Ray-Valenti?

Por la noche, para dormirse, imagina que está sola con Ray Valenti, lo ha atado a una silla. Le quema los pelos de la nariz, le revienta los ojos con un atizador. Le grapa las orejas —clac, clac—, la sangre salpica, ella aplaude y grita desgañitándose. ¡Y no se ha acabado!

Solo entonces se duerme.

\*

Milan vive en el 46 de la calle Belgrado, detrás del cementerio Père-Lachaise. Adrian había intentado contarle el origen del cementerio, cómo durante mucho tiempo lo desdeñaron los parisinos. Hizo falta que en 1871 la alcaldía de París organizara con gran fanfarria el traslado de los restos de Abelardo y Eloísa, de Molière y de La Fontaine para que el cementerio se convirtiera en unos meses en el lugar de moda para ser enterrado. Milan preguntó que quiénes eran Molière y La Fontaine y que a quién habían matado.

Aquel día Adrian se dijo que Milan puede que fuera un compatriota originario del mismo sitio de Rusia que él, pero en ningún caso un aliado o un amigo. También pensó que era desagradable compartir habitación con un tipo que no hacía ningún esfuerzo por utilizar su cerebro y, peor todavía, que estaba orgulloso de ello.

Ha pasado a verlo para anunciarle que van a detener su artimaña en el Fouquet's. Debe proceder con tacto. Milan saca rápido los cuchillos y no distingue contra quién los usa. Le gusta decir que la primera palabra que

aprendió en francés fue *sacudir*, en el sentido de «Voy a sacudir a ese tío».

Para suavizar sus palabras y crear una complicidad entre machos, Adrian le hablará de Jérôme y su último enfrentamiento. A Milan le gustan las historias de peleas. Aprieta los puños y tensa los músculos. Así le será más fácil anunciar que su acuerdo se ha acabado. Añadirá que «temporalmente», para que no explote.

Milan insiste en que bajen a hablar al café.

—Hay una camarera... Me parece que estoy colado. Y no sé cómo actuar.

Sale de la ducha con una toalla marrón alrededor de la cintura y busca su ropa. Sus dedos de los pies parecen camemberts viejos llenos de costras. En algunos, la uña está agrietada y la piel con ampollas, como si tuviera hongos. Adrian se pregunta por qué se pone zapatos puntiagudos.

—¿Cómo me visto? —pregunta mientras se seca.

Unos tatuajes surcan su espalda. Cifras, letras, un águila negra con las alas desplegadas que lleva un sable en el pico.

—Bueno..., como tú quieras.

—¡No! Por la camarera. Te lo he dicho, me pone nervioso.

Toquetea la medalla que le cuelga del cuello. Una virgen de cabeza ovalada inclinada hacia el Niño Jesús.

Adrian ve un pantalón de faena y una camiseta negra que lleva el nombre de un grupo de rock ruso, Suck My Dick. Se los tiende a Milan, que se peina ante un trozo de espejo colgado encima del lavabo.

La camarera los recibe con un arisco «¿Van a comer o beber?». Es rubia, un poco anémica, muy maquillada, haciendo alarde de ese desdén propio de las chicas que han decidido que valen más que los tíos que las rodean.

—¡Dos cervezas! —suelta Adrian, que no tiene ganas de ser zalamero con la señorita.

Se deja caer en la banqueta desfondada.

—¿Qué te parece? —pregunta Milan en un cuchicheo inquieto.

Se masajea las articulaciones, el cuello y los hombros, y espera la respuesta de Adrian.

—Una tía.

—¡Tú no estás bien!

—Digamos que tengo algunos problemas y digamos también que tengo que hablarte de una cosa.

—¿Cuál es tu problema? No hay problemas, solo hay amigos.

La camarera sirve las dos cervezas. Las abre apoyando las botellas contra el vientre. La vista al techo. Milan ya ha debido de hacerse notar porque ella lo ignora ostensiblemente.

Adrian vierte la cerveza en su vaso y le cuenta lo de Jérôme, Julie, las amenazas... Milan lo escucha toqueteando su tatuaje, *Life is a joke*. Se pellizca la piel, la levanta, la pliega; Adrian lee *Life is* o *Li joke*. Es como un acertijo.

—¡Ya me encargo yo de ese imbécil! —eructa Milan—. No te molestará nunca más.

Adrian golpea la mesa con el culo de la botella y la mirada baja.

—¿Encargarte cómo?

—Se lo suprime, es todo.

—Pero, Milan...

—¿Y por qué no? Dame una buena razón.

—Se trata de una vida humana.

Adrian ha levantado la cabeza y examina a su amigo. No pensaba que Milan fuera a arrancar tan rápido. El tío ha quemado algunas neuronas desde la última vez.

—No tienes nada que temer. Son profesionales. Hacen un trabajo limpio.

—Igualmente, ¡nada de suprimirlo!

—¡Perdona! No creí que lo llevaras en tu corazón.

Milan tiene una sonrisilla que dice «No te pongas remilgado».

—Sí, pero de ahí a... hacerlo desaparecer.

—No cuesta caro. Unos cinco mil euros.

—¡Pero no es cuestión de dinero! —se indigna Adrian.

—¿De qué, entonces? No entiendo. Ellos no te conocen, tú no los conoces. El encargo pasa por intermediarios, sin pistas que lleven hasta ti... Solo necesito saberlo. Si te molesta o no. Si te molesta, pam, pam, ¡y ya no te molesta más!

—Seguro que, visto así, no hay mucho sitio para la moral.

—¿Qué moral?

—La que dice que no hay que matar al prójimo.

—La moral es un puto cuento chino. Cosa de maricas.

La chica pasa, vuelve a pasar y los roza. Parece que provoque a Milan expresamente para tener el placer de mandarlo a paseo.

Adrian piensa en la Parisina y eso le provoca una sacudida eléctrica en la

entrepiera. La chica es increíble en la cama. Cuando deja la habitación, apenas tiene fuerzas para apoyarse en el botón del ascensor. Y ella, ella baja andando. Habla por teléfono. Quejándose de que va con retraso pero que está bien, que no es el fin del mundo. A propósito de esta chica, la pregunta correcta es: «¿Cuándo lo dejo?».

Se niega a plantársela.

Aprieta los dedos alrededor de la botella.

—Te juro que no hay ningún riesgo de ser descubiertos —insiste Milan.

—¿Tú sueñas? La gente siempre acaba por irse de la lengua, deberías saberlo. ¿Lo has hecho alguna vez ya?

—He hecho de intermediario. Cuantos más intermediarios, más difícil pillarte. Es un oficio, el de intermediario. Que no encontrarás seguramente en la oficina de empleo, pero que genera. Sin mancharse las manos, se hace pasar el encargo, y al final te quedas una comisión, como en Rothschild.

—¿Y puedes dormir tranquilo?

—¡No irás a decirme que tu madre se llamaba María y que tú eres el Niño Jesús!

La mirada de Adrian recae en el tatuaje de Milan, perfectamente legible, *Life is a joke*. La vida es una broma.

—No me puedo creer que la camarera no te excite —dice Milan, meneando la cabeza, y le lanza a Adrian una mirada ligeramente asqueada: «Marica»—. No te gusta nada. Ni las soluciones que te propongo ni las chicas que te enseño. No sé lo que te pone cachondo.

Suspira. Se limpia un diente con la punta de la lengua. Aspira para sacar el trozo atrapado. Tuerce la boca. Emite un silbido húmedo. Extrae una cerilla del bolsillo y se saca al intruso. Luego la lengua vuelve a hurgar en otro diente.

—Deberías ir al dentista —dice Adrian.

—No tengo posibles. A propósito..., ¿cuándo volvemos al negocio? Necesito pasta.

Juega con la cerilla, la hace girar de un dedo a otro como el bastón de una *majorette*.

—Lo dejamos.

—¿Y eso?

—Entro en vereda, actuaré dentro de la legalidad. Quiero montar mi propio negocio.

—Pero ¿me necesitarás todavía para alguna jugada?

—Voy a intentar jugar limpio.

Entonces, a los ojos de Milan, se convierte realmente en un marica. Está escrito en letras grandes y parpadea: «Maricón, maricón, maricón».

—¿Y yo de qué vivo?

—Cuando el negocio esté en marcha, ya veré... Entretanto...

El bastón de *majorette* falla un lanzamiento y cae en la mesa. Milan lo rompe entre los dedos. Busca las palabras, se atraganta. Acaba por escupir:

—¡Me dejas tirado, vaya! La solidaridad entre colegas es algo muy bonito. ¡Si te crees que me vas a dejar a un lado así como así...! ¡Tengo amigos, y no son unos Ositos Amorosos precisamente!

—¿Los tíos que matan por contrato pasándose el marrón?

No ha podido contenerse. No es muy inteligente, pero le sienta bien. Milan le causa horror. Ya no tiene ganas de estar vinculado a él. Ni siquiera por un hilo tenue.

—¡Exacto! ¡Y no te dejarán escapar!

Milan tira un billete en la mesa para pagar las cervezas y sale agarrando el culo de la camarera, que se gira sobre sí misma y le grita:

—¡Ya está bien! ¿Quién se cree que es su amigo?

Adrian se encoge de hombros, se levanta y la saluda con un gesto de la mano que pretende ser compasivo. Empuja la puerta del bistró y se dirige hacia el metro.

Acaba de decir adiós a lo que le quedaba del pasado. Quizá sea para bien, quizá para mal.

Para esta pregunta no tiene respuesta.

\*

Henriette espera en el rellano del sexto piso.

Sin aliento. No hay ascensor para las buhardillas.

Ha subido con esponjas, un balde, lejía, una fregona y un bote de Don Limpio. Simula que va a hacer la limpieza. Su misión: vigilar la buhardilla de Nicole Sergent. Pegar la oreja a la puerta. Se vuelve, mira a derecha e izquierda y espía. Nadie. Nicole Sergent ha salido. Ha pasado ante sus narices y no ha visto nada.

Recoge el balde, la fregona, la lejía y el Don Limpio. Vuelve a bajar al patio y se cruza con la descarada del tercero, que le dice: «¿Vamos tirando, señora Grobz?». Fuerza una sonrisa mientras piensa «Gilipollas». Se encierra

en la portería. ¿Cómo no ha visto a Nicole Sergent salir? La portería tiene dos puertas, una da al gran vestíbulo, y la otra, al patio. Vigila las dos. Registra el correo, sube al sexto piso todos los días con sus bártulos. Menea la cabeza, murmura una andanada de injurias y se hunde una horquilla en el moño y luego otra y otra. Vaporiza un poco de laca. Eso la relaja. Enciende la tele. Un partido de fútbol. Se fija en las piernas de los jugadores: «¡Bonitos jamones!». Se calma y reflexiona. Cuando sale, Nicole Sergent va al parque Monceau a dibujar parterres de flores. Nadie se le acerca.

Sigue dándole vueltas mientras aprecia las piernas de los jugadores cuando llaman a la puerta.

—¿Qué quiere? —ladra—. La portería está cerrada.

—DHL. Para la señora Sergent.

Henriette se precipita a abrir la puerta. Alarga la mano.

—¿Dónde firmo?

—Tengo que dárselo a la interesada. Es un certificado.

—Tengo una autorización escrita de la señorita Sergent. Si no, puede subir al sexto piso sin ascensor. Acabo de venir de allí: no está. También puede volver más tarde. Como quiera.

El mensajero lleva unos auriculares tan grandes como los motores de un Boeing. Parece la cabeza de una rana puesta de anfetás. Dividido entre el alboroto de su música y las palabras de Henriette, intenta hacer una síntesis. Entrecierra los ojos, los guiña y acaba por decir:

—Enséñeme el papel.

Henriette va a buscarlo. Se lo tiende al chico. Parece que le cuesta leer. ¡Debe de tener menos luces que un barco pirata!

—Mírela —dice Henriette—. Tengo fotocopias.

Le da un viejo Bic mordisqueado que lleva colgado del cuello y espera a que firme mientras da saltitos sin moverse del sitio. Henriette hace un garabato.

El mensajero le entrega un gran sobre y se aleja. Boxeando con su sombra. Henriette levanta la mirada al cielo y va a sentarse, el chico le ha producido mareos.

El sobre está a nombre de la «Señorita Nicole Sargent».

El remitente ha dibujado dos corazoncitos debajo de la dirección. ¡A su edad! ¡Un pretendiente! Henriette gira y vuelve a girar el gran paquete blanco

de formato 24 × 36, cubierto de anchas tiras de cinta adhesiva marrón. Será difícil despegar todo eso sin que se vea.

Se queda reflexionando un momento, sentada en el sillón, con el paquete en las rodillas. Hasta que, impulsada por una fuerza invisible, abre un cajón, toma un cúter, se lanza sobre el paquete y lo destripa. Una espuma compacta amarilla se extiende. La aparta, separa un documento envuelto en papel burbuja y despega la última muralla de celo. Cae una hoja, una nota escrita a mano: «Para ti, querida, este dibujo de Auguste Rodin, como prueba de mi amor. Que te haga compañía hasta que volvamos a estar juntos. Robert».

Así que Nicole Sergent tiene un pájaro que le hace regalos. ¡Y no cualquier cosa! ¡Un Rodin! Lee el nombre del remitente: Robert Sisteron. ¿Sisteron, como la ciudad?

¿A quién llamará antes? ¿A la condesa que la soborna o a Hortense, que es su preferida? Una turbia sonrisa le deforma los labios. Por primera vez en su vida va a traicionar el afán de lucro: llamará a Hortense.

Explicará a Nicole Sergent que su paquete ha llegado destripado. Son cosas de los tiempos que corren, ya no hay conciencia profesional, no hay más que salvajes y blablablá y blablablá. Se sabía la canción de memoria.

\*

Se ha convertido en una costumbre.

Cuando Gary sale de la escuela, al final del día, se va adonde lo lleven los pies. *These Vagabond Shoes*. Baja por Broadway hasta Columbus Circle y se detiene delante de la *liquor store* donde sigue la botella de *franc-pipeau* en su trono de terciopelo azul real. La interroga con la mirada: «¿Por qué no llama Hortense? ¿Por qué?». La botella no responde. Baja la capucha de su trenca, hunde los puños en los bolsillos y se dirige hacia la Séptima Avenida. O la Sexta. Ya llueva o nieve, o el viento le arañe las mejillas como si fuera papel de lija, sigue a sus pies. Reconoce las tiendas, las caras y los rótulos. Están impresos en su memoria y lo tranquilizan. Si siguen allí, es que todavía no ha llegado el fin del mundo. El viejecito que vende las camisetas de *I Love New York*, candados y maletas, sentado detrás de la caja, con un transistor pegado a la oreja; los bicitaxis, que arengan al cliente; la manicura china en bata rosa que se fuma un pitillo durante un descanso. Un poco más lejos, en la esquina de la calle 59 con la Séptima Avenida, en el gran vestíbulo acristalado de un edificio, ve la gorra y el pelo blanco de Walter, el *doorman*. Está informando

a una anciana encorvada sobre su bastón. Debe de estar diciéndole que no es razonable salir. Gary vivió en ese edificio cuando llegó a Nueva York. Walter le enseñó las sutilezas de la ciudad, el metro, el tiempo, los bares, los autobuses, los sitios donde comer las mejores hamburguesas... Le decía: «Harías mejor haciéndote fotos que perdiendo el tiempo tocando el piano. ¿Sabes cuánto gana un modelo?». Y chascaba los dedos. Gary le compraba güisqui. Walter lo escondía debajo del mostrador y por la noche echaban un trago. La mujer de Walter, Marjie, acababa de morir, y Walter trabajaba día y noche. «¡Cincuenta años de matrimonio desaparecidos en tres meses de enfermedad! ¡No debería estar permitido!» Se quitaba la gorra azul marino y se rascaba la nuca mientras suspiraba; el borde de la gorra descansaba sobre la punta de la nariz y le dejaba una marca.

A Gary le gustaría hablarle de Hortense, pero es difícil que lo entienda. Walter diría que se lo tenía merecido, que había que pensar antes de zigzaguear.

Y no se equivocaría. Pero...

¿Por qué no llama?

No se ha mostrado enfadada. Cuando llama pone voz de operadora: «¿Todo bien, Gary? ¿Hace buen tiempo en Nueva York? ¿Tienes previstos conciertos? ¿Concursos, audiciones?». Como si recitara un texto aprendido de memoria. Añade que no tiene tiempo: «El desfile, ya sabes, la noche, el día, los mensajeros, las decisiones que tomar, sigue sin llegar el cuero, espero los tejidos, ha habido que rehacer el volumen de una manga, eso nos ha costado dos días, necesito más trabajadoras y no las encuentro, la competencia se ha llevado a las mejores, no me llegan más que inútiles, ayer pasé la mañana respondiendo a las preguntas de la periodista del *Vogue* chino, le enseñé los modelos, es hiperimportante, ella decidirá si su redactora jefa vendrá o no al desfile, y ¡necesito a los chinos! Elena me marea, Picart me marea, me bombardean con consejos contradictorios y nunca sé qué pensar, saben más que yo, vale, ¡pero es mi colección! Estoy harta, harta, me gustaría desaparecer en una isla desierta o en la oscuridad de un cine, no hacer nada, no decir nada, comer helados de limón y cerrar los ojos mientras cuento ovejitas».

Farfulla lo primero que se le pasa por la cabeza, pero ya no tiene la cabeza para nada, y ella acaba con un «Te dejo» seguido de un clic.

Vuelve a llamar al día siguiente y es lo mismo.

«No tengo tiempo, no tengo tiempo.» Nuevas dificultades: «Estamos

amontonados en este estudio, la máquina de café ha tenido una fuga de agua y se ha derramado por una mesa, arruinando la parte de arriba de un vestido, hay que gritar para hacerse oír, todos trabajan con auriculares en las orejas, ya no me queda voz, me duele la cabeza, hace dos meses que no tengo la regla, ¡es una locura! Me trago las aspirinas como caramelos y, además, la guinda del pastel: voy a jugarme la vida y mi carrera en dieciocho minutos, dieciocho modelos, ¡es de locos! Es dentro de quince días, no llegaremos a tiempo. ¿Nos llamamos? *Ciao!*».

Y cuelga. Un ruido seco, como una bofetada.

Él se queda aturdido. No ha podido encajar una palabra ni de canto.

Contempla los ladrillos rojos del edificio de enfrente, los canalones negros, las ramas de un árbol envuelto en guirnaldas navideñas; qué tonto, este árbol; la Navidad se ha acabado. Luego se endereza, profundamente herido: «Se dice *ciao* a un amigo, a una amiga, al perro, al farmacéutico..., no a quien te quiere.

»Me está haciendo pagar lo de Calypso».

A veces le entran ganas de presentarse: «Hola, me llamo Gary Ward, soy pianista, voy a acabar mis estudios en la Juilliard School de Nueva York, tengo veinticinco años, ¿te acuerdas? Piénsalo bien: he nacido en Escocia, mi padre renegó de mí, mi madre se llama Shirley y mi abuela Isabel es reina de Inglaterra. Nos conocimos en Courbevoie. Teníamos catorce años, estaba loco por ti y tú no me mirabas. Iba mal vestido».

Podría añadir: «Para olvidarte, descifraba partituras. Nada más me calmaba. Reacomponía la melodía en mi cabeza. Cambiaba una nota o dos, solo por probar. O cogía un martillo y golpeaba todo lo que pillaba. Eso me sentaba bien. A continuación aprendí a grabar los sonidos producidos por el martillo y a hacer melodías. Siempre para olvidarte.

»¿Te acuerdas?

»Calypso.

»Nunca podría explicarle Calypso a Hortense. Sería como venderle un

bikini a una esquimal.

»Hace un rato, cuando he fallado mi *staccato* en el segundo movimiento de la *Sonata en sol mayor* de Ravel, he tenido ganas de llamar a Calypso: “Ayúdame, *please*, ayúdame”. Me atasco con ese *staccato*. Mi dedo cae en el teclado como un árbol abatido. Y mi pulgar se agarrota cuando debería deslizarse bajo la mano para ir a buscar la nota.

»Calypso observaría mi interpretación y diría: “Eso te pasa porque no anticipas. Tienes que prever la nota que viene. Prepararte para tocarla”. ¿Y mi trino en el sol? “¡Demasiado pesado, demasiado pesado! Tus dedos son yunques. Un trino es ligero, gracioso. Ravel no es un herrero jadeante. Te falta gracia, Gary. Ese segundo movimiento es aéreo, la melodía se precipita. La poesía. El murmullo de una ensoñación. Es necesario que te sueltes, que te dejes ir”.

»Calypso pondría sus largos dedos de libélula en las teclas negras y blancas, cerraría los ojos, se entretendría un momento con Ravel —porque habla con Ravel como con Mozart o Beethoven— y este bajaría al piano y tocaría solo para mí, para enseñarme.

»Calypso tiene esa fuerza».

Pasa junto al Carnegie Hall, vuelve a pensar en el juramento de la calle 66. En las palabras que le parecieron admirables cuando las pronunció. ¡Farsantes que se pavonean! Burbujas de mentiras que estallan.

«Estoy mal. Quiero que camine a mi lado, que proteste por el frío, que me pregunte: “¿Y si vamos al cine?””. Como si estuviéramos en París, donde había cines por todas partes y cafés para ir después a discutir sobre la película. Quiero que mi *staccato* deslumbre, que mi trino se deslice, que la gente pierda el sentido. Quiero ser Ravel y Beethoven.

»Soy un enano.

»Porque Hortense está lejos, porque Hortense se muestra fría.

»Quiere a otro.

»El tono de su voz la traiciona. Ese pequeño *legato sostenuto* que dice con

afectación: “Si supieras, Gary, si supieras cómo me la clava, cómo me estremezco, cómo gimo”. No me lo dice, pero su voz lo canta.

»La última vez que hablamos por teléfono, el viernes, me dijo: “Pero sonrío, Gary, sonrío, estás gruñón”. Le he dicho que cómo lo sabía. Entonces me ha soltado con un tono de mujer satisfecha, misteriosa y coqueta: “Porque lo sé”. Y en esta respuesta estaba toda la omnipotencia de la mujer que se encuentra a hurtadillas con su amante por las tardes.

»Mi, fa, fa sostenido, sol. “Tengo un amante, Gary, tengo un amante.”

»He intentado sonreír pero no he llegado hasta el final. La sonrisa ha acabado en una horrible mueca de frustración. Mi cabeza rebosaba de cosas que quería decir. Todo giraba como visto a través de la puerta de una lavadora. “Perdón por Calypso, perdón por haberte olvidado, perdón por haber imaginado que podía vivir sin ti, perdón si te he hecho daño, perdón por haber sido feliz sin ti; tenía todo eso en la cabeza y he elegido cerrar el pico, hacerme un ovillo en el tambor de la lavadora.”

»Aquel viernes estuve caminando. Aspiraba el aroma de las castañas asadas, miraba los luminosos del Radio City, contaba los neones rojos, los neones blancos, los neones azules, me preguntaba cuánto tiempo tardaría el sol en desaparecer completamente detrás del Rockefeller Center y si iba a seguir hasta Times Square, y a la vez me repetía: “Tiene un amante, tiene un amante”. Hortense se reía al teléfono: “Pero, Gary, di algo, ¿por qué no dices nada?”. Entonces he vuelto a pensar en nosotros en los servicios de Roissy y en la habitación del hotel; en que era bueno y normal estar dentro de ella, moverme dentro de ella; lo cálido, húmedo y apretado que era; en que por todas partes había lápiz de labios y oro. Y me empalmé tanto que hasta me dolió. Hice fotos. Fotos de su boca, de sus senos, de su vientre, de sus piernas abiertas. Habría querido colgarlas en la pared de mi habitación. Me habrían vuelto todavía más loco.

»Cuando volví en mí, dije: “¿Hola, hola?”. Ella había colgado.

»Nunca seré Ravel.

»Y nunca jamás el amante de Hortense Cortès.»

Hortense ha oído su silencio.

Ha preferido colgar.

Ayer por la noche, el Hombre la esperaba en el hotel. Siempre tan alto, tan rubio, con los ojos siempre tan grises. La boca siempre tan fina. Echado en la cama con los zapatos. La corbata tirada en un sillón verde bronce, falso imperial, tan usado que brillaba. El cuello de la camisa abierto. Fumaba un cigarrillo con la mirada en el vacío. Había tenido un estremecimiento en los labios, una punzada en las caderas.

¿Qué sabía de él? No lleva alianza, pero Junior ha visto a una mujer a su lado y a un chico. Vive en provincias (un billete de tren París-Sens se le ha caído del bolsillo). Siempre llama entre semana. Tiene acento. Ronco, resonante, del este. ¿Es ruso? Tiene las manos callosas, una uña rota, una falange casi aplastada. ¿Es un trabajador manual? Sí, pero lleva un traje bien cortado, camisas de cuello italiano y hace el amor con la delicadeza de una muchacha. Parece duro, inflexible, pero siempre deja un billete para la camarera. ¡Y no cinco euros!

Y no lo tira sobre la cama deshecha.

Lo dobla y lo pone debajo de una lámpara.

Solo hubo una vez que se fue.

Él la había citado en un cine, por la Bastilla. «Estaré en la última fila, no debería de haber nadie, es una película de arte y ensayo albanesa, me parece.»

Venía de una entrevista con un artesano que fabricaba cinturones. Ella quería la exclusividad. No ver aquellos cinturones en ningún otro desfile. Aceptó a cambio de un precio extraordinario. La condesa, consultada por teléfono, dijo: «¡Qué más da! Hay que estar loco para lanzarse a la alta costura como independiente, así que seamos locos hasta el final. Que se ganen la vida los artesanos franceses, los mejores del mundo. Y ahora, basta, estoy con Robert Sisteron, me da la lata con sus presupuestos, sus balances, pero hay que pasar por ello. ¡Bebo *dom-pérignon* para olvidar todas esas cifras!».

Oyó el ruido de una copa al llenarse, un ruido de burbujas y cristal.

Se habían encontrado en la última fila. Deseaba que la película fuera mala, que la sala estuviera vacía. Le habría metido la mano en los pantalones, lo habría acariciado suavemente mientras miraba la pantalla como si nada; habría caído entre sus piernas y...

Él la atrajo hacia sí. Dijo:

—¿Por qué no viniste la última vez?  
Y el deseo voló.  
Como si hubiera levantado la tapa con su pregunta.

Deseó con fuerza que entrara alguien en el cine y se instalara a su lado.  
Tenía ganas de salir corriendo.

Salió corriendo. Pisoteando los vasos de plástico, los envoltorios de caramelos, los paquetes de cigarrillos arrugados, los chicles pegados; reía, mucho, a carcajadas. «Hago siempre lo que quiero porque sé exactamente lo que quiero y no es negociable. ¡Por eso estoy viva y voy a machacarlos a todos y a todas!»

Estaba entusiasmada.  
Corrió hasta perder el aliento.

Él volvió a llamar.

La citó en un sórdido hotel, en la calle Léon, cerca de la calle Panamá.

El pálido sol de enero se posaba en una alfombra áspera, usada y descolorida. Unos pantis viejos y rotos colgaban en el pie de la cama; el agua del grifo salía del color del óxido y se veía a través de las toallas. Él pidió un café. Le aplastó el trozo de azúcar en los labios. Los había lamido, mordisqueado, hasta que ella se lanzó sobre él.

Y luego... volvió al taller.

Recapitula la situación del desfile.

Prevé el posdesfile.

Llama a diseñadores que fabricarán los modelos cuando les pasen los pedidos. Talleres turcos, vietnamitas, chinos... situados en el Marais, especializados uno en los vestidos, otro en los abrigos, el tercero en los pantalones, el cuarto en las blusas... Cada uno se encargaba de producir cuatro o cinco piezas. Alrededor de ochocientos euros la pieza. «Pero, señorita Cortès, ¡es alta costura!» Todos responden que sí, que todo estará listo, que no se preocupe. ¿Y si no tiene ningún pedido? ¿Y si su desfile es un fracaso? Se le revuelven las tripas, corre a vomitar. Tiene sudores fríos,

fiebre, escalofríos, eccema en las manos y los dedos. «Me juego la vida en dieciocho minutos.»

Dieciocho minutos.

Picart intenta tranquilizarla: «Vas a triunfar y por dos razones: tu tejido revolucionario y tu creatividad. Todo el mundo puede llevar tus modelos y, a la vez, no se parecen a nada de lo que se hace hoy. Tu audacia, la pureza de las líneas. La desnudez. Pasarás a la posteridad. Al mirar tu ropa, entran ganas de comprarla inmediatamente. Estoy creando repercusión en las redes sociales, déjame hacer, ten confianza».

Su tejido, elástico pero sin parecerlo, robusto a la vez que sutil y que borra las curvas, se ha fabricado en Normandía, en una hilatura de lino. Elena ha insistido en que la fabricación sea francesa. No quiere economizar con la calidad. Y ha hecho bien, la hilatura ha entregado el tejido en tiempo y hora y no tiene ningún defecto.

Hortense apenas ha colgado a los diseñadores cuando pasa revista por enésima vez al buen desarrollo del desfile. Los dieciocho modelos, los dieciocho modelos, los dos peluqueros y sus diez ayudantes, el jefe de maquillaje y sus ayudantes, los zapatos, las joyas, la banda sonora, la iluminación, la puesta en escena... Sin olvidar el servicio de comedor para alimentar a toda esa gente.

Tiene la profunda convicción de que sus creaciones son únicas. Un vestido puede ser bello o espantoso. La diferencia tiene que ver con la muñeca que ejecuta el trazo. Saber trabajar la materia para que trascienda el modelo. Que no sea ya un vestido o un abrigo, sino el vestido o el abrigo, que todo el mundo lo desee. Un jersey negro y un pantalón negro pueden ser alta costura si están bien cortados y hechos a medida.

Es lo que ella va a probar.

Una tarde su móvil no deja de sonar. Es Henriette. No responde. No tiene tiempo que perder.

\*

Junior lanza un grito y se arranca la camisa, que se desgarró en jirones húmedos.

—Madre, tráeme una muda, ¡estoy chorreando otra vez!

Mira la hoja de papel mojada en la que la tinta azul celeste de su pluma

Pilot Impact se diluye. El papel se arruga y forma islotes de tinta mojada. ¡Y pensar que acababa de terminar el diseño de un prototipo de hélice que permitiría a un barco transformar el hielo ártico en energía! Ya no habría necesidad de fuel para navegar. Paso a los largos cruceros entre icebergs y focas plateadas. Tendrá que volver a empezar, trazar bisectrices, elipsoides, calcular abscisas, medir, relacionar, reducir, volver a copiar. ¡Tiene cita dentro de dos días con el ingeniero McCarthy, que viene especialmente de Filadelfia!

Gruñe y se araña las mejillas.

Popeline levanta la cabeza, inquieta.

—¿Por qué me mira, Popeline? Sudo, lo sé, pero hágame el favor de ignorarlo. ¡Un poco de tacto! Tengo la impresión de ser un mono royendo una banana en una jaula. ¡Tíreme unos cacahuets, ya que estamos!

Popeline lo escruta y lo olisquea en silencio.

—¿Ha tomado sustancias opiáceas para viajar por lo prohibido y facilitar sus investigaciones?

Ha vuelto a su vocabulario esmerado. Junior ya no soportaba oírle berrear fonemas de los jóvenes urbanos.

—Popeline, mi cerebro es demasiado precioso para dañarlo con hierbas, polvos o raíces. Tengo demasiados proyectos y patentes que poner a punto como para perder un gramo de materia gris.

—Entonces está enfermo, debe cuidarse.

—No estoy enfermo. Tengo calor. Es culpa de este mes de enero, que se niega a entrar en el invierno.

—¿Quiere que vaya a comprar un ventilador?

—¡Buena idea!

Popeline se pone de pie sobre sus alpargatas, se enfunda el impermeable, se anuda el pañuelo de topos rojos y sale del despacho, dejando tras de sí a un Junior pensativo y empapado.

Se pasa una mano por el cráneo, se nota los huesos, que, a una velocidad tan ínfima que un ser humano menos versado no puede percibir, crujen, se desplazan, dando poco a poco a su rostro una forma redonda, cordial. Humana. Sus dedos rozan la estructura ósea, estudiando la forma. «Mis huesos se remueven, mi cartílago tiembla, mi fontanela anterior se cierra, mi sutura coronal que une el frontal y los dos parietales se pone en marcha, mi temporal

se une a mi parietal, los ocho huesos de mi cráneo se abren y se calcifican como los tentáculos de una anémona de mar. Voy tomando forma humana. Me temía que iba acabar como una crep bretona.

»Mi torso se endereza, mis hombros se hacen anchos, fuertes, voy a poder derribar puertas, dominar a un toro con una mano, levantar a una halterófila rusa con la otra. ¿Cuál es la razón de esta metamorfosis? Respóndeme, gran nebulosa del Pensamiento, ciencia del universo, ven a inscribir tu respuesta en mi cerebro de humano minúsculo.»

Inclina la cabeza, cierra los ojos, dibuja dos puntos rojos en la oscuridad de sus pupilas. Rechaza los pensamientos parasitarios. Hace el vacío. Produce un sonido monocorde que le sube de las tripas y hace vibrar los cristales. Los dos puntos titilan, se acercan. Cuenta hasta veintiocho. Los puntos rojos se rozan. Se llena los pulmones de aire, lo expulsa soplando entre sus labios cerrados. El sonido se modula. Los puntos chocan, se mezclan, se inflaman. Una bola de fuego da vueltas. Un relámpago lo fulmina. Se tiende, se crispa. Deja escapar un grito y el pensamiento desciende como polvo de oro y dibuja una respuesta.

**El beso es la firma de Dios, huella y promesa de amor. Alimenta, repara. Ghiupp. Se deposita en la boca, la nariz, las mejillas y otros órganos que Nosotros nos negamos a nombrar c,,sozpaoeiaiu, y deja una película protectora. Cuida los humores, restaura el bazo, el hígado, el pulmón, sana e ilumina el alma, vuelve el corazón hacia el gran lago de la esperanza. Dozn-cokkdzi Del fango más negro hace brotar la llama. No te rías del beso o serás condenado. Arrojado a los fuegos del infierno. Rgvjeospzoi Recibe tres besos de amor verdadero y serás salvado.**

«¡Hortense! Esta es la razón de mis sudores, de mis huesos que serpentean. Sus besos me redondean, me completan. Ella es la firma de Dios en mi boca.

»Ayer por la noche llamó a la puerta. Eran las veintitrés horas cuarenta y seis minutos, padre y madre copulaban en su habitación. Jugaban al caballo y el *jockey*. Yo trabajaba en mi hélice sinusoidal, calculaba el diámetro, la longitud de las palas. Hortense tiró el bolso en el sofá y declaró: “Junior,

tienes que resolver mi dilema, ¿puedo confiar en Elena Karkhova y en Jean-Jacques Picart? Me dan mucho la lata”.

»Hice mis cálculos, tendí mis labios y murmuré: “Te costará un beso, princesa, un beso en la boca y una declaración de amor. Lo necesito para carburar. Acuérdate de Mozart, que antes de cada concierto declaraba: “Dime que me amas o no toco”.

»Yo soy Mozart.

»Ella se inclinó, me cogió la barbilla entre sus largos dedos estilizados y murmuró: “Te quiero, Junior, te quiero, principito de mi corazón”. Y me dio un beso con lengua de marca mayor.

»Mi nuca se estremeció, mi cerebelo parpadeó y lo vi. Vi a Elena en su cama de percal blanco en el Ritz, viendo *House of Cards* en la televisión, tragando delicias turcas verdes y rosas mientras firmaba cheques a nombre de Hortense Cortès: “Porque esta chica vale la pena”.

»—¿Estás seguro de lo que ves? —me preguntó Hortense—. Porque no estoy en tu lugar y no veo nada. Estoy obligada a confiar en ti.

»—Más que seguro: tengo la gran estrella de nueve puntas.

»—Ahora busca a Picart.

»—No soy un GPS —protesté—. Pídelo con ternura.

»—Querido Junior, hombre magnífico y poderoso, conéctate con Jean-Jacques Picart, por favor.

»Me he concentrado otra vez y he penetrado en el cerebro de Jean-Jacques Picart. Bebía una infusión de menta y verbena en casa de Inès de la Fressange en el gran salón embaldosado de piedra. Llevaba un jersey de cuello vuelto negro, una chaqueta azul marino y jugaba con sus gafitas de nácar, haciéndolas girar. Sus ojos brillaban. Hablaba de Hortense en términos tan halagüeños que he juzgado preferible no informar. Demasiados cumplidos perjudican el buen juicio.

»—Este hombre te quiere mucho y hará lo que sea para que triunfes. Está limpio al cien por cien.

»—¿Por qué tengo mariposas en el estómago y me pitan los oídos cuando pienso en él?

»—Eso se llama miedo escénico, amor mío.

»—¿Solo miedo escénico?

»—Afirmativo.

»—Entonces estoy salvada. ¡Porque me río en la cara del miedo escénico! Hago una bolita con él y la tiro por la ventana. Una última cosa, Junior, cariño, ¿puedes aventurarte en la cabeza de Henriette?

»—¡Eso nunca! —protesté mientras lanzaba los brazos al aire.

»—Solo para saber si me está engañando con la mujer del sexto... La historia me parece sospechosa.

»—¡Ni hablar!

»—Junior, por favor...

»Ha venido a sentarse a mis pies, me ha abrazado las piernas y me ha acariciado las pantorrillas mientras murmuraba: “Va, va, un saltito de nada hasta su casa, ida y vuelta, no arriesgas nada”.

»—Eres corta de memoria, querida: la última vez que entré en la cabeza de Henriette, acuérdate..., desayunábamos en el Guy Savoy y escupí una rata en la sopa de alcachofas a la trufa negra. Acuérdate de la cara de la gente a nuestro alrededor. ¡Y la del *maître*!

»—Sí, pero... creyó que la rata había salido de la cocina y nos regaló la comida. ¡A trescientos cuarenta y cinco euros el menú, fue un buen negocio!

»Estalló en carcajadas mientras se levantaba el pelo y se acariciaba la nuca húmeda, descubriendo un vello rubio con olor a sales de baño, a algas marinas y a estrellas de mar lascivas. Una erección de gigante me había proyectado hacia delante; arrastrado por mi dardo en fogoso corcel, me agarré al borde de la mesa y conté hasta veintiocho sin respirar hasta que mi fuego se extinguió.

»Ella parloteaba y parloteaba, ignorante de los difíciles momentos que me agitaban. Riendo y disertando sobre el episodio del restaurante.

»—La rata saltó. Se refugió en la cesta del pan. Hubo que llevarla a la Sociedad Protectora de Animales. El *maître* quería matarla y tú te opusiste. ¡Cuánto llegué a reírme!

»Había vuelto en mí y todo me venía a la memoria.

»—¡Pedimos un postre doble con guirlache, castañas y helado!

»—Así que, noviete mío, ¡vamos a visitar a Henriette!

»—¡No! Esa mujer es negra como la lava endurecida de un volcán y pegajosa como el almizcle amarillo y aceitoso de un turón que eyacula.

»—Junior, quiero saber. Estoy inquieta. Estoy muy sola. Solo te tengo a ti, nada más que a ti...

»Una lágrima se ha deslizado por su mejilla. Una lágrima irisada que hablaba de soledad, de un enorme cansancio, que rodaba, lenta y redonda: “Ayúdala, Junior, ayúdala, está muy sola, ¿sabes?, solo confía en ti, solo contigo se deja ir”. La lágrima me empujaba a la proeza, me recitaba *El Cid*, eres “joven, es verdad, pero para las almas bien nacidas el valor no espera la cuenta de los años”. ¡Echa un vistazo al alma de Henriette! ¿Qué es lo que temes? “Quien vence sin peligro triunfa sin gloria.” El viejo Corneille me espoleaba. Edmond Rostand ha aparecido, se ha quitado su fedora, se ha puesto en guardia y ha clamado: “¿Y la gallardía, Junior? ¿Y la gallardía?”.

»Me he inclinado.

»¿Acaso mi misión no es atravesar la noche? ¿Todas las noches?

»He abrazado el alma de mi amada y hemos partido al asalto de Henriette. Quería que Hortense descubriera la profundidad del mal banal, del mal cotidiano, el que se cree sin consecuencia, las pequeñas vilezas que se llaman envidia, celos, maledicencia, avaricia, indiferencia. Partimos a ese lugar subterráneo en el que las almas de los humanos esperan para ser juzgadas. Hortense tenía miedo, temblaba, le he dicho que no temiera nada y que me abrazara fuerte. Nos internamos por un largo pasillo donde pendían esqueletos humanos, cuerpos devastados, lujuriosos murciélagos, tarántulas disecadas, arañas asesinas, cráneos de búfalo, mandíbulas de cocodrilo, despojos de chacal. Unas hierbas altas y pegajosas se balanceaban, devorando pájaros sucios con los ojos reventados. Unas orquídeas negras lanzaban gases nauseabundos. Vapores de azufre apestaban el aire. Se oían gritos, roncros alientos, aullidos que subían desde los abismos. Ruidos de estanque, de sollozos de los ahogados. Unos dedos arañaban las nubes. Bocas deformadas nos pedían ayuda. Habíamos desembocado en una caverna oscura y cubierta de hojas podridas que exhalaban un olor tan fétido que Hortense vomitó. ¡Aullaba que quería volver a la tierra! Era un mundo horrible. Cambié de rumbo rápidamente, pero mientras dábamos media vuelta vimos, posado en un ancho nenúfar, un lingote de oro. Brillaba con un brillo tan puro y tan cálido que una pareja de libélulas se posó sobre él y se acariciaron esperando para aparearse. En el lingote estaba escrito *Hortense*. El amor de Henriette por su

nieta iluminaba la siniestra caverna. He señalado la luz resplandeciente.

»—Mira bien, princesa, ese lingote salvará a tu abuela de la ciénaga del infierno.

»—¿Del infierno?

»—¡Del infierno y del diablo!

»Apenas había pronunciado el nombre que no hay que repetir cuando aterrizamos en medio de un estrépito de piedras. Un calor sofocante nos quemaba la garganta. Estábamos cubiertos de un hollín negro y grasiento. Dos deshollinadores caídos de un alto horno.

»—¿Crees que volvemos del infierno? —preguntó mientras escupía trozos de brasas y de carbón.

»—Hemos tenido la suerte de que no nos hayan retenido como prisioneros. Algunas personas no vuelven nunca.

»Ella me miró fijamente, inmóvil y asustada, y se santiguó, ella, que no reza nunca.

»Al irse me ha besado en la boca una tercera vez y ha repetido: “Te quiero, te quiero, eres mi amor”. Ha dejado la habitación canturreando: “Gracias, ese viaje al infierno me ha hecho mucho bien, he crecido”.

»Tres besos. Tres besos.

»Me quedé atónito. Dominado por una fuerza irresistible que me hacía rugir como una fiera en celo encorvada sobre su hembra, con los riñones bullendo de semen. La alegría dividía mi cuerpo, saltaba, lanzaba gritos mientras arañaba a mi leona. Gritaba que el amor es grande, todopoderoso, ¡un elefante! Los hombres lo ignoran, creen que solo el dinero los hará felices, ¡qué redomados imbéciles!

»Tres besos, tres besos y el hombre caracolea, libre, resplandeciente, escupiendo fuego y estrellas.»

—Perdona, cariño, he tardado en traerte ropa limpia. Te cambias tan a menudo que ya no encontraba. —Josiane trota por la habitación y contempla a su hijo, sentado a la mesa, con los jirones de la camisa. Lo envuelve con una toalla, lo

seca, lo frota, le pasa la mano por el pelo y exclama—: ¡Tienes una franja de pelo abundante que sale en la nuca y sube hasta el occipucio! Ayer por la noche no estaba...

«¡Me ha crecido durante el sueño, después de que se fuera Hortense! Lo presentía. Mi cabello se hace más fuerte, mi cráneo se redondea, mi dardo se levanta, me convierto en un hombre completo.»

—¡Ah, madre! Si supieras lo que el amor puede hacer. Incluso con el sistema piloso...

—Voy a pedir cita con el dermatólogo.

—Es inútil. Ya imagino qué es. Te hablaré de ello más tarde, ahora tengo que seguir trabajando.

—¿Quieres una taza de té?

—Mejor un güisqui.

—Pero ¿dónde está Popeline?

—Ha salido a comprarme un ventilador.

Josiane frunce el ceño y la boca. De su miserable infancia ha conservado el sentido de la economía y se niega a gastar sin una buena razón. Se enorgullece de «zurcir, remendar y reparar», todos los verbos que han desaparecido del vocabulario de los franceses. Marcel no se molesta en ocuparse de calderilla y exige a su mujer que lo imite. Josiane se niega. Eso da lugar a ruidosas discusiones que acaban siempre en truculentas reconciliaciones en el lecho conyugal.

—Es verdad que hace calor, ¡pero no hasta el punto de poner un ventilador! Es un gasto muy inútil.

Y para mostrar su reprobación, se aleja taconeando.

Ese ventilador iba a revelarse como el gasto más juicioso nunca hecho por la familia Grobz.

\*

Stella ha cogido la costumbre de pararse en la mediateca. Entre recogidas y cargamentos. Ya no se demora en la Ferraille. Julie masculla, sin levantar la cabeza de sus cuentas; le tiende su hoja de ruta mientras responde al teléfono, y le sonrío como si estuviera detrás de un cristal. Y cuando realmente se dirige a ella es con un tono extraño, para plantearle extrañas preguntas.

«¿Le has dejado tu camión a Adrian? ¿Puedo saber por qué? ¿Tiene algo

que hacer en la nave? Entonces, ¿qué hace allí?»

Tiene la mirada huidiza. Como si estuviera avergonzada.

Ya no hay confidencias sobre su régimen, su vestido de novia, los preparativos de la ceremonia o la lista de invitados. Ya no más pausas para el café en las que se ponen al día sobre la Ferraille, el humor de Edmond, la ambición de Adrian, las pinzas para la bici de Jérôme, las notas de Tom o la artrosis de Suzon.

Se para en la mediateca. Para ver a su amiga Camille. Arruga la nariz cuando oye «amiga». Pero es lo que ella siente. Una complicidad de chicas.

Deja el coche en el aparcamiento, da una galleta a los perros y les encarga que vigilen el camión. Luego, mientras Camille está ocupado, se desliza hasta un rincón de la biblioteca y se acerca cuando cuida de sus balsaminas o, ensimismado, repara un libro. Dice que la atmósfera la tranquiliza. Todos esos libros, esas sabias mentes que flotan en la sal..., es como una catedral, ¿no? Hojea un tebeo, piensa en Marie Delmonte: «No me ha llamado, ¿tendrá miedo de ayudarme? ¿Habría recibido instrucciones? Tengo que encontrar la pista de esa niña».

Levanta la cabeza y se rasca una ceja. Camille la observa desde su mesa, pone orden en sus ficheros, consulta catálogos, pasa pedidos y aconseja a un chaval sobre los deberes y a una señora mayor que busca un libro para dormirse. Stella se acurruca en un sillón de mimbre, encerrada en una actitud de rechazo, con los brazos cruzados y la barbilla retraída. Menea la cabeza mientras repite: «¡No es posible, no es posible!».

—¿El qué? —pregunta Camille.

Se sobresalta como si acabara de despertarse.

—Que llamen al colegio Ray-Valenti. No lo soportaré. —Camille se encoge, mostrando con su actitud que entiende el sufrimiento de Stella. Le sale una mancha roja, luego otra y otra. Se rasca, se despelleja—. Ví a la directora. Me tropecé con ella ayer por la mañana cuando dejaba a Tom. No pude evitarlo. Hacía remilgos, se retorció... “Señora Valenti, encantada de verla...” La mandé a paseo, fue brutal. —Hace una mueca a la vez que se da un puñetazo en el sombrero—. Le he dicho que ni pensarlo. Que los atacaré si siguen adelante. Tragó saliva, me aseguró que venía de más arriba. Que si el prefecto, que si el alcalde, que si el diputado... Todos tenían mucho interés y yo no podría impedirlo de ninguna manera. Entonces le he soltado: “¿Porque

también a usted se la ha follado?”. ¡Nunca tendría que haberle dicho eso! Todo el mundo nos miraba. Se ha puesto escarlata. Ha dado media vuelta mientras juraba que aquello no quedaría así. No sé qué va a hacer, y me da igual. Pero no quiero que el colegio se llame Valenti. ¡Si hace falta, le pego fuego! Estoy harta de esta gente, harta, mucho. ¿No saben que lo veo por todas partes? ¿No lo saben? ¡Así que encima ahora tengo que oírlo todos los días! ¡Antes reviento!

Esconde el rostro entre los brazos, su sombrero rueda por el suelo y encoge los hombros, indiferente.

Tiene que ayudarla.

Tiene que ayudarla y encontrar el medio de que eso no recaiga sobre él. Podría perder su empleo en la mediateca si se supiera lo que pasó aquella noche... Este trabajo que lo hace tan feliz, sus plantas, sus DVD, sus libros, la grabación de *La traviata* que ayer antes de irse escuchó a todo volumen...

No soporta verla así. Se siente culpable. «Pero es que eres culpable, Camille. No te engañes, eres el único que puede impedir lo que ella más teme.»

Por la noche habla con Sandrine.

—Está rabiosa, ese Valenti era un monstruo. Puedo asegurarte que la pequeña Stella tuvo que ver auténticos horrores. ¡Y la madre, Léonie! Una santa.

—¿Te acuerdas de cuando era mujer de la limpieza en el hospital? La atendí varias veces en plena noche, molida a palos por Ray Valenti. Le castañeteaban los dientes, no se tenía de pie, pedía que la curásemos rápido para volver a su casa. No quería que él supiera que había ido...

—¿Nadie intervino?

—Era muy temido. Dominaba la ciudad. ¿Sabes qué te digo? Tiene que estar volviéndola loca que se quiera dar el nombre de ese cabrón al colegio. ¡Loca! —Sandrine le depila las cejas con su pinza especial de bordes biselados que se niega a dejarle. «Ya no se hacen así», afirma ella. Se queda un momento con la pinza en el aire y luego continúa mientras meneaba la cabeza —: No lo entiendo, no lo entiendo.

El silencio cae en la cocina (sus sesiones de estética tienen lugar siempre en la cocina). Hasta que el Gran Idiota entra gritando: «¡Salud, pollos! ¿Estáis

acaramelados?»). Abre el frigo, registra a la búsqueda de una ración de paté o de salchichón, enrolla una loncha de jamón que se mete en la boca, se vuelve y lanza, mirando a Camille:

—¿Qué hay de nuevo, señor Tiene sus Manías?

Camille aprieta los dientes.

—Deja de llamarme así. No tiene gracia.

—Pues a mí me da la risa, ¡Tiene sus Manías! ¿Qué cenamos esta noche?

Otro día en que Stella está tumbada en un sillón le pregunta:

—¿Ha leído todos estos libros?

Él sonríe.

—No, claro, haría falta más de una vida.

Se sienta y abre un libro.

—¿Qué está leyendo ahora?

—*La balada del café triste*, de Carson McCullers. Me gusta esta escritora.

Era una chica y también un chico.

—Un poco como nosotros, ¿no? —dice suavemente Stella mientras hace sonar los tacones de sus gruesas botas.

Su mirada sigue la nuca rubia afeitada de Camille, su fino cabello; la piel, tan sensible que enrojece ante el menor comentario, está cubierta de polvo beis.

—¿Se maquilla? —se sorprende.

—¡No tengo más remedio! Tengo una piel horrible. Sandrine me ha enseñado.

Stella no se atreve a preguntar quién es Sandrine.

—Fui a Sephora. He comprado un montón de productos. No sé qué me dio. Tenía ganas de ser otra. Una verdadera mujer. Ahora no sé qué hacer. Ni en qué orden hay que ponérselos ni dónde. Creo que voy a tirarlos.

—Si quiere, podría maquillarla. Quiero decir, en lugar de tirarlos a la basura, venga a mi casa una tarde y le enseñaré a utilizarlos.

Se sonríen para decirse que están bien juntos.

—Como en casa de una verdadera amiga... —concluye Stella.

—¿Tiene amigas?

—Tenía una, pero desde hace un tiempo... —Stella hace una mueca que significa «No entiendo lo que pasa»— me trata con frialdad.

—¿Eso la pone triste?

Stella no responde. No quiere decir que sí, porque eso todavía la pondría más triste.

—¿Es verdad? ¿Podría enseñarme a maquillarme?

—¿Está libre el miércoles por la noche? Vivo en la calle del Moulin, detrás del estadio. Estaremos tranquilos. —El miércoles el Gran Idiota va a jugar a los bolos con sus amigos. Y su madre va al bingo. Se sortea un horno microondas. Nunca vuelven antes de las diez y media—. Traiga lo que ha comprado en Sephora.

Stella aplaude.

—¡Una verdadera velada de chicas! —Se para y enrojece—. Perdona, no debería haber dicho eso...

—¡Si supiera lo poco que me importa! He acabado por tomármelo como un cumplido.

—Estoy a gusto con usted. Tengo la íntima convicción de que nunca me hará daño. No puedo decir eso de mucha gente. Pero con usted lo tengo claro.

Y es como si le hubiera dado un puñetazo. Se pone pálido y se atraganta. Toquetea las gafas redondas.

Parece avergonzado.

¿Puede que no le gusten las declaraciones de afecto?

¿Puede que no esté acostumbrado?

Dos días más tarde, ella se lanza:

—¿Le molestaría leerme?

—¿De verdad? Tenga cuidado, los libros son peligrosos.

—No tengo miedo de los libros. —Lo dice en un tono bravucón, dando a entender que ha visto otros.

—Que conste que la he prevenido.

—Adelante.

Él le sonrío benévola y empieza:

El amor es ante todo una experiencia común a dos seres. Pero que sea común no significa que tenga la misma naturaleza para cada uno de los dos seres implicados. Están el amante y el amado, y son dos mundos diferentes. A menudo, el amado solo sirve para despertar una inmensa fuerza de amor que dormía en el fondo del corazón del amante. En general, el amante es consciente de ello. Sabe que su amor permanecerá

solitario. Que lo arrastrará poco a poco hacia una soledad nueva, más extraña todavía, y saberlo lo desgarró. Así que el amante solo puede hacer una cosa: disimular su amor tan completa y profundamente como sea posible. Construirse un universo interior totalmente nuevo. Un extraño universo de pasión que se bastará a sí mismo. Por otra parte, hay que añadir que...

—¡Pare! —grita—. Es demasiado triste.

Aplasta las manos contra las orejas para no oír más.

Acaba de comprender algo terrible que la parte en dos. Adrian y ella se van a separar muy pronto y no sabrán cómo ha pasado.

\*

Es el día de la foto de clase.

A la hora convenida, los alumnos están aseados, bien peinados y llevan su mejor vaquero, su suéter más bonito y las zapatillas lavadas. Prestan atención para no mancharse en el patio. Las chicas tienen el pelo brillante y los chicos se han puesto gomina en las raíces del pelo; las chicas se han coloreado los labios con Labello de frambuesa con purpurina y los chicos juegan a ponerse cuernos o a cogerse de los hombros como los futbolistas.

Samuel pone mala cara porque su padre ha querido que se ponga una corbata. Franck se tira de la pajarita a la vez que jura que le da igual, que se colocará detrás de la profé y no se le verá. Y la pequeña Mila se oculta detrás de una cortina de pelo rubio mientras asegura que de todos modos es fea. Desde ayer le falta un diente de delante. Y tiene un moretón encima de la ceja derecha.

El fotógrafo ha instalado su estudio en la gran sala en la que se celebran los espectáculos de fin de año, las reuniones solemnes y las conferencias. Estrellas doradas, serpentinas y guirnaldas cuelgan del techo. Ha acabado de encuadrar y tiene lista la iluminación. La señora Filières abre la puerta y le pregunta cuánto tiempo le falta para estar listo; fuera, los alumnos se impacientan.

Noa, Roxane, Laura, Samir y Lancelot patalean en un rincón del patio. Cinco cabezas reunidas en un círculo que cuchichea y conspira. Tom oye fragmentos de frases: «Siempre tocando las pelotas», «Se lo diré a mi hermano», «Y yo al mío», «Será rápido», «Siempre presumiendo, ¿quién se cree que es?».

Esa mañana Dakota ha llegado en el coche de cristales tintados conducido por su padre. Justo después, ha habido un tumulto. No lo ha entendido enseguida. Demasiado absorto en sus pensamientos. Se preguntaba si iba a posar con su anorak o no. Si el fotógrafo le pedía que se lo quitara, estaría obligado a dejarlo en cualquier sitio y lo perdería de vista. Se lo podrían robar. Todas las clases desfilan el día de la foto y los mayores aprovechan para mangan. Sí, pero..., si puede llevarlo, quedará bien en la foto. No se había decidido aún cuando oyó los golpes y los gritos. ¡Pelea!

Dakota se había enganchado con Laura con violencia. Tenía un mechón de cabello rubio entre los dientes y la mejilla marcada de arañazos y sangrando. Tenía la mano izquierda, vendada a lo Velpeau, colgando, pero no se veía el muñón. A Laura le sangraba la cabeza y tenía en el borde del ojo izquierdo un rasguño muy feo y un corte en la punta de la oreja.

Las dos chicas se abofeteaban, se escupían, rojas, desaliñadas y manchadas de saliva. El señor Gelser, el bedel, las ha separado, les ha prometido cuatro horas de castigo a cada una y les ha pedido que fueran a asearse, una a los servicios del primer piso y la otra a la planta baja. Él ha acompañado a Laura mientras la señora Mondrichon seguía a Dakota.

Tom se acerca al grupo y escucha haciendo como que no oye. «Laura sabía muy bien que era su padre —explica Roxane—, lo ha hecho adrede para ponerla nerviosa, le ha dicho que si era verdad que se tiraba a su padre y Dakota se ha puesto furiosa. Le ha metido varias hostias. Laura también le ha metido otras tantas y ya no ha parado. Estoy harta de esta tía, no deja de hacerse la enterada, ¿habéis visto cómo nos habla? Nos toma por un montón de mierda. Desde luego, yo no me siento a su lado en la foto.»

«¡Yo tampoco!», repiten los otros cuatro. Se dan golpes con el hombro y codazos. Chocan los cinco. Están en pie de guerra.

—Paso la consigna a los más grandes —dice Lancelot—. Van a darle una buena lección. No se recuperará.

Cuando llega el turno de la clase de sexto A de posar para la foto, nadie quiere

ponerse al lado de Dakota. Se ha dado la orden: boicot a la china.

La señora Mondrichon se acalora y el fotógrafo se impacienta. Pide a los alumnos que se alineen por orden de altura, los sitúa en los bancos, sienta a los pequeños con las manos abiertas apoyadas en las rodillas y les ordena que descrujen las piernas.

Dakota está aislada. Le da igual salir en la foto con esa panda de paletos endomingados.

Tom, encaramado en la segunda fila, no lo entiende inmediatamente. Solo ve la cara de Dakota, la faldita negra, el pelo como palillos, la boca rosa, redonda como un bombón, y la naricita que acaba casi demasiado rápido, un poco aplastada. Se podría decir que es fea, pero él no es de esa opinión.

—¡Dakota Cooper, ven aquí!

La señora Mondrichon tira del brazo de Dakota. Esta se separa y desafía a la señora con la mirada, afirmando que no es un objeto que se pueda desplazar.

Tom se dispone a hacer sitio cuando le sorprende la mirada de Noa, que lo pone en guardia: «No te muevas o...». Se encoge de hombros. Samir se inclina hacia él y gruñe: «Al lado de la china no se pone nadie». La señora Mondrichon se pone nerviosa y echa perdigones.

—¿Qué está pasando? —Los alumnos no rechistan; cierran filas en los bancos y forman un frente común—. ¿Me habéis oído? —Pasan los brazos por encima de los hombros de sus vecinos para formar una barrera infranqueable—. ¿Qué pasa! Mila, dímelo —ordena la señora Mondrichon. La pequeña rubia mira fijamente sus zapatos. La punta de las orejas se le ha puesto colorada. Sigue muda—. ¿Sébastien? ¿Me lo puedes explicar? —Sébastien Montrichet es el miedoso de la clase. Aquel cuyo padre saca pecho cuando dice: «Mi hijo es mi millón de dólares. Cuando saca buenas notas, le doy todo; cuando las saca malas, se lo quito todo. Y lo mando al sótano, desnudo y a oscuras. ¡Eso es educar a un niño!»—. Sébastien se pega a su vecino y calla—. ¿No hay nadie que quiera hacerle un sitio? —suplica la señora Mondrichon.

Tom duda. Samir, Marco y Noa aprietan los puños. Dakota se mira con mucha atención las uñas. Empuja los pellejitos para descubrir las lúnulas.

El fotógrafo interviene:

—Señora Mondrichon, solo me queda su clase...

—Lo sé, lo sé...

La señora Mondrichon agita los brazos y menea la cabeza. Piensa y luego coge a Dakota y la sienta a la fuerza en la primera fila, entre dos pequeños.

Dakota se levanta y protesta:

—Quiero estar entre los grandes.

—¡Ay! ¡Basta ya! —grita la señora Mondrichon—. Te pones ahí o...

—No soy pequeña. Si te tratan una vez de pequeña, ya eres pequeña para toda la vida.

Tom se sobresalta; oye la voz de su madre: «Nunca hay que dejarse maltratar, ni una vez. Es la primera vez la que cuenta, esa decide para toda la vida». Dakota tiene razón. Si lo deja pasar, si obedece al boicot a la china, será un cobarde. Cobarde un día, cobarde todos. Retira el brazo del hombro de su vecino y dice:

—Quiero que venga a mi lado.

Tiene una bola de miedo dándole vueltas por las tripas. Quiere ir al baño.

—¡Ah! —suspira la señora Mondrichon—. ¡Gracias, Tom, gracias!

Iza a Dakota hasta el banco.

—¡Vamos, chicos! Hemos perdido demasiado tiempo. Los que lleváis gafas, quitáoslas, por los reflejos, y metéoslas en los bolsillos. ¡Sonreíd! ¡Poneos derechos! A la de una, a la de dos, a la de tres: ¡pa-ta-ta!

Tom sonríe al lado de Dakota. Con su anorak.

No ha sido cobarde. Nunca será cobarde.

A las cinco y media las verjas del colegio se abren y los alumnos se empujan para salir. El señor Gelser les pide que se pongan en fila. Los amenaza con horas de castigo. Las filas se forman y los alumnos patalean. Un chico suelta una risa medio histérica a espaldas de Tom. Otro le da un golpe en los riñones con la mochila. Tom no se vuelve. Ha visto al padre de Dakota en la esquina. El señor Cooper ha bajado la ventanilla del coche y le ha hecho un gesto a su hija para que se apresure.

—Vaya, tiene el pelo blanco de verdad —dice Tom en voz baja a Dakota.

—¡No es viejo! No tienes derecho a decir eso.

—Solo decía que...

—¡Te odio!

Da un salto a un lado para marcar las distancias.

—¿Porque me llamo Valenti? Cuando me llamaba Tom, eras amable, incluso me besaste. Te comunico... —se acerca y le susurra al oído— que odio a Ray Valenti. No quiero llamarme como él.

Ella se vuelve. El pelo le azota las mejillas y le oculta los ojos; lo mira, hace un pequeño movimiento hacia atrás y dice como si no entendiera nada:

—Pero tú te llamas Valenti...

—Me habría gustado reventarle los ojos y arrancarle la lengua. Pero está muerto, ¡ahora ya no puedo!

—Era tu abuelo...

—Era una basura. Pegaba a mi abuela y pegaba a mi madre y la violaba.

Un día oyó a su madre tratar a Ray Valenti de montón de mierda. Eso había resonado en su cabeza. Pensó en ello durante días enteros. *Montondemierda, montondemierda...* Sonaba curioso. Acabó por retener la última palabra: mierda.

Dakota lo examina para saber si es sincero o no.

—Estuvo a punto de matar a mi abuela y dejó sorda a mi madre a fuerza de abofetearla. Era una mierda. Y con todo el mundo era igual. —Dakota vuelve la cabeza y murmura algo que Tom no entiende. Tiene una expresión colérica, pero ya no contra él—. Podría acompañarte mañana si quieres...

—No sé. Tengo que pensármelo.

—Éramos amigos antes, volveremos a serlo, eso es todo.

Se acercan a la esquina. Ella hace un gesto con la mano a su padre. ¿Por qué viene a buscarla? Normalmente vuelve sola a pie.

—¿Vais de compras? —dice Tom.

—Fotos para mi pasaporte. Voy a tener uno nuevo. —A Tom no le gusta lo del pasaporte—. Y luego vamos a París, a la embajada. Está invitado a cenar. Quiere que lo acompañe. —Exhibe una sonrisita triunfal y se alisa la falda—. Me necesita.

Eso le gusta todavía menos. No puede explicar por qué, pero está seguro de que el padre prepara algo que no va a gustarle.

—Bueno, está decidido: te acompaño mañana.

—Te digo que tengo que pensármelo.

La puerta del coche de los cristales tintados se abre. Una mano la ha accionado desde dentro. Dakota sube. Agita los dedos en el aire sin volverse. Un pequeño «hasta la vista» cordial, casi amistoso.

«Seguro que mañana la acompaño.»

Ella no ha dicho nada, eso no es un no.

Lanza los puños al aire, aprieta los codos, lanza un «yes» por la alegría y chuta un guijarro que va a chocar contra el capó de un coche. «¡Guau! ¡Casi me cargo el parabrisas!» Eso lo trae de vuelta a la realidad. Se queda inmóvil. Vuelve a pensar en «fotos para mi pasaporte». «¿Pasaporte? ¿Se va? ¡Oh, oh! ¡No! Se va. El tío del pelo blanco ha decidido irse de Saint-Chaland.»

Se dirige hacia el aparcamiento detrás de la consulta veterinaria para coger el autobús. El aparcamiento está vacío a esta hora, excepto por un señor mayor que lee los horarios de los autobuses, con los ojos pegados a las cifras. Son las seis, está oscuro y todavía no han encendido las farolas; de todos modos, hace mucho que no dan luz. Las bombillas están rotas. Es el deporte favorito de las pandillas juveniles, apuntar a los globos de cristal con el tirachinas. Uno alto, la otra noche, vino con una Remington de calibre 16 que había encontrado en la caseta de las herramientas de su abuelo y le acertó a dos farolas que acababan de ser reparadas.

Stella ya no va a buscarlo al colegio. Eso le gusta. Cuando una chica te besa con lengua, puedes volver a casa solo, ya no necesitas a mamá.

Camina hasta la parada del autobús mientras se tira de las correas de la mochila. «Mañana la acompaño, le digo cosas inteligentes, la beso delante de la verja de su casa, la beso en el jardín, la beso en los peldaños de la escalera y...»

—¿Ese anorak es tuyo? ¿Estás seguro?

Una manaza le cae encima en el semáforo. El último semáforo antes de la parada del bus. Una manaza lo agarra por el cuello y lo suspende en el aire. Gaspard, el hermano mayor de Lancelot. Un grandullón de tercero con la cara brillante de mugre, la nariz aplastada y los dientes podridos. Va a la escuela porque es obligatorio. El viernes falta porque corta las piezas en canal que su padre, carnicero y charcutero, compra la víspera en Rungis. Bajo, fornido y rechoncho, y sus ojos, pequeños y vivos, parecen estar siempre al acecho; cuando sonrío es porque prepara una jugarreta o está a punto de dar una bofetada.

Tom levanta la vista y ve un brillo maligno en sus ojos. Gaspard lo sacude, Tom no puede respirar. Se debate, da patadas y puñetazos, pero solo golpea el aire. El otro lo balancea al extremo de sus brazos.

—¿Vas a responder, cabeza de chorlito?

—Síííí —resuella Tom.

El aire no le pasa por la garganta, se ahoga. La sangre martillea en su cabeza.

Gaspard lo golpea en la sien sin soltarlo. Cinco, seis, siete veces. Un auténtico *punching-ball*. Algo se le desgarrá detrás de la oreja, que se le abre en dos; ruedan peñascos y salen llamas de una hoguera.

—¿Es tuyo?

—Síííí —grita Tom.

—¡Te equivocas!

El grandullón le pasa el brazo alrededor del cuello y tira hacia atrás como si quisiera decapitarlo. Tom intenta zafarse y cae. El aparcamiento pasa ante sus ojos del revés. Tiene tiempo de ver la cruz azul del veterinario, el dibujo del gatito y del perrito sentado debajo de una sombrilla; piensa en Cabot y en Costaud y ya no ve nada más. La sangre corre por su boca, nota en la lengua un líquido pegajoso, tiene ganas de echar la pota.

Otro golpe. En la cabeza esta vez. Con la bota. Es puntiaguda y hace daño. Se aplasta como si quisiera hundirse en el suelo. Morir enseguida.

La sangre le moja los ojos. Le chorrea cálida y roja y le entra en la boca. No se atreve a respirar de tanto como le duele. Va a perder el bus. Y su mochila ¿dónde está? Cierra el ojo que todavía tenía abierto. Siente una mano que lo levanta, lo sacude, le agarra el brazo, le arranca una manga, lo despoja de su Goose, lo incorpora. «¡Deja de hacerte el caballero andante con tu cara de limón o te llevarás la misma ración todas las tardes hasta que lo entiendas!» Otra sacudida, otra manga arrancada, una patada en la espalda que lo tira por el suelo y le aplasta la cara. «No puedo moverme. No deben de quedarme huesos, estoy roto.» Nota una piedra, una piedra que se le clava en la frente, rueda bajo su nariz y le hiere en el labio; lanza un grito. Tiene ganas de llorar. El mundo es demasiado feo. Demasiado espantoso. Se aplasta contra el suelo para hacerse el muerto. Se le abre la boca, como un pez que arrebatá el aire y la tierra. El mundo es demasiado feo, demasiado espantoso. Levanta la cabeza para apartar la piedra y recibe un taconazo detrás de la oreja. Ya no oye nada. Resuena en su cabeza. Rueda, gime. Ve que el grandullón se va. Quiere arrastrarse hasta el autobús, volver a casa, al calor del hogar, la cara de Suzon y los brazos de mamá. Nunca lo hubiera imaginado. Había imaginado el diploma de alumno ciudadano, las felicitaciones, la boca de Dakota, su faldita negra, los besos en el jardín verde; pero no este espanto, esto que huele a odio, a estupidez, que dice que el mundo es una mierda, que la gente es una mierda. No quiere vivir en un mundo de mierda.

El grandullón ha debido de irse, porque ya no hay ruido.

Solo un silencio que le duele por todas partes y sus oídos tintineando y que no dejan de tintinear. Yace en el suelo con el pecho aplastado, la cara aplastada y la nariz aplastada.

Respira, le duele. Escupe, le duele. Ya no se moverá. Se quedará allí con la frente reventada; la tierra inmóvil lo reanimará. Tiene ganas de llorar. A su madre le da igual, ya no viene a buscarlo; a su padre le da igual, nunca viene a buscarlo. La tierra huele a podrido, como en el cementerio el día del entierro de Ray. «Es normal —se dijo—, hay cadáveres aquí debajo.» No quiere hundirse en la tierra. No quiere convertirse en un cadáver.

Se levanta. Titubea y se estremece. Ya no tiene el anorak.

Tantea para verificar si el grandullón le ha quitado el móvil o se le ha caído del bolsillo. No consigue ver en la oscuridad. Se enjuga los ojos, pero eso le duele demasiado.

Un gato pasa y lo roza. Se escapa, asqueado. Tom se ríe: le duele. Alarga el brazo, con lentitud. Sus dedos buscan el teléfono. Solo un poco de suerte, solo un poco de suerte.

Pone la mano encima. Teclea el número de su madre. Es el único que se sabe de memoria. Descuelga. Quiere hablar, pero eso le provoca burbujas de sangre en la nariz. Balbuce: «Ma-ma-mamá..., ¡ven-ven-ven a bus... carne!». Y estalla en sollozos que vienen de lo más profundo de su miedo, de lo más profundo de su asco. «El mundo es demasiado feo», farfulla.

—¿Qué dices, cariño? ¿Qué te pasa? Di, di...

—¡Ma-ma-má, sálvame! ¡Sálvame!

—¿Dónde estás, cariño? ¿Dónde estás? Ya voy. ¡No te muevas!

Oye la voz de su madre dispuesta a la pelea. La cólera de su madre lo rodea de una cálida manta. Él dice de nuevo: «Ma-má, ma-má» y ella: «¡Ay, cariño, cariño! No te muevas, voy. Mataré al que te haya hecho esto. Lo mataré».

Nunca le había hablado así.

\*

—Ella es vuestro reloj. Mientras esté de pie, vosotros estaréis de pie; mientras trabaje, trabajaréis; cuando hable, escucharéis; cuando no hable, callaréis; tendréis hambre cuando yo os diga que comáis, y mientras no os diga que os vayáis os quedaréis. ¿Entendido? —La primera ayudante, la segunda,

las cuatro costureras y los aprendices bajan la cabeza. La señora Philippine observa, sentada en su mesa de trabajo—. A cambio, triplico las horas extra. Pago los taxis para llevaros a casa, hago traer los bocadillos y el paté. Quiero que nadie proteste, que nadie se queje, que nadie plantee el menor problema. Nos quedan diez días para el gran día. La cuenta atrás ha empezado. Sois libres de aceptar o de rehusar, pero tenéis que decidirlo inmediatamente. Luego será demasiado tarde. Habréis firmado un contrato. Así que quienes quieran irse que cojan sus cosas y se vayan. Pasarán a ver al señor Sisteron, que les pagará las horas que ya han hecho. ¿No es así, Robert?

Elena apunta con su bastón a Robert Sisteron, que inclina la cabeza.

Está sentada en una silla, la espalda recta, las piernas separadas en medio del estudio del 22 de la calle Panamá. Ha subido los cinco pisos a pie, ha hecho un alto en el tercero, el tiempo de telefonar a su banquero; luego ha reanudado la ascensión, seguida por el fiel Sisteron. Lleva el pelo corto y teñido de rojo, con su gran boca roja babeando por las comisuras y una boa verde alrededor del cuello. Se apoya en un bastón con el puño de falsos rubíes y auténticas esmeraldas; «Algo no cuadra», dice soltando una carcajada. Su mirada penetrante se detiene delante de las chicas y los chicos que tiene delante. Mira de nuevo el reloj como si hubiera puesto en marcha un cronómetro.

Ellos cruzan miradas, con los ojos bajos; querrían hablarlo antes de comprometerse.

—Sentíos libres, tengo un equipo sustituto llamando a la puerta. Apresuraos, no tenemos tiempo que perder.

Armelle, la primera ayudante, una negra grande con vaqueros rotos, remendados con telas de todos los países del mundo, encaramada en unos Louboutin plateados de imitación comprados en H&M, avanza hasta el centro de la habitación y declara: «*Count me in!*»<sup>11</sup>. Stefania, una especie de jamelgo que se enorgullece de no comer más que ajo y pepinillos, se pone a su lado, mordiéndose las uñas. Oliver, un inglés lleno de pecas, se contonea y susurra con voz melosa: «¡Yo tambiénéén!». Y los otros les siguen los pasos por miedo a quedarse fuera.

—¡Perfecto! —declara Elena—. Señora Philippine, anote las horas de cada uno. Si uno solo se queja o remolonea, anótelo también. No estamos aquí para reírnos. Me juego demasiado dinero. Por otra parte, si la colección es un éxito, también tendréis una bonificación, ¡y gorda!

Se vuelve hacia Hortense:

—¿Algún problema más?

—Sí, miles, pero ninguno para usted.

—Estamos acabando de preparar la sala con Picart. Estará toda la gente importante, te lo prometo. Ceno en casa de Karl esta noche. Quiero que los saques de quicio a todos y que todos te detesten... Sería preocupante que hablaran bien de ti. —Elena chasquea los dedos en dirección a Robert Sisteron—. ¡Robert, nos vamos! Acerca el coche. ¿Has visto, Hortense? Se han llevado el urinario de debajo de tu casa y han plantado dos árboles en la plaza. Es una buena señal, ¿no?

Hortense hace una mueca. La otra noche, un tío que meaba en la calle entre dos coches le gritó: «¡Eh, tía! Deja de hablar por el móvil mientras caminas o te follo sin que te des cuenta».

Ha decidido aprender kárate.

Se deja caer en una silla en su despacho y abre una botella de agua cuando Armelle anuncia que Zoé quiere verla.

—¿Aquí? ¿En el taller? ¿Le has dicho que estoy aquí?

—No he tenido elección.

—¡No tengo tiempo, Armelle! Se supone que debes protegerme, ¿no?

Su teléfono suena. Henriette. No deja de llamar. Debe de querer saber si Hortense le ha enviado la invitación para el desfile. Hortense pulsa «Estoy en una reunión». La respuesta no tarda: «Llámame. Tengo algo jugoso para ti». Hortense levanta la vista al cielo. ¡Jugoso! Parece el comisario Maigret.

El teléfono suena otra vez. Hortense lo empuja hacia Armelle, que descuelga y responde en inglés. Aplasta el aparato contra su pecho y hace grandes gestos con la mano, en trance.

—Es ese periodista americano que ha llamado tres veces ya. Trabaja para *Vanity Fair*, escribirá diez líneas sobre ti y pondrá una foto en la sección «Personas a las que seguir». Es importantísimo, hay que hacerlo. ¡Hay que hacerlo!

—¿Qué digo?

—Da igual. Sé altanera, glacial, eso los impresiona. Y pon el manos libres, que yo lo oiga.

Hortense se encoge de hombros.

—¿Hola? *Yes, yes...* —El periodista le pregunta si es la próxima Chanel. Se retuerce un mechón y desarrolla su respuesta en inglés—: No quiero ser la

próxima Chanel o Béchamel o Mortadelle. Quiero ser la próxima yo. — Armelle levanta el pulgar y hace muecas de mono puesto de ácido. El periodista balbuce algo que significa que quiénes son Béchamel y Mortadelle —. Dos grandes modistos franceses —responde Hortense—. Hay que documentarse, tío.

—¿A quién quiere gustar? —sigue preguntando el periodista.

—¿A mí! Cuando quieres gustar a todos, no gustas a nadie.

—Una última pregunta... ¿De dónde saca las ideas?

—De los meaderos de mi barrio.

—¿El qué?

—Busque en un diccionario.

Cuelga y se estira.

—¡Perfecto! —exclama Armelle—. Se van a volver locos contigo.

—La próxima vez me encargo yo de la cobertura —gruñe Hortense.

Armelle juega con los cables de sus auriculares y explota una pompa de chicle rosa que le salta a la nariz.

—¿Qué le digo a tu hermana?

Hortense barre el aire, impaciente.

—¿Estamos al día con las pruebas de materiales? ¿Telas, cueros, los estampados que tenían que llegar ayer...?

—Voy a comprobarlo.

—¿Lucie estará aquí mañana para la prueba del chaquetón?

—A las diez. Y no olvides que antes ves al tipo de los *shoes*. Viene expresamente desde Lyon. Bueno..., ¿y tu hermana?

—Hazla entrar. Pero la próxima vez no estoy aquí. No tengo familia ni amigos. Ni teléfono. Toma el mío, no quiero volver a verlo. Si es realmente importante, me lo cuentas; si no, lo pospones todo para dentro de diez días. ¿Entendido?

La última palabra la ha gritado. Armelle retrocede mientras estalla otra pompa.

—Creía que tu hermana sí..., sobre todo porque tiene un aspecto...

—No tengo hermana. Hazla entrar.

Nora empuja la puerta del despacho.

—¿Puedo molestarte un minuto, Hortense?

—Tienes diez segundos.

Nora deja una parte de arriba de un vestido en la mesa.

—¿La longitud de este escote está bien? —Hortense asiente. Suena su

móvil, es el Hombre. Llama un poco demasiado a menudo. Resulta pegajoso. Lanza el teléfono a Armelle y le grita: «¡Quédatelo!». Nora extiende otra pieza, un abrigo tres cuartos de anchos hombros—. ¿Te parece bien el pespunte?

—Sí.

—¿Seguro?

—¡Sí! —grita Hortense.

—¿Y la anchura de la cremallera en el costado?

—Ya lo he dicho: dos centímetros. ¿Conoces ese número entre el uno y el tres? Dos. ¿Te acuerdas?

—Una última cosa: ¿recuerdas que el novio de Catherine, ya sabes, el que es DJ, viene esta noche a que oigas la música para el desfile?

—¿A qué hora?

—A las diez.

—OK. Pizzas y Coca-Cola para todo el mundo.

—Hay tres vegetarianos, dos veganos, un celíaco, un halal y un *kosher*. Los otros son normales. ¿Cómo hago?

—Apáñatelas. —Hortense se vuelve a Armelle—. ¡Mándame a mi hermana!

—¡Pues sí que es animado tu barrio! He estado a punto de caerme redonda delante de la carnicería Carne a Gogó. La carnicera desempaquetaba tripas grises y chuletas rosas en la acera, las golpeaba para darles forma y se secaba la frente con la misma mano. Las aceras están llenas de tíos comiendo pescado a la parrilla y maíz, sentados en unas canastas. Te miran y sacan la lengua a la vez... ¡Es asqueroso!

—No tengo tiempo, Zoé.

—¡En la calle Suez, un tío me ha agarrado el culo con todo el descaro! ¡Con un dedo por delante!

Hortense se encoge de hombros.

—No estás muerta, ¿verdad? ¿Qué quieres que haga? Es así.

—Ya lo sé, pero, aun así...

—¡Date prisa, tengo una colección que terminar!

Zoé hurga en su bolso y saca un fajo de papeles.

—Tengo un proyecto —anuncia, misteriosa.

—¿Y? ¡Eres lenta, Zoé, eres lenta! ¡Desembucha!

—¿Has visto las peliculitas de Stella que nos mandó mamá?

—No he tenido tiempo.

—Deberías. Son curiosas, bien hechas, me han dado una idea para tu colección.

—No puedo pagarte. Tengo un presupuesto.

—Ya me las apañaré. Hago esto porque me divierte. —Cuando era pequeña, Zoé no compraba nunca regalos de Navidad: los hacía. Pasaba las horas en su habitación, cortando, pegando, coloreando, poniendo adhesivos, lentejuelas, desmontando y volviendo a montar. Una Nochebuena hizo una papatabla<sup>12</sup>, una figura de cartón a tamaño real de su padre, que acababa de morir. La instaló en la mesa. Le hablaba y le besaba. El pavo se quemó y la velada viró hacia el drama—. Voy a hacerte unas fotos trabajando, fotos de los maniqués, de los ayudantes, los peluqueros, los maquilladores, y voy a hacer un corto de dibujos animados en papel que contará el así se hizo de una colección y que pondrás en las sillas de los invitados. El formato será chic y elegante, te lo prometo.

—¿Una película en papel?

—Acuérdate, salían en los sobres sorpresa. Un bloc pequeño de fotos... Pasabas las hojas muy rápidamente y se transformaban en una película. Yo he hecho uno que podría llamarse *Almuerzo con Léonie y Stella en la cervecería del Trocadero*. ¿Quieres verlo?

—No tengo tiempo. —Hortense patatea en su sillón. Luego cambia de opinión—: ¿Salgo yo?

—Salimos todos. Stella, Léonie, mamá, tú, yo..., incluso el chico de Stella. ¿Lo viste?

—Me fui antes de que llegara.

—Está mogollón de bueno. ¡Ardiente, incluso!

Zoé ha pronunciado «ardiente» como si se chupara los dedos mojados en chocolate. Hortense la amenaza con el índice.

—Se lo diré a las carmelitas y te echarán del convento.

—Hazme caso, es muy atractivo.

—¿Qué sabes tú de los tíos?

—Un poco, en todo caso...

—Gaétan y punto final.

—No te cuento todo.

—¿Tienes citas con Jesús?

—Déjalo estar, ¿vale?

Las cejas se le juntan formando un bucle de insatisfacción.

—Perdona. Era broma. Bueno, tengo trabajo.

—¡No me has contestado! Por lo menos ve la película que he hecho.

—Zoé, por favor, no tengo tiempo ni de rascarme.

—Te lo hago gratis. Si no te gusta, lo tiras. No tienes nada que perder y mucho que ganar.

Hortense piensa. Zoé cruza los dedos como si rezara y da saltitos en la silla. Brinca como un escarabajo alimentado por una central nuclear.

—¿De verdad quieres hacerlo?

—Sí. Sí. Sí.

—De acuerdo. Tendrás derecho a moverte por aquí y a hacer fotos, pero no molestes al personal. No hablas, solo observas, clic, clac, eso es todo.

—¡Yuju! —grita Zoé—. ¡La vida es bella!

Hortense la calma:

—Espera un poco... ¿Tendrás tiempo para el preparatorio? No quiero que esto te impida trabajar. ¡A mamá le dará un ataque!

—Llegaré a todo. ¡Simplemente no dormiré! Me emociona demasiado. Y, además, son diez días. Me pondré al día después. ¿Pondrás mi nombre en el programa? Si por casualidad alguien quiere ponerse en contacto conmigo...

—¿Y el convento, Zoé, y el convento?

—Podemos llevar a Dios en nuestro corazón y tener muchos proyectos. Es Quien me da todas estas ideas y la energía para realizarlas. No te imaginas lo feliz que soy. Y además estaré contigo todo el rato.

—No muy cerca. ¡Estoy que muerdo! —Las dos hermanas chocan las manos. Hortense agarra a Zoé por el brazo y la lleva hacia la puerta—. Venga, Méliès, a currar.

—¡Me voy al infierno de Panamá! —grita Zoé—. ¡Yuju! —El bolso rebota en su cadera, se abre y cae una libreta—. Es mi primera película —dice al recogerla—. La del almuerzo. —Se la tiende a Hortense—. Vela, te harás una idea de lo que quiero hacer.

\*

Zoé baja los cinco pisos, salta unos escalones, gira y grita. «¿Cómo me organizo el trabajo? ¿Primeros planos, planos generales, zum, plano americano? ¡No, nada de planos americanos, detalles, detalles! ¿Qué formato? Ni muy grande ni muy pequeño. Voy a necesitar un papel bastante grueso, no

cartón, pero casi, ¿brillante, mate? ¿Cuántos hago? ¿Cómo voy a pagar todo esto? ¿Me he pasado, quizá? ¡No! ¡No! Me queda dinero. No se lo he dado todo a Alexandre. ¡La vida es bella, la vida es bella!

»La vida es muy bella cuando estamos de acuerdo con ella.»

\*

Pataleando en la cola de la farmacia del Reloj, Edmond mira la hora en el suyo: las once y cinco. Se aprieta el nudo de la bufanda y tose tapándose con la mano. Está hinchado. Le duele el plexo. Tiene reflujos de bilis ácidos. No digiere nada. Se atiborra de citrato de betaína después de cada intento de comida.

Ayer Solange le preguntó con su voz de serrucho:

—¿Seguro que no tienes cáncer? Has adelgazado. Estás amarillo. Si fuera tú, iría al médico. —Y se ha enjugado la comisura de los labios con el índice pintado con esmalte beis de Chanel. Lo exhibe de buen grado.

—Tengo algo en el estómago, no pasa nada —ha murmurado.

—Tendrías que ir a ver a Duré...

Ya no soporta cenar frente a ella, su boca seca, los polvos de maquillaje que se convierten en placas, el ruido de sus mandíbulas, sus ojos ávidos que cuentan y recuentan los tenedores de plata porque la criadita es nueva. ¡Y los almuerzos del domingo! Los aborrece. Solange, Jérôme y Julie diseccionando en silencio un pato con nabos, un pollo en gelatina, un estofado nadando en un caldo infame. Aunque Solange cambia de plato cada semana, siempre es insípido. Su cocina es frígida. Las mismas salsas desabridas, las mismas palabras masticadas una y otra vez, los mismos cotilleos. Ya es oficial: Gerson se lanza a la política. Se pregunta qué partido elegir. La señora tendrá que aprender a vestirse y a disponer una mesa, ¡va a cambiarle la vida! ¡Y los robos en el trabajo! Zbig aparece en las cintas de vídeo. Habla con un hombre de espaldas que lleva un casco. Imposible identificarlo. Jérôme hace todo lo posible por sugerir que es Adrian sin llegar a decir su nombre en ningún momento. Julie aguanta apretando el cuchillo. Sus falanges están blancas. Corta y vuelve a cortar el mismo trozo. Acaba por decir que quizá. El cuchillo cae, ya no tiene hambre. Su expresión se enturbia, quiere decir algo, pero no le sale nada.

¡Qué pena! ¿Cómo hemos llegado a esto?

¿Por no haber estado atentos? Hay que estar atentos para sacar adelante la vida, la familia. La clave está en los detalles, en los matices. Nada de chapuzas, no hay que dejar pasar nada. Nada de decir que se arreglará mirando hacia otra parte porque somos perezosos, porque no sabemos lo que queremos, porque tenemos miedo.

A fuerza de mirar hacia otra parte, no sabemos ya cuál es nuestro sitio.

Una señora bajita y mayor de pelo blanco recogido en un moño con una peineta bloquea la cola. Quiere saber cuánto le reembolsarán. La última vez la farmacéutica se equivocó por tres euros. La farmacéutica se compadece y calcula. En la farmacia se vende de todo: zapatillas, zapatos, calcetines al aloe vera, tetinas, peluches, pañales de adulto para señores mayores, pañales de adulto para señoras mayores, maquillaje, máscaras térmicas, caramelos, toallitas dermocalmantes, toda clase de Listerines: Original, Cero, Cuidado Total, Cuidado Blanqueador, Protección Dientes y Encías... ¿Cómo elegir el bueno?

La señora bajita ha vuelto a guardar su receta. Otra avanza. Le gustaría susurrar su problema a la farmacéutica. Hay demasiada gente. Se conformará con comprar citrato de betaína, un bote grande. Volverá otra vez. Su mirada vuelve a errar por los estantes de las vitaminas. Docenas y docenas de frascos. Está descifrando las etiquetas cuando oye a la farmacéutica exclamar: «¡Ah! Si tiene cambio, señora Valenti, me vendrá bien». Reconoce la espalda de Léonie.

Acerca un hombro hacia ella.

Léonie lo ve y sonrío.

—Buenos días, Edmond —dice mientras inclina la cabeza a un lado. Él no responde, ocupado en contemplarla. Alta, delgada, casi transparente; sus ojos azules, líquidos, oscilan en su rostro, parece que van a desbordarse. Y ese aspecto... Ese aspecto de confiar siempre en la gente, de esperar solo lo mejor, como si no hubiera crueldad ni maldad en ella—. ¿Estás bien? —pregunta mientras tira de las puntas de su bufanda. Tiene la boca seca. Se ve obligado a carraspear desde el fondo de su garganta.

—Podría ir mejor —contesta con dolorosa crispación.

—Vaya..., ¿qué pasa?

Mira la cola, la gente. Da un paso a un lado. Él la imita.

—¿Tienes tiempo?

—¿Pero no querías comprar algo?

—¡Eso puede esperar!

Y la arrastra fuera.

La coge del brazo. Siente su calidez, su suavidad. Tiene ganas de poner la mano en su cintura y llevársela.

Se comería muy a gusto un sándwich de *rillettes*.

Léonie pide un té. Él también quiere un té. Si ella hubiera tomado un jarabe para la tos, él habría hecho lo mismo.

—¿No tendrán sándwich de *rillettes*? —añade.

Léonie machaca la manga del impermeable y empieza a contar, con la voz quebrada, la agresión de Tom.

—Por eso he venido a la... Stella no abandona la cabecera de su cama..., se niega a... —No acaba las frases. Parece agotada. Se apoya en el bolso, puesto en sus rodillas—. No voy a poder quedarme mucho tiempo. Stella me ha... y tengo que coger el autobús.

—Te acompaño. Esta mañana no he visto a Stella en la empresa.

—Está cuidando de Tom. Ha recibido un puntapié detrás de la oreja y es como...

Su voz tiembla.

—Bébetelo. Te sentará bien.

Él le toma la mano y ella dice:

—¡Ay, Edmond! ¿Nunca se acabará esta violencia?

Él posa sus labios sobre las gruesas venas azules.

—Ya verás, va a ir bien. —Ella lo mira como si quisiera creerlo. La mirada de Edmond la anima. Su respiración se calma. Lanza un suspiro. Se encoge sobre sí misma. Bebe un poco de té—. ¿Quieres otra cosa? ¿Tienes hambre? —Ella niega con la cabeza.

—Tuve la sensación de volver atrás, de que todo iba a volver a empezar.

Él le besa suavemente su mano tibia, que descansa sobre la suya.

—Stella lo encontró acurrucado cerca de la parada de autobús. Estaba ensangrentado. Ella había cogido la carabina de Georges. Quería cargarse al cabrón que... La cólera la vuelve loca. Si supieras...

—¿Sabía quién era el agresor?

—Tom dice que no ha visto nada. Era de noche, el tipo llegó por detrás. Le ha robado el anorak. El que le regalaron por Navidad. Tiritaba, le castañeteaban los dientes, él... —Deja la taza de té. Inclina la cabeza. Suspira —. Lo envolvió en una manta. Dieron vueltas por Saint-Chaland. Quería encontrar al tipo. No daba su brazo a torcer. Tom le pidió que volvieran, le dolía todo el cuerpo. Me lo contó él. Habla sin mover los labios. Le duele mucho. Ya sabes que los dos nos queremos mucho. Tenemos nuestros secretos. —Dibuja una pálida sonrisa, descolorida, como si se excusara por hablar de sí misma—. Stella ha dejado la carabina de Georges en el camión. Tengo miedo, Edmond. Tengo miedo de que haga una tontería. Ayer por la noche, después de que Tom se durmiera, salió al patio. Estaba en la oscuridad, la luna estaba velada, la oí... Hablaba con Ray.

—¿Con Ray?

—Lo llamaba cabrón y gruñía. «¿Crees que no te veo, que no sé que eres tú el que ha maquinado todo esto?» Me acerqué, la abracé por los hombros y le dije que entráramos. Ella me dijo: «¿Lo oyes? ¿Oyes cómo se ríe, lo contento que está? Voy a matarlo».

—Tiene que descansar. Dile que se tome unos días. Ya me las arreglaré.

—Eres bueno, Edmond. Ya no sé qué hacer...

—¿Y Adrian? ¿Qué ha dicho?

Léonie baja los ojos, molesta.

—No volvió anoche. Y esta mañana cuando me he ido tampoco estaba.

Edmond aparca en el patio. Unas gallinas picotean unas hojas de ensalada, dos gatos enredados ofrecen su vientre al sol. Hay un podón tirado en un banco. Una carretilla bloquea el camino que lleva a la cocina. Georges no debe de estar lejos.

Ve a Suzon a través de la ventana y sigue a Léonie, que empuja la puerta de la cocina.

—¿Ha vuelto Adrian? —pregunta Léonie.

—Está arriba —dice Suzon—, con Tom. Stella se ha ido.

—¿Se ha ido? ¿Adónde?

—Adrian ha intentado hablar con ella y Stella le ha dado un codazo en el estómago. ¡Un golpe violento! Se ha ido. Ha cogido el camión. Él no se ha movido. Meneaba la cabeza. He sido yo la que le he dicho que subiera, que le

había pasado algo a Tom.

—¿Stella no ha dicho adónde iba?

—No.

—¡Dios mío! Tenía la carabina en el camión.

—¿Qué carabina?

—La de Georges.

—Oh, oh... ¡Que Georges no se entere! Está en nuestra casa, cambiándose.

Ha sudado mucho con la carretilla y los asnos.

—Me voy, Léonie —dice Edmond—. Llamaré más tarde.

—Gracias, Edmond.

—¿No quiere un café o un vaso de vino, señor Courtois? Qué vergüenza, no le he ofrecido nada.

—Muy amable, Suzon. Vuelvo al despacho. A lo mejor Stella está allí...

\*

Adrian se sienta en el borde de la cama de Tom, con delicadeza, para no moverlo. Tom está echado, débil, sudando, los dedos se le mueven en sueños. Tiene la boca abierta, con un hilillo de saliva seca en la barbilla.

Adrian mira por la ventana; los árboles dibujan unas manchas grises que se inclinan hacia la habitación para velar por el chico.

¿Alguien sabe dónde va a caer el rayo?

«No estaba aquí.

»Nunca voy a buscarlo al colegio. Me digo que ya es grande. Que Stella está ahí. Que yo, a los once años...»

Tom descansa con la nuca hundida en la almohada. Tiene la nariz y los labios tumefactos. Los ojos cerrados, hinchados, rodeados de morado y rojo. Las pestañas pegadas. Su torso sube suavemente. Una venda le rodea las costillas. Respira a sacudidas, haciendo un ruido de rueda torcida. Frunce el ceño, gime. Su pelo rubio está pringoso de sangre. Lleva una tirita en un ojo. Otra en la oreja, bajando hacia el cuello. Dos manchas oscuras mancillan la almohada. La herida del cuello parece profunda.

¿Por qué lo han agredido? ¿Es por la historia esa del diploma de alumno ciudadano? Él sabía que no era una buena idea. Siempre hay idiotas a los que no les gustan los buenos alumnos y los convierten en objetivos. Se acuerda de un día en Aramil. Había hablado de una película en clase y el profesor lo felicitó... Lo esperaban tres en la carretera desierta. Su abuelo le había dicho: «Solo tienes que aprender a pelear y a meterles una paliza».

Stella...

Se había ido muy rápido...

Estaba furiosa. Podía ver cómo le latían las venas de la frente, imaginaba cómo resonaba su sangre, un ruido sordo que contaba un dolor espeso, lento, pesado, dong, dong, dong...

No va a ir a más habitaciones de hotel con la Parisina.

La pregunta era: «¿Qué me impediría verla?». Se la había hecho por la noche mientras contemplaba una lechuza que lo miraba con aire reprobatorio.

¿La respuesta? La conocía desde hacía tiempo.

«Que Stella y Tom puedan sufrir.»

Era el límite que se había fijado.

Ayer, al salir de la estación, pasó por la nave.

Era tarde. Se dijo que se quedaba unos minutos. El tiempo de comprobar que las puertas estuvieran bien cerradas. Los robos de material son constantes. El otro día robaron un tractor en la empresa de los Antioche. A plena luz del día. Donde los Granger, por la noche, arrancaron unos arbustos recién plantados. Ed Granger se frotaba los ojos por la mañana. Ya no había seto. Los gendarmes no se desplazan ya. No es seguro que haya puesto el antirrobo correctamente, una gruesa cadena que cierra la entrada.

El antirrobo no estaba en la puerta. Yacía en la tierra. Arrancado. Y las puertas se tambaleaban con un ruido de casa encantada.

Maldijo. Entró en la nave.

Robo.

Faltaban unos palés europeos, una carretilla elevadora, baterías. Las baterías se revenden muy caras. Las huellas estaban todavía frescas. Un cigarrillo yacía en el suelo. No una colilla, un cigarrillo entero. Si es así,

acaban de irse; han sido interrumpidos y volverán.

Iba a esperarlos.

Ha escondido su coche detrás de unos matorrales, un poco más lejos. Ha vuelto a la nave. Ha buscado una barra de hierro. Ha encontrado una, pesada y redondeada. ¿Cuántos son? ¿Uno, dos, tres? Los pillaré uno por uno. Tiene una ventaja y los tipos no saben que los espera.

¿Quién puede ser? ¿Los merodeadores que saquean la región? ¿Unos tipos que se han fijado en él, que lo han seguido? ¿Esbirros de Milan? ¿De Borzinski?

Ha desplegado el periódico que leía en el tren. *L'Équipe*. Sigue la temporada de los clubes de fútbol rusos, sobre todo el FK Oural Iekaterinbourg, clasificado duodécimo en la primera división de la liga. Lo ha extendido en el suelo. Se ha quitado el reloj, que no da la hora, que indica todo el rato las diez y veinte. No quería romperlo si tenía que pelear. Se ha quitado el abrigo. Se ha envuelto dentro y se ha ocultado detrás de la trituradora gris y amarilla.

Con un ojo abierto, la barra de hierro al alcance de la mano, atento a no hacer ruido, ha sacado el teléfono para avisar a Stella. Ha escrito: «*Liouba*, no vuelvo esta noche, trabajo. *Liouba*, te he echado mucho de menos».

Y era como si, después de una larga ausencia, volviera a encontrarla.

Ha vigilado toda la noche. Contemplaba los flancos lisos de la trituradora. Adivinaba en la oscuridad el vuelo lento y sinuoso de un búho, sus largas y estrechas alas. Percibía en el parco rayo de la luna la cara plana, los ojos rasgados y el pecho blanco de la lechuza. Lo miraba fijamente y parecía preguntarle: «¿Qué estás haciendo con tu vida?», con un aire de reproche, casi de desprecio. Encendía un cigarrillo, apretaba la barra de hierro. «Borzinski no es de fiar. Ha cedido demasiado fácilmente a lo del porcentaje. Tiene otro plan y espera para elegir a su socio. O quiere intimidarme. Para hacerme abandonar.» Se mordía el interior de las mejillas. Acechaba los ruidos. Espiaba la noche. Había llovido, el aire estaba turbio, vaporoso, y la fina luna creciente, un cruasán, se estaba mojando. «¿Qué haces con tu vida, Adrian Kosulino?», preguntaba la cara plana y seria de la lechuza.

Se encendió otro cigarrillo.

Se despertó porque el sol le calentaba la mejilla. Extendió un brazo para abrazar a Stella. *Liouba. Liouba.* Abrazó el vacío. Miró la hora. ¡Las nueve y media!

La lechuza había volado.

Se marchó dejando las puertas de la nave cerradas pero sin antirrobo. Iba a tener que volver, y rápido.

\*

Tom vuelve de lado la cabeza y Adrian adivina una herida de siete u ocho centímetros en el cuello. Y la huella de una suela. «¿Un golpe con una bota? ¿Los zapatos puntiagudos de Milan? ¿Milan ha pagado a alguien para presionarme? ¿Darme a entender que quiere su parte en el nuevo negocio?»

Mira a Tom: «Es por mi culpa, es por mi culpa».

Los zapatos puntiagudos de Milan. Aprieta los puños. Golpea la palma de la mano con un puño.

«Es por mi culpa.»

Tom entreabre un ojo hinchado por la sangre, ve a su padre y murmura en un soplo:

—Pa-pá.

—¡Hijo mío!

—¿Dón-de es-ta-bas?

—Trabajando. Por mamá, por ti, por nosotros. Tengo un gran proyecto. ¡Estarás orgulloso! —Tom traga saliva y frunce el ceño—. ¿Quieres beber algo? —Tom asiente—. ¿Agua?

Niega y articula:

—Co-ca-Co-la.

Adrian ríe suavemente.

—¿Estás seguro?

—Co-ca-Co-la he-la-da.

—¡Muy bien, jefe!

\*

Era mejor que se fuera. Le habría gritado que era un cabrón, un tío asqueroso y un canalla; le habría arrancado los ojos, lo habría destripado, lo

habría enterrado bajo las hojas muertas y lo habría pateado. Había como un tornado ascendiendo por ella. Giraba sin parar y lo devastaba todo. No hacía falta que Tom lo oyera, ya había tenido su ración de desgracia. Era mejor que se fuera.

Había llegado con las manos en los bolsillos a las diez de la mañana. Stella no le preguntó nada. Habría sido capaz de responderle que había estado trabajando toda la noche. Por ellos. Siempre la misma excusa.

Eso la volvía loca, que viniera con las manos en los bolsillos diciendo una mentira con su mirada gris que no se velaba, que la tomaba como testigo de su inmenso amor, de su inmenso deseo de quererla, de protegerla, de cuidarla si una desgracia llegaba.

Un cabrón.

Era mejor que se fuera.

\*

Si la cerca de madera gris delante de la casa de Zbig aguanta en pie es gracias a las zarzamoras. Es mejor saltarla que abrirla; si no, se derrumba, Zbig te acusa de haberla demolido y te exige que la repares. Todo el mundo pasa por encima.

Stella pasa una pierna por encima abriéndose como una tijera cuando ve el cadáver de un zorro en la hierba. Un cadáver de zorro con la cola cortada. Carroña convertida en un botín para las moscas. ¡Mierda! Zbig lo ha matado para conseguir la recompensa. Cincuenta euros. Hay que llevar la cola a la alcaldía para recibirla. El animal parece dormido; tiene la piel enrojecida, casi quemada, como si hubiera estado demasiado tiempo expuesto al sol. Y su hocico esboza una sonrisa apacible bajo el enjambre de moscas.

Va a hablar con Zbig de la acacia que ha caído en la valla del campo. Georges se ha informado en el catastro de la alcaldía y Zbig es el responsable. Debe sacar el árbol y reparar la cerca.

Atraviesa el patio y espanta a los tábanos; ¿cuándo hará bastante frío como para que revienten? Se acerca, oye una música, una melodía familiar que podría cantar. Un estribillo que chirría. No sabía que Zbig fuera melómano; se muere de la risa, le sienta bien reír.

«Le avisé de que lo mataría.

»Va con las manos en los bolsillos y silbando.

»Y elige el día en el que Tom está cubierto de sangre.»

¿Quién ha agredido a su chico? Ha pasado tanto miedo que no ha tenido tiempo de reflexionar. Ha cogido la carabina de Georges como si fuera a darse de bruces con el agresor.

Como si tuvieran una cita. Como si supiera quién es.

Es por su culpa. Ha amenazado a la directora del colegio, que ha debido de repetirlo... a uno de los acólitos de Ray Valenti. Gerson, por ejemplo. Se lanza a la política, es amigo del alcalde, del diputado; seguramente ha sido él quien ha tenido la idea de poner el nombre de Valenti al colegio. Para darse importancia. Atraer los focos. Al negarse, se convierte en una molestia. Le envía una advertencia. «Acuérdate de Toutmiel<sup>13</sup>, tu perro preferido. Acuérdate de cómo acabó. Degollado, atravesado en la puerta de la cocina, empapado en sangre cuajada y cálida. Acuérdate de tu pie tropezando en plena noche con el cuerpo del perro delante de la puerta. Acuérdate de tu grito, de tu desesperación.

»Esto no acabará nunca.»

Zbig vive en una vieja granja. Los postigos baten, las puertas entrechocan y las hierbas marchitas crecen en el enlucido descascarillado de las paredes. En el patio se amontonan las carcacas de objetos no identificables, de bolsas de basura rebosantes, de asientos de coche reventados, de refrigeradores, de latas de comida para gato vacías. Hordas de gatos. Cada mañana se pasa hora y media abriéndolas. Les habla con una vocecita aguda y forzada, una voz de marica loca: «¿Y qué es lo que harían mis animalitos si no estuviera Zbig? ¿Qué harían mis preciosidades? Comerían huesos y espinas, maullarían ante la muerte, pero Zbig está aquí, Zbig sabe cómo ganar dinero para sus animalitos...».

Jadea y se desplaza como si moviera una hormigonera.

Stella llama a la puerta. Llama con más fuerza. Frota el cristal con el reverso de la manga. Pega la nariz. Ve a Zbig. Se contonea con la música, levanta un brazo al cielo, suelta un grito, su vientre enorme se desborda y tiembla, semejante a la gelatina de grosellas. Baila con una canción de Céline Dion. Sostiene una muñeca contra sí y le come la boca.

Querría cruzar el océano, encontrarme de frente con una gaviota volando, pensar en todo lo que he visto o, si no, ir hacia lo desconocido; querría descolgar la luna y, por qué no, salvar la tierra; pero, ante todo, querría hablar con mi padre, hablar con mi padre...

Hunde el rostro en el cabello largo y rubio de la muñeca. La moja con sus besos y la desliza entre sus piernas. Se abre la bragueta con sus gruesos dedos impacientes. La frota contra su sexo, da golpes de cadera, ruge...

Es la más bonita de las muñecas. La ganó en el tiro con carabina el verano pasado. La guarda bajo la cama y la saca cuando tiene ganas de pasar un buen rato. Nunca ha penetrado a una chica. Se imagina que es suave, cálido, que te sofoca como un edredón. Se masturba sobre la muñeca, sobre su jeta rosa, sobre sus grandes ojos, tan confiados, sus pestañas, tan pegajosas por el esperma que ya no se mueven. La muñeca no deja de sonreír. Cuando haces presión en su vientre, chilla «*Kissmedarling*». En inglés, *darling* quiere decir «querido», y *kiss*, «besar». Se lo enseñó Adrian. *Kissmedarling*. Bésame, querido. Eyacula y seca a la muñeca pegajosa con su pañuelo. Vuelve a ponerla debajo de la cama.

La muñeca para parar la lefa, Céline para convocar a su papá.

No conoció a su padre.

Prefirió irse la víspera de su nacimiento.

Se lo ha reprochado durante mucho tiempo.

Al crecer, reconsideró su opinión y se dijo que su padre era un gran tío. Muy inteligente. Había comprendido que no tenía nada que sacar de su madre. Que era basura. Por eso se fue. Si es así, ni siquiera sabe que tiene un hijo. Un día pasará por allí, por curiosidad, y se rencontrarán. ¿Cómo lo llamará? ¿Señor? ¿Papá? ¿Dios mío, cómo desea que llegue ese día! Entretanto, escucha en bucle la canción de Céline Dion. Le hace llorar, le sienta bien. Su padre era un hombre de verdad. Como Adrian.

En cuanto escucha la canción de Céline, ve a Adrian. Le alquila la nave. «Nadie debe saberlo», le ha dicho Adrian haciendo el gesto de cerrar una cremallera en su boca. Y le ha echado una mirada cruel para advertirlo de que no dudaría en hacer lo que hiciera falta si hablaba. Tuvo un escalofrío cuando lo miró así. Sintió un picotazo en el pantalón y se le puso el rabo como el

cemento. No se aguantaba sobre sus piernas. Se dirigió al interior de la casucha, sacó la muñeca de debajo de la cama y se frotó pensando en la mirada cruel. Tenía ganas de pegarse a Adrian, de embadurnarlo con sus besos, de recibir patadas, bofetadas e insultos. De que le pusiera el puño en la boca, de que le gritara «Sucio paleta, gordo atiborrado de sopa». De que le meara encima. No podía explicarlo, pero era delicioso.

Piensa en la mirada cruel cuando se hace una paja con la muñeca.

Alquila la vieja nave. Eso le da para pagar las latas para los gatos. Es lo que se llama ser un ganador. Su padre estaría orgulloso.

Stella da una patada en la puerta y esta se abre. Zbig se sobresalta. Su sexo se menea. La parte baja de su rostro está manchada de carmín. Parece un payaso.

Céline se desgañita: «Quiero hablar con mi padre, hablar con mi padre». Zbig se saca el pañuelo sucio del bolsillo y se seca la cara. Su labio inferior pende como si la goma que lo aguantaba se hubiera roto.

—¡Vístete! ¡Das asco! —Vuelve a poner en su sitio su sexo y su camisa—. ¿Así que has sido tú el que ha cogido mi camión?

—No he sido yo. Yo no he cogido tu camión.

—El otro día me encontré en él un CD de Céline Dion, que además sigue allí.

—¡No he sido yo!

—¿Por qué coges mi camión?

—¡No es tu problema!

—Es mi camión.

—Él me pidió que lo ayudara, y lo ayudé. Me dejé el CD en el camión.

Ahora tengo otro...

—Me importa un bledo tu CD, yo hablo de mi camión.

—Lo sé. No soy tonto.

—Me mangaste el camión. ¿Por qué?

—No lo he robado. Soy una persona honrada.

—Eres honrado pero coges mi camión sin mi permiso.

—Él me dijo que podía si no decía nada.

—¿Quién es él?

—También él hace cosas deshonestas.

—¡Para ya, Zbig! ¿De quién hablas?

—¡Tienes que ir a la nave, a ver qué hay allí!

—¿Qué nave?

—Pasada la granja de los Bausseraud.

—¿La nave abandonada?

—No está abandonada. Es mía. Y la alquilo.

—Pero ¿a quién se la alquilas? No entiendo nada de lo que me estás diciendo.

—Él no quiere. Me amenazó.

Y el escalofrío vuelve a revolverle las tripas. Le quema en el vientre, se le pone dura dentro del *slip*, querría frotarse contra un árbol o una puerta. Cuando se frota es muy agradable.

—Puedes decírmelo. Nos conocemos desde hace mucho tiempo. Siempre te he ayudado.

—Él no quiere.

—Eres deshonesto. Voy a decírselo a Julie. El camión le pertenece. Corres un gran riesgo, Zbig. Se trata de robo, has robado. —Él se inquieta y se acalora. Su cara brilla por el sudor y se agita por los tics. Se muerde los dedos hinchados, con pequeñas heridas costrosas. Los dedos de los pies se le salen de las viejas deportivas podridas y despiden un olor a mantequilla rancia—. Hostia, Zbig, ¿no te lavas nunca? —gesticula Stella.

Zbig coge una mitad de sándwich de un envoltorio de plástico enmohecido que hay en la mesa y lo mete en el horno.

—Yo no soy deshonesto. Solo tienes que preguntarle a tu marido.

—¿Adrian?

—No te ha dicho lo que trama en la nave, ¿eh? ¿No te lo ha dicho? Venga, pregúntale. Yo no soy deshonesto. Pero he visto cosas, las he visto.

—¡No entiendo nada!

—La nave se la alquilo a él. Sin papeles de por medio. No quiere que lo sepa nadie. Ni siquiera tú. Él es el deshonesto, no yo. Él y el otro. Los dos quieren al gran Zbig.

Se ríe mostrando los dientes, llenos de pasta blanca.

Stella lo observa. Cuando eran pequeños, los chicos le tiraban piedras y las chicas le hacían beberse su pipí; ella lo defendía. Babeaba, tenía ya la espuma blanca en la comisura de los labios, y ella le tiraba de la manga para alejarlo.

A lo mejor ni siquiera se ha dado cuenta de que acaba de revelar el secreto de Adrian.

Vuelve a subirse al camión. Mete primera. La grúa se escora. Ha vuelto a olvidarse de asegurarla. Va a acabar por volcarse de verdad.

La nave aparece pasada la granja de Bausseraud y la tercera curva. Un camino de piedras y baches lleva hasta la entrada. El camión traquetea y la grúa se tambalea. Stella recorre los últimos metros rodando al paso.

Empuja los batientes de las puertas de la nave.

La trituradora gris y amarilla se alza imponente. Un modelo de ocasión, constata Stella. ¿Lo ha pagado él? ¿Y cómo?

¿Este es su secreto?

¿La razón de tanto misterio y de que desaparezca?

¿De que vuelva tarde y ya no hable?

Suelta una carcajada hacia las nubes. Abre los brazos y gira sobre sí misma. Gira sin parar. Una marea de felicidad la inunda. Querría zambullirse bajo el agua, ir a tocar los peces, las conchas blancas, hacerse unos collares, dar una patada y subir y subir. Sigue riéndose, hunde las manos en los bolsillos y los talones en el suelo para eliminar la cólera inútil.

En un rincón ve una minigrúa, un depósito y una carretilla elevadora.

Este es su secreto. Está montando su negocio. Con una trituradora para plástico.

¿A espaldas de Edmond?

Continúa su inspección. Rodea la trituradora. Ve un periódico en el suelo. Se inclina para leer la cabecera. *L'Équipe*, fechado en la víspera. Esta noche ha dormido en la nave.

Y, puesto en el periódico, el reloj de Adrian.

Se deja caer en el periódico, coge el reloj —las diez y veinte, las diez y veinte—, esconde la cabeza entre sus rodillas, escucha latir su corazón a punto de estallar, diez horas y veinte minutos, diez horas y veinte minutos, diez horas y veinte minutos, diez horas y veinte minutos.

Esta noche ha dormido en la nave.

\*

Sentado en la cama de Tom, Adrian le cuenta que a los catorce años se enfrentó al gigante del pueblo, un tal Obrazov.

—Quería matarme.

—¿Por qué?

—Porque me atreví a mirarlo a la cara. Estaba prohibido. Había que bajar

la mirada delante de él.

—¿Lo hiciste adrede?

—Estaba distraído. Lo tomó por un insulto.

—¿Era más grande que tú?

—Más grande y más fuerte, podía levantar un caballo. Nadie lo había vencido nunca. Aterrorizaba a los tipos del pueblo. Cuando lo veíamos, nos marchábamos a toda velocidad.

Tom suspira desanimado.

—¿Qué hiciste?

—Decidí que iba a morir y que me daba igual. Es algo que hacía siempre, hijo...

—¿Decirte que ibas a morir?

—Sí.

—Pero ¿por qué?

—Porque mientras no estuviera muerto, estaría vivo, ¡y muy vivo!

—¿Y funciona?

—Me dio fuerzas y lo derroté. Haz lo mismo y ganarás. ¿Sabes quién te ha golpeado?

—No —dice Tom apretando los labios.

—Sé que lo sabes —sonríe Adrian. Tiene una sonrisa curiosa. Y sus ojos grises se iluminan con un brillo amarillo. Parece un lobo que merodea en la noche, como los que se ven en los tebeos. Tom se calla—. No importa. Pero vas a ir a buscar a ese tipo y vas a pelear a muerte. ¿De acuerdo? —Tom frunce el ceño. Es una idea idiota. Primero, su padre tenía catorce años, tres más que él, y estaba acostumbrado a pelearse, y además...—. Si no, en el colegio dirán que tienes miedo, que eres una nenaza, y ni una sola chica querrá besarte. —Tom se altera. Se le calientan las orejas y eso le produce picor debajo de la tiritita—. Te verás obligado a hacer locuras para recuperarte.

—¿Como qué?

—Comerte un ratón crudo, saltar desde el puente de la Béousse o qué sé yo. Pero si peleas...

Tom se rasca un trocito de piel irritada. ¡Pelearse con Gaspard! Es como si lo tragara un agujero negro. Le tiemblan las piernas bajo las sábanas, tiene ganas de hacer pis.

—Escucha, papá, realmente es mucho más fuerte que yo.

—Precisamente. Tendrás a todas las chicas detrás de ti y nadie te molestará nunca más.

Su padre le cuenta tonterías. Pero seguro que Dakota... lo tratará de *loser*. Le hará una L con el pulgar y el índice. *Loser! Loser!* ¡Qué vergüenza!

Acababan de hacer las paces.

Traga saliva y estira las piernas para que dejen de temblarle.

—¿Puedes enseñarme a pelear?

Adrian sonríe y le acaricia el pelo.

—De acuerdo, hijo. —A Tom le gusta cuando Adrian lo llama «hijo». Eso emite un pequeño sonido protector que viene a decir: «Te quiero, estoy aquí», sin exageraciones. Casi no le duele ya. Casi no tiene miedo ya—. ¿Esperamos a que estés un poco más en forma y entrenamos? —Tom asiente con la cabeza. Adrian abre la mano y se la tiende a su hijo—: ¡Choca esos cinco!

Ve su muñeca desnuda.

Se le ha olvidado el reloj en la nave.

\*

Cuando vuelve de la granja, Stella sorprende a Suzon en el gallinero. Echa mondas y pan duro a las gallinas. Stella se acerca a la alambrada, desliza los dedos por los huecos y pregunta a Suzon si está Adrian.

Suzon se encoge de hombros.

—Se ha ido como alma que lleva el diablo. Ha perdido su reloj. ¡Menudo negocio! ¡Un reloj que no da la hora!

—¿Ha dicho dónde iba?

—No. No tenía tiempo para dar explicaciones.

Stella sonríe. Ve el destornillador en el brocal del pozo. Ha debido de ponerlo allí y olvidarlo. Se apoya contra la alambrada, dobla una pierna y cierra los ojos. Todo está volviendo a su ser. Necesita pensar. ¿Por qué no ha compartido su secreto? ¿Tiene miedo de que se lo cuente a Julie? Ya no habla con Julie.

—¿Cómo está Tom?

—Ha querido levantarse. Le he cantado *Ramona*. Y se ha movido más. ¡Qué te parece!

—¿Puedo dormir en vuestra casa esta noche? ¿Y quizá mañana?

—¿Es importante?

—Es necesario —sonríe Stella mientras toma la mano pesada de Suzon en la suya—. Necesito estar sola.

—¿Para hacer balance?

—Se podría decir así.

Una oleada de felicidad sale de su pecho. No hay otra mujer. No hay más aparte de esa trituradora gris y amarilla con ese aspecto estúpido en medio de la nave.

—Vas a hacerme el favor de volver a dejar el fusil donde lo has encontrado —rezonga Suzon.

—¿Cómo sabes que lo he cogido?

—No lo habrás utilizado, espero.

—No está claro que no lo vaya a utilizar.

—Entonces tendré que avisar a Georges, y se va a enfadar.

—¿Lo harías?

—Deja que los hombres se las apañen. Tom es un hombre ahora. Ya no es un bebé. Ve a guardar el fusil. Si no...

—¡Vale! Tú ganas.

—¡Y enseguida! —gruñe Suzon.

—¡De acuerdo! No te pongas nerviosa.

—No me pongo nerviosa, solo me explico. A propósito, ¿has hablado con Zbig de la acacia?

—¡Mierda! Lo he olvidado completamente.

—¡Ya estamos! ¡Necesitaría tres cabezas con todos vosotros! ¿Cuándo voy a relajarme?

\*

Edmond baja por los Campos Elíseos.

Edmond camina por la avenida más bella del mundo con paso alegre.

Edmond está radiante, Edmond saca pecho, Edmond fanfarronea.

Sale de la consulta del dentista, el excelente doctor Jacou, en la calle Balzac.

Se ha parado en Grand Optical para comprarse un nuevo par de gafas. «Son tendencia», le ha dicho la vendedora.

Se ha comprado una colonia en Guerlain.

Y se dirige a la calle La Boétie, donde está su antiguo sastre. Entra y dice: «Buenos días, señor Barnes, ¿se acuerda de mí?». El señor Barnes sonríe y responde: «¿Cómo podríamos olvidarlo, señor Courtois?». El hombre es un fino comerciante y un excelente sastre. Tiene las manos largas y blancas, los dientes bonitos y los ojos muy azules. Miosotis. Dos ojos que, en cuanto entra

alguien en su tienda, le toman las medidas y calculan los retoques.

Edmond continúa: «Quiero renovar el guardarropa, me he descuidado un poco últimamente; enséñeme telas, hábleme de cortes, de solapas, de botones, de chalecos, de camisas y de cuellos». El señor Barnes se pliega, se despliega, atiende con solicitud, exhibe, extiende, alisa. Edmond encarga prendas para llenar dos armarios, tres roperos y algunos cajones. Paño para el invierno, algodón para la primavera, hilo para el verano, cachemira para el otoño. Solo desecha el lino. No le gusta cuando se arruga.

—Va a ser un modelo de elegancia —concluye el señor Barnes, inclinándose.

—¡Eso espero, porque tengo mucho que hacer!

Ha decidido emprender la conquista de Léonie.

La ha llamado varias veces desde su encuentro en la farmacia. Adopta un tono preocupado, le ha preguntado por Tom y le ha pedido un informe de salud minucioso.

Solo para oír su voz.

Léonie le ha respondido con entusiasmo. Se le ha escapado una risa ahogada de felicidad. Han ido a tomar un café al centro. Le ha contado el chiste del hombre que quiere aprender inglés en pocas horas y por cuatro perras. Acaba por encontrar la dirección de un paquistaní que se enorgullece de enseñar inglés en seis horas por cuatro euros la hora.

—... Entonces va a llamar a la puerta de un chalé horrible. Le abre un paquistaní en babuchas. Al hombre le entran las dudas: «—¿Es usted el profesor de inglés? —*If, if...* —¿Está seguro? —*If, if... Between, between*»<sup>14</sup>.

Léonie ha estallado en carcajadas.

Él ha sonreído. «¿Lo has entendido? Entonces, ¿hablas inglés?» Ella se ha ruborizado. «Pues claro, Edmond, yo he estudiado.» Se ha sentido estúpido, menospreciativo. Le ha dado vergüenza; le ha pedido perdón y ella ha bajado la vista.

Aquel día se dijo: «Me voy a París, renuevo mi guardarropa y la cortejo».

Acaba de salir de la tienda del señor Barnes cuando Léonie lo llama.

—¿Edmond? ¿Te molesto?

—Por supuesto que no, salía del... —ha estado a punto de decir «mi sastre». Hubiera sido idiota. Se hubiera traicionado— banco. Puedo hablar contigo sin problema.

—Quería pedirte algo. ¿Me prometes que si te molesta me lo dirás?

—Por ti haré cualquier cosa, Léonie.

Su corazón se embala y es como una noria en su pecho.

—¿Querías enseñarme a conducir?

—Sí, claro...

—Tengo el carné, pero ya no me acuerdo de nada... No quiero depender de Georges o de Stella, he acabado por ser un peso muerto. Me gustaría poder ir sola al taller de *patchwork*, por ejemplo.

—Con mucho gusto... —vuelve a estar a punto de traicionarse, de decirle: «Querida, amor mío, tú, a la que espero desde que tengo veinte años; tú, a la que quiero hasta quedarme sin respiración». Revienta de felicidad, su pecho golpea tratando de salirse de la camisa—, querida amiga.

Canturrea mientras recorre la calle La Boétie.

Canturrea mientras busca el tique del aparcamiento.

¿Lo ha perdido? Pagará la multa.

¿Es caro? El dinero no da la felicidad.

Va a dar clases de conducir a Léonie.

Pone el intermitente, gira en la avenida Matignon, se salta un semáforo en la parte alta de los Campos Elíseos, le toca el claxon un automovilista que lo insulta y le echa el coche encima. Aparca en el lateral de la avenida de Friedland. Tiene que recuperar la calma. Si no, Solange sospechará. Hay que actuar con astucia. *Astucia*, ¡qué curiosa palabra!

Va a dar clases de conducir a Léonie.

Vuelve a Saint-Chaland y se sienta en su mesa de trabajo. Se fija la lupa en el ojo derecho. Saca las pinzas y los estiletes. Se inclina sobre un péndulo de mármol negro con escape Brocot. Lo ha encontrado medio destrozado en un revoltijo de chatarra. No funciona desde hace años. ¡Una pepita de oro!

Observa el escape por el lado de la esfera. Dos semicilindros con rubíes se balancean al ritmo de las oscilaciones del péndulo y bloquean la rueda de escape y su delicado engranaje. Da cuerda al resorte principal y lanza el

péndulo hacia la parte de atrás de la caja. El reloj comienza a funcionar. Es un buen presagio. «Léonie y yo, Léonie y yo», divaga con la mirada puesta en el péndulo. Pero después de unas cuantas idas y venidas se para. Se desploma en su taburete y suspira; «nuloncoma, nuloncama, nuloncama...». Va a haber que desmontarlo, limpiarlo, engrasarlo y luego volver a montar el mecanismo. Necesitará tiempo. «Léonie y yo, Léonie y yo.» Se seca la frente, se ajusta la lupa y la sujeta con el párpado.

Empieza desde cero.

Observa que, en cada prueba, siempre es el rubí de la derecha el que queda bloqueado en la rueda. Piensa entonces en poner una cuña bajo la caja para recuperar la horizontalidad; con suerte, será suficiente. «¡Léonie y yo! ¡Léonie y yo!» Después de tantos años el reloj revive. Solo queda regular la marcha comprobando si atrasa o adelanta en relación con su reloj de referencia. Para eso sube y baja la lentilla del péndulo con el tornillo que la sujeta a la varilla. Es largo y fastidioso, pero acaba por obtener una precisión inesperada.

Va a dar clases de conducir a Léonie.

\*

Camille dibuja unas rayas en una ficha cuadriculada de cartón y se sorprende del número de marcas. Siete marcas, siete días sin noticias. Ya no se ve el camión aparcado delante de la biblioteca. Ya no baja Stella Valenti con su gran bolso al hombro. Se había acostumbrado a sus visitas. A su sombrero echado hacia atrás; a sus largas piernas con botas; a sus cejas, con las que ella no deja de jugar; a sus ojos de lobo al acecho; a su pinta de chica a quien no se la puedes jugar.

Se hablaban poco. No decían nada importante, pero tenían la sensación de estar tejiendo un vínculo. Y de que ese vínculo se hacía cada día más fuerte.

La próxima vez, si vuelve, le hablará. Hará un esfuerzo. Será la primera vez que se confiará a alguien.

Si vuelve...

Ha almorzado en el Bon Appétit. No ha pedido la clara, las ideas se le confunden, un gran miedo le hace un nudo en el estómago. ¿Será porque ella se ha enterado? ¿Porque sabe lo que pasó aquella noche? ¿Siente demasiada pena, demasiada cólera? ¿Demasiado desprecio?

Sería terrible que ella lo despreciara. Pero tendría razón, ¿no? «Acuérdate

de aquella noche, acuérdate. ¿No te da vergüenza?

»Quiero que vuelva. La echo en falta.»

Tiene la súbita impresión de quererla más que a nada. Incluso más que a Sandrine. Con un amor imprevisto y absoluto, pero no carnal. No, no, en absoluto carnal. Estos últimos días la ha estado esperando, embargado de una felicidad y una esperanza inmensas. Se decía: «Va a entrar, se dejará caer en el sillón de mimbre, golpeará el suelo con el talón de las botas, hablará o no, pero estará allí, delante de mí. Podré dedicarme a mis ocupaciones rodeado de su presencia». Se atraganta de alegría. Es un amor que no corresponde a ninguna palabra, a ningún adjetivo. Ha buscado y no ha encontrado nada. Un amor en el que se quiere dar todo al otro sin exigir nada a cambio. Al principio se decía: «Solo son imaginaciones mías, tengo tan pocos amigos que me abalanzo sobre la primera persona que podría cumplir con ese papel». Y luego ha tenido que rendirse a la evidencia; la echa en falta, y mucho.

Está allí, sumido en sus reflexiones, con sus rayas en la ficha de cartón, cuando la puerta se abre, como arrancada de sus goznes.

Ella entra.

Se deja caer en el sillón de mimbre, lanza su gran bolso por el suelo, las piernas al aire y declara:

—¿Sabes qué? Han agredido a Tom, ¡y ha sido tremendo!

—Pero ¿quién?

—Estoy segura de que Valenti está detrás. Los amigos de Ray, que quieren intimidarme porque me niego a que el colegio lleve su nombre.

—¡Pero Valenti está muerto!

—Está muerto, pero yo lo veo, lo oigo. Y no me digas que estoy loca, sería demasiado fácil.

—¿Quién habría podido hacer eso?

—Sus colegas. Son muchos. No muy valientes. Nunca firman sus crímenes. ¡Demasiado listos! El año pasado degollaron a mi perro. A mi preferido. Degollado. ¿No lo sabía? —Camille dice que no con la cabeza—. Lo del colegio no se hará. Le prenderé fuego si hace falta, pero no se llamará Valenti. —Se levanta, coge el bolso y va hacia el despacho mientras se tira de sus rubios mechones—. Bueno..., no he venido por eso; querría unos libros para Tom. No aguanta en la cama. ¡Quiere levantarse e ir a pelear! ¡Qué disparate!

Está tan encolerizada que se ha quedado sin aliento.

—No vino a casa el miércoles por la noche. La esperé.

—¿Habíamos quedado?

—Tenía que maquillarla.

—Ah, sí... —Menea la cabeza, divertida—. Digamos que no estaba de humor.

—¿Y el miércoles próximo? ¿Está libre?

¡Le agradaba tanto! Ella y él en la cocina maquillándose, comiendo merengues con almendras mientras su padre y su madre jugaban a la petanca o al bingo.

—¿Por qué no? Después de todo, eso me distraería.

—¡Ah! —exclama, aliviado—. ¿Puede venir pronto? Tendremos más tiempo. Compraré una pizza y una botella de vino.

—¿Por qué no? —repite Stella, pensativa.

—¿A las siete? Yo me encargo de todo, solo tendrá que sentarse a la mesa.

—Estoy muy emocionada —dice con una ternura un poco burlona.

«Parece sincera, de manera que no sabe nada, no está enfadada conmigo. Y, por otra parte..., no puede saberlo. Solo él y yo estábamos allí. Los otros no vieron nada y la mujer está muerta. Muerta.»

—¡Y ahora, un libro para Tom! —anuncia él a la vez que se levanta de un salto, tan feliz por haberse liberado de ese peso.

—Tebeos también. Los adora.

Se pasea por los pasillos donde cuelgan los carteles: «Novela francesa», «Novela extranjera», «Literatura juvenil», «Grandes clásicos».

Se queda un momento con la cara levantada hacia «Grandes clásicos», alarga la mano, coge un libro y lo enarbola, triunfante.

—*David Copperfield*. Le gustará.

—¿No es un poco gordo?

—Es muy divertido y fácil de leer. Y, además, tiene que guardar cama, ¿no?

—¡Prohibido moverse!

—Puede leerle...

—¿De qué va la historia?

—De un chico cuya madre vuelve a casarse con un hombre que lo maltrata y lo envía interno a un colegio para librarse de él. Sucesivamente, conocerá todas las desgracias del mundo. Pero triunfará. Está escrito en primera persona, aparecen una multitud de personajes, a cuál más pintoresco. Le va a encantar. —Da un gran golpe en el libro para certificar su elección—. Yo he sido un niño diferente y maltratado, así que sé...

—¿Fue maltratado?

—En cierto sentido, sí.

—¿Por sus padres?

—Porque era diferente. —Abraza el libro contra sí—. Principalmente, de adolescente. Es complicado conocer a personas diferentes. Sobre todo en provincias. Debe de ser más fácil en París.

—Lo llamaban...

Se detiene y se ruboriza.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Puede decirlo: marica, maricón, moña, invertido, sarasa, mariposón! Marica a los trece años es como ser el último de la clase, todos se ríen de ti, pero tú estás solo.

—Ya imagino...

—Por la noche entraba en internet y a veces iba a París el fin de semana. En París tenía la impresión de existir. Adoro París. Se puede ser diferente sin que te escupan en la cara...

—¿A qué edad supo que era diferente a los demás?

Su madre quería una hija a la que vestiría de rosa, le pintaría las uñas, de las manos y los pies, las pestañas y la boca. A la que prestaría las pinzas de depilar. Cuando le dijeron que acababa de tener un chico, se volvió contra la pared y se negó a verlo durante dos días.

Su padre estaba encantado. «Lo llamaremos Michel, como Platini.» Pero ella no había dicho su última palabra aún. En el momento de inscribirle en el registro civil eligió Camille.

Ella le ponía vestidos y cintas; le cepillaba su pelo largo y le hacía tirabuzones; le leía cuentos de hadas; le compró una corona de princesa, una varita mágica, zapatos de cristal... Lo apuntó a clases de *ballet*. Lo llevaba a la peluquería, a las perfumerías, a los salones de belleza...

—Seguimos haciéndolo. Una vez al mes vamos a París de tiendas, sesión en la peluquería y depilación completa.

—¿Se depila?

- Sí, como Sandrine. Vamos los dos.  
—¿Sandrine? Pero ¿quién es?  
—Bueno..., mi madre.  
—¿La llama Sandrine?  
—Lo prefiere, dice que es como si fuéramos «amigas».

Cuando Camille cumplió dieciocho años, su padre lo llevó al Charly's. Le pagó una botella. Le pagó una chica. Se llamaba Dany, parecía una bruja con su pelo largo negro, sus uñas negras y sus labios pintados de negro. Camille no tocó ni el champán ni a la chica. Su padre eructaba:

—¡Pero a ti qué te pasa, joder! Cuando yo tenía tu edad, me follaba a las feas solo para calentarme el rabo. Me tiraba todo lo que tuviera coño. Jóvenes o viejas, del montón o guapas.

—Solo que las guapas no te querían.

Recibió un bofetón.

—Cierra el pico y a hacerlo con la señorita, ¿entendido? Ya he pagado y no me lo va a devolver.

La chica lo miraba mientras pasaba su gruesa lengua por sus gruesos labios negros hinchados por el Flytox.

—¿Sabes cómo se hace? —rugió su padre.

Todo el mundo los miraba. Incluso los chicos del palco del primero habían dejado de hablar. Camille imaginaba el trío visto desde lo alto: la puta, senos y labios al aire; él, petrificado y sudando la gota gorda, y el padre gritando:

—¡Ya te lo digo yo! Cógete el rabo, lo metes en el coño de la señorita y lo meneas dentro. Al menos sabrás cómo meneártelo, ¿no?

Camille se abalanzó a los servicios.

—Desde luego —dice Stella— no es fácil intentarlo en semejantes condiciones.

—Me dejó con la chica. Era amable, me cogió la mano y la puso entre sus piernas. No quería herir sus sentimientos, pero no podía. Se metió el dinero en el sujetador y me dijo que volviera a mi casa. Me volví a pie, mi padre no me había esperado. Quince kilómetros por la noche en pleno invierno, en camiseta y vaqueros. Pillé un catarro que acabó en neumonía. Tuvieron que hospitalizarme, pasé un año en un sanatorio por un desprendimiento de pleura. ¡Una odisea! En el sanatorio me dejaban en paz. Leí hasta quedarme sin vista.

Me enamoré de un enano jorobado. Se llamaba Raymond y quería ser bailarín. Hacía barra al suelo dos horas diarias. Afirmaba que no era él quien era «diferente», sino los otros. Me sentaba muy bien. Salí de allí curado.

—Y lo dejaron tranquilo...

—No realmente. Pero aprendí a que me diera igual.

—¿Cómo lo hizo?

—Ocurrió como si nada. Me traía sin cuidado lo que pensarán los demás. ¡Y eso sienta muy bien! —Su mirada va a parar a las agujas del gran reloj. Las seis menos diez—. ¡Tengo que irme! Nos ponemos a hablar y se pasa el tiempo volando. —Le tiende el libro de Dickens y ordena las cosas de su mesa—. Voy a pensar en tebeos para su hijo. Se los daré el miércoles por la noche. ¿Tiene mi número de teléfono? Por si tuviera algún problema...

Mientras habla, se pone un abrigo negro y coge del respaldo de una silla una bufanda amarilla a juego con sus gafas. Tiene las piernas tan finas que parecen agujas. Botas con tacones finos. Las uñas de un esmalte incoloro. Un pin en la solapa del abrigo que recomienda el uso de preservativos.

Fuera ya era noche cerrada. Un coche arranca haciendo chirriar los neumáticos. Cuatro tipos gritan y suben la radio: «Le ha costado quince años, años, años, / a Sam le ha costado quince años de prisión»<sup>15</sup>. En el camión, los perros se frotan el hocico contra las ventanillas.

—Voy a bajarlos. ¿Ha aparcado lejos?

—Aquel Clio blanco...

Stella abre la puerta y los perros saltan y juegan. Ella les silba y ellos le pisan los talones y la siguen.

Camille se para delante del coche.

—¡Ay, no! ¡Otra vez!

Se le hunden los hombros, los brazos le cuelgan. Parece un viejo cansado, harto de vivir.

—¿Qué?

—Me han pinchado una rueda. Me hacen la faena regularmente. ¡Me cuesta una fortuna! Por suerte, Sandrine es amiga de un mecánico. Pero de todos modos...

—¿Quiénes son?

—No lo sé. No los conozco.

—Solo tiene que aparcar más lejos. Mucho más lejos.

—Lo pienso, pero no siempre. Me digo que se cansarán. Pero confiar en la humanidad es demasiado. —Menea la cabeza y respira—. Bueno, voy a llamar a Sandrine.

—¿Para qué?

—Para cambiar la rueda. Yo no puedo.

—Podría romperse una uña —sonríe Stella.

—¡Y arruinar mi manicura francesa!

Tiene una sonrisa triste. Vuelve a poner las gafas en su sitio.

—Déjemelo a mí. ¿Tiene todo lo necesario?

—¡Imagínese! Voy bien equipado. Tengo dos ruedas de recambio.

—Me va a llevar tres minutos. Ante todo, ponga el freno de mano, es más seguro.

Camille lo hace y vuelve al lado de Stella, en la acera. Los perros corren detrás de las hojas que revolotean, ladran, frenan en seco y vuelven a arrancar. Él los observa, divertido.

—Me gustaría ayudarla.

—El miércoles estaremos en paz y me hará la manicura.

—Y una mascarilla de pepino. La hago yo mismo. Con zumo de limón. Cierra los poros de la piel y la purifica. Se adquiere luminosidad.

—¿La necesito? —pregunta ella a la vez que da una patada para hacer saltar el tapacubos.

—No. Tiene una piel perfecta. Pero siempre va bien. También tiene derecho a una mascarilla para el pelo. Con yemas de huevo y aceite de oliva. De fabricación casera. Hago todos mis productos yo mismo. —Stella afloja la tuerca de arriba. Luego las otras. Cambia la rueda. Coge la llave, vuelve a poner las tuercas y el tapacubos. Da un golpe con el hombro para acompañar el esfuerzo—. Puede confiar en mí —añade Camille.

—¡Pero si confío! —replica Stella—. ¡Si hay alguien en quien confíe es en usted! —Inspecciona la rueda, recoge el gato y la llave, se levanta, sopla un mechón que la molesta, se seca las manos en el peto y se vuelve hacia Camille. Está ahí plantado, lívido, la mirada huidiza, molesto—. ¿He dicho algo que lo contraríe?

—No, ¿por qué? ¿Qué se imagina?

—No, nada en absoluto.

—Bueno, entonces hasta el miércoles. Y no venga muy tarde.

Y se sube a su Clio.

«¡Qué chico más extraño! Es la segunda vez que pasa. Le digo algo amable y se cierra con doble vuelta. Casi puedo oír las vueltas de la llave.

»Raro, raro, este chico es raro.

»¿Pero quién ha dicho que a mí me guste la gente normal?»

\*

Esa mañana, Adrian la ha pillado en el patio cuando salía de casa de Georges y Suzon. Stella sigue durmiendo en su casa y se las apaña para volver a tiempo para que Tom no se dé cuenta de nada. Se desliza en la cocina, alimenta a los perros, enciende la estufa de madera, pone la leche de Tom a calentar, saca los cereales, un bol, una cuchara, prepara una bandeja para el desayuno, corta pan, lo tuesta y hace café.

Le corta el paso, la boca fina como la raya superior de una T.

—¿Me pones mala cara? ¿Por el otro día? ¿Porque pasé la noche fuera? ¿Y tú piensas dormir fuera mucho tiempo?

—¡Haces muchas preguntas! ¿Estás haciendo una encuesta?

—Te dejé un mensaje avisándote de que no volvía...

—¡Mentira!

—... de que tenía trabajo.

—Nunca lo recibí.

—¿A qué estás jugando, Stella?

—No estoy jugando. Yo nunca juego. Lo sabes muy bien. Los juegos pueden hartarnos. Tú podrías hartarte.

Ha puesto toda la fuerza en el «tú». Se ha quedado inmóvil. Ha arrancado una hierba larga, se la ha puesto en la boca y la ha mascado. Stella ha ido a la cocina y ha empezado su rutina de la mañana mientras lo vigilaba por la ventana.

Estaba consultando el teléfono.

¿Habrá enviado un mensaje? ¿Por qué no lo ha recibido?

Se enciende un cigarrillo. Va a probarle que le envió un SMS. Busca. El día, la hora. Desde luego que existe el mensaje. Aparece en el sitio correcto, a la hora correcta. Con el contenido correcto.

«*Liouba*, no vuelvo esta noche, trabajo. *Liouba*, te he echado mucho de menos.»

Sí, pero se lo ha enviado a la Parisina.

\*

Cuando quiere saber lo que los niños piensan realmente, si tienen problemas en clase o en casa, la señora Mondrichon les manda redacciones. «Por la noche, cuando me voy a la cama...»; «Me siento bien cuando...»; «Tengo miedo cuando...». Cuentan un recuerdo, una emoción, un mal sueño. «Sin hacer faltas de ortografía», precisa, como si fuera el objetivo del ejercicio. Es una manera de hacer que hablen. De saber lo que pasa en su casa. Le da un poco de vergüenza el procedimiento, pero se consuela al pensar que, varias veces, ha sacado a la luz problemas familiares. Los niños de sexto todavía son espontáneos y abiertos. El pequeño Tonio el año pasado escribió: «Por la noche, cuando me voy a la cama, estoy contento si mi padre no ha vuelto». Informó del caso a asuntos sociales. Se averiguó que el padre era violento. Desde hace algún tiempo, la señora Mondrichon vigila las redacciones de Mila y de Dakota. Mila tiene la mirada huidiza y se aleja en cuanto se le acercan demasiado. Nunca habla de sí misma en las redacciones. Parece evitar todo lo que es personal. En cuanto a Dakota, la palabra *muerte* aparece demasiado a menudo. El último tema era «Háblanos de un amigo». Dakota escribió:

Para hacer un amigo hay que olvidarse del reloj. Tienes que tomarte tu tiempo. Ir despacio. Estar atento. Contar sus pestañas cuando cierre los párpados. Es difícil tomarte tu tiempo. A la gente le pareces complicada, sospechosa. Te tiran del pelo, te tiran por las escaleras, pueden hacerte mucho daño. Tuve una amiga a la que le consagré todo mi tiempo y toda mi atención. Está muerta. Pero la vengaré, dormiré en paz. Me lo he prometido a mí misma.

—Seguramente me repito, pero esta niña quiere decirnos algo, estoy segura.

La señora Mondrichon está ante la directora. La señora Filières ha accedido a recibirla, pero no la escucha. Su mirada se escapa, imantada por el móvil que hay sobre su mesa.

Estos últimos días la señora Filières recibe mensajes amenazadores. El primer correo decía: «¿Colegio Ray-Valenti? ¿De verdad? Es una broma».

El segundo: «No es una buena idea de ninguna de las maneras».

El tercero: «Usted conocía bien a Ray Valenti, ¿verdad? Paseítos nocturnos».

El cuarto: «No se hará. Iremos hasta el final».

El quinto: «Si sigue obstinándose, le esperan grandes problemas».

El sexto: «Sé cosas de usted que las autoridades reprobarían».

El vocabulario está elegido, no hay faltas de ortografía, y el remitente cambia de dirección continuamente.

Podría llevar el teléfono a la policía y presentar una denuncia, pero la alusión a cosas que las autoridades reprobarían la alarma. Se encoge de hombros, inquieta. Le gustaría mucho que la profesora aburrida y pusilánime sentada enfrente de ella se fuera. ¡Menuda es! ¡Siempre viendo problemas en todas partes!

Pero la señora Mondrichon insiste:

—Siento como si la pequeña me estuviera enviando una llamada de auxilio.

—Lo sé, lo sé. Ya me lo dijo. Proponga temas más neutros, será más superficial. —Baja la vista. Un nuevo correo acaba de llegar: «¿Con qué dinero has pagado tu casa, por ejemplo?». Vuelve a dejar el teléfono, lo tapa con fuerza bajo su mano y lanza una mirada exasperada a la señora Mondrichon—. ¡Seguro que tiene cosas más interesantes que hacer que jugar a los detectives!

La señora Mondrichon se rasca la garganta y continúa:

—También me gustaría hablar de Mila Jojovitch. Ella...

—Dígame, señora Mondrichon, ¿hasta ese punto lleva su pasión por las niñas que habla continuamente de ellas? Ándese con ojo. Puede llevarla demasiado lejos.

—No le permito que...

—¡Pues, mire, lo hago! Porque, si quiere saber lo que de verdad pienso, su excesiva inclinación por la infancia en peligro se está convirtiendo en algo sospechoso.

La señora Mondrichon titubea y luego se levanta, tambaleante.

Antes de cerrar la puerta, se vuelve y detecta la mirada enloquecida de la señora Filières. Era como si la persiguiera una jauría de policías.

¿De qué tiene miedo?

¿Por eso es tan odiosa?

Hortense ha dormido esa noche hora y media.

Dentro de ocho días es el día.

El lugar del desfile ha cambiado. La prefectura no ha dado permiso para cerrar la parte baja de los Campos Elíseos debido al estado de emergencia. Hay que encontrar otro sitio. Armelle conoce a un tipo que podría alquilarles su galería de arte en pleno Marais. Después de todo, John Galliano comenzó en el edificio particular de una amiga muy rica, detrás de la iglesia de Saint-Sulpice. Eso le dio suerte. Hay que cerrar la lista de invitados. Seiscientas invitaciones. Según ha pronosticado Jean-Jacques Picart, solo vendrán el veinticinco por ciento. Y si hay un poco de jaleo, ¡mejor todavía! No hay que olvidar a los superfamosos —Deneuve, Marceau, Cotillard—, a los famosos a secas, a los famosos menores, a los raperos, a los blogueros, a los indeseables que se cuelan. Antoinette ha prometido acudir con Rihanna. Han hecho la cobertura para el *Vogue* americano juntas y son inseparables. Se exhiben en Facebook e Instagram y el número de fanes rebasa las expectativas.

—El alboroto está asegurado —ha anunciado Picart, en absoluto sorprendido—, pero va a haber que pagar el *jet* privado, la limusina, los guardias de seguridad, el hotel de lujo, algunos diamantes, algunos bolsos, algunos vestidos... ¿Está Elena al corriente?

—Venderá un Zutrillo —ha respondido Hortense—. Beyoncé o Rihanna significan fanes aplastados, redes sociales saturadas y yo proclamada reina de la *fashion week*. Es perfecto.

Y se durmió.

Soñó con sus manos llenas de talco para no sudar, con una caja de agujas volcada presagiando una pelea, con terciopelo, con un par de tijeras que se caen al suelo, anunciando una muerte.

Ha soñado con modelos ondeando en sus perfectos vestidos. Vestidos que no parecen nada pero que subliman a la mujer, la convierten en una estrella, una liana, un fantasma.

Solo le falta una cosita —y esa «cosita» la preocupa—: hacer entender a su ayudante la magia real de su tejido. De ese entrelazado que se traga la cintura, se traga las caderas y se traga toda la grasa a la vez y esculpe el cuerpo.

Ilustrarla a la manera de una secuencia de película.

Busca, se come las uñas, no encuentra nada.

Y esa cosita de nada y de todo le echa a perder las noches, las siestas y los

sueños.

Armelle la despierta mientras agita el teléfono bajo su nariz.

—Consulta tus mensajes, está a punto de explotar. Media hora de descanso y vuelta a los trabajos forzados. Sisteron está pataleando en la entrada, parece el volcán Eyjafjallajökull.

—¿También hablas islandés?

—Mi abuela es islandesa.

—¿Islandesa? ¿Me tomas el pelo? Eres negra como el betún.

—Haitiana con nacionalidad islandesa. Fue nadando desde Haití hasta Reikiavik. Con mi madre a cuestas. Así que ya puedes trabajar como una loca, que nunca le llegarás ni a la suela de los zapatos.

—¡Pero no estoy en un concurso!

Hortense bosteza. Pide un café muy negro. Un huevo con mucha mahonesa. Recorre los mensajes con mirada distraída. No valen nada. Minucias. Pasando, pasando, nada de interés. Reconoce un mensaje del Hombre. ¡Lo había olvidado!

«*Liouba*, no vuelvo esta noche, trabajo. *Liouba*, te he echado mucho de menos.»

Ese mensaje no era para ella.

Ha debido de enviarlo a la mujer guapa que ha visto Junior. La que lo quiere como dueña y señora, con la mano en el muslo, la ceja al aire. Junior la describió. Es alta, rubia, intensa, pómulos salientes, grandes ojos azules, tranquila, fiel, intransigente. Ha prometido matarlo si la engaña.

Es su hombre. Ella es su mujer.

Tiene ganas de responderle: «¡Le entiendo muy bien! Mi hombre se llama Gary Ward, es guapo, tenebroso, tiene la boca grande, las manos largas, lo que le va bien, pues es pianista, lleva una trenca horrible, gana todos los concursos del mundo, da enormes besos en los que el viento se precipita, nunca me pone

triste porque sé que él es para mí, que yo soy para él, incluso aunque a veces demos rodeos, tomemos atajos, nos perdamos; pero así es la vida, ¿no?, que no va siempre recta, y usted no es más que un rodeo».

—¿Lista? ¿Has acabado? Axelle pregunta si...

—¡Dos minutos!

—¡Es urgente!

—¿Y mi café? ¿Y mi huevo con mahonesa?

—¡Tranquila, ya llegan!

—Eh, Armelle, no quería ofender a tu abuela. Máximo respeto.

—Ya lo sé, boba. ¡Parece que vas a morder, pero tienes el corazón de un caniche!

Un SMS de Henriette aparece en la pantalla.

«Hortense, corazón, llámame. He dado con algo gordo. Nicole Sergent, la mujer del sexto piso. ¡A su lado, el robo del siglo es un juego de niños!»

«Mira por dónde mi abuela habla como un agente secreto.»

Hortense está a punto de llamar a Henriette cuando vuelve Armelle, que se apoya contra la puerta y murmura: «¡Alerta, alerta! ¡El volcán está en erupción!».

Robert Sisteron.

Le ha cogido ojeriza al taller. Cada vez que viene, lanza comentarios hirientes. Ignora a las costureras ayudantes. Insulta a la artista. Blande cifras. Escupe sombrías predicciones y vuelve a irse haciendo temblar las paredes.

Robert Sisteron es un hombre cortante, seco, que mete los riñones como un militar. Un látigo que fustiga y exige cuentas. Un látigo con un bigotito recortado.

—¿Qué cuentas? —bosteza Hortense—. No es cosa mía.

—¡Pues bien que gasta el dinero!

—Quizá...

—¿Cómo que quizá? ¡Lo tira por la ventana!

—Vaya a discutir con Elena, eso a mí no me interesa.

—¿Qué quiere, que venda todos sus cuadros?

—No le pertenecen a usted. ¿Por qué esa preocupación minuciosa por su dinero?

Farfulla. Se le moja el bigote. Le dirige una sonrisa glacial que significa que se larga. La mira por encima del hombro. Se pone los guantes. Se va haciendo ruido con los zapatos. Y con la puerta.

¡Qué inmundada garduña! En todo momento no ha hecho más que buscar pelea. Al principio, Hortense se decía que la provocaba, pero no; insiste continuamente, le clava banderillas. Hortense coge el teléfono; mientras espera a que responda Elena, dibuja la abertura de un abrigo. Cuando descuelga, Hortense se da cuenta de que no está sola. Un hombre sofoca la risa a su lado. Un hombre que podría estar echado desnudo en la gran cama teniendo en cuenta la cercanía de la risa y el ruido de un tapón de champán que sale disparado.

—Quiero que le pida al enano que no vuelva a poner un pie en el taller. Pone de los nervios a todo el mundo, a mí la primera.

—Vela por mis intereses, Hortense, y le parece que gastas mucho. ¿Qué es eso de Rihanna?

—¡Hay que saber lo que uno quiere! Versailles no se construyó con una caja de cerillas.

—Me es muy fiel. Es un hombre del que te puedes fiar.

—Cruza todo París para darme un sermón sobre el dinero. A pocos días de mi primer desfile. ¿Le parece normal?

—Olvídalo, voy a distraerlo. Estoy de muy buen humor. Me divierto en el Ritz. ¡Ay, Hortense! ¡Estoy haciendo de la vejez un delicioso naufragio!

\*

Hace una semana que Tom guarda cama.

Pronto podrá levantarse.

Su madre le ha hecho prometer que la esperará para echar pie a tierra: «¿Me lo juras? ¿Me lo juras?». Lo ha jurado mientras hacía una serie de extrañas señales con las manos y los dedos, bizqueando y retorciendo la lengua.

Stella parecía de verdad encolerizada. Y más que encolerizada. Con lágrimas por todas partes, bajo los ojos, en la boca, en la barbilla, en las mejillas, en las cejas...

Lo mira comer, traga saliva con cada bocado que engulle su hijo. Le pasa una manopla de baño por la cara en la que echa gotitas de agua de rosas. «Huele bien.» Tom cierra los ojos. Le frota los brazos y las piernas con colonia. «Esto también huele bien.»

Edmond le ha regalado una tableta que su madre le ha confiscado al momento, provocando sus gritos. A final, le ha permitido una hora diaria, no más; quiere que lea.

A veces su padre y Edmond se sientan al pie de su cama. Hablan poco. Flota entre ellos cierta incomodidad, como si no se conocieran y se encontraran en la sala de espera del dentista. Tom se dice que es porque él está presente. «No quieren aburrirme hablando de sus negocios.»

Todos los días, Edmond viene a buscar a Léonie para su clase de conducir. Lleva un bonito traje, una hermosa bufanda y gafas nuevas. Espera al pie de la cama a que Léonie se arregle.

Esta llega pimpante. Se ha comprado un par de zapatos de tacón alto, lo que no es muy práctico para conducir, pero ¡cuando se abre la cortina...! Edmond la mira, boquiabierto, con el cuello estirado. Y su mirada rebosa felicidad.

Un día le preguntó a Tom si tenía miedo de volver al colegio. A Tom le pareció que la pregunta era una tontería, pero lo perdonó. Edmond no supo qué decirle, así que soltó lo primero que se le pasó por la cabeza. No se esfuerza. Guarda todos sus esfuerzos para Léonie. Por supuesto que tiene miedo. Se va a cruzar con Gaspard. Y Gaspard le ha prometido una nueva paliza si volvía a ver a Dakota.

Y ni se le ocurría renunciar a Dakota.

Durante el día lo cuida Suzon.

Tom tiene una obsesión: rascarse. Levantar las vendas, deslizar la aguja de hacer punto de Léonie y rascarse sin parar. Pero Suzon está pendiente. Le quita

la larga aguja y la esconde. Ha llevado al pie de la cama los cuchillos, los periódicos para las mondas y el barreño con agua y pela guisantes, nabos y patatas sin quitarle ojo. Cuando acaba, le hace recitar la lección.

—Dime, Suzon, ¿por qué sigues ocupándote de nosotros? Podrías quedarte en tu casa viendo la tele...

Pone los ojos en blanco a la vez que suspira.

—¡La tele! ¡Si eso te volviera inteligente se sabría!

—Tienes tu casa, a Georges... No necesitas...

—Me gusta ser útil. ¿Qué haría si no os tuviera? ¿Autodefinidos? Muchas gracias.

—¿Nunca has tenido ganas de casarte?

—Tengo a Georges.

—¡Pero es tu hermano!

—¿Y qué? ¡Lo que cuenta es el amor, no lo que se hace con él!

—¿Nunca has querido tener hijos?

—Te tengo a ti, a Léonie, a tu madre; es suficiente, créeme. Coge el libro y lee. Deja de hacer preguntas.

Acaba de leer *El guardián entre el centeno* y eso lo deja por los suelos. Holden Caulfield habla de una tal Jane de la que ha estado enamorado y piensa en Dakota. ¿Se habrá ido con su pasaporte nuevo? ¿Habrá decidido su padre que acabe el curso en Nueva York? Uno puede esperárselo todo de un tipo que tiene el pelo blanco y cristales tintados en el coche. A Holden Caulfield no le gustaría ese tipo.

Pero no quiero que se hagan ustedes la idea de que Jane era una especie de témpano o algo así solo porque nunca nos besábamos ni nada. Por ejemplo, hacíamos manitas todo el tiempo. Comprendo que no parece gran cosa, pero para eso de hacer manitas era estupenda. La mayoría de las chicas, o dejan la mano completamente muerta, o se creen que tienen que moverla todo el rato porque si no vas a aburrirte como una ostra. Con Jane era distinto. En cuanto entrábamos en el cine, empezábamos a hacer manitas y no parábamos hasta que se terminaba la película. Y todo el rato sin cambiar de posición ni darle una importancia tremenda. Con Jane no tenías que preocuparte de si te sudaba la mano o no. Solo te dabas cuenta de que estabas muy a gusto. De verdad.

Habría podido decir lo mismo. El beso de Dakota lo había hecho feliz. De verdad. Y su manera de mover la lengua...

En todo caso, es una locura, se enamoraban igual en la Edad Media que hoy.

El médico ha dicho que pronto podrá volver al colegio.

Una semana de reposo es suficiente.

Cada noche, su padre vuelve antes de París y le da una lección de boxeo. Le enseña dos o tres trucos mientras saltan delante del espejo del armario.

—Lo primero, hijo, la guardia. La barbilla metida, los hombros levantados y los mueves de derecha a izquierda, de izquierda a derecha. Luego pega el puño derecho a la parte derecha de la mandíbula para protegerte la barbilla. Tienes que saber que la barbilla está conectada al cráneo y que en el cráneo es donde están los puntos que hacen daño. ¿Me entiendes, hijo? —Tom escucha como si tomara notas en la escuela—. Luego pega el codo al lateral derecho para protegerte el hígado y las costillas, y baila. Nunca debes quedarte parado. Los codos pegados al cuerpo, los puños protegiendo la cabeza, debes encogerte, recogerte para dejar la menor superficie visible al adversario, para que no te toque el cuerpo, y golpeas, pam, pam, pam, y giras, pam, pam, pam, golpeas otra vez, pam, pam, pam, giras de nuevo y, apoyándote en el pie adelantado, le lanzas al tipo un gancho al hígado. —Su padre lanza el golpe y hace como si fuera el chaval que lo encaja—. Después te pones fuera de su alcance, lo agarras por la nuca y le arreas una patada en los huevos.

—¿¡En los huevos!?

—Eres pequeño, es la única manera de que le hagas daño.

—¡Papá! Me van a destrozar.

—Ya lo sé, hijo, ya lo sé. Ya lo hemos dicho. Pero no tienes elección. —Adrian le alborota el pelo y vuelve a saltar en el sitio lanzando golpes, pam, pam, pam, giro, pam, pam, pam, giro, derecha, izquierda, derecha, izquierda, derecha, izquierda—. Lo provocarás delante de todo el colegio y se verá obligado a pelear. Ataca enseguida, no esperes. Golpea donde hace daño, los huevos, el hígado, las costillas, y para acabar una patada en la boca del estómago.

Tom mira a su padre, desesperado.

—¡Nunca lo conseguiré! Es dos veces más grande que yo.

—Seguramente.

—Lo voy a pasar mal.

—Seguramente también... Cuando des un golpe, debes pensar en protegerte con tu hombro, meter la cabeza, subir los hombros, ponerte en posición de defensa.

—¡Papá!

—Y siempre bailando. Así.

Y se mueve, lanza el brazo, las piernas. Su mirada se vacía, se vuelve casi dorada, con un pequeño brillo amarillo y lejano que anuncia el peligro.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Me das miedo! ¡Para! —Adrian baja el ritmo, con la expresión vaga, y luego vuelve a acelerar—. ¡Papá! ¿Dónde estás? ¡Papá!

Adrian para. Se le doblan las rodillas, se le contrae el torso, la nuca hacia atrás, los brazos caídos.

—Sí, hijo.

—Papá..., me has dado miedo.

—Sé que tienes miedo. ¿Quieres que todo el mundo lo sepa? —Tom meneaba la cabeza. Las lágrimas le asoman por los párpados. Le duele todo. No sabe si podrá bailar, pam, pam, pam, rotación, pam, pam, pam, rotación—. Ya lo verás, hijo, no es más que un mal momento que hay que pasar.

Cuando Stella no está, lo lleva al bosquecillo de detrás del cobertizo de los asnos. Le hace ponerse un par de guantes de boxeo viejos que encontró en una tienda de artículos de segunda mano.

Señala un árbol y grita:

—¡Derriba el árbol! ¡Derriba el árbol! ¡Derecha, izquierda, derecha, izquierda! Pam, pam, pam. ¡Derriba el árbol! —Y sigue repitiendo—: Ya lo verás, hijo, no es más que un mal momento que hay que pasar.

\*

No hubo vuelta atrás.

El lunes por la mañana, Gaspard se pasea delante de la verja del colegio balanceando los brazos como si fuera un gorila en su día libre. Cuando ve a Tom, se acerca a él y pega su nariz a la del chico. Para burlarse de él, grita: «*Loser, loser, loser*». Le apesta el aliento a tabaco, cerveza y tocino rancio. A Tom le entran ganas de vomitar. Pone mala cara y retrocede. Gaspard le hace

también gestos obscenos con los dedos. Lancelot se une a él y empieza a entonar «*Loser, loser*» en voz baja mientras da golpes con el pie para atraer a los demás, que forman un círculo a su alrededor.

El señor Gelser los vigila desde el patio.

—¡A ver! ¡Vamos! ¡Calmaos todos! Y no salgáis fuera.

Sin sacar las manos de los bolsillos, Tom mira fijamente a Gaspard a los ojos, con un odio impostado que espera que resulte aterrador.

—¡Mirad a este pringado! —exclama Gaspard—. ¡Cree que puede asustarme con su cara de rata! ¡Resulta que quiere defender a su chica! ¡A esa yema de huevo! Espero que, al menos, la china esa te tenga contento.

Se da media vuelta para que todo el mundo lo aplauda, lanza unos golpes al aire, enseña los dientes y gruñe.

Vuelve a repetir: «Yema de huevo, china, yema de huevo, china».

Tom pierde los estribos. Se abalanza sobre él y le clava la rodilla en el bajo vientre mientras Gaspard se encoge gritando y cogiéndose los huevos con las manos.

Tom se lanza sobre él, lo inmoviliza en el suelo y le pega con todas sus fuerzas. Pam, pam, pam, brazo derecho, brazo izquierdo, pam, pam, pam, la barbilla, la cabeza entre los hombros, pam, pam, pam, golpea sin parar, derribar el árbol, derribar el árbol, que le sangre la nariz, partirle los labios, arrancarle la oreja, pam, pam, pam; sus heridas se reavivan, tiene los labios aplastados contra los dientes y nota un sabor a herrumbre en la boca; apenas puede ver. Levanta la rodilla y pam, pam, pam, se la clava otra vez en los huevos, con todas sus fuerzas. Gaspard grita y se hace una bola para protegerse. Tom está casi sin aliento. Se ha dejado la piel en la pelea.

Le cuesta respirar y escupe. Si no cambia de estrategia, perderá. Su adversario es demasiado fuerte para él. Se levanta, con actitud desafiante, le hace un gesto con la barbilla y, con voz fría, le dice: «Lárgate y déjame en paz». Le resulta extraño oír su voz y de repente recuerda que es muy pequeño.

Que lo que ha pasado no es normal, porque el otro debería haber ganado.

Siente la necesidad de tocarse las manos para comprobar si son las suyas.

Los alumnos lo miran. Dan un paso atrás. Gaspard se levanta. Se toca la entrepierna con una mueca de dolor. Con un berrido llama a su hermano:

—¡Lancelot, cabrón, haz algo!

Tom se echa a reír.

—¡Pobre imbécil! ¡Ahora va a llorarle a su hermano pequeño! Eres un mierda, no tienes lo que hay que tener, eres pura fachada.

Y pam, lo coge por la nuca y le da un rodillazo en el plexo. El golpe es perfecto. Tal y como su padre le ha enseñado. Él se arrastra y se retuerce, como una lombriz partida por la mitad que todavía se mueve.

«¡Esto es excepcional! ¡No es posible! Estoy soñando. Ahora me despertaré y la película se habrá acabado.» Gaspard babea y sangra por la herida abierta de su ceja. Bajo la mejilla que tiene aplastada contra el suelo se extiende un charco de barro y sangre.

Tom, sin disimular su orgullo, saca pecho y reclama la ovación de la multitud, moviendo los brazos de arriba abajo. «¡Guau! —gritan los alumnos—. ¡Eres una máquina, Valenti!» Y los pequeños se desgañitan, como si él les estuviera vengando por todos los golpes que habían recibido por parte de los mayores en el patio o las escaleras.

Tom está disfrutando de la ovación, envolviéndose en su triunfo y levantando los puños en un gesto victorioso cuando, de repente, recibe una patada en el costado y cae al suelo. Cae de narices sobre la grava. Recibe otro fuerte golpe en la cabeza. Y otro más. El tipo le da con el talón, pam, pam, pam. Le palpitan los párpados, se tiñen de rojo, de negro, ve girar el sol, la verja del colegio; se encuentra en prisión, detrás de los barrotes, con un agujero en el cráneo; tiene la fuerza justa para abrir un ojo y ver la suela de las Dr. Martens de Lancelot.

Cuando vuelve en sí, está en el suelo. No quiere moverse, le duele demasiado; desea con todas sus fuerzas la llegada de la Muerte, de las hordas de Duendes Malvados, de carros de Sangrientos Dragones. Un herrerillo dorado se posa sobre su boca llena de sangre. Le picotea los labios, atenuando el dolor con su pico redondo, que desliza sobre su carne reventada. ¿Es realmente un herrerillo? Entreabre un ojo y vislumbra unos labios que se acercan, como dos pequeñas esponjas rosas, dos labios que lo rozan y susurran: «Cierra los ojos, te voy a curar».

¡Un beso que habla! ¡Deliro!

**El beso es la firma de Dios, huella y promesa de amor. Alimenta, repara. Ghiupp. Se deposita en la boca, la nariz, las mejillas y otros órganos que Nosotros nos negamos a nombrar c,,sozpaociaiu, y deja una película protectora. Cuida los humores, restaura el bazo, el hígado, el pulmón, sana e ilumina el alma, vuelve el corazón hacia el gran lago de**

**la esperanza. Dozn-cokkdzi Del fango más negro hace brotar la llama. No te rías del beso o serás condenado. Arrojado a los fuegos del Infierno. Rgvjeospzoi Recibe tres besos de amor verdadero y serás salvado.**

Recibe el beso, lo saborea, lo disfruta. Una llama cruza su cuerpo. Gotitas de aire fresco caen del cielo, el sol le acaricia la mejilla y...

Otros dos besos se posan en sus labios. Mantiene los brazos pegados al cuerpo, la nuca colocada sobre la hierba fresca y azul. La miel se derrama sobre sus dientes, los cubre, los alivia; sus músculos parecen reforzados con hierro, siente que sus miembros recuperan la fuerza. Y se da cuenta de que está empalmado como un burro.

Abre un ojo y pestañea, cegado por la luz; reconoce a la persona que está inclinada sobre él, su cabello negro actúa como dos cortinas protectoras y su boca rosa está llena de piadosa ternura. Dakota. Dakota y su olor a hierba recién cortada, a troncos musgosos, a madera mojada. Está arrodillada, cuidando de él. Ella le da calor. Él escucha su aliento y el dolor se borra como una mancha negra bajo sus párpados.

Tres besos. Tres besos.

Ella me ha dado tres besos justo después de que un vil adversario me traicionara, atacándome por la espalda mientras recibía mi ovación. ¡Debería darle vergüenza! «Quien vence sin peligro triunfa sin gloria. Soy joven, es cierto, pero para las almas bien nacidas el valor no espera la cuenta de los años. No es la esperanza del éxito lo que debe llevarte a la batalla. ¡No! ¡No! La belleza es mayor cuando es inútil. Sé bien que al final me vencerás. Pero no importa: peleo, peleo y peleo.» Corneille y Rostand blanden su elocuencia y le dicen sus versos más bellos. Los recibe como si fueran viáticos. «Tú serás un hombre, hijo mío», entona el viejo Kipling con rostro severo nada más desembarcar desde Inglaterra. Con los ojos medio cerrados, habla en voz muy alta. Todos aguzan el oído, para intentar comprender las palabras del chico, mientras murmuran que divaga y que está muy mal.

—«A pesar de vos, hay una cosa que me llevo conmigo...» —susurró mientras movía los brazos—. «Y me la llevo sin una doblez, sin una mancha,

me la llevo a pesar de vos...»

—Te repites un poco, *my beloved* —susurra Dakota.

Él se levanta y titubea. El viejo Rostand le susurra las palabras al oído; da un paso adelante, levanta los brazos y exclama:

—«Y es... es... ¡mi gallardía!»<sup>16</sup> —Ha recuperado sus fuerzas. Los tres besos han reparado afrentas, ultrajes y traiciones—. ¿Por qué tres besos? —pregunta a Dakota mientras esta se abraza a él y lo llama «Su Romeo, su rodeo», cosa que él no acaba de entender.

—Es un filtro, querido mío, un filtro de amor para la vida.

¡Para la vida! Sus sentidos enloquecen, ve mil luciérnagas, bizcochos de jengibre, incendios, siente vértigo y se desmaya.

\*

En ese mismo instante, en París, Junior cae exhausto sobre su mesa de trabajo. Grita pidiendo ayuda: «¡Que alguien me cambie la ropa, que me froten el torso, que me laven los pies! ¡La cabeza me va a explotar, rápido, un plátano para recuperar fuerzas! He salvado a mi amigo, he salvado a mi amigo, ¡pero a qué precio!».

Lo ha conseguido. ¡Por fin! Acaba de realizar el más terrible de los viajes, el mismo que, llegado el día, privará a la humanidad de su bien más querido, la libertad, pero, por el momento, se revela como un trabajo hercúleo. El viaje de lo infinitamente pequeño hacia lo infinitamente lejano, en lo infinitamente prohibido. Sin cohete, ni ordenador, ni rampa de lanzamiento ni base en Guayana. Solo jugo de sesos, algunos conocimientos de física, química y geografía cerebral. Ha violado todas las leyes, todas las convenciones; ha vencido al tiempo y dominado el espacio. Se ha adentrado en el alma, el espíritu y el corazón de un hombre y de una mujer. Los ha teledirigido para que siguieran el mismo camino y sus destinos se cruzaran.

El amo de la suerte de los hombres.

Acaba de sentarse a la derecha de Dios, pero Dios, en Su infinita sabiduría, concede a cada individuo la posibilidad de elegir su propio destino. En cambio, él ha violado el libre albedrío humano. Por supuesto, se apresura a empezar de nuevo. ¡Es impagable!

¿A qué clase de sortilegio se debía todo esto?

Todo empezó con un ventilador que Popeline se había procurado porque se quejaba de tener calor en enero. Había vuelto con lo que Junior creía que era un montón de chatarra pero que resultó ser un ventilador, porque daba viento cuando se encendía.

Una brisa ligera, un poco asmática, que no satisfizo a Junior en absoluto. Empujó con el pie el motor, que siguió haciendo ruido en una esquina. Y se olvidó del zumbido de las palas.

Hasta que empezó a quejarse de violentas cefaleas, náuseas, de acúfenos en los oídos. Pensando que el problema eran los dientes, lo llevaron al dentista. Después creyeron que era el hígado, y le quitaron el chocolate. Luego pensaron que era el exceso de trabajo, así que le dijeron que tenía que ir al cine todas las tardes.

Así fue como un día vio una película que contaba las aventuras de un científico francés que había estado al borde del suicidio a causa de un ventilador usado que emitía ondas de baja frecuencia —de superbaja frecuencia— muy peligrosas para el hombre. Penetran en su cerebro y crean imágenes, humores negros y biliosos que lo conducen a la locura.

El hombre sospechó que su entorno quería matarlo, a pesar de que el culpable estaba en un tubo de ventilación del edificio y se llamaba ventilador.

Un ventilador usado que emitía ondas de baja frecuencia, superbaja frecuencia.

Junior soltó su cono de helado y se dio un golpe en la frente.

Recordó la visita de unos investigadores californianos que le habían explicado cómo, mediante ondas ultrasonoras de baja presión, habían activado las neuronas de un animal muy apreciado por los científicos, el *Caenorhabditis elegans*, un gusano transparente de un milímetro de longitud con trescientas dos neuronas y, en consecuencia, muy fácil de estudiar. Habían conseguido manipular ciertas neuronas y modificar circuitos cerebrales. Aseguraban, pues, que unas ondas ultrasonoras emitidas a una presión inferior a un megapascal pueden penetrar en el cráneo y el tejido cerebral sin provocar lesiones y sin que el sujeto parezca sufrir.

A Junior le costaba respirar. Salivaba, babeaba y esperaba ansioso que los californianos volvieran a su Boeing 747 para procurarse un *Caenorhabditis elegans* y vestirlo como una foca de circo.

Después, sin razón aparente, lo había olvidado todo.

Pero ahora la película le refrescaba la memoria.

Y el misterio de las ondas de baja y superbaja frecuencia volvía a presentarse.

Esas ondas de las que uno debe alejarse porque provocan lesiones, cefaleas, náuseas, accidentes cerebrovasculares y paradas cardíacas. Él estudió su frecuencia, su poder de radiación, su velocidad. Aprendió a dominarlos. A surfear en su frecuencia. Y cuando estuvo a punto, eligió dos cobayas y las invadió navegando por las ondas. Dueño de su corazón, espíritu y alma, las dirigió y las manipuló a su antojo. No se contentó con un pobre gusano de un milímetro y trescientas dos neuronas, sino con dos espíritus rebeldes, con voluntades de hierro, corazones puros e inflexibles. Solicitó ayuda a hombres notables —convocó a Corneille, a Rostand, a Kipling— para que lo espolearan con sus famosos discursos.

Y eso funcionó.

Había convertido a un chico aterrorizado en un guerrero intrépido, y a la chica rebelde, en una tierna enamorada. La operación de ondas de superbaja frecuencia había sido un éxito.

Se convertiría en el amo del mundo.

Entraría en el cerebro de Josiane, su muy querida madre, aficionada a las dietas, y la obligaría a dejar de comer. Ordenaría al hombre más rico del planeta a distribuir su fortuna entre los pobres. Jugaría con las neuronas de los más terribles dictadores hasta que balaran como corderos y cantaran cantos Hare Krishna con flores en el pelo. En resumen, reharía el mundo, se convertiría en el gran manitú, el gran señor, director, emperador y cualquier otra cosa que se pudiera imaginar.

«¡Cuidado, Junior, que no se te suba a la cabeza!

»No eres el primero en hacer este descubrimiento. Otros antes que tú han puesto a prueba estas ondas de superbaja frecuencia. Ellos también intentaron invadir mentes, corazones y almas. Para curar enfermedades y aliviar neurastenias, eccemas y cerebros estropeados. Algunos fueron sabios muy honorables, y otros, personas poco recomendables... Hum..., muy poco recomendables. Durante la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo. El nombre de esas personas empieza por *na-* y acaba por *-zis*. ¿Necesitas que te refresque la memoria? Pues contén tu alegría, baja los ojos y no te pavonees. ¡Y recuerda no abusar de este nuevo procedimiento!»

Junior se rebela contra la voz de su consciencia: «¡He trabajado como un loco! Me he dejado la piel en mis ecuaciones, mis circunvoluciones y mis

neuronas. He aprendido a pegar mensajes en mis autopistas de sonidos. ¿Acaso crees que puedes convocar al viejo Corneille, al polvoriento Rostand y al severo Kipling chasqueando los dedos? He trabajado tanto que he descuidado a la gente a la que quiero. He abandonado a la mujer de mi vida en plena preparación de su desfile, y a la mujer del cuarto cuando estaba a punto de enseñarme la jirafa de lunares azules y rosas, gran figura del *Kama sutra*. No veo a nadie, no pienso en nadie.

»¡Así que bien puedo fanfarronear un poco!».

Hasta ese momento, siempre se había tomado las cosas de su vida con serenidad. Había aceptado su «rareza», se había ocupado de sus investigaciones, de sus estudios. Y el río del saber, de la ciencia, de la Inmanencia Suprema se había extendido, formando un largo estuario que llegaba al mar. Uno se juntaba con el otro, acarreando prósperos aluviones. Él navegaba y recogía las rosas de la vida.

Ahora bien, en ese momento preciso comprende que la vocecita de su cabeza que le dice que debe tener mucho cuidado con las ondas de baja frecuencia tiene razón. El ser humano no es un *Caenorhabditis elegans*, un gusano minúsculo de un milímetro. Ser el amo y señor del juego conlleva un enorme riesgo. Pocas almas tienen la fuerza para resistirse; pierden su bella figura y acaban hechas trizas en burdeles, bancos, casinos y gabinetes ministeriales.

¡Cuidado con las ondas de baja frecuencia!

De repente, siente el deseo de huir de su destino. Un deseo atroz, desesperado. «Al menos nadie conoce mi secreto», se tranquiliza secándose la frente. Levanta de nuevo la cabeza, suelta un suspiro y, cuando se encuentra con la mirada mordaz de Popeline, se queda de piedra, con todos los sentidos en alerta.

Popeline lo sabe. Le ha leído el pensamiento.

\*

—A ver, cuéntame, ¿le has cogido el gusto a las peleas? Parece que se han convertido en costumbre —dice Edmond, sentado en el borde de la cama de Tom. Espera a Léonie. Siempre que viene a recogerla, ella va con retraso. Y cada vez, él murmura embelesado: «¡Ay, mujeres!»—. ¡Estás magullado por todas partes! ¿Y por qué llevas una parka?

—*Azí* no me la roban —farfulla Tom sin apenas separar los labios.

Tiene el labio superior partido y le duele al hablar, así que no habla, y cecea. Tiene la sensación de que el labio se le desgarrá cada vez y de que bebe sangre, de que interpreta el papel protagonista en una película de vampiros. La víspera, su padre le había dejado la parka encima de la cama. Todavía más bonita que la primera.

Habría dado saltos de alegría, pero no podía moverse. Esta vez la cabeza se había llevado la peor parte. Lancelot le había pateado el cuero cabelludo. Tenía heridas, costras y puntos de sutura por todas partes. Y tres costillas rotas.

Tenía por delante una semana en la cama. Sin moverse, ni reírse ni respirar profundamente. Una momia en un sarcófago. Es Ramsés II. Solo puede abrir un ojo. Y si se mueve siente que se le clava una espada en el cráneo. Lo que más le molestaba de toda la historia es que, en la primera pelea, había cedido al chantaje. Y así había perdido su parka nuevecita. No había tenido más remedio que volver a ponerse su cazadora vieja. ¡Qué vergüenza!

Y, de repente, ayer, después de que Suzon le hubiera llevado jamón triturado y puré, su padre había dejado una parka nueva a los pies de su cama. Tom alargó los brazos y dijo con dificultad: «Dámela, la quiero, la quiero». Le costaba tanto hablar que su padre no le entendía. Así que se había levantado, entre muecas de dolor, había alargado los brazos para cogerla y su padre se había echado a reír.

—¡Estás dispuesto a pasar por un infierno por una parka!

—¡*Ez* lo que hay! —había ceceado Tom.

Su padre seguía riéndose. Parecía muy feliz. Como si hubiera arreglado el espinoso problema. Sin embargo, Tom sabía que dormía solo. Su madre se iba en cuanto pensaba que él se había quedado dormido. ¡Y ellos creían que no se enteraba de nada! A veces lamentaba que sus padres llegaran a ser tan ingenuos.

Mientras se ponía su parka Goose, su padre había añadido:

—He ido a ver a tu tutora, me ha dado deberes para ti.

—¿Pero me darán mi diploma de alumno ciudadano?

—¡Por supuesto! Te has convertido en un héroe. Han expulsado a Gaspard y Lancelot porque se jactaron de haberte dado una paliza en Facebook. Colgaron una foto tuya en el suelo, ensangrentado. Una imagen desagradable.

—*¡Zon unoz mierdaz, unoz mierdaz bocazas! ¡Me laz pagarán! ¡Lo juro!*

—Estoy orgulloso de ti, hijo mío.

—No *eztoy zeguro* de *ci* volveré a hacerlo. No *ez* divertido encajar *loz golpez*. *Eztoy* un poco harto.

—Ahora nadie te molestará. Confía en mí.

Ojalá pudiera creer sus palabras.

Su padre pasa cada vez más tiempo con él. Tom sospecha que es una forma de disimular que espera a Stella.

—Ahora que te has peleado dos veces y sin ablandarte, eres todo un hombre.

—*¡Ezo dezde* luego!

—Podrás aprender todos mis trucos.

—¿Como qué, por ejemplo?

—A tu edad aprendí a matar a alguien con un periódico o una caja de cerillas...

—¿En *zerio*?

—Era capaz de inmovilizar una locomotora en menos de tres minutos con una llave inglesa, de hacerla descarrilar con un abrigo viejo enrollado, de saltar de un tren a ochenta kilómetros por hora, de comer guarradas que me daban fiebre y hacían que me salieran granos por todas partes para que nadie se me acercara y me dejaran en paz...

—¿Y *ezo* te *zirvió* de algo?

—Sí. Pero ahora ya no... Ahora vivo en un país civilizado.

—*Puez* prefiero *eza* *zituación*.

—Yo también, pero la crueldad también existe aquí, aunque esté oculta.

—*Cí*, pero, *ci* no la *quierez* ver, no la *vez*.

—Tienes razón, hijo mío.

\*

Edmond espera a Léonie. Siguen con las clases de conducir, dos o tres veces por semana. Tienen que hacerlo a la hora del desayuno, porque él no tenía tiempo en otro momento. Los problemas se amontonan en la puerta. Se había enterado por un directivo de Veolia que Borzinski se lanzaba al negocio del plástico. Adrian debía de estar al corriente. Se pregunta si se habrá hecho muy amigo de ese tal Borzinski. Si habría pedido prestados los cien mil euros

para asociarse con él. Es un escenario posible.

Esta efervescencia en torno al tratamiento de los plásticos lo anima, estaría encantado de participar, aunque le pareciera demasiado pronto o creyera que era mejor esperar un poco; ahora bien, si Veolia se lanzaba, el negocio debía de ser jugoso. Eso lo hacía salivar. En realidad, todo le hace salivar. Ha bastado con notar la mano de Léonie en su brazo; el aliento de Léonie, en otra ocasión; sus caricias en el pelo, una noche, y el beso de Léonie en el coche la víspera, justo antes de aparcar en el patio de la granja. Se había inclinado hacia él y le había besado. Había sido un beso furtivo, pero un beso, al fin y al cabo. Cuando cierra los ojos, siente de nuevo el beso en sus labios y lo dibuja con los dedos.

No obstante, el beso había quedado un poco enturbiado porque se había dado cuenta de que llevaba la alianza de Ray en el dedo anular de la mano izquierda. Eso le había encogido el corazón. Ella se había dado cuenta y le había aclarado con una mirada de resolución que no debía preocuparse por eso, que haría desaparecer esa alianza.

Entonces ella cerró de un golpe la puerta del coche.

Él se había quedado solo, con el rastro del beso en la boca.

Sentía ganas de proclamar: «¡Me ha besado sin que yo se lo pidiera! ¡Ella me ha besado a mí, al don nadie!».

Pero se quedó allí, inmóvil, en el coche. La había seguido con los ojos mientras ella subía calle arriba, hacia la granja. «Ella me ha besado, me ha besado.»

¡Llevaba cuarenta años esperando ese beso! La cabeza le daba vueltas, se reía con la boca cerrada y moviendo descontroladamente los hombros. No cabía en sí de dicha.

«Me ha besado, a mí, al don nadie.»

En su mente, volvía a planear cómo conquistar el mundo.

Había desarrollado su primera empresa por amor a Julie.

Así que inventaría la siguiente para los bellos ojos de Léonie.

Quedaba por dilucidar el papel de Adrian. El motivo de ese préstamo fraudulento. Su banquero le insistía en que no dejara la falta sin castigar. No

podía permitir que volviera a hacerlo y que aquello se convirtiera en una costumbre. «¿Qué se supone que tengo que decirle la próxima vez?» Edmond no sabía qué responder. Edmond es un hombre de combustión lenta. Cada vez que colgaba pensaba que aquello no era asunto del señor Pluet.

Una tarde, al salir del despacho, decide invitar a Léonie a cenar, pero prefiere no llamarla por teléfono. Prefiere ir a verla. Fingirá que se le ha ocurrido la idea sobre la marcha.

En el patio, discute con Georges por la nueva motosierra que ha comprado esa tarde en Weldom; después empuja la puerta de la cocina, saluda a Suzon, huele el guiso de ternera y pregunta si Léonie está en casa.

—Hay luz en su habitación —dice Suzon—. Voy a avisarla. Precisamente tengo que llevarle ropa limpia.

Él entra en la cocina. Da un trozo de pan al lorito, que gruñe en agradecimiento antes de golpear los barrotes de la jaula con el pico para que le den más.

—De acuerdo, pero dime a qué hora vuelve tu dueño. —El ave grazna y ahueca las plumas. Edmond coge un trozo de pan y lo mueve bajo los ojillos del animal, que se balancea en el trapecio intentando atraparlo—. Me gustaría mucho poder hablar con Adrian, ¿sabes? En la Ferraille no dejan de interrumpirnos. O bien Adrian siempre va con prisas. Pasa como una exhalación y se encierra en su despacho. Porque ahora tiene un despacho. Lo que pone furioso a Jérôme, que es un celoso de cuidado. Y también un mal hombre. ¡Pero se va a casar con mi hija! ¡Mi única hija! ¿Te das cuenta, pájaro? Él tomará el mando de la Ferraille cuando yo estire la pata.

El loro silba y grazna. Ansía el pan. Edmond le acerca el trozo, pero se cae al fondo de la jaula, lo que obliga al ave a bajar de su percha.

—¿Tú qué piensas, pájaro? A ver, ¿cómo te llamas?

—Se llama Hector —dice Suzon, entrando en la cocina—. Y tengo que atiborrarlo a bromuro para que no viole a sus peluches. —Se quita el chal, lo sacude y lo deja sobre una silla—. Ya viene Léonie. Le he dicho que estaba aquí y que la invitaba a cenar. Espero haber hecho bien.

—Claro que sí, Suzon. —Se quita la bufanda y se desabrocha el abrigo.

Suzon lo invita a sentarse y le sirve un vasito de vino caliente. Se trata de una receta nueva, con peladuras de naranja, limón, badiana y vainilla. No aparta los ojos de él. Espera su veredicto—. ¡Extraordinario! —dice Edmond dando un chasquido con la lengua.

—¿He puesto demasiada vainilla? Es mi debilidad. Se la pondría a todo. —Él la tranquiliza y ella encoge una de sus tres barbillas mientras lo mira con arrobo—. Es usted muy amable, señor Edmond.

—¡Eso dígaselo a mi mujer! —bromea.

—¡Ah! Algunas mujeres no son conscientes de la suerte que tienen. —Él mira de soslayo la hora y pregunta cuándo vuelve Adrian de París—. Mucho antes desde que el pequeño está inmovilizado. Es todo un padrazo. Quién lo habría pensado, ¿verdad?

Ella ha eludido responder a su pregunta. Probará de otra manera.

—¿Es él quien le trae los deberes? Porque Stella anda muy ocupada. ¡Jamás había visto tanto ajetreo en un mes de enero!

—Pues sí, pero no tengo ni idea de qué hace. Es un hombre difícil de leer.

Ella mueve la cabeza de abajo arriba y de arriba abajo, hinchando las mejillas para subrayar hasta qué punto Adrian es misterioso.

Lo intenta una tercera vez.

—¿Y no tiene problemas con el tren?

—Pues no... ¿Por qué?

—La gente se queja de que siempre llegan tarde, o de que los cancelan...

—No es un hombre dado a quejarse mucho. De hecho, no es nada hablador. Sé que va a París porque se viste de parisino. Cuando se queda aquí, va..., cómo lo digo..., normal, ¡o eso creo yo!

—¡Pues un poco como yo! —dice Edmond para darle confianza.

—¿Es posible que haya perdido un poco de barriga? Esas clases de conducir le sientan bien, ¿verdad? Es algo que descubrí hace un tiempo: el amor te quita michelines.

Edmond se pone colorado. Suzon es lista. Ha desviado la conversación y ahora él está en el punto de mira.

No conseguirá saber a qué hora vuelve a casa Adrian.

Léonie cierra la puerta detrás de Suzon y se apoya contra la fría madera. Siente en las palmas de las manos el aire húmedo del exterior. La noche es negra, los árboles tiemblan: el invierno ha llegado por fin. Está a punto de

echar el cerrojo.

Edmond la ha invitado a cenar. Ayer lo besó. Lo besó. Porque tenía ganas. Y esa noche ha regresado. «¿Tengo todavía ganas de besarlo?» Le asquea pensar en la baba de un hombre sobre la piel de una mujer. Los hombres hacen cosas asquerosas: babean, arañan, manosean, penetran, fuerzan, separan...

«No todos —dice una vocecilla en su interior—. No puedes generalizar. Sigue tu instinto, no te fuerces, no estás obligada a nada. ¿Acaso no has visto lo dulce que es?»

Ella siente que recupera el aliento. Sube las escaleras. Se encierra en el baño. Se apoya en el pesado lavabo blanco. «Lo besé y querrá seguir donde lo dejamos. Querrá tocarme los senos, meterme la mano entre las piernas y penetrarme. Me dolerá.»

«Pero eso era cuando no querías, cuando él te forzaba. No todos los hombres se llaman Ray», le responde la vocecita de su cabeza.

«Ayer no debí haberlo besado. Se lanzará sobre mí y me babeará como un caracol.»

«¡Pero no estás obligada a nada!»

«Sí. Porque lo besé.»

No recuerda ni diez minutos de felicidad con Ray. Ni siquiera antes de casarse, cuando él la llevaba al cine. Le llenaba la boca de caramelos Michoko y la besaba. Ella tenía que escupirlos porque se ahogaba; él se reía y replicaba que le gustaban los besos con sabor a caramelo. ¿A ella no? Era asqueroso. En aquel momento no lo sabía, pero era asqueroso.

Se mira en el espejo. No debería haberlo besado. Debe liberarse. Sentirse libre, ligera, hasta elevarse en el aire.

«¿Lista?», dice a la mujer del espejo.

«Sí», responde la mujer.

«Pues vamos.»

La mujer asiente.

Deja correr el agua, espera a que salga caliente y abre el armarito que está encima del lavabo. Encuentra una cuchilla de afeitar. La pasa bajo el agua caliente. La hoja brilla, el chorro de agua se divide y caen bolitas transparentes. Sigue con el dedo el filo de la cuchilla, una delicada herida perla y mancha la loza blanca. Se aprieta la punta del dedo para detener la sangre.

Tiene que hacer las cosas de otro modo.

Es necesario que decida que se ha acabado.

Que pase página.

Que encuentre el valor necesario.

Le cuesta más respirar, le fallan las piernas, y se acuerda de cuando esperaba la paliza de las dos de la tarde.

Tenía lugar casi todos los días.

Si por la mañana, al preparar el desayuno, no ponía la taza, la leche o las tostadas en el lugar adecuado; si ponía el cuchillo a la izquierda y el tenedor a la derecha, los ojos de Ray se incendiaban y decía: «A las dos de la tarde recibirás tu castigo. Son las ocho y media, tienes solo cinco horas y media de respiro. Prepárate, va a correr la sangre».

Todos los días, a las dos de la tarde, volvía a tomar su café.

Y todos los días, si había cometido alguna falta, ella estaba esperándolo.

Fernande llevaba la cuenta: «Solo cuatro horas, tres, dos, una». Léonie no sabía dónde estaban el fregadero, la nevera, la mesa, las sillas, los platos, el grifo del agua fría, de la caliente ni la fregona. Se daba golpes con los muebles, sus piernas ya no podían sostenerla, y, cuando oía la llave en la puerta, no conseguía ni tragar saliva.

Él la empujaba dentro de la habitación. La obligaba a ponerse de rodillas, con el torso desnudo y las manos a la espalda.

Empezaba acariciándola con la hebilla de su cinturón.

Y después empezaban los golpes, acompañados de insultos.

Hasta que ella caía al suelo, juraba que no lo haría más y pedía perdón.

Ella pensaba que uno se casaba para ser feliz.

Se pasa la mano por las mejillas y repara en su alianza. La alianza que le corta la piel. Sus dedos cuentan la historia de cuarenta años dedicados a limpiar la casa, lavar los platos y la ropa, limpiar los muebles y zurcir. Era su criada para todo.

Siente vergüenza.

Apoya la cuchilla sobre su dedo anular. Intenta cortar el metal dorado, pero se corta la piel y empieza a sangrar. Así no lo conseguirá.

Ya ha probado con jabón, pero la alianza está incrustada.

«Prueba de nuevo —dice su voz interior—. Esta vez funcionará. Pon el dedo bajo agua fría.»

Coge el jabón, se frota el dedo, tira de él. La alianza se desplaza, se queda bloqueada en la falange y vuelve a colocarse en su sitio habitual.

Empieza de nuevo. Aprieta los dientes. Tira y tira. La alianza se resiste. «Mierda —se oye decir—. Mierda, cabrón. Estás muerto. ¡Por fin haces algo bien! No volveré a dejarme nunca más. Si no quiero besar a Edmond, no me tocará.»

Se oye maldecir. Se oye decir palabrotas. Es capaz de decidir si quiere o no quiere.

Se enjabona las manos, se masajea el dedo, sopla, tira lentamente, tira y tira.

Y el anillo sale disparado como el corcho de una botella de champán.

\*

Siempre pasa lo mismo. Se detiene en un semáforo en rojo. El camión frena. La grúa se balancea. Busca en la radio una emisión sin cretinos graciosillos ni publicidad y piensa en Marie Delmonte. ¿Por qué no le devuelve la llamada? La pregunta siempre la asalta en un semáforo en rojo.

La llama al móvil, pero salta el contestador.

La llama al periódico, pero le dicen que no está.

—¿Sabe cuándo tiene que volver?

—Ni idea. ¿Es usted de su familia?

—Soy una amiga.

—Pruebe a llamarla al móvil. Es más fácil que la encuentre así.

Ni siquiera le preguntan su nombre.

Stella siente que le han echado una jarra de agua fría. A nadie parecía importarle la suerte que había corrido Marie Delmonte.

O bien...

¿Puede que sea porque anda tras la pista de la niña de las fotos, y que eso asuste a algunos y moleste a otros?

El semáforo se pone en verde, un coche pita y ella se encoge de hombros. «¡Calma, que no estamos en París!», y arranca.

¿Quién más podría conocer a esa niña? ¿Quién podría hablarle del *Zorra* escrito en el sobre?

Probablemente no va a ir a ver a Gerson ni a Lancenny, los compañeros de Ray. Ni hablará con el notario. Tiene los ojos pequeños y muy juntos, lo que es un signo de maldad.

Tamborilea con los dedos sobre el volante, cambia de emisora, oye un anuncio, empuja con el pulgar un CD y Céline Dion empieza a cantar. El CD de Zbig. Sigue allí. Compró varios. «¡No le falta dinero para gastar! Desde luego hay personas que se encaprichan con un artista. Sollozan si se divorcia o si se tuerce el tobillo. Lo escuchan con los ojos húmedos. Ray Valenti tenía a Johnny; Fernande, a Édith Piaf. Lloraba al escuchar *Je ne regrette rien*, pero cuando Ray entraba de noche en mi habitación no mojaba ni una pestaña. A esas personas les habían montado el corazón al revés. O se habían dejado algunas piezas en el proceso. El resultado es el mismo.

»¿Y Fernande?

»¿Es posible que oyera hablar de la niña? Ray se lo contaba todo a su madre. Ella era la niña de sus ojos. La llevaba en brazos como si fuera una muñeca. Él fue el primero en diagnosticarle diabetes. Leía todo lo que caía en sus manos sobre esa patología. Devoraba enciclopedias, tenía citas en París. Acudía a las visitas médicas con su madre colgada del pecho en bandolera. Y

ella, que a esas alturas era solo un torso y dos brazos, irradiaba felicidad. Fernande y Ray. Por él, ella había aprendido, tras la marcha de Léonie, a caminar sobre las manos, a saltar del taburete a la mesa para prepararle el desayuno, a encerar sus botas y a planchar la ropa. La vieja era un auténtico mono tití. Ella sueña con reencontrarse con su hijo y acabar su vida con él. Cree a pies juntillas en los planes para su huida a México.

»En fin... Le preguntaré a Fernande si sabe algo de la cría. Tan fácil como eso. ¿Cómo no se me había ocurrido? ¿Soy tonta o qué? Pongo rumbo a Saint-Cyr, a la residencia Las Margaritas.»

Gira a la izquierda, baja por la estrecha calle de la Filature, frena en seco en el cruce de la calle Gabriel-Péri y gira a la derecha pisando una línea blanca. Oye cerrarse una puerta, un coche que arranca detrás de ella, así que disminuye la velocidad y espera resignada a dos polis que van a pedirle los papeles y todo lo demás... Se encoge de hombros, se da un golpe en el sombrero y cuenta los puntos que van a restarle del carné de conducir. «Mierda, mierda, mierda, no podría ser peor momento.» Ya se imagina la cara de Julie. Se mueve en su asiento y se encoge. Pero no pasa nada. Así que vuelve a erguirse y se dirige hacia la residencia, no sin antes volver a meter el CD, para que vuelva a sonar Céline Dion.

Al final le va a acabar cogiendo el gusto a la canción.

En un pasillo de la residencia de ancianos, Stella ve a Amina. Sujeta por el brazo a una anciana que avanza pasito a pasito, vestida con una bata acolchada violeta y unas pantuflas granates.

—¿Qué tal? —le dice Stella con una gran sonrisa

—Más o menos —responde Amina, con cara triste.

—¿Por qué?

—No tengo noticias.

—¿De quién?

—De mi americano.

—No sé de qué me hablas.

—¡Que sí! Del americano del que te hablé el otro día en el café, al lado del Sephora.

—¡Ah, es verdad ¡Ya caigo! ¿Es porque tenías los labios agrietados? ¿No le gustan?

—No tiene gracia, Stella. —Amina habla con la anciana; le explica que

tiene que ir a buscar unos medicamentos al botiquín y la sienta en una silla en el pasillo—. Espéreme aquí, vuelvo enseguida.

La anciana alarga el brazo cubierto con la tela acolchada violeta hacia Amina.

—Me parece que voy a...

—¡Es solo un momento!

—Pero no puedo...

Amina lleva a Stella a una habitación adyacente. En las estanterías, hay montones de ropa de cama, sábanas, toallas, fundas de almohada..., todo marcado en rojo con el nombre de la residencia. Huele a detergente con perfume de lavanda. Cualquiera pensaría que estaban en un campo de flores.

—¡Oye, esto es el paraíso!

—Para nada —balbuce Amina tapándose la cara con su pañuelo—. ¡Ay, Stella! Estaba muy contenta. Pensaba que había encontrado al hombre ideal.

—Más vale que te olvides de eso. No existe.

—Era formidable. Nos entendíamos bien, y después, de golpe..., nada. ¡Me evita! No me coge el teléfono. ¡Y ni una sola explicación! Me estoy volviendo loca.

—¿Hiciste o dijiste algo?

—No lo sé. O quizás sí... Pero es una tontería.

—Cuéntamelo.

—Una noche le dije que iban a poner el nombre de Ray Valenti al colegio. Lo había leído en el periódico. Le gusta que esté informada, detesta las conversaciones insustanciales. Solo por él, me leo todos los periódicos y revistas.

—¿Y después?

Amina respira hondo, vuelve a hundir la cara en el pañuelo y se suena ruidosamente la nariz.

—Me preguntó si estaba segura, yo le dije que sí, y él se levantó y se fue. Desde entonces, ninguna noticia. Es horrible.

Tuerce la boca en una mueca, como si fuera a gritar pero se estuviera conteniendo.

—¿Conocía a Ray Valenti?

—Se cruzó con él una vez en el hospital, cuando su hija pequeña tuvo un accidente. Te lo conté, ¿te acuerdas? Ella se había cortado la mano, chorreaba sangre y había perdido el conocimiento. Ray la llevó al hospital. La madre de la niña también estaba allí. Él llegó más tarde. Cuando lo avisaron, estaba de

camino.

Una vez más, Ray Valenti había jugado a ser el héroe. Siempre queriendo ser el centro de atención. Cualquiera diría que se pasaba el día patrullando las calles de Saint-Chaland en busca de una hazaña que llevar a cabo con una capa de Superman.

—De esto debe de hacer al menos dos semanas, es decir, un siglo y medio. Había llegado a cogerle cariño —sigue Amina.

—No puedes cogerle cariño a un hombre. A un perro, a una marca de café, a un cojín..., sí, pero no a un hombre.

—Déjalo, Stella. No sabes lo que dices.

—Es posible. No soy especialista en cuestiones amorosas.

—¿Pero por qué se cerró en banda por mencionar a Valenti?

—Se enteraría de que Valenti se había tirado a su mujer. ¡Se tiraba a todo lo que se movía! ¿Era guapa?

—Mucho. Asiática.

—Pues ahí tienes tu respuesta. En fin, tengo que marcharme, voy a ver a Fernande.

—¡No es justo! ¿Por qué no explica las cosas?

«¿Porque es un hombre? ¿Porque no está enamorado? ¿Porque no eres más que un pasatiempo? ¿Porque te has creído un cuento de príncipe azul?»

—Escucha, Amina, seguro que vuelve. Entonces le dirás que el colegio jamás se llamará Valenti. Eso lo calmará.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Deja de llorar. ¿Fernande está en su habitación?

—Sí. Pero cuidado. Tiene cara de estar de un humor de perros. Manda a todo el mundo a tomar por saco. Bueno, voy a echarme un poco de agua en la cara, no quiero que se note que he llorado.

Cuando sale de la habitación con olor a lavanda, Stella ve a la mujer con la bata acolchada violeta en su silla.

Agarra con la mano derecha uno de los lados de la prenda, de modo que el muslo queda descubierto. Le caen lágrimas por las mejillas. Un charco amarillo se extiende a sus pies.

\*

Stella empuja la puerta de la habitación y ve que la cama está vacía. Gira la cabeza y busca a Fernande. Debe de haber bajado a la sala de juegos a ver su culebrón. Es un buen momento para revisar sus cosas. Uno nunca sabe lo que puede encontrar. Ve una carpeta marrón abierta sobre la mesa, pero solo tiene tiempo para leer «Despacho de abogados Béraud, herencia de la señora Fernande Valenti». Oye un ruido en el lavabo —la cisterna— y la puerta se abre. Fernande sale impulsándose con los brazos antes de dejarse caer en la cama.

—¡Parece que tengas muelles! —exclama Stella.

Por mucho que la deteste, la vieja no deja de sorprenderla.

—¿Has visto? Setenta y siete años y en plena forma. Cuando pienso en todos esos viejos que se pasan el día vegetando en la cama o en el sofá... ¡Son unos flojos! Ahora mismo estoy aprendiéndome de memoria el mapa de París.

—¿Para hacer qué? ¿Un *rally*?

—Vigila tu educación, querida. O vete. No tengo tiempo que perder.

—Perfecto, yo tampoco. Quería preguntarte una cosa...

Decide no andarse con rodeos y hablarle con sinceridad. La vieja desconfiará de ella si se huele alguna artimaña.

Vaya, nunca antes había visto la ropa interior abombada y azul marino que lleva ceñida a la cintura y abrochada con un imperdible grande. Una prenda de la que no sale ninguna pierna. ¡Menudo bicho raro! Brazos de transportista, una cabellera negra que sigue tiñéndose por la aversión de Ray a las canas y guantes en forma de patines para moverse.

—¡Muy bonitas, tus bragas!

—Me pongo un abrigo por encima cuando salgo...

—¿Vas a salir? ¿Adónde vas?

—Eso no te incumbe. ¿Acaso yo te pregunto adónde vas? —Se mete debajo del edredón, lo alisa, lo palpa, lo extiende a su alrededor. Lo acaricia con el dorso de la mano y tira de algunos hilos de lana sueltos.

—No, pero, en serio, Fernande, ¿de verdad vas a salir? A la calle, quiero decir. —Fernande arquea las cejas y murmura algo que Stella no comprende —. Vocaliza, no te entiendo.

—Si has venido a sacarme dinero, has hecho el viaje en balde, porque no vas a conseguir nada. Nada en absoluto. —Se golpea los dientes con el pulgar —. ¡No me vas a sacar ni un céntimo, sanguijuela! ¿Te queda claro?

Stella muestra su asombro con un gesto de cabeza.

—¡Menudo vocabulario! ¿Vas a clases de argot?

—Sabes muy bien de lo que hablo. No te hagas la tonta conmigo. No te voy a dar nada. Tengo otros proyectos. —Vuelve la cabeza y sacude su melena negra. Saca de debajo de la almohada un pintalabios rojo y se embadurna la boca. Se pone un arete en cada oreja; se echa una manta roja y verde sobre los hombros. Y se transforma en una puta de Bab el Oued. Stella la mira boquiabierta. ¿Qué ha pasado? La última vez la tenía comiendo de su mano. Saqueaba los ahorros que guardaba en el edredón, la hacía babear contándole la vida de su hijo en la calle Petits-Foulards, en la puerta de Clignancourt. Y todo iba de maravilla. La vieja se dejaba desplumar sin quejarse. Alguien más había ido a verla. Quizás el notario. O algún amigo de Ray. Todos quieren su dinero. Fernande es rica—. Esto no te lo esperabas, ¿verdad? ¿Creías que ibas a poder desvalijarme por completo? Bueno, pues se te ha acabado el chollo. Y ahora tengo ganas de estar sola. ¡Vete!

—Entonces, ¿ya no vale la pena que vaya a verlo?

—¿A quién?

—A tu hijo.

—Déjame en paz.

—¿No quieres saber cómo le va?

—Te he dicho que me dejes en paz, tengo ganas de estar sola.

—Pero Fernande...

—¿Qué?

—No puedes... —«Quería decir que no podía dejarla así, que le iba muy bien todo el dinero que le sacaba. Podía comprar ropa para Tom, pienso para los animales, ahorra también un poco para imprevistos... Era mi tesoro, como en *El conde de Montecristo*»—. No puedes dejar de...

—¿De qué? —grita Fernande. Stella tiene que contenerse para no decir «de seguirme el juego»—. Lárgate —grita—. ¡No quiero verte más!

En el pasillo, Stella se apoya contra la pared. Deja caer los hombros. Dobla una pierna y pega el talón contra el tabique.

No se esperaba algo así, y eso cambia todos sus planes.

Alguien ha ido a ver a la vieja.

Alguien con acceso a su edredón.

Alguien que la manipula.

Busca a Amina. Le responden que se ha marchado.

Le manda un mensaje al móvil.

Vuelve a pasar por delante de la silla de la señora con la bata acolchada violeta. La anciana ya no está y han limpiado el charco de orina.

\*

A las once, Adrian sale de la estación de Paris-Bercy, se mete en el metro y busca información en su tableta. Le han dicho que Veolia se lanzaba al tratamiento del plástico y quería salir de toda duda antes de reunirse con Borzinski para desayunar. En el Plaza. Para «ponerse al día», según había dicho el ruso.

En el vestíbulo ve a Borzinski dirigirse al restaurante de Alain Ducasse. Le parece bien que se adelante, porque él necesita concentrarse. Está a punto de librar una batalla.

El único problema es que no tiene nada que proponerle. No ha resuelto su dilema con Edmond.

Borzinski camina como un elefante. Balancea el peso de su cuerpo de una cadera a otra, de modo que los michelines que le rodean la cintura le tiemblan. Se pasea como un trozo de mantequilla. Pese a todo, no es tan viejo. Lleva una larga chaqueta roja sobre una camisa negra, un pantalón verde oliva y zapatos negros y blancos. No pasa desapercibido. La gente se vuelve a su paso y sonríe.

Mientras Adrian lo observa, oye una voz familiar. ¡Madre mía! Borzinski delante, la Parisina detrás. Se queda helado. Y se aparta. Saca su móvil, finge llamar por teléfono y espera a que pase. La ve discutir con una chica negra corpulenta, subida a unos tacones altos, y con un hombre vestido con un traje gris, un polo negro y gafas pequeñas y redondas.

¡La Parisina! ¡Allí delante!

Debe de haber recibido el SMS que creía haber enviado a Stella.

Sin duda, habrá sonreído, pero no habría tardado nada en dejar el teléfono y pensar en cualquier otra cosa.

Él no sabe nada de ella. Solo que frecuenta buenos establecimientos. El Fouquet's y ahora el Plaza.

Ella habla con el hombre del polo negro. Nota una especie de reproche en su voz:

—Pero si pensaba que este asunto estaba arreglado... Que ya tenían otro sitio.

—Sí, pero en el caso de que... Necesitamos un plan B y Armelle pensó en

el Plaza. Nada más. No hace falta que te enfades.

—No me enfado, ¡pero el desfile es dentro de cuatro días y aún no tenemos confirmado dónde lo vamos a hacer! Me parece alucinante.

—Pues no lo es, pero parece que tienes muchas ganas de enfadarte. Si eso es lo que quieres, adelante, ¡no te cortes!

Adrian se acerca, sin hacer movimientos bruscos.

Quiere respirar su olor una vez más; acariciar con los ojos la curva de su nuca, las curvas de sus hombros; recordar el clic de la polvera que abre cuando se separan, una polvera abombada, azul y lisa, de Shi-sei-do. Quiere atesorar el recuerdo de la melena que se cepilla, del perfume que vaporiza, Ser-ge-Lu-tens. El bolso que vacía por completo cuando no logra encontrar lo que busca. Los brazaletes que se quita y vuelve a ponerse, Chris-tian-Di-or. Ruidos de la Parisina en una habitación de hotel con su amante.

La Parisina se detiene delante de un escaparate en el que se exponen joyas coloridas. Se inclina hacia delante; con un dedo, señala un reloj, un collar; se agita y, de repente, se queda quieta.

Sin volver la cabeza, dice en voz muy alta:

—¿Es usted? —Él se aparta—. Estaba segura de que volveríamos a vernos —añade—. No se despidió de mí.

La mujer corpulenta de los tacones altos y el hombre del traje gris se vuelven. Buscan a la persona con la que puede estar hablando. Inspeccionan el vestíbulo. Él intenta ocultarse detrás de un gran ramo de flores blancas. De repente, lo entiende.

Ha debido de ver el reflejo de su silueta en el escaparate.

Ella sonrío y él entiende esa sonrisa como un primer gesto de ternura, que seguía prohibida. Él se muere de ganas de preguntarle cómo le va todo.

Pero, cuando quiere darse cuenta, ella ha desaparecido.

—Voy a explicarle algo que el oficio y los años me han enseñado, Kosulino.

—Borzinski se acomoda en su silla, se pone la servilleta sobre las rodillas, mira a Adrian como si lo evaluara y continúa—: Todo el mundo quiere tener éxito. Todo el mundo quiere ganar dinero; acostarse con mujeres preciosas; tener coches bonitos y casas bonitas. Sin embargo, hay pocos ganadores en la línea de llegada. ¿Por qué? —Se inclina hacia delante, coge un trozo de pan y lo unta de mantequilla—. Porque para ganar no puedes tener escrúpulos, no puedes dudar si toca finiquitar al tipo con el que acabas de firmar un contrato.

Uno debe ir adonde el dinero huele bien. Usted no es un ganador, Kosulino. — Coge su servilleta, a punto de caerse, y la sujeta entre la mesa y su vientre; le viene un pequeño eructo, que intenta hacer pasar por tos, y asevera con frialdad—: Duda, usted duda desde el principio. Es incapaz de tomar una decisión. Dar un paso adelante y dos atrás es muy malo para los negocios. — Adrian no responde. Juguetea pasando los dientes del tenedor sobre el mantel blanco—. Puede que usted se considere un lobo, pero no es más que un cordero. —Borzinski lo mira con desdén—. ¿Qué me ha traído durante todo el tiempo que hemos estado hablando? NADA. ¿Y por qué?

Adrian sabe muy bien por qué.

—Deme un poco más de tiempo —dice sin mirarlo.

Hunde el tenedor en el mantel blanco y traza líneas y más líneas. Está dibujando una prisión.

Tiene unas ganas casi incontenibles de huir de allí. Ese tipo lo saca de sus casillas, siempre dándole lecciones, tratándole con arrogancia, tendiéndole trampas.

—Es muy sencillo, Kosulino. O bien me demuestra que tengo motivos para hacer negocios con usted, o nuestros caminos se separan aquí.

—Entonces... —responde Adrian con voz neutra, sin apartar los ojos de los barrotes de la prisión—, ¿por qué coquetea con la gente de Veolia? ¿Quién es su socio en este negocio? ¿Ellos o yo? Porque no lo tengo nada claro. Eso de un paso adelante y dos atrás se puede aplicar también a usted. —Levanta la cabeza con un gesto brusco y lo mira fijamente. Borzinski encaja el golpe y se dispone a protestar, pero Adrian lo interrumpe—. Podría contarle la fábula del tipo que persigue dos liebres a la vez y no consigue atrapar ninguna. Yo también conozco historias de ganadores y perdedores. Y yo también puedo pedirle cuentas.

Borzinski crispero el rostro y aprieta la mandíbula. Sin apenas despegar los labios, replica:

—¿Quién le ha dicho eso?

—Le toca a usted averiguarlo. Cuando lo haga, llámeme, o no. Muchas gracias por la comida.

Adrian se levanta, deja su servilleta en la mesa, se despide y sale del restaurante sin girarse.

En el metro, mira pasar las estaciones. Se ha subido en la Concordia.

Necesitaba caminar. Se había comprado un cucurucho de castañas asadas para tener los dedos ocupados, que no dejaban de moverse al compás de sus sentimientos. Se guarda las castañas en el fondo del bolsillo y nota calor en el muslo. «Bien jugado, tío, ahora no te queda otra que hablar con Edmond Courtois. O, si no, te quedarás tirado con una trituradora, otra pedida y sin pagar, una deuda gigante y una condena por malversación de fondos. ¿Cómo me he metido en semejante berenjenal? Miento a todo el mundo. Y estoy harto de mentir. Ayer ella me preguntó dónde había metido el reloj y le dije que lo había perdido. Que no sabía dónde. La media sonrisa con la que me respondió es como la de una madre que pilla a su hijo pequeño mintiendo. Qué vergüenza sentí. Cuando mientes a todo el mundo, no eres nadie.»

\*

Elena empuja al hombre dormido a su lado. ¿Cómo se llama? Ni idea. Eso le pasa por cambiar tan a menudo de hombre. Recuerda que no es malo en la cama, pero sí demasiado sentimental. Hay que decirle «Te quiero, qué guapo eres, besas como un dios». ¿No es ridículo? Le pedirá al conserje que le envíe a otro. Hay suficientes sementales en reserva como para tener que aguantar a semejante sensiblero. ¡Y menos por ese precio!

Todo ese ejercicio le ha dado hambre. No le importaría comerse una delicia turca con un té negro ruso. Extiende el brazo para llamar al servicio de habitaciones cuando el teléfono suena.

Son las cuatro de la mañana. ¿Quién puede ser? ¿Un insomne como ella? ¿Una vieja dama perdida en una cama grande?

—¿Diga? —responde, apartando al chico pegado a su cadera.

—¿Elena? Soy yo, Isabel.

—¿Isabel! ¿Pero qué ocurre? ¿Dónde está?

—En Buckingham, no consigo dormir. He pensado que *we could have a nice little chat together*<sup>17</sup>. No estará durmiendo, ¿verdad? —Elena vuelve a apartar al hombre que sigue pegado a ella. Ronca. Han bebido demasiado champán—. ¿Elena? ¿Me escucha?

—Sí, Isabel. Sabe muy bien que puede contar conmigo.

Las dos mujeres se conocen desde hace más de sesenta años. Elena se niega a contar el número exacto, porque dice que hace muchísimo, difícil de creer.

Isabel se ríe. Habla un francés perfecto gracias a su institutriz, miss Crawford, que se dirigía a ella solo en francés.

Cuando se conocieron en la isla de Malta, en el pequeño pueblo de Gwardamanga, en 1951, Isabel todavía no era reina de Inglaterra, pero ya se había casado con Felipe y era madre de dos niños pequeños. Elena acompañaba a Jean-Claude Pingouin, que había acudido a «hacer negocios»; Isabel seguía a Felipe, oficial en la Royal Navy y acantonado en la isla. Se hicieron amigas.

En 1953 Isabel ascendió al trono. Elena pensó que no volvería a verla, así que es fácil imaginar su sorpresa cuando recibió una felicitación de Navidad firmada por «*Her Royal Highness*»! Adoptaron la costumbre de mantener correspondencia, y cuando Elena iba a Inglaterra Isabel la invitaba a Buckingham, Balmoral o Windsor.

—¿Qué tal está Gary? —pregunta Isabel—. Hace tiempo que no tengo noticias tuyas.

Elena es una de las pocas personas que está al corriente de la hija ilegítima que Isabel tuvo de su gran chambelán.

Cansada de los líos de su marido, de sus viajes y de sus silencios, Isabel había sucumbido una tarde a la gentil bondad del gran chambelán. Y de esa noche única había nacido una niña, la pequeña Shirley, tan encantadora como atormentada.

Su padre y su abuela paterna la habían criado, pero era recibida regularmente por la reina en Buckingham. A los veinte años, Shirley había tenido un hijo de un escocés difícil e impredecible, y Gary había crecido junto a los jóvenes príncipes, Guillermo y Enrique.

Todo estaba bajo control. Nadie se había enterado de lo ocurrido. Y, sobre todo, la noticia no había saltado a los horribles tabloides llenos de escándalos que tanto disgustaban a la reina.

—Yo tampoco tengo noticias —reflexiona Elena—. Lo llamaré en cuanto deje de hablar con usted.

—No me atrevo a usar el móvil, ¿sabe? Todas las altezas reales estamos vigiladas. Por menos de nada acabamos en las portadas de los tabloides.

—Soy consciente. ¡Difícil trabajo el suyo!

Isabel suelta un profundo suspiro, tan pesado como la corona que lleva en

las grandes ceremonias.

—Bueno, ¿y cómo va todo, querida Elena?

Elena vuelve a rechazar al joven efebo, que acaba de agarrarla por la cintura. ¡Qué plasta! Parece agotado. Elena debe admitir que había iniciado la relación de buen grado.

Ella le había enseñado sus mejores trucos. El canario ahogado y el saltamontes chillón. El pobre chico no tenía ni fuerzas para gritar. ¡Ah! Ahora se acuerda, se llama Nicolas.

—Me va todo muy bien, querida amiga; dentro de unos días tengo un desfile.

—¿Cómo dice, querida?

—Se trata de mi nueva colección. No la he diseñado yo, pero la financio, así que... da lo mismo.

—¡Ah! ¡Quiere revancha! Elena, ¿está segura de que es sensato?

—Nadie me lo impedirá. He encontrado una forma de vengarme en la persona de Hortense Cortès. Ya le he hablado de ella. Presenta su colección la semana que viene y yo estaré sentada en primera fila con mis pieles, mis joyas y mi nuevo corte y color de pelo, que me rejuvenece veinte años.

—Mira que es terca, Elena. Es algo que admiro de usted.

—Y al final subiré a la pasarela y todo el mundo me aplaudirá. La venganza es el mejor antiarrugas, estoy en plena forma.

Le encantaría decirle que cambia de hombre cada noche, pero no se atreve.

—Después de todos estos años, debería olvidarlo... —suspira Isabel.

—¡Jamás! Una vez cumpla mi venganza, podré morir tranquila.

—Sigue guardándole mucho rencor, ¿verdad?

Era el año 1972.

Elena iba a presentar su primera colección. Lo había organizado todo con la ayuda del fiel Robert Sisteron. Actuaba como asistente, contable, consejero y como un gran ordenador. Y, además, era su amante. Él era joven y ella deseaba carne fresca. Su marido, el conde Karkhov, nacido Jean-Claude Pingouin, tenía una aventura con una mujer veinte años más joven y había decidido eliminarla.

Sisteron la había avisado: «Esta mujer hará lo que sea para hacerte daño. Quiere quedarse con el conde. Si tú triunfas, el conde no querrá dejarte jamás. Así que va a sabotear tu desfile».

Elena se había encogido de hombros y le había respondido con su característico *bullshit*, es decir, «cállate, me molestas».

Estuvo días y días diseñando, cortando y ajustando. Había pagado un taller con cinco personas. Y había creado cincuenta modelos. Después, había alquilado los salones del Hotel Meurice, había contratado a veinte modelos y había convocado a la prensa internacional y francesa.

Y llegó el gran día.

Los cincuenta modelos debían entregarse a la seis de la mañana. El desfile empezaba a las once y media en punto.

La atmósfera era eléctrica. La sala se llenaba lentamente.

Periodistas, cronistas, amigos y conocidos.

Todo París estaba allí y esperaba el triunfo o la caída de Elena Karkhova.

Detrás de una cortina, Elena observaba la sala.

El conde estaba sentado en primera fila, con su bastón y su cuello de astrakán. Elena le había suplicado que asistiera. Él había aceptado. Aunque «la otra», furiosa, hubiera roto jarrones, devuelto pendientes de diamantes e incluso amenazado con abandonarlo.

Todo estaba listo. Las modelos, peinadas y maquilladas, esperaban en ropa interior. Los ensayos se habían desarrollado sin problema. Música, luz, paseos por la pasarela. Solo faltaba la ropa.

Elena esperaba la llegada del camión, miraba el reloj y gritaba a Sisteron, que corría, hacía llamadas de teléfono y mandaba a gente a ver qué pasaba en el almacén.

—El camión ha salido a las cinco y media, ya debería haber llegado — repetía él, visiblemente inquieto.

El camión no llegó jamás.

Los invitados esperaron una hora. Robert Sisteron subió a la pasarela; anunció que el desfile se había anulado porque los modelos se habían extraviado.

Elena, entre bambalinas, se dejó caer en una silla.

Era un golpe de «la otra», estaba segura, pero no tenía pruebas.

—Tengo demasiadas lágrimas y no puedo llorar. Me voy a morir.

Robert Sisteron y ella estaban sentados, lamentándose, cuando un mensajero entró para entregarle un sobre a Elena.

Elena lo abrió. Desdobló un folio grande en el que se leía: «Lo lamento...». Estaba firmado por Nicole Sergent. La amante del conde.

«Lo sabía», fue el único comentario de Elena.

Ocho horas más tarde se enteró por una indiscreción de que su rival había sobornado al chófer para que no entregara jamás la colección. Ella había ordenado que dejaran la colección en un vertedero de basura y le había prendido fuego. Y ese fue el final del sueño de Elena.

Se marchó a Nueva York, sola, sin dinero y devastada.

Tres meses después, Jean-Claude Pingouin moría en un accidente de coche. No había tenido oportunidad de redactar un testamento y dejaba su inmensa fortuna a su mujer, Elena Pingouin.

—Me ha hecho usted volver al pasado, querida Isabel.

—Lo lamento mucho. Quería evitarle otra decepción.

—No, esta vez voy a ganar. Mi honor estará a salvo. ¿Sabe que la he invitado?

—¿A quién?

—A Nicole Sergent. Estará en primera fila.

—¿Con qué fin?

—Quiero verle la cara cuando me suba a la pasarela al lado de Hortense. Voy a darme ese gusto. He hecho que la vigilaran para asegurarme de que no sabe nada, y más aún para que no vuelva a hacerme lo mismo.

—Usted no es de las que olvidan, ¿verdad?

—Pues no, y menos cuando me han humillado.

La charla continúa un poco más, hasta que Isabel bosteza y declara que va a dar por acabada su noche.

—¡Como quiera, alteza!

—No olvide hablar con Gary. Dígale que lo llamaré en cuanto consiga un teléfono desechable. Para eso hay que ir a barrios marginales, y mi fiel ayudante de cámara se ha roto el pie derecho mientras colgaba una bonita estrella dorada en la punta del abeto. Y lo estaba haciendo solo para darme el gusto; me siento terriblemente culpable.

—¡Ay, Isabel! ¿Está enamorado de usted?

—*Nonsense, dear!* ¡Desde luego, no sabe usted pensar en otra cosa!

«Si usted supiera, mi querida reina, si usted supiera...»

—¡Hasta luego, amiga! —se despide animada Elena—. La llamo en cuanto tenga noticias.

Ella despierta al joven amante, dormido con la nariz pegada a uno de sus

senos redondos, que se había arreglado el año anterior.

—¡Vamos, Nicolas! Un último revolcón y te vistes. Tengo que hacer una llamada y preferiría estar sola. He dejado el dinero en la mesita de la entrada. Coge lo que necesites.

Es una prueba. Es su manera de detectar a los avariciosos, que se embolsan más de lo que deberían; a los bien educados, que arrancan una flor del ramo del salón y la dejan en la mesa, y a los descuidados, que se dejan uno o dos billetes detrás del jarrón.

Es un juego que la divierte mucho.

Cuando, por fin, Nicolas se ha marchado, no sin antes preguntar si volvería a verla, Elena se mete en la ducha, se aplica unos polvos de rosa nacarada en el cuerpo, se perfuma con Santal de Mysore, vuelve a hacer la cama y se mete entre las sábanas.

—¿Hola, Gary? Soy Elena. —Contiene un bostezo. Tiene mucho sueño, así que decide ir al grano—: ¿Cómo vas, gran hombre peludo? Tu real abuela acaba de llamarme. Deberías mantenerla informada, se preocupa por ti. ¿Es que no sabes que eres su ojito derecho? Venga, cuídala.

—Pero...

—Además, quiero que vayas al desfile de Hortense. Es dentro de cuatro días, así que ya puedes espabilar.

—Está enfadada.

—Pero tiene sus razones, ¿no? Me da la impresión de que te tiene que perdonar por algo. O más bien tienes que conseguir que olvide ciertas cosas. No me gusta la palabra *perdonar*. ¿Qué tienes que decir en tu defensa, gran hombre peludo?

Gary suelta una risita alegre. Le gusta que lo llame «gran hombre peludo». No le importaría rasguear unos acordes como acompañamiento.

—Nada. O, bueno, sí, pero no es algo que puedas comprender.

—Inténtalo. Tienes toda mi atención.

—No consigo hacer el *staccato* de la *Sonata en sol mayor* de Ravel. Y eso me tiene muy deprimido. La mano izquierda me falla siempre en el mismo acorde. Llevo semanas ensayando.

—Vente a París unos días y el *staccato* continuará. Te envío un billete abierto para que no tengas ninguna excusa. Y te reservo una habitación en el Ritz. Hortense estará muy contenta.

—Gracias, Elena. Te mando un beso y mi cariño. Eres como la crema de chantillí, llena de ingenio y de gracia. ¿Conservas todavía tus ojos verdes, o has ido a la consulta de tu cirujano preferido a que te los cambien?

—Los sigo teniendo verdes, grandes y abiertos, amor mío.

—No podría estar más contento. Retoca la mecánica si quieres, pero nada más. Eres extraordinaria.

—Gracias, ángel mío. Tú sí que sabes hablar a una mujer. ¡Y llama a tu abuela! Se hace vieja, ¿sabes?

Elena cuelga y se tambalea hasta la entrada de su *suite*.

Cuelga el cartel de «NO MOLESTAR» en la puerta. Repara entonces en un detalle insólito: el montón de billetes sigue ahí, en la mesita de la entrada. Lo cuenta. Está todo.

No puede evitar conmoverse.

\*

Hortense saca la cabeza del saco de dormir y mira el cielo que se ve más allá de la claraboya. Negro. Negro. Negro. Las ramas desnudas de los árboles se agitan como si quisieran hablar. Ella cierra los ojos, ordena a su cerebro que vuelva a dormirse, abre un ojo y ve una botella de agua sobre la mesa. Presiona un ojo y cierra el otro, la botella se desdobra y se convierte en dos botellas rollizas. Rebaja la presión y vuelve a haber una sola botella, delgada. No puede evitar reírse, dentro de su cálido saco de dormir: cuando era pequeña, adoraba ese juego. Vuelve a empezar: una botella esbelta, dos botellas rollizas. Zoé nunca conseguía hacerlo. «Es muy fácil. Vuelve a intentarlo, Zoé, ya verás como lo consigues, y funciona con perros, gatos, personas, profesores de clase, una bola de helado...» Zoé presionaba y presionaba, pero nunca conseguía ver nada doble. Solía lamentarse diciendo: «Pero ¿por qué tú puedes y yo no? ¿Tienes una cámara en cada ojo?». «En absoluto, simplemente sé dosificar la presión para doblar la imagen.» Es muy divertido multiplicarlo todo por dos.

Un amante, dos amantes. Una botella, dos botellas.

Una botella de agua delgada, dos botellas de agua rollizas, un amante delgado..., ¡dos amantes delgados! Adoraba el cuerpo del Hombre. ¿Es posible amar solo un cuerpo, sin el corazón y el alma que van con él? ¿O acaso el cuerpo está inevitablemente impregnado por el corazón y el alma, y esa es la razón de su belleza? ¿O de su fealdad?

Su mirada capta, más allá de la claraboya, un reflejo amenazador que habla de tinieblas, de soledad y del tiempo que se esfuma.

Se siente terriblemente sola.

Sola ante las sombras y las luces que no le desean ningún bien. Otra escena se superpone, la de la muerte de su padre. Había caído la noche, los ojos amarillos de un cocodrilo brillaban y su padre caminaba hacia él, con el agua hasta la cintura.

«Ya basta —dice—, ¡ya basta!»

Obliga a su cerebro a borrar las imágenes.

«¿Por qué no me envías una idea para poner en escena mi tela? Un guion de película. Tiene que ser evidente. Un amante, dos amantes; una botella delgada, dos botellas rollizas.»

No hay que ver el mundo con un solo ojo, sino que hay que multiplicarlo por dos.

Se levanta de un salto.

Ya tiene su idea. Es sencilla. Muy sencilla.

Una botella delgada, dos botellas rollizas. Lo graba en su teléfono.

Vuelve a meterse en el saco de dormir.

A la mañana siguiente, Jean-Jacques Picart entra en el taller dando palmadas. «Vamos, vamos, solo quedan tres días, hay que darse prisa y centrarse. Hortense, hoy toca planificar la distribución de los asientos.»

Hortense se muerde el pulgar, lleno de pinchazos de agujas. Parece el pulgar de una costurera de más de cien años. Se estira y exclama:

—Ya tengo mi idea para el desfile. —Todos alargan el cuello, intrigados—. Aquí va... Justo antes del desfile, vemos aparecer sobre la pasarela a dos mujeres con curvas, rollizas, con unas batas de señora de la limpieza que dejan adivinar sus formas. Llevan escobas y recogedores. Una lleva una bata roja, y la otra, una blanca. Parecen limpiar la pasarela, blanden un vaporizador, agitan un paño, uno rojo y el otro blanco. Se secan la frente, se menean, se les escapa un seno, y ellas fingen sorprenderse, cómplices, antes de volver a ponerlo en su lugar. Es imprescindible que se note que se sienten cómodas en su piel. Las dos mujeres bromean y riñen; llevan el pelo recogido con una cinta, una roja y la otra blanca. Cuando llegan al final de la pasarela, saludan y desaparecen, no sin antes haber vaporizado un producto de limpieza

que, en realidad, es perfume. Entonces el desfile comienza, y al final las dos mujeres de la limpieza vuelven a aparecer riéndose, cogidas del brazo y vestidas con sendos vestidos de Hortense Cortès, uno rojo y el otro blanco. Solo que ya no son dos mujeres rechonchas, sino dos modelos fantásticas y delgadas. Estupor en la sala. ¿Qué os parece?

La señora Philippine sonrío, Jean-Jacques Picart asiente con la cabeza, igual que Elena. Armelle conoce a dos gemelas, inglesas, que fueron modelos hace años y que pueden desempeñar este papel. Son rubias, de piel lechosa, ojos verdes, dientes blancos, dejaron sus carreras, han tenido niños y han cogido kilos, pero siguen siendo sexis y divertidas. Estarán *so happy* de aceptar el papel. Bastará con que les paguen la estancia en París, en un hotel de lujo; es su sueño.

Todo el mundo aplaude.

Hortense levanta el pulgar e imita a un camionero feliz que marca bíceps. Coge un lápiz y garabatea la bata de las señoras de la limpieza. Un modelo rojo y un modelo blanco. Suelto y fluido.

Picart habla de la distribución de los asientos, de invitaciones, de periodistas, de fotógrafos, de blogueros, de personalidades... Lo tiene todo pensado y ya ha enviado las invitaciones.

—Debemos ser realistas: ni Anna Wintour, ni Mark Holgate ni Tim Blanks estarán en el desfile. En cambio, Nicole Picart vendrá, así como Hélène Guillaume y Émilie Faure, de *Le Figaro*. Emmanuelle Alt, de la edición francesa de *Vogue*, me ha prometido que hará todo lo posible, igual que Erin Doherty, de *Elle*... He invitado también a unos cuantos blogueros: Chiara Ferragni y Garance Doré, Tommy Ton... Sería genial que vinieran. De todos modos, tenemos que conseguir que el desfile esté en internet. Armelle, ocúpate tú con Octave. Y tú, Zelda, no te olvides de invitar a la gente de categoría.

—¿Y esos quiénes son? —dice Elena.

—*Fashionistas* jóvenes, estudiantes, aficionados, periodistas que empiezan... Ellos se encargarán también de darle repercusión. Y más adelante pueden llegar a ocupar puestos importantes y sernos muy útiles.

Elena hace una mueca. ¡Ella no estará allí más adelante! Quiere que el éxito sea inmediato. Añade algo que Hortense no entiende; Picart protesta y entre el revuelo destaca un nombre: Nicole Sergent.

A Hortense ese nombre le suena de algo.

—¿Quién es esa tal Sergent a la que quiere sentar en primera fila? —pregunta Picart a Elena.

—Una amiga.

—¿Es imprescindible que se siente en primera fila?

—Sí

—¿Es una amiga muy cercana?

—No.

—Elena, sea razonable. Vamos a sentar a las celebridades en la primera fila para que salgan en las fotografías... ¿y pretende colarme a una perfecta desconocida con la que no tiene relación?

—Es muy importante —dice Elena con voz cavernosa—. Quiero que muera fulminada por una crisis cardíaca. Sueño con eso. ¡Eso sí crearía interés!

Picart la mira, estupefacto.

—¡Si se trata de una ejecución, no tengo nada que decir! —dice por fin.

—Nicole Sergent, Nicole Sergent... —murmura Hortense.

Hace un gesto a Armelle para que le dé su teléfono, revisa sus mensajes y encuentra el de Henriette.

«Hortense, corazón, llámame. He dado con algo gordo. Nicole Sergent, la mujer del sexto piso. ¡A su lado, el robo del siglo es un juego de niños!»

Llama a su abuela, pone el altavoz y hace una señal a todos para que se callen.

—Henriette, soy yo, Hortense. Acabo de leer tu mensaje.

—Pues te lo envié hace ya un tiempo...

—¿Qué pasa con Nicole Sergent ?

—Bueno, primero podrías saludar, ¿no? Cualquiera diría que no tienes educación.

—Henriette, no tengo tiempo. ¡Desembucha!

—¡Hortense!

—¿Quieres venir al desfile?

—¡Por supuesto!

—Entonces dime lo que pasa con Nicole Sergent. —Henriette le habla del mensajero, de la carta que abrió y que la dejó..., cómo decirlo, cómo decirlo... Busca las palabras adecuadas mientras respira de forma

entrecortada—. Léeme la carta.

—Espera un segundo. Necesito mis gafas.

Elena mira a Hortense, alargando el cuello y con los ojos fuera de sus órbitas.

Hortense tapa el teléfono con la mano y explica que la conserje de Nicole Sergent es precisamente su abuela. Una curiosa coincidencia, ¿verdad?

—¿Tu abuela? —exclama Elena—. ¿En serio? ¡Tu abuela es la conserje!

—¿Te leo la carta, gatita mía? —continúa Henriette.

—¡Deja de llamarme corazón o gatita! No soy ni una víscera ni un animal doméstico.

—Vale, vale, no te pongas de mal humor. A ver... —Empieza a leer—: «Para ti, querida mía, el dibujo de Auguste Rodin, como prueba de mi amor. Espero que te haga compañía hasta que podamos reunirnos. Robert». Y en el dorso de la carta aparece el nombre del remitente: Robert Sisteron. Sabes que no es la primera obra de arte que le regala, ¿verdad? Tiene su habitación llena a reventar.

Se hace el silencio en el taller. Elena aprieta los puños y gruñe entre dientes. «Rodin, mi Rodin, le regala mi Rodin a su amante.» Picart pone los ojos en blanco, pasmado.

—Te envío un mensajero ahora mismo —dice Hortense—. Asegúrate de darle la carta de Sisteron. —Armelle marca el número de Allô Courses y pide con un gesto de la cabeza a Hortense que le escriba la dirección—. Ahora mismo va para allá, Henriette, no te muevas de allí.

—¿Y me has puesto en un buen sitio para ver el desfile?

—Sí. Pero ni una palabra a Nicole Sergent. No debe saber que estás invitada. —Hortense se gira hacia Elena—. Ya te decía yo que el tal Sisteron no me daba buena espina.

—La conserje es tu... —balbuce Elena mientras saca una delicia turca verde de su bolso.

—Increíble, ¿no? ¿Le ha dicho a Sisteron que pensaba invitar a Nicole Sergent al desfile?

—No. Y ella tampoco debió de decírselo, porque me habría dicho algo —reflexiona Elena mientras muerde la delicia turca, que le deja un polvo verde en los labios.

—No necesariamente.

—¡Claro que sí! Para que su engaño funcione mejor, debe parecer que está de mi lado. Reconozco la forma de actuar de los embusteros, Hortense, me las

he visto con muchos. Me roba y me traiciona pero finge defenderme... ¿La prueba? No me di cuenta de nada.

Hortense vuelve a pedir un café solo, cargado, se ajusta el lápiz con el que se sujeta el pelo y se muerde una uña.

—Resumamos. Sisteron se pone de acuerdo con Nicole Sergent y, a escondidas, le pasa una parte de tus telas. Tendremos que detener la hemorragia, Elena, si no, acabarás sin dinero y sin poder pagar tus facturas.

—¡Pero aún no he dicho mi última palabra! —ruge Elena.

—¡A ver! —interviene Jean-Jacques Picart, alzando la voz—. ¿Volvemos a la organización de los invitados? Dejamos a la tal Sergent en primera fila, con la esperanza de que no se muera allí mismo... —En los labios de Elena se dibuja una sonrisa astuta—. Hortense, ¿tienes noticias de Rihanna? —pregunta.

—Sigo esperando a que Antoinette me llame, pero no debería haber ningún problema.

—Perfecto. Voy a empezar a correr la voz, ¡la gente se va a volver loca!

Hortense, sentada en su oficina, mira las fotos que Zoé ha tomado en su taller para aparecer en su peliculita.

Se las enseña a Picart, que las revisa y asiente.

—¿Había hecho un prototipo antes?

—Sí, para una comida familiar en un restaurante. Lo guardé en algún sitio y ahora no lo encuentro. He dicho que sí porque...

—Quieres a tu hermana pequeña.

—¡Ah, ya vale! ¡Deja ya el rollo melodramático!

—La quieres. No intentes negarlo. La capacidad de querer a alguien no tiene nada de despreciable. Es un elemento imprescindible para el talento y, en ocasiones, el genio.

—¡Entonces dime que soy genial!

Jean-Jacques Picart se encoge de hombros y levanta las cejas, con una sonrisa.

—¿Puedo ver el prototipo? Llama a Armelle, ella debe de saber dónde está.

—Perfecto —declara Picart después de haberlo visto—. Tu hermana tiene un don. Tiene futuro.

—¡Pues quiere hacerse monja carmelita!

—Lástima. El tipo que sale al final de la escena tiene una presencia increíble.

—¿De quién hablas?

—De un rubio fornido y alto, no muy sonriente, pero sí fuerte. Para pensar como una monja carmelita lo ha sacado muy bien.

—Debes de referirte al novio de mi tía Stella. Yo ya me había ido cuando él llegó. Tenía cita con la señora Philippine.

—¿Y qué tal aguanta el tipo la señora Philippine?

—Bien, habría que pensar en concederle una bonificación, trabaja como una loca. La noche pasada durmió en el taller. Había demasiado que hacer. Le di una camiseta y un cepillo de dientes. Parecía una jovencita.

\*

Hace un buen día; la luz del sol se despliega sobre las fachadas, rebota en las aceras, los autobuses y los semáforos, e ilumina el cabello de los peatones con reflejos anaranjados, violetas y dorados. Gary camina con una sola idea en la cabeza: «¡Qué imbécil! ¡Pero qué imbécil! ¿Cómo he podido pensar que enviándole una caja de vino barato ella se lanzaría a mis brazos y se olvidaría de todo? Los meses en Escocia con Calypso, los conciertos, los concursos, los viajes en avión, la cabeza apoyada en el hombro de la otra, los cafés con sabor amargo en los aeropuertos... Los estallidos de alegría cuando ganaban el primer premio. Y por la noche, sus largas pestañas pegadas a la almohada, tan rectas que soñaba con quitarle una y escribir un pentagrama...

»¿Una caja de vino para que lo olvidara todo?

»¡Qué imbécil! ¡Pero qué imbécil!

»¡Y el juramento de la calle 66!

»¡Qué arrogancia! ¡Qué mentira!

»Me fabricaba una coartada, nada más».

Baja por Broadway, en dirección a Union Square. Necesita ver a otros seres humanos. A decenas, centenares, miles de humanos comiendo perritos calientes, mascando chicle, que lleven gorros rusos con orejeras largas. La llamada de Elena lo despertó. Aterrizaje forzoso. Él soñaba con su *staccato*,

pero sus dedos tropezaban en el *crescendo*. Elena había dado una señal de alarma: «Vuelve, Gary Ward. Salta a un avión y ven a por tu amada; de lo contrario...».

Se sube el cuello de la chaqueta y alarga el paso. Caminar es colocar, ordenar y tirar. Encontrar lo que uno no busca. Incluso aquello que uno no quería ver. Los pies no hacen trampas, te llevan directamente a lo esencial.

¡Qué imbécil! ¡Pero qué imbécil! ¡Una caja de vino a modo de disculpa!

De una alcantarilla que hay en medio de la calle sale un vapor blanco que se eleva, brilla, se infla y desaparece. Le encantan estas erupciones que hacen creer que la ciudad está asentada sobre un volcán. Grandes caladas que salen de las entrañas. El fuego corre por las aceras, suelta llamas. Entre el cielo y la tierra. Paraíso e infierno. Una ciudad para los diablos y los dioses.

No es para mocosos.

Pasa por delante de una tienda de videncia, Palmistry.

Hay una lista de especialidades: *Psychic Readings*, *Chakra Balancing*, *Aura Cleaning*, *Crystal Energy*. Enfrente, en la acera, dos hombres rezaban, encorvados sobre alfombras colocadas sobre el asfalto. Huele a ketchup y a bollo caliente. La cabeza le da vueltas.

¡Qué imbécil! ¡Pero qué imbécil!

Tres hombres con pantalones holgados y gorra están de pie bajo el arco de Washington Square. Uno es latino, otro negro y otro blanco. Cada uno tiene una mano apoyada en el hombro del chico de al lado, y la otra, en el corazón; respiran hondo, alargan el brazo haciendo un arco y cantan a capela un pasaje de *La traviata*.

«*Libiamo ne'lieti calici.*» Tres voces graves, profundas. Felices de ir al unísono. «Bebamos de estas copas felices...» Una mujer en silla de ruedas sigue el compás. Un chico de quince años, con rastas y Vans desgastadas, se apoya sobre una rodilla en su *skate* y agarra la mochila Quiksilver que se le cae del hombro. «Cómo me gustaría poder volver a la infancia, cuando soñaba con una mochila Quiksilver que mi madre se negaba a comprarme. A ella no le gustaban las marcas. Las boicoteaba igual que el jamón al vacío, el azúcar blanco, la bollería industrial, los McDonald's, la Coca-Cola y las chocolatinas.»

Un hombre en calcetines duerme en un banco, con una nube de globos inflados con helio por encima de la cabeza. Sujeta el cordel de los globos. ¿Cómo puede uno dormir y sujetar un cordel al mismo tiempo?

Una chica camina tecleando en su teléfono y haciendo equilibrios con un

vaso de Starbucks y su mochila.

En un puesto de perritos calientes, un anciano chino con gorro de lana escocesa gira una y otra vez una gofrera. Cuando la abre, caen quince buñuelitos en una bolsa de papel que le da a un cliente. Gary aspira el calor azucarado de los buñuelos, busca dinero en su bolsillo, se lo da al anciano chino y pide lo mismo, señalando la bolsa de papel manchado de grasa del chico que se aleja.

Cogerá el primer avión a París.

\*

Stella no consigue dormir. Es un manojito de nervios. No solo Fernande se había librado de ella de malas maneras, sino que, encima, se había olvidado de hablarle de la pequeña. Y después, inmediatamente después, se pregunta por qué Fernande la había echado. «Es incomprensible. ¿Le doy noticias de su querido hijo cada quince días y ya no le interesa? Imposible. Aquí hay gato encerrado. Un gato muy grande. Trama algo y no tengo ni la menor idea de lo que puede ser. La vieja ha encontrado otra razón para vivir. ¿Otro aliado? ¿Alguien que le cuenta las mismas pamplinas que yo para desplumarla?» Da vueltas en la cama, demasiado estrecha y demasiado corta, de la habitación para invitados de Georges y Suzon; se le crispan los nervios, estira piernas y brazos para aliviar el dolor. La lluvia golpea el cristal, hace un ruido que ella no reconoce, porque no está durmiendo en su habitación.

«Volveré a dormir a casa cuando Adrian deje de mentirme. De tomarme por una boba.

»Cuando me diga lo que trama en esa nave, si ha hablado con Edmond, con quién se asocia, cómo ha pagado la trituradora amarilla y gris... ¿Piensa que no sé guardar un secreto?»

Debe de estar buscando su reloj por todas partes. Ella ahoga una risa bajo el edredón. Lo ha escondido en una de sus botas. Lo de esconder secretos en las botas es un truco propio de chicas. Él es un hombre. Su hombre. Se estremece. *Liouba, liouba*. «Ya no me llama *liouba*.» ¿Cuánto tiempo llevan en guerra?

Dormita durante dos o tres horas, hasta que se levanta de la cama. Se pone un jersey grueso, el peto, se arregla el pelo con los dedos, cruza de puntillas el patio a oscuras y entra en su casa. Va a dar de comer a los animales, a llevarles agua, a preparar el desayuno a Tom, a poner leña en la estufa: eso la

calmará. Cuando el frío le corta la piel, los dedos con los que sujeta un cubo, no piensa. Avanza, aprieta los dientes y da palmadas a los asnos para que se aparten del comedero y pueda así echar el pienso.

Adrian, de pie en la cocina, bebe un café. Su chaqueta y una bufanda gruesa están secándose en el respaldo de una silla cerca de la estufa. Los troncos están apilados contra la pared. Él ha ido a por más leña. Sujeta su tazón entre las manos y le da vueltas.

—¿A estas horas vuelves a casa? —gruñe él.

—¿Qué haces despierto? ¿Tu mala conciencia no te deja dormir?

Él frunce el ceño y retrocede un poco, cuestionándola con la mirada.

—¿A qué te refieres?

—Cuando alguien ha hecho algo malo duerme mal.

—¿Y por qué debería tener mala conciencia?

—Eso lo sabes tú.

—Así que esperas que confiese...

—En cierto modo, sí.

—... para volver a dormir conmigo.

—Veo que lo entiendes.

—¿Qué debería decir?

—Adrian, no me tomes por tonta o conseguirás ponerme de mal humor. Llevo molesta desde ayer por la noche.

—¿Y por qué?

—¿Tú tienes tus secretos? Pues yo tengo los míos. —Ha encendido la estufa, que chisporrotea. El ruido le resulta tranquilizador. Un destello dorado baña las paredes—. ¿Tom está dormido?

—Mientras duermes fuera de casa, cuidado de él. Soy un tipo bastante majo, ¿verdad?

—Pronto podrá ponerse en pie y ya no necesitarás cuidar de él.

—¿Y volverás a nuestra cama?

—Eso solo depende de ti.

Adrian sonríe brevemente. Mira la hora en el reloj grande de Ikea: las cinco y veinte. Se acaba su taza de café.

La escarcha dibuja patas de pollo en los vidrios.

Permanecen cara a cara, ambos intentando hallar alguna pista en la mirada del otro. Nunca antes habían estado tan alejados. Una nube de tristeza cruza

los ojos de Stella.

Adrian da golpes en la taza con los dientes, como si contara los puntos en un cuadrilátero.

—¿Empate? —acaba diciendo sin apenas separar los labios. Ella asiente con la cabeza. Coge un cubo para ir a dar de beber a los animales. No tiene ganas de contar los puntos. Le bastaría con que él dijera algo. El silencio y la soledad son lo mismo. Te dejan hecho polvo—. Espera, ya lo hago yo. —Ella le da el cubo. Sus manos se rozan. Nota un cosquilleo bajo la piel, le fallan las piernas. Adrian la atrae hacia sí. La rodea entre sus brazos—. Vuelve a dormir conmigo. Duermo mal sin ti. —Ella sacude la cabeza—. Por favor..., ¡Stella!

Ella apoya las manos en su torso y se separa de él.

—Déjame. —Él la coge por las muñecas, le retuerce el brazo y se lo pone contra la espalda. Un destello enciende los ojos de Stella—. ¡No sigas!

—Perdóname. —Él se había olvidado de que no debía presionarla—. Perdóname, *liouba*, perdóname... Te deseo mucho... Mucho...

Ella lo mira directamente a los ojos, le coge de la mano y le dice: «¡Ven, ven!».

El despertador de Mickey marca las siete y media cuando Stella abre un ojo. Su teléfono suena. Extiende la mano y lo busca a tientas. Nota la boca de Adrian en su cuello, que le dice que no responda. Ella se frota los ojos, se apoya sobre un codo e intenta recuperar el teléfono del montón de ropa que hay en el suelo. Se desvistieron muy rápido... Como si hubiera sido la primera vez. Como si estuvieran muertos de hambre. El teléfono se calla. Ella se deja caer de nuevo al lado de Adrian. Rueda junto a él, que la rodea con un brazo y la mece. «¡Ay, *liouba*, *liouba*!» Ella posa sus labios detrás de la oreja de Adrian.

—Estoy aquí.

Y por primera vez, sin saber por qué, se siente más fuerte que él. Más libre. Casi majestuosa. Ella cierra los ojos y permanece inmóvil para prolongar ese sentimiento el mayor tiempo posible.

El teléfono vuelve a sonar.

Ella alarga el brazo, aparta el peto naranja, la camiseta de Adrian, sus calcetines y, por fin, lo encuentra. Es Amina.

—¿Stella? ¡Ven rápido! ¡Un camión ha atropellado a Fernande!

\*

Stella queda con Amina en la residencia de ancianos. Delante del acuario, donde los peces dan vueltas soltando burbujas. El personal había pedido a los internos que se quedaran en sus habitaciones y les habían administrado un calmante. Habían ido los gendarmes. Una ambulancia se llevó el cuerpo. El chófer del camión no se detuvo. Un bombero dijo que probablemente no se había dado cuenta de que la había arrollado, era muy pequeña y estaba muy cerca del suelo.

Amina se lleva a Stella y la conduce hasta el comedor.

—Fernande dejó una nota en su cama en la que decía que se marchaba a reunirse con su hijo en París.

—Me inventé una dirección, calle Petits-Foulards, puerta de Clignancourt... Pero jamás se me habría ocurrido que pudiera ir.

—Pues escribió que estaba harta de pudrirse aquí. Que se largaba.

—Pero ¿cómo se las ingenió para salir?

—No había nadie en recepción y nunca cerramos la entrada. Esto no es una prisión. Había pedido un taxi para las cinco. Quería coger el tren de las seis y diez. El taxi debía de llevar retraso, porque se impacientó y se acercó a la carretera para ver si llegaba. Entonces el camión la arrolló.

—Curioso final...

—¿No te da pena?

—Era muy mala persona. Excepto cuando Édith Piaf cantaba.

—De todos modos, te doy mis condolencias.

—Tendré que decírselo a mamá.

Léonie juguetea con el cuello bordado de su camisa. Levanta sus ojos azules hacia Stella. Sus labios rosa pálido se entreabren. Tiemblan ligeramente, pero acaban sonriendo.

—La pesadilla se ha acabado, querida mía. Ya no queda ningún Valenti.

Stella piensa que debería cambiarse el apellido.

\*

Esa noche Stella espera a que Tom se duerma para salir de su habitación de puntillas. Vuelve a dormir a casa de Georges y Suzon.

Adrian la atrapa en la cocina.

—¿Te vas a dormir abajo? Creía que...

—¿Por lo de esta mañana? Ah, no, eso sería demasiado fácil.

Ella lo desafía, con determinación.

Él asiente con la cabeza:

—Venga, pregúntame —dice él sin tener apenas idea de qué puede querer saber Stella. ¿Algo sobre la Parisina? ¿La nave? ¿La trituradora? ¿El préstamo fraudulento? ¿Borzinski? Mejor que hable ella primero, así podrá adivinar qué la inquieta—. Te responderé sin mentir. Lo prometo.

—Te escucho, Adrian.

«No voy a dar el primer paso, sería demasiado fácil.»

—¿Qué quieres saber?

—Lo que me ocultas... Porque me ocultas algo, ¿verdad?

Agacha la cabeza, se pasa el pulgar por los labios y se lo mordisquea.

—Sí.

—Ah, ¿ves? —Adrian quiere contener los daños. Olvidar a la Parisina. Si empieza a hablarle de la nave y de la trituradora y Stella está al corriente de su historia con la Parisina, le saltará al cuello acusándolo de mentir y habrá fastidiado su última oportunidad. Se pasa una y otra vez el pulgar por la boca. Reflexiona—. ¿Tan difícil es? —dice Stella, irónica.

Se parece a Tom cuando no quiere hablar. La misma manera de bajar los ojos, de despellejarse los labios con el pulgar.

—¿Quién te lo ha dicho? —salta él al ataque, receloso.

—Nadie. No hace falta ser un gran detective para deducirlo. —Adrian se concentra, busca algún indicio: ella tiene una actitud casi maternal, como la que uno tendría con un niño que hubiera hecho una tontería. Si supiera lo de la Parisina no se comportaría así. Su actitud no sería maternal, sino que estaría furiosa—. ¡Lo tenía delante de las narices, Adrian! No era difícil de ver. Me pregunto cómo has podido creer que no me daría cuenta. Me paso el tiempo cruzando el campo con mi camión.

Él suelta un suspiro. No sabe lo de la Parisina. Su enfado se debe a la trituradora.

—¿Y lo averiguaste tú sola?

—Casi.

Su intención es seguir fingiendo que no quiere hablar y ocultar lo

tremendamente aliviado que se siente. Deja pasar el tiempo y se relaja. Stella no sabe lo de la Parisina. Y no tiene reparo en contarle todo lo demás.

Y hará lo mismo con Edmond.

Se lo contará todo.

\*

Es medianoche. Hortense ha puesto el despertador a las cuatro. Los modelos han acudido para su última prueba con la ropa, los zapatos y los accesorios. Hortense revisó los peinados, el maquillaje, la luz y la música. Los ayudantes han hecho una foto a cada una de las chicas ataviadas con sus conjuntos y su orden de salida. Después le ha dado permiso a todo el mundo para que se fuera, diciéndoles que esa sería su última noche en casa y que volvieran con el cepillo de dientes. No iban a salir de allí y dormirían solo cuando ella se lo dijera.

Ha vomitado ya tres veces porque solo le quedaban dos días, cuando necesitaba treinta. Se asfixia en el taller, le gustaría ir a darse un paseo por el bosque, rencontrarse con las ardillas de Central Park, caminar al lado de Gary.

Ella no ha vuelto a llamarlo.

Es medianoche. No tiene sueño. Se pasa todo el día bebiendo tazas de maca. Este polvo de tubérculos recogidos en los Andes, en Perú, reservado para los guerreros que necesitaban fuerza y energía, la mantiene en alerta.

Es medianoche. Contempla el cielo de París, los tejados de París, las chimeneas de París. «Vivo en la ciudad más bella del mundo y voy a presentar la colección más bonita del mundo.» A lo lejos, las luces de la Torre Eiffel titilan. Se dice que esa noche las luces brillan para ella y esa idea la llena de dicha.

Es medianoche. Llaman a la puerta. Se acerca, pregunta quién es. Al vecino de abajo ya le han robado tres veces.

Una voz dice:

—Es Gary.

—¿Gary Ward?

—Busco a Hortense Cortès. —Ella sonríe. «Gary. Gary. ¡Gary!» Aprieta los dientes y grita en silencio: «*Yes, yes, yes!* ¡Gary, Gary, Gary!». Traga saliva—. Busco a Hortense Cortès para echarle la bronca.

—Voy a ver si está aquí.

—La esperaré noventa días si hace falta.

—Creo que se sentirá halagada. Emocionada, tal vez.

Ella tiende la mano, gira el cerrojo y entreabre la puerta.

Allí está él. Sobre el felpudo podrido donde un erizo finalmente se desvanece. Le posa la mano en el pecho para asegurarse de que está ahí. De que la maca no le provoca alucinaciones. Le coge de la mano, la abre y se acerca la palma a la boca.

—¿Gary? —Él no habla, arrastra sus labios hasta el codo—. ¿Gary?

La voz de Hortense se hace más débil, hasta extinguirse.

Se abrazan en la entrada. Entre modelos colgados de perchas, maniquíes Stockman, bocetos, planchas, cintas métricas de costurera, tijeras, lazos, trozos de tela, cuero, plástico, acericos, cartones, alambres, armazones de sombreros, lápices y bocetos de la señora Philippine. Él aspira el olor de su cabello y de su cuello. Respira entre sus senos y su vientre. Hortense nota su aliento entrar en ella y se desliza en su respiración. Deshace los nudos de su cuerpo y deja caer los brazos, la cabeza y la nuca.

—¡Gary!

Aspira su olor y acaricia el nacimiento de su cabello, el hueco de su paletilla. «¡Qué fuerte es, qué fuerte! Había olvidado esa magia.»

La coge en brazos, busca la habitación, cierra la puerta de una patada y se encuentra un colchón bajo una ventana; la acuesta, ella le toca la boca, el cabello. Cierra los ojos, como si estuviera durmiendo.

Él la mira, maravillado.

Reconoce la pelusa rubia en las sienes. Él se tumba, le pasa el brazo bajo el cuello, le aparta su cabello y la besa en la boca. Tras un segundo beso, se mordisquea los labios, la desea ardientemente, tiene que despertarla. Al tercer beso, abre los ojos, sonrío y vuelve a cerrarlos.

—¿Hortense Cortès?

—¿Gary Ward?

Ella le rodea el cuello con los brazos y las caderas con las piernas. Piensa hacerse un nudo y no dejarlo marchar nunca más.

\*

La sala de espera del notario no ha cambiado: las mismas plantas verdes, las mismas luces en el techo, la misma pintura beis en las paredes, las mismas cortinas marrones en las ventanas. Por los altavoces detrás de las mismas

plantas verdes suena la misma música de ascensor. Hace tres meses estuvo esperando allí con mamá. A punto de descubrir el sobre con las fotos de la niña.

Sin embargo, hay una novedad: una televisión en la que echan un documental sobre la desaparición de los grandes cérvidos del Polo y su relación con el deshielo. Encima del aparato hay un frasco de aceites esenciales y varios mandos a distancia. Stella aprieta un botón y se entera de que un nuevo atentado ha tenido lugar, esta vez en Richmond, Virginia. Julie tiembla cada vez que anuncian un atentado. Lo llama «la cosa». Se estremece, se rasca los brazos y se va corriendo al lavabo a vomitar; vuelve con los ojos enrojecidos. Edmond afirma que es demasiado sensible, que sería mejor que no viera la televisión ni escuchara la radio. Jérôme sentencia que así es la vida: hay violencia por todas partes, solo que antes lo ignorábamos y ahora estamos al tanto. Tenemos que acostumbrarnos. Y Julie corre de nuevo al lavabo, tapándose la boca con un pañuelo.

¿Qué piensa el señor Béraud de «la cosa»?

El notario había llamado tres días antes para convocarla tras el deceso de Fernande. Parecía muy nervioso y puntuaba cada una de sus frases con carraspeos.

Abre la puerta de su despacho y le hace un gesto para que entre, se sienta y coja una carpeta.

—En primer lugar, permítame que le presente mis condolencias...

Patatín, patatán... «Como si no supiera que me importa un comino que esté muerta, aplastada en la carretera como una crep Suzette.»

El notario sigue hablando. Ella reconoce el bolso de estampado escocés con cremallera en la esquina del escritorio. Observa sus ojos pequeños y juntos, que pestañean como si lo que estuviera leyendo le desgarrara las tripas. ¡Y con razón! Todo el dinero de Fernande irá a parar a Stella, su única heredera.

—¿Y a cuánto asciende la suma? —pregunta ella.

—A setecientos sesenta y siete mil quinientos euros —dice el notario apretando los labios en un gesto de desaprobación. —Stella levanta las cejas, sorprendida—. Por supuesto —añade—, hay que deducir los impuestos de sucesión y...

«¡Pero si soy rica! Abriré una cuenta por internet, para que nadie sepa nada. Banco en línea, banco anónimo. Tengo que pensar muy bien en lo que voy a hacer con ese dinero.

»Mientras tanto...

»... podré comprarle muchas chaquetas a Tom.»

\*

Aparca su camión a unos cien metros de la casa de Camille. Es una costumbre: nunca aparca delante del lugar al que va. Para que no puedan encontrarla. Para que Ray Valenti no pueda encontrarla.

Es una casita de un piso. Los muros son grises; las tejas, rojas; y la fachada enlucida está desconchada, lo que deja a la vista las juntas negras. Hay un canalón descolgado que gotea al vacío. En el jardín, al pie de los escalones, hay una mesa redonda oxidada y cuatro sillas. Su teléfono suena. Es Marie Delmonte: no ha encontrado nada sobre la niña. Lo lamenta, pero va a dejar la búsqueda, tiene demasiado trabajo en el periódico, está demasiado cansada, se siente superada. «Espero que no me lo tengas en cuenta, Stella.»

Stella baja la cabeza y da una patada al primer peldaño de la escalera. Imagina a Marie Delmonte aliviada al colgar: «¡Uf! Ya está, ahora dejará de molestarme con sus historias». Odia cómo Marie Delmonte zanja el asunto. Detesta su pelo y sus dientes apiñados. «Espero que haya comido muchas galletas Petit Écolier y que tenga granos por toda la cara.»

Camille está de pie en los escalones. Ha debido de oír sus pasos. Lleva un delantal con patitos que pasean en fila india. Stella no puede evitar sonreír.

—¡Pase, pase! Hay mucha humedad fuera. Lleva toda la tarde lloviendo. ¿Ocurre algo? —pregunta al ver su cara contrariada.

—Estaba esperando una información y...

—¿Información sobre qué?

Camille coge la parka de Stella, la sacude, la cuelga en un perchero y después la invita a entrar en la cocina, donde flota un aroma a pizza y queso fundido.

—Pues sobre una chica cuyas fotos encontré en el cofre de Valenti tras su muerte. Había dibujado una diana en su cara y había escrito *Zorra* en el sobre. Era una niña pequeña de ocho o nueve años. Algo pasó entre ella y él, estoy segura. Pensaba que Marie Delmonte me daría alguna pista y... —Camille la interrumpe para preguntarle si quiere beber algo: «¿Un aperitivo, quizás?». Deja sobre la mesa galletas de comino, más galletas de la marca Tuc, cacahuets y un racimo de tomates cherry. Stella sacude la cabeza y se frota las cejas—. De acuerdo, creo que tomaré un Martini rojo —dice—. Será mi

capricho de esta tarde. Suelo esperar hasta las siete o siete y media. Entonces me dejo llevar. —Mueve la cadera hacia la izquierda y añade—: Pero con moderación.

Él abre la botella y se sirve un vasito de Martini; con un dedo recoge la gota que cae, se lame el dedo, cruza las piernas y apoya las manos sobre las rodillas.

—¡Vamos! ¡Vamos! No ponga esa cara. Estamos aquí para distraernos. En cuanto me acabe el Martini, puedo hacerle una limpieza de cutis o maquillarla, lo que usted prefiera.

Stella se estira la ceja, pensativa.

—Siempre estamos con la misma historia, las mismas complicidades, y siempre gana Ray Valenti.

—Valenti está muerto. ¡Tiene que olvidarlo! —dice levantando una mano.

—¡Cómo voy a olvidarlo si vuelve una y otra vez!

—Pues porque está muer...

—Tal vez para usted, pero no para mí. —Stella baja la cabeza y pasa la mano por encima del borde del mantel de plástico por donde pasean felices gatitos y perritos—. Me pregunto si acosará a otras personas...

Camille se toma el Martini a sorbitos, con la mirada perdida en el vacío. Stella levanta la cabeza y lo mira fijamente. Él vuelve en sí, resopla y pregunta con una sonrisa propia de una comercial de Sephora:

—¿Puedo hacerle un maquillaje ligero de invierno?

—Será mejor que me marche. Voy a fastidiarle la tarde.

—No, mujer, no. Déjeme comprobar que la pizza está caliente y nos la tomamos con un vinito italiano, que he comprado a propósito para usted en el mercado. ¿De acuerdo?

Se oyen pisadas por el pasillo, Stella se gira y ve llegar a un hombre con un abrigo gris, un gorro con un pompón turquesa, cejas tan negras que parecen falsas, una camisa violeta y deportivas naranjas que se iluminan cuando camina. Se descalza en la entrada, se pone unas pantuflas y entra en la cocina, donde deja una bolsa grande del Carrefour sobre una silla.

—¿Y esto, Gédéon? ¿Qué celebramos? ¿Esta es tu novia? —Camille no responde y el hombre prosigue—: No hemos podido jugar. Había llovido demasiado. Y ya no estoy para esos trotes.

Debe de ser el padre de Camille.

Abre la nevera, coge jamón, cerveza, mahonesa, dos rebanadas de pan de molde y pasa al salón, donde ha encendido la televisión.

—¿Le llama Gédéon? —pregunta Stella.

Camille se encoge de hombros y bebe un trago de Martini.

—Cuando él se dio cuenta de que yo «no era normal», llegó a la conclusión de que tenía «manías vergonzosas». Un día, harto, le solté: «Tengo manías vergonzosas, ¿y bien?». Y entonces me bautizó como Gédéon. ¿Lo entiende ahora?

—No.

—Gédéon Tiene sus Manías<sup>18</sup>. Si el señor y la señora Tiene sus Manías tienen un hijo, ¿cómo se llama?

A Stella se le ilumina la cara.

—¡Gédéon! ¡Pues menudo buen rollo! ¿Por qué no se marcha usted de aquí? Podría alquilarse un estudio.

—No me voy por Sandrine. ¿Quién le haría el color y la manicura?, ¿quién la dejaría ganar cuando jugáramos a las cartas? —Stella asiente con la cabeza, pero lo que le gustaría decirle es «Estoy hablando de su vida, no de la de Sandrine»—. ¿Y los karaokes con Clo-Clo, las compras en el pueblo el sábado, el chocolate caliente donde Rimond, los concursos de la tarde que vemos juntos los dos, en el sofá...? ¡Nos divertimos mucho!

Stella sonríe para decirle que sí, que claro, que tiene razón. Sin embargo, la imagen mental que ella se hace es tan triste que preferiría no haber tenido esa conversación.

—¿Y cómo funcionan esas sesiones de karaoke? —pregunta para distraer la atención.

—Pues verás... Aparto la mesa, nos maquillamos, nos disfrazamos, ponemos música y cantamos y bailamos. ¡Nos convertimos en auténticas Claudettes!

Detrás de los cristales de sus gafas amarillas, sus ojos tienen un brillo especial.

—¿Puede enseñármelo?

Finge hacerse de rogar, pero no durante mucho tiempo.

—¿Qué canción quiere? ¿*Le lundi au soleil*?

Lo dice con una voz aguda, desbordado por el entusiasmo.

Ella asiente. Entonces él se pone a dar saltos y dice: «¡Espere aquí, no se mueva!». Abre un escobero y saca una chaqueta verde azulada, una corbata roja y una peluca rubia. Se pone la peluca. Se empolva la cara y se aplica rímel azul marino con una destreza increíble. Coge el ordenador, que está bajo un montón de revistas. Busca la canción de Claude François y enchufa dos

altavoces. Aprieta los puños y cierra los ojos de felicidad, como si hubiera estado esperando a que se produjera ese momento.

Se pasa los dedos por el pelo falso, mientras blande su micrófono imaginario. Se aclara la garganta y calienta la voz. Baja el mentón hacia el pecho, pone voz de macho, levanta la cabeza poco a poco y, con una mirada lánguida, empieza a decir: «Mira la hora, son las ocho, nos besamos tiernamente, un taxi te lleva, te vas, amor mío, entre miles de personas...».

Stella se tapa la cara con las manos, aunque separa los dedos, y siente unas ganas locas de reírse.

—... «es un día ideal para pasear por el bosque, nos parecía de lo más normal ir a acostarnos solos en la retama...» —respira hondo, se adelanta, hace casi una genuflexión, da un golpe de cadera, se vuelve a poner derecho, da un taconazo, se bambolea a derecha e izquierda y grita a todo pulmón—: «Los lunes al sol, es algo que nunca tendremos, siempre es lo mismo, cuando estamos mirando por la ventana, cuando trabajamos, es cuando el cielo está despejado, y hace buen tiempo por los caminos, ¡los lunes al sol!».

Gira las manos, mueve los pies y levanta las rodillas. Mientras baila con todo el cuerpo, parece haberse transformado por completo; abre los brazos para irradiar la alegría que siente. Stella se levanta y aplaude.

Alguien aplaude detrás de ella.

El padre de Camille está en el umbral de la puerta de la cocina; se quita la cerilla que mastica en la boca y grita:

—¿Habéis acabado ya de hacer el payaso? Que yo mañana trabajo.

—Tranquilo... —murmura Camille—. Todavía es pronto.

—¿Cómo dices? ¿Que todavía es pronto? ¿Dónde te crees que estás? Y, además, ¿has visto qué pintas llevas?

—Cálmate...

—Me das asco.

—Solo estábamos pasando el rato, no hemos hecho nada malo.

—¡Cállate, Gédéon!

—¡Deja de llamarme Gédéon!

—¿Prefieres señor Tiene sus Manías?

—¡Déjalo ya! —grita angustiado Camille, con lágrimas en los ojos—. ¡Es exasperante! ¿Qué te he hecho yo?

—Pues no ser normal... Eso es lo que me has hecho.

Stella mira al padre de Camille, rosa y gordo como el jamón, con la barriga redonda como un barril de cerveza, una mancha de mahonesa en la camiseta

verde manzana de la Asociación de Bolos de Saint-Chaland.

—¿Y qué se supone que quiere decir *ser normal*? —gime Camille como si dejara caer su micrófono imaginario.

—Eres un maricón. ¡Un puto maricón! ¿Por qué crees que no fui a jugar a los bolos ayer por la noche? —Camille encoge el cuello como una tortuga en invierno—. Escúchame bien lo que te voy a decir: porque todavía hay gente que te menciona y no puedo aguantarlo. Me estás arruinando la vida, marica de mierda.

Camille se derrumba sobre una silla. Se frota los ojos y se limpia la nariz con la manga de su chaqueta azul; le brilla. Tiene las gafas amarillas torcidas y las mejillas muy coloradas.

—Solo tengo un hijo y me ha salido moñas. ¿Y tengo que estar contento?

—Señor, no debería decir eso —interviene Stella—. No puede usted...

El padre se gira y la mira con desprecio.

—¿Y esta cabrona qué dice ahora? ¿Va de santa o qué?

—¡No tiene derecho a comportarse así! —continúa Stella, en sus trece.

—Esta es mi casa y digo lo que me da la gana. Si no te gusta, ya sabes dónde está la puerta.

Stella coge su bolso, se dirige hacia la puerta y descuelga su parka.

—Camille, no dejes que te trate así. Tienes muchas cosas de las que enorgullecerte.

—¡Es para partirse! —grita el padre dando un puñetazo al marco—. ¡«Muchas cosas de las que enorgullecerte»! ¿Pero dónde estamos? ¿En el teatro? El moñas este es capaz de arrancarse a bailar *El lago de los cisnes*.

—¡Para ya! ¡Para! —grita Camille entre lágrimas.

Stella sale sin mirar al padre, que, desdeñoso, dice: «Eso, perfecto, lárgate».

En la cocina, Claude François se desgañita cantando: «Estaríamos mejor aspirando el aroma del heno, nos gustaría más coger un racimo de uvas o, simplemente, no hacer nada, los lunes al sol...».

\*

La calle de detrás del estadio está mal iluminada. Stella ve una fila de casitas iguales, cada una con su jardincito, una mesa oxidada y cuatro sillas. Cualquiera diría que habían repartido casas y sillas sin límites.

Es de noche y camina siguiendo el borde de la acera pintado de blanco. La

violencia ya no le causa ningún efecto. Está acostumbrada. Se imagina al padre de Camille jugando a los bolos con sus amigos. Seguro que todos alardean de los méritos de su progenie. Uno tendrá un hijo que se haya sacado los estudios con mención de honor; el hijo de otro habrá montado su empresa y nadará en dividendos; otro se habrá comprado el último coche del mercado; y también habrá alguno que sea el mejor del equipo de fútbol; y el padre de Camille tiene que cerrar la boca. No puede alardear de un hijo que se maquilla y se pone rímel y una peluca de Claude François.

Stella no encuentra su camión.

Ha debido de pasarlo de largo.

Da media vuelta. Y vuelve a caminar por la calle mal iluminada, siguiendo el borde blanco de la acera.

Camille está sentado en el estribo del camión. Hecho un ovillo. Con el mentón apoyado en las rodillas. Tirita con su chaqueta verde azulado. Sujeta la peluca en la mano, como una cabellera arrancada de un sueño devastado. Unos largos chorretones de rímel le manchan la frente, las mejillas y la nariz. Parece una cebra azul.

Se echa a un lado y Stella se sienta junto a él.

—¡Ojalá pudiera marcharme de aquí! ¡Ir a vivir a París! Pero no puedo, está Sandrine. No me gustaría que intentara suicidarse una segunda vez.

—Sí, pero...

Tiene que morderse la lengua para no decir que uno tiene que pensar en sí mismo primero. No puedes entrar en la vida de la gente y darles órdenes o directrices. El remedio puede ser peor que la enfermedad.

—¡Esta noche me he ido! —dice con orgullo—. Es la primera vez que lo hago. Normalmente me quedo y lloro. Esta noche... he dado un portazo. —Stella se esfuerza por mantener una expresión neutra, sin saber muy bien qué decir—. He traído la pizza, la botella de vino y dos copas. Vamos a hacer un pícnic. Hace una buena noche, ¿no?

Ella mueve los dedos helados en los bolsillos de la parka.

—¿Y si nos instalamos en el camión? Pondré la calefacción. —Él asiente—. Está abierto. Están mis perros dentro, pero son simpáticos. No le harán nada. —Camille abre la puerta. Costaud y Cabot se apiñan contra él y olisquean la pizza—. ¡Sentaos! —ordena Stella.

Ella se da la vuelta y les acaricia el cuello. Saca galletas de la guantera y se las da. Los perros se tumban sin perder de vista la bolsa de plástico y la pizza.

Stella se acomoda en su asiento y se enrosca en su parka. Busca una emisora de radio y sintoniza *Les Nocturnes*, de RTL, un programa sobre David Bowie. Treinta minutos de música ininterrumpida.

—¿Le parece bien o busco otra cosa?

—Creo que sé quién es la niña a la que está buscando —le dice Camille, con la mirada perdida en la noche. Stella se sobresalta—. Pero no sé dónde está.

—¿Cómo dice? ¿Cree saber quién es?

—Pues sí... Me parece que sí. —Ella golpea el volante. ¡Menuda locura! —. ¿Quiere que le explique la historia? Parece que esta noche estoy envalentonado. Hay que aprovechar la ocasión. —Se le escapa una risita de muchacho al que todavía no le ha cambiado la voz, que suena distinta, aflautada y pícara. Ella sacude la cabeza para indicarle que sí, que empiece, por favor—. La conocí hace casi dos años. Una noche, estaba de guardia en el cuartel. Ray Valenti pasó por allí. Venía a buscar a sus amigos para salir de «patrulla sexual», como decía él. Llevaba su uniforme de bombero porque, según él, el uniforme vuelve locas a las chicas. Esa noche estaba empeñado en que fuera con ellos. Por mucho que protestara, los demás estaban conchabados, y me obligaron a salir. Como puede usted imaginar, no tenía ningunas ganas.

Sonríe con timidez y se ajusta la chaqueta a su alrededor.

—¿Tiene frío?

—Sí, un poco.

—Quería tener a todas las mujeres. Recuerdo a una muy guapa, encantadora, y con un gusto para vestir de otro mundo; era inglesa, *miss* Turner, se llamaba. Ray se la dejó a los bomberos antes de poseerla él. La habían atado a la rejilla del radiador del camión de incendios. Recuerdo que la mujer lloraba en silencio cuando él se inclinó sobre ella, le tocó los senos con mucha delicadeza y le dijo: «Lloras de placer, ¿verdad, preciosa? Lloras de placer al pensar que te voy a follar. ¿A que sí, cariño?».

—¡No! ¡*Miss* Turner no! —grita Stella.

—¿La conoce? —Stella no es capaz de responder—. Precisamente, Ray

Valenti conoció a la madre de la niña a través de *miss* Turner. El padre quería que su hija recibiera clases de inglés. Pagaba bien, así que *miss* Turner iba a menudo. Se hizo amiga de la madre, una eurasiática muy guapa. Alta, delgada, con el pelo negro y largo, y unos ojos muy bonitos. *Miss* Turner debió de hablarle de ella a Ray y él decidió que la haría suya. No sé exactamente qué había entre ellos..., si eran amantes o no. Pero esa noche las cosas se torcieron.

—Como no podía ser de otra forma...

—Y yo fui un cobarde, muy cobarde... Aún hoy me avergüenzo. No suelo ser valiente, pero esta noche sí. —Sacude los puños en el aire para subrayar su determinación—. Y el sentimiento de ser valiente es genial. Es como tener un gigante que crece en tu interior. —Abre la caja de pizza, arranca una porción y se la da a Stella. Los perros se levantan en el asiento trasero y pegan la nariz a su hombro—. ¿Puedo darles?

—Un trocito, pero muy pequeño.

Stella da sendos pedacitos a Costaud y Cabot.

—Esa noche, Ray debía de saber que el marido estaba ausente, que la madre estaba sola con la niña. Él llamó al timbre. Esperamos y, al poco, ella abrió. ¡Tendría que haberla visto! Un cabello largo y negro flotándole sobre los hombros; ojos almendrados, dulces, profundos; una nariz recta y fina, y una boca perfilada. Una luz casi sobrenatural bañaba cada uno de sus rasgos. Jamás he visto a una mujer tan guapa. Desprendía una especie de encanto, de magnetismo, y pensé que estaba ante la viva imagen de la femineidad: exactamente aquello ante lo que enloquecen los hombres. Entramos. Valenti le soltó una trola, algo de que había una fuga de gas en el barrio y que estábamos haciendo un control casa por casa. Ella pareció asombrarse, pero le dejó revisar la planta baja. Después él pidió ver también el primer piso y me dijo que esperara en el vestíbulo. Durante un rato, que se me hizo eterno, no pasó nada, y entonces oí gritos de mujer. Una voz masculina: «¡Cállate, cierra la boca! ¡Te he dicho que te calles!». Y después volvió a hacerse el silencio, solo entrecortado por sollozos. Creo que la madre no quería despertar a su hija y que por eso se contuvo.

—¿La niña de la foto?

—No he visto la foto. Déjeme acabar... Subí al primer piso y pegué la oreja a la puerta. Oía ruidos. Ella decía que no una y otra vez y él, mientras tanto, se reía y decía: «No sabes lo que es el placer, hay que añadirle un toque picante». Entonces noté que había alguien a mi lado. Una niña me miraba. Era

el vivo retrato de su madre. Me preguntó que quién era y yo se lo expliqué. Ella me sonrió. No tenía miedo. Tenía en la mano un pequeño teléfono con cámara del tamaño de una tarjeta de crédito. Me dijo: «Mi papá me lo trajo de Japón y he grabado a Dindon». Yo le pregunté quién era Dindon y ella me dijo: «Es mi peluche. ¿Quieres ver el vídeo?». Me lo enseñó y me preguntó si podía grabarme. Yo solo tenía una idea en la cabeza: alejarla de allí para que no oyera lo que estaba pasando en la habitación. Así que le dije que sí, que claro, que encantado. Los gritos se habían apagado. Cogí a la pequeña de la mano y dejé que me grabara. Aunque me sentía incómodo, sonreía. Si le soy sincero, no podía pensar. Estaba muerto de miedo.

—Menudo cabrón...

—La niña debió de intuir que pasaba algo raro, porque se escapó. Corrió hacia la habitación de su madre. Sujetaba el teléfono y seguía grabando. La oí llamar a su madre varias veces. Me acerqué. Su madre estaba en la cama con las manos atadas a la espalda y aplastada debajo de Ray. Solo se veía su cuerpo intentando liberarse. Ray se levantó y ordenó a la pequeña que le diera el teléfono, pero ella se negó. Él la amenazó. La madre gritó: «Vete de aquí, corre a tu habitación y enciérrate con llave». Ray la golpeó en la boca tan fuerte que le giró la cara. No la oí más. La pequeña gritó: «Eres malo, malo, se lo diré a mi padre y él te matará». Ray avanzó hacia ella y la atrapó, pero la niña se resistió; le dio un golpe en los riñones y ella se precipitó hacia la ventana de la habitación, que estaba abierta de par en par. Se quedó de pie en el alféizar mientras Ray se acercaba, tendiéndole la mano y diciéndole: «Dame ese teléfono». Corrí al jardín con la idea de poder cogerla si se caía. Vi la ventana del primer piso y comprendí que no había nada que pudiera hacer. Había una escultura con hojas afiladas justo debajo. Si la pequeña caía, se haría daño. Y eso es lo que ocurrió. Ray gritó: «Dame eso o te empujo al vacío». Ella se negó y él la empujó. La niña cayó sobre la estatua. Oí un grito y después... debió de perder el conocimiento. Ray buscó el teléfono como un loco. Echaba pestes por la boca: «¡Joder! ¡A quién se le ocurre hacer esas cosas tan pequeñas! ¡Solo a los japoneses, con sus pollas diminutas!». Durante ese tiempo, la niña se estuvo desangrando mientras la madre estaba inconsciente. —Stella escucha con las manos juntas entre los muslos, horrorizada. Siempre la misma pesadilla. Hay un hombre sentado en el capó del camión partiéndose de risa. Ray Valenti. Ella sacude la cabeza y cierra los ojos para hacerlo desaparecer—. Ray llamó a sus amigos bomberos. Les contó que pasaba por allí, que había oído gritos y había visto a un hombre huir, y que

había intentado atraparlo. Condujo a la madre y a la hija al hospital. La madre había entrado en *shock*. Había que reanimarla de inmediato. Avisaron al marido, que llegó más tarde. La pequeña perdió algunos dedos de la mano izquierda, pero no la vida. Ni la madre ni la hija hablaron jamás. Jamás comprendí por qué. Me pregunté si la madre no dijo nada porque era la amante de Ray y tenía miedo de que su marido se enterara. Ray volvió muchas veces a la escena del crimen para intentar hallar el teléfono. Finalmente, se concluyó que todo el suceso había sido un robo con allanamiento que se había torcido, y se echó tierra al caso.

—¡Pero tenían su testimonio! ¡Eso no es poca cosa!

—Mentí.

—Pero...

—Mentí. Primero, porque la niña me había filmado y eso me convertía en cómplice. Segundo, porque Ray me había amenazado.

—¿Él no tenía miedo de que la pequeña o la madre lo contaran todo?

—Supongo que sí; pero él tenía su versión. Decía que la madre lo había provocado y que la pequeña era una zorra. ¡Que las había visto follar!

—Eso es lo que escribió en el sobre... *Zorra*. ¿Cuántos años tenía la pequeña?

—Unos ocho años.

—¿Se encontró el teléfono? —Él se pone colorado. Su boca dice no pero su mirada dice sí—. ¿Se encontró el teléfono? —repite Stella.

Se pone nervioso; levanta los hombros y se limpia las gafas con la manga. Stella da golpecitos en el volante con los pulgares. Piensa esperar el tiempo que haga falta. En la radio, David Bowie canta *Never Let Me Down*.

Los perros aguardan impacientes un trozo de pizza, sentados y sin moverse, como para demostrar que son unos perros modélicos y que Stella haría bien en recompensarlos. Esta, sin pensárselo, coge un pellizco del borde de la pizza y se lo da. Siente una calma extraña. Tiene el tiempo a su favor. Estaba cerca de su meta. El colegio no se llamará jamás Ray-Valenti.

—Lo recuperé y lo guardé —acabó por confesar entre dientes.

—¿Sigue teniéndolo?

—Sí.

—¿Estaría dispuesto a dármelo?

Él no responde. Tiene la misma mirada ausente de quien revive una tragedia.

—En el hospital, le pregunté por qué había empujado a la pequeña por la

ventana. ¿Sabe qué me respondió? —Stella negó con la cabeza—: «Porque sí».

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Y sabe algo de la pequeña?

—La mujer de la limpieza que trabajaba en casa de sus padres es amiga de Sandrine. Nos explicó que la madre se suicidó tres meses después. El pelo le había encanecido, había dejado de comer y lloraba sin cesar. El padre y la niña se fueron a Nueva York.

—La casa está en venta —murmuró Stella—. Vi el anuncio en la agencia de la calle peatonal. —«Estoy prácticamente segura de que es la misma niña con la que Amina se cruzó en urgencias. Todo encaja. Pero es demasiado pronto para decírselo.» Stella se gira hacia él—: ¿Me dará el teléfono?

—Necesito reflexionar.

—¿Tiene que hablar con el gigante que habita en su interior?

—Lo de crecer está muy bien, pero da un miedo de cagarse —dice con una ligera sonrisa.

Mientras tanto, se dedica a despegarse los trozos de queso fundido de los dientes con la lengua. Pone toda su atención en la tarea.

En la noche oscura, la luz de una linterna se acerca. Stella apaga el motor. Los dos alargan el cuello para intentar ver quién se aproxima. Ven un gorro con borla y deportivas que parpadean con una luz naranja.

—Es mi padre —dice Camille—. Parece que me busca. —Se hunde en el asiento y desaparece bajo el salpicadero. Stella hace lo mismo—. No quiero que me encuentre enseguida, a ver si consigo que se preocupe por mí.

\*

Si ella apareciera de golpe, le diría... le diría...: «Ojalá pudiera sentarme a tu lado en clase, ojalá me hicieras preguntas difíciles y yo pudiera responderlas, ojalá pudiera acompañarte todos los días a tu casa y ojalá me besaras con lengua».

—¿Te has acabado el plato? —pregunta Suzon.

También le preguntaría si conoce la novela *El guardián entre el centeno*. Y hasta pronunciaría el título en inglés para impresionarla: *The Catcher in the Rye*. Si ella le dijera que no, pondría cara seria y añadiría: «Pues deberías leerla, sin falta», como esa gente que se considera superior y da órdenes sin

cesar.

—¿Te has duchado? ¡Responde, maleducado!

—Todavía no. Pero no me molestes, Suzon, estoy pensando.

—Piensas, lees... ¿Seguro que no estás enfermo?

Sería mejor que preguntara a un amigo si era buena idea hablarle del libro o no. Tal vez fuera una tontería. Temía hacer un ridículo enorme.

Se coge la cabeza entre las manos y piensa con todas sus fuerzas en el amigo que le susurra consejos o versos de Emily Dickinson. «¡Oye! ¿Puedes echarme una mano para que venga? ¿Puedes entrar en su cabeza y enseñarle el camino a casa?» ¿Por qué no iba a intentarlo? Al fin y al cabo, la transmisión de pensamientos existe.

Su madre le había regalado una radio con conexión a internet. Desde hace varios días, no deja de hacerle regalos. Puede captar todas las estaciones del mundo y esa noche había escuchado una emisión en la que un agente secreto, mitad inglés mitad francés, hablaba de la omnipotencia del cerebro humano y de la transmisión de pensamientos. Afirmaba que el sistema estaba prácticamente a punto, que dos hombres separados por una ensenada podían comunicarse. Todavía no habían llegado a las palabras, pero sí habían tenido éxito con cuadrados, triángulos y rectángulos. Él y su amigo, en cambio, van mucho más adelantados, porque intercambian palabras.

Días atrás le había dicho: «Me llamo Junior, ¿y tú?». A su vez, él había respondido: «Tom». Tal vez lo hubiera soñado o hubiera sido un efecto de los medicamentos que le estaban dando. Aun así, le dijo de forma muy clara: «¡Hola, Tom!».

Ojalá ella estuviera allí... Mañana regresa al colegio y está impaciente.

—¿Podría el señor recoger la ropa cuando haya acabado de pensar? El señor ya es bastante mayorcito y yo no soy la criada del señor.

—Suzon, no me molestes. Si hablo contigo, perderé mi poder de concentración.

Suzon se echa a reír y se aparta el mechón gris que le cae sobre la frente.

—¡Como si todo se solucionara pensando lo suficiente! Si así fuera, habría ganado la lotería hace mucho.

—Precisamente, el problema es que no piensas lo suficiente. ¿Mamá va a venir a comer?

—Sí. Ve a ducharte. No creo que le haga gracia verte en pijama. —Tom se levanta con las manos en la cabeza para no perder la concentración—. Y no te olvides de limpiarte las uñas, ¡las llevas muy sucias!

Él se encoge de hombros. Suzon es capaz de todo para desconcentrarlo. No cree en el poder de la mente.

Al salir de la ducha, oye voces en la planta baja. Suzon está hablando con alguien: «Ahora baja; pasen y siéntense...».

Se frota con la toalla. Se asoma por la ventana. Han debido de entrar en la cocina. Se pone un pantalón vaquero, un jersey, unos calcetines y su nuevo par de deportivas (otro regalo de su madre), y se pasa un peine por el pelo.

Después baja la escalera apoyado en el pasamanos.

Cuando ve a Dakota y a la señora Mondrichon sentadas a la mesa de la cocina casi se tropieza.

Suzon pone café en el fuego. A pesar de que la señora Mondrichon dice que no, que no hace falta, Suzon insiste y afirma que el café está hecho de esta mañana, que sigue en el fuego pero que les jura que no se ha quemado. A Dakota le ofrece un zumo de naranja.

Dakota mira a su alrededor. Tom siente vergüenza. Dakota tiene una casa preciosa, con una escalera blanca, una verja negra y grandes ventanas con cuadraditos. Por dentro debe de ser increíble.

Mientras se pregunta qué hacer, Suzon lo ve y grita:

—¡Tom! Tienes visita.

Se esfuerza por parecer lo más relajado posible. Baja los últimos escalones con las manos en los bolsillos.

—Hemos venido a traerte la foto de clase —dice la señora Mondrichon—. Dakota se ha ofrecido a acompañarme. —La señora Mondrichon parece más pequeña que en el colegio. Su nariz también ha menguado—. Es un regalo de la escuela. ¡No tendrás que pagar los doce euros!

Siente el impulso de decir que no vale la pena, que su madre está forrada últimamente, pero solo acierta a dar las gracias antes de ponerse colorado. Repara en el hule y ve los agujeros y las quemaduras de cigarrillo.

Juguetea con la foto sin decir nada.

—¿Por qué no llevas a tu amiga a ver los asnos? —dice Suzon.

—¿Quieres ir a verlos? —susurra Tom a Dakota.

Salen y caminan por el patio. Toman el camino hacia el cobertizo.

—Tienes una casa bonita —dice Dakota sin dejar de fijarse en donde pone los pies.

Lleva unos mocasines de charol negros.

—¿Eso crees?

—Sí. Es inspiradora.

«¿Qué quiere decir eso?» Se dice mentalmente que tiene que leer más libros.

—Veo que no te has ido.

—El plan es volver a Nueva York. Pero no sé cuándo. Mi padre me ha dicho que tenía que arreglar un asunto antes de irnos. Supongo que será la venta de la casa.

—¿Estás contenta?

Ella no responde.

Se detiene delante del cobertizo.

—No quiero estropearme los zapatos, son nuevos.

—No tenemos que entrar. Yo puedo ver los asnos siempre que quiera.

—Yo los he visto en el zoo del Bronx. Y en San Diego. ¿Conoces San Diego?

—Eh..., no...

Tampoco le iría mal leerse un atlas.

—El zoo de allí es bonito. —Se retuerce con el dedo el remolino de cabello que tiene en la frente—. El otro día, estaba en mi habitación mirando la silla que está a los pies de la cama y me pregunté si seguiría existiendo cuando no la miro. ¿Crees que es posible que las cosas existan solo porque alguien las mira? —Él se pierde en sus ojos negros y su boca rosa. «Tú existes de verdad, Dakota, no me cabe duda»—. Ya sabes, hay quien dice que las personas solo existen cuando alguien las mira. ¿Será igual con las sillas? —insiste ella.

—¿Sueles pensar en cosas así?

Tom se pregunta si tendrá respuestas para todo.

—Sí. Por ejemplo..., ¿había pájaros cantores en la época de los dinosaurios?

Él se rasca el cuello.

—Pues no lo sé. Pero sé que los pájaros no tienen cuerdas vocales, cantan

haciendo vibrar sus cartílagos. Georges me lo explicó.

—¿Quién es Georges?

—Es un... —Eso tampoco es fácil de explicar—. Era criado en casa de mi abuela. Ahora vive con nosotros.

—¿Es muy mayor?

—Más que mi abuelo. El otro día mi madre me dijo que íbamos a celebrar sus setenta y ocho años y que lo ve muy lozano.

—¿Lozano? ¿Como las plantas?

Él se echa a reír.

—No. Lozano también se dice de las personas. Quiere decir «vigoroso».

—Lozano, vigoroso. Mira qué bien, ya estoy contenta, hoy he aprendido algo nuevo.

Él intenta aparentar satisfacción, pero nada le gustaría más que besarla.

Cuando regresan a casa, se encuentran a Stella en la cocina. Dakota se calla y se mantiene alejada en la penumbra de la entrada. Tom se pregunta si es por timidez o porque no quiere mancharse los zapatos. Allí hay barro por todas partes. En el cobertizo, en el camino, en el patio e incluso en el suelo embaldosado de la cocina. Tierra de las suelas de los zapatos. Jamás se había fijado en ello.

La señora Mondrichon y Suzon hablan de recetas. A la señora Mondrichon le encantan los nabos caramelizados y Suzon le explica cómo dorarlos sin que se quemem.

Stella corta cebollas rojas para añadirlas a la ensalada. Está buena y suave y le da un toque azucarado. Se gira hacia ellos. Se sorbe la nariz y se disculpa. Dice que siempre le pasa lo mismo cuando corta cebollas. Entonces se dirige a Tom:

—¿Estás bien, cariño?

Tom se asombra de lo animada que está. Siempre tiene una sonrisa en la boca. ¡Y eso que ya no duerme con su padre! Se ha comprado pendientes y se perfila los ojos con un lápiz marrón, así que aún está más guapa.

Stella distingue a una chica en el marco de la puerta. Se frota los ojos con el dorso de la mano y vuelve a echarse a llorar.

—¡Buenos días! ¿Cómo te llamas?

Dakota da un paso adelante y sale a la luz, sonriente, con su falda negra

girando y su cabello moviéndose de un lado a otro.

—Dakota. ¡Buenos días, señora!

Stella suelta el cuchillo y exclama:

—¡No puede ser verdad! —Abre la boca de par en par y contempla a Dakota como si hubiera visto a un fantasma—. ¡Es imposible! —La señora Mondrichon y Suzon levantan la cabeza, sorprendidas. Stella se repone—. ¡No dejo de llorar con estas cebollas! ¡No aguanto más!

—¿Quieres que lo haga yo? —se ofrece Suzon.

—No, gracias, pero es muy amable por tu parte. Ya solo me quedan por cortar las zanahorias y la ensalada estará lista.

Suzon pone la mesa. La señora Mondrichon consulta el reloj, pero Suzon le asegura que llegará a tiempo al colegio. Corta unas rebanadas de pan, sirve el agua y reparte papel de cocina a modo de servilletas. Stella lleva la ensalada a la mesa junto con unas rodajas de paté y de queso. Se encuentra tan consternada que no consigue ni mirar a Dakota.

«Es la niña de las fotos. Ahora estoy completamente segura. La pequeña a la que Ray lanzó por la ventana. Tiene el mismo cabello, el mismo flequillo, el mismo remolino y oculta la mano izquierda con un fular.»

Tom echa el ojo al paté y le ofrece a Dakota. Georges no está, y Dakota es una chica y cuida su línea. Aunque cree haberle servido una ración considerable, ella se corta una porción mayor; él abre los ojos, sorprendido, y se sonroja. Suzon se ha fijado en el apuro de Tom e intenta desviar la atención.

—¿Le has hablado a Dakota de tu libro? Ya sabes de cuál hablo, ese que lees todo el rato. Y que te lleva a olvidarte de sacar la comida del horno. ¿Sabes que el otro día estuvo a punto de pegar fuego a la casa?

Tom se pone colorado y da una patada a Suzon por debajo de la mesa. No le apetece hablar del libro delante de todo el mundo. No tiene ganas de hacer de mono de feria delante de todos. Suzon se inclina hacia delante para masajearse el tobillo y refunfuña: «¡Cómo está el patio!».

Stella, que se ha dado cuenta de lo ocurrido, tiene una idea.

—Oye, Tom, ¿qué te parece si invitamos a Dakota a que venga mañana con nosotros a la mediateca? Tenemos que devolver los libros y los DVD. Podría recogeros a la salida del colegio.

- [2](#) Edición de Alianza Editorial, con traducción de Carmen Criado (*N. de la T.*).
- [3](#) Véase *Muchachas*, tomo 1 (*N. de la A.*).
- [4](#) Véase *Muchachas*, tomo 3 (*N. de la A.*).
- [5](#) Primeras palabras de *Le Chanteur*, canción de Daniel Balavoine (1952-1984), cantautor francés (*N. de la T.*).
- [6](#) Grupo de poetas franceses del siglo XVI, cuyo miembro más conocido (y quien le puso el nombre) fue Pierre Ronsard (*N. de la T.*).
- [7](#) Véanse *Los ojos amarillos de los cocodrilos* y *El vals lento de las tortugas* (*N. de la A.*).
- [8](#) «¡Estoy de mierda hasta el cuello!» (*N. de la A.*)
- [9](#) Racine (*N. de la A.*).
- [10](#) Jules Renard (*N. de la A.*).
- [11](#) «¡Contad conmigo!» (*N. de la A.*).
- [12](#) Véase *El vals lento de las tortugas* (*N. de la A.*).
- [13](#) Véase *Muchachas*, tomo 1 (*N. de la A.*).
- [14](#) En correcto inglés, tendría que haber dicho: «*Yes, yes... Come in, come in...*» (*N. de la A.*).
- [15](#) En el tema original de La Fouine, *Du ferme*, la letra habla de veinte años para Sam (*N. de la T.*).
- [16](#) Referencia a la obra de Edmond Rostand *Cyrano de Bergerac* (*N. de la T.*).
- [17](#) «Podríamos charlar las dos solas» (*N. de la A.*).
- [18](#) Juego de palabras intraducible. Camille dice «*J'ai des honteuses manies*» (=tengo manías vergonzosas). El comienzo de la frase «*J'ai des hon...*» en francés suena igual que Gédéon. El resto, «*Teusesmanies*», sería el apellido «*Tiene sus manías*» (aunque no sea una traducción exacta) (*N. de la T.*).

## Cuarta parte

Ella pide que la dejen sola.

Un cuarto de hora.

No quiere seguir oyendo los gritos —«¡Hortense! ¡Hortense!»—, las preguntas de los periodistas, los gritos de los fotógrafos y toda esa gente entre bastidores. ¿Quién es la chica de larga melena azul, armada con un par de tijeras? ¿La mujer obesa con una tela amarilla ceñida alrededor del cuerpo? ¿O el hombre con la cabeza rapada que vocifera por un *walkie-talkie*?

Necesita calma, el silencio de una vidriera.

Con rulos en el pelo, los labios rojos, la tez pálida y la mirada ahumada, las modelos esperan delante del cartel que lleva su nombre, su foto, sus medidas y la Polaroid del modelo que van a presentar. Cuerpos delgados con pechos pequeños y codos de niñas hambrientas sonríen al vacío o deambulan en sus altos tacones. Esperan su turno con el peluquero o el maquillador. Teclean en su teléfono, hablan entre ellas en inglés. El día previo habían desfilado durante el ensayo final. Hortense marcaba la velocidad a la que debían caminar, el recorrido que debían seguir. El DJ se ocupaba de la música, el iluminador bajaba las luces. Hortense decía a gritos: «Quiero que avancéis sonrientes, felices, sois criaturas magníficas y lleváis atuendos magníficos. ¡Así que contoneaos, moved las caderas, tenéis que conseguir que otras mujeres deseen ponerse esa ropa! Haced sonreír a las chicas. Haced girar los vestidos, las faldas y los abrigos».

«*You make me feel so young, you make feel there are songs to be sung*»<sup>1</sup>. Ayer se probaron zapatos, pulseras, collares, bolsos, pañuelos... «*You make me feel so young.*» Cinturones, anillos... Cambiaron algún detalle, un vestido, descartaron un abrigo; montaron en cólera y los maquilladores y peluqueros se quedaron callados, sin mover ni un pincel ni un peine, a la espera de que pasara la tormenta y todo volviera a la calma. «Arreglaremos el vestido y arreglaremos el abrigo —dijo Picart—, no es nada grave, solo así se consigue lo mejor, nunca según un horario, aquí esas cosas no existen.» Hortense había

respondido con un suspiro antes de volver a perder los nervios: «¿Y mi blog? ¿Alguien se ha acordado de hacer un vídeo para el blog? ¿Quién se ha ocupado de eso? Quiero verlo».

La señora Philippine bebía cafés cargados. Armelle daba órdenes. Zelda sudaba. Octave engullía paracetamol.

Eso había sido ayer por la noche.

No ha descansado ni un momento.

Y hoy es el día, el día de la verdad.

«Sola. Diez minutos, por favor. Pero ¿por qué hago esto? ¿Por qué me torturo así? ¡Es inhumano! No tengo ninguna obligación. ¿Dónde está Gary? Lo necesito. Os odio. Tengo miedo. Queda media hora para que mi vida se detenga. ¡No, no tengo miedo! Soy la mejor. Quiero a Gary. ¡Gary!»

Gary la abraza.

—¿Has visto toda la gente que ha venido? Han tenido que añadir sillas y taburetes. La redactora jefa del *Vogue* chino está en la primera fila. Y el periodista de *Vanity Fair* América también. Y el del *New York Times*. ¡Y *Le Monde*! ¡*Le Figaro*! ¡*Libération*! ¡*Elle*! ¡Garance Doré! ¡Y los blogueros! Todos están aquí. Picart ha congregado a todo el mundo. Vas a arrasar. Rihanna reina en la primera fila. Hay unos seis mil *flashes* disparándose a la vez. ¡No se ve nada! Antoinette ha sido fiel a su palabra. No estaba seguro de que pudiera hacerlo. Ah, y tienen una sorpresa para ti. No, he prometido que no diría nada, no, no insistas. Espera, también han venido Philippe, Alexandre, tu madre, Zoé..., su película es magnífica. ¡Se pelean por los derechos! Marcel, Josiane, Junior... Vaya, cómo ha cambiado, apenas lo he reconocido. Ha crecido, lleva el pelo más largo y tiene el rostro más redondeado, me ha mirado desafiante. ¡No entiendo nada! Tenía un aspecto serio. ¡Incluso furioso! Josiane ha adelgazado. Perdió el apetito al levantarse una mañana. Está encantada. Elena engulle delicias turcas. Habla de ajustes de cuentas, de hombres de ley..., no se anda con bromas. Sisteron pone mala cara. Elena prepara algo, estoy seguro. Ah, y casi me olvido, Henriette está detrás de una columna con su enorme sombrero. Todo irá bien. No te preocupes.

Hortense escucha a Gary, huele su colonia, siente el calor que emana del hueco que se forma entre su cuello y su corazón, y, por fin, se calma, el nudo de su estómago se deshace, recupera el aliento.

—Vuelve a decirme que la sala está llena y que han venido todos, ¿hablan del tejido? ¿Del tejido milagroso?

Él le acaricia el pelo y le dice que no tenga miedo, que tiene el éxito garantizado, pero que todo se habrá acabado antes de que se dé cuenta.

—Así que aprovecha cada segundo y sonríe —le recomienda. Después le entrega un cuaderno con las tapas de cartón y una polvera azul—. La polvera es de tu madre. No se ha atrevido a venir porque tiene miedo de molestarte. El cuaderno es de parte de Zoé; ya verás, es muy divertido. Yo estaré en la sala. Si no ves nada, si no oyes nada, si pierdes la memoria, si te agobias, luego te lo contaré todo.

Él le da un beso y se marcha.

—¡Hasta luego, Hortense Cortès!

Se queda sola.

Busca una salida de emergencia. Quiere huir.

Con las manos temblorosas y los dedos agarrotados, hojea el cuaderno de Zoé. En tres minutos tendrá que enfrentarse a... no sabe cómo llamarlo... ¿Su destino? Se frota la nariz. Abre la polvera azul. Shiseido. Empolvarse el rostro le trae suerte. Acaricia la tapa abombada. «¡Gracias, mamá!» Abre el cuaderno de tapas de cartón de Zoé. Fotos. Y una primera frase salpicada de lentejuelas: «Estamos todos aquí, ¡y te queremos!». Gary hace el payaso; Iphigénie sonríe blandiendo su plancha; Philippe y Joséphine se han puesto el mismo jersey y se asoman sonriendo por el cuello; Alexandre lleva un monóculo; Elena retuerce una delicia turca; Picart hace el gesto de la victoria; Armelle, la señora Philippine, Octave, Zelda y todo su equipo están en posición de firmas. En una segunda frase se puede leer: «¡Y tu nueva familia también está aquí!». Cada uno de ellos posa con un letrero con su nombre escrito, como criminales convictos. Stella, Léonie y...

Conozco a ese hombre de sonrisa tímida... El cartel dice *Adrian*.

Es el hombre de las habitaciones de hotel.

Hortense se queda helada, grita y se gira para comprobar que está sola en la habitación y que su secreto está a salvo. Una cascada de risas se escapa de su garganta: «¡Ay, Dios mío, no puede ser verdad! El tipo del hotel es el novio de mi “tía”». Se ríe hasta que le duelen los costados.

Picart abre la puerta:

—¿Vienes? ¡Vamos! ¡Deja de imaginarte lo peor! —Ella se vuelve,

sacudiéndose, presa de un ataque de risa. De ahí las lágrimas. Abre las manos en un gesto que quiere decir: «¡No puedo evitarlo!». Él la mira, desconcertado, y como la gente se amontona detrás de él, vuelve a cerrar la puerta y declara—: Son los nervios. Hay gente que vomita, otros se desmayan y a ella le ha dado por reírse. ¡Mejor!

En la primera fila, Nicole Sergent no puede ocultar la sorpresa de estar tan bien colocada. Está atónita. ¿Quién la ha invitado? Los periódicos hablaban de Hortense Cortès, decían que su desfile sería el punto álgido de la semana, que era la protegida de Jean-Jacques Picart. Así que recibió la invitación y respondió que sí. Al verla, Sisteron se había quedado lívido y había empezado a sudar hasta empaparse la frente. Ella le había hecho un gesto para decirle que no entendía qué hacía allí. Él había tenido que morderse los labios.

En un rincón de la sala, Elena disfruta del momento. Por fin tendrá su venganza. Cuando las luces se apaguen, reclamará su sitio. Se sentará en un extremo de la fila y esperará hasta que pueda unirse a Hortense en la pasarela.

Las luces se atenúan.

Las chicas en bata acaban de barrer el escenario, contoneándose.

Uno, dos, tres golpes. Como en el teatro. Y la música estalla. Las chicas se alinean entre bastidores, reciben unos toques de rosa, de rojo, un retoque con el peine, un poco de laca y algún alfiler extra. Hortense corrige un pliegue, una cintura, alisa una chaqueta, cose un pliegue, deshace una pinza...

¿Y después?

Todo se acelera y no ve nada.

Dieciocho vestidos, dieciocho minutos. Se acabó.

Aguza el oído.

Ni un aplauso. Ni siquiera por educación.

¡Me detestan!

Aparta el telón. La sala está a oscuras.

Proyectores, redoble de tambores y...

Las mujeres de la limpieza gemelas se arrancan la bata de trabajo y

aparecen con un vestido ajustado. Esbeltas, piernas largas, rebosantes de belleza. El público estalla en gritos. Todos se ponen en pie, dejan caer el bolso y el abrigo. «¡Bravo, bravo!» Golpean el suelo con los pies.

La música se detiene.

De nuevo, silencio.

Picart, con ojos brillantes y lleno de dicha, empuja a Hortense a la pasarela. De nuevo, se hace la oscuridad.

La intensidad de la música aumenta hasta alcanzar el clímax.

El telón se abre, Rihanna y Antoinette dan saltos. La primera, con los pies desnudos, enfundada en un vestido de muselina escotado por delante y por detrás y con una falda malva con vuelo; la segunda, con un minivestido negro tachonado. Ambas se inclinan, se contonean y bailan. Rihanna entona «*Shine bright like a diamond*». Antoinette le hace los coros. La sala grita y Rihanna concluye con un «¡Bravo, Hortense Cortès!».

Todos la aplauden, extienden los brazos para tocarla, ella vacila, se tapa la boca con las manos, cierra los ojos para no llorar, ¡no le faltaba más que eso! Se inclina hacia Elena y le tiende la mano: «Gracias, gracias, todo esto se lo debo a usted». Elena se sube a la pasarela, junto a Rihanna, Antoinette y Hortense, y camina entre los vestidos, los modelos, los *flashes* y el confeti.

Dieciocho vestidos, dieciocho minutos, y todo ha acabado.

Todo el mundo felicita a Hortense, la abrazan, le dan la mano, le hablan en francés, italiano, inglés, y ella sonríe y dice: «*Grazie, thank you, merci beaucoup*». Frunce el ceño. «¿Mi tejido? Lo he creado yo, como toda la colección. ¿Mi secreto? ¡Qué pregunta tan estúpida!» Rodea a Elena con el brazo y cuenta su maravillosa aventura. «¿Mis proyectos? ¡Ni idea! ¿Qué siento? ¡Madre mía! ¿Mis inspiraciones? Las películas de Jacques Demy, Michel Legrand, Marilyn, Jane Russell, Audrey Hepburn, Lauren Bacall... *Un americano en París, Una cara con ángel.*»

Joséphine tiene los ojos llenos de lágrimas, no se atreve a acercarse. Hortense va hacia ella, la abraza y le dice: «Gracias, mamá, todo esto te lo debo a ti también, a Saint Martins y todo lo demás. Tú...». No acaba la frase. Zoé se enjuga una lágrima. Philippe se ajusta el nudo de la corbata. Alexandre pide un autógrafo. Picart le susurra que ya han recibido cincuenta pedidos, algo nunca visto. E insiste en estas palabras: «Nunca visto». «*You did it, you*

*did it!*», chilla Elena. «Y cuando piensas que cada modelo de alta costura — calcula la señora Philippine— se vende por entre cuarenta mil y cien mil euros... Santo cielo, creo que estoy ebria, ebria de cansancio.» «¡De eso nada! Tenemos que celebrarlo —anuncia Elena—. ¡Esta noche toca fiesta! Sin duda he tenido buen olfato con esta chica. Mi nombre está limpio. Tengo mi venganza.» Busca con la mirada a Nicole Sergent entre la multitud para clavarle dos puñales en la frente.

Robert Sisteron, pálido y tembloroso como si lo hubieran cubierto de alquitrán y de plumas, juguetea con las mangas. Mira fijamente a Nicole Sergent, que lo ignora mientras saquea el bufé. Mira fijamente a Elena, que también lo ignora. Cuando se acerca para preguntarle por qué lo trata con frialdad, ella le responde que ese no es el momento ni el lugar. ¡Qué falta de tacto! Cuando él se vuelve, piensa: «Aprovecha tus últimos momentos de libertad; tu amiguita y tú estaréis entre rejas antes de que os deis cuenta».

Alejados, y un poco aburridos de estar allí, Stella, Adrian, Léonie y Tom se acaban un granizado de café. Habían llegado esa mañana de Saint-Chaland. «11:30 h, Hotel Plaza, avenida Montaigne, desfile de Hortense Cortès», decía la invitación. Joséphine les había pedido que fueran porque temía que no hubiera suficiente público o que quedaran sitios vacíos, lo que habría sido terrible. Ellos habían aceptado, pero con el aviso de que se marcharían muy rápido. Adrian se queja.

—Este tipo de eventos estúpidos no es mi rollo. Tengo otras cosas que hacer. Y, además, ni siquiera conozco a la chica.

—No te impacientes —dice Stella—, vas a darle un beso y...

—¿Que le dé un beso?

—Pues claro... Estabais llamados a volver a veros.

—¿Volver a vernos?

—¡Adrian! —le reprende Stella.

—Bueno, hagámoslo rápido. Un apretón de manos y nos vamos. Anuncian vientos fuertes y no me gustaría que...

—¡Menudo aguafiestas! —suspira Léonie, que observa las lámparas de araña, a las mujeres, los vestidos, todas esas luces y adornos de oro, todo ese destello de belleza... Es su primer contacto con los eventos sociales, pero se siente como pez en el agua.

—Sí, papá, vamos a quedarnos. ¡En aquella mesa hay muchos pasteles! —

Tom echa el ojo a las chicas. ¡Joder! En Saint-Chaland no las hay así. ¿Es que viven todas en París?

Entonces ocurre algo extraordinario. Algo que Hortense no había previsto y que parecía obedecer a una fuerza desconocida. A mitad de una frase, interrumpe a la periodista, cruza el salón, camina hacia Stella y le dice:

—Es muy amable por su parte haber venido...

Ella le da un beso. Stella tira de la manga a Adrian, que está girado de espaldas, y se lo presenta a Hortense.

—Este es Adrian. La última vez, en el restaurante, no coincidisteis...

Hortense se acerca a Adrian y le tiende la mano.

—Hola, Adrian. Gracias por haber venido —dice ella con voz tranquila.

Él retrocede de forma casi imperceptible. Stella gruñe entre dientes:

—¡Vamos, Adrian!

—Ya voy, ya voy —farfulla mirando a Hortense.

Ella le tiende la mano, como si quisiera retorcerle el brazo y obligarlo a ponerse de rodillas.

—Daos un beso —dice Léonie con una sonrisa.

Adrian, reacio, intenta zafarse. Stella le da un leve empujón en la espalda.

—Yo estaré encantada de darle un beso —dice Hortense con una enorme sonrisa, sin soltar a su presa.

Ella se inclina y le da un beso.

Un beso de mafiosa con el que le ordena que guarde silencio, que mantenga la boca cerrada o le cortará el cuello. Seguido de un beso ligero, con el que quiere decir que, si bien ha pasado momentos deliciosos con él, quiere mantenerlos estrictamente en secreto.

Él nota la presión suave y firme de sus labios en la mejilla y murmura:

—Su... su desfile ha sido embriagador.

—¿Le ha gustado?

—Mucho.

—¿Han podido disfrutar del bufé? —continúa Hortense en un tono ligeramente ceremonioso, dirigiéndose a todos.

—No se preocupe —responde Léonie—. Todo esto es tan bonito que ni siquiera puedes pensar en comer. ¡Jamás habría imaginado que un día vendría al Plaza!

Y Hortense se vuelve hacia Elena, Picart y los periodistas, sonríe a derecha y a izquierda y, justo antes de retomar su papel oficial, suelta un suspiro feliz.

Ese suspiro confirma las sospechas de Gary.

Ha seguido a Hortense con la mirada. No ha perdido detalle de sus movimientos o del beso que le ha dado al hombre de mirada gris. No le ha pasado desapercibida la forma sutil en la que el cuerpo de Hortense se había abandonado contra el cuerpo del hombre, en una pose íntima, casi erótica, que delataba el diálogo clandestino de dos amantes, las sábanas arrugadas por el placer, el roce de los dedos que confirmaba un goce prohibido.

 Qui n es ese tipo?

 Qu  significa ese abandono furtivo?

 Es el rival que adivin  la noche que not  a Hortense ausente por teléfono?

El golpe le ha dado de lleno en el corazón. Está destrozado. Corre a preguntar al conserje del hotel dónde está el piano más cercano. «En el bar, por supuesto», responde el hombre, tranquilo. Gary cruza salones y pasillos, pisa moquetas con motivos de ramos. Abre las puertas del bar de par en par. Ocupa el lugar del pianista. Se cruje los dedos. Y toca la *Sonata en sol mayor* de Ravel, ejecutando por fin, por fin un magnífico *staccato*, el pulgar audaz, el dedo corazón fuerte, en un movimiento perfecto que hace que le broten lágrimas que caen sobre el teclado.

— Has visto qué guapo es el pianista? —dice una joven diáfana sentada en el bar con su prima alemana que ha venido de Viena.

—Tienes razón, Winifred.  Pero por qué llora?

—No se puede distinguir entre las lágrimas y la música.

— Qu  frase tan bonita, Winnie!

—No es mía, sino de Nietzsche.

Una pareja se enfrenta delante del buf .

Cuatro manos se arañan al atacar una pirámide de *macarons* de chocolate, café y vainilla colocada sobre el mantel blanco. Cuatro manos saquean la construcción azucarada y amenazan con provocar un derrumbe. Cuatro manos que pertenecen a dos muchachos que llevan la misma parka Goose.

Por fin se dan de bruces el uno con el otro. Se miran de arriba abajo. Se

evalúan.

—¿Y tú cómo te llamas?

—¿Y tú?

—No, ¡tú!

—¿Me cambias un *macaron* de café por uno de chocolate?

—Prefiero los de chocolate.

—¿Con quién has venido?

—Con mis padres. Están allí. En la banqueta roja.

—¿Esos dos viejos?

—Oye, ¿buscas pelea?

—A ver, lo único que digo es que no son jóvenes.

—Y los tuyos ¿dónde están?

—Debajo de la palmera de plástico, la rubia fornida y...

—¡Si la conozco!

—Eso me sorprendería. No vivimos en París.

—Bueno, sí... La vi en... En fin, no importa, no es la primera vez que la veo. Y tampoco al hombre que está sentado a su lado.

Junior mira de arriba abajo a Tom.

—¡Y a ti también te conozco!

—¿En serio?

—Te llamas Tom, te has peleado dos veces seguidas, estás enamorado de Dakota y vives en una granja con un loco.

—Vas a tener que explicarte... ¿Eres un chiflado, un espía, o qué? ¿Me tienes fichado?

Junior se echa a reír y le tiende la mano a Tom. Le encantaría poder chocarle la mano, como ha visto que hacen otros chicos por la calle, pero no sabe cómo hacerlo. Así que deja la mano muerta en el aire y acaba dejándola caer. Tom lo mira, sorprendido.

—Soy Junior, y estoy de tu parte.

—¡Joder! ¡Entonces existes de verdad! ¿Fuiste tú quien me sopló los versos?

—Emily y yo.

—¿Y qué haces aquí?

—Hortense Cortès es mi prometida. Nos vamos a casar.

—¿Tu prometida? —balbuce Tom—. Pero...

—Vamos a esperar un poco antes de anunciarlo.

—Como quieras —dice Tom. Al fin y al cabo, él está enamorado de una

chica con los dedos amputados que se pregunta por la existencia de las sillas cuando dejas de mirarlas—. Me encantaría saber cómo te las apañas para meterte en mi cabeza, para hablarme.

—Coge un montón de *macarons*, una botella de champán y vamos a buscar un sitio donde escondernos. Te lo explicaré... Y también te contaré cómo me tiro a la vecina del cuarto.

Es más fuerte que él, necesita jactarse. Sin embargo, debe ir con cuidado; de lo contrario, la fuerza querrá vengarse.

La sala se vacía, los periodistas y los fotógrafos corren para asistir a otros desfiles. Rihanna y Antoinette se han marchado también. Hortense se muerde las uñas. ¿Es un triunfo? Y si lo es, ¿de qué magnitud? ¿Qué dicen en Twitter e Instagram? ¿Cuántos me gustas y etiquetas ha conseguido? Todo ha pasado demasiado rápido. Meses de trabajo desvanecidos en unos minutos.

Ha llegado el momento de guardar la ropa y los accesorios en el camión, de devolver la colección al taller. Las primeras citas con los clientes están programadas para la mañana siguiente. Hay que airear la colección y ordenarla. Y hay que acabar de poner los precios, pero Elena y Picart se tienen que encargar de eso. Esa noche toca celebrar, relajarse, reírse, decir tonterías y recordar las meteduras de pata, y todo ello mientras beben champán. Piensa improvisar un discurso para dar las gracias a todos; después pueden ir al Fichon, en la calle Marcadet. ¡Tiene muchas ganas de dormir después del miedo que ha pasado! «Ojalá todo volviera a empezar a cámara lenta.

—Vuelve a decirme que ha sido un éxito —le dice Hortense a la señora Philippine, que se masajea los pies.

—Ha sido un éxito enorme. Puedes sentirte orgullosa de ti misma.

—¿Enorme en qué sentido?

—Me ha gustado mucho trabajar contigo.

—¿Enorme en qué sentido? —repite Hortense.

—¡Por nosotras, chicas! —exclama Elena levantando su copa de champán—. He destrozado a la tal Nicole y he acabado con Robert. ¡He ganado la partida! Las cosas no podrían haberme salido mejor.

Un pálido efebo con los párpados amarillentos la sigue. Lleva los zorros plateados de Elena, como si sujetara las pantuflas del papa.

—¿Habéis visto a Gary? —pregunta Hortense.

—Hay un piano muy bonito en el bar del hotel —responde Picart dejándose caer en una silla a la vez que se le escapaba una expresión de satisfacción—: ¡Ay!

Gary está al piano. Dos chicas jóvenes de pelo largo lo escuchan tocar mientras hablan de Nietzsche. Hortense se sienta a su lado. Murmura: «¿Ravel, *Sonata en sol mayor?*». Él asiente.

—Qué guapa —susurra una de las chicas.

—Tiene mucha clase —dice la otra—, debe de ser su prometida.

Hortense deja caer la cabeza en el hombro de Gary.

—¿Era él? —dice Gary sin poder aguantar más.

—Sí. ¿Nos vamos?

—Vámonos.

Y, tras un silencio, añade en voz baja...: «Hortense Cortès».

\*

Cuando la señora Filières entra en su despacho por la mañana, con una tacita de café en la mano, ve su ordenador entre los montones de papeles, de correos, de libros y de carpetas. Le tiemblan las rodillas y siente un calambre en el vientre. Tiene que hacer un esfuerzo para sentarse. El teléfono suena, le preguntan si ha recibido el correo del economato, de la cafetería, de contabilidad, el del señor Potier, que espera una respuesta sobre las colchonetas del gimnasio, ¿y por qué no ha confirmado a la señora Marin la reserva de la banda? La señora Filières responde que acaba de llegar, que todavía no ha consultado su correo. Le explican que debe responder inmediatamente y que entre sus obligaciones se encuentran encender el ordenador y leer su correo. Entonces, entre todos los mensajes anodinos, uno llama su atención.

«Puedes cancelar la ceremonia. Pronto sabrás por qué. El asunto es grave.»

Ese mensaje es la gota que colma el vaso. Teclea con brazos de gelatina, se para a reflexionar un instante; llama a la línea directa del alcalde y su secretaria responde; le dice sin aliento: «Tengo que hablar con él, ¡es

urgente!»). El jueves por la mañana, el señor alcalde recibe a su peluquero en su despacho del ayuntamiento y se mima con un corte y una manicura. Así que tendrá tiempo libre suficiente para escucharla.

Intenta coger su frasco de Lexomil, pero no lo encuentra: debe de habérselo acabado la víspera. Inquieta, busca otro comprimido, ¿Stilnox, quizás? Entonces oye la voz del alcalde, que pregunta, ligeramente molesto:

—¿Qué pasa, Christine?

—¡Otro mensaje! ¡No puedo más!

—Cálmese. Recibimos cartas anónimas todos los días. Incluso recibimos balas y ataúdes. Los franceses se irritan fácilmente. Si tuviéramos que alarmarnos cada vez que recibimos un correo malicioso...

—Ya, pero esto me tiene trastornada. No aguanto más.

—Seguro que es obra de algún bromista que quiere llamar la atención. Se cansará y acabará en primera fila el día de la inauguración. Repóngase, Christine. La consideraba una persona más atrevida. —Suelta una carcajada obscena. Ella sabe muy bien a qué se refiere y le parece totalmente inapropiado.

—Le digo que estoy al límite, Hervé. Las amenazas no dejan de llegar. ¡Póngase en mi lugar!

—Pues claro que me pongo, Christine, desde luego. ¡Siempre estoy dispuesto a ponerme en su lugar, y encima de usted! —De nuevo, la risa obscena.

—¡Hervé! ¡No es el momento!

Él se aclara la garganta y continúa con su voz oficial:

—Lo único que le pido es que no se agobie, hay que considerar la situación con frialdad; discutiré el asunto hoy mismo con el señor Viannet. Tiene que llamarme.

—¿Y quién es ese tal Viannet? —dice la señora Filières, que desea aferrarse a la figura tranquilizadora de un salvador.

—Es un inspector del Ministerio de Educación. Está familiarizado con este tipo de situaciones. Nos hará un informe.

—¡No necesito ningún informe! ¡Solo quiero que esto pare de una vez!

—¡Tranquícese, Christine! ¡No debemos precipitarnos! Debemos consultar primero con el inspector y después ya veremos qué pasos...

La señora Filières no espera hasta el final de la frase y cuelga, devastada. Se pasa los dedos por el pelo, se humedece los labios y coge la gruesa carpeta que dice «Inauguración colegio Ray-Valenti» justo cuando su secretaria llama

para anunciarle que su cita acaba de llegar.

—¿Qué cita? No tengo nada anotado en mi agenda.

—Es la señora Valenti. Stella Valenti. Asegura que usted le ha dicho que se pasara esta mañana.

—¿La señora Valenti? Déjeme consultar mi horario... —«¿Puede ser una oportunidad para averiguar algo más? Tal vez sea ella quien envía esos mensajes. Esa mujer es una persona en situación de vulnerabilidad»—. Dígale que suba. Quiero hablar con ella.

Pues claro, ¿cómo no se le ha ocurrido antes? Seguro que es ella. Primero la agrede verbalmente; después la acosa por escrito. «Quiere angustiarme, sacarme de quicio, todo con el propósito de que caiga en sus redes y renuncie a mi proyecto. Voy a ponerla en su lugar. ¡La voy a poner en más apuros que un tanga en Ibiza! Ay. Tengo que dejar de hablar como los alumnos. A este paso perderé todas mis referencias y acabaré viendo *Jeremstar* comiendo gominolas.»

Stella entra en la oficina y deja su bolso encima de exámenes de alumnos e informes de profesores. Un montón de papeles vuelan por el suelo. La señora Filières se agacha para recogerlos.

—Seré breve. He aparcado el camión en doble fila, no quiero que se lo lleve la grúa.

—Tome asiento, señora Valenti —dice la señora Filières convencida de que aquello va a ser pan comido, por muy terca que parezca su adversaria.

—No tengo tiempo para sentarme. Así que iré directa al grano... En el bolso tengo un vídeo de Ray Valenti tirándose a la madre de una alumna de su colegio. Y cuando digo «tirándose» no estoy siendo exacta, porque en realidad la está violando. Sí, violando. —La señora Filières la mira, incrédula, apoyada en los antebrazos y con la boca abierta, igual que una foca de circo que espera su sardina—. Se oyen los gritos de la mujer, que está atada a la cama. Y a él se lo reconoce muy bien. También se le oye. Utiliza un vocabulario un poco crudo, diría yo. Y eso no es todo. No solo viola a esa mujer, sino que tira a una niña por la ventana. —Stella hace una pausa para que la señora Filières pueda digerir la información. La directora se ha apoderado de un manual de gramática avanzada y se aferra a él como si fuera un salvavidas—. Puedo explicarle lo que sigue... No está en la cinta, pero es fácil de reconstruir. Además, la niña está en la misma clase de sexto que mi

hijo, Tom. Se llama Dakota Cooper. —La señora Filières no se mueve. Parece que se ha quedado de piedra—. Al caer, la pequeña Dakota se hirió con una escultura con hojas afiladas que le cercenaron los dedos de la mano izquierda. No creo que haga falta que se lo describa: sangre por todas partes, la mano amputada, los momentos en el hospital, donde el padre acudió a toda prisa; la madre derrumbada... Se suicidó tres meses después... Por todo esto, comprenderá que no me parece muy sensato...

Dos nombres parpadean en la mente de la señora Filières: Dakota Cooper y señor Cooper. El señor Cooper... es muy importante. Si llega a enterarse de que quieren ponerle al colegio el nombre de la persona que... Dobla y retuerce el libro de gramática que sujeta entre las manos.

—Tengo un DVD con la violación. He guardado una copia en una caja fuerte, en el banco, por si tuviera usted malos pensamientos. Le pido que vea esta cinta. Usted es una mujer razonable, seguro que sabrá tomar la decisión adecuada por su cuenta, a menos que deba consultar con alguna instancia superior... —La señora Filières intenta decir algo, pero Stella le señala con un gesto que no ha acabado—. Le avisé y no quiso escucharme. Hay que saber cuándo prestar atención a la gente, señora Filières; no se puede menospreciar a todo el mundo ni imponer la propia voluntad sin pensar en nada más. Así solo consigue alimentar un rencor que puede acabar en actos violentos. No tengo nada más que decir. Me voy.

Antes de salir, busca algo en su bolso y saca un enorme destornillador. Murmura: «Mierda». Se encoge de hombros, guarda de nuevo el destornillador, sigue rebuscando en su bolso, saca un DVD y lo deja en la mesa.

—Hasta la vista, señora Filières.

La señora Filières se levanta y empieza a decir con un hilo de voz:

—Eh..., señora Valenti..., me gustaría saber si... Pero no se preocupe... Le prometo que todo esto quedará entre nosotras, pero, verá, me tranquilizaría saber si...

—Tengo el camión aparcado en doble fila, señora Filières.

—Me gustaría saber si es usted quien envía los correos...

—¿Qué correos? —pregunta Stella levantando el mentón, como si le estuvieran haciendo una pregunta que valiera cien mil euros y no supiera responderla.

—Los mensajes con amenazas que recibo cada día... A veces incluso varios al día...

—¿Le llegan a su dirección personal?

—A mi dirección personal del colegio.

—Señora Filières, no tengo ni su correo ni su teléfono. ¡Y puede considerarse afortunada, porque ya habría tenido noticias de mí! —Y añade con una violencia contenida que hace temblar a la directora—: Yo arreglo mis asuntos en persona. Doy la cara y ajusto mis cuentas pendientes. No me escondo detrás de ninguna máscara. Hasta la vista, señora Filières.

\*

Todo va sobre ruedas desde hace varios días.

El martes fue a buscar a Tom y a la chica. ¿Cómo se llamaba? ¿Dalida, Tagada? No...

¡Dakota! Y, hop, en marcha hacia la mediateca.

Camille, detrás de su mesa, escuchaba ópera con los ojos cerrados. Seguía el ritmo con una pluma estilográfica. Era una ópera bastante animada y quería repetir la parte del estribillo, «*Donna è mobile*», o algo así.

Cuando Stella plantó a Tom y a Dakota delante de Camille, este se quedó blanco, como la greda, como la harina. Tragó saliva y bajó la mirada. Tom y Dakota se marcharon a pasear por los pasillos, entre libros, DVD, revistas y cómics.

—¿Cómo la ha encontrado? —le había preguntado al fin.

—Va a la misma clase que Tom.

—Así que volvieron a Francia... —Camille se había quitado las pequeñas gafas amarillas y las estaba limpiando con un trapo bastante sucio. El teléfono había sonado, pero no lo había cogido. En voz baja, dijo—: He traído el vídeo.

—¿Ha cortado alguna parte?

—¿Cómo dice?

—Sí, del vídeo.

—Bueno, la escena en la que yo salgo. Lo prefiero así; puedo ser valiente, pero no temerario.

—¿Pero el resto está intacto?

—Sí. Y he hecho dos copias, por si acaso...

—Me preguntarán cómo he conseguido este vídeo.

—Puede decir que se lo dejó en el buzón alguien que sabía que usted no apoyaría que bautizaran el colegio con el nombre de Valenti. —Se agachó,

sacó un sobre de su mochila y se lo ofreció a Stella—. ¿Se ha fijado?

—¿En qué?

—La chica no me ha reconocido.

—Normal. Cuando eres pequeño borras de la memoria todo lo que te resulta insoportable; de lo contrario, no podríamos crecer. Pero todo vuelve, al final. Y entonces hace daño. Mucho daño.

Él no había dejado de limpiar las gafas amarillas con el trapo sucio durante ese tiempo.

Había sido pan comido.

«La vida va sobre ruedas. Es genial llevar las riendas. Te proporciona un enorme sentimiento de libertad. Ocupo mi lugar y dejo de sufrir. ¿Acaso no es esa la definición de felicidad? ¿O de dignidad?

»Además, tengo una cuenta bancaria blindada. Soy Rica. Rica. Rica.»

Adrian.

Ha debido darse cuenta de que algo había cambiado. Cuando regresaron de París, él la había cogido por la muñeca y le había impedido ir a dormir a casa de Georges y Suzon. La había conducido hasta su dormitorio y le había hecho el amor mirándola a los ojos. Y era como si le hablara al mismo tiempo. Como si le pidiera perdón. Pero perdón por qué. Stella no lo sabe, pero hacía mucho tiempo que no la miraba a los ojos mientras hacían el amor.

Había tenido que tomar una decisión extraordinaria.

\*

Adrian respira profundamente y apaga su portátil.

Piensa dejar de comportarse como un imbécil. O, peor, como un... estafador.

El viaje a París le ha aclarado las ideas. Había tenido mucho miedo al ver a la Parisina caminar hacia él. Pensaba que lo besaría delante de todo el mundo. Él se había asegurado de darle la espalda mientras oía los latidos del corazón en su cabeza y se repetía Stel-la, Stel-la. Esta lo empujaba, Léonie murmuraba que se dieran un beso y él se resistía, se resistía aterrado por la idea de traicionarse, de que sus manos lo traicionaran. Debía evitar tocar a la Parisina, sintió el impulso de apartarla.

Ella se había comportado de manera formidable. Había cerrado su historia con un beso en la mejilla, con una torsión de la mano que señalaba el fin. Asunto zanjado.

Entonces Adrian decidió arreglar todos los demás problemas: Borzinski, Edmond, la trituradora, la nave, el préstamo del banco... Finiquitarlos por completo.

Sube la escalera que lleva al despacho de Edmond mientras piensa: «Ojalá esté solo, ojalá tenga tiempo de escucharme y, sobre todo, ojalá no explote». Porque lo que le va a decir es difícil de asumir. ¡Un préstamo de cien mil euros hecho a sus espaldas!

—Edmond, tengo que confesarle algo —masculla Adrian—, una cosa de la que no me siento orgulloso. Me gustaría disculparme de corazón. Perdí la cabeza, estoy avergonzado. Después de todo lo que usted ha hecho por mí... No tengo excusa.

Se calla.

Edmond lo mira sin decir nada.

Recoge unos clips y los deja caer en un pequeño cuenco. Hacen un ruido débil, metálico. Sigue con la mirada la caída de los clips, deja hablar a Adrian.

Adrian espera a que él se lance a atacarlo, que lo llame ladrón y chanchullero, a lo que responderá que tiene toda la razón y que lo entiende, pero que le devolverá todo el dinero, no sabe ni cómo, ni cuándo, pero se lo devolverá. Ahora que lo piensa, necesita reconciliarse con Milan y sus zapatos puntiagudos, porque lo va a necesitar. «Necesito un golpe o dos para recuperarme. Como antes... como antes...»

—¿Qué te ha llevado a pensar que no estaba al corriente? ¿Me tomas por tonto? —Adrian levanta la ceja y se le escapa un «¿Cómo?». Ahora es él quien tiene cara de tonto. Edmond se alisa la corbata, se gira en su sillón, deforma un clip, lo alisa y lo blande como si quisiera batirse en duelo—. Mi banquero me había avisado, estaba a punto de presentar una denuncia contra ti.

—¿Lo sabía?

—¡Entonces sí que me tomas por idiota!

Adrian baja la cabeza. Se clava la uña del dedo índice en el pulgar.

—Eso no es todo —añade.

—¡Adelante!

—He pedido otra trituradora, de madera, pero no sabía cómo pagarla y...

—Habla de una vez, ya va siendo hora de que seas claro. Porque te estabas cavando tu propia tumba.

—Tengo muchas ideas, Edmond, pero carezco de los medios para llevarlas a la práctica. Entonces, reflexioné.

—¿Y?

—Me gustaría que trabajáramos los tres juntos, Borzinski, usted y yo. Siempre que usted quiera.

—¿Según mis condiciones?

—Según sus condiciones.

Adrian no sabe a qué condiciones puede referirse Edmond, pero no tiene opción. Y, además...

... no quiere ser una vaca.

El otro día había ido a pasear con Tom.

Iban a comprobar que la valla aguantaba bien y que los asnos no podían escaparse. Cruzaron el campo donde pastaban las vacas del granjero vecino. Caminaban masticando una brizna de hierba. Tom imitaba a Lucky Luke. Adrian había precisado que lo que Lucky Luke solía tener en la boca no era una brizna de hierba, sino un cigarrillo. Tom se había sorprendido. ¿Lucky Luke fumaba? Imposible.

Y después Tom había dicho que no le gustaría ser una vaca.

—No pueden decidir. No piensan. Simplemente las ponen en un prado, pacen, les grapan una etiqueta en la oreja y acaban en un envase en el Carrefour, sin haber hecho nada en la vida.

—¡Las vacas no tienen elección!

—Y menos aún coraje. Podrían escaparse, marcharse del campo, conocer la libertad, al menos una vez.

Debía de estar pensando en Steve McQueen en *La gran evasión*.

—¿Crees que hay gente que vive como las vacas? —había dicho Tom—. ¿Gente sin coraje alguno, que prefiere acabar siendo filetes en el Carrefour?

Adrian se lo había tomado de forma personal.

—Déjame que te explique —prosigue Edmond—. Veolia ya está presente en el mercado del plástico, la madera y el papel.

—Sí, lo sé...

—Borzinski está negociando con ellos. Quiere llegar a un acuerdo. ¿No te lo ha dicho?

—No, pero lo sospechaba...

—¡Menudo socio! Te ha hecho la cama. —Adrian se pone colorado. No le importaría masticar una brizna de hierba para calmar los nervios—. Esto es lo que vamos a hacer —continúa Edmond—: Seguiremos con Borzinski porque lo necesitamos. Veolia no llevará a cabo su proyecto. No lo necesitan. Nosotros, sí. Como mínimo, para despegar.

—Ah...

Adrian se siente desbordado. Lo han puesto en su lugar y no está en condiciones de discutir con Veolia. Edmond, en cambio, sí.

—Seguiremos con él porque conoce las redes rusas y asiáticas, los usos y costumbres, los trucos, las comisiones que hay que pagar... Nos introducirá en este nuevo mercado. Y tú, poco a poco, irás aprendiendo, te harás una agenda de contactos. Trabajaremos con él el tiempo que haga falta. Yo aseguraré la base y tú serás mi hombre sobre el terreno, como los *missi dominici*.

Adrian no quiere preguntarle qué significa. ¿Para qué demostrar aún más su ignorancia?

—¿Está seguro de que Veolia no quiere trabajar con Borzinski?

—Veolia ya tiene todos los contactos que necesita. Borzinski se equivoca, no le va a quedar más remedio que hacer negocios con nosotros. —Edmond tira el clip deformado a la papelera y agarra otro para destrozarlo—. Pensaba que querría hacer negocios conmigo, pero te eligió a ti. Debí de parecerle demasiado viejo o acabado. Y seguramente lo estaba, pero me he recuperado y estoy listo para pelear. Quiero volver a contactar con Borzinski, pero al principio no te mencionaré. —Adrian se crispa. El viejo piensa dejarlo de lado. Da un golpe con la pierna derecha en un lado de la mesa—. Voy a esperar a que venga él, te tendré al corriente. Dime una cosa: si hay que invertir, ¿podrás poner tu parte? Porque al principio habrá que poner un poco de dinero.

—¿Por qué me hace esa pregunta? Sabe usted muy bien que no puedo.

—Porque quiero que seas tú quien se lo pregunte. Si quieres jugar con los mayores, vas a tener que comportarte como uno. ¡Y no robar de la cuenta del banco de tu jefe!

Edmond ha alzado el tono. Rompe el clip entre sus dedos.

—De acuerdo, lo entiendo —dice Adrian—. Me está dando una lección.

—¡La necesitas, amigo mío!

Cuando sale del despacho de Edmond, Adrian se tropieza con Julie, que entra.

—Uy, perdón... —dice él con gesto sombrío.

—¿Qué tal, Adrian?

—Bien, ¿y tú?

Sin esperar la respuesta, baja la escalera.

Julie lo sigue con los ojos. Corre como un ladrón. «Qué extraños son los hombres. Jérôme no deja de reprenderme, de decirme que desconfíe de Adrian, de Maurice, de Boubou; y Houcine no parece trigo limpio.» Está cansada, ha engordado y eso la tiene de bajón. Esa mañana no ha podido abrocharse el sujetador. A la fuerza, ¡van día sí y día también a comer de restaurante!

Edmond juega con un clip, con los codos apoyados en la mesa. Una sonrisa feliz flota en sus labios.

—Tienes buen aspecto —dice Julie.

—¡Querrás decir que tengo un aspecto genial!

—¿Puedo saber a qué se debe?

—Voy a relanzar la Ferraille, y a lo grande.

—Ah..., ¿y cómo?

—Serás la primera en saberlo.

—¿Por qué no me lo cuentas ahora?

—Aún no está del todo claro. Tengo tantas ideas que la cabeza me echa humo.

Él retuerce una y otra vez el clip. Está acostumbrada a ver a su padre torturar clips. Hay gente que hace autodefinidos, crucigramas, sudokus, puzles...; su padre retuerce clips.

—Me alegra que estés mejor. Últimamente parecías ausente.

—Adrian me ha despertado. ¿Tenías algo que decirme?

—No, me apetecía hablar contigo, nada más.

—Pues mañana seguimos. —Se pone la chaqueta, coloca las manos a ambos lados de la cabeza de su hija y murmura—: Te quiero, pequeña.

A Julie le entran ganas de llorar.

Se abraza a él, pero se desembaraza de ella.

Esa noche tiene una cita con Léonie.

Van a Auxerre a ver una película que ella ha elegido en el cine.

Julie baja y se encuentra a Jérôme en su despacho. Está al teléfono. Cuando la ve, corta le conversación.

—Sí... Sí... Hablamos después. *Ciao!*

Julie busca una silla con la mirada. Todos los asientos están ocupados, cubiertos con herramientas, lonas, piezas de recambio, bidones de aceite... En un estante hay una pequeña hacha nuevecita. ¿Para qué la querría?

Se sienta en la esquina del escritorio.

—¿Con quién hablabas?

—Con un colega que vende un coche. Un viejo Audi. Magnífico. Un modelo que ya no se fabrica. Con transmisión automática. Va en primera y en segunda con normalidad, pero, en cuanto la centralización se cierra, se bloquea y el embrague patina. No puedes hacer nada. Tienes que volver a tu casa a veinte por hora. ¡Y para un Audi es lamentable!

—¡Un Audi! Madre mía...

—¿De qué te sorprendes? ¿Es que no tengo derecho a conducir un Audi? — Parece dispuesto a saltarle al cuello. Su boca se tuerce en una mueca amarga. Julie baja la mirada a su suéter, se quita las bolitas que se han formado y juguetea con ellas—. ¿Has subido a ver a tu padre?

—Tenía prisa, así que no tenía tiempo para hablar conmigo.

—He visto a Adrian bajar de su despacho a toda velocidad.

—Me da la impresión de que tienen planes para la Ferraille. Papá me ha dicho que me lo contaría más adelante.

Si hay una expresión que a Jérôme no le gusta es «tienen planes». Edmond todavía no le ha preguntado su opinión sobre la Ferraille.

—¿Se han reconciliado? —pregunta como si supiera la respuesta.

—No estaban enfadados, y eso me alegra. No me gustaba el ambiente que había últimamente. Tenía la sensación de que todo se iba a pique. Y eso me

ponía triste.

—Todo te pone triste. Haces una montaña de un grano de arena.

—Debe de ser el cansancio... No dejo de currar. Y salimos todas las noches. No estoy acostumbrada, ¿sabes?

Ha anochecido. Bandas negras y alguna naranja cruzan ya el cielo azul oscuro. Parece el dibujo de un niño que anuncia la llegada de una desgracia. Las luces de la Ferraille se extinguen una a una. Solo queda el farol blanco que ilumina el lugar y el intermitente rojo de la trituradora. ¿Cuándo se llevó a cabo la última revisión del motor?

Mañana lo comprobará. La habitación está en penumbra. Tiene la impresión de estar sola.

—Estoy contenta, voy a ver a mi amiga —murmura Julie.

—¿Qué amiga? —dice Jérôme sin prestar atención.

—Stella, claro, no tengo otra.

¿Por qué no hay ningún asiento libre en el despacho de Jérôme? ¿Es que no recibe nunca a nadie? Decide no preguntarle. No quiere que le ladre por segunda vez.

Julie levanta la cabeza hacia él.

Jérôme mira la trituradora. Un haz de luz blanca le ilumina el rostro. Le brillan los ojos y una sonrisa maliciosa le deforma los labios.

Las cosas no van en absoluto como él había previsto. Los acontecimientos se suceden sin que él pueda hacer nada. Tiene que actuar.

Mira fijamente la trituradora, que, con la boca abierta y mirando hacia el cielo negro, domina el patio. Todo gira a su alrededor. La temen, le tienen miedo, la alimentan. Escupe gas, chispas, fragmentos de metal letales. Nadie puede acercarse a ella. Tampoco debe averiarse, porque repararla es caro.

Y cuando se avería...

Hay que saber ser paciente, esperar hasta que llegue una buena idea. No llega sin más. Siempre se hace de rogar.

Y acaba de presentarse.

Una noche, cuando esté a solas con Adrian, irá a buscarlo y le dirá que un material que no puede comprimirse ha caído en el conducto y ha bloqueado el

motor. Añadirá que el piloto afirma que es culpa suya, de Jérôme, por no inspeccionar correctamente el material volcado en la cinta transportadora, de modo que le tocaría a él repararlo. Preguntará a Adrian si puede ayudarle a arreglar la trituradora. Se necesitan dos personas para hacerlo y el piloto, furioso, se ha largado.

Con antelación, se habrá asegurado de reconciliarse con Adrian. Le habrá pedido disculpas. Por supuesto, serán falsas, pero hay que engatusar al tipo. Por eso mismo, se deshará en halagos, le dirá todo lo que quiere oír y volverán a ser amigos. Al fin y al cabo, antes lo eran.

Cuando lleguen al tobogán de la trituradora, dejará a Adrian en la cinta transportadora, ocupará el lugar del piloto y, en un mal gesto, levantará las ruedas. Adrian perderá el equilibrio y caerá en la trituradora. Ya ha pasado en otras ocasiones. Y después de una investigación, la inspección de trabajo concluiría que había sido un accidente. Gajes del oficio.

«No quería hacerte daño, tío. Pero no me dejas otra opción. No puedes tratarme como a un tipo cualquiera. ¿Has visto cómo me hablas? ¿Cómo me mandas a la mierda? Tienes escrito en la cara, en letras mayúsculas, que me desprecias. ¡Y ahora pretendes ocupar mi lugar en la empresa! El viejo me ignora y hace negocios directamente contigo. Tú te lo has buscado. Y ya está. Te has comportado como un imbécil. Un imbécil arrogante. ¡Es la pura verdad! Y yo no pedía nada más que ser tu amigo. Esto no es culpa mía.»

«¡No es culpa mía!»

Esta conclusión lo tranquiliza.

Se gira hacia Julie y, mientras se atusa el pelo, le dice:

—¿Quieres cenar fuera esta noche, cariño?

\*

Hortense cierra la puerta del apartamento de Marcel y Josiane Grobz, en el bulevar de Courcelles, delante del parque Monceau. La puerta estaba entreabierta, le ha bastado con empujarla. Grita: «¿Hay alguien?». Se sorprende ante el silencio. Había avisado a Junior de que pasaría a las cuatro y media de la tarde y él le había respondido que acortaría su paseo y que tenía ganas de verla.

—Intenta llegar puntual, pasado mañana viajo a Nueva York y tengo muchas cosas que hacer todavía. —Por teléfono, la voz de Junior sonaba tenue y débil

—. ¿Estás bien?

—Estoy cansado.

—¿Tienes la gripe?

—Según el médico, es agotamiento. No paro de machacarme la cabeza.

—Son tus experiencias, te calientan las neuronas. Deberías tomártelo con calma.

—Eso es más fácil de decir que de hacer. No puedo dejar de pensar...

\*

Hortense recorre la cocina, el comedor, el salón y el despacho de Junior y no encuentra a nadie. Popeline tampoco está allí. Ha dejado abierta cerca de su ordenador una gruesa carpeta donde pone «CORREO EE. UU.». Un pintalabios rojo y una polvera. Debe de retocarse el maquillaje cuando Junior se da la vuelta.

Hortense marca el número de Junior y le responde Josiane, quien le susurra que van con retraso porque Junior está recuperando energía con un árbol, lo necesitaba de verdad.

—¿Qué necesita?

—La fuerza del árbol. Está agotado, tiene migrañas, palpitaciones, desmayos... Al paso que vamos, ¡le daremos la extremaunción! ¿Por qué no te reúnes con nosotros? Estamos en el parque, al final de la avenida, entrando a mano izquierda.

Hortense solo acierta a decir:

—Pero no se va a morir de verdad, ¿no?

No sabe por qué ha dicho eso. Un velo negro ha oscurecido su corazón. Tiene mucho miedo.

\*

Josiane la espera en un banco, acompañada de Popeline. Las dos mujeres contemplan a Junior, que, pegado a un árbol, con las piernas y los brazos separados, se abraza al tronco. Con la mejilla tocando la corteza, cierra los ojos y parece dormido. Tiene el pelo rojizo crespo, pestañas largas y curvadas; los labios, entreabiertos, le tiemblan. Hace un frío húmedo y le salen bocanadas de vaho de la boca, que dibujan un halo blanco. La gente se vuelve a mirarlo y susurran entre dientes: «Qué chico más raro. ¿Crees que intenta arrancarlo de cuajo para plantarlo en otra parte?».

—Es un poco grande para él, ¿no? —pregunta Hortense en voz baja cuando se reúne con Josiane y Popeline. Esta no responde. Vigila la cara de Junior, y parece tan tensa como él tranquilo.

—Es un arce —dice Josiane—. Es suave y tiene la capacidad de devolver el equilibrio al hombre. Si hubieras llegado antes, lo habrías encontrado en compañía de un abedul, que es relajante, tranquilizador, te libra del estrés y de la angustia. Después acabará con un fresno, que armoniza el psiquismo y ayuda a la concentración.

—¡Hablas como si fuera un tratamiento médico! —dice Hortense, a punto de reírse—. ¿Y la seguridad social cubre estos tres árboles?

—¡No te burles! Junior está exhausto. Tiene el cerebro quemado. Se le han cruzado los cables. Se desvistió delante de Popeline, se pintó el pito de rojo y se lanzó sobre ella gritando: «Soy un uro, uro, uro, y me voy a tirar a una vieja, eja, eja...». Popeline ha tenido una sangre fría notable. No se ha inmutado, le ha dado su ropa, unas lonchas de jamón y ha dejado que las engullera hasta que se tranquilizara.

Las dos mujeres se dirigen un saludo cordial e inclinan la cabeza. Parecen japonesas achispadas.

—En un caso de extenuación tan claro —dice Hortense—, me pregunto si los árboles bastarán para que se recupere.

—Hemos ido a consultar a la doctora Hivet, una mujer genial que cura con plantas, esencias y homeopatía, pero también con alopátia. Le ha prescrito dos comprimidos de raíz de oro por la noche para paliar el agotamiento y nos ha aconsejado con vehemencia que volviera a conectar con la tierra yendo al parque todos los días. Hay que animarlo a que camine con los pies desnudos sobre la hierba, a que huelga las flores, a que toque los árboles y a que hable con los caracoles para que su mente se vacíe y se enfríe.

—El árbol absorbe su exceso de energía y regula su cerebro —explica Popeline sin apartar la mirada de Junior.

—También le damos clases de cocina —continúa Josiane—. Hacemos pastel de cerezas, tartas de manzana, merengues... Le encantan los postres. Mezclamos la masa, montamos las claras a punto de nieve, raspamos las vainas de vainilla, cortamos manzanas y peras...

—¿Y eso le gusta? —pregunta, sorprendida, Hortense.

—¡Le encanta! —dice Josiane—. Tendrías que haber visto en qué estado se encontraba cuando empezamos el tratamiento: morado, tembloroso, con quemaduras en las extremidades... Era desolador. Hoy está prácticamente

recuperado, y no podría alegrarme más.

Hortense se inclina hacia ella y se acerca tanto que puede notar el olor de su piel rosada y aterciopelada.

—Ahora que me fijo, Josiane... ¡Has adelgazado muchísimo! ¡Felicidades!

Josiane se sonroja, coqueta.

—Se lo debo a Junior.

—¿Te ha puesto a dieta?

—¡Algo mucho mejor! Me ha bloqueado la casilla de «apetito» del cerebro. Ahora ya no tengo hambre. Puedo pasar por delante de una tarta Saint Honoré sin salivar. No sé cómo lo ha hecho, ¡pero funciona!

\*

Más tarde, en su estudio, Junior explica a Hortense la razón de su extenuación: ha intentado conectar el cerebro de Tom con el suyo para sincronizarlos. Pero los plomos saltaron y fue a parar a los tiempos de los neandertales; creyó que era un uro en celo e intentó violar a Popeline. En el último segundo, se dio cuenta de que deliraba y desvió su libido hacia el deseo por el jamón.

—¿Te imaginas que me hubiera lanzado sobre Popeline y la hubiera sometido a tales ultrajes?

—¡Le habría encantado! Está locamente enamorada de ti. Pero, oye, ¿quién es Tom?

—Tu primo.

—Solo tengo un primo y se llama Alexandre.

—Y Tom. El hijo de Stella y de...

—Ah. —Hortense se queda boquiabierta y se lleva la mano al pecho.

—Me he hecho amigo de Tom. Lo conocí en tu desfile, alrededor de una pirámide de *macarons*. Estuvimos a punto de pelearnos, pero acabamos haciendo buenas migas. Pero bueno, basta ya de hablar de mí. ¿Cómo te va a ti, princesa de babuchas doradas?

Hortense se hunde en su silla y se rasca un granito que le ha salido en la raíz del pelo. Frunce el ceño para aferrarse a una idea huidiza. Lucha para inmovilizarla. Contrae las aletas de la nariz y suspira.

—¡Si tú supieras, Junior! Estoy tan... tan... No encuentro la palabra.

—Deja que me concentre, a ver si puedo dar con ella por ti.

—Adelante, pero con cuidado, no quiero que te pongas en peligro.

—Tranquila, no hay nada que temer. Espera un momento... —Levanta los brazos, se aplasta el cabello contra la nuca y abre una raya con el dedo índice —: ¿Has visto como vuelven a crecer? —Suelta un pequeño silbido entusiasta, cierra los ojos y enuncia—: Ilusión, confusión, frustración.

—Traduce...

—No estás tan contenta como deberías. —Se levanta, camina de un lado a otro, se detiene delante del escaparate y ve la lluvia enturbiar el cielo gris oscuro de París. Se frota la frente, vuelve sobre sus pasos y afirma—: Ilusión. Pensabas que te convertirías en una estrella mundial en dieciocho minutos y que te verías inundada de pedidos, encargos, galardones, millones de dólares..., y te has encontrado con un éxito considerable, desde luego, pero no tan alucinante como habrías deseado. De ahí la confusión. No lo entiendes. Todo te parece insustancial, sin olor, sin sabor. Querías ver «Hortense Cortès» escrito en letras mayúsculas en la Torre Eiffel iluminada. Frustración.

—Has dado en el clavo. Quiero mucho más. Quiero un éxito enorme. Mi última esperanza es América. Me voy pasado mañana y quiero arrasar. El señor Carter ha añadido fechas a mis presentaciones en Bergdorf Goodman, hay demanda de verdad, así que espero que haya muchas más reuniones de este tipo.

Junior tamborilea con los dedos el borde de su mesa mientras mastica la punta de un lápiz. Una ola de calor invade su cabeza, percibe un camino de alfombra roja que flota y se prolonga hasta un trono. Una corona se eleva y se posa en la cabeza de Hortense. Sobresaltado, vuelve en sí y dice:

—Tengo la impresión de que se avecina algo muy importante. Veo una larga alfombra roja, *flashes*, luces, un coche que chirría, gritos...

—¿Un atentado?

—Para nada. Es un acontecimiento feliz. Tú no eres la estrella y, sin embargo, tú eres la que se lleva el gato al agua. No es lo que te habías imaginado, pero es el evento definitivo que lanza tu carrera a nivel mundial. Un pedazo de alfombra roja.

—¿Una alfombra voladora? —bromea ella.

Junior se crispa y no sonrío en absoluto. Le gustaría mirar a Hortense, pero siente la cabeza embotada.

—Jamás desprecies la alfombra roja, princesa, respétala, bésala y acaríciala, pues es lo que te proporcionará fama mundial.

—Junior, suenas algo incoherente. ¿Seguro que te encuentras mejor?

—Hago lo que puedo, sigo muy débil.

Traga saliva y baja el mentón. Nada le gustaría más que estar a la altura de las expectativas de Hortense. Ha acudido a él en busca de respuestas y la ha decepcionado.

—Dime una cosa: ¿fuiste tú quien me empujó a hacer las paces con Adrian después del desfile? Tenía la impresión de que alguien me teledirigía.

—Sí... No era el momento para montar un escándalo.

—¿Tienes que admitir que es increíble que, con los dos millones de tipos que hay en París, tenga que darme de bruces en la escalera del Fouquet's con el novio de mi tía! ¡Y que nos diéramos un beso!

Junior se encoge de hombros, resignado.

—Así es la vida, ese día se había levantado bromista. Juega con nosotros, nos guiña el ojo. Hay que seguirle el rollo si no quieres que te envíe a paseo.

—Tenías razón respecto a Elena. Es una persona honesta. Sisteron era el problema. Elena lo despidió y recuperó sus cuadros de la habitación de Nicole Sergent. Los dos serán juzgados. Sisteron, por robo, y Nicole Sergent, por receptación y complicidad.

—Ya lo sé. Zoé pasó a verme ayer, me lo contó todo. Su pequeño proyecto de cine ha ido muy bien. Ya no está tan segura de querer meterse a monja carmelita.

—Ha recibido muchas propuestas. Picart piensa acogerla bajo su ala. —Hortense se coge un mechón de cabello y lo trenza entre los dedos mientras se muerde los labios—. Junior..., ¡deseo con todas mis fuerzas tener un éxito ENORME!

—Ya lo sé, princesa, ya lo sé.

—Después me sentiré libre. Totalmente libre. Podré elegir mi camino. Hacer lo que me plazca, todo el tiempo. ¿Quieres ayudarme?

—Te prometo que te ayudaré, pero déjame que recupere fuerzas. —Hortense le rodea el cuello con los brazos, se inclina hacia él y le besa mientras le da las gracias en un murmullo—. ¡Otra vez! —exclama. Ya empieza a sentirse un poco más fuerte.

—¿Quieres decir que soy más fuerte que el arce, el abedul y el fresno juntos? ¡Tres árboles!

—Tres besos... —murmura él con energías renovadas, rodeando a Hortense por la cintura y acercándola a él.

\*

Julie relee el mensaje que pone fin al contrato con Messageries de l'Ouest; se pregunta si es mejor escribir *acta* o *informe* y valora ambas palabras, como si esperara que la decisión se hiciera evidente. Opta por la segunda y acaba el mensaje con las fórmulas habituales. Julie relee el mensaje, reflexiona y cambia *informe* por *acta*, pues le suena más oficial.

Son las siete y media. Ya ha anochecido y es de nuevo la última en marcharse. Ya está acostumbrada, aunque le gustaría volver a su casa, prepararse una sopa de sobre y dormir. Dormir.

Jérôme quiere salir esa noche. No se ha atrevido a decir que no porque se ha vuelto muy susceptible. Pasa por una etapa difícil, pero no quiere hablar y ella está demasiado cansada para tirarle de la lengua.

Cuando está cerrando su despacho, oye pasos. Se sobresalta, se gira y ve a Houcine.

—¡Me has asustado! ¿Qué haces aquí? Es tarde.

—Quería verte.

—Tengo prisa. Jérôme quiere que salgamos y tengo que pasar por casa para cambiarme... —Ella mira la hora de reojo—. ¡Ya llego tarde!

Houcine le acaricia una y otra vez la mejilla con el dorso de la mano.

Aún no tiene claro si se lo va a contar todo, pero, finalmente, se lanza.

—He visto a Zbig en el hangar esta tarde. Estaba cargando grandes planchas de aluminio. Ya sabes, las de Sombex.

—¿Estás seguro? Lo que me estás diciendo es muy grave.

—Me conoces, Julie, jamás...

Houcine hunde las manos en los bolsillos de su abrigo y aprieta los puños. Antes de ayer había sorprendido a Jérôme y a Adrian parloteando detrás de la trituradora. Jérôme se partía de risa y Adrian daba patadas a una barra de acero, que brillaba bajo el sol.

Parecían haberse reconciliado. Ahora, cuando Adrian pasa por delante del despacho de Jérôme, pita y le hace una leve señal. Acabará sintiendo pena por él. Está demasiado aislado. Nadie saldrá en su defensa si Jérôme lo acusa de robar en la nave. Perderá su empleo y le costará encontrar otro. Las fábricas de la región están cerrando.

—¿Stella no se ha llevado el camión? —pregunta Julie.

—Ha vuelto con Adrian.

—¿Y la alarma? Jérôme tuvo que activarla.

—No he oído nada.

—Qué extraño.

—Por eso te lo cuento.

Hay algo que Houcine no puede contarle a Julie. Algo que ha visto con sus propios ojos: Jérôme había cortado el cable de la alarma, había cortado el circuito de vídeo de la nave y había ayudado a Zbig a cargar el camión de Stella.

Denunciar al prometido de la jefa es demasiado arriesgado. No sabe cómo reaccionaría. A veces, las mujeres son complicadas.

\*

Jérôme limpia el cuchillo en el pan y lo deja de nuevo sobre la servilleta blanca.

—¡Houcine te ha contado una milonga! Zbig no es el que roba, sino Adrian. ¿No has visto cómo se viste desde hace un tiempo? ¿Las camisas, los zapatos que lleva? ¿Sus trajecitos? ¡Nada de eso se compra en un supermercado, te lo aseguro!

El rostro de Julie se ensombrece.

—¿No te gusta el pijama que te regalé?

—Pues claro que sí... No lo digo por ti, cariño; a ver cómo puedo decirlo... Toda su ropa tiene clase. Se nota que tiene pasta. La cuestión es de dónde saca toda esa pasta. ¿Puedes decírmelo?

Julie pasea el tenedor por su plato. Extiende una salsa blanca al estragón que le produce náuseas. *Alcachofas à la royale* era el nombre del plato en el menú. No ha tocado ni los corazones de alcachofa ni el *saint-joseph* que Jérôme ha elegido tras una larga discusión con el sumiller.

—No tengo ni idea.

—Pues hazte esa pregunta. Piénsalo bien. —Él abre los brazos y mueve la cabeza de arriba abajo. Julie se queda muda—. Se dedica a traficar, no hay otra opción. Con el camión de Stella. Corta la alarma, corta el vídeo ¡y listos! ¡No es tan difícil de entender! —Coge su copa, paladea el vino, cierra los ojos y concluye—: Escúchame bien. Sé mucho de los hombres y de la vida. Es la ventaja de la edad.

—No parece propio de él —murmura Julie—. Y tú no dejas de acusarlo, como si ya hubieras decidido que es culpable.

—No me habla bien.

—En general, apenas habla. Es taciturno. Eso es todo.

—No hace falta que me hable, sus ojos lo dicen todo. Con su mirada me da

a entender que soy un pringado, el tipo que se ligó a la hija del jefe.

—Lo mezclas todo, Jérôme. —Julie sacude la cabeza, descontenta. No le gusta nada el giro que está tomando esta conversación. Los corazones de alcachofa embadurnados de la salsa blanca viscosa le dan ganas de vomitar—. Nadie merece que lo acusen sin pruebas —murmura ella.

—¡Venga! ¡Dime que miento! —exclama lanzando la servilleta sobre la mesa—. ¡Ah! ¡Genial!

La conversación sube de tono. Jérôme tiene la cara roja, congestionada, y la frente llena de gotas de sudor.

—Me pones en una situación imposible —dice Julie—. Ya ni me atrevo a mirar a Stella a la cara.

—¿Y qué pinta Stella en todo esto?

—Lo mezclas todo, ya no sé qué pensar, estoy cansada, y estoy harta de comer en restaurantes continuamente.

—¿Y ahora vas a reprocharme que te trate como a una reina? —pregunta él, indignado. Levanta los brazos clamando al cielo y tira el molinillo de pimienta. El encargado de sala los mira de reojo. Julie le lanza una mirada exasperada que crea una distancia entre ellos. Él se siente rebajado a la categoría de anónimo. O, peor, de empleado. El miedo se apodera de él. Si la pierde, lo perderá todo—. Venga, hagamos las paces, dame un beso —añade haciendo melindres y acercando la boca.

—¡Delante de todo el mundo no!

—Antes no decías eso. —Ella se muerde el labio—. Ya no me quieres —concluye él, profundamente herido.

—Déjalo ya, me estás agobiando.

—¡Ah, genial! ¡Ahora te agobio!

—No me apetecía nada venir al restaurante esta noche... Podrías haberlo supuesto. Pero no. Has decidido que teníamos que venir. Estoy cansada, Jérôme. Me dejo la piel en el trabajo todo el día, tengo que encontrar soluciones para todo el mundo. Hago cálculos, redacto mensajes, doy argumentos... Sin vacaciones, sin descanso, sin tiempo de ocio. Y con jornadas interminables.

Él arranca un pedazo de pan. La ha llevado a un restaurante —y no a uno cualquiera: a un restaurante con una estrella Michelin— para demostrar que están enamorados, que son felices y tienen buena salud; en definitiva, para demostrar que están orgullosos de estar juntos. Además, el Burgondy es su restaurante fetiche. Tienen su propia mesa, sus platos preferidos. El personal

los conoce y los reciben con cebolletas. El chef prepara aperitivos solo para ellos. Le preguntó incluso si podía llamar a un postre *Suflé Jérôme-Laroche* cuando la receta estuviera a punto. Ese gesto lo conmovió de verdad. Sin embargo, ¡ella está harta! Jamás habría pensado que escucharía algo así. La verdad es que Julie ya no está enamorada. Él no ha sido más que un amor pasajero. El capricho de una niña de papá. Julie acabará con su relación. Y él será el hazmerreír. Esa idea lo hunde en una angustia insoportable. Coge a Julie por el brazo, la agarra por la manga del vestido y tira con tanta fuerza que el tejido se rasga a la altura del hombro. Julie se libera con un gesto brusco y la manga se desprende por completo.

—¡Fantástico! —dice ella—. ¿Tienes idea de la imagen que estamos dando?

El camarero ha observado la escena. Le pregunta al oído si quiere que le lleve el abrigo para taparse.

Ella se pone colorada y asiente con la cabeza.

Aparta su plato.

—Ya no tengo hambre. Come tú si quieres. Yo me quedaré aquí mirando.

—¡Claro! ¡Nada me apetece más que eso!

Llama al encargado y pide la cuenta. Le explica que su mujer no se encuentra muy bien y que se van a casa.

—¿Un acontecimiento feliz? —le susurra el encargado de sala.

—¡Es lo único que falta! —exclama.

De noche se pega contra ella, su vientre contra su espalda, y murmura: «No vuelvas a hablarme así delante de todo el mundo. ¿Te das cuenta de en qué lugar me dejas?».

Ella lo aparta de un codazo y responde entre dientes que la deje, que intenta dormir.

Él se enoja. ¿Cómo puede hablarle así? ¿Por qué todas las mujeres lo tratan como una mierda? A la primera no le salió bien. Tal vez debería confesarle cómo acabó Suzie. Atrapada bajo las ruedas de un camión. Puede que saber eso la hiciera ser más amable.

—¿Qué te he hecho? —masculla—. Hago lo imposible por tu felicidad y ni siquiera quieres besarme en el restaurante. ¿Quién te crees que eres?

—¡Déjame en paz! Estoy cansada. Y sepárate, deja de pegarte a mí.

Esa fue la gota que colmó el vaso.

Él le retuerce el brazo y le tira del pelo tan fuerte que la obliga a arquear la espalda, a levantar el mentón y a echar la cabeza hacia atrás. La penetra de un solo empujón para demostrar quién manda. Julie se encabrita, chilla. Él la fuerza hasta eyacular. Después se deja caer sobre el costado y murmura: «No vuelvas a hablarme así, ¡jamás!».

Un poco más tarde, mira la hora. Las cinco.

Oye a Julie llorar sobre su almohada. No consigue conciliar el sueño. Se calza las botas en la oscuridad y se va a la cocina. Allí pone agua a hervir para prepararse un Nescafé; odia el café instantáneo, pero no tiene tiempo para hacerse uno de verdad. La casa está en silencio. No se oye más que el ruido de la caldera al encenderse. Cuando tenga pasta, hará que instalen una bomba de calor. Elegante y económica. Silenciosa. Se bebe el café en una taza donde pone «Más que ayer pero menos que mañana». Y en el asa, «Te quiero», pero él la había roto. Por tanto, siempre se quema. Julie se la regaló. Una taza de chica, por supuesto.

Cierra la puerta y se dirige hacia el camión de Stella. Se lo había pedido prestado la víspera con el pretexto de una revisión, pero, de hecho, era para cargar las planchas de aluminio con Zbig. Stella le lanzó las llaves murmurando: «Ten cuidado con la grúa, se tambalea», a lo que él había respondido: «No soy un novato, ¿por quién me tomas?». Así la había puesto en su lugar. A veces es igual de arrogante que su novio.

No le gusta nada que puedan acusar a Zbig. Si llegaran a interrogarlo, el tal Zbig lo soltaría todo, empezando por el nombre de su cómplice. Estaría completamente vendido. Lo perdería todo. Se quedaría con una mano delante y otra detrás. Pero no es el momento de dejarse llevar por el pánico, todavía tienen que probarlo. Y no hay pruebas, porque han cortado la cámara.

Ahora irá a casa de Zbig y se desharán de toda la mercancía robada. Conservarla se ha vuelto demasiado peligroso.

Sale a la calle. Tiene aparcado el camión detrás del depósito de agua. Tiene tanta energía en las piernas que le embargan las ganas de echarse a correr. Comprueba que las planchas de aluminio están bien sujetas y que no se moverán durante el trayecto. Tienen que deshacerse de todo esa mañana, no

debe quedar nada en casa de Zbig. Ni rastro de su contrabando. Una lástima. Podrían haber conseguido una fortuna. Tendrá que ir a menos restaurantes, lo cual resulta de lo más oportuno ahora que la señorita le hace ascos. Ahora irán al local de un gitano que conocen y malvenderán su carga. Los gitanos confían en Zbig, siempre les endilga mercancía a buen precio, ¡y de la buena! Todo el mundo sale beneficiado. ¡Houcine se ha tenido que chivar! Lo había revelado todo. A este le tiene reservada una sorpresa, y no una agradable.

Es de noche. Los faros del camión no iluminan lo suficiente, el de la izquierda parpadea. La calefacción es a ratos abrasadora y a ratos glacial. No sabría decir qué es peor. Se dirige a la granja de Zbig. Cruza los dedos para que no haya problemas y los gitanos les paguen. Porque si no... se quedarán colgados con la mercancía y con cara de idiotas. Los gitanos harán correr la información y ya no conseguirán vender nada. Ese tipo de operaciones son delicadas. Requieren tacto y autoridad. Hay que hacerse respetar. El mundo se divide entre quienes son respetados y los demás. Y no tiene ninguna intención de formar parte de los otros. «Pero... ¿por qué he entrado en barrena yo solo? ¿Por qué he dejado a mi mujercita en casa? ¿Por qué nos hemos peleado? Al menos le he enseñado quién manda. Y dejará de tocarme las narices con el ruso de mierda. Sí, ese dejará de tocarme los huevos muy pronto.»

\*

Stella se despierta y mira con los ojos entreabiertos el despertador de Mickey: las cinco y media. Todavía es de noche. Una noche sin estrellas. Adrian duerme, con la mejilla aplastada sobre la almohada. Elle se pega a él, frota su nariz contra su torso y nota un aroma a crema de almendras. ¿Y si le pasa algo malo? Tiene la impresión de que se avecina una desgracia. Conoce los recovecos de la noche. Y en ellos se esconden siempre malas noticias. Pero ¿qué puede hacer ella? «El mundo no gira a mi alrededor, todo el mundo sufre su parte de felicidad y de desgracia, y yo no tengo nada que ver en cómo se reparten. Lo único que puedo hacer es decidir que cada segundo y cada minuto sean importantes. Presiento que la felicidad y la desgracia están a punto de llegar, y lo harán a la vez.» De nuevo, esa noche las tinieblas la asustan y la oprimen. Cómo le gustaría poder descifrar la oscuridad y ponerle nombre, pero no se atreve a moverse. Solo puede esperar.

Desea no llegar jamás a tocar fondo.

\*

Son cerca de las seis de la mañana cuando Jérôme llega a casa de Zbig. Da la vuelta a la granja por detrás, está a punto de hundirse en una rodada, pisa el acelerador, el camión patina, derrapa y se tambalea. Gira el volante, vuelve a llevar el camión al camino y piensa que ha estado cerca. Ha estado a punto de volcar.

Se seca la frente y se humedece los labios. Aparca el camión delante de la granja y va a llamar a la puerta de la cocina. Zbig está levantado. Se oye la fricción de sus pantuflas viejas sobre el suelo. Abre la puerta y se queda en el umbral. Lleva un jersey y un pantalón cubiertos de mugre, de aceite de vaciado y de una cosa blanca que parece cola.

—¡Mierda! ¡Son las seis! —dice Zbig mientras sujeta su taza de café con leche y moja una tostada.

—Tío, espabila que nos han vendido. Tenemos que desocupar la granja e ir a ver a los gitanos enseguida.

Mientras Zbig sigue masticando su tostada remojada, un hilo de café con leche le cae por el mentón y le mancha el jersey. Un gato se le enrosca entre las piernas y maúlla.

— Ah... —dice como si acabara de entenderlo.

—Tenemos que liquidar la mercancía. Toda.

—¿Ahora? —Tener que actuar con tanta precipitación pone nervioso a Zbig. Moja la tostada, mastica y se seca el mentón. Intenta hallar un medio de zafarse—. ¿Y todo eso no puede esperar?

—No. Porque si se les ocurre registrar tu casa acabaremos en la cárcel.

Zbig lo mira con sorna.

—Bueno, siempre puedo decir que no es mío. Diré que todo es tuyo y que tú usas mi cobertizo... Que yo me limito a mirar a otro lado porque eres mi amigo y que jamás voy al cobertizo.

¡Será desgraciado! Bajo esa fachada de tonto se oculta un tipo astuto.

—Te olvidas de que Houcine te ha visto esta noche cargando las planchas de aluminio en el camión. Te ha reconocido y se lo ha dicho a Julie. Por eso he venido a toda leche.

—Si me ha visto, también te ha visto a ti. Porque estábamos los dos juntos. Así que no me vengas con chorradas.

Jérôme reflexiona. Ahí tiene razón. Houcine ha tenido que verlo y ha optado por no decirle nada a Julie. Houcine está ganando puntos.

—Óyeme bien, no tenemos tiempo que perder fastidiándonos. Cargamos el camión y nos vamos a ver a tus colegas.

—¿Ahora mismo?

—Sí. ¡Espabila!

—Habría que avisarlos...

—¿No se han trasladado desde la última vez?

—No, no creo.

—Pues vamos. A estas horas estarán en su casa.

—¿Y qué les vamos a decir? Les extrañará que les demos toda la mercancía de golpe.

—Ya se nos ocurrirá algo, no te preocupes. Podemos decirles que esperamos una entrada enorme de más mercancía y que no podemos guardarlo todo en tu casa. O alguna cosa así.

—No son idiotas. No se lo tragarán.

—¡Te digo que ya se nos ocurrirá algo! ¡Venga! ¡Vámonos!

Zbig levanta los ojos hacia el cielo y sacude la cabeza.

—No hay luna. Eso es mala señal. No deberíamos seguir adelante.

—¡Joder, Zbig! ¡Deja de pensar! ¡No es lo tuyo!

Zbig suelta un eructo largo y sonoro que le pone una sonrisa en los labios. Se masajea el estómago, se acaba el café con leche y la tostada, se limpia la boca con la manga y se frota la mano en el pantalón. Se quita las pantuflas y se pone unas botas y una cazadora con una insignia de John Deere verde con un ciervo amarillo. Cruza el umbral, da una patada a la puerta para que caiga el pestillo y observa el cielo negro.

—Ten cuidado, el suelo alrededor del cobertizo está resbaladizo. Ayer casi me parto la crisma.

—Ah —dice Jérôme—. ¿Por eso llevas el pantalón lleno de mierda?

Zbig no responde. Camina hacia el camión. Inspecciona el contenedor y las planchas de aluminio que había colocado la noche anterior. Se limpia los mocos con la manga y sacude la cabeza como si estuviera a punto de hacer una tontería enorme.

—Yo sigo diciendo que no deberíamos ir.

—¡Zbig, déjalo ya! No tenemos elección. ¿Quieres acabar en la cárcel?

Zbig da la vuelta al camión.

—Si queremos cargarlo, antes tendremos que descargarlo —dice.

—¿Para qué?

—Para hacer sitio... Cuando lo hayamos cargado todo, pondremos las

planchas encima. Las ataremos para que no se caigan. En el camión debe de haber cadenas.

—Sí, tienes razón.

—¿Sabes cómo funciona el camión?

—¿Quieres decir la grúa?

—Sí, la grúa.

—Pues claro... Antes era operador de grúa, yo te guío.

—Ya, pero no es lo mío. Hablo de la grúa del camión. ¿La has usado alguna vez?

—No, pero es una grúa. Funciona igual que todas.

Los dos hombres, de pie en la noche sin luna, miran el camión, miran el contenedor y luego la grúa.

—¿No está un poco ladeada? —dice Zbig.

—¡No! ¿Qué dices? Deja de buscar excusas. Hemos dicho que íbamos a hacerlo ahora y eso es lo que haremos.

—Vale, pero yo creo que se inclina hacia un lado.

—Bueno, ¿y qué?

—Que no es buena señal.

—¡Joder, Zbig! ¡No podemos llevar las planchas a rastras!

—No, claro.

—¿Estás seguro de que las cargaste bien anoche?

—Claro que sí.

—¿Y no tuviste ningún problema?

—No.

—Bien, entonces, vamos a amarrar las planchas. Tú te subes a la cabina y te encargas de manipular la grúa y yo procuro que se deslicen lentamente para que no se caigan. Y después volvemos a cargarlas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Pero yo prefiero estar en la cabina y ocuparme de la grúa.

—¡Eso es exactamente lo que acabo de decirte!

—Pues muy bien... Aunque sería mejor si hubiera luna...

—¡Zbiiiiig!

Zbig se da la vuelta, escupe y murmura:

—Vale, vale, no he dicho nada.

Sacan las cadenas, levantan una primera plancha, fijan las cadenas en las muescas que hay en cada una de las cuatro esquinas, las aseguran con un candado enorme, colocan el pico de la grúa en el candado, comprueban que la plancha está bien sujeta y Zbig se mete en la cabina.

\*

Para Stella, el peligro en la noche es un miedo muy real. De hecho, podría decir que el miedo pertenece a la noche. Cuando era pequeña y la noche transcurría en calma, sin peligro —es decir, sin que la puerta chirriara, sin que Ray entrara diciendo: «¿Qué hace mi pequeña? ¿Me ha llamado? ¿Quiere jugar con su papá?»—, solía decirse que tendría que pagar por ese momento de respiro. Y este presentimiento multiplicaba el peligro, multiplicaba el miedo. Casi como si pensara que era mejor soportar la tragedia cada noche para, así, acabar de acostumbrarse. Era un presentimiento tan horrible que abría la boca para gritar pero no conseguía articular sonido alguno.

Por eso no quiere volver a dormirse.

Presiente que la tragedia golpeará esa noche.

Se pone tensa, alarga los brazos para alejarla, como si intentara enviarla a golpear a otra persona. «Ni a mí ni a nosotros, por favor.»

\*

Solo queda una plancha por levantar.

En el interior de la cabina, Zbig se estira. Le habría gustado poder tomarse otro café con leche, pero Jérôme no le ha dado tiempo. Otra taza con otra tostada con mantequilla. El desayuno es su comida favorita. De pequeño tomaba café con leche y tostadas en cada comida. En ese sentido, su madre se portaba bien, porque le dejaba. En otros aspectos era una zorra, y ya lo tiene asumido. Siempre tenía que engatusarla y hacerle creer que era una santa. Ahora bien, era muy difícil engatusarla. Zbig no sabía cómo se las apañaba, pero su madre siempre conseguía lo que se proponía. Lo obligaba a dormir con ella cuando estaba demasiado borracha. Veía gatos cuyas garras le arrancaban los ojos y le arañaban los senos. Ella chillaba y se aferraba a él, vestida con su picardías amarillo transparente que apestaba a vómito y vino tinto. Se encontraba entonces con una piltrafa humana entre los brazos y tenía que ponerse encima de ella para que se callara. Solo eso conseguía calmarla, el peso de un hombre encima de ella. Agitaba los brazos y soltaba grititos que parecían de satisfacción. Habría podido asfixiarla y, de hecho, es posible que la asfixiara. Ya no se acuerda. Le encantaría hablar con su padre para ver si están de acuerdo.

Ve el CD de Céline Dion y se ríe entre dientes de alegría. ¡Hostia! Se había

olvidado de que lo había dejado en el camión de Stella. Por suerte, había comprado dos. Y hasta habría podido comprar tres. Ahora tiene dinero, sus artimañas están dando sus frutos.

—¡No te pasaría nada por venir a echarme una mano! —grita Jérôme mientras coloca las cadenas a la última plancha—. ¡Estoy haciendo todo el trabajo! —Zbig se hace el sordo. Mira por el retrovisor y ve a Jérôme, que sujeta el pico de la grúa con el enorme candado. ¿Por qué protesta? Casi ha acabado. Este tío siempre quiere darse importancia—. ¡Adelante! —grita Jérôme—. Pero ve con cuidado, que antes una plancha ha estado a punto de partirme la cara.

Zbig introduce el CD en el reproductor y la voz de Céline se eleva en la noche. La voz de Céline ocupa el lugar de todas las estrellas, todas las lunas y todos los soles. La voz de Céline se eleva hacia un cielo siempre azul. La voz de Céline le dice que su padre volverá, le hablará —«¿Hijo mío? ¿Hijo mío?»— y lo abrazará. Y entonces su cuerpo temblará de la cabeza a los pies y caerá en los brazos de su padre. No será nada más que eso: un bloque de manteca de cerdo que se funde por todo el amor que se va extendiendo. Y los dos estarán tan conmovidos que no sabrán ni por dónde empezar.

Ojalá pudiera olvidar el tiempo, aunque fuera solo durante un suspiro, un instante, un paréntesis tras la carrera, y marcharme adonde me lleve el corazón...

—¡Joder, Zbig! ¿Qué mierda de música es esa? ¡No es momento para eso! Concéntrate, tío. Vamos. Yo sujeto la plancha y tú giras con cuidado. ¡Con mucho cuidado!

Ojalá pudiera volver a encontrar mis huellas, dónde está mi vida, dónde está mi lugar, y guardar el oro de mi pasado en el calor de mi jardín secreto...

Cuando oye esas palabras —«en el calor de mi jardín secreto»—, empieza a sentir algo raro, un calor en el vientre que aún es más fuerte en la verga. Le sube hasta los pezones y se empalma como un loco. Una erección infernal. Las largas piernas de Adrian enfundadas en sus pantalones vaqueros se superponen a la voz de Céline; su torso poderoso, su vello rubio, su piel dorada, sus brazos musculados, sus ojos gris acero y su sonrisa forzada. ¡Joder! ¡Pero qué

bueno está! Zbig se mete la mano dentro del pantalón, agarra su sexo y se acaricia. Se tumba en el asiento del camión, se contrae y vuelve a tumbarse; se masturba absorto en la música, en la voz de Céline, oye los insultos de Adrian, se embadurna con sus escupitajos, se retuerce con cada patada. «¡Mierdecilla!, ¿qué haces aquí? ¿Te estás pajeando? ¡Enséñame la polla! ¡Vamos! ¡Ven a chupármela, cabrón, ven, chúpamela! ¡Qué dura, qué dura! Va a explotar, venga, chupa, ¡pero chupa, vamos, lámela, lámela, así, mejor!» Zbig recibe un golpe en la cara con una bota, suelta un grito, se retuerce, suelta la palanca de la grúa, agarra su sexo con ambas manos, se masturba con todas sus fuerzas; oye el ruido de un cable que se desenrolla, un grito en la noche, el grito de un hombre degollado. «Papá —dice—, papá.» Y eyacula gritando tan fuerte como el hombre de su ensoñación. ¡Se ha corrido con su padre! ¡Se ha corrido con su padre! Se deja caer sobre el volante. ¡Qué bien ha estado! ¡Qué bien! Joder, no. Quiere morirse.

Querría cruzar el océano, encontrarme de frente con una gaviota volando, pensar en todo lo que he visto o, si no, ir hacia lo desconocido, querría descolgar la luna y, por qué no, salvar la tierra; pero, ante todo, querría hablar con mi padre, hablar con mi padre...

«¡Ay, papá! ¡Qué bien! ¡Papá! ¡Tengo el pantalón lleno!»

Se limpia las manos en el pantalón, se sube la bragueta y se gira hacia la parte trasera del camión.

—¡Eh, Jérôme! ¿Todo bien por ahí detrás? —No ve la grúa por el retrovisor. Qué raro. Ha debido de empujar la palanca demasiado fuerte mientras se hacía una paja y se ha girado. ¡Hostia, qué gusto! La voz de Céline, su papá, Adrian moliéndole a palos... Es posible incluso que su padre se parezca a Adrian, al menos cuando era joven, porque la edad no le ha sentado bien—. ¿Has acabado con la plancha? ¿Enrollo el cable? —Se olisquea los dedos. Jérôme no puede saber lo que ha estado haciendo... Podría ofenderse. Ya se lo imagina: «Yo aquí, peleándome con esta plancha que me corta la piel, ¡y tú pajeándote como un cerdo!». Tendrían una pelea y le tocaría a él aclarar lo ocurrido, y está harto de dar explicaciones. Con Jérôme, cuando no es una cosa, es otra.

Abre la puerta y ve la grúa de lado. ¡Mierda! ¡Se ha caído! Él tenía razón. No se aguantaba bien. Ve la cadena atada al pico de la grúa. Está en tensión,

como si sujetara un peso. Eso no es normal. ¿Y por qué Jérôme no responde? Termina de limpiarse, se recoloca la ropa y baja del camión.

—¿Jérôme? ¿Dónde estás? ¡Deja de hacer el tonto! —Va a tener que disculparse y explicarle lo ocurrido. Ha pensado que estaba con su padre y ha perdido la cabeza. Se ha hecho un lío. Jérôme lo entenderá—. ¿Jérôme? ¿Me oyes? Después podemos cambiar, cuando volvamos a cargar; tú te encargas de la grúa, y yo, de las planchas. —La noche sin luna es como un túnel de humo. La noche es lo que te pone en contacto con la vida. O con la muerte. Depende. Siempre se ha hecho esa pregunta—. ¿Jérôme?

Da un paso y tropieza con un montón de trapos. Una especie de morcilla enorme e inerte que ha debido de caerse del volquete. Lo empuja con el pie y se da cuenta de que es blando y pesado y está tibio. Va a buscar una linterna al camión. Rastrea el suelo.

Jérôme yace tendido con la garganta rajada. Tiene la cabeza ensangrentada, medio arrancada y de lado. Le sale sangre a borbotones. Tiene la boca torcida en una mueca horrible y el aire helado mueve su cabello rojizo.

A su lado, la plancha sujeta por la cadena que se ha desenrollado por completo ondula en la noche sin luna.

\*

—Cuando sea rica viajaré en primera clase, tendré ayudantes que me lleven las maletas, un secretario particular hará cola por mí y una asistente me llevará la agenda y filtrará mis llamadas para que nadie me moleste. Vamos, que seré una estrella.

Hortense observa a la gente apiñada entre las barreras de seguridad que conducen a las cabinas de la aduana de Roissy: niños que lloran y que se pelean; parejas abrazadas; una chica que deshace su maleta en medio del caos para cambiarse de zapatos; un viejo que arregla su audífono; una anciana que se quita y se vuelve a poner su dentadura, como si manejara un cubo de Rubik.

—Me horrorizan las aglomeraciones, tener que hacer cola, mezclarme con toda esta gente; me horroriza ser persona —remata Hortense, que avanza lentamente en la fila con Gary.

Como siempre que viaja en avión, se ha puesto todas las prendas de ropa que teme perder si su maleta se extravía. Recuerda a un neumático que rueda. Y refunfuña.

Gary, erguido y con el chaquetón puesto, relee *Al este del Edén*. Empuja su

maleta con la punta del pie conforme la fila avanza. Le ha pedido a Hortense que no lo moleste.

—No paras de leer y releer ese libro, ¿no estás harto?

—Es una obra de arte —dice Gary pasando la página.

—Podrías leer otro. O hablar conmigo. ¿No tienes nada que decirme?

—Hortense Cortès, cálese.

—Es de mala educación ignorar a la persona que te acompaña.

—Y es grosero acosar al prójimo.

—De acuerdo, me doy por vencida. No pienso malgastar tiempo y fuerzas.

Cuando lleguemos a Nueva York, te dejo.

—¡Como quieras!

Hortense renuncia a responder y consulta su teléfono. Lee sus mensajes y se fija en un SMS que proviene de un número que no conoce. Lo abre y suelta un grito. Le tiende el teléfono a Gary.

—¿Estás leyendo lo mismo que yo?

Gary gira la cabeza; está saboreando estas palabras:

Disfruta contando a sus compañeros de hospital lo que le haría a la chica si conseguía ponerle la mano encima. Pensaba cortarle la nariz y las orejas y quedarse con su dinero.

—¡Gary, lee!

—¡Hortense!

—Está bien. Te lo resumo: Inès de la Fressange lamenta no haber venido a mi desfile. Está en Nueva York y me propone que vaya a almorzar un sándwich club con ella. ¿Qué dices a eso?

Gary no responde.

\*

La lluvia azota las ventanas del despacho de Edmond. Adrian entra y cierra la puerta tras luchar contra el viento. Se sopla en los dedos y se limpia la cara.

—¡Qué asco de tiempo! —dice sacudiendo su impermeable empapado.

—¡Vamos a un funeral, no a un baile! —dice Edmond sonriendo, vestido de negro—. Es muy amable por tu parte haber pasado a verme. Quería hablar contigo.

Edmond se frota las manos. Una enorme sonrisa le ilumina el rostro y los ojos le brillan tras las gafas. No parece conmocionado, sino más bien

aliviado.

—En cualquier caso, ¿no parece usted triste!

—Escucha, Adrian, voy a decirte una cosa: estoy encantado. Ese hombre no me gustaba, y no creo que hubiera hecho feliz a mi hija.

—Ella parecía muy enamorada...

—No, quería convencerse de que lo estaba, y eso es muy diferente. Lo único que de verdad me apena es que no tendré ningún nieto que tome el relevo.

—Eso nunca se sabe, Julie puede conocer a alguien...

Edmond pone cara de duda.

—Esta era su primera historia seria... Mientras se recupera y vuelve a enamorarse de otra persona... Me temo que por desgracia... ¡En fin! Hablemos de otra cosa.

—¿Estamos seguros de que ha sido un accidente?

—No cabe duda. La grúa se ha soltado y el cable le ha cortado la garganta a Jérôme.

—¿Y Zbig?

—Ha perdido la chaveta. No para de decir que la culpa ha sido de Céline Dion y de su padre. No sé en qué andaban metidos él y Jérôme, pero apostaría a que traficaban. Jérôme necesitaba dinero y Zbig no le hacía ascos. Pero me importa un bledo, voy a cerrar el caso. Y tengo otra cosa que decirte: he visto a Borzinski.

—Ah...

Adrian siente una punzada en el corazón. Tiene la sensación de haberse subido al cuadrilátero con las manos atadas a la espalda y de que va a encajar el primer golpe.

—Le he propuesto una alianza a tres, conmigo como socio mayoritario. Tú, él y yo. Ha tenido que aceptar. Veolia ha dejado de discutir. Está solo. Ahora te toca decidir si quieres entrar en el juego o no.

—¿A cuánto asciende la apuesta inicial?

Se prepara para el golpe. Adrian se encoge y baja la cabeza. Respira hondo.

—Cuatrocientos mil cada uno, para empezar.

—Para empezar... —repite con voz apagada.

—Después, ya veremos. Hay que hacer inversiones, comprar maquinaria, encontrar un local, etc.

Adrian pone una mueca.

—Paso —dice con una breve sonrisa—. No tengo los medios.

—Lo siento mucho —responde Edmond, sonriente. «¡Pues no tienes cara de sentirlo! Probaré suerte en otra parte. No tengo ganas de ver cómo este negocio florece en mis narices sin que yo pueda participar», piensa Adrian—. No veo ninguna otra solución —comenta Edmond, abriendo los brazos—. Cada uno debe poner su parte.

—Tiene usted razón. ¡Le deseo buena suerte, Edmond! Creo que yo me marcharé por mi cuenta. No sé cuándo, pero tengo ganas de cambiar, de ver otros horizontes.

—Como quieras.

—Le dejo la trituradora en la nave. Al fin y al cabo, le pertenece.

—Contaba con ello. ¿Te llevo al cementerio?

—Voy con Stella. Hasta luego.

\*

Julie mira el ataúd de Jérôme hundirse en la tierra fangosa del cementerio.

¡Había soñado durante mucho tiempo con esa unión! Se pregunta si el sueño pudo ser incluso más fuerte que la realidad. Si habría ocultado lo que podía manchar la imagen, la bella imagen que se había creado. Cuando deseas mucho algo, puedes llegar a inventártelo. Ella se había imaginado una casa, un jardín, un columpio para los niños, un estanque con peces rojos; se había imaginado a un hombre, su hombre, volviendo del trabajo y lavándose las manos en el garaje para no manchar el interior; a unos niños a los que arroparía; noches viendo la tele en el sofá hasta que él se durmiera, ella sonriendo al mirarlo: serían Ella y Él.

Un bonito álbum de imágenes.

Hoy lo cierra. Para siempre.

Ella tiene treinta y siete años. Jérôme era su único pretendiente.

Está de pie delante de la tumba, delante del féretro de madera que se adentra en la tierra, sujeto por dos empleados de la funeraria. Ha elegido el modelo más caro. Con acolchado violeta, aunque después pensó que, con su pelo rojizo, era de mal gusto, pero ya era demasiado tarde para cambiar de idea.

Su padre le había asegurado que había muerto en un accidente. Jérôme hacía horas extra. «¿Para llevarme al restaurante? ¿Para regalarme joyas y viajes? Me mimaba mucho.» Eso lo ponía nervioso, febril. Susceptible,

incluso. Como la noche anterior, en la que habían... No, no se puede decir que hubieran «hecho el amor». Más bien, él la había «follado». Sí, eso se acercaba más a la realidad.

Ella lanza la primera rosa sobre el ataúd. Una rosa blanca. «Volveremos a vernos en el paraíso», murmura al tirar la flor.

Se coloca a un lado. Espera a que la gente desfile para ofrecerle sus condolencias. La lluvia se desliza por su cuello, ella se ajusta las solapas del abrigo y estornuda.

Stella se une a ella. La coge de la mano. Julie siente el calor de su palma. ¡La ha echado mucho de menos!

—¿Quieres que me quede contigo? —dice Stella.

Julie susurra que sí en voz muy baja.

La fila no es larga. Empleados de la Ferraille, algunos clientes que han venido por Edmond y comerciantes de Saint-Chaland. Jérôme no tenía más familia que un primo ya viejo, que lleva un abrigo amarillo y va acompañado de una mujer gris y arisca que gruñe entre dientes.

Julie escucha las condolencias, da abrazos, da las gracias, da abrazos, da las gracias, sin saber a quién abraza y a quién da las gracias. La lluvia le enturbia la vista. El velo negro que su madre le ha colocado en la cabeza hace unos pliegues que se deforman bajo sus ojos. «—¡Pero, mamá, estas cosas ya no se llevan! —¡Al menos das buena imagen! —¡Pero si parezco la tulipa de una lámpara!» El hombre del abrigo amarillo se acerca y murmura: «Era mi primo, mi primo hermano, un tipo lleno de valores esenciales...». La mujer arisca lo interrumpe: «Un cabrón, más bien, un asesino. No ha pagado en la tierra, así que pagará en el infierno».

Julie se sobresalta. Abre los ojos de par en par, intenta ver a la mujer a través de los pliegues de su velo. El hombre del abrigo amarillo la reprende: «¡No puedes mantener la boca cerrada! ¡Este no es el momento!». Y se lleva a la mujer hacia el camino.

Julie cruza una mirada con Stella, que gira el dedo índice sobre la sien para indicarle que es una chiflada. Su padre mira el reloj. Resopla, impaciente. Léonie no se ha presentado.

Stella abraza a Julie por la cintura.

—¿Has oído lo que ha dicho la mujer? —dice Julie.

—Déjalo, está loca. Siempre hay una en los funerales.

—Sí, pero... ¡tratarlo de asesino!

—Debió de estar enamorada de él en su juventud y le rompió el corazón. O algo así.

—Ya, bueno. No sé yo... Ella lo ha llamado «asesino».

—Te digo que está loca. Procura reponerte. Estás pálida. ¿Aguantas bien? —dice Stella.

—Sí, pero tengo náuseas.

—Apóyate en mí.

—Gracias por estar aquí.

—Siempre estaré a tu lado, peonza.

Julie tiene ganas de echarse a llorar. ¡Peonza! ¡Hacía mucho tiempo que Stella no la llamaba así! ¡Qué bien le sienta! Además, no puede llorar. «Soy la hija de Courtois, la directora de la Ferraille Courtois. Debo aguantar. No avergonzar a mi madre, que está muy feliz de ver a Jérôme bajo tierra, ni a mi padre, que tampoco debe de estar disgustado. No solo enterramos a Jérôme, sino también mis sueños de una felicidad normal, mis sueños de ser una mujer como las demás. Mamá cree que, de todos modos, habrá que pagar mi vestido de novia... Papá está decepcionado porque Léonie no ha venido. La vida continúa. Voy a acabar como una solterona.»

Los dos empleados de la funeraria esperan, con las palas a los pies, a que ella les haga una señal para empezar a llenar el agujero que engullirá a su hombre.

Ella asiente con la cabeza. Los hombres cogen las palas y, al compás, empiezan a echar paladas de tierra que caen sobre la madera del ataúd con un ruido sordo: ploc, ploc, ploc. Conforme la tierra se amontona, los ruidos se hacen más débiles. Y al final se extinguen. Se acabó.

Julie se apoya en Stella.

—Se ha marchado —dice ella—. Estoy totalmente sola.

—¿Qué dices? Yo estoy aquí.

—Me refiero a que estoy sola en la vida.

—Si quieres, podemos casarnos. —Julie sonrío bajo el velo—. Te aviso de que duermo en el lado derecho de la cama —dice Stella estrechándola contra sí—. No es negociable.

—¡Me da igual!

—Ronco un poco, rechino los dientes y hablo en sueños.

—¡Y yo muevo las piernas sin parar! —Justo entonces siente un violento

golpe en el vientre. Ella se aparta y mira a Stella—. ¿Has sido tú?

—¿Qué?

—¿Acabas de darme un golpe en el vientre?

—¿Estás loca? Intentaba pedirte que te casaras conmigo.

—¡Mira! —Julie coge la mano de Stella y se la pone sobre el vientre. Un golpe, dos golpes, tres golpes. Es un recital—. Pero entonces, estoy... — balbuce Julie.

En su sonrisa insegura se distingue un rayo de ilusión.

—Claro, peonza, ¡lo estás!

—¡Un bebé! ¡Voy a tener un bebé! ¡Es imposible!

—Pues parece que sí es posible de algún modo... —Julie se lanza al cuello de Stella—. ¡Cuidado! ¡Me vas a estrangular! —protesta Stella.

—¿Te das cuenta? ¿Te das cuenta? ¡Y no me he dado cuenta de nada! Soy un desastre. De todos modos, jamás he estado pendiente de lo que me pasaba en el cuerpo.

Los enterradores se acercan y preguntan si se pueden ir. Julie asiente y les da el sobre con su comisión.

Ya no queda nadie. Todo el mundo se ha ido. Gracias a la lluvia, se han ahorrado las aglomeraciones y los corrillos de comentarios. Aunque también es posible que no tuvieran nada que decir sobre Jérôme. Aparte, claro está, de la loca que acompañaba al del abrigo amarillo.

Su padre espera un poco más lejos, hablando por teléfono. Su madre ha recuperado el coche y, con la puerta abierta, se limpia los zapatos de tacón con un clínex. Lo tira y cierra la puerta. Adrian camina entre las tumbas. Parece que está contando sus pasos o que prepara una campaña militar. Tiene un aspecto sombrío, preocupado, y se mordisquea el pulgar. Toda esa gente forma parte de su vida cotidiana y, sin embargo, no la necesita. Ella levanta la mirada hacia Stella.

—Le diré que su padre fue un héroe y tú no me llevarás la contraria, ¿me lo prometes?

—Te lo prometo. Con una condición.

Julie frunce el ceño.

—¿Cuál?

—Que te quites ese velo ridículo.

\*

Hortense sale de hotel Pierre y coge su teléfono del fondo del bolsillo de su parka. ¿Qué hora es en París? Las siete y media de la mañana.

Junior estará despierto. Junior es un madrugador. Un rompemañanas. «Un rompemañanas.» Aunque sabe que esa palabra no existe, usarla le permite activar su mente. Necesita sacudir sus pensamientos, hacerlos danzar. Aunque es consciente de que utilizar mal una palabra no es señal de pensar profundamente. «Nadie es perfecto», concluye ella mientras cruza la Quinta Avenida y dirige una sonrisa seductora a un muchacho enclenque a quien nadie sonríe jamás. Se siente burlona, traviesa, dichosa, provocadora, espléndida, generosa, afortunada... Ha devorado un sándwich club con Inès de la Fressange y...

Y...

Le ha ofrecido su vestido de noche más bonito. Un modelo que envuelve y enseña, se ciñe y se extiende, oculta y revela. Rojo, rojo. Y que acaba con una larga cola que prolonga la elegancia del vestido.

—¿Te ha prometido llevar el vestido a los Óscar? —pregunta Junior.

—No me he atrevido a preguntárselo, pero cuento contigo.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno..., cuando se prepare para desfilas por esa alfombra roja, cuando se pruebe vestidos, joyas y bolsos, tú te introducirás en su cabeza y harás que elija mi vestido rojo. Es pan comido para ti.

—Sigo débil, querida mía, y mis ondas...

—Junior, quiero que te pases la tarde de ese día en el parque con los árboles. Te pegarás a ellos y te llenarás de savia.

—Lo intentaré. ¿Me llamarás con la fecha y la hora exactas?

—Este año hay una novedad: las limusinas dejarán a las estrellas al inicio de la alfombra roja, se las verá salir del coche, se las podrá seguir a lo largo de la *red carpet*...

—¿*Carpet*? ¿Alfombra? ¿Alfombra roja? Recuerda, princesa, que esa alfombra es la que te proporcionará tu felicidad. ¿No te acuerdas de lo que predije antes de que te marcharas de París?

—No —se ve obligada a reconocer Hortense, avergonzada.

—«Jamás desprecies la alfombra roja, princesa, respétala, bésala y acaríciala, pues es lo que te proporcionará fama mundial.»

—¡Ah, sí! Pensé que estabas perdiendo la cabeza.

—¡Muchas gracias!

—No te enfades, querido Junior. Confieso que tu forma de expresarte podía llevar a pensar que...

—No insistas, es muy doloroso.

—Te presento mis disculpas más sinceras.

—Ya verás que tengo razón, todo empezará con esa alfombra roja.

—Ojalá... No sueño con nada más.

Junior sorbe unas lágrimas y después, como un hombre fuerte, pasa a otra cosa.

—¿Qué tal Elena?

—En plena forma. Ha vuelto a ver a Grandsire, su amante preferido, y asiste a todos mis desfiles en la tienda de Bergdorf Goodman.

—¿Quién es ese Bergdorf?

—¡Por favor, Junior! Es la tienda más chic, más cara y más extravagante de Nueva York. Allí puedes comprar Jimmy Choo, Gucci, Lanvin, Prada, Dolce & Gabbana, Alexander McQueen, Givenchy...

—¡Espera! ¡Me hierva la cabeza!

—Todos los días presentamos la colección a clientes ricas que eligen los modelos que desean y rellenan cheques llenos de ceros. Aunque Elena doble el precio, nada las detiene. Estoy contenta. Pero aún no he acabado, ¡quiero un éxito enorme! ¡Enorme! Millones de dólares, millones de fotos, millones de seguidores.

—¡Los tendrás, adorada mía! Todavía no sé cómo hacerlo, pero los conseguiré.

—Los Óscar son en plena noche. Conéctate a la hora de Los Ángeles y no te duermas.

—Haré todo lo posible.

Hortense detecta un titubeo en la voz de Junior, pero prefiere no pensar en ello.

—Me ha sentado muy bien hablar contigo. Ahora vuelvo a casa a buscar...

—ha estado a punto de decir «a Gary»— mis bocetos. He vuelto a diseñar.

No es cierto del todo.

Pero tampoco falso.

Ella corre a reunirse con Gary. Piensa contárselo de una forma y de la otra.

Sin pies ni cabeza, incluso a la inversa.

\*

Gary está en su piano. En el gran salón de la mansión de Elena en la calle 66 al oeste de Central Park. Hortense ve su camisa de cuadros y su nuca inclinada sobre el teclado. Se adivina una barba de un par de días. Los pies desnudos sobre los pedales.

No la ha oído entrar.

Ella se deja caer sobre el gran sofá rojo. Ha aprendido a esperar. «Me hago mayor, me hago mayor.» Se inclina sobre el jarrón plateado, que contiene un ramo de helechos, y escruta sus arrugas. «Veinticinco años son casi treinta, ¡no están lejos de cuarenta! Después, cincuenta y me muero.»

Él toca la *Sonata en sol mayor* de Ravel. Debe presentarse en Boston a finales del mes de marzo.

Cuando no está absorto en el piano, la cita en hotelitos lamentables, con las paredes de las habitaciones decoradas con reproducciones de Picasso y tapices de ciervos bajo la luz de la luna. Tienen la impresión de haber hecho un largo viaje, de estar en Pontarlier o en Poitiers.

Ella decide esperar a que haya acabado su *Sonata en sol mayor*.

Después le contará lo de Inès y el vestido rojo.

\*

Adrian no deja de darle vueltas a la cabeza. Adrian está colérico. No ha digerido quedarse fuera de la alianza entre Borzinski y Edmond. Al fin y al cabo, fue él quien descubrió la trituradora a precio de saldo. Él encontró la nave. Él fue el primero en hablar con Borzinski. Y ahora se ha quedado fuera de juego porque no tiene dinero. Tiene ideas, ganas, energía, pero no dinero. Los bancos no quieren darle un préstamo, los banqueros ni siquiera se toman la molestia de perder el tiempo con él. Es un pez pequeño, y la caza menor no les interesa.

Se frota la muñeca.

Desde que perdió su reloj, su buena estrella lo ha abandonado.

No le gusta esa idea. No quiere ser supersticioso. Eso implica debilidad. Estar fuera de juego. Aunque esa es la verdad. En toda esta historia se ha

manejado como un crío de seis años. Lo ha perdido todo. Regresa a la casilla de salida. A pudrirse en los trenes de las afueras.

¡Y ese idiota de Jérôme, bajo tierra! Se habían reconciliado días antes de que muriera decapitado. Jérôme le había pedido disculpas. Eso le había parecido sospechoso. Pero ahora no sabría jamás qué le rondaba la cabeza, aunque no creía que le deseara bien alguno.

—¿En qué piensas? —pregunta Stella mientras prepara un café. Él no responde, se frota la muñeca. Ha cruzado Rusia, Bielorrusia, Polonia, Chequia y Alemania sin perder jamás su reloj y lo extravía en una nave a dos pasos de su casa. La situación es penosa. Él es penoso—. ¿En qué piensas? —repite Stella, que lee en sus ojos la huida de un sueño.

«¡Habla conmigo! Sé generoso.»

Él no se mueve. Se masajea le muñeca con los ojos perdidos en el vacío.

¿Busca su reloj tal vez?

Deja la cafetera ardiente delante de él y sube al piso de arriba. Rebusca en la bota donde guarda sus secretos: la perla nacarada herencia de su abuela materna, el primer diente de leche de Tom, un mechón de cabello de Tom, una foto de Toutmiel, una alianza que Adrian compró en una tienda de baratijas para el día de su boda. Vierte todos los contenidos de la bota en el edredón blanco, coge el reloj de Adrian y baja a buscarlo.

Él se está bebiendo el café y le da vueltas con la cucharilla. Coge la taza con las dos manos. Se ha abrochado el cuello de la cazadora.

—¿Tienes frío? —Sonríe al vacío y no responde—. Piensas en tu abuelo, ¿es eso? Te has acordado de él cuando caminabas por el cementerio. Hablabas con él.

Levanta la cabeza. Y esta vez la mira con una gran sonrisa. Como si le tendiera los brazos, la sentara en sus rodillas y la acunara.

Cuando ella deja el reloj sobre la mesa, él pone cara de sorpresa. Se lanza a coger el reloj, por miedo a que vuelva a llevárselo. Deja caer la cabeza sobre la mesa y dice en voz muy baja: «Gracias, gracias».

—¡Y eso no es todo! —añade ella, misteriosa—. No te muevas, cierra los ojos.

Él obedece, sin soltar el reloj.

Coge el lápiz con el que Suzon escribe las recetas que oye en la radio, una hoja de papel y escribe con números grandes: *400.000*.

Le pone la hoja delante de los ojos a Adrian.

—Abre los ojos.

Él la mira, sin entender nada.

Ella coge el lápiz de nuevo y añade *euros*.

400.000 euros.

Se pone el reloj en la muñeca izquierda y pregunta:

—¿Ha hablado Edmond contigo?

—¿De qué?

—Me pide cuatrocientos mil euros para entrar en el negocio.

—¿Qué negocio?

Él apoya los codos en la mesa y se lo explica.

Le toca callar a ella. Quiere pensar.

Al cabo de un momento, se planta cara a cara delante de Adrian, cruza los brazos sobre el pecho y empieza a hablar como si iniciara una negociación:

—Estos cuatrocientos mil euros vienen de Fernande. Quiero hacer algo con ese dinero. No me preguntes por qué, no podría explicártelo. Es así. Necesito reflexionar. Pero no hoy. No ahora. —Se encoge de hombros. Su mirada se apaga. Sacude la cabeza y continúa—: Este dinero me permitirá ser libre, independiente. Lo vamos a invertir en la Ferraille, en el nuevo proyecto. Con ese dinero, podremos tener crédito. La banca nos recibirá con los brazos abiertos. Solo una cosa, Adrian... —Lo mira directamente a los ojos—: En este negocio vamos a medias, ¿de acuerdo? No quiero seguir cargando hierro fundido y planchas metálicas. No quiero seguir partiéndome el espinazo. Quiero un trabajo, y uno que sea interesante. Todavía no sé cuál, pero ya se me ocurrirá.

Él se echa a reír, con una risa desbordante que dice que está aliviado, feliz y orgulloso de ser su hombre, orgulloso de que ella sea su mujer. Una risa que vale más que cualquier matrimonio.

—No me voy a quedar con tu dinero, Stella.

—Pero...

—Solo es un préstamo. Pienso devolvarte cada céntimo.

—¡Que no! ¡No es necesario!

—Claro que sí. Lo acepto porque me permite salir del agujero en el que me he metido. Pero te lo devolveré. Es tuyo. Te lo has ganado. ¿Y sabes qué? Tú y yo nos vamos a pegar un fiestón.

—Tú y yo... —murmura Stella, sonrojándose. Él le sostiene la mirada—. ¿Como si estuviéramos casados? —se aventura a decir ella.

—Como si estuviéramos casados.

\*

Domingo, 26 de febrero. Siete de la tarde. Una tempestad de nieve cae sobre Nueva York y, desde la ventana de la casa de Elena, las únicas manchas de color son los semáforos rojos o verdes que se balancean en el cielo gris, negro y plateado. Hortense y Gary, acurrucados en el gran sofá rojo, ven la televisión.

—Por favor, Gary Ward, abrázame muy fuerte.

—¿Tienes pánico escénico?

—¡Peor!

La cadena ABC retransmite la ceremonia de los Óscar en directo desde Los Ángeles. En Hollywood, el sol calienta la enorme alfombra roja por la que se van a pasear las estrellas. El desfile de celebridades ha empezado. Se detienen, posan para los fotógrafos, giran la cabeza, se ríen, ponen caras y levantan una ceja. Ni una arruga fuera de sitio, ni un gesto de malhumor. «*Smile, smile, smile.*» Dicha, dicha, dicha. Y atascos. Cualquiera diría que es el metro en hora punta.

—Es imposible que así vean mi vestido —se lamenta Hortense—. ¡Mira a toda esa gente! Si casi se pisan los unos a los otros.

—La alfombra roja mide ciento cincuenta metros. Tendrás tu pedacito.

—No quiero un pedacito. La quiero entera.

—Deja de ser negativa. Respira.

La periodista, una rubia teñida que se llama Alexandra y mueve la boca como si mascara chicle, anuncia que cuarenta y tres millones de telespectadores están siguiendo la retransmisión.

—¡Cuarenta y tres millones, Gary! ¡Espero que Inès lleve mi vestido! — Ella gesticula exageradamente delante de la pantalla para pedir a la gente que se aparte y dejen un lugar de honor a su vestido. Llaman a la puerta. Hortense suplica a Gary que no abra—: No quiero que nadie nos moleste. Esto es

demasiado importante.

—Puede ser Elena —dice Gary, levantándose.

—¡No! Será uno de tus amigos, y os pasaréis la noche hablando de armonías y del fá sostenido. ¡Esta es mi noche!

Gary abre la puerta. Elena se dirige al salón. Lleva una manta de cachemira rosa bajo el brazo y una caja de delicias turcas.

—Vengo a ver los Óscar con vosotros, verlos sola es muy triste.

—De acuerdo, pero debemos permanecer concentrados —ordena Hortense—. Que nadie hable hasta que haya pasado Inès. Después, ya todo me da igual. Como si apagamos la tele.

—¿Ahora la llamas Inès? —pregunta Elena, divertida, desplegando la manta sobre las rodillas.

—Es amiga mía. Va a llevar mi vestido. ¡Es lo que quiero y ordeno!

Apunta con ambos dedos índices hacia la tele y lanza grititos agudos, parece transformarse en una hechicera que lanza un sortilegio.

—¡Cualquiera diría que estamos viendo una película de terror! —se estremece Elena.

Aparece una limusina blanca. Llega hasta el borde de la alfombra roja, se detiene y, bajo las luces de los focos, Emma Stone se baja del vehículo enfundada en un vestido de lamé dorado, firmado... firmado por... «Chriiis-tian Diiioor», anuncia la periodista triturando cada sílaba. El nombre de Christian Dior se convierte en un chicle usado pegado en la suela del zapato.

—¡Pfff! ¡Menuda birria! —exclama Hortense—. ¡Está muy visto! —Otro coche, después otro y otro se acercan a la alfombra roja. La congestión alcanza su punto álgido. Las actrices se arquean a un lado y a otro, sonríen, se detienen, vuelven a caminar. Parecen muñecas mecánicas. Casi se puede ver en su espalda la llave para darles cuerda. Los periodistas, apostados detrás de los cordones de seguridad, extienden sus micrófonos y las interpelan lanzando esputos. Los fotógrafos gritan nombres de pila—. Rápido, ¡que ya llega! ¡No aguanto más! ¡Me va a dar algo! —gruñe Hortense. Está hecha un ovillo en una esquina del sofá. Gary le acerca la mano para acariciarle el hombro, pero la retira de inmediato. Prefiere ser prudente, no provocarla. Un coche largo avanza. Sobre el capó ondean una banderita francesa y una banderita americana—. ¡Esa es Inès! ¡Inès! —grita Hortense dando botes—. ¡Dios mío, que lleve mi vestido! Prometo alimentar a los sin techo de mi calle durante tres semanas.

Gary levanta la cabeza, asombrado.

—¿De verdad?

—Calla... ¡Mira! —Inès sale del coche: un pelo resplandeciente, una sonrisa resplandeciente y una larga llama que se despliega en un vestido rojo, o, mejor dicho, un magnífico vestido rojo con una cola. Hortense se pone tensa. Lívida. Con los ojos fuera de sus órbitas y los dedos cruzados para implorar que la suerte no se acabe—. ¡Lleva mi vestido, lleva mi vestido! Y ahora dirá mi nombre delante de cuarenta y tres millones de telespectadores. Creo que me voy a desmayar. ¡Gary! Gary, ¿dónde estás? —Gary alarga el brazo. Ella se tumba contra él.

Alexandra, la periodista, se acerca a Inès. Ella menciona su libro, *Parisian Chic*, que está entre los más vendidos desde hace semanas; la felicita. Inès habla de los Óscar, de la Academy of Motion Picture Arts and Sciences, de la suerte que tiene de estar en Hollywood, de representar a Francia, de las películas que...

—¡Todo eso nos importa un bledo! ¡Habla de mi vestido! ¡Enséñalo! ¡Di mi nombre! ¡Dilo! —exclama Hortense. Inès cruza los dedos y desea suerte a los artistas franceses nominados. Enumera sus nombres, sus películas, recuerda la importancia del cine en Francia, la patria de Méliès y de los hermanos Lumière—. ¡Qué importan Méliès y los hermanos Lumière! ¡Están muertos! ¡Di mi nombre! —grita Hortense a pleno pulmón. Inès vuelve a sonreír, baja la cabeza en un gesto modesto, propio de una buena amiga que te quiere mucho. Su vestido rojo, largo y fluido estalla en la pantalla—. ¡Gírate un poco, enseña el vestido! ¡Vamos! ¡Vamos! —grita Hortense.

Alexandra da las gracias a Inès, que se pasa la mano por su melena de un modo tan tierno que a uno casi le dan ganas de ser uno de sus pelos.

—Gracias, Alexandra, ¡que tengas una feliz velada tú también!

«Ha hablado de todo el mundo menos de mí.»

—*Bonne chance à la France!* —dice Alexandra con un acento de fideo demasiado cocido.

—¡Gracias, Alexandra! —responde Inès, inclinándose y haciendo un saludo budista.

—¡Me importa una mierda que se llame Alexandra! —se queja Hortense—. ¡Di mi nombre! —Suelta un suspiro de desesperación. Da un bote y vuelve a caer sobre los cojines. Se levanta de nuevo y grita—: Avanza o el vestido se quedará atrapado en la puerta. Pero, a ver, ¿no lo ha visto? Mi vestido se va a

desgarrar. ¡Que se va a desgarrar! —Hortense se tapa los ojos y se tumba en el sofá. Le da puñetazos y patadas.

—¿Puedes encolerizarte igual pero interiormente? —sugiere Gary.

—¡No ha dicho mi nombre! ¡Se ha olvidado! Y el vestido se va a desgarrar como no se mueva.

—¡No! Ya verás, volverá hacia la periodista y dirá que el maravilloso vestido que lleva es un diseño de Hortense Cortès, y te enviará una sonrisa mirando a la cámara.

—¡Deliras! —exclama con rabia Hortense—. ¡Esto es un fiasco! Se ha olvidado de mí.

—Qué pena —deja caer Elena—. Nos habría dado una publicidad increíble.

—¡Se ha olvidado! ¡No doy crédito!

—Era la primera vez que pisaba una alfombra roja, puede que estuviera emocionada... —prueba a decir Gary.

—Es una pesadilla. ¡Quiero que la limusina desaparezca en una humareda, que el vestido salga ardiendo, que un rayo fulmine Hollywood!

Sin embargo, no fue eso lo que ocurrió.

La limusina arranca lentamente. La cola del vestido se queda atrapada en la puerta y el tejido se tensa, se tensa hasta formar una larga barrera roja que impide el acceso a la alfombra a quienes llegan en ese momento. Gritan al chófer que se detenga. Él sigue avanzando, desenrollado la bandera que tumba a periodistas, fotógrafos y personalidades y hace que el estrado en el que se apiñan los curiosos se tambalee. Algunas personas se derrumban, otras dan brincos y chillan; unos cuantos hombres pierden su tupé y las mujeres, sus joyas, sus postizos y el relleno de sus pechos. La marabunta es indescriptible.

Inès, rodeada por dos guardaespaldas, lucha para no caer al suelo y permanece de pie, como una proa inquebrantable que desafía a la tempestad. Por fin, el chófer frena. Baja del coche. Comprueba los daños, abre la puerta trasera, que suelta de golpe el tejido con un chasquido de látigo. El vestido recupera la forma y se ciñe de nuevo al cuerpo de Inès. La gente aplaude y respira aliviada. Se han asustado al temerse lo peor. ¿Un terremoto? ¿Un atentado?

Inès se repone y quita gravedad al asunto, imperturbable. Y bromea

diciendo que no ha pasado nada, que aquello era solo la primera escena de la próxima película de catástrofes de los estudios Warner. Todo el mundo se ríe y parece encantado.

—¿Y mi nombre? ¿Te dignarás a decirlo de una vez? —pregunta en vilo Hortense, desgarrando un cojín.

La periodista, atónita, destaca que el vestido no tiene ni un rasguño. Que ha recuperado su forma como si no hubiera pasado nada. ¡Qué cosa más extraña!

«*Those French people*, ¡ja, ja, ja! No tendrán petróleo, pero les sobran ideas», dice Alexandra, la locutora mascachicles, repitiendo un tópico viejísimo.

—¡«Qué tejido», debería decir usted! —le corrige Inès—. ¡Es un material revolucionario que se ciñe al cuerpo, lo esculpe y transforma a cualquier mujer en una voluptuosa estrella de cine! Y ha sido una diseñadora francesa quien lo ha puesto a punto.

—¿Y cómo se llama esa *French designer*? —pregunta Alexandra sin apartar la vista del vestido.

—Hortense Cortès —dice Inès con una gran sonrisa—. Hortense Cortès, recuerden este nombre. Muy pronto será tan famoso como el de Coco Chanel. Es una joven llena de talento, elegancia y ambición. *So Parisian!*

Hortense estalla en sollozos. ¡Por fin ha dicho su nombre! ¡Lo ha dicho! ¡Y lo han visto cuarenta y tres millones de telespectadores!

No solo Inès ha pronunciado su nombre y ha exhibido el vestido, sino que también ha demostrado en directo que el tejido era revolucionario.

A la mañana siguiente, en internet, en la tele y en los periódicos solo se habla del vestido rojo de Inès. *INÈS'S RED DRESS. THE AMAZING FRENCH FABRIC*. El tejido, el corte, el efecto estilizador, la resistencia, el glamur. La NASA se plantea comprar el material para vestir a los astronautas, algunos empresarios imaginan ya la producción de paracaídas, impermeables, asientos de coche, velas para barcos, tablas de surf... «*What else?*», se preguntan los comentaristas.

Y las mujeres americanas buscan en las páginas amarillas la dirección de esta francesita para comprarle sus modelos.

Hortense asiste, maravillada, al triunfo de su marca. Enorme. Enorme.

No puede esperar más. Debe contárselo todo a Junior.

—¡Junior! ¡Junior!

Una voz resfriada tose al otro lado del hilo y acaba en un chillido doloroso.

—Síííí... ¿Qué hora es?

—¿Junior? ¿Eres tú?

—Síííí...

—¿Qué te pasa?

—Me he equivocado de árbol. He abrazado un álamo temblón. Es un árbol maléfico, un vampiro de energía. Se ha apoderado de toda mi fuerza y me ha llenado de pensamientos negativos.

—Madre mía, ¡pobrecito!

—Lo lamento, Hortense, no he podido hacer nada con Inès.

—¿No has hecho nada? —se desgañita Hortense.

—No.

—¿Nada?

—¡Ah, querida mía! ¡Qué fatalidad! He abrazado el árbol porque pensaba que era un fresno, cuya fuerza y creatividad necesitaba, pero después me he encontrado abatido, depresivo, con un único deseo: morir. He dormido durante todo el día y la noche, me he olvidado de Inès y del vestido.

—Pero, entonces..., ¡soy tan fuerte como tú!

—¿Por qué lo dices, maravilla mía?

Y Hortense se apresura a contarle lo ocurrido sobre la alfombra roja con todos los detalles mientras nota crecer en ella un sentimiento de omnipotencia.

Tras la presentación de Inès en la *red carpet*, los pedidos empiezan a llegar. Les envían incluso cheques en blanco, tarjetas de crédito con el código escrito en una tarjeta de visita, aviones Boeing adaptados... Les abren mansiones, palacios, estancias reales. Se pelean por *the French designer Oortince Cortèèèesse*, o bien *Ooortin Cortaize*. Hay quien asegura que es la hija de Martin Scorsese, la sobrina nieta de Greta Garbo, la heredera de la maharaní Pukrani. «No —protesta ella—, soy francesa, *from Paris*, mi madre se llama Joséphine, mi hermana Zoé y mi perro Du Guesclin. Como cruasanes, *baguettes* y salchichón; incluso llevo boina.»

La demanda de las clientas y su entusiasmo no tienen límites. Algunas duermen en su puerta; esperan una prenda hecha del famoso tejido y diseñada por Hortense Cortès.

Jean-Jacques Picart y Elena levantan y vuelven a dejar caer los brazos,

completamente sobrepasados.

Hortense pide un momento de respiro. Se hace una bola bajo el piano de Gary, acaricia los tobillos de su hombre, el pelo de la alfombra. «¿Qué deseo? Que las mujeres estén guapas. ¿Y qué más? Que todas las mujeres puedan acceder al lujo y a la belleza. ¿Tienes miedo de disgustar o de escandalizar violando reglas sacrosantas? No, seré yo quien dicte las reglas. De acuerdo. ¿Cómo voy a explicar esta revolución? ¡Diré que es el signo de los tiempos! Las colecciones deben estar disponibles inmediatamente después del desfile y no cuatro meses después y con cuentagotas para unos pocos privilegiados.» ¡Cuatro meses es una eternidad!

La fama solo dura un cuarto de hora.

Si no aprovecha el momento para vender sus modelos a porrillo, la olvidarán enseguida. ¿La solución? Abandonar el concepto de alta costura y lanzarse a la costura avanzada. Es decir, una alta costura democrática, rápida e instantánea. Ese será su concepto, su argumentación, tan ambiguo como una frase de Barthes. La costura avanzada ha nacido.

Solo tiene que explicárselo a Elena y a Jean-Jacques Picart.

Elena le grita que imposible.

Jean-Jacques Picart le cuelga el teléfono en las narices.

Hortense insiste. Intenta hacer entrar en razón a Elena, vuelve a llamar a Picart. Intenta convencer a Picart, vuelve a llamar a Elena.

Se mantienen firmes.

Hortense vuelve debajo del piano.

Contempla los tobillos de Gary en los pedales dorados. Los acaricia. Acaricia los pelos de la alfombra.

Vuelve a llamar a Picart.

—¿Estás enfadado? —le pregunta.

—Mujer, has decidido cambiarlo todo sin consultarnos. Sí, estoy cabreado.

—¿Y ofendido?

—Un poco, pero lo principal es que no quiero que esto acabe en catástrofe.

Una decisión así hay que madurarla. No se puede actuar de forma impulsiva.

—A veces hay que darse prisa. Y mucha.

—Así solo consigues tomar malas decisiones.

—Estamos desbordados, Jean-Jacques. Recibimos centenares de pedidos.

Ya no sabemos cómo satisfacer a todo el mundo.

—Es perfecto, creas deseo.

—Me da miedo que el momento de la alfombra roja se olvide.

—Nadie lo olvidará, te lo prometo. Nos encargaremos de recordarlo.

Definiremos una estrategia. Uno no se lanza a la aventura sin antes reflexionar.

—¿Y el resultado?

—Tienes que esperar.

—Odio ese verbo.

—Espera una temporada más antes de lanzarte. Una temporada para poder evaluar las nuevas necesidades financieras y para encontrar y poner a prueba las máquinas que fabricarán las colecciones de *prêt-à-porter* de lujo.

—De costura avanzada. Pienso acuñar esa expresión.

—¡Como quieras! Me da igual. Tendremos que contratar un nuevo equipo, porque el trabajo no es el mismo.

—¿Y eso me lleva a cuándo?

—Si decidimos seguir ese plan, harás una colección más de alta costura en julio y presentarás tu primera colección de... costura avanzada en septiembre. No vas a dejar de trabajar...

—¡Eso da miedo!

—Perfecto. ¿Otras ideas?

—No —gruñe Hortense.

—¿Nada más que añadir, ni siquiera «Gracias, Jean-Jacques, tenías razón»?

—Gra...

Se detiene antes de seguir. No tiene ganas.

—Bueno —dice Picart—, retomaremos nuestra colaboración cuando hayas recuperado el habla. Mientras tanto, ¡trabaja!

\*

El día amanece gris. El frío dibuja olas de escarcha en los cristales del colegio. Los profesores repiten cada vez que se cruzan con un colega que ya no saben cómo vestirse. ¡Un día es Siberia, y al siguiente, Miami! ¡Nadie diría

que ya es marzo! Dakota no ha ido al colegio esa mañana. Ayer, cuando la acompañó a casa, parecía febril, herida. Evitaba su mirada. Respondía con onomatopeyas. La había llevado bajo el arce rojo, que está al lado de la verja negra, para besarla como cada tarde, tomándose su tiempo, y disfrutando del olor a hierba recién cortada... Sin embargo, ella le había vuelto la cara.

—¿Pero por qué? —había exclamado como si le negaran algo que le debían.

—No tengo ganas.

—¿Es por la silla que deja de existir cuando le das la espalda? Haces preguntas difíciles, Dakota. Necesito más tiempo.

Ella había arrancado una rama de un arbusto. Observaba, sin inmutarse, sus dedos despellejados, y se chupó las gotas de sangre que perlaban las yemas. Tenía los ojos cerrados, como si estuviera muerta. Sí, muerta. Se retiraba de la vida.

Y esa mañana no había aparecido por clase.

Tal vez haya muerto de verdad.

Sale del colegio arrastrando los pies.

—¡Vas a desgastar los zapatos! —dice la señora Mondrichon, que cruza el patio.

Ella va corriendo, feliz. Ha decidido entregarle el diploma de alumno ciudadano justo antes de las vacaciones de Pascua y hacer una gran celebración. Parecía muy ajetreada.

Él rechaza a Mila, que quiere enseñarle su aparato dental nuevecito, y a Noa, que tiene unas zapatillas nuevas Under Armour, la marca de moda en Estados Unidos y que acaba de contratar a Teddy Riner para que las promocióne.

—Me importa un pimiento —refunfuña Tom.

—¡Eres un borde! —protesta Noa—. ¡Me tienes hartó!

—¡Desaparece de mi vista! ¡Marginado!

No es culpa suya no saber explicar el asunto de la silla que existe o deja de existir cuando le dan la espalda. Lo ha buscado en internet y no ha encontrado nada. Se lo preguntó a Georges y solo consiguió que se riera en sus narices. Su padre nunca había oído nada similar, ni tampoco su madre. Puede hablar de la vida de los zorros y de sus cachorros, de pies de cerdo asados —porque ha

visto a Georges cocinarlos—, del paté del señor Canterel, de la vida sexual de un loro, de la influencia de la luna en las lechugas y de cosas similares, pero no tiene nada que decir sobre la silla que existe y deja de existir. Es demasiado para él. Es el tipo de chica a la que debes asombrar continuamente.

Le preguntó a Camille, el amigo de su madre, pero él tampoco sabía nada. Tom acaba de leer una novela de Salinger que le ha quemado los sesos. *Un día perfecto para el pez banana*. Intentó hablar de él con Dakota, porque es fan de Salinger. Se lo ha leído todo. Pero no reaccionó.

Esa chica da mucho trabajo.

Ve el coche del padre de Dakota aparcado al final de la calle. Él pasa al lado y lo roza.

Dakota baja la ventanilla.

Tiene mala cara, como si hubiera comido demasiado chocolate, y tiene ojeras oscuras, difíciles de disimular.

—¿Estás enferma? —pregunta arrastrando las deportivas sobre la acera.

—Me voy a Nueva York —murmura mientras juguetea con el retrovisor.

Su primer pensamiento es «¿Nueva York? ¿Dónde está eso?», pero inmediatamente lo entiende y exclama:

—¿Te marchas?

—Mi padre ha vendido la casa. Solo esperaba a tener la seguridad de que el colegio no se llamaría Ray-Valenti para marcharse. Según parece, todo está arreglado. Ha ido a ver a la directora. Ahora lo estoy esperando.

—¿De verdad te marchas? ¿No vas a acabar el curso aquí?

—Me ha matriculado en el liceo francés de Nueva York.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana.

—¡Mañana! —Y no le había dicho nada—. ¿Hace mucho que lo sabes? — Ella recorre con el dedo el borde del retrovisor, se lo moja y limpia la superficie. No sabría decir si ella está triste. Ausente, desde luego, pero no necesariamente triste—. Entonces, ¿ya no nos veremos más?

—Supongo que no.

—No estarás cuando me den mi diploma de alumno ciudadano la semana que viene... —Ella intenta quitar una ramita atrapada en el espejo. Aprieta los dientes, frunce los ojos, tira de la ramita. Se ha quedado sin palabras. Parece que a ella le dé completamente igual marcharse—. Bueno..., ¡pues adiós!

—Adiós.

Ella suspira; se pone la mano bajo el muslo y se balancea un poco.

—Bueno..., ¡pues adiós! —repite ella, y vuelve a subir la ventanilla.

Él, a toda prisa, pone pies en polvorosa.

Quiere alejarse de esa tristeza.

¿Qué solía decir su madre? Que era necesario sufrir un enorme desengaño amoroso, que era el peor momento de la vida, pero que, después, uno estaba vacunado y podía querer sin miedo. Y ahí estaba él, sufriendo su primer desengaño amoroso, y se sentía fatal.

Tendría que preguntarle a su madre cuánto tiempo se sufre. Diez semanas no es lo mismo que diez años.

No podría aguantar diez años.

Hace una señal al conductor del autobús para que lo espere. Corre. Sube. Se sienta al fondo. Para estar solo. No, no aguantará diez años. Pero esos casos deben de ser raros. Más propios del cine o de los libros.

Suena su móvil. Un SMS. No lo mira. No tiene ganas. Hará lo mismo que ella, ni móvil, ni Facebook ni redes sociales. Todas esas cosas son para gente estúpida y superficial. ¿Qué decía ella? Eso mata la imaginación, el tiempo, la espera y el silencio.

¡Cómo la echa de menos! De su boca salían palabras, pero nunca las que él esperaba.

Y los besos con lengua... Nunca más.

Y su mano pequeña en la suya cuando él la acompañaba de vuelta... Nunca más.

Sus redacciones de loca... Nunca más.

Sus ojos totalmente en blanco... Nunca más.

El olor a hierba recién cortada, las miradas tris, tras, el roce de la nariz de ella en el rostro de él...

Apoya la mejilla contra la ventana. Está más fría que un cubito de hielo, casi se podría temer que la piel se quede pegada.

Y entonces oye: «Mira tu móvil». Se encoge de hombros. No le apetece. «Mira tu móvil.» Sigue sin querer. «Mira tu móvil, pringado.»

No cabe duda de que se trata de Junior. Ha progresado con su vocabulario. Coge su móvil y consulta los mensajes. Lee.  
«Tienes razón, es práctico.» Es de Dakota.

\*

Julie le había pedido a Stella que fuera a vaciar el chalé que ocupaba Jérôme. Tienen que devolver las llaves al propietario y ella no tiene fuerzas para revisar las cosas de Jérôme, seleccionar las que quería quedarse, tirar las demás y ver de cerca su cepillo de dientes.

—¿De verdad no te molesta?

—Que no, peonza.

—No me traigas nada. Dónalo todo a Emmaüs, en Montereau. —Se acaricia el vientre como si Jérôme habitara allí ahora. Se siente culpable de su muerte. Es una idiotez y lo sabe, pero soñó con su muerte. Soñó que moría decapitado. Varias veces. A lo mejor lo soñó con tanta fuerza que hizo que ocurriera. Eso la pone enferma. Prefiere pensar en el futuro, en el bebé, en peladillas, en pomada para bebé, en leche materna—. Carga los muebles que puedas en el camión y tíralos en el vertedero. El propietario ha dicho que se encargaría de los demás. Ha sido muy amable por teléfono y me ha ofrecido sus condolencias.

—¿Y los papeles? ¿Las fotos?

—Cógelos. Cuando me vea con fuerzas, les echaré un vistazo.

Con bolsas de basura de cien litros, estropajos, guantes de goma, lejía y desinfectante con amoníaco, Stella se pone en marcha.

El mobiliario es escaso: una mesa, dos sillas, un calendario de Correos, clavado con chinchetas en la pared. El sofá está destrozado; la alfombra, desgastada; los remates de madera son de plástico. En algunas partes el recubrimiento de la instalación eléctrica ha saltado y se pueden ver los cables. Un detalle insólito: hay tapetes blancos con puntillas por todas partes. ¿Serían para tapar las manchas? Una botella de cerveza vacía está pegada a la mesa baja que hay delante de la tele, las hojas amarillentas de una planta están desparramadas por el suelo.

Stella decide llevarse la tele. La donará a Emmaüs. Abre la primera bolsa

de basura y tira todo lo que encuentra. Ha hecho bien en coger guantes.

Entra en la habitación. Una araña corre bajo sus pies. Huele a cerrado, a sudor. Abre las contraventanas. Quita las sábanas. Sigue llenando bolsas de basura.

En un ropero encuentra colgados unos pantalones vaqueros, dos chaquetas, una parka, camisas blancas y corbatas. ¿Para ir de restaurantes? Se agacha para coger los zapatos.

Se topa con una caja de madera. La saca y la registra. Allí guardaba sus papeles. Facturas. El contrato de un seguro. Manuales de uso. Recibos bancarios. Los guarda, por si Julie los necesita. ¿No sería más apropiado que la familia de Jérôme se quedara con esos papeles? Al fin y al cabo, no se habían llegado a casar. ¡Qué más da! Lo guarda todo. Después ya verán. Coge una carpeta con ambas manos. Y caen unos papeles. Son fotos. Vaya, son de cuando se marchó de viaje bajo las palmeras. Con su mujer y sus ganancias de la lotería. ¿A quién se parecía su mujer?

Saca una foto del montón. Es de una rubia con una camiseta que dice *I Love Suzie*. No estaba nada mal la tal Suzie. Al menos en la foto. Se ríe, es rubia, tiene hoyuelos y unos pasadores turquesas en el pelo. Debió de estar enamorado de ella. La foto está grapada a un recorte de periódico que cuenta un horrible accidente de moto. ¿Por qué guardaría eso?

En las fotos de Suzie, Jérôme había escrito unas frases con boli negro: «¡No deberías haberte burlado de mí!», «¡Te está bien empleado!», «¡Jamás lo descubrirán!».

¿A qué podía referirse?

El artículo cuenta el accidente, los dos cadáveres empotrados, el marido de la víctima, Jérôme Laroche, operador de grúa, deshecho junto a los dos cuerpos. ¡Pero cuando escribió sus comentarios con el boli negro no parecía en absoluto afectado!

Y también había fotos del entierro tomadas por un compañero que se las había enviado para «inmortalizar su pena». Jérôme aparece vestido de negro. Las mangas de la chaqueta le quedan demasiado largas y le tapan las manos. A su lado, Stella reconoce al señor con abrigo amarillo y a la mujer que gritó «asesino». Ella lleva en los brazos una corona de flores con una banda donde puede leerse: «Para mi hermana querida».

Stella deja la carta, las fotos del amigo, las fotos de Suzie y los garabatos de Jérôme. Se muerde los labios. Ahora entiende las palabras de la hermana en el entierro: «¡Asesino, asesino!».

La hermana no es ninguna loca que se haya escapado del manicomio.

Llama a Joséphine.

Joséphine la escucha atentamente.

—¿Y ahora qué hago? ¿Se lo digo a los gendarmes o no?

Joséphine le pide dos minutos para reflexionar y vuelve a llamarla:

—No digas nada.

—¿Nada?

—Exacto. No os corresponde ni a ti ni a Julie hacerlo, sino a la familia de Suzie. Me da la impresión de que la hermana parece bastante resuelta, ¿es así?

—¡Ya te digo!

—Bueno, pues deja que se las apañe.

—Lo prefiero, la verdad. No me gusta dar malas noticias. ¿Te imaginas tener que decirle a Julie que el padre de su hijo era un criminal?

—¡La verdad es que no! ¿Lo conocías bien?

—Para mí era solo el novio de Julie.

No tiene ganas de hablar de Jérôme. Prefiere centrarse en Julie y en su felicidad por estar esperando un bebé.

—¿Y aparte de eso? —dice Joséphine.

—Todo va bien. A Tom le han dado su diploma de alumno ciudadano. Adrian hace cuentas y estudia columnas de cifras mientras discute con Edmond; yo tendré un nuevo trabajo, asistente de Julie. No está mal, ¿verdad? Ah, sí, se me olvidaba: el colegio no se llamará Valenti. ¡He ganado!

—¿Y la directora no lamenta verse privada de tanta fanfarria?

—Ni lo sé ni me importa. Por cierto, ¿sabes quién enviaba esos correos anónimos? Pero no se lo digas a nadie, ¿eh? ¿Me lo prometes?

—¡Stella! ¡No conozco a nadie en Saint-Chaland!

Stella se ríe. Y esa risa espontánea suena dulce e infantil.

—Vale, pues era Camille, mi amigo de la mediateca. Nadie lo sabe. Me lo confesó ayer por la noche. Estaba muy avergonzado.

—¿Y tu mamá?

Stella suelta una carcajada

—Sigue acaramelada con Edmond. No se separan ni un momento. Él la

colma de regalos. ¡Le ha regalado un coche! Un Twingo blanco descapotable. ¡Y mamá presume a más no poder!

—¿Y la mujer de Edmond?

—No sospecha nada.

—Eso no puede durar...

—¡No sigas! ¡Traerás mala suerte a los tortolitos! ¿Y tú? ¿Qué tal estás?

—Muy bien. Creo que he salido de mi depresión menopáusica.

—Porque...

—Bueno, verás, no voy dando saltos de alegría, pero estoy mejor. Philippe ha sido un amor. Como siempre. Tengo mucha suerte.

—¿Y Zoé?

—Ya no quiere hacerse monja. Ahora centra su interés en el cine de animación. Tiene un proyecto de dibujos animados y, te vas a reír, pero es riquísima. ¡Le entra dinero por todas partes sin hacer nada!

—¿Y eso?

—Tiene acciones en la empresa de su hermana, que está arrasando en Nueva York, y en la de su primo, que hace lo mismo en Londres. No deja de amasar dividendos. ¡Precisamente ella, la que reniega del dinero y desconfía de él como de la peste!

—¿Y sigue viviendo contigo?

—Sí, pero creo que está pensando en instalarse por su cuenta. No lejos de mi casa, pero sola.

—¿Te irás a vivir a Londres?

—Lo dudo. Con el *brex*it es más probable que Philippe vuelva a París.

—Bueno, tengo que acabar de llenar las bolsas de la basura. ¡Hasta pronto, preciosa!

—¡Saluda a todo el mundo!

\*

Stella aparta el pesado edredón. Mira la hora. Mickey dice que son las seis y media. Adrian duerme todavía. Tiene una mancha de tinta en una aleta de la nariz. Stella sale de la cama, estira las piernas, se pone su peto y su jersey grueso y baja a la cocina. La llena de madera. Tritura las cenizas con las pinzas para reavivar el fuego.

Se sienta en el peldaño cerca de la estufa. La bolsa de la basura que contiene los papeles de Jérôme está abandonada en una esquina de la cocina.

La bajará a la bodega y la esconderá detrás del botellero. Costaud y Cabot están tumbados a sus pies. Ella les acaricia las orejas. Se busca en el bolsillo y encuentra una pelota de tenis vieja. La lanza y los perros corren, la atrapan y se pelean por ella. La estufa ya caliente, así que acerca las manos. Mantiene las palmas abiertas y cierra los ojos: «Lo acepto. Acepto lo que ocurrió. Acepto lo que viene. Acepto lo que se marcha. No puedo retener nada, así es la vida. El sol y el amor, el verano, el invierno, las alegrías y las penas; Tom crece, Adrian reflexiona, mamá se enamora, Suzon envejece, Georges supervisa y Camille aprende a tener valor. No podemos conservar nada para siempre, ni el tiempo, ni el amor, ni el sol ni la vida. No podemos. Son las siete, el despertador está a punto de sonar. Voy a preparar el desayuno para mis hombres.

»¿Y si les hago huevos con beicon?«.

Después de *Los ojos amarillos de los cocodrilos*, *El vals lento de las tortugas*, *Las ardillas de Central Park están tristes los lunes* y los tres tomos de *Muchachas*, esto es lo que os habéis encontrado:

### **El entorno de Joséphine en París**

#### *Los Plissonnier-Cortès*

Joséphine Cortès, 50 años, hija de Henriette y Lucien Plissonnier (fallecido), viuda de Antoine Cortès, pareja de Philippe Dupin, madre de Hortense y de Zoé. Hermana de Iris Dupin (fallecida). Medio hermana de Stella Valenti.

Antoine Cortès (fallecido), marido de Joséphine, padre de Hortense y de Zoé.

Hortense Cortès, 25 años, hija de Joséphine y de Antoine Cortès, novia de Gary Ward.

Zoé Cortès, 20 años, hija de Joséphine y de Antoine Cortès.

Henriette Plissonnier, 72 años, viuda de Lucien Plissonnier, divorciada de Marcel Grob, madre de Joséphine y de Iris. Abuela de Hortense y de Zoé.

Lucien Plissonnier (fallecido), primer marido de Henriette. Padre de Joséphine Cortès y de Iris Dupin. Amante de Léonie Valenti, con la que tuvo una hija, Stella Valenti.

#### *Los Dupin*

Iris Dupin (fallecida), mujer de Philippe Dupin, madre de Alexandre y hermana de Joséphine.

Philippe Dupin, 55 años, viudo de Iris Dupin, pareja de Joséphine y padre de Alexandre.

Alexandre Dupin, 20 años, hijo de Philippe y de Iris.

#### *Los Grobzs*

Marcel Grobzs, 72 años, exmarido de Henriette Plissonnier, pareja de Josiane Lambert y padre de Junior.

Josiane Lambert, 46 años, pareja de Marcel Grobzs y madre de Junior.

Junior Grobzs, 7 años, hijo de Marcel y de Josiane.

#### *Amigos y relaciones*

Elena Karkhova, 92 años, condesa rusa y mecenas de Hortense.

Gary Ward, 25 años, inglés, hijo de Shirley Ward y de Duncan McCallum (fallecido). Nieto de Isabel II, reina de Inglaterra. Novio de Hortense Cortès.

Shirley Ward, 46 años, madre de Gary Ward, la mejor amiga de Joséphine Cortès. Hija secreta de Isabel II, reina de Inglaterra.

Calypso Muñoz, 26 años, novia de Gary Ward. Virtuosa violinista.

Robert Sisteron, secretario y brazo derecho de Elena Karkhova.

Léa, mejor amiga de Zoé Cortès.

Antoinette, supermodelo y amiga americana de Hortense.

Iphigénie, portera y amiga de Joséphine Cortès.

Gaétan Lefloch-Pinel, 20 años, exnovio de Zoé Cortès.

### **El entorno de Stella en Saint-Chaland**

#### *Los Valenti*

Ray Valenti (fallecido), hijo de Fernande Valenti, marido de Léonie de Bourrachard y padre putativo de Stella Valenti.

Léonie Valenti, 62 años, nacida Bourrachard, mujer de Ray Valenti (fallecido). Amante de Lucien Plissonnier, con el que tuvo una hija, Stella.

Fernande Valenti, 77 años, madre de Ray Valenti. Abuela putativa de Stella Valenti.

Stella Valenti, 35 años, hija de Léonie Valenti y de Lucien Plissonnier. Pareja de Adrian Kosulino y madre de Tom Valenti.

Adrian Kosulino, ruso, 36 años, pareja de Stella Valenti y padre de Tom Valenti.

Tom Valenti, 11 años, hijo de Adrian Kosulino y de Stella Valenti.

Georges y Suzon, hermano y hermana. Antiguos criados en el castillo de Bourrachard, propietarios de la granja en la que viven Stella, Adrian, Tom y luego Léonie.

#### *Los Courtois*

Edmond Courtois, 62 años, casado con Solange Courtois, padre de Julie Courtois y propietario de la Ferraille.

Solange Courtois, mujer de Edmond Courtois y madre de Julie Courtois, sin profesión.

Julie Courtois, 36 años, hija de Edmond y Solange Courtois, prometida de Jérôme Laroche. Mejor amiga de Stella Valenti.

Jérôme Laroche, 46 años, empleado de la Ferraille. Prometido de Julie Courtois.

#### *Amigos y relaciones*

##### *El entorno de la Ferraille*

Borzinski, hombre de negocios ruso, relacionado con Adrian Kosulino.

Boubou, Houcine y Maurice, empleados en la empresa de la Ferraille, amigos de Adrian Kosulino y de Stella Valenti.

Milan, emigrado ruso, amigo de Adrian Kosulino.

Zbig, campesino, vecino de la granja. Relacionado con Jérôme Laroche y Stella Valenti.

*El entorno de Stella Valenti*

Camille Grassin, 32 años, empleado en la mediateca de Saint-Chaland.

Amina, enfermera en la residencia de Saint-Cyr, Las Margaritas. Amiga de Stella Valenti.

Marie Delmonte, periodista y amiga de Stella Valenti.

*El entorno de Tom Valenti*

Dakota Cooper, 11 años, americana. Alumna en la misma clase de 6.º que Tom.

Señor Cooper, padre de Dakota Cooper.

Señora Filières, directora del colegio de Tom.

Señora Mondrichon, profesora de Tom.

---

[1](#) Canción de Frank Sinatra (*N. de la A.*).

# Agradecimientos

---

Escribir es lanzarse a la aventura.

Con los cuadernos, los Bics, los lápices, la mirada que vaga, agarra un cuarto de luna, una nube de polvo, la risa de un niño, el beso de dos enamorados, la mueca de alguien que pasa... Para captar un instante, una réplica, una actitud, un color, un olor, se activan el oído, el olfato, el gusto, el tacto y buscamos la palabra que los ilustrará.

Tomamos notas, las acopiamos, las rumiamos y la historia crece. Eso necesita tiempo, mucho tiempo, y continuamente nos dicen: «¿Todavía no has acabado?», y respondemos: «No depende de mí».

Los personajes deciden. Nos llevan, con los ojos vendados, y nos pasean por su fantasía. Ya nos gustaría saber qué tienen en la cabeza, pero no hablan.

Paciencia y garabatos. Hojear buenos diccionarios, que siempre acompañan y nos sugieren palabras, matices.

Escribir es un trabajo de detective.

Hay que fundirse con el decorado para «robar» más eficazmente.

He ido a las salidas de los colegios, he escuchado las conversaciones de los alumnos, anotado sus frases, sus palabras, la marca de las cazadoras, de las zapatillas, de los teléfonos, de los chicles... He recorrido chatarrerías, pequeñas y grandes; he asistido a desfiles de moda, a conciertos. He ido a Rusia, a Italia, a Escocia, a Roma, a Londres, a Nueva York. He vuelto con las manos vacías, o no.

Finalmente, están aquellos que me han ayudado y guiado.

Jean-Jacques Picart me ha abierto las puertas del mundo de la moda. Me ha explicado las sutilezas, los misterios, los ritos, los fracasos y los éxitos. Ha respondido a mis preguntas sin perder nunca la paciencia. Gracias, Jean-Jacques, por tu generosidad y tu disponibilidad.

Inès de la Fressange ha aceptado tener un papel en el libro y me ha proporcionado anécdotas.

Simon Jacquemus me ha invitado a sus magníficos desfiles.

Martine Cartegini y Rosine Delaplace-Moser me han revelado los secretos de las colecciones.

Lise Berhaud ha guiado el arco de Calypso.

Alain Castoriano ha seguido las pistas de Ulysse en Miami.

Lydie Viais ha aportado un toque al entorno profesional de Camille.

Lise Andriès, al entorno universitario de Joséphine.

Carole Kressmann y Martine de Rabaudy me han enseñado el *staccato*.

Gracias asimismo a Atilla Raksanyi, al que he visto desmontar y volver a montar un reloj de pared.

A Patricia, mi lectora americana.

A Gilbert, mi lector normando..., nada complaciente.

Gracias especialmente a Gloria Barata y a Nadine Leblanc, mis amigas de Saint-Chaland y de Sens.

Un gran abrazo a Chacha y a Clem, mis queridos niños.

Gracias, Clem, por tus demostraciones de boxeo, muy convincentes.

Gracias a Thierry, querido amigo.

A mi querida Coco, mi ángel de la guarda.

A Dominique Hivet.

A Danielle Boespflug.

A Michel y a Jacqueline.

Gracias a Sarah, campeona del mundo de los detalles, ¡gracias, gracias!

Un enorme gracias a ti, Octavie. Mi amiga en el oficio de escribir, siempre dispuesta a escucharme, a leerme, a intercambiar información. A cualquier hora. Gracias.

A las lectoras y lectores que me animan con sus cariñosos correos.

A Radio Suisse Classique y Radio Suisse Jazz, que escucho de fondo mientras escribo. Música y solo música, sin parloteos ni publicidad.

En fin..., gracias a Jean-Marie y a Romain, quienes, desde lo alto, velan por mí.

Para concluir, querría dar las gracias a los que me han proporcionado valiosas informaciones sobre el mundo de la chatarra: François Saffray, Bruno

Dessaux, Christian Curot y Laurent Quenneville. Me han llevado a visitar sus empresas de tratamiento de residuos. Ya fueran de residuos orgánicos, madera, plástico, cartón o papel, han respondido a mis preguntas de neófita sobre la crisis de las materias primas y los nuevos mercados.

Gracias también a los autores que han entrado en las mallas de la novela: Emily Dickinson.

*El guardián entre el centeno* y las novelas de J. D. Salinger.

*La balada del café triste*, de Carson McCullers.

*Hugo*, de Michel Butor, Ediciones Buchet/Chastel.

*Notre-Dame de París*, de Victor Hugo.

*Cyrano de Bergerac*, de Edmond Rostand.

*Eugénie Grandet*, de Honoré de Balzac.

*Les Guides du naturaliste: oiseaux de France et d'Europe*, de R. Peterson, Éditions Delachaux et Niestlé.

*Inoubliables expressions de Grand-mère*, de Jean Maillet, Éditions de l'Opportun.

*Le Petit Livre des couleurs*, de Dominique Simonnet, Points, Seuil (existe edición en castellano: *Breve historia de los colores*, Paidós, 2006).

*Las vestiduras del diablo: breve historia de las rayas en la indumentaria*, de Michel Pastoureau, Editorial Océano, 2005.

Título original: *Trois baisers*

Edición en formato digital: 2018

© Éditions Albin Michel, 2017

© de la traducción: Julia Alquézar Solsona, 2018

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-9181-271-5

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)